



Antonio Hurtado de Mendoza

Obras poéticas

Índice

Prólogo
Fiesta que se hizo en Aranjuez
Vida de Nuestra Señora
El Fénix Castellano
Poesías diversas
Poesías inéditas

Índice alfabético

A Belén parten alegres,
Aborrecedme, y jamás
Abril destes montes verdes,
A Cintia he visto, pastores,
A competille su nombre
A deslucir todo el sol
A Dios, y al gran Rey le demos,

A dos dueñas de retrete
A esta que empieza segura
Afuera, afuera burlantes
Afuera, afuera, que sale
Afuera, que Mariflores,
Afuera que una muchacha
A la dulce risa del alba,
A la escuela fue la niña
A la fuente de gracia Madre
A la Iglesia de su pueblo
Al aire tremolaba sus cabellos,
A la más seguidita,
A la más seguidita,
A la playa de escarmientos
A la playa la barquilla,
A la salud de Fileno
A las murallas de Túnez
A las voces de un silencio
Albricias, Palacio ilustre,
Al cabo de los años mil
Aldeana de Lueches
Alegre vienes, Pastor,
Al juego y amor rendidos
Allá va cazadora celestial,
Allá va Mari Botijas
Al mar de Filida bella
A los años bellos,
A los dos mejores amos,
A los vientos, y a las ondas
Al rayo vaya en mal hora
Al río van tres gallegas
Al vino hacéis sinrazón,
Amable soledad, muda alegría,
Amar quiero sin premio, y nunca puedo,
A mí me toca y retoca
Amor, que medroso llevo
Amor, quien es tan simple y animoso
A nadie puede espantar,
Antandra, no es culpa leve
Antonio muy liberal
Antón quiso bien a Menga,
Años, siglos, tiempo, edad,
A ofrecer a Dios el fruto,
Apartado de tus ojos,
Apostemos, niña, que acierto,
Apostemos, niña, que acierto
Aquel arroyo que nace
Aquel bello galán, pajarillo
Aquel de aspecto grave y Real decoro
Aquel en tierna edad joven ardiente,

Aquella eterna luz, que en llama breve
Aquella ilustre flor y hermosa, aquella
Aquel laurel que pisa
Aquel que armado de valor temprano
Aquí donde fue Sagunto,
A recoger los sentidos
A tan dulce prisión de mis sentidos
A tus acciones debemos
A tus calumnias sujeto
A tus ojos celestiales
A un Carlos victorioso, a un soberano,
Aunque a picarte no llega,
Aunque en tan sutil, y aguda
Aunque más el ser amor
Aunque ni un solo confite
Aunque no acierte la dicha
Aunque no tomes jamás,
Aunque se llaman primores
Aunque siglos hayan sido
Aunque todos celebren
Aurora, tantos favores
A ver a su ama bajó
Aviso, aviso que tiene
Ay, el ángel qué bien se endemonia
Ay que llora la niña,
Ay que mi ama era linda persona
Balaba, quejosa y tierna,
Barcos de San Pedro
Belisa, la que en el Betis
Bella Ninfa del sol, deidad de nieve
Bellísima Catalina,
Bellísima y nunca mía,
Bien fiado errante leño
Bien puedes (oh, Gerarda) libremente
Bien sé yo, zagala
Bien te quieres niña, y bien,
Blanca hermosa tortolilla,
Boca de glorias vestida
Brama el mar de los aires ofendido,
Breve centella con sangrienta llama
Buen labrador de suspiros
Bueno el amo, y gentil hombre
Campanitas suenan,
Campos de mi bien testigos
Cantemos civilidades,
Cantemos, oh Musa, en verso elocuente
Carlos, que el nombre sólo es grande empeño,
Cazadora soberana,
Celebrando está el amor
Celestial Anarda, espera,

Celosa está Galatea,
Cien mil veces dueño mío
Cinco al matrimonio infieles
Cobarde, pero no huye
Cobrar siempre fue decente
Como en la gran fermosura
Comptiendo con las selvas,
Con dares y con tomares,
Conde, mi opinión es esta,
Con el alba a buenas noches
Con el sueño no dormir
Con injustos pasos bellos
Con la salud venturosa
Con lo humilde, y lo rendido
Con sólo un brazo, y consigo
Con sus trapos Inesilla,
Contrición de desengaños
Corazón, vos lo quisisteis
Crecerá cada momento
Cristobalillo, que tienes
Cuando vida y sentidos
Cuando ya más floreciente
Cuanto aplauso recibes, nos mereces,
Cuanto un monte gime, o brama,
Cuatro enfermas del amor,
Cuerpo de tanto espíritu vestido
Culpa es de mis pensamientos
Curaban cinco galenos
Dádiva, señora, es poca
Da el noble Antonio Carnero,
De amor yo Fénix mejor
De anciana juventud glorioso espejo
De Belén Antón nos trajo
De celos se martiriza
Decir quiero un soneto, y no me atrevo,
De cuanto riesgo en Barcelona se halla
De este admirable, celestial y esquivo
De estéril madre he nacido
De Felipe a un brazo no más
Deidad que habéis hecho mala
De Isabel los ojos bellos
De la alma mi engañada fantasía
De la enfermedad que muero
De la infausta litera me despido
Del amor las baterías
Del amor lo más ardiente,
Del amor lo más valiente
Del amor, no de la ciencia
De la niña de amores tirana,
De la niña de amores tirana

De la osada mujer, el loco y ciego
De las galas del abril
De las montañas de Cuenca
De las mozas del río,
De las riberas del Betis
Del mundo que venció triunfante mira
De los bosques blasón, y ya memoria
De los cielos estaban
De los engaños de Lisis,
Del Rey a los años bellos
Del semblante de Felipe,
De mí mismo huyendo voy
De Noruega el Alcón, que en pico hambriento
Desagravio de Adonis floreciente,
Desatada en caricias, y en favores
Desconfiado sí, mas no atrevido,
Desdicha, hermosura, y novio,
De soles al desafío
Desposaron a la niña,
Después que mi bien perdí,
Después que muero por vos,
Detén, zagala, el desdén,
De Thebas Príncipe ilustre
De tu talle y cara quién
De una ajena adulación
De un Obispo de cristal,
De vos la hermosa Maruja
De vos yo favorecido,
Día de Santa Ana,
Dícenme polidico,
Dichoso prado que gozas
Diez y siete primaveras
Dígasme tú la más bella
Dígolo en copla, tal es
Dios conserve a vuesarced
Disculpa hubiera tenido
Dolor tiene de cabeza
Don Repollo y doña Berza,
Dos ángeles y no buenos
Dos cosas tengo de Rey,
Dos milagros considero
Dos zagalas de un retiro
Durmiendo estaba en los brazos
El acierto de perderme
El alba Marica,
El aplauso, en que jamás
El calzar a una picaña
El cielo quiere, y no acierta
El dale que le darás,
El día hermoso del Ángel,

El esposo de María
El galán tan suyo siempre
El Job, y el jaque de amor,
El juego a nadie asegura,
El mi Antonio, el mi Antonio,
El muchísimo Mendoza,
El olvido de Belilla
El pensamiento que los orbes huella
El Príncipe en tu crianza
El que no llega a saber
El Señor Protonotario,
El yerro tengo por cierto
Embarca tus pensamientos
En alma casi divina
Enamorado y triste
En blanca roja batalla
En bujías escondido,
En calmas de amor padecen
En coplas y bien de ciego
En corso y de uñas armado
En denuedo alevoso, en campo abierto
En el Pardo claro el día,
En el Pardo, el día claro,
En gloriosos vencimientos
En guerra hermosa y segura
En jácara y modo nuevo
En la constante ley de tus desvelos,
En la hermosura más bella
En la mudanza de Gila
En lo bello, y lo garboso
En los abriles de Silia
En los años, que sin ellos
Enmendado va y mudado
Enojarle de querido
En tanto amar, y temer
En todo pasa, y en sí
En tu forzoso desdén
Envainada en falso yelo
En vano, divinos ojos,
En vuestro hermoso desdén
Érase una señorita
Esclavitud sin yerro es la mía
Esconde por varios modos,
Es crecer los desengaños
Es el engaño traidor,
Esta de los más altos corazones,
Esta noche, hermoso dueño,
Estas lágrimas de Dios
Estas son, y serán ya las postreras
Este a los ricoshombres castellanos

Este cuyos leones coronados
Este edificio en tu acierto
Este es el primer farol
Este mal, que de olvidalle
Este prodigio en el suelo
Este, que de mediquillo
Estos de tantos antojos
Estos que desperdicios de los años
Feliz bruto, aun más razón
Fénix de garzotas bellas
Fernando de amables partes,
Festiva, tierna, amorosa,
Flores, que más floreciente
Francisquita, la donosa,
Fuego en la nieve,
Fuera piedad rigurosa
Furias, y peñas la niña
Garza real que en puntas desiguales
Gerarda, una zagaleja
Gracejar con los Infantes,
Guiar a los Reyes es
Hace grande batería
Hagamos de amor donaire,
Hagamos de amor donaire,
Hanme dicho malas lenguas
Helo de ver, vive Cristo,
Heridas en un rendido
Hermosa niña, que el cielo
Hermosa Zagala,
Hermosísima Valencia,
Hermoso dueño mío,
Heroico y grande Felipe,
Hoy que el águila real,
Huyendo de las estrellas
Huyendo voy de tus ojos
¡Antoñico, mi Antoñico,
¡Oh, qué procesión tan buena
¡Qué bien se quiere Celinda!
¡Qué entonadica que estaba
¡Qué me queréis desdichas!
Ilustre Capitán, de cuya ardiente
Ilustre Marquesa mía,
Ilustre Marquesa mía,
Ilustre y grande Ramiro,
Inés, que en bella maldad
Inés, tus bellos, ya me matan, ojos,
Intenta la mujer; y en lid tan dura
¿Adónde vas huyendo presurosa
¿Celia triste, y todo alegre?
¿De qué ceguezuelo vano

¿Dónde vas, dónde vas Bras?
¿El papel, que os envié,
¿He de entrar, señor Granados?
¿Por qué no quieres amar,
¿Quién mató al Comendador?
¿Quién vio tan duros afanes,
¿Ves el bruto feroz, que en saña ardiente
¿Ves en la primera hora
Iras, castigos y enojos,
Iros a cazar, no es iros
Jacarilla, jacarilla,
Jacarísimo está el mundo
Jacinta de los cielos,
Jamás os podrá obligar
Juana mi ama, sólo ama
Jugaban dos voluntades,
La bellísima Narcisa,
Labrador bizarro y nuevo,
La casadilla más bella
La copla yo la condeno
La deidad de aquestas selvas
La del manteo encarnado,
La de vuestra recibí
La divina zagaleja
La frente serena en cruda
La gala de la hermosura,
La más bizarra, y hermosa
La mayor Reina del mundo,
La mentira lisonjera
La morena de más cielos,
La nevada palomica
La rosa fresca imita al alba, al cielo,
Las auroras de Jacinta,
Las damas para sus bodas
Las damas para sus bodas
Las fuentecillas heladas
Las horas, mansa inquietud
Las que ayer partieron flores
Las señas, ilustre Anarda,
Las tormentas apacibles
La tembladera se trata
Laura, acierto fue, no encuentro
Lauro, jamás importuno,
La víspera del domingo,
Leves plumas que volaron
Linda, y nueva labradora,
Lindísima doña Clara,
Lindísima Mariquilla,
Lisi, pues ya no he de verte,
Llueve el cielo sólo engaños,

Locura es Fabio que a Clori
Lo mejor de las cañas no jugallas;
Lo que aun los mismos antojos
Lo que de verde el abril
Lo que yo no sé deciros
Lo rubio, señora mía,
Los arroyos que a sus voces
Los inocentes papeles,
Los más bellos ojos negros
Los montes de Fuensalida,
Los montes, etc.
Los primores de una fea
Los suspiros que forzosos
Luciente, fecunda estrella
Madrugaban a la aurora
Madrugada deidad, laurel temprano
Mal contento y bien dudoso
Mal segura zagaleja
Maravillas deciros quiero,
María, y dudosa mía,
Más docto aragonés, en tus anales,
Más linda que la hermosura
Más tributos de millones
Medel y Celedón, que heroicamente
Media cena era por filo,
Mejor habla el que más fía,
Menos que tuyo el intento
Mi fe nunca escarmentada
Mil higas en escabeche
Minguilla, guarde del cura
Mintiendo a su natural
Mirad con quién y sin quién.
Montañas de Cataluña
Mucho favor se duerme, y poco sueño
Mueve hablando las almas,
Muy bueno su Majestad,
Muy corta fineza ha sido,
Nada puede ser más cierto
Nadie en pagar os iguala,
Nadie en pagar os iguala,
Ningún hombre nació para admitido,
Niña celestial,
Niña colérica, y leve,
Niña de mi corazón,
Niña, después que te vi
Niña de tanta lindeza,
Niña hermosa, y celestial,
Niña, que de hermosos daños
Niña, si en mi perdición
Niña, si preciada estás

No corras, arroyo ufano,
No es el mayo, y tiempo alegre
No es seguro el campo, niña,
No fiáis, señora, mal,
No hallaréis beldad segura
No hay duda que será ofensa
No los duros infieles eslabones
No parece que en ayunas
No quede en toda la aldea
No se enmendará jamás
No se halla una pizca Antandro,
No tuvo, oh Fénix del mundo,
Nueva guerra de los campos,
Obediencias, que no eligen,
O fue milagro, o ventura,
Oh qué bien descoge al viento
Oh qué bien parecen
Oh qué segura camina
Oh tú, cualquiera que seas,
Oíd pastores del Tajo,
Ojos del bien de amor, ricos y avaros
Ola pastor, que en la orilla
Olmo fui ayer, o hipérbole florido,
Orejas a nadie sordas,
Para casar a la niña,
Pardiez, señor soberano,
Parece merecimiento
Parece que intento en vano
Pasaba el Diciembre frío
Pasajero tened,
Pasa un año y otro año
Pastorcilla severa
Pastores, decid, pastores,
Pastores, que me abraso,
Pastores, yo he visto a Cintia,
Paz en el beso fiada,
Pensamiento, ¡qué donaire
Pensará vuestro rigor
Peñasco hermoso de flores
Perdióse infiel a lo hermoso
Peregrina yo en amar,
Pídesme consejo, en casos
Pinceles dulces de pluma,
Plumas calco de nieve,
Poca tierra y muchas flores
Polvo yo de tu planta (bien que anciano)
Por salud muy justo es,
Por sol y por sola os tuve,
Por vos Francisca gallarda
Por vos niña, y la más bella,

Presumen cuenta de estrellas
Primero que por el sol
Príncipe de la Historia, en juicio cano
Procures o no ofenderme,
Pues del blando y dulce Asprilla,
Pues mía no hay copla alguna
Qué alegre de veros triste
Que Belilla no es hermosa
Qué bien se logra el áspero camino,
Que en todo sois celestial
Qué festivo el arroyuelo
Quejosa, enojada, y linda
Quejosa tienes, oh Lisis,
Qué linda, qué sola y triste,
Qué presurosos que nacen,
Qué regaloncito está
Querida, y celosa niña,
Qué sin alivio mis males,
Que zarpan, niña, los barcos
Quien adora lo más, lo más señora
Quien ama correspondido
Quien a sólo el Rey atento
Quien de la hermosa luna pisó el cuerno,
Quien de tu talle y tu cara
Quien es un zagal de amor
Quien más engañado ha sido
Quien más vivamente muere,
Quise bien a mi señora
Quiso dos veces obediente celo
Quitó el sombrero en gran día
Rayos van y rayos vienen,
Recoje ya tus ojos un instante
Reloj en mis desventuras
Restituyo esfuerzos vanos
Rey hasta en hombre, que hombre solamente
Rey muy discreto señor,
Rica, hermosa y de casta
Risueña fuentecilla,
Sal del segundo yugo, y no africano,
Sal del segundo yugo, y no africano,
Salió a gran luz este instante,
Sangrienta perdición, yugo tirano,
Segunda vez de tus ojos,
Segundo Atila penetró sediento
Señora, de vuestro trato
Señora en esta ocasión
Señora, ese maldito
Señora, favoreced
Señora, gran confianza
Señora, he sido obediente,

Señora la Cantillana,
Señora, vuestro papel,
Señor Duque, Señor Duque,
Señor Ramiro Felípez,
Serenísimo auditorio,
Si a dos coplas no responde
Si al Villanueva imitare
Si aquella eternidad nunca medida,
Si a tu dolor osara algún consuelo
Si a un muerto, oh Imagen, a abrazos
Si Aurora en una de rosa
Si cuatro deidades van
Si cuidando muy bien de ella
Si cupiera en la vida (a ser bastante
Si de uno y otro baúl
Si el necio, aunque afortunado,
Si el Retiro es grande,
Si en el ínclito Conde de Tendilla
Si es competencia del amor tirano
Si fue Numancia un tiempo celebrada
Siguiendo voy un deseo,
Si la Loa es alabanza,
Si más que ocioso, o más que más perdido
Sin aliento el corazón,
Sin ausentarse Amariles
Sin licencia de lo rubio,
Si no muere tu rigor
Sin que se sepa por quién,
Sin Rey, sin vos, y conmigo
Sin vida estoy, niña, y no
Si os pica el vivo acicate
Si para engaños y amores
Si propia inclinación me lleva y guía
Si queréis festejar a María,
Si quieres que no te quiera,
Si tal bajeza creíste,
Si tu engaño hay quien le crea
Si un favor tuyo, mi bien,
Soberana encantadora,
Soberano pensamiento,
Sola vos, niña divina,
Soledad, no hay compañía
Sólo amor divino pudo
Sombras van, y luces vienen
Son de Isabel los dos soles
Sonetico y octavas en campaña,
Son las torres de Toray
Subes con nuevas y ligeras alas
Sufriros y amaros quiero,
Sufrir tendrás por locura

Suspiros que bien se dan,
Tan peregrina he nacido,
Tanta obediencia prometo,
Tantas horas de un abano
Tiende las redes, ola,
Todo corre, y sólo está quedo,
Todo el cielo es novedades,
Todos dicen que te quiero,
Todos me desean
Tomando estaba la zarza
Tropezando en las guijas y en las flores
Tu grandeza, aunque tan alta,
Tu ingenio, que celestial
Tú que en desvelos y hombros soberanos
Tú que ignoras la oculta abierta herida
Turbéme, Cintia, turbéme
Una caduca flor de hinojo adusto
Una enigma traigo,
Una estrella se levanta
Una obstinada crueldad
Una perpetua esperanza
Un blando en todo concierto,
Un Fénix en otro Fénix
Va de jácara, y de gusto,
Vencer en guerra a ejércitos gentiles
Verde, Isabel, la hermosura
Victoria de todo ingenio,
Viernes, marido [...]
Villana de Leganés,
Virtud casta, aquí me humillo
Vive Dios que me causa gran-mohína
Volad sin vos, pluma loca,
Vos, que más que camarera
Vuelvo segunda vez a tus umbrales
Vuestra Vida, ¡oh gran María!
Vuestro recato, señora,
Yace aquí la esclarecida
Yace en perpetua quietud
Ya de corcova en corneja
Ya está fuera de la trena
Ya es turbante Guadarrama
Ya le espera el merecido
Ya que fuistes en la tierra
Ya que siempre lisonjas
Ya que siempre lisonjas
Yo, el civilísimo Antón,
Yo el mayor preguntador
Yo he sido tan peregrina
Yo moriré primero,
Zagala de lindos ojos,

Zagaleja linda,

Fiesta que se hizo en Aranjuez

Dedicatoria

A la excelentísima señora Condesa de Olivares

Vuesa Excelencia, señora, me mandó escribir esta relación, y poca esperanza se puede tener de mi acierto, si pelagra en servicio de V. Excelencia: quisiera desempeñar esta elección y a V. Excelencia del gusto que ha mostrado, de que la fiesta de Aranjuez (por ser de la Reina nuestra señora) quedase tan admirable a la memoria como a los ojos: esto es tan imposible, como igualalla, mas no podrá deslucilla aun escribilla yo, y cuando no fuera ya de V. Excelencia, por la orden que tuve suya, no le buscara otro dueño, que no le hallara, ni más grande ni tan mío, que en tantas obligaciones como reconozco a la grandeza de V. Excelencia y del Conde, más estimo el confesallas que el tenellas, que la mayor deuda en que nos hallamos los que somos suyos, es poder amar su nombre sin culpa, y alaballe sin lisonja. Reciba, pues, V. Excelencia (aunque le haga novedad) el escuchallo este que solo es agradecimiento, y el que nuestro ahora, no le parezca a V. Excelencia prolijo, no admitiendo lo que se les debe, queriendo ser baratos hasta de nuestra voz, ni se canse V. Excelencia de oír lo que publican todos, que no es justo que su modestia nos cueste el callar una verdad. Guarde Dios a V. Excelencia como sus criados hemos menester.

Sitio de Aranjuez

Es Aranjuez recreación de los Reyes de España, siete leguas de Madrid, su Corte, sitio que aun a los mismos ojos se atreve en él la incredulidad; cuanto más visto, más admirado, y que en la pura sencillez natural antes desdeñara el arte que le admitiera, si la grandeza de sus dueños no hubiera querido deberse lo imposible de aventajalle, no solo con un

ilustre edificio, que no saliendo de los términos de Casa de campo, merece nombre de Palacio generoso, sino con tanta cultura, en que es ordinaria la variedad, ya en lo florido de sus jardines, ya en lo galán de sus prados, que no dejan ninguna admiración en flores, aves, y plantas, a la estrañeza de las más remotas provincias, siendo allí común lo peregrino de todas: y ya en lo excelente de sus bosques, que poblados de todo género de caza, y belleza, no perdona ningún real entretenimiento.

Campos de Aranjuez

Tienen a su cargo lo menos de su hermosura, los dos más celebrados ríos de Castilla, Jarama, que dilatado por sus campos empieza lo fértil de ellos, y por una vega apacible, coronada de mieses, y frutos, pone el primer respeto a la Majestad de su dueño, defendido dél mejor que del desvelo de tantas guardas, que en tan estendidos límites no bastara el cuidado de muchos, si no los venerara el temor de todos, dando segunda estimación a sus riberas con la valentía de sus toros; y cortés con el Tajo, pasa retirado, dejándole superior, y más vecino lugar, y después obediente le lleva el reconocimiento más que la costumbre a juntarse con él, haciéndole mayor, no más hermoso.

Jardín de la Isla

Este sitio²³ (que parecerá siempre encarecimiento al oído, y agravio a la vista, sólo ocupado los dos mejores meses, sirviendo los otros diez a la queja de cuantos miran, que se les quite parte del año) contiene entre muchos milagros de amenidad, un jardín, que el Tajo le ciñe en dos corrientes, ya suspenso, ya presuroso, formándole isla, y sirviéndole muro, en que los árboles son una vez deleitosas almenas, y otra floridas márgenes. Entre los lazos de los artesones de hierba, de las galerías de flores, de la confusión de las calles, de la diversidad de los cuadros, de la hermosura de las fuentes, competidas en la copia, y la novedad, se reserva un bellissimo espacio, que tiene el desembarazo de plaza, y no le falta la beldad de floresta. Este eligió la Reina nuestra señora, para celebrar en él (con la mayor magnificencia que vio ningún siglo, aunque blasone la ostentación romana) el dichoso cumplimiento de los años del Rey nuestro señor. El diez y siete de su bizarra edad, y el segundo de su felicísimo reinado.

Una de las mayores cosas de que se compone la Majestad de los Reyes de España, es de la grandeza de su Palacio, en que aun es menos comparable con los otros Príncipes del mundo, que en tener tantos reinos debajo de su Imperio; y lo más de la estimación consiste en el lustre de sus Damas, que siendo hijas de grandes Señores, y Caballeros, la veneración de todos les da nueva autoridad, guardada de ellas de tal suerte, que en cualquiera

parte hallan respeto, y aplauso, que no ha menester llamarse fiesta para que lo sea siempre que se permiten ver, y en esta ocasión por celebrar los años del Rey, y acompañar a la Reina, hicieron mayor demostración de su gala, y bizarría.

Estas representaciones, que no admiten el nombre vulgar de comedia, y se le da de invención, la decencia de Palacio (desprecio más que imitación de los espectáculos antiguos, de que aún hoy Italia presume tanto de gentil) merecía más atinada pluma; y a buscar la que dignamente pudiera escribillo, quedara en silencio, pues la más cuidadosa se debiera parte de mi desconfianza. Ajeno gusto (y no mi presunción) me empeña en esta noticia, si no ingeniosa, verdadera, que me hallé presente, y entonces lo admiré, y ahora lo escribo con el recelo de su ofensa; pero nada podrá lucilla como la puntualidad.

Muchas circunstancias me ponen recato, y dos llegan a ser miedo; la mengua de términos, con que referir las galas, que está la diferencia sólo en los colores, y reduciéndose todas a oro, y plata en los trajes, viene a ser rico lo que la relación quisiera vario: y la necesidad de encarecimientos, que referidas las personas sin el atavío de las exornaciones, llega a faltar decoro en las palabras; de entrambos peligros será forzoso hacer una disculpa, y empezar la obediencia.

Dividióse Palacio en dos cuadrillas, para hacer distintas las fiestas; de la primera se nombró dueño la Reina, que con la grandeza de ella la hizo digna de sí: y de la segunda fue autora la señora doña Leonor Pimentel, dama de aventajado entendimiento, y que con él solo pudo prometerse le competencia, si fuera posible.

Fábrica del aparato

A fabricar el aparato de la invención de su Majestad, vino a Aranjuez el Capitán Julio César Fontana, Ingeniero Mayor, y superintendente de las fortificaciones del reino de Nápoles, hijo de aquel tan celebrado arquitecto, por las fábricas de Sixto V, y comparable artífice con su padre. Levantóse un teatro de ciento y quince pies de largo, y setenta y ocho de ancho, y siete arcos por cada parte, con pilastras, cornijas, y capiteles de orden dórico, y en lo eminente dellos unas galerías de balaustres de oro, plata, y azul, que las ceñían en torno, y sustentaban sesenta blandones con hachas blancas, y luces innumerables, con unos términos de relieve de diez pies de alto, en que se afirmaba un toldo, imitado de la serenidad de la noche, multitud de estrellas entre sombras claras y en el tablado dos figuras de gran proporción, la de Mercurio y Marte, que servían de gigantes fantásticos, y de correspondencia a la fachada, y en las cornijas de los corredores muchas estatuas de bronce, y pendientes de los arcos unas esferas cristalinas, que hacían cuatro luces, y al rededor tablados para los caballeros, y el pueblo, y una valla hermosísima²⁴, que detenía el paso a la gente, y en medio un trono donde estaban las sillas del Rey, y de los Señores Infantes don Carlos, y don

Fernando sus hermanos, y abajo tarimas, y estrados para las Señoras, y Damas: formábase una montana de cincuenta pies de latitud, y ochenta de circunferencia, que se dividía en dos; y con ser máquina tan grande, la movía un solo hombre con mucha facilidad; cubría el aparato, y era de la misma orden dórica, y se subía por muchas gradas a un nicho espacioso, poblado de muchas fieras: lo que ocultaba este monte se descubrirá, cuando se vaya haciendo relación de las apariencias, en el lugar en que sirvieron en la fábula.

Era el sujeto la gloria de Niquea, conocida en los libros de Amadís: escribióse con atención a la soberanía de Palacio, por saber la corta licencia, que se les concede en él a los versos, y el atino con que se han de escribir, en que se ven poco prácticos los que se han criado lejos de la severidad de su escuela.

Estaba señalada la fiesta para el día de San Felipe, y la ocupación de tanta fábrica la dilató hasta el primero de Pascua de Espíritu Santo, que estuvo ya en perfección todo. Al fin del día se encendieron las luces, con que quedó dudosa la noche; tomaron sus puestos los que tuvieron permisión de verla, que fue limitada: porque a dar licencia general, fuera mucho el embarazo con la gente que acudía de Madrid; y la que caminaba con sus Majestades y Altezas era bastante, para que no le faltase grande auditorio (cuando se buscara) y a los que vinieron, no se les negó lugar, por no hacer culpa de tan justa ambición, y deseo, en querer ver fiestas prevenidas de tan gran Reina, y al nombre de Rey tan esclarecido, y suyo. Cumplido ya el término de los lutos de su gran padre, en que observó la memoria de su muerte: de manera, que hasta pasar el año, aun el último día pareció el primero de su sentimiento: ocuparon los dos estrados las Señoras, y Damas, que se hallaron en Aranjuez, el uno la Condesa de Olivares, y Doña Francisca Clanit, mujer de Don Baltasar de Zuñiga, la Marquesa de Castel-Rodrigo, y Doña Margarita de Melo su hija, y la Condesa de Barajas: y el otro, las Señoras Doña Juana de Aragón, Doña Leonor Pimentel, Doña Ana Bazán, Doña María Lande, Guarda mayor de las Damas, la señora Doña Margarita de Tabora, y la Condesa de Castro, Dueñas de honor.

Principio de la fiesta

Hizo señal la música de trompetas, y chirimías, que salían el Rey, y los Infantes al sitial de sus asientos, y luego salieron al tablado muchos violones, y el Maestro de danzar con ellos, y dando lugar los Menestriles a los instrumentos, se abrieron dos puertas, y se empezó, una gallarda máscara²⁵. Salieron danzando en la primera pareja, la señora doña Sofía, y la señora doña Luisa de Benavides, con vaqueros de tela de plata de lama azul, con pliegues cuajados de pasamanos de plata, y dos pares de braones, y vasquiñas de la misma tela, ocupando todo el campo los propios pasamanos, mangas de tela de plata sacados bocados de velo de plata, mantos de tela pendientes de los hombros, y de tres rosas de diamantes, y muchas joyas, y flores en los tocados, rematando en penachos de montes de

plumas de ambos colores, máscaras negras, y hachas blancas.

Las señoras doña María Coutiño, y doña Catalina de Velasco con el mismo traje, la tela de plata naranjada, y las demás cuadrillas lo propio, diferenciándose no más que en los colores.

Las señoras doña Ana de Sande, y doña Margarita Zapata, tela de plata verde.

Las señoras doña Leonor de Guzmán, y doña Ana María de Guevara de tela de plata encarnada.

Las señoras doña María de Tabara, y doña Constanza de Ribera, tela de plata blanca.

Las entradas bizarrísimas, los lazos de la máscara con airosa novedad.

Danzáronla con admiración de todos, y aunque estas Señoras eran de bando diferente, dieron lucidísimo principio a la fiesta, acabaron la máscara, y en el mismo traje, y acompañadas de los Mayordomos, y Guardas de Damas, y Dueñas, bajaron a asentarse a su estrado.

Carro de la corriente del Tajo

Segunda vez la música de los Ministriles dio señas de otra novedad, y por un arco grande entró un carro de cristal coronado de luces, y variedad de yerbas, y en él muchas Ninfas, Náyades, y Napeas vestidas a la imitación de los campos, y en un trono sentada la corriente del Tajo, que la representaba la señora doña Margarita de Tabara, menina de la Reina, y el traje era este: una tunicela de tela azul de lama, y manto de la misma tela ondeado, y cintas de plata, blancos, y bordados unos bichos de plata, y las mangas de tela azul acuchilladas, y sacados bocados de tela de plata blanca, y penacho de plumas blancas, y azules, y el manto derribado de los hombros, y detenido con tres rosas de diamantes, y una guirnalda de flores en la cabeza; bajó del carro, y subió al tablado acompañada de las Ninfas, y de parte de sus riberas dio la bien venida al Rey agradeciéndole el haberlas favorecido con su presencia.

Carro del Abril

Volvió la música, y por otro arco de enfrente apareció en un carro el mes de Abril, conducido del signo de Tauro, con todas las flores, que le hacen primavera, y con cuantas luces le pudieran hacer aurora, y en lo más eminente representándole, y luciéndole la señora doña Francisca de Tabara, menina de la Infanta, con una tunicela, y manto de tela de plata de lama encarnada, sembrado de rosas de manos de diferentes colores, y mangas cuajadas de rosas, y velo de plata: un tocado de rosas, penacho de esfera de plumas, coronado de flores, y el manto preso en los hombros con tres

rosas de diamantes; caminó con el carro hasta el mismo teatro, y ya en él después de haber saludado a la corriente con modesto desenfado representó unas octavas de mucha gala, y bizarría, y dichas con mayor, dando alma nueva a los versos, ya segunda vez excelentes, y sin miedo de adulación, debidas alabanzas al Rey, y a sus hermanos, retiráronse el Abril, y el Tajo, acompañados de sus Ninfas.

Vuelo del Águila

Pasó la edad en un Águila de oro, que la representaba la señora doña Antonia de Acuña, y en vaticinio de elegantes versos acordaba a su Majestad las gloriosas hazañas de sus mayores, y vestía su alentado espíritu de memorias, y deseos de su imitación, animándole a seguir aquellos generosos pasos, aventajados ya de sus ilustres principios. Proponíale, que pues respetaban sus banderas el África, la Europa, y la América, las temiese el Asia, tantas edades en ella desconocidas las armas católicas, animadas ya con la esperanza de su nombre, agradecíale su temprano valor, y el crédito grande sus años, habiendo reinado en uno solo muchos siglos, y del resplandor de sus acciones, de cuyas virtudes y aciertos, la más dilatada relación podría tener algo de afecto, y amor; pero nada de lisonja, ni duda. No quedó agraviado en la representación lo cuidadoso de las estancias, ni escrúpulo a los pocos años de la señora doña Antonia, de haber representado la edad: subió el Águila sobre toda la fábrica del teatro, con tan disimulado artificio, que se logró el vuelo, y no se percibió el modo. Ya desaparecida en lo alto de la fábrica, al instante se abrieron los troncos de tres árboles, y aparecieron tres Ninfas cantando²⁶; eran la señora doña María de Aragón, Dama de la Reina, y doña Mariana de Hos, y doña Isabel de Salazar, su Camarera; el artificio de la apariencia, y lo dulce de las voces pudiera ser adorno, y crédito de otra fiesta real, acabaron la letra con notable suspensión de todos, cerráronse los árboles y entró por una selva la señora doña María de Guzmán, hija del Conde de Olivares; su vestido, manteo de damasco de oro verde, guarnecido de oro, y plata, y lentejuelas, vaquero de terciopelo del mismo color, largueado de pasamanos de oro, montera verde, con plumaje verde atravesado, y un arco, y carcax bordado de oro, y plata pendiente del hombro izquierdo; salió a decir el prólogo, que el vulgo llama Loa (que ella la representó, y todos se la dieron) tal fue el espíritu, la compostura, y donaire con que la dijo²⁷. Proponía el asunto, no pedía la vulgaridad del silencio; pero sí la atención, que le ofrecieron juntamente, diole las gracias la armonía de toda la música, y la voz de todo el auditorio, y en su aplauso pudo entrar confiado lo demás de la comedia, cuyo contesto fue en esta manera.

Comedia

En la primera salida entraron Darinel, Escudero de Amadís, que daba noticia a Danteo, Pastor del Tajo, de lo que obligaba a su dueño a pisar aquellos campos, referíale sus hazañas, sus aventuras, y la que le ofrecía el encanto de Niquea, oprimida de las artes de Anastárax aborrecido amante de su hermosura, para que le guardó el mágico Alquise su tío; informábase de aquellas riberas, a quien el zagal respondía cortésmente, y pagaba su relación con dársela de las prevenciones dellas en ocasión tan alta, como celebrar los años de su Rey. Representaba el Escudero doña María de Guevara, de la Cámara de la Reina, con bizarro vestido, espada ceñida, sombrero acompañado de muchas plumas, y rosas de diamantes, y el Pastor doña Bernarda de Bilbao, de la Cámara de la Infanta, con vaquero, y faldellín verde, y plata, gorrilla sembrada de perlas, cayado de plata, y zurrón de tela, sin ceder la representación, y gala de las dos a la mayor competencia, oían cantar un coro de voces:

Sirenas escucha el Tajo,
en su esfera de cristal,
que con desprecios de río
tiene ambiciones de mar.

Sale Amadís

Sonaba un clarín, y siguiendo sus ecos, se entraban por los árboles, y salía luego confuso del estruendo de la trompeta el Caballero de la ardiente espada, representábale la señora doña Isabel de Aragón, juntando el brío de Amadís, y la hermosura de Niquea; el traje, manteo de tela de plata encarnado, y negro con bordaduras de lo mismo, y tonelete con la propia guarnición, armada de unas armas lucientes nieladas de plata, y oro, y el morrión coronado de una montaña de plumas, manto de tela blanco pendiente de los hombros, y espada ceñida, acompañabale un enano, que traía el escudo encantado. Era don Miguel Soplillo, que sucedió en la admiración de lo pequeño a Bonami, vestido en traje antiguo, negro, y plata.

Hallaba Amadís varias inscripciones por los árboles, que le ponían confusión, y salteado del sueño, pedía treguas a la fatiga del camino, y su espíritu quejoso de la flaca resistencia del cuerpo, aun desvelado se agraviaba de imaginarse dormido, y como el más amante se queda en hombre, y no puede negarse humano; vencido se reclinaba al pie de un peñasco, y salía la noche, que la representaba una portuguesa negra, excelentísima cantora, criada de la Reina, vestida con saya entera de tafetán negro sembrada de estrellas de plata, y manto derribado de los hombros, cuajado de las mismas estrellas, movía con perezosa suspensión los pasos, el

silencio, la quietud, el color, el traje retrataba verdaderamente lo tenebroso de la noche, y lo dulce de la voz, la armonía del alba, y con lisonjera suavidad persuadía ocio a los sentidos de Amadís, ya bien hallados en el descanso; dejaba de cantar, y oíase admirablemente imitado lo festivo, y armonioso de las aves al nacer el sol, y bajaba en una nube resplandeciente la aurora, que la representaba la señora doña María de Aragón, vestida con vasquiña, y vaquero de velo de plata blanco, forrada en encarnado, y cuajado de perlas, y un manto de velo de plata sembrado de ellas, y cantando admirablemente, acusaba en Amadís la humanidad del sueño, y de que sólo en él se juntasen amorosos cuidados, y ojos dormidos; acordábale, que desacreditaba sus sentimientos, y victorias: porfiaba la noche en suspenderle en su letargo²⁸, procuraba la aurora volverle a su acuerdo, confesábase vencida la noche, y huía, y victoriosa la aurora despertaba Amadís²⁹, y en la misma nube y con la propia música se volvía al cielo.

Partía Amadís en busca de la selva encantada, y al llegar a la peña, oía diversas voces, que en las galerías altas del aparato se dividían en cuatro coros³⁰, que se formaban de la Capilla Real con varios instrumentos, unos de guitarras, otros de flautas, y bajoncillos, otro de tiorbas, y otros de violones, y laudes: cantábale un coro, y proponíale peligros, otro le infundía esfuerzos, ya le desanimaba este, ya le alentaba aquel, y el caballero indeterminable atendía tal vez al asombro del encanto, tal a su valor mismo, y en batalla destas dudas salía vencedor dellas, representado de la señora doña Isabel con tan entendido afecto, que no sólo dejó vencida la representación, sino acreditada con su persona; y desnudando la espada, y embrazando el escudo, embestía con la peña con tan generoso denuedo, que fue cuanto sin salir de compostura pudo imitar la bizarría de una dama; abríase la peña, y aparecía un Palacio de hermosa fábrica, y en la portada cuatro columnas de treinta pies de alto, que al instante que tocó a las puertas Amadís, se hundían hasta el centro tan velozmente, que no podía seguirlas la vista; mostrábanse cuatro gigantes armados de petos³¹, y morriones, que se ofendían de la temeridad del Caballero, y con sola la amenaza presumían quedar vencedores, y Amadís cumpliendo con el nombre de su espada, a los primeros movimientos de ella, y mostrándoles el escudo, los ponía en cobarde fuga, como lo mandan los libros; representábanlos doña Leonor de Quirós, doña Lucía Ortiz, doña Catalina de Zárate, y doña Inés de Zomoza, sin cumplir con la ley de gigantes de ser cansados, que a todos parecieron apacibles: salían muchas Ninfas con flores, a ponerle una guirnalda en la cabeza, y con fingidos halagos querían sacarle del castillo: conociendo su falsedad, les mostraba el escudo, huían, y saliendo en su lugar leones, en que se transformaron con tan natural ferocidad, que la verdadera no pusiera más horror; y en viendo el escudo desaparecieron. Subía por las gradas para detenerle este letrado:

Esta misteriosa puerta,
que el cielo tiene cerrada,
sólo la merece abierta
del mundo la fe más cierta,
y la más famosa espada.

Habiéndole leído, pasaba ya victorioso por el teatro, y plaza de armas, acudía a las puertas, que al punto se dividieron, y (juntándose toda la variedad de la música) se descubrió la hermosa apariencia de la gloria de Niquea, que se cifraba en una bellísima esfera de cristal, y oro, que los techos, y paredes, antes parecían un diamante, que muchos, haciendo verdadera la casa del sol, que finge Ovidio, y en perspectiva un trono alto en que estaba sentada la Reina, que era la diosa de la hermosura, a quien Amadís pedía licencia, para desencantar a Niquea que la representaba la señora Infanta sentada en la grada superior, y en las inferiores acompañando a su Majestad, y Alteza las señoras doña Ana María Manrique, la señora doña María de Cárdenas, la señora doña Antonia de Acuña, la señora doña Margarita de Tabara, la señora doña Juana de Borja, la señora doña Isabel de Velasco, y doña Isabel de Salazar, y doña Juana Pacheco, doña María de Hos, y otras criadas de su Cámara, que representaban algunas Ninfas, y al pie del trono estaba de rodillas Anastárx, que la hacía la señora doña Antonia de Mendoza, y los trajes eran estos.

Los trajes

El de la Reina³², vasquiña, y saya corta de tela de lama con pasamanos de hojuela, con tres pares de faldones, que el último llegaba a la alforza de gireles, y sembrados unos rótulos de diamantes, y aderezadas con ellos la cuera, y mangas francesas abiertas, y tomadas con alamares de diamantes, y un tocado de hojuela de plata, y argentería con variedad de plumas, y un manto de tela de plata de lama lisa, con tres riquísimas joyas de diamantes, que le aseguraban en el hombro, derribado airosamente por la espalda, y al cuello el diamante rico, y la perla peregrina.

El de la Infanta³³, una saya de tela de plata de lama encarnada, con gireles guarnecidos de pasamanos de plata, y seda negra con manga de punta, y el manto de la misma tela, y tres joyas de diamantes en él, y atravesadas una banda de diamantes, y el tocado de argentería, y rosas.

El de la señora doña Ana María Manrique, vasquiña de raso naranjado, bordado de hojuela, y lentejuelas de plata el campo, y guarniciones, vaquero de tafetán naranjado, sacados bocados en velo de plata blanca con las mismas flores de mano, manto de plata de peso sembrado de flores, pendiente de rosas de diamantes, y el tocado de diamantes, y perlas, y penacho de plumas blancas.

El de la señora doña María de Cárdenas, vasquiña, y vaquero de tela de lama naranjada, cuajado de plata, manto de velo de plata, y tres rosas de diamantes, plumaje encarnado, y blanco.

El de la señora doña Antonia de Acuña, manteo de plata encarnado, guarnecido de plata, y vaquero de terciopelo negro largueado de pasamanos de plata, y manteo de velo de plata con rosas de diamantes, y plumas encarnadas y blancas, y todas las llevaban en el tocado conforme a los

colores de vasquiñas y vaqueros.

El de la señora doña Margarita de Tabara, manteo y vaquero de tela de plata encarnada, manteo de velo de plata blanco, detenido en tres rosas de diamantes, plumaje encarnado, y blanco.

El de la señora doña Juana de Borja, vasquiña, y vaquero de tela de lama naranjada con pliegues guarnecido de plata, manto de velo de plata con rosas de diamantes, y plumas naranjadas, y blancas.

El de la señora doña Isabel de Velasco, vasquiña de tela encarnada, vaquero de terciopelo negro con pasamanos de plata, manto de velo de plata con rosas de diamantes.

El de la señora doña Antonia de Mendoza, manteo de plata encarnado, vaquero de terciopelo negro largueado de pasamanos de plata, el hábito moro, un turbante de velillo sobre bonete de terciopelo negro, sembrado de joyas, y rosas de diamantes, y plumas encarnadas, blancas, y negras, y tahalí bordado de plata, y un alfanje pendiente, y albornoz africano de velo de peso de plata.

Prosigue la Fábula

Al llegar Amadís a la apariencia, en que se mostraba deshecho el desencanto, quería Anastárx defenderse, y con gemidos se querellaba de la violencia de los hados, y del cielo, que tuviese dado a mortal hombre valor tan grande, que acabase aquella aventura; condenábale Amadís a la pena de sus celos y sacaba a Niquea del Palacio encantado, y como las figuras desta representación excedían a la grandeza de lo figurado no atendían los versos a lo prometido de la historia, sino al respeto de los personajes, y Amadís en cortesés rendimientos intentaba, que agradeciese Niquea más sus cuidados, que sus hazañas, y ella superior a todos los sentimientos, aun no les concedía por premio el osar tenellos, llevando las deconfianzas a tanta desesperación, que sólo en el silencio les dejaba seguridad; y las Ninfas viendo la fineza de Amadís, le decían, que la Deidad de la hermosura le recibía en su protección, y él (máspreciado de ser buen amante, que dichoso) agradecía a Niquea sus desfavores, y a la diosa sus piedades. Estaban escritas estas coplas con tan advertido respeto, que merecieron ser referidas de su Alteza y a su representación (acompañada de apacible majestad) la hizo, no sólo decente, pero digna de persona tan real, que las acciones públicas necesitan de tanta perfección, que aun las que no pudieron aprehender se deben hacer lucidamente, y esta excedió a todas en la gracia, lo que su dueño en la fortuna. Acabó aquí la primera escena: tocaron los instrumentos apercebidos siempre en los intermedios, y la segunda empezó así.

Segunda Escena

Salió una Ninfa cantando un soneto, ofreciendo la fiesta al Rey, y luego el Escudero, y el Pastor admirados de lo que habían visto, oyen ruido de cadenas, y lamentos tristes, en que Anastárx se quejaba desde el Infierno de Amor, y pensando que era nuevo encanto, no se atrevían a irse, ni a quedarse: salieron, apartando los árboles la señora doña María de Aragón, y la señora doña Francisca de Tabara, en traje diferente que el primero; el de la señora doña María, que representaba a la Ninfa Albina, manteo, y vaquero de tela de plata verde de primavera, cuajado de pasamanos de plata, manto de velo de plata con rosas de diamantes, penacho de plumas blancas y verdes; el de la señora doña Francisca que representaba a Lurcano, manteo de tela de plata de primavera encarnado, con bordadura de plata y oro, guarnición, y campo, y vaquero de terciopelo negro liso largueado de pasamanos de plata, espada y sombrero airoso, vuelta a la copa la falda, con pluma de diamantes, y plumaje negro.

Ya advertí al principio que esto que estrañará el pueblo por comedia, y se llama en Palacio invención, no se mide a los precetos comunes de las farsas, que es una fábula unida, esta se fabrica de variedad desatada, en que la vista lleva mejor parte que el oído, y la ostentación consiste más en lo que se ve, que en lo que se oye. Pintaba Lurcano el sitio (en ricos, y no vulgares versos) y Albida describía sus jardines en la hermosa estación del mayo y Lurcano amante suyo, le comunicaba pensamientos amorosos escondidos en recatos, y temores, y Albida por no favorecellos con dudallos, ni obligarse con creellos, respondía con la poca atención que le costaban los cuidados ajenos, viviendo aún sin noticia de los suyos. En este coloquio mostró el autor (no menos que en el de Niquea y Amadís) el decoro con que se han de escribir los versos para las Damas, los que oyen atinados, los que dicen severos, donde cuanto no es desconfianza, es osadía, todo finezas, y nada amores. Fue de lo más excelente y (si pudo ser) lo representado pasó de lo escrito. Volvía Anastárx a quejarse, maldiciendo al Caballero de la ardiente espada, con tan vivo afecto, con tan tierna voz, con tan lastimoso gemido, que dejó lucida su pena, y la señora doña Antonia de Mendoza tanto la representación, y los versos, que nada tuvo más aplauso ni se celebró más dignamente. Preguntaba Albida a Darinel la causa de aquellas voces, que él también la ignoraba, proseguían los lamentos de Anastárx, y compasiva Albina deseaba libralle, oía una voz que cantando animaba su piedad, leía un letrado, que también la alentaba, seguían los ecos de las quejas, y diciéndole a Lurcano, que se despicase con amar a otra hermosura (tratándole como a hombre) osaba emprender lo que parecía tan difícil. Lurcano procuraba detenella, no pudiendo, la seguía, para hallar primero el peligro, y caminando, por vencer su velocidad, se le oponía un dragón volante, que entre las alas llevaba a Florisbella, la señora doña Ana María Manrique, y admirado Lurcano de su hermosura, y cumpliendo el pronóstico de Albida, se enamoraba, procurando detener su belleza a fuerza de suspiros y lástimas, le decía tiernos amores, volaba el dragón³⁴, y la Ninfa desdeñosa aún no quiso dejalle; presumido de que había escuchado sus finezas, quedaba Lurcano en dudas amorosas, ya se imaginaba entre sueños, ya entre encantos, hallábale más señas de Deidad, que de Ninfa, pareciale

mucho su amor para la brevedad de la vista y poco para lo hermoso del sujeto. Ninguna galantería dejó la pluma, que no pusiese en los sentimientos de estas coplas y la señora doña Francisca, representándolas, les dio más espíritu, y perfección que admite la poesía, siendo de lo más admirado de la fiesta.

Un coro de música le decía, que no desconfiase, que presto la volvería a ver, pedía socorro al amor en tan dudosa empresa, y soberana inclinación; y en lo alto del teatro se abrió un balcón en que al son de muchos instrumentos se mostraba la Ninfa Aretusa³⁵, que la representaba la señora doña María de Guzmán, aventajando este segundo traje al primero, vestida de manteo encarnado, cuajado de lentejuelas, y bordaduras de hojuela de plata, y saya baja a la francesa con pliegues de tela de plata encarnada, largueada de caracolillos de plata, y medias mangas de punta forradas en tela de plata blanca, y musiqués, y manto de volante encarnado, y plata, con rosas de diamantes, y penacho de plumas encarnadas, y blancas; traía un ramo de laurel y murta en la mano, diciendo, que venía de parte de la diosa Venus a serenar los trabajos de tantos amantes, decíale a Lurcano que no desconfiase, pues ya Anastárax salía del Infierno; descubriase esta apariencia con grande armonía, de entre las llamas, que se formaban de varios resplandores, que no hacían horror, sino agrado, sacaba Albida a Anastárax, a quien Aretusa dava las gracias de su valor, y Anastárax de su remedio, y conformándose los diferentes coros de música, salían la diosa de la hermosura, y Niquea, Amadís, y todas las Ninfas, y pedía perdón Anastárax a Niquea de su amor atrevido, y ella le perdonaba. La diosa de la hermosura daba nombre a Amadís del más fino, y más valiente caballero del mundo, amando sin interés, venciendo sin premio: y Amadís con el de ser tan atinado amante, quedaba satisfecho. Salía Florisbella, a quien Lurcano se humillaba, y pedía por satisfacción de su amor, que no suele injuria el tenelle, por ser el agravio más cortés que se hace a la belleza. Celebraba Aretusa la piedad de unos, la fineza de otros, daba el parabién a Niquea del desencanto, y a la diosa la gloria de la fiesta: mandaba que con música y danzas celebrase la libertad de la Princesa, y la hermosura de la diosa, y con la mayor armonía de todos los instrumentos se entraban, acabando la representación; y en esta, que fue la última³⁶, llevó la señora doña María de Guzmán la primera alabanza.

Cubría de improviso la montaña todo el teatro, y volvíase luego a abrir aquella máquina al son de los instrumentos, y con novedad no esperada lo que fue monte, y edificio, vimos convertido en bellísimos jardines, con flores, y fuentes naturales, tan ingeniosamente, y con tanta presteza transformadas, que con ser mucho el artificio, se dio la admiración a la brevedad. Y para la apuesta de la Reina nuestra señora con la señora doña Leonor Pimentel (observando una costumbre antigua de Palacio, que se llama adivinación, en que se pone una joya por gusto, y no por precio), aparecían en lo eminente de un trono su Majestad, y la Infanta, las Damas, y Meninas sentadas en las gradas, haciendo generosa apariencia, y todas ceñían su brazo derecho con un listón carmesí iguales, y enlazados de forma que no hacían distinción. Era el precepto, que juntándolos todos la señora doña Leonor, para vencer, acertase con el que pendía del brazo de la Reina.

Llegó la señora doña Leonor, y perdió solamente el poder ganar, que para

acabar de perder, era ley que la Reina atinase en su fiesta con el listón que ceñía su mano, acompañaron esta acción todos los instrumentos, y cantores, que siendo España naturaleza de las más excelentes voces del mundo, de las mejores se funda la Capilla Real, que a su Maestro debe la música haber juntado en los tonos la destreza, y el buen aire de cantar, ajustando lo crespo del facistol, a lo dulce de la guitarra, y a la eminencia de su arte, la novedad de Palomares, la blandura de Juan Blas, y el espíritu de Álvaro, y todo logrado en esta ocasión.

Dióse fin a la fiesta, danzando el turdión la Reina, la Infanta, y la señora doña Ana María Manrique, y con espadas, y sombreros, las señoras doña Isabel de Aragón, y doña Antonia de Mendoza, y doña Francisca de Tabara; no le quedó al buen aire, ni a la gallardía otra cosa de experiencia, en que acreditarse más, ni al auditorio que ofrecer a su deseo: fue lo esperado infinito, lo visto mayor, las admiraciones, y alabanzas pagaron una pequeña parte de lo que vieron, que a medillo con ellas, aun los encarecimientos hicieran tibia relación, y no le faltó ninguno, y dejó de serlo el más grande.

Los floridos años del Rey, que sean los que merece su valor, y los que pide, y ha menester España, sólo de tan gran demostración pudieran quedar bastantemente festejados, y en ningún tiempo con mayor ocasión de desempeñarse el gusto del deseo de ver más.

Siempre ha sido admirable el lucimiento de Palacio, y nunca se ha visto con mayor que ahora: la Reina que Dios guarde, de pocos años, de mucha hermosura, acompañada de cuantas excelentes partes forman una perfección real: y la señora Infanta de igual Majestad, y belleza, y no menos digna de tan gran fortuna; y las Damas, que en bizarría, beldad y grandeza, sólo se dejan aventajar de las dos, que en ellas se incluye lo más lustroso del Reino; y siendo en cualquier parte la mayor solemnidad de los ojos miradas, imagínense vistas en un teatro, en el más lucido día del mundo, haciendo cada una modesta ostentación de su gala, de su donaire, y hermosura; no sin agravio de todas pude señalarse alabanza particular, la más bizarramente vestida, parecía la que se miraba; la mejor representante, la que se oía; lo ayudado de los papeles, que en las comedias ordinarias es gran esfuerzo de los personajes, atendió en esta a la igualdad, porque entre lo que no puede ser mejor, nada se pudo exceder. La Infanta, cuando no se valiera de serlo, por Dama se desigualara, haciendo una vez discretas las presunciones; y aunque ninguna hubo menester la adulación, sólo en su Alteza quedó superior la verdad. Y la Reina (principio y gloria de la fiesta, y juntamente suya, porque ni de su grandeza se pudo esperar menor, ni ella merecía menos dueño) con su presencia la libró de competida, y de la esperanza de ser más; y porque sólo con asistilla le dio tanto esplendor, sin representar ningún verso, en estos dos cifraron lo que no bastaran a comprender muchos.

Siendo la fiesta de hablar,
callando lo venció todo.

Relación de la fiesta de Aranjuez en verso

GIGAN. Los verdes campos del Tajo
de la plata de Fileno,
lisonja una vez, y muchas,
floridos, quejosos bellos.

Dos veces reina en sus flores,
Belisa tiene suspensos
por suyos más que por lindos,
presumidos de sí mismos.

Para celebrar los años
de aquel bizarro mancebo
de su hermosura, y grandeza
digno hermoso ilustre dueño.

A gloriosas prevenciones
llama el mundo, en cuyo estruendo
quedaron de ser vencidos
los imposibles con miedo.

En vez de coros de Ninfas
sirven al heroico intento
escuadrones de deidades,
de amor guerra, y del sol celos.

GEN. ¡Qué peregrino teatro,
desdén del que el Roma un tiempo
reverente admiró el mundo
lisonja del gran Pompeyo!,
¡qué fábrica tan insigne
al mismo docto arquitecto
novedad, y en varias luces
émula hermosa del cielo!

RIF. ¡Qué música soberana!
ya empieza la fiesta, estemos
atentos, si a tanta gloria
basta admirados y atentos,
¡qué máscara tan bizarra!
a cuyo traje rindieron
el sol, la gala, y cuidado,
el aire, y el lucimiento:
con tan hermoso principio,
de tan alta causa efecto
a sus grandes esperanzas
da satisfacción el pueblo.

En un carro de cristal
mira el Tajo, que del techo
bella Ninfa³⁷ copia, y vence
sus puros cristales tiernos,
ya la hermosa voz desata
no pájaro lisonjero
del alba, sino de un sol
clarín generoso, y nuevo;
en florido verde triunfo
Abril le sigue, debiendo
nuevas animadas flores,
hijas ya de rayos negros;
la gran Deidad Lusitana³⁸,
bellísimo desempeño
de más alabanzas, todas
peligrosas de ser menos,
depuesto el florido carro,
ya representa, poniendo
primer crédito a la fiesta
y alma segunda en los versos.

GEN. Los ya suspendidos aires
ceñidos de luces vemos,
y un águila en plumas de oro,
luciente máquina de ellos,
conduce una hermosa Ninfa³⁹,
que representa sin riesgo,
sin escrúpulos la edad,
tanto fían años bellos.

GIGAN. Oye a la flor más temprana
en la loa mereciendo
la suya tan admirada,
que aun es aplauso el silencio;
en tan lindos pocos años⁴⁰,
¡qué espíritu! ¡qué ardimiento!,
cuidados de la fortuna
sólo en ella son aciertos.
En tres divididos troncos⁴¹
tres Ninfas ofrecen luego
en milagros de armonía
dulces prodigios al viento,
Abello pastor del Tajo,
de Amadís noble escudero
ofrece cortés noticia
de su claro ilustre dueño⁴².
Ya sale Amadís juntando
bizarro, airoso, y perfecto,

de Amadís, y de Niquea
la hermosura y el esfuerzo⁴³.

Busca la selva encantada,
y en guerra de sus desvelos
treguas pide la fatiga
a la humanidad del sueño.

Sirena oscura la noche
en blandas cadenas presos
deja su voz⁴⁴ detenidos
los pasos, y pensamientos;

luciente aurora le acusa
en dulcísimos acentos⁴⁵,
que bien nacidos cuidados
merecen ojos despiertos.

Amadís, recuerda, y mira
que en varios sonoros ecos
dudosamente le infunden
unos valor, y otros miedo.

Ya saca la ardiente espada
con vivo airoso despejo,
y a las temerosas puertas
bizarro llega, y resuelto.

Abre el encantado monte,
y aquel animoso aliento,
aun seguro en una dama
no se permite el recelo.

Cuatro soberbias columnas
veloces bajan al suelo
descubriendo en mil asombros
cuatro Gigantes soberbios:

atrévase, y de su mano
al gallardo movimiento
el miedo sólo es Gigante
de los cuatro Polifemos:

falsas lisonjeras Ninfas,
le coronan, pretendiendo
detener de sus victorias
los heroicos vencimientos:

ven el encantado escudo,
y en nuevos horrores fieros
bravos Leones le humillan
los siempre erizados cuellos.

Claro lustroso edificio
aparece, y en su centro
del fabuloso Palacio
preciada ambición de Febo,

una verdad más lucida
que en las paredes, y techos,
presunciones de diamantes,
se han debido los espejos.

GEN. ¡Qué soberana apariencia⁴⁶!

¡mira en el trono supremo
aquella deidad del mundo
el más glorioso ornamento,
mayor Majestad, compuesta
de altivos merecimientos,
de infinitas perfecciones,
de un milagro, y mil extremos!

y a su lado aquella Aurora,
que a no encerrarse en su pecho
una alma Real, en todo
pudiera ser alma en cuerpo,

la bellísima Niquea⁴⁷,
que está llamando a respeto,
aún primero que a la vista,
y al osado Caballero

agradece el desencanto,
en, que Anastárax sufriendo
el mayor dolor, padece
al mal de bienes ajenos.

Ya de laurel coronado
Amadís cuyo denuedo
fue de monstruos, y de fieras
el más valiente desprecio,

cobarde a tanta hermosura,
y negado a los deseos,
sin dar luces de esperanzas
a tan cortos rendimientos,

habla sin ser escuchado,
que en tan divinos empleos
del cuidado solamente
dan señas los escarmientos⁴⁸,

mira a Lurcano, y Albida⁴⁹,
que enseñan a ser modestos,
entendidos, y decentes
los amantes sentimientos.

Ya de Anastárax las voces
escucha, que en tanto incendio
piedad, alabanza, y gloria,
aun merece en el infierno;

de sus repetidas quejas
a su lástima dispuesto,
Albida inclina el oído
piadosamente suspenso,

que bizarra y animosa
las llamas penetra, siendo,
una vez en la hermosura
crédito suyo el remedio.

Ausente Lurcano, el aire
puebla de tristes lamentos,
que no los males callados
todas veces son discretos.

GIG. Mira en el Dragón volante
aquella deidad⁵⁰ que en Delfos
al mismo sol le quitara
la veneración, y el templo,
que sin oír de Lurcano
los más bien dichos afectos,
que buscalles tan gran causa
es culpa, y no desacierto,
huye veloz, y el amante,
de su dolor satisfecho,
logra en su desconfianza
los desperdicios del ruego.

Anastárax alentado
sale del ardiente seno,
que es la dicha de los males
no hallar novedad en ellos:
no viendo Amadís premiadas
las victorias de su acero,
de amar lo más soberano
fábrica su mismo premio,
y recatando sus quejas
de desfavores severos
no contentarse del daño
tiene por atrevimiento

Niquea (sólo imposible
de amor, y el mayor sujeto
de la fe, si el mundo osara
imaginarle algún dueño)
del valor se obliga, y nunca
de la voluntad haciendo
al deseo, y al cuidado,
uno mudo, y otro ciego.

La bella Ninfa Aretusa⁵¹
baja del cielo ofreciendo
en soberanas piedades
alivio a tantos tormentos.

¡Con qué gracia que celebra
de Albida el valor inmenso,
de Niquea la hermosura,
y el desdén forzoso, y cuerdo;
de Anastárax las desdichas,
nuevo amor, y antiguos celos;
de Lurcano los cuidados,
y de Amadís los extremos!,

los amantes generosos
pagados sólo de serlo
de las comedias vulgares
desdeñan los casamientos:
ejércitos de armonía,
que mueven coros diversos,
en guerra sonora ponen
en paz a los elementos,
muda forma el aparato,
y las que montañas fueron,
verdes jardines desprecian
el nombre de los hibleos.

En distintas hierarquías
un artificioso enredo,
en líneas rojas retrata
los azules pavimentos.

Una ilustre Dama llega⁵²,
y del más alto lucero,
no atina el rayo pendiente
señalada ley del precio;
ya la deidad victoriosa,
en el milagro postrero,
en que tanta bizarría,
vencerlo todo es lo menos,
da fin, danzando a la fiesta,
en cuyas glorias se vieron
la novedad sin descuido,
la grandeza sin ejemplo.

De los Césares los días
natales en que lucieron
la Majestad del romano,
y la estrañeza del griego,
no con mayor aparato
se celebraron, ni fueron
ningunos años más dignos
de eternidad, ni de Imperio,
que esta fiesta milagrosa,
puso término al deseo,
a la vista, y esperanza
en lo grande, y en el dueño.

El mundo quedó admirado
en alabanzas rompiendo
los aires, dando el aplauso
cuanto se entregó al silencio.

RIG. Escucha, ¿qué ruido es este⁵³,
que en el jardín de los negros
entre selva y edificio
es lo dudoso más cierto?

Otro segundo teatro
miro, si no del primero
competencia, ya de todos
admirable menosprecio,
ya la música es principio
de ilustre fiesta, y de un nuevo
trono, que aun del sol no fuera
dorado blasón pequeño.

Sale una máscara hermosa⁵⁴,
en que del otro emisferio
las luces contra sí mismas,
hacen duda el vencimiento.

En lo hermoso, y peregrino
de los trajes descubrieron
su demasía el poder,
y su elección el ingenio.

Oye a la fama, y la envidia⁵⁵,
que pisando el sitio ameno,
publican de la otra fiesta
nobles encarecimientos.

La fábula empieza, y Colcos,
y Jasón dan el sujeto,
y la pluma el Fénix claro
cisne de Apolo el más tierno.

¡Qué lastimosos gemidos
suenan en el mar, que el centro
asalta en azules ondas
del sol los dorados cercos!

Favor Neptuno divino,
dice una voz, y otra luego⁵⁶,
ondas, dejadnos pasar,
templad los rigores vuestros,
piadosa Ninfa de Tetis,
socorrednos marineros,
que el aire cortan sin velas,
que el mar dividen sin remos,
en bajel de rizos de oro
salen al buscado puerto
los quejosos fugitivos,
del mundo hermanos más bellos;
no es el Géminis hermoso
de igual belleza, ni fueron
las verdes selvas testigos
de tanto Adonis, y Venus.

Enamóranse las Ninfas
bellas hijas de Nereo,
de su dorado animal,
imagen de un rico necio:
en desconocidas playas
los hermosos extranjeros

a lo peregrino fían
las esperanzas de un reino;

Friso refiere lo noble
de su grande nacimiento,
de una madrastra la envidia,
y de una envidia el veneno.

En su triste desamparo
los anima el dios guerrero,
que a lástimas de la tierra
no se llama sordo el cielo.

Una generosa Dama⁵⁷
hace un divino compuesto
de Marte y Narciso, entrambos
sin lo vano, y lo soberbio:

de fuertes lucidas armas
ciñe su bizarro cuerpo,
y de arneses victoriosos
las paredes de su templo;
de los ínclitos varones
publica los claros hechos,
que viven siempre inmortales
sobre los hombros del tiempo;

que a los montes se retiren
les avisa, que de buenos
grandes varones fue siempre
huésped sagrado el desierto.

El vellocino le ofrecen,
que será blasón al cuello
de tantos grandes Felipes,
el Cuarto, en todos primero.

De su querida Medea
sale quejoso Fineo,
que desdichadas finezas
labran desdenes de yelo.

Segundo parto del mar,
principio a tanto escarmiento,
es tirano de las ondas,
volante animoso leño,

para queja de los siglos,
Hércules, Jasón, Teseo
dan nueva guerra a las vidas
en campañas de agua, y viento;
con más codicia que gloria
rompen el mar, que al sediento
afán de ambición humana
no bastan golfos en medio.

Conquistar el vellocino
es su empresa y a su intento
armas previenen, y asombros
los admirados isleños.

Medea, y el Rey se inclinan
a diferentes afectos,
él a defender sus muros,
y ella a rendir pensamientos.

Solicitan de hija, y padre
Jasón, y sus compañeros
el agrado, aunque ninguno
es falso, y todos son griegos.

Fineo celoso mira
la novedad, y en el pecho
iras fabrica, y venganzas,
que son traidores los celos.

La bella Elenia se muestra
su amante, y un jardinero
galán su desdén acusa
en dulces suspiros tiernos.

Mal fiada de sus ojos
busca Medea el esfuerzo
de encantos, que sin belleza
son delito, y no remedio;

la hermosura es solo encanto,
y en sus bellos ojos preso
Jasón no quiere otro hechizo,
que hermoso basta un cabello;

desconfía por amante,
no por hombre, y en un fresco
jardín de amores reales
vulgarísimo tercero,

hablarle intenta Medea,
y Elenia en blandos concertos
lo triste del alma fía,
a lo dulce de un soneto;

sirenas halla en la tierra
más que en el mar; mas ¿qué es esto?
¿que ya todo el aparato
es jurisdicción del fuego?

Llama veloz penetrando⁵⁸
de uno en otro ramo seco,
penacho es de luz, y en plumas
ardientes vuelan los techos,

la seguridad advierte
de aquel hermoso mancebo⁵⁹,
que a la alteración se niega
por quietar el susto ajeno:

por él temen todos, y él
mira seguro el incendio,
que en la turbación de todos
no se aparta del sosiego,

ni de su lado aquel siempre
solo a su servicio atento,

de quien la fama, y la gloria,
no serán testigos muertos.

Del numeroso auditorio,
mira a lo bajo, y plebeyo,
que ya es en él confusión
lo que bastaba recelo;

el temor es el peligro,
y en la fuga, y el aprieto
del remedio que procura,
se compone todo el riesgo.

Ya el gallardo ilustre joven,
cuanto es dulce parentesco,
del amor, y de la sangre,
vínculos del alma estrechos,

saca en sus bizarros brazos,
más fino que con el viejo
noble padre aquel troyano,
Fénix del ardor sangriento:

animosa la hermosura
con el semblante sereno,
de la blanca aurora imite
los albores más risueños:

a las humanas deidades
las dejan de amparo lejos,
los viles con el espanto,
los nobles con el respeto,

hasta que necesitando
de cortés atrevimiento,
con decencia la osadía
se pone animosa en medio;
como a sagrados penates
el dulce glorioso peso
dan al hombro, que a las plantas
fueran profanos trofeos:

cuantas atentas finezas
se malograron, que abriendo
lugar, dio al agua peligros
quien no las halló en el fuego:

alguno a quien bellos ojos
callado favor pidieron,
sin dolerse, ni empeñarse
todo lo miraba Nero.

Dio treguas el alboroto,
los sustos aplausos dieron,
festivo quedó el peligro,
y quedó corrido el miedo.

Sólo tuvo de desdicha,
lo que los ojos perdieron
quitando a la admiración
lo que ser pudo escarmiento.

Mereció ser competencia,
y sirvió con el suceso
de luminaria, que tuvo
hasta en lisonjas extremos.

Dejó engañarse la fama
de relaciones, fingiendo
la novedad desatinos,
y la ignorancia misterios:

hasta el accidente mismo
nos dejó alegría haciendo
los donaires experiencias
de los engaños del pueblo.

Altamente celebrados,
así los años Febeos
del sol quedan inmortales,
ya que no pueden enteros.

FIN

Vida de Nuestra Señora

Décima que hizo el Autor

Para que precediese al Romance, dirigiéndole a la Virgen Santísima
María, Señora Nuestra, concebida sin mancha de pecado original, en
el primer instante de su Ser

Vuestra Vida, ¡oh gran María!
primero milagro al mundo,

milagro será segundo
el ser buena, siendo mía;
pero en la eminente guía
de tu vida Celestial,
que supo en gloria inmortal
obrar, y vivir más bien,
milagro será también,
que aun yo no la escriba mal.

Vida de Nuestra Señora

Introducción

1 Luciente, fecunda estrella
del mar, donde en vez de puerto,
navegante sol humano
buscó tierra, y halló cielo.

2 Cuya tierna planta hermosa
pisa el dragón más fiero
el voraz, rugiente, altivo,
sañudo, erizado cuello.

3 Gloriosamente ceñida
de más cándidos luceros,
que estrellas costó a los orbes
un solo vaivén soberbio.

4 Celestial, dulce María,
cuyo nombre, aun en los senos
del morir, vida introduce,
y aún esperanza en lo muerto.

5 Que en el primero delito
pudo, a más glorias atento,

quedar presumido el daño
de que en vos nos dio el remedio.

6 Que el ser hijos de la culpa
no es mal con el bien de veros
de Dios Madre, haciendo deudas
hasta de los males mismos.

7 ¡Oh vos, nunca perezosa
al clamor, al desconsuelo,
por quien vive, en quien respira
tanto humano desaliento!

8 Vos, tantas veces llamada
fuente de gracia, que inmensos
profundos mares de gloria
márgenes le son pequeños.

9 Bañad mi voz, dejad puros
mis labios, esclareciendo
del alma tiniebla tanta
y tanto horror del ingenio.⁶⁰

10 Yo que en desperdicios viles
tanto traté, como ajenos,
a mis años, que de tantos
ni un solo instante me debo.

11 Cobre ya de mí este solo,
último advertido aliento,
cueste muchos desengaños,
mas no imposibles, lo cuerdo.

12 No se alimente la vida
en siempre morir, no en yerros
atine solo el sentido,
no se desvele con sueños.

13 Divina senda caminen
mis pasos, no los plebeyos,
no los profanos asuntos
tengan la dicha de necios.

14 Mayor estrella me guíe,
que a los tres, que llama fueron
de más lumbré, y de la Iglesia
claros faroles primeros.

15 Osado, mas no atrevido,
navegación grande emprendo,
rumbos soberanos busco,
golfos sagrados navego.

16 Nunca, oh Virgen Madre, nunca
de más confusión se dieron
voces al jamás negado
celestial socorro vuestro.

17 En la misma orilla hermosa
abismos tantos encuentro,
que de abundancia de luces
ciego voy, y tierra pierdo.

18 Alta mar es la ribera,
y de incauto marinero
encalla en profundidades,
en glorias peligrá el leño.

19 Si este favor no afianza
las áncoras, y el intento,
basta para lo anegado,
si no el peligro, el respeto.

20 Para hablar de vos, vos misma
sed voz, acordad mis versos;
pues del hacer consonancia
hombre, y Dios, sois instrumento.

21 Sed norte, pues sois estrella;
que en vos, el amparo nuestro,
entre alcanzarle, y pedirle,
no cabe distancia en medio.

22 ¡Oh cuánto siempre os merece
el puro, sencillo afecto,
que obediencias le tributan
calmados los elementos!

23 Como en el Ponto espumante;
que en erguidos montes cresco,
injurias descoge el austro,
violencias desata el euro.

24 La mísera navecilla
socorréis, templando el ceño
a los notos gemidores
los céfiros lisonjeros.

25 Así de mis confusiones
calmáis los mares, y en ellos
de paz se muestran las ondas,
del buen aire sopla el viento.

26 Ya, pues, al grande oceano
de vuestras glorias me entrego;
que es ya el terror de las velas
ocio, y lisonja en los remos.

27 Oid de vuestras grandezas
sola una línea, un diseño,
un átomo a tanto sol,
una llama a tanto fuego.⁶¹

28 Si bruto pie violó el campo,
donde empezaron tan presto
a tener los apetitos
victorias de los preceptos⁶²,

29 no profanó indigna planta
el cerrado sitio, ameno
jardín de Dios, no pisado
de señas de humano invierno.

30 De cuya loca osadía,
vano labrador grosero,

quedar pudo arrepentido,
si mereciera escarmientos.

31 En la Concepción tan pura,
que el Legislador Supremo
para todos hizo leyes,
y para vos privilegios.

32 En cuya valiente imagen,
de Dios pincel sin defectos,
son todas las gracias sombras,
son todas las culpas lejos.

33 Que si nació a ser vencida
Eva sin pecado; es cierto
que la que nació a vencerle
aun se concibió con menos.

34 La duda, mas no la culpa
se atrevió, y por necia tengo
la duda; que a razón nueva
sus leyes postra el derecho.

35 Tributo, y ley pecar todos
en uno fue, de que infiero
que una, en quien todos se libran,
rompe sus lazos al feudo.

36 Quebrarle no fue más culpa
el precepto a Dios, primero,
que es gracia el ser de Dios Madre,
ni fue Adán de culpas lleno.

37 Y es toda llena de gracias
María, y en el exceso,
no inundar aquel delito,
pudo a este merecimiento.

38 Paso a todo lo imposible
hizo Dios; tres campos secos
flores dieron en tres frutos
de risa, aurora, y lucero.

39 En Jeremías, y en Juan
nacer santo; y parto entero,
y puro en María; en Cristo
hombre, y Dios en un supuesto.

40 En su Pasión el Criador
a la criatura sujeto
estuvo, y a lo increado
dio principio un nacimiento.

41 En solo accidentes cupo
sangre, vida, alma, y cuerpo
de Dios en el más glorioso
grande, mayor Sacramento.

42 Una Concepción sin culpa
quedaba ociosa y sin fueros
de Madre de Dios, debiera
ser de María el trofeo.

43 Que en méritos desiguales
hizo Dios varios salteos
a lo imposible, ajustando
a obediencias los portentos.

44 Si para batir los yugos
del pueblo de Dios, opreso
de tantas esclavitudes
en no más que un cautiverio,

45 desunió el mar, y las ondas,
quebrando su ley, cedieron,
y enjuto pie holló la crespas
cerviz de tanto elemento.

46 Pues respectivas las olas
en sí mismas se encogieron,
y en un mar, no aún vio sus huellas
salpicadas de un recelo.

47 ¿Quién duda, quién, gran María,
que libre, sino el Bermejo,
pasaste aquel de la culpa
mar, tan justamente negro?

48 A menos fin, cedió el sol
a Josué, cedió el incendio
a la niñez. Tenga el humo
respectos, que aprendió el fuego.

49 Que en pruebas de la limpieza
de María, los sucesos,
los siglos aun más le asisten,
que en ejemplares, en ruegos.

50 De su Concepción lo puro
ha querido Dios deberlo,
no a la fe, sino al discurso,
no al santo, sino al discreto.

51 Si la más perfecta madre
le convino, y pudo hacerlo,
y son perfección, y culpa
los dos polos más opuestos,

52 no puede dudar la duda,
que fue lo puro, y perfecto
forzoso; y no hacer lo justo
en Dios fuera muy ajeno.

53 La original culpa en todos
es causa, origen, fomento
del pecado actual, que es viva
centella de aquel incendio.

54 En María de actual culpa
ni aun leves señas se vieron;
sin duda faltó la causa,
pues cesaron los efectos.

55 Que de esta opinión, con tantas,
aquel Fénix de alto vuelo

hoy fuera, y hoy tremolara
banderas por el misterio.

56 Que un nuevo Tomás segundo,
también Jerónimo nuevo,
Bautista, y Evangelista,
en pluma, y voz de Evangelios.

57 Vuestra sagrada limpieza
defendió con alto esfuerzo,
luz de España, cuya Mitra
de estrellas formó el Capelo.

58 Que Lanuza ilustre, y santo,
Magno, como el otro Alberto
dominico, en favor suyo
le dejó votado el pleito.

59 Gran María, en juicio libre
de vuestras glorias pleiteo;
y ¡qué dicha, si yo en mí,
vuestras purezas absuelvo!

60 En la vuestra, ¡oh cuánta gloria
a la disputa debemos,
que en ella da tanta parte
al humano sentimiento!

61 Vos rama del tronco anciano,
que al frío nevado cierzo
de la edad fruto nacisteis
el más hermoso, el más tierno.⁶³

62 En quien la naturaleza
hizo tan dudoso empeño,
que a no ser de Dios palabra,
no la obedeciera el tiempo.

63 Que en los festivos albores
que en vuestra aurora nacieron,
noticias del sol cobraron
las sombras de tantos viejos.

64 Cuyas fieles esperanzas,
cuyos sufridos deseos
por las huellas de los siglos
dieron pasos nunca inciertos.

65 Luces respiró el abismo,
parte corrió de sus velos,
y del ya vecino día
sintió el profundo los ecos.

66 Perezosos, y esperados
resplandores deshicieron
nieblas, que sólo a fe tanta
no turbaron los espejos.

67 Halló en sí naturaleza
un nuevo divino aliento,
en los términos humanos
gloriosamente extranjero.

68 Si bella fue, ya es gloriosa
el alba, que al nombre vemos,
que en vez de aves la saludan
puros serafines bellos.

69 María, también es ave,
pero de tan alto vuelo,
que es su nido toda estrella,
y anidó en ella el sol mismo.

70 Como airosas resucitan
del alba al primer descuello
las flores, que en la tiniebla,
fueron cadáver de hielo;

71 así de la selva antigua
los que troncos florecieron,
ya marchitos, hoy recuerdan
de tanto dormir despiertos.

72 Que al rayo de vuestra aurora
cerca ya reconocieron
el sol, que de vos María,
nunca Dios quiso estar lejos.

73 Crecisteis, oh planta Virgen,
cedro incorruptible, cedro
que altas regiones corona,
sin tocar humanos vientos.

74 De quien se labró aquella Arca,
no del viejo Testamento,
sino de un Dios hombre, siempre
vivo, Testamento nuevo.

75 Ni aquella, origen segundo
en los collados armenios,
del sol primeros testigos,
del mar últimos desprecios.

76 Sino la que le restaura
sobre los montes excelsos
de la gracia, cuando anegan
diluvios de culpa el suelo.

77 No sean, no, glorias vuestras
virtudes, que ser pudieron
romano aplauso, que ocupa
las auras leyes del pueblo.

78 Ni el sobrado, ocioso día
al vano prolijo aseo,
crédito infiel de tantos
oráculos del espejo.

79 Que en vuestras decencias puras
no es blasón, no es lucimiento
aun ser el traje testigo
de eminencias de lo honesto.

80 No peligros, perfecciones
al templo os llevaron, siendo

vos el más santo, el más digno
de Dios venerado templo.⁶⁴

81 Donde el primer virgen voto
mereció más por perfecto,
que por deberle el principio
tan grande, ignorado ejemplo.

82 Ya que en vos, oh siempre santa,
de Dios descansar pudieron
las promesas que apostaron
dilaciones con los tiempos.

83 Reposó de tantos padres
la esperanza, que del ruego
pasó tan largas distancias,
sin jamás llegar al miedo.

84 Que es lo que promete Dios
más fijo, que el firmamento,
constante, inmoble, y atado
a confianzas de eterno.

85 Llegado el tiempo, y no el día
de obrar prodigios el Verbo
(al ángel más presumido
bien retirado misterio).⁶⁵

86 Dispuso el glorioso, Virgen,
santo desposorio vuestro,
para esconder Dios en uno
otro mayor sacramento.

87 Del real tribu juntando
los jóvenes más honestos,
nobles ruinas de tanto
feliz, desdichado cetro.

88 A una floreciente vara
la elección piden, y luego
la de Josef cuenta en flores
las excelencias del dueño.

89 Aprueba el cielo el más justo,
santo, dichoso, mancebo,
cano en virtudes, y de años
tan sólo en decencias viejo.

90 El más ilustre, que nobles
tantos reyes sus abuelos,
cuanto en Dios son más lucidas
las virtudes, que los reinos.

91 Los parabienes, y esposa
recibe, y sólo este empleo
el alma, aunque de servirla
no quedó excluido el cuerpo.

92 ¡Oh la mayor confianza
que del hombre Dios ha hecho!
que se la da por cuidado
y se la deja por premio.

93 Lograba Josef lo esposo
en purezas, y en respetos,
y en altas veneraciones
su propio, cedido imperio.

94 Lo superior de marido
cobraba en obras de siervo,
imperioso en el estado,
y en la voluntad sujeto.

95 Y en siempre largos afanes
le daban breve el sustento
las resistencias de un tronco,
y las porfías de un hierro.

96 Pagaba su dulce esposa,
con mayor, su rendimiento,
hallando entre sus grandezas
la más de estimarse en menos,

97 permitiéndose al humano,
y forzoso ministerio
de sus dos honestas vidas,
más deuda, que no alimento.

98 Dios se le libraba a Elías
en el pájaro funesto,
mejor en desconfianzas
enseñado, que en remedios.

99 Ya María, y Josef todo
en sus fatigas, teniendo
pobres, dejados, y humildes
la virtud en los extremos.

100 Ya que rendían sus manos
al día el prolijo censo,
que era necesidad todo,
con ser virtud todo en ellos.

101 En la celestial María
daba, con, dudoso acierto,
señas de tenerla el mundo
la vista, mas no el efecto.

102 Y a Dios entregando enteras
negadas noches al sueño,
de su amor solicitando
el justo, esperando exceso.

103 Las misericordias tuyas
aclamaba, mereciendo,
que ni entonces le negasen
sus obediencias los cielos.

104 Cuando bañado de luces
con rayos peinando el viento,
por crespas ondas surcando
golfos de oro en sus cabellos.⁶⁶

105 Reverente, hermoso, humilde
le aparece joven tierno,

fiel ministro, a quien hacen
poca guerra los secretos.

106 Pasmos en él son de gloria
cuantos en María fueron
recatos, y todo calla
en los dos, si no el silencio.

107 Ya la voz Gabriel desata;
y en el celestial objeto,
tantas grandezas pronuncia
cuantas veneró suspenso.

108 Oyendo excelencias tantas,
en el turbado, sereno
espíritu de María
la humildad bajó a su centro.

109 Y altamente recogida
a todo su pensamiento,
piélagos sonda el discurso,
orbes penetra el suceso.

110 No temas, oh gran María,
que hallaste en Dios gracia, viendo
la tuya, y responder puedes:
temiendo a Dios, nada temo.

111 Un Hijo de Dios, y tuyo
te propongo, tan Eterno
como su Padre, y que el fin
desconocerá su Reino.

112 Informase, y no resiste
al soberano decreto;
que no en todas obediencias
quiere Dios sentidos ciegos.

113 Pregunta el modo, y las dudas
las sufre su entendimiento;
pero no su casto, puro,
sagrado, inviolable pecho.

114 Ignora varón, mas sabe,
que al elegir por su acuerdo
el ser de Dios Madre, o Virgen,
se pondrá la duda en medio.

115 Y aun dudo, que lo dudará,
que tiene en más alto precio
la pureza, que la gloria,
dejando a Dios por Dios mismo.

116 Todo lo serás, que Madre
de Dios, no pudieras serlo
sin ser Virgen, que aun ayudan
a Dios tus merecimientos.

117 Hará el Espíritu Santo
a tu Sol gloriosos cercos,
y el Altísimo hará sombra
al menor de tus cabellos.

118 El Santo, que es de Dios Hijo,
nacer de ti le veremos,
de alegrías coronando
los gemidos de su pueblo.

119 Isabel tu estéril prima
ya fecunda en el postrero
confín de sus largos años,
si no igual, es grande ejemplo.

120 Dios no conoce imposibles,
que al gran poder de su dedo
es la tierra, el cielo, y todo
luciente blasón pequeño.

121 Transformó la Esclava en Reina
la humildad, y obedeciendo
lo humilde como infinito,
quedó capaz de lo inmenso.

122 Quedando, pues, de Dios Madre,
ya es precisa deuda serlo
de piedad, que a una voz sola
parte Dios, y llega presto.⁶⁷

123 Entra en las nobles montañas
de Judea, y al encuentro
le salen glorias, prodigios,
años, y agradecimientos.

124 La senectud florecida
reverdece más, oyendo
de aura celestial los dulces,
blandos, amigos requiebros.

125 Resplandores bate al sol
el lucero, y más lucero
rayos tremola pisando
su antiguo estandarte negro.

126 Si luces fragantes debe
a un jazmín el campo seco,
ya de un clavel encarnado
rayos recibe más bellos.

127 La tierna flor escondida,
en alegres movimientos,
a nueva influencia paga
de adoración frutos nuevos.

128 Exclama la estéril Madre,
gran voz, gran causa, rompiendo
en fértiles alabanzas
la clausura a los misterios.

129 De Santo Espíritu llena,
aun está reconociendo
su indignidad, que porfía
lo más santo a más modesto.

130 Estraña, venera, admira,
tan soberanos portentos;

que Juan es la voz de un mudo,
y ella es la vista de un ciego.

131 La casa de Zacarías
luces, milagros, contentos
inundan, que le da el alba
todo el sol en un reflejo.

132 Dios a María engrandece,
y ella a Dios, salud, aliento
en quien se alegra, se anima
su nunca espíritu enfermo.68

133 Miró Dios la humildad suya,
y ensalzada, el universo
la bendice en dicha tanta
que mereció merecerlo.

134 El que es Santo hasta en el nombre,
con gran poder, grandes hechos
obró en ella, no fiada
a los semblantes del riesgo.

135 Continuas misericordias
de gente en gente, en aquellos
que le temen irá obrando;
que en temiendo a Dios no hay miedo.

136 Mostró el poder de su brazo
derribando, deshaciendo
los de corazones vanos,
tan bajamente soberbios.

137 Depuso a los poderosos
de su presumido asiento,
ensalzando a los humildes
tan altamente pequeños.

138 Los ricos dejó vacíos
de todo, y de bienes llenos,
de riquezas, y de hartura
a los ya de nada hambrientos.

139 Reconocióle por hijo
Israel, memoria haciendo
de misericordias suyas;
bien que en Dios todo es acuerdos.

140 Como a nuestros nobles Padres
lo dijo, y al grande nuestro,
Abraham, y a cuantos siempre
le irán venerando abuelo.

141 De elevaciones tan altas,
donde en ardientes afectos
de amor, no hay llama sin voz,
ni hay palabras sin incendio.

142 Al cortés, noble hospedaje,
a María descendiendo,
si antes los visita santos,
ya los comunica deudos.

143 Tres lunas cuenta la aurora,
el instante previniendo,
que tuvo a las obediencias
los imposibles atentos.⁶⁹

144 En las plumas de los días
vuelan los meses ligeros.
Y lo que no cupo en siglos,
pendiente está de momentos.

145 Cuando tocó la esperanza
su postrer línea, saliendo
lo santo de su promesa,
y lo estéril de su empeño.

146 Del duro rugado tronco
rompe los caducos senos
tierna flor, que será hermosa
población de los desiertos.

147 En los brazos de María
nace Juan, desconociendo
la tierra, para que sea
su primera cuna el cielo.

148 Del santo, incrédulo padre,
la voz desanuda, abriendo
la puerta, que defendían
tantos muros de silencio.

149 A ofrecer la voz, y el hijo,
en favores tan diversos,
parte al templo, y más Dios halla
en su albergue, que en el templo.

150 Unos milagros con otros
se pagan, que en el terreno
sembrado de desengaños
esperanzas florecieron.

151 Sin vida eterno el Bautista,
glorioso, y vencido el viejo
quedan, y un abril florido
formado de los inviernos.

152 Si a los pasos de María
tantas glorias se debieron,
¿qué no hará el solicitarlo,
si a Dios le basta el quererlo?

153 Con tan festivos aplausos,
en tan hermoso bosquejo
la Omnipotencia dibuja
otro mayor nacimiento.

154 Ya en el segundo morir
mal vivo, y de amores muerto
que es imagen de la muerte,
antes la ausencia, que el sueño.⁷⁰

155 No reposa el tierno esposo,
y vuelve a cobrar entero

su corazón, que en María
no pudiera bastar medio.

156 Breve huésped se despide
sin que les quede debiendo
nada en parabienes largos
ni el amor, ni el parentesco.

157 Vuelve a su solar dos glorias,
que parte harán de tormento,
una que halló desvelado,
y otra que sabrá durmiendo.

158 Restitúyese en finezas
cuanto del vivir pudieron
soledades tan costosas,
que fue toda el alma el precio.

159 Con veneración fecunda
su esposa recibe, y siendo
continuado el bien, que alcanza,
siempre le admira por nuevo.

160 Estando en paz toda el alma
tan feliz, tan satisfecho,
que halló en su espíritu mismo
las regiones del sosiego.

161 Nueva guerra la saltea,
tan nueva, que el duro asedio
en la vista cupo ahora,
y nunca en el pensamiento.⁷¹

162 En el semblante excedido
del claustro puro hace efecto
la sospecha y al tenerla
sólo acusa por exceso.

163 Señas ve, que imaginadas
bastaran a ser portento,
tiembla el discurso, y la fe
todo lo puebla de esfuerzos.

164 La imaginación se atreve
a ser pena, a ser desvelo;
a ser cuidado, a ser duda,
mas no se atreve a ser miedo.

165 No al entendimiento niega
la razón de estar temiendo,
mas no querer confesarla
lo debe al entendimiento.

166 Celos parece el cuidado,
no lo es, que toma dellos
la parte, que hace advertidos,
mas no la que hiciera necios.

167 A los sentidos consulta,
y todos, que en el consejo
de parte están de María,
votan por los sentimientos.

168 Fuga, o rigor aconsejan,
y siendo el fiscal severo
Josef, no tiene María
otro abogado en el pleito.

169 Los ojos juzgan crueles
a la misma causa atentos,
y en favor de este juicio
todo está, si no es el seso.

170 ¡Oh crudo estado de un mal,
que es sufrirle el mayor yerro,
y el vengarle, y aun creerle
fuera el mayor desacierto!

171 Ve la novedad, conoce
lo puro, ignora el secreto,
teme, fía, duda, y halla
conformes tantos encuentros.

172 No el duro accidente ignora
María, y calla, atendiendo,
que si liga un matrimonio,
jamás, tantos sacramentos.

173 Encubrir glorias tan altas
fue modestia, no precepto;
que en soberanías suyas
los más grandes hablan menos.

174 Siente Josef, y María
padece con más afecto
cuanto es en lo amante siempre
más delgado el sentimiento.

175 También siente en su pureza
de su esposo lo perplejo,
enseñada a que la ignoren
los instantes de los riesgos.

176 Con fe, y humildad lo calla
con humildad; encubriendo
glorias, que aun las estrañara
su mismo merecimiento.

177 Con fe; sabiendo que Dios
por Josef mira, y sabiendo
que para hacer desengaños
sobra Dios, y basta el tiempo.

178 Novedad en Dios parece
el tardar en los consuelos,
pues le halla el primer gemido
a las espaldas del ruego.

179 Y a Josef se los dilata
por más piedad, conociendo
que en bien padecidos males
triunfa Dios, y vencen ellos.

180 Causó un amor dos milagros,
que uno a otro se encubrieron,

glorias ella, estando alegre,
penas él, estando tierno.

181 En casa, en que Dios habita,
¿quién halló desasosiego,
ni en Dios, que es fuente de vida
bebió escondidos venenos?

182 ¿Qué glorias, para dar glorias,
a Josef habrá dispuesto
Dios en él, si glorias busca
aun para darle tormentos?

183 Triste, admirado, confuso,
sin hallar un paso abierto
al consorte, a la esperanza,
al discurso, ni al remedio.

184 Abre, discurre, penetra
la fe tan anchos senderos
que dudas inaccesibles
le hacen paso, y le dan puerto.

185 Más huye de lo que piensa,
que de lo que está sintiendo,
que no se atreve a quedarse
con tan altos pensamientos.

186 Más fiado a la esperanza
que a la vista, y desmintiendo
señales tantas, que dicen
verdad, pero no lo cierto.

187 Bizarro con sus temores,
y altamente introduciendo
que sea lo confiado
una vez lo más discreto.

188 Primero que una indecencia
en María, dize, creo
prodigios, y antes que culpas
esperar milagros debo.

189 Cuanto se niega al discurso,
cuanto se esconde al progreso
de naturaleza, y cuanto
huye a noticias del suelo,

190 todo cabe, y no una culpa
en María, en quien, si veo
sin ejemplar, lo que miro,
lo que adoro, es sin ejemplo.

191 Concebir sin varón puede
mujer, que pasa los fueros
humanos, y a glorias tuyas
límites señala eternos.

192 Pues ¿cómo soy fino amante?
Y ¿cómo, si a verla llego
de sí misma defendida,
yo de mí no la defiendo?

193 La fuerte mujer buscada
no puede otra ser, ni el freno
inmortal yugo de nieve
del siete Nilos de fuego.

194 Yace segura, y gloriosa
en todo, ¿y en mí la temo?
Tembló un enemigo al verla:
y yo al culparla ¿no tiemblo?

195 ¿Qué me altera? ¿Qué me turba?
¿Qué me recata, pudiendo
ser tálamo de Dios mismo
la pureza de su pecho?

196 Mas ¿cómo en glorias tan mías
pienso? y si en las tuyas pienso,
a sus méritos le ofrecen
los números campo estrecho.

197 Pero ¿yo esposo, yo digno
de este bien? Todo lo espero
en María, sólo dudo
en la parte que soy dueño.

198 ¿A qué duro examen llega
mi fe, que nada creer puedo
con los ojos, y he de fiarme
a cuanto yo no merezco?

199 ¿Qué bajel, que entre las ondas
estremecido, y deshecho
sitio ignora, y le pleitean
o ya la esfera, o ya el centro?

200 Su espíritu combatido
igual, que en los más fieros
escollos, destrozo es flaco
de la saña de los vientos.

201 Tal borrasca en los sentidos
duramente obedeciendo
mil tempestades una alma,
un dolor muchos imperios.

202 Pasaba el gran Varón, cuando
del afán rendido al peso,
con el falso lo dormido
engañaba a lo despierto.

203 Celestial luz, que respira
calmas en los ya serenos
mares de aquel más divino,
turbado animoso pecho.

204 Hijo de David, no temas,
le dice: ¡Oh cuántos estrechos
el valor navegaría,
pues le acordó tanto abuelo!

205 Que no está celoso intenta
mostrarle: ¡Oh grande argumento!

despertóle, y pues dormía,
ya se ve, que no eran celos.

206 Josef, a lo que a tus dudas
les cuesta un desasosiego,
debe el cielo adoraciones,
asombros paga el infierno.

207 Ese imposible edificio
es de artífice supremo
fábrica, y piedra, que es sola
de la Iglesia el fundamento.

208 El material santo, y puro
tu consorte fue, poniendo
Dios lo poderoso, y sabio,
y María lo perfecto.

209 Obra es de Dios, Hijo es suyo
lo que ignoras, que primero
en palabras le engendraron
tantos siglos a sus pechos.

210 Jesús (¡qué glorioso nombre!)
le llamarás, será el medio
de abrir los cielos, a sola
tan alta esperanza abiertos.

211 La salud será del mundo,
y al remedio desatentos
mas enfermarán los malos
siendo vida a todo enfermo.

212 No escogió a Josef tan santo
Dios, en orden al empleo
de padre en sombra, y de esposo
en verdad, y en lucimiento.

213 Que sus inmensas virtudes
en esta ocasión sirvieron,
no para la santidad,
sino para el sufrimiento.

214 Hallar glorias en María
todos supieron sabiendo,
mas glorias dudando, solo
Josef acertó con ello.

215 Vio claro, lo que no pudo
dudar, ignoró encubierto
lo misterioso, y honrado
dudas no sufriera al riesgo.

216 Fiarle a Dios, y a su Madre
por menor blasón lo tengo,
que en tan gran caso fiarle
decentes los pensamientos.

217 Finezas debió María
a Josef, que no pudieron
deberse a Dios; que ignorando
aun creyó más, que creyendo.

218 Creyera, sino ignorara
que todo era Dios, y dentro
de su ignorancia creyó
que no pudiera ser menos.

219 Dios la conoció tan santa
sin ver repugnancia en ello,
mas Josef embarazado
de el mismo conocimiento,

220 la creyó perfecta en todo,
en su ignorancia tan diestro,
que él ignorante, y Dios sabio,
con Dios compitió el acierto.

221 Dios por gracia hizo impecable
a María, y el concepto
de Josef lo halló justicia
contra sus testigos mismos.

222 Todo en gloria de María,
que Santa desde al eterno
Dios la examinó, y José
en pocas horas de dueño.

223 Viendo Josef señas tantas
de Madre de Dios, y siendo
inculpable el ignorarlo,
se acusa de no entenderlo.

224 Tan corteses las sospechas,
tan hidalgas anduvieron,
que de luz necesitaron,
mas no de arrepentimiento.

225 No intenta satisfacciones,
que dejara, con hacerlo,
de lo nunca delinquido
escrupuloso el respeto.

226 Si veneró lo ignorado,
¿con qué fe a lo descubierto
daría en adoraciones
desatados sus recelos?

227 Si antes respetando el voto,
y el santo consorcio honesto,
aun los polos no midieran
la distancia de los cuerpos,

228 ¿con qué reverencia agora
mirará el glorioso objeto,
más propio, cuanto le mira
de sí mismo más ajeno?

229 Tanto Dios descubre en todo,
ya descogido este velo,
que cada ignorancia suya
la traduce en un misterio.

230 La tierra envidia pisada
de María, y de haber puesto

él sus labios en sus huellas,
agravios le finge al suelo.

231 María viendo a su esposo
tan altamente contento,
que glorias, como antes penas
le examinan ya en lo cuerdo.

232 Pues de esposo en lo penado
arte inventa de discretos,
y de padre en lo glorioso
hizo escuela de modestos.

233 Da gracias, o se las presta
al cielo, que sin el tierno
pecho suyo hasta de glorias
huérfano se cuenta el cielo.

234 Ejercitando virtudes,
y méritos añadiendo,
si lo más, si lo infinito
reconoce algún aumento.

235 Espera el felice día
en que a la noche veremos,
no apostar luz con el sol,
sino deidad con Dios mesmo.

236 ¡Oh esperanzas, que en edades
no han cabido, y ya en un seno
breve caben, de Dios todo
aún no depósito estrecho!

237 Ya de la ambición romana
el vano imperioso estruendo,
que en su orilla inquietó el Ganges,
que en su margen turbó el Rheno.⁷²

238 Del Jordán los convecinos
convoca, y los nazarenos
tributarios reconocen
la obediencia, y no el imperio.

239 Parten a Belén, llevando,
mejor que a César, el censo,
a deudas, y ansias de Dios,
de Dios todo el desempeño.

240 Corta familia, y más corta
prevención camina, abriendo
por los campos de la noche
confusiones del invierno.

241 Hallan a Belén, y buscan
no ricos, suntuosos techos,
falsa gloria del romano,
loca ostentación del griego.

242 La parte de Dios, y aún Hombre
ceden, sitio apeteciendo,
grande injuria al más humilde,
gran desdén al más pequeño.

243 La comodidad perdonan,
la defensa no al violento
Aquilón, que en nieve airada
va despeñando sus ceños.

244 Solicitan peregrinos
el amigo umbral, y el deudo,
que oyen para ser más sordos,
que ven para estar más ciegos.⁷³

245 Llaman, siendo la respuesta
del villano injusto pueblo
la más piadosa el desvío,
la más cortés el silencio.

246 Toda puerta está cerrada,
que se recogen muy presto
deudos, y amigos en todas
tempestades de los tiempos.

247 Nadie admite a Dios. ¡Oh cuánta indignidad le debemos, y cuán temprano padece la indecencia de los ruegos!

248 Es amante: oirá desdenes;
pobre: le huirán los consuelos;
hombres busca: hallará ingratos;
dichosos: serán groseros.

249 El cielo, el aire, el diciembre,
la noche en iras creciendo,
y el humano desamparo
zozobrando ya en su extremo.

250 Bien sin elección eligen
tan bajo retiramiento,
que buscándole el cuidado,
antes la hallará el desprecio.⁷⁴

251 A un no agradecido albergue
de dos brutos, padeciendo
en estrecheces de gruta,
desabrigos de desierto.

252 Aquí se resuelve Dios
a aquel grande heroico hecho,
que siendo humildad, la envidia
causó espíritus soberbios.

253 Y aquí, ¡oh nuevamente grande
asumpto mío, aquí vuelvo
a subir lo más profundo,
a ceñir lo más inmenso!

254 Y aquí de deidades tantas,
que más luz reconociendo
en las campañas del aire,
baten banderas de fuego.

255 Las más alentadas plumas,
los más sagrados denuedos

se deberán mis temores,
ya que no mis escarmientos.

256 No extraño, que inmensidades
abrevie Dios en el pecho
de una Virgen, que hasta esclava
no le fió tanto reino.

257 No admiro, que sin horrores
en obscura cárcel preso
(bien que gloriosa) desate
ajenos humanos yerros.

258 Que allí mayor, más divino
yace, que en el claustro regio,
que ilustran campos de luces
inefablemente amenos.

259 Que en la virginal clausura,
y en el ceñido emisferio,
donde el sol lucido en nubes
buscó esfera, y halló centro,

260 más bien hallado está Dios
que hollando en sitios etéreos,
sin número las deidades,
y las edades sin tiempo.

261 Sólo me asombra el prodigio
de esperar a Dios resuelto
a nacer, donde el morir
halló lecciones tan presto.

262 Si en aquel sagrado monte
las penas se le atrevieron,
y la muerte de imposibles
armó sus atrevimientos.

263 Treinta y tres años de escuela
de hombre quitarle pudieron
la novedad, y en los males
fabricarle tan maestro.

264 Pero trasladarse Dios
de Dios a hombre, y sin medio
poner de glorias a penas
tan vecinos los extremos.

265 Pasar de inmensas grandezas
a estar de miserias lleno,
y a necesitar de todo
el que de todo es el dueño.

266 De la mente soberana
del Padre bajar atento
a merecer acogida
en las piedades del heno.

267 ¡Qué tiernas admiraciones
no solicita! Pasemos
al asombro de los ojos
los pasmos del pensamiento.

268 Partía el campo la noche,
y el crudo Boreas gimiendo
dejaba de tantos montes
acreditado el asiento.⁷⁵

269 Milagrosamente firme
el portal, al aire expuesto,
a soplo más leve, a un soplo
dudara su fundamento.

270 En tempestad competida,
émulos ya de los cerros
los valles en crespa nieve
montes los fabrica el viento.

271 Al cielo niega la tierra
la distinción, presumiendo
gitanas obstinaciones
en pirámides de yelo.

272 Las rotas nubes, que en blancas
furias se van deshaciendo,
en vez de nevar en copos,
se despeñan en excesos.

273 Los pastores en tan nueva
saña el temblor repartiendo,
parte dejan para el frío,
mas todo lo roba el miedo.

274 En bruta piel escondidos,
ni al roble fían, ni al fresno
socorro, que aun de ofrecerle
se recata el mismo aliento.

275 Mal discernidos los campos,
y los ríos, los corderos
beben hierba, y agua pacen
de sed engañada hambrientos.

276 En más horror de la noche
del diciembre en lo más fiero,
cuando quiere todo el aire
ser batalla, y no elemento.

277 Luz más bella, flor más pura,
paz más noble amaneciendo,
ni vence, hiela, ni abrasa,
ni horror, ni guerra, ni invierno.

278 De Virgen, nevada rosa
un jazmín de amor ardiendo
a todos nace, y de todos
poco ayudado el incendio.

279 Como en las flores desata
del céfiro el movimiento,
los aljófares más puros,
del alba indicios más bellos.

280 Como al respirar del día
blandamente va cayendo

dulce vapor, que en la aurora
fue generación del cielo.

281 Como en cándida azucena
los rizos dorados vemos
dejar más limpio el luciente,
fecundo, inviolado cuerpo.

282 Ofrece la flor más pura
el concebido primero
rocío hermoso, que ostenta
más fortaleza en lo tierno.

283 Las mismas fecundidades
más purezas añadiendo,
nunca manchada la luna
más cristal quedó el espejo.

284 Mejor que el árbol corona
en el mayo placentero
de las flores los brillantes,
lozanos, erguidos cuellos.

285 La estéril paja enriquece
el mayor fruto, el más bueno,
que se plantó para humano,
y se coge para eterno.

286 Apenas las mismas penas
posesión de hombre le dieron
a Dios, que al nacer le ofrecen
antes campaña, que lecho.

287 Cuando furiosos le embisten
de los diciembres, y eneros
desmedida la costumbre,
afectado lo violento.

288 Conjuradas tempestades
a más rigor compitiendo,
las nubes nevaban rayos,
los aires silvaban truenos.

289 Tanto aparato de males,
tantos rigores severos,
muchos para demasía,
y empezados para empeño.

290 ¿Contra qué feroz gigante,
turbador, osado, feo,
del pueblo de Dios membruda
montaña horrible de huesos,

291 sino contra un niño hermoso,
que está solo defendiendo
la torre de una doncella,
la muralla de un cabello?

292 Purpúreo clavel con alma,
sin vellón dulce cordero,
Dios humilde; más parece
víctima, que nacimiento.

293 El santo Josef, que mira
que en destemplados empeños
por mar de furias el aire
olas levanta de hielo.

294 Conoce (y ¡qué bien conoce!
pero no blasona de ello)
que en humanas tempestades
sólo hay templanza en sus celos.

295 Tormentas de amor padece
el temprano marinero,
¿qué será, qué, cuando surque
borrascas de sangre el leño?

296 La tierna, piadosa Madre
del pobre, decente aseo,
rico de poder, pues cubre
un desnudo Dios entero,

297 el celeste manto aplica,
aun más luciente por esto,
que por despojar los astros
de luz, de honor, de ornamento.

298 Ve, que es piedad, no socorro
que el frío, erizado, yerto,
¿qué osará, contra un desnudo,
si a un sol le pierde el respeto?

299 Con los brazos, con los ojos
le abriga, y guarda, emprendiendo,
si no concebirle, entrarle
segunda vez en su pecho.

300 Cuanto Dios tiene, y Dios puede
le falta, o niega, y teniendo
a María, todo ahora
le sobra, y confiesa dueño.

301 Que estrellas, sol, cielo, y luna,
todo en ella más perfecto
se ve, que en el puro, hermoso
engarce de tantos cielos.

302 ¡Oh, cuán justamente el hombre
fía todos sus remedios
de María, si aun Dios se halla
pendiente de sus consuelos!

303 Que a faltarle a Dios María,
ya que en lo inmortal le vieron
vivir Dios; en lo pasible
hombre muriera en lo hambriento.

304 A Dios le sobra en sus brazos
para en todo parecerlo,
que en voces lo avise el ángel,
que en flores lo diga el tiempo.

305 Ya fuese esta luz, ya fuesen
tantas como en Dios nacieron,

que en partes de luz la noche
dudas movió de no serlo.

306 Al resplandor los pastores
despiertan de asombro llenos,
y en temerse más dormidos
se ve, que se hallan despiertos.

307 Aun más de glorias bañados,
que del rocío, y oyendo
voces menos conocidas
del oído, que del sueño.

308 Festivos, y alegres parten
al sagrado portalejo,
ya esfera de un sol que brilla
grandezas en lo pequeño.

309 Sonoros competidores
de los ángeles hicieron
cortesanos los ya ilustres,
montaraces instrumentos.

310 Pastores, ángeles todo
es un ejercicio en ellos,
y no los divida el nombre,
ya que los juntó un afecto.

311 ¿Dios buscado, Dios servido?
tanta deidad cabe en ello,
que a ser espíritu pasa
la mortalidad del cuerpo.

312 A racimos, a manojos,
primicias de siglos nuevos,
descienden estrellas puras,
bajan serafines tiernos.

313 Rico el diciembre de frutos,
fértil de glorias el heno,
al agosto de milagros
en trojes no basta el viento.

314 El portal desconocido
de noticias, y de techos,
tanto como al aire, a tantos
prodigios santos abierto.

315 Ni al cielo igualdad le sufre;
que tiene un Dios Hombre dentro
y el tenerle ha de costarle,
de este Dios, la muerte, al cielo.

316 ¿Qué es tener a Dios? Que un pobre
portal de riquezas lleno,
aun en glorias está humilde,
ni aun poderoso es soberbio.

317 Humano poder, que en vano
se templara, que en los riesgos
de sí mismo él solo, él solo
se buscara por despeño.

318 ¡Dichoso el siglo, que alcanza
de la fortuna tan diestro
seguro, sabio Piloto,
que en sus golfos lleva el puerto!

319 Tan temprana su doctrina
como su sangre en excesos
de amor, y obediencia pasa
de todo, sino es de él mismo.⁷⁶

320 A Dios, María, y Josef
osa tenerlos contentos
un portal, cuando bastarles
no lo presumiera un templo.

321 Al de Salomón Dios lleva
su obediencia, y tan sujeto,
que Dios no ligado a leyes,
rindió la frente a un ejemplo.

322 ¡Qué presto el sol de arreboles
de sangre, y nieve cubierto
se desnudó lo nevado,
mortal le halló lo sangriento!

323 Jesús (ya lo dijo el ángel)
se llamará, nombre excelso,
que a los cielos será aplauso,
y pavor a los infiernos.

324 ¡Oh cuánto nuestros olvidos
acusa! Que hacer le vemos
en deuda, que no fue suya,
tan temprano los remedios.

325 En ocho días de vivo
tantas noticias de muerto,
y caber tanto pasible
en la inmensidad de eterno.

326 Milagros, milagros llama
testigos, y tuyas siendo
las glorias, negarse a ellas
fue el mayor que cupo en ellos.

327 Cuanto más Dios los encubre
más se declaran, que luego
que la noche en luces blancas
rompió sus párpados negros,

328 entre el hombre, y Dios publica
un luciente pregonero
paces, que armó de batallas
el rebelión de un precepto.

329 En ondas de luz navega
al oriente un marinero,
que lleva en flota de rayos,
Indias de conocimientos.⁷⁷

330 La noticia soberana
lleva el novel mensajero

a tres Reyes, que aseguran
lo más sabio, en lo más bueno.

331 Refiere en cifra el gran caso,
y descífranle al momento,
y en ser celestial dispensan
con las dudas de lo nuevo.

332 Novedad para escuchada
divina ha de ser, que a menos
bien, se duda, aunque a los Reyes
se la proponga un lucero.

333 A una voz del cielo sola
tres Reyes obedecieron;
que a Dios cuestan cortas voces
los sabios, y los discretos.

334 ¡Gran novedad! Que los Reyes
verdad en la tierra oyeron;
pero atrevióse a decirla
una estrella, y desde el cielo.

335 Por el celestial aviso
parten con valor más regio;
que en Dios se arma de imposibles
la osadía de un esfuerzo.

336 A vista de un Rey celoso
otro apellidan, y luego
la turbación dio camino
a despeñados consejos.

337 La verdad de una propuesta
¡qué animosa en los descuellos
se empeña con ver que tiene
escarmentado el desnudo!

338 Rey nuevo, y mayor publican,
la estrella cobran, y viendo
florido el aire, y que pule
de auroras la noche el ceño.

339 Entran, y ven más que cupo
en su esperar, descubriendo,
si en lo menos lo más grande,
más ser en lo más sujeto.

340 Reverentes ven, y admiran
el Hijo, y Madre, midiendo
a Majestades la tierra,
y a coronas el respeto.

341 Antes que los pies, los labios
del suelo noticias dieron,
que más que su planta ocupan
su boca, y su invida el suelo.

342 Altamente derribados,
aquel celestial portento
adoran, acreditando
de más fe lo más suspenso.

343 Tesoros, y corazones,
a la par grandes, y abiertos,
antes dados, que ofrecidos;
el mundo no bastó al precio.

344 Tasólos Dios en sí mismo;
que de un santo, y noble afecto
no es menos que Dios el coto,
ni en pagas de Dios hay menos.

345 Hombre, Rey, y Dios le aclaman
en mirra, en oro, en incienso,
y en un ser, y un sitio encuentran
miseria, deidad, y reino.

346 De la pura, excelsa Madre
en el santo, ilustre aspecto
aun más miran, aun más hallan
que les prometió su empeño.

347 A la fe de los pastores
más fe los Reyes crecieron,
que la vida de los reyes
es alma de muchos cuerpos.

348 A su semejanza todo
se compone, que a su aliento,
o reinan las perfecciones,
o presiden los defectos.

349 Que adoraron los pastores
a Dios, no hay duda; más de ellos
no se dice, bien dejado
a la fe de los silencios.

350 Y de los reyes lo advierte
(¡Qué explayado!) el Evangelio;
porque empiezan más seguros
de los reyes los ejemplos.

351 También ostentan los dones,
que los príncipes supremos,
gloriosos, grandes, se cuentan
más a piedades, que a reinos,

352 Buena ya otra vez la noche,
voces mil, y coros ciento
son sin confusa armonía
Babilonia de instrumentos.

353 No estrañan cetros reales
los pastoriles salterios;
que supo ser un cayado
bastón firme, y justo cetro.

354 Los huéspedes festejando,
de segundas glorias llenos,
a su amor ningún aplauso
quedó a deber el contento.

355 Reyes, pastores, ¡qué oficios
tan parecidos, que atentos

igual conservan, y esquilman
sus ganados, y sus pueblos!

356 ¿Piadosos, y liberales
con Dios? Felices aquellos,
que viven a su costumbre,
que respiran en su imperio.

357 ¡Oh ilustres, primeras plantas
de la Iglesia, que en sus cedros
os cede eminencias muchas
el Libano más soberbio!

358 Si hasta el sol habéis crecido,
guardad los sagrados cuellos
de segur ya ensangrentada
en tirano pensamiento.

359 Nuevo, seguro camino
les advierte Dios durmiendo,
que de sus amigos todos
siempre Dios vela en el sueño.

360 A su región vuelven ricos
de glorias, y de trofeos
siendo Dios de sus tesoros
cambio justo, y logro inmenso.

361 ¡Albricias, pobres, albricias!
que haber ya no puede hambrientos;
que aun temporales son ricos
de María los remedios.

362 Josef de Dios, y María
humano ya tesorero,
aunque más ejercitado
que en tesoros, en misterios.

363 Piadoso reparte, y justo
cuanto los Reyes le dieron,
como liberal, con prisa,
como noble, con secreto.

364 Lo más perfecto ejercita
de excelente limosnero,
propio cuanto distribuye;
que de Dios nada es ajeno.

365 Cuarenta auroras el alba
espera en aquel deshecho
albergue, que en sus invidias
labrar puede un firmamento.⁷⁸

366 Sin necesidad forzoso
cumple María el precepto,
que hacer del ejemplo ultraje
no es gala del privilegio.

367 Purezas al templo lleva
hijas de su parto mismo;
que lo puro de María
es de Dios, y no del tiempo.

368 Lleva, si no el de la ley
el que ha de hacerla, cordero;
antes en milagros muchos
señalado, que en un dedo.

369 Blancas tórtolas ofrece,
copiando en breve bosquejo
su gran candidez la ofrenda,
su corta fortuna el feudo.

370 Del tesoro ya expendido
no se valiera, a traerlo;
que lo rico desusado,
aun Dios se recata de ello.

371 ¡Qué bien alumbrado parto!
que todo el sol descubierto
luz fue suya, y más de glorias,
que aun de luces baña el templo.

372 Agora, agora en paz santa
lleva, Señor, a tu siervo,
que a tu palabra imposibles
debe la fe de un deseo.⁷⁹

373 ¡Oh gran Dios! que en tu promesa
tu salud mis ojos vieron,
vida de los siglos, y alma
de tan altos sacramentos,

374 que en la presencia de todas
las gentes tu lumbre has puesto,
dicha, y gloria de Israel,
tu elegido, amado pueblo.

375 Dijo el Santo, noble anciano,
en sus años disponiendo
a tanto Espíritu Santo,
Jordán tanto a tanto viejo.

376 Blanco cisne, que cantando
su muerte en dulces lamentos,
anuncia también la herida
de un hierro de muchos yerros.

377 Cuchillo agudo, que en alma
santa más, su injusto acero
hará estragos, que aun no quepan
en todos los sentimientos.

378 Que el corazón más constante,
sagrado, puro, sincero,
si no zozobrare, surque
tormentas de más tormentos.

379 Del profético peligro
¡qué tempranos desempeños!
que empieza de Dios la vida,
antes que en vivir, en riesgo.⁸⁰

380 ¡Qué cobarde se asegura,
y qué en vano un reinar fiero

en lo cruel! Que a un tirano
le corona solo el miedo.

381 Tempestad sangrienta mueve
airado noto Idumeo,
que en leche el mar, ya en borrascas
de sangre será el Bermejo.

382 Del nuevo inocente campo
los blancos, verdes almendros,
malograda, hermosa pompa
de anticipados febreros.

383 Despoja feroz, y como
sañudas iras del cierzo,
que en hojas le cuenta el campo,
y en silbos las gime el viento.

384 Así, así en destrozos duros
furioso aquilón violento
de florida, infante selva
derriba pimpollos tiernos.

385 Mal satisfecha la saña
de tanto nevado, seco,
plantel verde, aún no escondido
del cuidado en todo el seno.

386 La flor, que es vida de todos,
busca el tirano sediento
de sangre ya vinculada,
a rojas flores de un huerto.

387 En la inundación furiosa
de un clavel flamante al yelo,
encarga Dios su defensa,
no al milagro, sino al medio.⁸¹

388 Dios se aparta del peligro,
¡oh mil veces loco, oh necio,
el que a Dios quiere empeñado
adonde se basta él mismo!

389 Con Josef, y con María
qué seguro, aunque primero
bien de congojas arado
todo el campo del recelo.

390 A las gitanas regiones
se entrega, que no al destierro;
que es suyo el mundo, y no hay patria
en que Dios sea extranjero.

391 Ángeles le sirven sólo
de guías, y compañeros,
hombres no, que Josef hace
número, y doctrina en ellos.

392 Dios peligra. ¡Oh cuánto caben
mejor, que en Sión, en esto
de más tristes Jeremías
los siempre quejosos Threnos!

393 Tú, misterioso judío,
que en bajel más pobre en remos
viste fluctuar al grande
ilustre caudillo hebreo,

394 cuando del Nilo las ondas
del sumo peligro hicieron
seguridad bien fiada
a los ánimos de un miedo;

395 y tú, gentil loco, y vano,
que miraste, y miró Lesbos
fugitivo al mundo, en solo
el magno, infeliz Pompeyo,

396 que en la nunca fe segura
gitana, un vil consejero
deudas le pagó entregadas
a olvidos de rey mancebo,

397 ¿qué admiración es, que entrambos
en el Nilo, y el Egeo,
el uno busque socorros,
y el otro encuentre escarmientos,

398 si agora, agora sus campos
ven a Dios del hombre huyendo
a sagrado de lo estraño,
a vecindad de un desierto?

399 Dichosa Menfis, más alta
ya por los tres forasteros,
que por las altas memorias
de sus vanos Ptolomeos.

400 A su celestial entrada
en triunfo, y recibimiento,
lo insensible, y lo obstinado
yace vestido de afectos;

401 que templos, torres, y muros
baten con glorioso estruendo,
en vez de estandartes varios,
que ondas surcan en el viento,

402 ídolos, que en falso culto
religión bárbara hicieron
a faraones, de origen,
aun más que su Nilo incierto;

403 que a su divina presencia
todos postrados cayeron,
y aun padecieran las vidas,
si hubiera espíritus muertos.

404 Si a vista de la Arca santa
precipitado, y deshecho
Dagón fue, profano asombro
del triunfador Filisteo.

405 De Dios a los ojos mismos
serían los rendimientos
más terribles al estrago,
más postrados al respecto.

406 Si la sombra en luces breves
obró tan grandes efectos,
¿qué hará el sol, cuando es su oficio
a impíos rayo, lumbre a ciegos?

407 A las antiguas tinieblas,
a los prodigios severos
contra un Rey, que Rey, y duro
merece prodigios nuevos,

408 ¡qué lucientes desagravios
lleva Dios! Resplandeciendo
lo que se vio tanto abismo
de horrores y de portentos.

409 Ya, gitanas, ya no sea
curioso, ignorante cebo,
superstición vana, o risa,
de la ociosidad del pueblo,

410 la vuestra buena ventura;
que no al engaño plebeyo,
sino al glorioso hospedaje,
es Dios hado, y laurel vuestro.

411 ¡Qué falsa gloria! ¡Que Egipto
de un hermoso vituperio
blasone a Roma tres veces,
una triunfo y dos incendio!

412 Cuando el tirano del mundo,
vencedor triunfante y preso
más se vio, que de los hados
detenido de un cabello;

413 cuando en el rendido Antonio
hizo a su ambición más peso,

el ser fiel a una hermosura,
que el ser balança a un Imperio:

414 cuando el victorioso Augusto,
que en el duro parentesco
la hermandad flechada en fuerza
de más iras arma el deudo,

415 ya oprimido Antonio quiso
al carro de los trofeos
ligar la beldad, que unida
aún más a la fe que al cuerpo,

416 al precio de un morir fino
rescató el ultraje, haciendo
de amor, lo que en otra herida
el áspid fuera de celos.

417 No profanas glorias cuente
quien ya en tan divino empleo
a huellas, a luces mira
celosos los firmamentos.

418 Que a las plantas de María,
y su huésped, lustro y medio
en patria competir puede
los blasones nazarenos.

419 Estos, sí, los tuyos sean,
gran Menfis, no más honesto,
Egipto sano, en Cleopatra,
que Chipre arrogante en Venus.

420 La Virgen, sagrada espiga,
siete agostos dio al terreno,
que de muchos fue su grano,
fértil amparo de un sueño.

421 Pero el reparo de todos
es el precioso alimento,
que a sus inmortales frutos
los siglos serán estrechos.

422 Ya pasada la avenida
de crueldades (que excedieron
toda la margen de humano,
todo el campo del exceso).82

423 De aquel príncipe bastardo,
que antes vio sanguinolento
hartas de muertes sus manos,
que sus ojos satisfechos.

424 (Mas la piedad mayorazgo
es de reyes, que defecto
de la misma piedad fuera
tener a Herodes por dueño,

425 padre infiel, que por vil padre
mereció el baldón discreto
de un padraastro, pero Augusto,
de la adopción de Tiberio).

426 Vuelven los tres peregrinos
a Nazareth; si en tan recios
temporales a su vida
sufre Dios arcos serenos.

427 El corto sagrado albergue,
casa mayor de aposento
de Dios, agora alajada
de prodigios de Loreto,

428 sus dueños santos recibe,
y con menores reflejos
huéspedes son de la aurora
los alcázares de Febo.

429 Cuando de Dios pende todo,
ya de Josef Dios pendiendo,
en su afán no más afirman
sus áncoras tres alientos.

430 Que de su trabajo solo
Dios vive, y su Madre, lleno
de verdad, y de ejercicio,
el alto blasón paterno.

431 Si es de Josef común gloria
el decirlo, sea el serlo
medido a pasmos, a invidias
raya del merecimiento.

432 ¡Qué sin treguas el cuidado
se restituye a lo inquieto!
que amor, y temor no aciertan
a tener los sustos quedos.⁸³

433 A Jerusalén los llama
grande ocasión, y perdiendo
el sol, que no el norte, queda
bien derrotado el sosiego.

434 El niño pierden, y todo
si no es la paciencia, y cuerdo
el dolor de madre ajusta
a templanzas los extremos.

435 Búscanle, y hallar no quieren
ni un alivio, y no pudiendo
al amor, le dan entera
satisfacción al desvelo.

436 Ni a la diligencia un paso
a deber quedan, cumpliendo
su pena con lo infinito,
y aun quedó quejoso el celo.

437 Hallan a Dios bien hallado
con sabios, si sabios fueron
hombres, que a sus ojos mismos
a Dios imaginan lejos.

438 En profetizadas luces
mal vistos, peor expertos,

su voluntad lisonjea
con nieblas su entendimiento.

439 Enseñados los doctores
de un Niño, a examen pusieron
los siglos en la noticia
de la fe no más enfermos.

440 La verdad oye María,
pleiteada de argumentos,
y mejor que de razones
sustentada de sus pechos.

441 Entregando a la caricia
la admiración del suceso,
Josef cobra de su hallazgo
más que osó esperar el premio.

442 Hijo ¿por qué dolor tanto
a mí, y a tu padre has hecho?
dice, quien a Dios da en Madre
humano, glorioso aumento.

443 Si fue a su lisonja Hijo
de David, de David nieto,
sólo Hijo de María
es más alto cognomento.

444 No fue la respuesta esquiva,
que halagos, y magisterios,
¡qué impropios en quien se hallaba
en cátedra de maestro!

445 Tres veces Dios a su Madre
mujer la nombra, anteviendo
que si al sol cuando eclipsado
el más docto lince griego,

446 le reconoció más luces;
a no estar a la fe atento,
no de el sol mismo, a su aurora
le contara un rayo menos.

447 Tanto el grande Areopagita
admiró, y dudó perplejo,
tasando en Dios, lo que en Madre
no le dio más corto el precio.

448 Prevenido a glorias tantas
de mujer, crédito haciendo
a la humanidad, y al nunca
igualado honor materno,

449 tres veces a Dios le cuesta
hasta el parecer severo,
la maternidad gloriosa,
blasón, y favor excelso.

450 De María, ¡oh cuán temprano
quiso entrar Dios desmintiendo,
y triunfando del que bruto
osó negarlo blasfemo!

451 Que no hay gloria de María,
en que a Dios no le contemos
glorias, en él más glorioso,
cuanto en ella más perfecto.

452 La ancianidad enseñada
de la niñez, paso abrieron
por bien claras profecías
a ocultos, altos secretos.

453 Si obligaciones le paga
el Hijo al Padre Abeterno,
también al nombre, que en sombras
le tiene a luces cubierto.

454 Reverenciando el de padre
en Josef, ya va ejerciendo
los segundos, también santos,
paternales mandamientos.

455 En una voluntad misma
lo trino copia en el suelo,
al que es a un dibujo suyo
la eternidad corto lienzo.

456 Súbdito Dios en virtudes
crece, pero no creciendo
en Dios, a su aplauso unido
lo temporal, y lo eterno.

457 Si de Cristo a las acciones
se dieran números ciertos,
breve le fueran, y corto
volumen los emisferios.

458 Cuatro lustros, cuatro (¡oh grande
prodigio!) soles diversos
en resplandores se ocultan,
sin más nube que un misterio.

459 Aquel pincel, que elegante
el vivo dolor intenso
paternal remitió sabio
a la elocuencia de un velo.

460 Muchas líneas a mi pluma
le enseñé, donde se vieron
en santa omisión poblados
grandes misteriosos yermos.

461 Que si en voces no fiaron
Lucas, Juan, Marcos, Mateo,
tanta fe, discurso tanto
fían al discurso nuestro.

462 Cuanto obraron Hijo, y Madre
en largos recogimientos
(caudal glorioso a más largos,
no mayores Evangelios),

463 en lo que callan nos dicen;
ya que en tan altos empleos

quedó rica la voz, quede
rico también el silencio.

464 Rómpase ya vez segunda
mi voz, sufra mis defectos;
que el Cielo esclarece a coros
cuanto yo desluzco a versos.⁸⁴

465 No repose, no, la pluma;
que en tan celestial sujeto,
los astros mira en abismos
su más bajo, y corto vuelo.

466 Diez y ocho mayos la siempre
flor ocultó, y no encubierto
el fruto gozó, que estuvo
en todo estando en sí mismo.

467 La sazón, y la obediencia,
prontas ya, va descogiendo
virtudes, a quien faltaba
no ejercicio, sino tiempo.

468 Y ya cumplido el preciso,
obediente, y no violento,
continuaba sus prodigios
en milagros de no hacerlos.

469 No se mostró Dios tan grande
al mar ceniza poniendo
de arena (que en lo más flaco
ata Dios lo más soberbio).

470 Aquel Nembroth desbocado,
oprimido en leve freno,
que en torres de loca espuma
osaba escalar el Cielo.

471 Como en detener la inmensa
majestad del Hijo; y siendo
mayor que entrambos los orbes,
se escondió en sí mismo el Verbo.

472 Como el raudal detenido,
más veloz corre a su efecto,
cuando más pronuncia el campo
la estéril queja de seco.

473 Sale a fecundar el mundo
Dios, y a su paso primero
le obedecen, y le aclaman
los imposibles por dueño.

474 Después que sagró las aguas
del Jordán, con más trofeos
del Bautista, que del bravo
segundo Josué del pueblo.⁸⁵

475 Después que pobló de ultrajes
al curioso, osado, y necio,
que si no a lo arrepentido,
llegó diablo al escarmiento.⁸⁶

476 Canaá en primera abundancia
le admira honrado, y luciendo
como autor de todos, uno
de sus grandes sacramentos.⁸⁷

477 La necesidad, que en todos
toca el límite postrero,
fuera de lo humano busca
los amparos del remedio.

478 Ninguno a Dios resistido,
pender entonces quisieron
de una intercesión, que tiene
en la Omnipotencia imperio.

479 De intercesora María
posesión toma, teniendo
a todo Dios vinculado,
aún a saña de sus ruegos.

480 Dios acepta a gloria vista
cuanto el hombre libra en ellos,
que en su ejercicio disponen
de lo humano y de lo inmenso;

481 que santos, que ejercitados
desde lo que está pidiendo
a lo que alcanza María,
el largo, corto el momento.

482 Ninguno sin gracia nueva
las huellas santas siguiendo
del Hijo, a milagros suyos
es más que testigo, acuerdo.

483 Si Dios no puede olvidarlos
ya que en su brazo supremo
tiene el poder, en su Madre
quiere hallar siempre los medios.

484 Las piedades, que en las tuyas
para todos siempre ardieron,
ya para si necesitan
de recoger todo el fuego.

485 Ya la guerra está en campaña
al mismo Dios, y ejerciendo
sus licencias el peligro,
aún se está cobarde el riesgo.⁸⁸

486 Ya el flechado vaticinio
del grave Anciano, esgrimiendo
la espada, acuerda los siempre
más velados sentimientos.

487 ¡Prevenid, oh gran María
los más crudos, los más fieros,
los todos; que ya señora,
ni os falta, o cabe uno menos!

488 Vuestro Hijo, que en milagros
se va siempre esclareciendo,

cuando todo en ellos vive,
él solo peligra en ellos.

489 Después que la más ilustre
penitente en los afectos
de otro amor, Fénix de llanto
renovó en Dios sus incendios.⁸⁹

490 Aquella más fina amante,
que solo, con paso inquieto
en el continuo ejercicio
de amar siempre, halló el sosiego.

491 Restaura, y dos veces logra
todo el aroma Sabeo;
pues cuanto vertió a sus plantas,
lo cobraron sus cabellos.

492 Un mísero en desperdicios,
que en suavidades molesto,
más que la fragancia, inunda
su querella el aposento,

493 con los pies de Dios se enoja;
pues cuanto en vil desacuerdo,
no se derrama en su mano,
es ira en un avariento.

494 ¡Oh largo en la queja, oh corto
en la venta, y el concierto!
¡qué costoso en lo apreciado!
¡qué barato en lo sin precio!

495 ¡Oh en lo más, gloriosa, y grande
segunda mujer, cediendo
a una sola, que aún el hombre
no cedió de ser el mismo!

496 Leve toda voz, y pluma
sea en el tuyo, siguiendo
los embozados primores
del cortés, santo Evangelio.

497 Solo peligros señala
de una mujer, descubriendo
de Madalena virtudes,
llantos, venturas, y premios.

498 Su nombre no le publica
sino en finezas, poniendo
en una mujer, la culpa,
y en Madalena el ejemplo.

499 Ved la segunda María
quien es, que al paso primero
un Dios, un Dios la esclarece,
si la infama un fariseo.

500 De María solo el nombre
fue defensa, y el estruendo
ser mujer noble, en quien hace
escándalo un pensamiento.

501 Dos Marías preservadas
nos muestra Dios, deteniendo
a la una en su pecado,
a la otra en el ajeno.

502 La aurora, ni un solo instante
se vio sin luz, ni ardió el fuego
en la Fénix, cuya llama
humo prestó a sus descuellos.

503 Después que en vos dio una vida,
sin costarle algún aliento,
que para humanas memorias
también hay polvos mancebos⁹⁰,

504 a lágrimas, a gemidos
revoca del monumento
lo amigo, que más que a fiebres
se creyó a tardanzas muerto.⁹¹

505 Al grave, ruidoso mármol,
a su obediencia ligero,
la envidia, en flacos oídos
sufrirle no pudo el peso.

506 Muerto no los turba, y vivo
los congoja, y ven serenos
a un hombre en obscuridades,
que al verle en luz todo es ceños.

507 Por Lázaro desatado,
se ligan los más protervos
ánimos, y el beneficio
paga al peligro sus feudos.

508 ¿Quién seguro, y defendido
no se creyó en lo bien hecho?
pero hasta Dios en el mundo
se aventura en un acierto.

509 Porque hace Dios, le compiten
le hacer en un: ¿Qué hacemos?
que los malos que hacer pueden,
a Dios desharán en ello.

510 La humanidad de Dios hombre
no lo niega, deshaciendo
su vida en morir tan duro,
que fue el matar lo más tierno.

511 Presurosos, y alterados
a remediar el remedio
se juntan, y a un voto rinden
su frente muchos consejos.

512 Que muera Dios se decreta,
y ¡ay del mundo, y del suceso!
si a la intención no le hurtara
la Providencia el decreto.

513 El bien de Dios más pensado
le dispone un sacrilegio,

y el mayor favor se fía
al más crudo, injusto medio.

514 Ya la provechosa culpa
se explica, que ella, queriendo
de Dios el querer más puro
le mancha en sangre un afecto.

515 Del fariseo concilio,
agora más fariseo,
la intención es menos limpia,
con ser judío el colegio.

516 La inocencia sentenciada
los pasos, y los deseos
apresura, que les cabe
a todos muchos portentos.

517 Retirado a los mayores
obrar quiere los postreros,
que días, y horas le vienen
estrechas a sus misterios.

518 Nuevo morir, que del alma
antes se está despidiendo
que de la vida, que solo
ausente amor sabe hacerlo.⁹²

519 Cristo, y María, son alma
uno de otro, y dividiendo
lo amante, al sentir entrambos
mejor que al morir, murieron.

520 Dios de María se aparta,
y hasta en Dios (decirlo puedo)
si se aparta de María,
¡qué vecino que está el riesgo!

521 Prontos se ven los peligros,
pero se van deteniendo,
que aun no a vista de María
se atreven a ser intentos.

522 Por darles licencia a todos,
de ella se despide, hiriendo
una alma privilegiada
si no a dolores ajenos.

523 En ternuras, gran María
id de espacio, deteneos,
que largo, grande ejercicio
tiene en vos el sufrimiento.

524 Ya que bañó de humildades
su Deidad, también ciñendo
de asombros, y de obediencias
las repugnancias de Pedro.⁹³

525 (Si bien se resiste, ¿cómo
se enoja Dios? ya lo entiendo;
con Cristo apostó lo humilde,
y ese fue primor soberbio.)

526 En fin nos amó hasta el fin,
tantas finezas vertiendo,
que a todo bastan perdidas,
si no a su arrepentimiento.

527 Las ceremonias legales
satisfechas, que excediendo
misterios, y mansedumbres,
en si copió lo Cordero.

528 El gran blasón instituye
de todos los sacramentos,
con quien exceder al ángel
es del hombre corto ascenso.

529 De amor trofeo tan alto,
que al poder de Dios le ha puesto
columnas, mejor que al mundo
las puso el puntal del cielo.

530 De fe milagro constante,
oculto a lince despiertos,
que se descubre, y se mira
a luces de ojos más ciegos.

531 Santísimo aún más que el nombre
que a evidencias los efectos
no pasan, porque a la fe
le quede el merecimiento.

532 Ya que para el hombre solo
aun fue manjar, que perpetuo,
si el ángel le vio en invida,
no le mereció en sustento.

533 El águila en los abismos
se embosca de el sol, batiendo
pluma, y luz, que en Patmos vuela
en pasmos de entendimiento.

534 De un falso obligado amigo
(Dios libre a Dios de su pecho)
en su prisa, y traición gimen
dilaciones los momentos.⁹⁴

535 Los del Señor ya tasados
a más breves, cuanto el siendo
infidel, más los ciñe, más
los estrecha su deseo.

536 Segunda vez se retira
con Pedro, con Juan, y Diego;
que en seguras confianzas
quiere Dios siempre unos mismos.⁹⁵

537 Si a glorias, también a penas
los llama, a lo igual atento,
ponga el hombro a la fatiga
quien la mano puso al premio.

538 Ya le mira en mar de sangre
un arroyo, concediendo

a batallas de agonía
anchuroso campo el huerto.

539 Ora, y pide, más no alcanza;
pero eso mismo es consuelo;
que Dios, cuando se resiste,
niega siempre a más acierto.

540 Generoso, el que dio siempre,
y una vez pide, entendiendo
que aun esa no ha de alcanzarlo;
sude sangre de temerlo.

541 Mas en públicos afanes
se ven ministros durmiendo;
que cuando el Príncipe vela,
bien se entrega todo al sueño.

542 La insolente, armada turba,
dulce voz, rostro sereno
la turba, cuando debiera
turbarla el atrevimiento.96

543 El discípulo, que aleve
señas dio, y tomó de serlo,
de la maldad más infame
a sus labios fió el sello.

544 El vario, alentado Apóstol,
¡qué fino esgrimió el acero!
bravo ejecuta la herida,
que no le enseñó el Maestro.

545 Del Príncipe a vista, ¡oh cuánto
pelea el vasallo aliento!
y a sus espaldas, ¡oh cómo
asombros debe el desnudo!

546 Con su Rey, Pedro, escuadrones
desdeñó con alto esfuerzo,
y dél ausente, a una esclava
viles rogaron sus miedos.

547 Embaina, Pedro, que Dios,
a no quererse indefenso,
fuera el hombre, fuera todo
segundo nada a su empeño.

548 Con su voluntad se entrega
a la sed de aquel perverso
escuadrón, en más hartura
de su sangre, aún más sediento.

549 Ligan sus gloriosas manos,
mas no a beneficios nuestros
se las atan, que es su amor
la prisión, pero no el preso.

550 ¡Qué asombro! ¡Que Dios se mire
de los hombres prisionero!
y en todo, si no es de culpa,
¡qué libres se hallaron ellos!

551 A la injusticia le entregan
de inocencias en el reo
coronado, hasta el testigo
de su grave, hermoso gesto.⁹⁷

552 Sacrilega, osada mano
le profana en brazo fiero,
y en su rostro, en su paciencia
el mirarlo fue más bello.⁹⁸

553 ¡Oh bárbara mano! ¡Oh cruda!
que al sañudo golpe horrendo
quebró en su faz cristalina
la furia, sino el espejo.

554 De Jesús en este ultraje
los orbes se estremecieron,
todo se alteró, y dél solo
el semblante estuvo quedo.

555 Su amor, cuanto más vendado,
tiene más vista, y queriendo
el nudo apagar sus luces,
dos veces quedó más ciego.⁹⁹

556 Con Dios juegan, y de herirle
hacen entretenimiento,
¿qué será al furor, y al odio
la rabia que sirve al juego?

557 El discípulo inconstante,
después firme, que guerrero,
y flaco batió desmayos
cuantos blasonó ardimientos¹⁰⁰,

558 del Señor la profecía
cumple, y niega, y miente, y luego
en agua quebró la culpa,
y en aire el ofrecimiento.

559 Canta el gallo, y Pedro llora,
todo el llorar, y creciendo
siempre el llanto, y llorar siempre,
jamás lloró lo postrero.

560 El llanto, y dolor porfían,
y a más grande compitiendo,
sin ceder jamás alguno,
cualquiera venció en su extremo.

561 ¡Oh lágrimas bien vertidas!
no se digan los provechos
de llorar bien, que ser bastan
lágrimas para ser premios.

562 Procesan los más culpados
la inocencia; más el pleito
es, que el proceso infinito
es de sus sacros portentos.

563 Pilatos no le halla culpa,
y Herodes no le halla seso;

porque a un Rey, Dios ser no quiso,
en milagros lisonjero.101

564 Traje le visten de loco,
y haciendo el poder talentos,
en no hablando el sabor suyo,
naufraga en desdén lo cuerdo.102

565 Si para templar las iras
fieras lluvias descendieron
de azotes, jamás colmados
los torbellinos hebreos103,

566 ¿qué fuera en ejecuciones
de su rigor? que tremendos
en él, sino los verdugos,
bien se hartaron los tormentos.

567 Si eterna se celebrara
la pasión de Cristo, ardiendo
en amor los corazones,
en sentir, y amar eternos,

568 cien mil mundos no midieran
lo menor que padecieron
su amor, y dolor, que hallaron
nunca el fin, sino el exceso.

569 Su honor en entrambos orbes
reinando, en corona, cetro,
y vil púrpura, fue sólo
su monarquía el denuesto.104

570 Rocíos purpúreos bañan
su cabeza, guarneciendo
de sangre aljófares puros
su nevado, hermoso cuello.

571 Si no son racimos rojos
sus pardos lucientes crespos,
son rizas, sangrientas ondas
de mares ya más bermejós.

572 En vano el juez mal piadoso,
relajadamente entero,
aplaca el furor, que siempre
se mitiga en crecimientos.

573 Por librarle de una injuria
muchas permite, y pudiendo
ser la muerte más barata,
más que el rigor, costó el celo.

574 ¡Oh estado de un perseguido!
que es más peligroso medio
defenderle, que entregado
Jesús padeciera menos.

575 Al pueblo muestra sus llagas,
y no en los ojos cupieron
humanos, cabiendo en solo
sus divinos sufrimientos.105

576 Mira el hombre, dice,
¡oh cuánto fue necesario el recuerdo!
que deslustrado, y sufrido
dado fuera el conocerlo.

577 Clama el pérfido, el infame
tumulto, la cruz pidiendo
para el castigo, que estaba
más pronta para el remedio.

578 Duda en Barrabás, o en Cristo
al indulto, aun no sufrieron,
que el cambio inicuo, y más loco
fue atinado, y justo en ello.

579 Obre, obre el desatino
el abominable truco,
quede, quede en él, siquiera
inocente el pensamiento.

580 En vez del Justo prefieren
al más culpado, aprendiendo
de poderosa costumbre
su ruin elección el pueblo.

581 Por atención, no por culpa
le condenan, que no es nuevo,
que el juicio en las atenciones
quejas grite de violento.

582 El Presidente consulta
con su alvedrío el letrado
inspirado, que publica
la patria, el nombre, y el reino.106

583 La sedición lo resiste,
ambiciones oponiendo
a Jesús, que cedió Rey
el poder, mas no el derecho.

584 A su porfía el romano
resuelve lo ya resuelto,
y su constancia acredita
en latino, hebraico y griego.

585 Espíritu soberano
obró el acertado acuerdo,
que el ministro defendía
su rótulo, y no su acierto.

586 Del poder ¡oh gran peligro!
hacer obstinado empleo
del dictamen, que hoy advierte
su ejemplo tantos ejemplos.

587 Sabe que es Cristo inocente,
y oprímele, defendiendo
lo Rey que ignora, que estaba
a sus ojos tan incierto.

588 El rótulo, porque es propio,
le sustenta, y en su empeño

desampara lo inocente,
con ser de Dios, por ajeno.

589 Tanto el poderoso pugna
porque llegue al cumplimiento
su voto, y fáltele al voto
la razón, mas no el efecto.

590 Si cielo y tierra en un soplo
suyo se está manteniendo
y firmes penden los astros
del arbitrio de su dedo¹⁰⁷:

591 ¿qué admiración les haría
ver oprimir un madero
sus hombros, a quien le fueran
muchos mundos flaco peso?

592 La Cruz fija en ellos, bajan
en más prodigioso agüero
de sus ojos las estrellas,
bien derramadas al suelo.

593 Cuando todo se sustenta
sólo en él, y el firmamento
goze seguro en su mano,
todo Dios no basta a un leño.

594 Si mar, tierra, cielo, y todo,
para obrarlo y mantenerlo
solo Dios se valió, solo
de su poder, siempre excelso.¹⁰⁸

595 Para la Cruz necesita
de un comprado Cirineo,
que ayude más que al alivio,
que ayude a morir más presto.

596 Hollado, y obscurecido
su rostro traslada a un lienzo
tres, a quien lo más hermoso
modestias costó de feo.¹⁰⁹

597 ¡Oh, gran mujer, que socorres
la fatiga, y desaliento
del mismo Dios, que Dios mismo
te es ya deudor de su esfuerzo!

598 ¡Qué corresponder tan suyo!
pues hace Dios grato, y bueno
testigos de un beneficio
a tres agradecimientos.

599 En la crueldad imperiosa
del pueblo más duro, y terco,
en rebeliones de llanto
hay tómulos de ojos tiernos.

600 De Sión las hijas lloran,
y sus lágrimas se fueron
más a prisa a la inocencia,
que al dolor, con ser inmenso.

601 El delincuente imposible
las calles sigue a los reos
ofrecidas, más pisadas
que de sus pies, de sus pechos.

602 Arrastrado, y no llevado,
colmado los improperios,
si no en su poder, en todo
árbítro fue lo violento.

603 Llega al Calvario, y ya llega
el mayor mal, que veremos
el mayor bien, tan precioso,
que de un mundo valió el desprecio

604 Desnúdanle, y el glorioso
vulto a tanta injuria expuesto,
si ya fue jazmín nevado,
clavel se mostró sangriento.

605 Parte de sus vestiduras
rasgando, y encrudeciendo
la intención, si no la mano,
a más se atrevió el deseo.

606 Y a la que labró María
la entereza concedieron,
en atención misteriosa
de ser parto de sus dedos.

607 Clavado de pies, y manos
no da más frutos, y hechos
de rubíes un racimo
pagó el nombre de sarmiento.

608 La Cruz de su imperio es trono,
donde el perdón atendiendo,
el trono le ostenta en penas,
y el mando le goza en ruegos.

609 Por sus enemigos pide,
que no es victoria el vencerlos,
y el hombre porque perdona,
blasona de Dios en ello.

610 Borrar con ladrones quieren,
lo inocente, lo perfecto,
que a siglos, que a eternidades
quedó en bronces de fe impreso.

611 Blasfémale ambos, y el uno
de la cumbre de un madero
descubre en cielos cerrados,
sentidos, y cielo abiertos.

612 A un prodigio de esperanzas
quien desesperó, avariento
deja el lugar, despachado
sin más dilación, que un: Luego.110

613 ¡Oh gran Dimas! ¡Qué bien logras
el instante que te dieron!

nadie estreche a Dios, que en Dios
en cualquier tiempo es a tiempo.

614 Substituye a Juan por hijo
de María, y si heredero
de Dios mismo haber pudiera,
sólo Juan pudiera serlo.

615 La Virgen Ave le admite
el alto eminente vuelo,
que de un Fénix, pues no hay otro,
el águila asciende al precio.

616 Segunda, pues Redentora,
por el fin quiere el efecto
de morir Dios, bien que gime
la inocencia, y sacrilegio.

617 Sed tiene de más fatigas,
y una petición quisieron,
cuando todo se le niega,
concedérsela en tormentos.111

618 Quien probó sus corazones,
no estrañar pudo el acerbo
socorro, que de afligirle
ellos eran los sedientos.

619 Del desamparo se queja
de su Padre, no pudiendo
de su Madre, en cuya vista
puso su postrer aliento.

620 Cristo muere, y en mirando
aquel glorioso compuesto
de alma, y cuerpo de Dios hombre
dividido, y no deshecho112,

621 toda la naturaleza
alteró el paso, rompiendo
de su trabazón sus firmes
amarras los elementos.

622 Fluctuando entrambos orbes,
derrotado el firmamento,
el sol se anegó en tinieblas,
y murió en Dios, o en sí mismo.

623 El timón perdió la luna,
salvando el lucir postrero
en mejor luna, hecha entonces
escollo de sentimientos.

624 Zozobró el día encallado
en sombras, el emisferio
dio al través, y ya, no soplos,
gemidos respiró el viento.113

625 La jarcia de las estrellas,
marañado su manejo,
vacilante el norte al rumbo
le fue estorbo, y no gobierno.

626 Padeció el mayor naufragio
el bajel del universo
y el destrozo del velamen
en rasgos le escribió el templo.114

627 Corrió todas las tormentas
el Piloto, que no el leño,
bien que siempre se vio el árbol
coronado de San Telmos.

628 Bramó el mar, abrió la tierra
sus duros, temblados senos,
y en ya cadáveres vivos
la vida cobró sus muertos.115

629 El Ateniense más sabio,
por el borrado contexto
de oscuridades, las dudas
leyó claras en el cielo.116

630 El fiel español, que en mares
de agravios más turbulentos
miró al náufrago alentado,
constante arribó al misterio.117

631 Al gran Hacedor de todo
todo pagó sentimientos,
tierna en lágrimas la esfera
roto a suspiros el centro.118

632 Fuera de él se hallaba todo;
la tierra al mar sufrió excesos,
de leve se olvidó el aire,
tibiezas aprendió el fuego.

633 Las piedras, y hombres cambiaron
su natural, y cedieron
ellos su sentir en ellas,
y ellas su dureza en ellos.

634 Nada era, nada estaba,
y el edificio primero
del globo, más parecía
no formado, que desierto.

635 Nada estaba en su ejercicio,
nada yacía en su asiento,
aun hasta el dolor del hombre
de ser algo estuvo lejos.

636 Estaba junto a la Cruz
María fuerte, imprimiendo,
inspirando otra vez Madre,
vida nueva en aquel cuerpo.119

637 Muerto le venera vivo;
que en el temporal más fiero
toda la fe, y esperanza
sólo en ella hallaron puerto.

638 Constancia faltó en los otros,
no en María, que en su entero,

partido corazón grande,
cupo el golpe, y no el estruendo.

639 Lloro, ¡oh mujer más valiente!
pero no querrás hacerlo;
que grandes lágrimas sirven,
antes que al llanto, al remedio.

640 Las tiernas inundaciones
mejor corren hacia dentro,
que en los ojos pierden muchas,
y todas las logra el pecho.

641 Sola estás, y acompañada
de dolores más intensos,
todo el respirar cerrado
a candados de tormentos.

642 En tu soledad contigo
lo vacío queda lleno,
de cuanto por el criado
deudor fracasó en el Dueño;

643 que estrellas, sol, cielo, y luna
en tu siempre heroico aspecto,
de tantas olas turbados,
se acogen a estar serenos.

644 Aún no cesan las borrascas,
que aunque tan bañado el suelo
de lluvia, el rigor ostenta
siempre arreboles sangrientos.120

645 Sobre el morir (que no cabe
más herida) desatento,
feroz (que desalumbrado
es menos vista, que ciego).

646 En el pecho más desnudo
de defensa, y culpa, un hierro
profana, y abre el sagrado
archivo de los aciertos.

647 Dos fueros rompe una lanza,
y en el crudo atrevimiento,
ni a Dios valió el de inmortal,
ni a Cristo valió el de muerto.

648 Firme peñasco recibe
el golpe, y obedecieron
distintas fuentes, que apagan
más sed, que bramó el desierto.

649 Los dolores que sobraron
a Cristo, substituyeron
toda su herida en su Madre,
que ella quedó a padecerlos.

650 Ninguno vago, o quejoso
deja, que todos hicieron
a ganancia de dolores
en su corazón asiento.

651 Cristo ya impasible baja
tan desnudo, y más deshecho
segunda vez a sus brazos,
dos veces para él más tiernos.

652 En naciendo en ellos vive,
y en ellos yace en muriendo;
que no hay para Dios, y el hombre
más acogida, que en ellos.

653 Todo es soledad, y todo
es dolor, y para serlo,
y ser más grande, en María
sólo aprendió a ser intenso.

654 ¡Oh la más pura, más santa
alma ilustre, yo os concedo
la más triste, la más fina,
pero más sola, os lo niego!

655 Más que vos todo está solo;
que si no hay fe, no hay esfuerzo,
si no es vos, mas sólo es cuanto
de esperanza vive ajeno.

656 Nadie, si no es vos espera
el prometido, tercero,
seguro día, que en todos
la margen tocó de incierto.

657 Esperanza, que en tres días
su glorioso cumplimiento
aguarda, ¡qué breves mira
las distancias del consuelo!

658 Pues todo se llame solo,
gran María, sino vuestro
firme corazón, en donde
la fe se quedó en su centro.

659 Mas ¡ay! que en vuestra fineza,
y amante dolor el veros
ausente de Dios, en siglos
se tasó corto un momento.

660 Para vuestro amor, medido
lo sólo en vos, un pequeño
breve instante soledades,
y penas costó de eterno.

661 Bien os llamáis la más sola:
pues en vos sola de inmenso
dolor, y amor cabe cuanto
en Dios cupo de tormento.

662 Los dos piadosos amigos
le sepultan, y sirvieron
ángeles, y astros de luces
primeras al monumento.121

663 Intacto sepulcro eligen,
en imitación, y acuerdo

de su Madre, también mármol
agora en el sufrimiento.

664 Tierra a nadie negó el mundo,
que todo es patria de un muerto,
y hasta su entierro le cuesta
a un difunto Dios un ruego.

665 Tres mujeres, tres varones
son pompa al más grande entierro
quedando el mayor difunto
más divino en más funesto.

666 Rey de la vida, y la muerte
le ungen, y el mausoleo
humilde, padrón de invidias
fue el sepulcro más soberbio.

667 Facilitando imposibles
seis tiernos, píos afectos
en sola una piedra erigen
a su nombre inmortal templo.

668 La más larga en la fineza,
que en la vida, que muriendo
todo en Cristo, su fe siempre
llegó a tiempo, y venció a tiempo.¹²²

669 Madalena, en cuyos ojos,
de amor, y de ley trofeos,
más el llanto, que la vista,
es deuda, y oficio en ellos.

670 (Nada en Madalena muere,
fe, ni esperanza, ni afecto;
que todo penetró vivo
los abismos de lo muerto.)

671 Los prevenidos aromas
lleva, y aunque ociosos fueron,
no de lo precioso en fino,
malogró nada el intento.

672 Halla el día, mas no el sol
buscado más, que primero
amaneció a más forzoso,
claro, divino emisferio.

673 Que en favor, como en costumbre
debió amanecer más presto
en su Oriente, que en su Madre
aun fue más deuda, que deudo.

674 Resucita de sí mismo,
no cual Fénix heredero
de sus cenizas, que sólo
de su amor se formó el fuego.123

675 Que unidamente a sí propio
se volvió, tomando entero
su ser, en el ya cobrado
triumfante, glorioso cuerpo.

676 La resurrección del sol,
de los campos más amenos
alma luciente, que a sombra
de su luz respiran bellos,

677 es un tenebroso amago,
es un adusto remedo,
es un celaje escondido,
es un relámpago negro.

678 De los albores hermosos
del Sol Jesús, renaciendo
a no morir, bien que nunca
ocaso tuvo lo inmenso.

679 Aire, tierra, mar, abismo
alienta en luz, y surgiendo
los nunca desamparados
de esperanza, aunque de puerto.124

680 (El valle de la esperanza
aún más verde en tantos viejos,
que siempre nevado, nunca
le marchitó tanto invierno.)

681 De luz fecunda, y sus troncos
sólo ya de llanto secos
transplanta en glorias vestidos
de abriles tantos eneros.

682 Los felices parabienes
a su Madre da, cumpliendo
con su Hijo en las caricias
con lo Dios en los consuelos.125

683 ¡Qué bien merecidas glorias
de su fe, y amor!, que ardieron
más vivos, cuando más todo
bañó su esperanza en hielos.

684 Si le vio teñido en sombras,
de sangre, de horror cubierto,
contando amargas heridas
a dulces suspiros tiernos.

685 De resplandores le mira
coronado ya, esparciendo
rayos, que impasibles toman
nueva posesión de eternos.

686 La patria de la alegría
(nunca vecina del suelo;
que de alegrías el mundo
siempre se contó desierto).

687 El corazón de María
es hoy de glorias tan lleno,
cuanto de penas, que en vivo
más morir cupo, que en muerto.

688 Si del dolor a lo sumo
llegó ayer, hoy del contento

a lo infinito en virtudes
colmados ambos extremos.

689 Pagadas ya las finezas
de su madre, y satisfechos
a colmos de gloria tantos
fieles, constantes deseos.126

690 A la segunda María
paga el puro amor, que intenso
midió a lágrimas eternas
sus instantes más pequeños.

691 En el disfraz misterioso
de embozado jardinero,
en lo fijo de aquel llanto
estrellas cultiva el riego.

692 Desalumbradas estrellas
son sus lágrimas, pidiendo
por hurto el sol, que de vista
se deja conocer menos.

693 Si no puede ser sin vista
amor, que en Dios hace asiento,
hoy en el llanto sus ojos
dos veces cobran lo ciego.

694 Más se entiende, mejor habla
que no con la voz, con ellos;
que a lágrimas romper sabe
corazones, y silencios.

695 Socorre el Señor sus ansias,
conocer se deja, y luego
la garza, que en plumas de oro,
más que el aire, asaltó el cielo.

696 A sus pies vuela por nido
de sus finezas, y de ellos
a sus dichas vuelve el paso,
a sus glorias toma el vuelo.

697 Resístensele, aunque saben
sus pies quedar prisioneros,
sin tregua a sus labios, y ojos,
sin número a sus cabellos.

698 Si pregón de sus piedades
fue Madalena, hoy la vemos
voz de sus triunfos, que en todos,
no en ella, osaron ser miedos.

699 La apostólica embajada
le ordena del cumplimiento
de sus victorias, que aun vistas
arman de dudas lo cierto.

700 No se la encargó a su Madre,
que en Reina era corto empleo,
y en su verdad, ya pasaran
las dudas a sacrilegios.

701 Creyéranla, mas perdiera
la providencia los medios
de correr, sufrir, curar
de su flaca fe lo enfermo.

702 Sus discípulos saluda,
que en su retiro secreto
mirándole, aún no se atreven
a fiarle el conocerlo.¹²⁷

703 La rudeza de sus ojos,
y ojos tan mal despiertos,
que a la luz de luces tantas
se les esconde el sol mismo.

704 El Señor alumbrar quiere,
y en el admirado encuentro
del castillo, que en su mesa
todo el manjar es misterios.¹²⁸

705 Al partir del pan conocen
su Rey, su amparo, y Maestro,
su Dios, que en sus manos toma
semblante de Sacramento.

706 Ignóranle en resplandores,
en grandezas, en trofeos,
en glorias, y en beneficios
no más le confiesan dueño.

707 Ya sea el brillar sus llagas,
ya el generoso dispendio
de sus manos, por las manos
más bien ostentó su Imperio.

708 Sospecháranle tirano,
si con todo el alimento
se quedara, y en partirle
mostró Majestad, y Reino.

709 Tribútanle adoraciones,
y él más visto, y descubierto
de su fe, a segundo examen
corrió a su Deidad los velos.

710 Ocúltase, y los ya libres
de sus naufragios postreros
(que en temores, más que en mares
toda tempestad es viento).

711 De lo incrédulo de un solo
que duro, mas no protervo
los oye, el bajío admiran
en que fracasaron ellos.¹²⁹

712 Tomás, que en su fe bastarda
ser pudiera su defecto
crédito a un Rey, que resiste
el ver por ojos ajenos.

713 Informarse con los suyos
quiere, y lo consigue, haciendo

a la fe tan gran lisonja,
y al desear tan sabio ejemplo.

714 Resucitado, y glorioso
le deseaba, y discreto
en su bien, y en su ansia misma
perezas sufrió al deseo.

715 Aun pasar del ver intenta
para el creer, y avariento,
hasta sentido de vista
quiso tener en sus dedos.

716 Sonda los piélagos altos
de aquel más profundo pecho,
que el emprender sus regiones,
aun de un águila fue sueño.

717 A costa de su costado
los ojos le deja abiertos
Dios, que aun glorioso no huye
sus heridas a un remedio.

718 El paso a todas las dudas
se cierra en Tomás, abriendo
ancha puerta a las constantes
fieles verdades del Credo.

719 Bien labrados, y bien firmes
en la fe todos, habiendo
de salir a olas turbadas
frágiles, costosos leños.

720 Su partida soberana
dispone, a gozar sus premios,
que el cielo no les bastara
si en él no estuvieron ellos.

721 Que aún sin ser Dios hombre, sólo
por su inocencia, y su intenso
padecer, nada pudiera
llenar su merecimiento.

722 Potestad sagrada influye
en todos, y en documentos
soberanos, de su nombre
franquea el poder inmenso.

723 Lleva en sí, mas no consigo,
a su Madre, que si en Pedro
deja piloto a la nave,
farol en ella al gobierno.

724 Que a soledades de Cristo,
sólo puede ser descuento
María, que de ser Dios
es lo que se aparta menos.

725 En su virtud misma sube
primogénito, primero
en toda gloria, y ninguna
mayor que el ir en sí mismo.130

726 En deidades logra el aire
del cielo todo el despueblo:
es del sol ocaso el día,
es ciudad de pluma el viento.

727 Llega imperioso a las puertas
celestiales, y al estruendo
de un triunfador de la muerte,
ni el cielo extraña el imperio.

728 Abrid, príncipes, al grande
Rey de la Gloria, y si dueño
no le cobrara en conquista,
Señor le aclamara el cielo.

729 La diestra del Padre ocupa,
de cuyo inmortal asiento,
que aún no le miden los siglos
los instantes a lo eterno.

730 Hará segunda venida
Rey invicto, juez severo,
de rayos armado el rostro,
de espantos formado el cetro.

731 Desatárase aquel nudo
de las dudas, serán premio,
y castigos dispensados
por árbitro nunca ciego.

732 Y sin permitir más fraudes,
Dios ajustará el gran peso,
que a cargo del mundo, tanto
el fiel peligró en extremos.

733 Al universal conflicto
en oceano de miedos,
derrota santa es el norte,
y María será el puerto.

734 Que en todo humano peligro,
y en el que será postrero,
sólo es María, ella es sólo
remota región del riesgo.

735 Y por dejar sin alguno
los suyos, deja con ellos
su Madre, no presidente,
sino reinante al colegio.

736 Ausencias de Dios dos veces
en ella cobradas fueron,
representando en María,
ya triunfando, ya muriendo.

737 Con los Apóstoles queda
para doctrina, y aliento;
que aún no seguros, faltaran,
ya que no a la fe, al esfuerzo.

738 Aquella enigma de nieve,
gloriosa deidad de fuego

tercer Persona, espirada
a formar sólo un Dios mismo.131

739 Blanca paloma desciende
el divino Paracleto,
que escuela erigió a más doctos
de una aula de tantos legos.

740 A los discípulos santos
en toda ciencia, y perfecto
saber, irás que los gradúa,
los corona de maestros.

741 La cátedra de Dios hombre
María substituyendo,
de la ley fue libro, y alma
impresa ya en doce cuerpos,

742 En la plaza confiscada
de un traidor consulta haciendo,
la suerte, llenó en Matías
número, y merecimiento.132

743 De Cristo la primer joya
flamante fondo, selecto,
labrada piedra con muchas,
tasado en Dios todo el precio.133

744 De sus piedras forma un muro
de la Iglesia, en vaso nuevo
de elección, que a lo más alto
ascendió con un despeño.134

745 Pluma, y cañón, que es defensa
de su fuerte, y con perpetuo
batir deshace dos campos,
uno Gentil, otro Hebreo.

746 Llenos de Espíritu Santo,
y de santa ambición llenos,
parten el mundo, y más mundo
es el paso de más cielo.

747 Unidos en su fe misma
los once se dividieron
a poblar de luz los vagos
abismos del universo.

748 Pobres, desnudos, armados
de sola voz, emprendieron
conquistar el mundo, ilustres
campiones del Evangelio.

749 Potestad llevan de hallar
obediencia en el Averno
rebelado, y de imponer
ley de vida en los venenos.

750 Juan, queda a ser de María
amparo en hijo, cumpliendo
la manda, que en vez de rico,
grande formó un testamento.

751 Aquel misterioso espacio,
que las plumas omitieron
sagradas, perteneciente,
no a la fe, sino al misterio.

752 En siempre inmensas virtudes
ejercitada viviendo,
sólo cuenta lo que vive
la eternidad, que no el tiempo.

753 Déj no pasando un instante
sin merecer, no le fueron
los años más que testigos
de merecimientos nuevos.

754 Llegando a ser ya infinitos
y Dios, que los crece, siendo
deudor de infinitas glorias
que a todas basta uno de ellos.135

755 La felix hora previene
de gozarlas, que al entero
colmo de sus glorias falta
de su Madre lado, y premio.

756 De cielo, y tierra convoca
lo más santo, y prosiguiendo
los peregrinados, grandes,
apostólicos progresos.

757 De alados bajeles santos
por glorioso ministerio,
de Jerusalén en golfos
de peligros toman puerto.

758 El Tránsito de María
los llama para el postrero
paso humano, en ella todos
divinos siempre, y perfectos.

759 Si el ejemplo de mortal
no se le hubiera Dios hecho,
ella en el vivir hiciera
de eternidad el ejemplo.

760 Que si Dios quiso por hombre
morir, también quiso en ello,
que en su Madre mujer, fuese
más que deidad, privilegio.

761 Como, en desvíos del Sol,
de la rosa el desaliento
retira en desmayo hermoso
lo brillante, y no lo bello,

762 así la flor más luciente
de cielo, y tierra, en sereno
fallecer de más florida,
ni un resplandor tuvo menos.

763 De horrores tan preservada
del morir, como del censo

de Adán, armó de exenciones
las dos campañas del feudo.

764 Desengárzale la hermosa,
pura unión, no distinguiendo
en bella paz, si es la muerte
vida nueva, o leve sueño.

765 Sí en la muerte de Dios hombre
se ignoró a sí el universo,
pagando en turbadas sombras
luces al conocimiento.

766 En la de su Virgen Madre
claro, dulce, alegre, quieto,
brillando orientes su ocaso,
respiró en árboles nuevos.

767 El más puro, santo, grande
espíritu entrega luego
al Hijo, que ángeles fueran
depositarios pequeños.

768 Su celestial mano sola
recibe el alma, en descuento
de tantas veces glorioso
depósito de su cuerpo.

769 Sagrada nube circunda
el suyo intacto, cubriendo
con muchos sus resplandores
más lucidos, que cubiertos.

770 En decencias soberanas
esclarecido, y compuesto,
más en triunfos de glorioso,
que en aparatos de muerto.

771 Matronas ilustres hacen
el noble, piadoso obsequio,
ungida reina en la muerte,
como antes del nacimiento.

772 Festivas lágrimas santas,
gemidos de alegres pechos,
en los doce no descubren
si es clamor, o si es consuelo.

773 Soledad segunda sienten,
no ya tristes, sino tiernos,
tanto a sus glorias conformes,
como anhelantes, y atentos.

774 Más séquito que Dios lleva
María; que antes subiendo
Cristo, que hoy baja, le hace
mayor su recibimiento.

775 Palma, aún más que de más Virgen,
los méritos excediendo
angelicos lleva, que es
el mayor laurel del cielo.

776 Aquella unión soberana
que en el Jerárquico asiento,
en conformidad eterna,
amar todo es un fin mesmo.

777 Segunda lid (bien que santa)
mueve en los divinos gremios,
sagradamente ambiciosos,
méritamente soberbios.

778 Cualquiera en su jerarquía
la pretende, presumiendo,
que en su coro, sus virtudes
son parte, pues son aumento.

779 Los serafines porfían,
que a su amor toca este ascenso;
que amando ella más que todos,
de su clase quedan ellos.

780 Alegan los querubines,
que la plenitud, y empleo
de su saber, creció en ella
discursos, y pensamientos.136

781 El grande, ilustre Ildfonso,
blasón más claro del clero,
que en triunfo igual una noche
este día cambió al Cielo.

782 Con temeridad piadosa
dijo (¡qué admirable afecto
de su devoción, y de ella
qué osado, glorioso empeño!).

783 Que en la ocasión de estas glorias
de María, de tormentos,
en suspensión imposible,
tregua, y paz gozó el infierno.

784 Que en gracia de glorias tantas
de lo imposible excediendo
la margen de afán, entonces
lo penado quedó exento.

785 ¿Qué esperanza en sus abismos
no concebirá el estrecho
campo de vivir, fiado
a su amparo nunca incierto?

786 ¡Oh seguro mar, oh playa
de abrigos en tan deshecho
temporal, tu piedad sola
es áncora de mis yerros!

Este Romance, habiendo alcanzado tan elevado punto de piedad, y elegancia, aun no consiguió la última lima de mano de su Autor. Así se colige de la siguiente advertencia, que está en el manuscrito, al fin.

Hase de pintar la porfía de los Coros de los Angeles, sobre de qué Jerarquía había de ser la Virgen; si de el Amor de los Serafines, si de la Ciencia de los Querubines, y así de las demás virtudes de las otras Jerarquías, y que fue el primer pleito en que todos tuvieron razón. Y también que los Patriarcas, y

Profetas buscaron allí eminencia de sus virtudes, y fueron dibujo de las que en aquel género tenía María.

Algunas coplas sueltas estaban también escritas al fin, las cuales se han colocado donde han parecido más oportunas, menos las dos siguientes, que estaban duplicadas con otras que se han puesto en su lugar, que todo denota, que su dueño aún no había perfeccionado esta obra.

De luz fecunda el abismo,
que verde con tanto viejo,
allí la esperanza nunca
se anegó con tanto invierno.

Floridos mayos respiran
los escarchados eneros,
y a vista del sol, ya solo
de lágrimas yacen secos.

No se han querido omitir, ni estos cortos rasgos de tan devota y culta pluma, en gracia de sus muchos aficionados. Todo ceda en honra y gloria de Dios, y de su Santísima Madre, concebida sin pecado original, en el primero instante de su Ser.

LAUS DEO

El Fénix Castellano

Dedicatoria

EXCELENTÍSIMA SEÑORA

Temerario impulso el de mi veneración dedicar a V. Excelencia poesías, cuando en el admirable numen de su excelentísimo esposo, el señor Príncipe Senescal, logra V. Excelencia todas las admiraciones, y aun todas las envidias del Parnaso. Para que a su Palacio, antes esfera, le deban su perfección las Gracias, y su exaltación las Musas.

Mas como este precioso raudal de Aganipe se derivó de aquel vastísimo oceano, la gran biblioteca del Ilustrísimo señor Luis de Sousa, Arzobispo de Lisboa, Capellán Mayor del Consejo de Estado de su Magestad, y tío de V. Excelencia (que en él es otro título más) como saneara los escrúpulos de mi obligación, si a otras aras que a las de V. Excelencia se consagrare este armonioso culto, no sólo como ofrenda, mas también como restitución. V. Excelencia le reciba, pues para última vanidad de las memorias de su autor, le faltaba la excelsa atención de V. Excelencia, a quien el cielo guarde, como a única, en todo, y alta esperanza de su excelentísima casa. Lisboa 28 de Marzo de 1690.
Criado de V. Excelencia.
Miguel Manescal.

A quien leyere

Lector.

Las obras líricas de Don Antonio de Mendoza, el más polido, el más aseado y el más cortesano cultor de las Musas castellanas, tarde, aunque no mal redimidas de las ingratas perezas de su patria, encuentran hoy las públicas atenciones de la ajena; de quien prohijadas, se hacen más naturales, cuanto más peregrinas.

Debe su autor, y aun deben todos, este segundo parto, o resurrección primera de sus bellísimos conceptos a aquella gran madre de toda la divina y humana erudición, la insigne Biblioteca del Ilustrísimo señor Luis de Sousa, Arzobispo de Lisboa, Capellán Mayor del Consejo de Estado de su Magestad, que como grande apreciador, un tiempo, de las altas prendas de aquel Fénix Castellano, se permitió fácil a nuestros ruegos en un fiel trasumpto, que como preciosa alhaja de aquel tesoro literario, se guardaba para elegante primoroso adorno de la cortesana erudición.

Y como es la variedad la mejor sazón del gusto, nuevamente convidamos a el de todos con los numerosos néctares de sus Comedias, principalmente con la intitulada: Querer por solo querer, oráculo de la discreción; y con la celestial ambrosia del admirable Poema Sacro de María Santísima, último suave divino aliento de aquel cortesano cisne, que más que a su muerte parentó a su inmortalidad.

Vale.

Resumen de lo que contiene este libro

Varios romances, décimas y letras a diferentes asuntos.

El Poema Sacro de María Santísima.

La comedia No hay amor donde hay agravio, que anda en nombre del autor y

tiene sus dudas.
La comedia, El trato muda costumbre.
La comedia, Los empeños del mentir.
La comedia, Más merece quien más ama.
La comedia, Querer por solo querer.
Las fiestas de Aranjuez.

Licenças

Vistas as informações, pdem-se imprimir as Obras de Don Antonio de Mendoça, de que esta petição faz menção, menos o Romance que comença, De tu beldad son primores, & tem por titulo, ou argumento, A una dama que tenia un novio &c. & depois de impresas tornaraõ, para se conferir & dar licça que corraõ & sem ella não correrãõ. Lisboa 12 de Novembro de 1688.

Ieronymo Soares.Ioaõ da Costa Pimenta.

Bento de Beja de Noronha.Pedro de Ataide de Castro.

Fr. Vicente de Santo Thomas.Estevaõ de Britto Foyos.

Podem-se imprimir as Obras de Don Antonio de Mendoça, menos o que vay prohibido na licença do S. Officio; & depois tornará para se conferir & sem ella não correrã. Lisboa 15 de Dezembro de 1688.

Serraõ.

Podem-se imprimir, vistas as licenças do Santo Officio & Ordinario, & depois de impressas tornaraõ a Mesa para se conferir & taxar, & sem isso não correrãõ. Lisboa 16 de Dezembro de 1688.

Roxas. Ribeyro.

Visto estar conforme com seu original, pòde correr. Lisboa 7 de Abril de 1690.

Soares, Pimenta, Norohna, Castro, Fr. Vicente, Foyos, Azevedo.

Pode correr. Lisboa 8 de Abril de 1690.

Serraõ.

Taxaõ este livro en quatro centos reis. Lisboa 10 de Abril de 1690.

Mello, Lamprea, Azevedo, Ribeyro.

Al bautismo del Príncipe don Baltasar Carlos

Hoy que el águila real,
ave para dos Imperios,

Fénix se renueva hermoso
en el agua, y no en el fuego.

De más alta Monarquía
hoy le señala heredero,
que es más Príncipe cristiano
que Rey de infinitos reinos.

Roma, y España igualmente
le ofrecen aplausos nuevos,
una, que le nasce amparo,
otra, que le espera dueño.

Albricias España,
albricias primero
la Iglesia, y el mundo,
los hombres y el cielo,
todos las demos,
pues nacer un hijo vemos
gloria de los años bellos
de Felipe, y de Isabel,
que a todo el sol, que hay en él
un rayo le basta dellos.

Honre, imite y cresca
de padres y agüelos
las virtudes altas,
los gloriosos hechos.

De Fernando el Quinto
religión y celo,
ánimo invencible
superior gobierno.

Del primer Felipe
en los años tiernos
grandeza, a quien muestre
más lisonja el tiempo.

Del invicto Carlos
triumfos y trofeos
de rebeldes yugo,
de africanos miedo.

De Felipe el Sabio
justicia, y consejo,
la igualdad constante,
del rigor, y el premio.

Glorias, y fortunas
de Felipe el Bueno
en amor mandando,
con virtud venciendo.

De Felipe el Grande
valor, y desvelo,
Rey en el cuidado,
y ángel en sí mesmo.

Sea como todos
con divino esfuerzo

de la Iglesia muro,
del hereje freno.
Albricias, etc.

Al salir la Reina a Misa de parida

Romance

A ofrecer a Dios el fruto,
que flor de la tierra es,
en la fiesta de María
al templo salió Isabel.

Lleva un Príncipe en los brazos,
en el corazón un Rey,
todo un Imperio en la mano,
y dos mundos en sus pies.

Lleva un cielo en su hermosura,
y un ángel en lo mujer,
en la virtud un milagro,
y más que todo en su fe.

Dióle Dios un hijo hermoso
de gran padre y gran poder,
y ella se le restituye
de más precio, y mejor ley.

Cuantos reinos le coronan,
le dan menos alto ser;
que ofrecelle a Dios ahora
es más que reinar después.

Sombra de otro hermoso día,
y el más grande después dél
de la tierra lleva el sol
y del mundo lleva el bien.

Sea para bien,
y a España se le den
y a toda la Monarquía,
que por él en sólo un día
siglos de gloria se ven,
sea para bien,
sea para bien, etc.

Sea como sus agüelos

de todos los reyes celos,
asombro, envidia y desdén
sea para bien, etc.

Renueve con sus victorias
sus hazañas, y sus glorias,
y sus virtudes también,
sea para bien, etc.

Imite el valor temprano
de su padre, en cuya mano
el cetro ajusta más bien,
sea para bien, etc.

Pues de Carlos toma el nombre,
iguales en Rey, y en hombre,
triumfos, y hazañas estén,
sea para bien, etc.

Debelando los infieles,
sea en gloriosos laureles
José, David y Moisés,
sea para bien, etc.

Del olvido de Rey tanto
desagravie el mármol santo,
despeñe a Jerusalén,
sea para bien, etc.

Carlos sea en el blasón,
Baltasar en religión,
y en la edad Matusalén,
sea para bien, etc.

Los padres, que nos han dado
un hijo tan deseado,
vivan mil siglos amén,
sea para bien, etc.

A los años de la Reina de Hungría

Romance

En los años, que sin ellos
un abril celebra el julio,
por hacer lisonja a un cielo,
alegre se muestra el mundo.

Dichosos los pocos años,
que sólo una aurora pudo
hacellos (mejor que el cielo)
antes eternos, que muchos.

Más larga su hermosa vida
la hará, que edades hubo,
un día de ser tu dueño,
un instante de ser tuyo.

Sus tiernos floridos años
en bellísimos tributos
serán tuyos siempre, y sólo
para amarte serán suyos.

Para coyunda a tu esposo
entre bellos lazos puros
tus brazos de cristal tierno
son más fuertes para yugo.

Vivan en largas edades,
siempre más estrecho el nudo,
las almas como una sola,
los años como ningunos.

Nunca salgan de galanes,
y dulcemente caducos
en duplicadas niñeces
ande el alma, brille el gusto.

Su posesión venturosa
amante deje seguro
gala para una esperanza,
primero, en que no hay segundo.

Y tú, pólvora nevada,
pimienta roja, en que juzgo,
si tan hermoso lo blanco,
tan falto lo blanco, y rubio.

Ea, descoje bizarra
entre verdores maduros
decentes los alborotos,
galantes los disimulos.

La moza veinte y dos años,
el garzón veinte y dos justos,
cuatro ducados de novios,
amor, no os valdrán escudos.

Mientras suena trompas Marte,
amor en blandos arrullos,
cuanto blasonó de ciego,
ya se precia de ser mudo.

Si goza su invicto padre
ya del Norte, y del Danubio
victorias tantas, María
de Fernando es mayor triunfo.

Más es reinar en María,
que en muchos imperios juntos,

que en tanta parte de cielo,
desdeña imperios del mundo.

Bellas imaginaciones,
celebrad con fiesta, y rumbo
dos, que aun siendo más que todos,
son más en ser para uno.

A la convalecencia del Rey por abril de 636

Romance

A la salud de Fileno
grandes fiestas se previenen;
y la mayor es su vida
siempre triunfe y viva siempre.

Lo más florido a ser nace
deuda hermosa de su frente;
que en el mérito no saben
otro sitio los laureles.

Al sol reciben festivas
las flores, aves y fuentes,
cuando en vez de arder en rayos,
todo en luces amanece.

Así en gloriosas templanzas
Fileno a todos se ofrece,
que ni aun diferencia el nombre
a los soles, y a los reyes.

Todos se alegren,
que es del gran Fileno
la vida sólo
la que tienen, y quieren
y viven todos,
todos se alegren.

Como en la ausencia del sol
monte, y campo se entristecen,
sin ver a Fileno, el día
no menos se cuenta ausente.

La bellísima Belisa,
en mayores parabienes,
pocos son los infinitos,

si le dice los que siente.

La belleza, y la fortuna,
que en ellos templan sus leyes
si le envidia no le alcanza
mucho más lo que amanece.

A la verdad de sus glorias
lisonjas, ni aplausos mienten,
que hasta en sus lucidos años
los abriles son más verdes.

Todos se alegren, etc.

Copla y su glosa

No se enmendará jamás
de amores mi corazón,
que culpas de la razón
cada día crescen más.

Crecerá cada momento
el quereros, y enojaros,
que este delito de amaros
todo es, niña, entendimiento:
tomad la ofensa, y intento
mañana mejor que ahora,
que es uno mismo, señora,
saber más, y amaros más;
no se enmendará jamás, etc.

De agravios tantos así
igual culpa está en los dos,
toda la ocasión en vos,
y todo el acierto en mí;
tan altas razones vi
de amar vuestras perfecciones
que sobra en tantas razones
la de mi amor, que aun es más;
no se enmendará jamás, etc.

Persuadiendo a una dama que no se casase

Romance

Desdicha, hermosura, y novio,
niña del mirar más bel,
sí el alma tiene enemigos,
nadie negará estos tres.

El dulce nombre, que engaña
la no advertida niñez
a breves pasos descubre
sus emboscadas de hiel.

La voz suave de esposo
sonora armonía es,
mas las falsas, que hay en ella,
salen mal, y suenan bien.

No ventaja tan costosa
en conocerte le des,
que todos te admiren ángel
y uno te llame mujer.

Deidad te creemos todos,
pero tú quieres por él,
que tu grosera noticia
desengañe nuestra fe.

Cuando ya no te escarmienten
ejemplos tantos, con quien
enriquece el desengaño
su más huérfana pared.

Tu imaginación te asombre,
y ella te socorra, y pues
no se puede hacer sin ti,
ser desdichada con él.

Que sin recelar tormentas,
fácil te dejes correr
por las ondas de marido,
temprano airoso bajel.

Ansí burla incauto leño
del mar la serena tez,
que arroja en azules montes
verdes gigantes sobre él.

En la playa de marido
es blando el mar y es cruel
en la altura, que en su golfo
cualquier ola es descortés.

Menos niebla turba un cielo,
menos pesar un placer,

menos nube eclipsa un sol,
menos mal desluce un bien.

Sujeta verás la altiva,
o la templada esquivéz,
a un gusto sin resistencia,
a un apetito sin ley.

La costumbre de una dicha
en la beldad más fiel,
ya misterios no los halla,
ya milagros no los ve.

Diremos que en tu hermosura
busque más que apetecer;
si belleza, ya la ignora,
si novedad, ya se fue.

Lo que en señas del respeto
la pureza escondió ayer,
hoy de un antojo profano
ni aun favor será cortés.

El que fue jazmín sagrado
en su hermosa candidez,
en flor verá deshojado
los destrozos de un clavel.

En siendo mujer, lo dama
depondrás luego, y tal vez
tú el galán, pagarás miedos
a la ofensa, y al desdén.

En vez de finezas tuyas,
y aun de caricias en vez,
tomarás adulaciones,
y aun cortesías también.

Tú, que de las almas todas
satisfacción puedes ser,
aun no bastarás de un cuerpo
a las villanías dél.

Solicitará inconstante,
cuantos pudieren beber
falsos venenos, que fían
a incendios nuevos la sed.

La fe partida en ninguna
viste con manchada piel
variedades, que los suyos
son artículos de fe.

¡Oh, cuántas veces, oh cuántas
en lo que no es de querer
adulador el aplauso
te mentirá cada vez!

Hasta en injurias del gusto
el dolor te será infiel,
cobarde en sufrir primero
traidor en llorar después.

Acecharás los enojos,
que aun no causaste, al tener
en los enfados, que miras,
las razones, que no ves.

A tu hermosura atendida
del mundo verás pender
de un semblante, que culpado
los ceños tenga de juez.

Que él viva en ti agradecido
el amor lo puede hacer;
mas ¿quién podrá disculpar
morir tú quejosa en él?

Si le amares, será ingrato,
que para que siempre esté
mal regida una ventura,
aun necios no ha menester.

No podrás, si le aborreces,
lograllo, que si él no cree
que le aborreces, no logras
el favor de aborrecer.

Antes lisonjera en todo
las que habías de ofrecer
iras a tu hermosa mano,
halagos verán sus pies.

Si te mereció por suerte,
no te querrá merecer
por gala, que flor de novio
ni el abril la guarda un mes.

¿En qué templo de ventura
lámparas se ven arder,
que de belleza dichosa
obligadas señas den?

Largo es el día, Leónida,
para penar, guárdate,
que en tu edad cualquier desdicha
te empieza al amanecer.

Más sola en la compañía
te hallarás, pues luego que
se casa una libertad,
entra a contar su viudez.

Ni serás niña, ni aun moza
serás, que en fácil tropel
con libertad prisión buscas,
sin años tomas vejez.

Del pajarillo, que el viento
peina ufano, y pisa rey,
y dulce, y festivo asalta
las almenas de un laurel.

En el lazo ya es gemido
lo que fue voz, y el que fue

descollado vuelo al aire,
ya es torpe ñudo en la red.

Así tus libres, y airosas
plumas verás encoger
en obediencias de plomo,
y en preceptos de cordel.

Rompe, oh galante avecilla,
los que te quieren poner
lazos, si grillos no son
de hierro, que tanto es.

Mi daño, aunque más terrible,
antes le perdonaré
que el tuyo, para quien guardo
todo el sentir, y el temer.

No mi envidia, no mis celos
te dan voces, que atender
a mi mal, es precio indigno
de un bien, que no le hay sin él.

Con quererte, a toda el alma
satisfacción la daré;
él te goce por ventura
yo te adore por merced.

Entre brazos enemigos,
también te he de amar, por ver
que en tu desdicha mayor
más perfección amaré.

Tus pesares sólo gimen
en mi pecho, y ya se ve
que no les debo un sentir
por pagar tu padecer.

Ni aun las venturas ajenas
el dolor me han de deber,
que o me matará esperallas
o con ellas moriré.

¿Qué importa que yo te pierda,
si amarte no he de perder?
Que no quiero para dicha
mi amor, sino para fe.

A una dama, que preguntándole por qué no hacía agradecidos,
respondía que por no hacer ingratos

Romance

Quejosa tienes, oh Lisis,
de tu nueva humanidad
tu belleza, que tú sola
le dudas lo celestial.

¿Con qué arte, o falso estudio
de temor, que no tendrás,
siendo un bien tan entendido,
has hecho tan necio un mal?

Atrévase la hermosura
a ser fiereza, y crueldad,
a ser peña en lo glorioso
a ser cielo en lo inmortal.

Mas no se atreva a ser mundo
que aun entre lazos de amar
se deberá la hermosura
descuellos de libertad.

¿Tú temes ingratos, cuando
le pudieras recatear
tanto despojo a tu planta,
tanto estrago a tu beldad?

Ningún ejemplo merece
tu recelo, que jamás
a lo siempre soberano
puso ley lo natural.

Las experiencias tal vez
llegaron a escarmentar
lo gentil, no lo divino,
lo hermoso, mas no lo más.

No basta el común gemido
de la hermosura vulgar,
que a desmentirte de humana
aun te sobra lo deidad.

Si en desigualdades bellas
sólo a ti naciste igual,
superior a bajel tanto
pisa el golfo, y huella el mar.

¡Oh, no esperada extrañeza!
¡Oh prodigio hallado ya!
¡Que ha menester la hermosura
esfuerzos de vanidad!

Peligra en dos desaciertos
cuando recelando estás,
lo propuesto es osadía,
lo temido indignidad.

Menos que dos imposibles
al daño no bastarán,

venturas no las permites,
y méritos no los hay.

Muchos imposibles junta
quien osare imaginar
su gloria, y tu rendimiento,
su rigor, y tu piedad.

Tan prevenida indecencia
¿cómo se atreve a pensar
que suya sea la dicha,
y de ambos la necesidad?

El no hacer agradecidos
en vez de temor, será
de una alma no merecida
desatenta ociosidad.

El bien que se desmerece,
es ingrato, es desleal,
que el exceso de la dicha
obra como enfermedad.

Tú de nadie merecida
en este riesgo fatal
te hallarás aun no segura
en tanta divinidad.

Costosos agradecidos
no ha menester quien tendrá
sólo en permitir que muera
contentos sin falsedad.

Si aun hace el número en ellos
error, ¿qué se llamará
la bajeza del suceso,
la culpa de la verdad?

Lisi, a tanto peregrino
raro, y nuevo, y singular
en belleza, no en ventura,
le niegues la novedad.

Al que tú elijas por tuyo,
¿qué aciertos le faltarán
o nacidos de su gloria,
o hechos de tu voluntad?

Al que tú méritos dieres,
soberano se verá
hasta del error en dicha,
hasta con el hado en paz.

¿Miedo tú de ingratitudes?
No pongas esta fealdad
a lo bello, ni le quites
esto hermoso a lo galán.

Deja, deja a nuestro amor
(oh Lisi) el desconfiar
a tu razón lo invencible,
a nuestra fe lo inmortal.

Romance

Pasaba el Diciembre frío
por una selva Menguilla,
que despreciaba del mayo
la presunción más florida.

Almas en vez de corderos
a extremos lleva la niña,
y si buscara el de hermosa,
ella le tiene en sí misma.

Ganado lleva del Tajo
ser la bella pastorcilla
de todos la más amada,
y de todas la más linda.

Las del fértil Guadiana
riberas siempre más ricas
si por flores las produce,
por esperanzas las pisa.

En los montes lusitanos
los postreros campos mira
de la castellana tierra,
siendo el cielo de Castilla.

Los convecinos pastores,
viendo su beldad divina,
en mitad de sus auroras
hallan forastero el día.

Y dicen a su hermosura,
y siempre belleza esquiva,
cuando reciben pastora,
la que viene peregrina.

Ya no será portugués
el amor, zagala, ya,
que el desdén en tus ojos va,
y amor se queda en tus pies.

A una dama que la ausentaron

Romance

Sin ausentarse Amariles
estaba lejos de amar,
que más la ausencia la esconde,
mas no la retira más.

Bellísima fugitiva,
si huyendo de amor te vas,
mis peligros tú los llevas,
que los tuyos no los hay.

Mi amor a ninguna ausencia
templanzas no debe ya,
ni a siglos deberá olvido
memoria tan inmortal.

Y a su presencia le debo,
que en dulce guerra, y en paz
estaba el peor morir,
pero no el mejor matar.

Que en tu presencia, pues veo
tu siempre hermosa beldad,
es, aunque menos lucido,
más aprovechado el mal.

Muera yo sólo a tu vista
(señora) que en ella está
a mejor luz el morir,
de más buen aire el penar.

Deudora le queda el alma
a la gloriosa crueldad
de tus ojos, que mi muerte
les cuesta lo celestial.

Tu imperiosa hermosura,
tan bella severidad
todo lo perdona al ver,
todo lo paga al mirar.

Ni una queja, ni un gemido
mis dichosas penas dan;
que padecer, que hace envidia,
¿por qué ha de buscar piedad?

Corta para amor tan largo
la vida llegó a llamar
el pastor, cuya firmeza
pobló de ejemplos la edad.

Y a mi esperanza, y mi vida
mi amor les perdonará

no caber ningún vivir,
como quepa tanto amar.

El tiempo, de cuanto vive
humano estrago fatal
de quien por ligarse al cielo
no tiembla la eternidad.

Todo lo destroza, y sólo
mi fe permanecerá,
y sólo estandartes firmes
tremola mi voluntad.

La nunca región hallada
del contento, a cuyo afán
ni escollos niega el peligro,
ni senos reserva el mar.

Hállanla, señora, todos
en vivir, en esperar,
en el poder, en la dicha,
y yo en quererte no más.

La lisonja y la mentira,
que en florida vanidad
milagros fingen de nieve,
rayos mienten de cristal.

Créditos lucientes busquen
a la hermosura vulgar,
que a tu belleza, Amariles,
mal le paga una verdad.

Fuiste a mi conocimiento
perfección al cielo igual,
a mi cuidado hermosura,
a mi respeto deidad.

¿Qué alimento, qué fortuna
mi rendido amor tendrá
engendrado en el silencio,
nacido en la soledad?

Pasaron años, pasaron
edades, y pasarán
siglos, sin dejar de alivio
de mudanza una señal.

Siempre me hallaron amante
la fineza y la lealtad;
y la esperanza, y porfía
nunca me hallaron galán.

¡Qué dichoso mi amor fuera
en pena tan desigual,
si ver pudiera sin vista,
como sin voz puedo hablar!

Ya mudo, ya ciego sea,
por premio me basta ya,
si merecerte no puedo,
que no te puedo olvidar.

Endechas

Hermosa Zagala,
ninfa, en quien nació
un desdén al mundo,
una envidia al sol.

En cuya belleza
la hermosura vio
las primeras señas
de la perfección.

Desde mi silencio
¡qué de voces doy,
que del alma fueron,
que del viento son!

Dícete mis ojos
en muda pasión
lágrimas sin quejas,
palabras sin voz.

Como sólo amarte
mi amor pretendió,
sólo de quererte
bien pagado estoy.

Mal haya el primero,
que amando esperó,
que del alma quita
méritos de amor.

Servir por el premio,
y amar por favor,
son comodidades
que finezas no.

A un amor constante
todo es suspensión,
mengua en la esperanza
crece en el temor.

Las desconfianzas
nadie las culpó,
quitan el engaño,
ya que no el dolor.

Imposibles quiero,
que si amarlos yo
tengo por posible,

¿qué más galardón?

Justa es la esperanza,
cuando se fundó
en querer más bien,
si en amar mejor.

Tan hidalga pena,
tan divino ardor,
tan crecido mal,
tan dulce pasión.

Señora, bien dicen
que yo tuyo soy,
la boca lo niega,
mas no el corazón.

En la villanía
de los que aman hoy,
valga la lisonja,
pueda la traición.

Que yo sólo quiero
morir por favor,
perder por desdicha,
y amar por razón.

Romance

Poca tierra y muchas flores
ciñen una selva umbrosa,
primero galán testigo
de la risa del aurora.

Del sol los primeros pasos
la pisan con luz medrosa,
que por el favor del viento
le dan licencia las hojas.

En sus claras fuentecillas
la nieve del sol quejosa
acude a buscar su yelo
ya desatado en las ondas.

De sus pájaros el alba,
que en blancas nubes reposa,
escucha el primer requiebro,
oye la primer lisonja.

Huésped de aquella zagala
casa tierna, planta sola

de las mudanzas de abril
a los campos desenoja.

Amariles, que bizarra
dulcemente desdeñosa
pisa del mundo las quejas,
niega de amor las victorias.

No concede a las estrellas
el común imperio en todas,
que están en su pecho helado
flacamente poderosas.

Sus gallardas perfecciones
de leyes despreciadoras
de un pastorcillo la voz
de esta manera ocasionan.

No blasones de libre
niña del valle,
que hace amor cadenas
de libertades.

Ay, no pases, niña,
aquel monte grande,
de ser tan amada
a ser tan amante.

Porque pretensiones,
y desprecios grandes
despiertan las iras
en pechos cobardes.

No te burles soberbia
con tus donaires,
que hace amor cadenas
de libertades.

Aunque de tus ojos
tantas armas salen,
sirviendo tus cejas
de dos estandartes.

Tal vez los cosarios
en inquietos mares
son vencidos, siendo
vencedores antes.

Nunca las fortunas,
niña, son iguales,
donde ayer venturas
hoy desdichas nacen.

Temo tus peligros,
mira no te engañes,
que hace amor cadenas
de libertades.

Romance

La más bizarra, y hermosa
zagala de Manzanares,
que aun no les dejó a las feas
el socorro del donaire.

Antes que la primavera
alegre a los campos sale,
porque no puedan las flores
decir que nacieron antes.

De nieve y zafir se viste,
por ser galas naturales
del cielo, y al fin parecen
en su cielo novedades.

Siendo cuidadoso, y nuevo
su gallardo airoso traje,
todo parece que sólo
muestra descuidos al talle.

El suelto cabello hermoso
lograba al desordenarse
toda su hermosura al dueño,
todos sus rayos al aire.

No haré yo lisonja al sol
con tus ojos celestiales,
porque el sol muere y en ellos
siempre vive y siempre nace.

No me deberá el aurora,
que a su boca se lo llame,
ni teman sus dientes bellos
que con perlas los agravie.

En sus bellas manos tiene
blancas, lindas y agradables,
mucho que sentir la envidia,
nada que enmendar el arte.

Oyendo su voz divina
los campos, montes y valles,
a no tenella por sol,
la recibieran por ave.

Romance

Los más bellos ojos negros
desafiaban al sol
a rayos de mil a mil,
y a cielos de dos en dos.

El sol mil veces rendido
antes que competidor
la victoria les presenta,
pero la batalla no.

Hermosa deidad morena,
cuya bella perfección,
sólo pueden competirla
mi desdicha, y tu rigor.

Después que te adoro, sirve
a males el corazón,
a sólo llanto los ojos
a sólo quejas la voz.

En estar mis pensamientos
en tan divina prisión,
su gloria me deben ellos,
mi pena les debo yo.

En tan alta parte adoro,
que es imposible el favor;
quiero bien tan cuerdamente,
que loco de amor estoy.

Dos milagros tiene el mundo
de una misma admiración,
el mayor en tu hermosura,
y el más seguro en mi amor.

Piedad, que se abrasa el alma,
cese, Clori, el disfavor,
piedad quien ama tan cuerdo,
piedad, pero no perdón.

Pues que mi alma te adora,
que es el mérito mayor,
desmerezca por ser mía,
mas por adorarte no.

Bellos ojos, en amaros
dichoso fuera con vos,
si tuviera la ventura
como tengo el corazón.

Romance

Con sus trapos Inesilla,
sin gran daño del jabón,
teñido dejaba el río,
manchado dejaba el sol.

Cuando por la puente asoma,
un sirviente de un doctor,
lacayito con vergüenza,
galleguito con perdón.

Hombre para de su tierra
moderado bebedor,
que de dos cueros de vino
aun deja vino en los dos.

Medio herido salió el mozo
de cierta honrada cuestión
sobre no sé qué verdades
de más borracho sois vos.

Para cuya herida fueron
de gran consideración
los milagros del soslayo,
y aquello de quiso Dios.

Por un canto de un real
diz que al otro no mató,
pues la herida pasó apenas
dos leguas del corazón.

Pero en esto de estocada,
perdone este capeador,
a su colada me atengo,
pero a su tizona no.

Inesilla responde,
no tanto rigor,
que en lo que es coladitas,
oigan lo que soy:
yo soy lavanderita
de honra, y provecho,
porque lavo los trapos,
y el vino cielo.

Era del señor Toribio
condiscípulo en amor,
cierto hidalgo jabalí
de los montes de León.

Y de una hoja de vidrio
tan bizarro esgrimidor,
que entiende el ángulo corvo
mejor que el que le inventó.

Vio que Inesilla dejaba

con gran donaire, y primor
huérfano un anciano cuello
del ya gozado almidón.

Y que el gallego Narciso
desataba a su favor
suspiros de tres en tres,
requiebros de dos en dos.

Amostazado de celos,
diré amostado mejor,
que ardor celoso en lacayos
humos de lo caro son.

A media rienda el enojo
el asturiano le dio
con la boca una mohada
con la vista un antubión.

Y así le dejó, teniendo
un Esquivias en la voz,
un Yepes en el bostezo,
y un San Martín en la tos.

Cuando vamos al río
yo y Magdalena,
yo llevo los paños,
y ella me lleva.

Eso, hidalgo, es muy mal hecho,
que soy hombre de bien yo,
y aunque es voacé muy honrada,
no tiene voacé razón.

Es honrada esa señora,
y la tengo obligación,
y cinco palmos de hierro
nadie los tiene mejor.

Dígolo porque lo digo,
y no más, que en la ocasión
todos son hombres de bien,
todos son hombres de pro.

Ya le daba la respuesta,
y un resuelto embajador,
que en sus embajadas gasta
poca prosa un mojicón.

Cuando Dominga, una moza,
por cuya cuenta, y misión
corre la salud de un paje
su lindo trabajador.

Y tiene de más a más
con razón hablejo ardor
para sus necesidades
este requiebro frisón.

Colérica la Inesilla
de ramera la trató,
aunque en esto de ramerías

ambas dos están a dos.

Ceceó, y determinada
la cara le achineló,
que es por la chinela Inés
mujer muy hombre por Dios.

En esto un aire de oreja,
quiero decir un soplón
destos que salvan a pocos
a par de San Salvador.

Quiso meter su tenaza,
pero el concurso fregón
redujo a castañetada
la reyerta, y el rigor.

Cantóse de lo famoso,
de lo fino se bailó,
y bebióse de lo mucho
tras una, y otra canción.

Ramerita me llama
la picaruela,
siendo destas ramas
una alameda.

La chinela me tira,
y es gran perdición,
que me tire con una,
quien no tiene dos.

Préstele ella,
pues lo puede hacer,
que en su cara con una
la he dejado tres.

Miente la Inesilla,
miente diez veces,
miente con remiente,
tartaramiente.

Romance

Pastores, que me abraso,
encanto hay en las selvas
peligros en las flores,
veneno hay en las hierbas.

Cristales disimulan
engaños de sirenas,

y efecto de mudanzas
lo firme de las peñas.

Cuanto se toca es fuego,
cuanto se escucha, quejas,
cuanto se ve, milagros,
cuanto se siente, penas.

Yo vi del sol los rayos
ceñir mayor esfera,
al alba en una risa,
al cielo en dos estrellas.

Hermosa cazadora
tiranizó la sierra,
debiendo el campo flores
a breves plantas bellas.

De un arco defendida
en una aljaba encierra
mil flechas para una alma,
y una alma en cada flecha.

Temedla, pues, zagales,
que trata su belleza
las fieras como a hombres,
los hombres como a fieras.

Escarmentad de verme
temiendo su violencia
con voces porque escuche,
con pasos, porque vuelva.

Cazadora enemiga,
mátame y vete,
¿qué más fieras deseas,
si me aborreces?

Al Conde Duque, habiendo visto la comedia De un castigo dos
venganzas

Romance

Sin Rey, sin vos, y conmigo
(mirad con quién y sin quién)
siglos hace vuestra ausencia
del curso sólo de un mes.

Conde generoso, y sabio
sin lisonja el más fiel,
sin presunción el más grande,
sin violencia el más cortés.

En cuyas manos más limpias
que la misma candidez
es no haber mancha, ni culpa
artículo de otra fe.

De tan gran fortuna haciendo
religión, donde se ve
tan capuchino el deseo,
tan descalzo el interés.

Juntando en dos imposibles
la modestia, y el poder,
y en templanzas anegados
los anhelos de la sed.

Que ninguna edad, ni tiempo
halló tan cuerdo el querer,
miró tan justo el Imperio,
ni vio tan barato el bien.

Cuyo desvelado amor,
cuyo celo puede ser
sosiego de mayor mundo,
descanso de tanto rey.

Ese glorioso mancebo,
donde con sesuda prez
cada día es un cuidado,
cada acción es un laurel.

A quien tanto España debe
que reinar segunda vez
lo hiciéramos elección,
a no ser deuda, y ser ley.

León, que al primer bramido
le atiende, y respétale
la raposa Veneciana,
le tiembla el mastín Francés.

Caterva injusta de gozques,
que en vano intentan morder
el seguro, el descollado
valiente español lebre.

Que la sagrada cautela,
y el parentesco infiel
son a pájaro tan grande
corta liga, y flaca red.

Mirando en valor inmenso
con noticia lo que fue,
con seso lo que será,
y con presunción lo que es.

Que si no bastara él solo,
sus hermanos pueden ser

muchos soles a su sombra,
muchas victorias con él.

Que sueltos de la trahílla,
y pigüelas, harán que
el tigre tiemble africano,
amaine el neblí holandés.

Mas dejando estas verdades,
que todas se podrán ver,
y aun apagado el gemido
de la gran Jerusalén.

Fui, Señor, a la comedia
esta tarde, donde hallé
poco es pensar, un Madrid,
nada es decir, un Babel.

¿Has visto en Santiago el Verde
el átomo de Aranjuez,
saco de la Corte, y surco,
que baja en cada bajel?

¿Josafat sin juicio el río,
ciudad el campo, y todo él
valle de lágrimas, golfo
sin agua de vinos cien?

¿Has visto el soto en la noche,
que florida la ancianez
desempeña hermoso Juan
las tardanzas de Isabel?

Que de una, y otra merienda
los viles tratos se ven,
campando el pernil de bravo,
y de galán el pastel.

Así en gradas, y aposentos,
y en la cazuela miré
del plebeyo pasto humano
señas, y turba soez.

Senos, retretes, retiros
se inundaron de mujer,
de hombre, y fraile, ¿fraile digo?
llenóse todo con él.

Celosías recoletas
fueron campaña, y vergel
de la más cuerda matrona,
y del más rígido juez.

No aquella civilidad
tan dicha de un alfiler
cupiera, ni aun tu ambición,
que es lo menos que yo sé.

No vio ya triunfante Roma
el grande Scipión de aquel
más escándalo romano,
que Aníbal cartaginés.

Mayor aplauso, más grito,
más fervor diciendo de él
todo el pueblo, que es justicia,
los poetas, que es merced.

El Víctor, el vuelva, y torne,
el gran cosa, el oh qué bien,
de la menos buena copla
se lo calza cada pie.

De un castigo dos venganzas
no se llame, llámese
el secula seculorum
el siempre jamás, amén.

Yo me rindo, aunque la moza
entró con baja altivez
por camino muy gallego
al estrago portugués.

Los dos gozan a las dos,
cuál más cayó dúdase,
si el uno casó dos veces
y el otro murió una vez.

Pero del Rey celebrada,
y de ti, señor, también,
sus Medicis rinda Enciso,
Mendoza su Montañés.

Que tú con gran juicio en todo
hoy severo, y leve ayer
hizo admiración tu ingenio
como ahora hiciera ley.

Aunque he vengado mi ausencia,
Conde, con este papel,
es mi amor tan galán tuyo,
que es mayor en más desdén.

Dejar solo al Secretario
bien pudiera merecer
comedia de la zurda,
que de alegría es vejez.

Desto que hiciera el Santoyo
el Ruiz, Vivanco y Muriel,
Caramancheles de abajo
de la gracia de su Rey.

Más siglos el nuestro viva,
y tú sirviéndole estés,
donde, ya que nada temas,
todos mil gracias te den.

De Madrid a veinte y siete
no el Antonio, sino quien
de tu esclavo tiene el nombre,
y hace solar de tus pies.

Al Duque de Medina de las Torres, en la jornada que hizo a Quizando

Otro

Señor Ramiro Felípez,
no haya Nuñes ya, no flores;
entre Fernandos, y Alfonsos
hoy menos luces que entonces.

Tú, que en los hidalgos tiempos
de los grandes ricos hombres
más hondas fueron tus zanjas,
más altas eran tus torres.

Que hoy acomodan bonete
muchos que (¡oh siglos traidores!)
ni era empezada su cuna,
ni amanecido su nombre.

¡Oh cuán pocos, oh cuán raros
ni aun sonantes infanzones,
de la infancia de Castilla
pisaron la margen noble!

Cuando tus claros Guzmanes
en tempranos arreboles
más allá de los castillos
descollaron sus leones.

Si fuera vivo, él o tú,
aquí vinieran de molde,
si ambos mundos son bastantes
distancia de tus blasones.

¡Oh cuántos después la suerte
del polvo, que desconocen,
alzó estatuas, formó Adanes,
a semejanza de condes!

¡Oh cuántos, aunque ninguno
haya de comer, ni come,
eran humo, y no Calderas,
eran aire, y no Pendones!

¡Oh cuántos, que ayer vivieron
reales respiraciones,
en su mesnada eran nada!
La civilidad perdone.

¡Oh cuántos ahora yacen
en desdeñados rincones,
que lisonjas asturianas

asaz los mintieron dioses!

En que Java, y resplandezca
verde sauce, y gemidores
lobos negros, que en Vizcaya
sin Vega todo eran Lopes.

En venganza de los vivos,
en quejas, y disfavores,
en tanto anciano sepulcro
cruja el mármol, brame el bronce.

Cubra modesto silencio
del tiempo las sinrazones,
y cierren ya negras llaves
estas iras, y estas voces.

Mas dejando, gran Ramiro,
tantos peligrosos topes,
que tú sereno los miras,
y aun soberano los oyes.

De nuestra jornada escucha
los pasos, mientras coronen
mi pluma los de Rey tanto,
más veces Jove que joven.

El miércoles a la aurora
partió de Madrid al trote
del señor Antonio de Alba
Juan Mateo de los coches.

En seis huracanes, digo
hipogrifos seis, que halcones
les juró el viento, y cometas
los vio el astro, y tembló el norte.

Rebosó divinidades
de Veles y Calderones,
que a lo crespo rizan rayos,
que a lo dulce nievan flores.

Píntense ellos una vez,
y a los modernos trotones,
que en tan bernardinas señas
bufen truenos, vuelen coces.

Torno al camino, si puedo
seguir el docto galope
de Antonio gran Nebrisen
del vil arte del azote.

Comió en el álamo amo
del gran Gonzalo, que sobre
lo menguante de una luna
llenó de honor los Chacones.

Aquel que constante siempre
los ya muertos resplandores
siguió, que en Palacio nadie
llega, sino hasta la noche.

Moralidades pasemos,

que los atentos relojes
en ley nunca dan la una,
y ofrecen siempre las doce.

Durmió en la torre de Esteban
Pigiuela, que aun reconoce
al infantado edificio,
corto el viento a tanta torre.

Ya goza testigo ilustre
entre Vargas y Butrones
de un pájaro, cuyas plumas
son ya tan altos virotos.

De paso pasó a Escalona,
donde en segundos albores
brujulean majestades
los Pachecos y Girones.

Despojo del gran Maestro,
que de envidias, y favores
coronado, a la fortuna
puso el hombro, y perdió el hombre.

A todos los siglos grande
mil veces varón, que al golpe
de la suerte aun las miserias
no le osaron mirar pobre.

Luna hermosa, que bañada
en sangrientos tornasoles
tuvo en tan fieras mudanzas
el alto espíritu inmóvil.

Vuestra generosa mano
a Castilla de Señores
dejó inundado el silencio,
que les venera los nombres.

Comió en Amora el Rey,
y en sedientas aflicciones
bebió el aire por llegar
con sol consigo a los montes.

Halló con aplauso, y grita
los Martínez, y los Ponces
validazos de las selvas,
sumilleres de los bosques.

Luego secundum Mattheum
todo se guisa y dispone,
silvestre deidad, que arrastra
montaraces atenciones.

Prendieron entre monteses
a tres Cides capeadores
destas viñas, en que al santo
su verde capa le rompen.

Mató el Rey los dos, haciendo,
hasta en acciones menores,
en sus aciertos costumbre,

si hay menor en sus acciones.

Apenas el plomo ardiente
los senos tocó feroces,
cuando al cristiano Rugero
el bruto fue Rodamonte.

Hasta el asonante mismo
me brinda con tentaciones,
nafragando el conceptazo
entre cerdoso, y Adonis.

Victoriosos y bizarros
volvieron los tres garzones
átomos los dos del uno,
y sombras, mas también soles.

El gran Carlos, y Fernando,
que si las plumas descojen,
quintos serán, quintos ambos
a los triunfos españoles.

Al destrozo llegó el pueblo,
y cada res bruta, y torpe
tantico más que en la selva,
creció en las adulaciones.

Ya del Marqués de Villena
grandezas, y prevenciones
en la obediencia templada
aún por suya se conoce.

Huésped atinado, y leve
la gran Castilla compone
de ostentación sin fastidio,
de abundancia sin desorden.

Todas las noches triunfantes
de estos fieros Calidones
vuelven, huérfanos dejando
tejos, encinas y robles.

Dispuesto el marcial remedo
entre la conversa, donde
lo real, lo soberano
en lo esparcido se encoje.

En parlados maridajes,
señorías, túes, o voses,
altezas, y majestades
es todo chispes al tope.

Hasta yo entonces mancebo
gentil, si no gentil hombre,
que cediendo al también Duque,
es Príncipe de lo Conde.

En traviesa escaramuza
sus colorados verdores
con bizarría los juega,
con destrozo los recoge.

Nuestro galán Alcañices

que en sus decentes sazones
hace gran vez en Palacio,
es gran trozo de la Corte.

Un estoque de seis hojas
diz que le hirió, y pasóle
sin punta el pecho, y muy hondo
quedó embainado el estoque.

Con general sentimiento
se volvió, que aun sus frescores
de su obligación, y sangre
tremolan testigos nobles.

El señor Don Luis de Haro,
que no hay tino, que le ignore,
ni gran parte, y que caduca
en tempranas direcciones.

Teniendo advertido, y cuerdo
entre visos zumbadores
embozado lo sobrino,
moderado lo nepote.

Y no goza, que renueva
los antiguos mancebones
bondad no desguarnecida
de garbos, ni de primores.

Añober diez veces padre
de unos hircanos Piñones
mordió, y ballestado
de los juanes cazadores.

Al Conde su señor jura
por los mismos partos once,
que a Madrid los piñoncitos
pensó llevarlos en dote.

El famoso Condestable,
que los altos esplendores
de su casa entre modestias
al lucirlas los esconde.

El Carpio, más veces bueno
que tantos, D. Diego López,
de Castilla los Santiagos,
y de Aragón los San Jorges.

El siempre noble, y honesto
que en faz de cien senadores
en verde afable hermosura
neobar recoleto sorbe.

Ya que a recogerse toca,
de tu parte los acoge,
en cuarto escudo columna
descanso de tantos orbes.

Este que feliz en años
se acomodó en perfecciones,
que el tiempo (que aun no le vive)

inmortal le reconoce.

Este que a todos los siglos
entre los grandes varones
será él solo, a cuya imagen
se formarán los mayores.

Que aun viendo por estos campos
prevalidas ambiciones
señas tantas en su anhelo
una templanza de bronce.

Dejando gloriosas culpas,
que un discreto reprimores
los llamó, triste discreto,
que nadie supo su nombre.

La segunda Corte forman
los Tebes, los Alarcones,
si la flor de Secretarios,
lo almendro de Embajadores.

Vasconcelos, Grinaldico,
Herrerilla, que yo al toque
de sus dedos le fiara
los reyes como los Roques.

La enana alcalde Ronquillo
de todo sueño bodoque,
de rosa, y tronco de azúcar,
sal de flor, chiste de azogue.

Balsaín, Aranjuez, Pardo,
en quien tienen sus deportes
todo el poder, porque todo
enanamente se goce.

Vayan juntos los tres niños
calabazas, Domingote,
Sapitillas, galgo de años,
con quien los siglos son gozques.

El Sástago, y el Francisco
donaires sin quemazones
se tiran, que el bel donaire
ha de hacer seña, y no golpe.

En los cientos de las burlas,
que en fin es juego, y sin dobles,
si no son leves los piques,
son pesados los capotes.

Parte gallardo Ramiro
estas con mil relaciones
con tu madre se divierten
necesidades a los dioses.

Esa más gloriosa hembra,
que imitando al gran consorte,
servicio toma por premios,
y afanes por galardones.

No sólo vence imposibles

de servir a dos señores,
sino a tres, poblando al mundo,
y a la fe, de admiraciones.

Cuidando al sol sus estrellas,
y de sus luces mejores
en su aurora, en cuyos ojos
la noche ignoró la noche.

La siempre hermosa Isabela,
que España en amor consorme
en su reinar se compite,
a templos, y a corazones.

Vuelve el Rey mañana a verla,
aunque hoy se cerró de horrores
tanto el cielo, que aun no cupo
noticia en los horizontes.

Pero esta tarde ha salido
un alcalde, que revoque
las sentencias de los Reyes,
que le hicieron los oidores.

De San Martín, donde a fondo
se han ido tantos, y donde
llevan a jorro, y no a jarro
mil correos galeones.

Don Antonio de Mendoza,
que del Conde, y tuyo pone
un esclavo por empresa
y no lo niego por mote.

Romance

Compitiendo con las selvas,
donde las flores madrugan,
los pájaros en el viento
forman abriles de pluma.

De una serrana engañados
por aurora la saludan,
y viendo sus bellos ojos,
quedan vanos de su culpa.

Que Amariles es más bella
aun los cielos no lo dudan,
aun para verdad, no es grande,
sola victoria no es mucha.

De cuantos sin dicha viven
porque no la esperan nunca,
con el acierto de amarla
nadie muere sin ventura,

No sólo es belleza en ella,
beldad grande, y deidad suma,
que hasta nuestras mismas quejas
en ella son hermosura.

Con sus propias perfecciones
¡qué mucho que lo presuma!
si hasta el agravio, que es nuestro,
es también belleza suya.

En orejas, que en lo hermoso
hacen perfección segunda,
no es sorda la que no oye,
sino aquella, que no escucha.

De Amarili el dulce nombre
cobarde amor le pronuncia,
y aun sobran piedades sordas
donde es la esperanza muda.

Mas sólo morir por ella
mil finas verdades buscan,
que ya no se pierden todas,
en quien no premia ninguna.

¡Oh cuánto hermosura puedes!,
siempre ingrata, siempre injusta,
siempre cruel sin ofensa,
siempre vana sin locura.

No pagar obligaciones
delito en amor se juzga,
y lo ingrato en la belleza
aun no ha menester disculpa.

Dichosa el alma mil veces,
que muere a penas tan justas,
que no tan gloriosos males
los merece la fortuna.

Campos, cielos, flores, y aves
todo lo alegra, y lo alumbra,
solamente una esperanza
queda en su presencia oscura.

Afuera, que Mariflores,
envainando sus desdenes,
mete mano a sus donaires,
siempre falsa, y linda siempre.

Ponen su gala y su brío
en los mirones alegres
pensamientos colorados,
pero no esperanzas verdes.

Si hemos de pintar la moza,
las admiraciones tiemblen,
las competencias desmayen,
y las envidias comiencen.

Blanca, y rubia es la muchacha,
si heladita me la temen,
lo rubio envida centellas,
chispas levanta la nieve.

Pelea la testa hermosa,
de quien tantos lazos penden,
cara a cara con el sol,
con la luna frente a frente.

El escuadrón de sus cejas
presenta en tropas lucientes
la batalla a los cabellos,
que ellos triunfan, y ellas vencen.

Desembaracen los rayos
a los ojos, que no quieren
herir con armas de fuego
dos mancebos tan valientes.

No le neguemos los zainos,
porque más que mata sietes,
almaradas son de amor,
puñalitos de la muerte.

El trasto de las narices
entre fecundo, y estéril
en paz hermosa divide
dos campañas florecientes.

Bien dijera yo montante
de cristal en grana, y leche,
mas cosa vieja en la niña
ni aun en conceptos se atreve.

En su boca, en quien escribe
la perfección el me fecit
de jazmín a todo el campo
puertas puso de claveles.

Líbrelos de perlesía
a sus lindos blancos dientes,
que en sus labios no hacen noche
las auroras que amanecen.

Venga la barba, que aun no

por ella lo hermoso miente
donde solían los ojos
al hoyo bailan mil veces.

La mentira, y tanto embuste
es hoy verdad transparente
en su garganta, en quien todos
nevadas injurias beben.

Los despeños de la vista,
ricos senos del deleite
los milagros lo imaginen,
que las venturas no pueden.

Secretos que no se fían,
misterios, que no se entienden,
clausura, donde se ignoran
los hierros, mas no las redes.

Que el cuerpo brinco de perla,
cristalino ramillete,
guerra escondida publica
en la Holanda más rebelde.

En sus licenciadas manos
sin sobornos del afeite
resguardos para una fea
tiritan muchos diciembres.

El ingenio, el gusto, el garbo,
la travesura, el sainete,
el celeste, y celestino
demonio de lindo temple.

En lo que llaman buen aire
algo en volumen tan breve
habrá, que naturaleza
añada, mas no que enmiende.

Callan el cierzo, y el julio
en lo airoso, y en lo ardiente,
y en lo deidad, y en lo sola
mienten el Ángel y el Fénix.

En tantas, pues, dulces flores,
de su condición la sierpe,
más que rosas deshojadas,
iras descogidas vierte.

Trece años la quiso Antón,
y uno firme, y otro fuerte
ella se estuvo en sí misma,
y el majadero en sus trece.

Hojas en blanco pagando
desde el folio diez y nueve,
y sacando destas lides
palmas, pero no laureles.

Premáticas bien guardadas
sólo en sus manos corteses
se vieron, poniendo en todo

el sentido, y ella leyes.

Y en más levantadas olas
crespos llegaron a verse
oceanos erizados
a su margen obedientes.

Apagóse ya la llama
pero en cenizas tan leves
miedos arden, que traidores
descuidan, pero no duermen.

Quien de Antón se lastimare,
traiga el Dios nos libre, y piense
que en esclavitud tan fiera
no hay envidia que no reine.

Romance

A las voces de un silencio
su pena fía un dolor,
para que muera un callar
basta descubrir la voz.

¡Qué en vano el amor se encubre,
qué inútilmente calló!,
pues el no querer decirlo
dice más bien que es amor.

Ni aun callar puede el silencio,
ni que vos, Celinda, sois
la causa, pues ya lo dicen
callar, morir, y amar yo.

Para encubrir un cuidado,
cualquiera esfuerzo es peor,
que el amor puede estar mudo,
mas lo enmudecido no.

Siendo callar, es cuidado,
siendo cuidado, es pasión,
siendo pasión, es amor,
y siendo amor, es a vos.

Ni en los ojos hay recato,
que en vano se les quitó
el ir a buscar su estrella,
si se viene al alma el sol.

Lo mudo del sentimiento
es un secreto traidor,

que está callando por uno,
y sintiendo como dos.

De lo que otras voces dicen
¡oh cuánto el alma ignoró!
y mi voz ¡cuán poco sabe
de lo que habla el corazón!

Entre muchos imposibles,
que en mi amor juntando voy,
el decirlo es el más grande,
el remedio es el mayor.

En otro mi amor sobrara,
y en mí no le bastan hoy,
ni ser caricias de un niño,
ni ser verdades de un Dios.

Al respeto, y no al suceso
quiero deber mi temor,
desengaños no los pido,
que yo mismo me los doy.

Señora, dos veces creo
vuestro inhumano rigor,
en vos, porque todo es justo,
conmigo porque es razón.

No he menester desdeñarme
para no esperar favor,
que los deméritos míos
altas esperanzas son.

No hable más lo que yo callo,
que en las noticias que doy,
¿qué obrara vuestro castigo,
si aun yo me niego el perdón?

Romance

Los montes de Fuensalida,
de temprano ceño armados,
escalas de nieve al cielo,
y muros de asombro al campo.

En lo firme, y en lo triste
me ofrecen más erizados
flaca emulación sus nubes,
corto ejemplo sus peñascos.

Sus pequeños arroyuelos

soberbiamente intentaron
ser ríos en el octubre,
y ser mares con mi llanto.

Crujen los vientos, y gimen
las altas cumbres dejando
troncos y peñas, y nada
temí, sino mis cuidados.

¿Quién vio en un mal tantos males,
tantas penas en un daño,
tantos tiempos en un punto,
y en un día inviernos tantos?

A mayores tempestades
mi sufrimiento enseñado,
mi ausencia, que no estos montes,
es sólo el puerto que paso.

Hermosísima Jacinta,
cuyos ojos bellos claros,
cuando se ven, son estrellas,
cuando se miran, son rayos.

En tus divinas memorias
mis sentidos fabricaron
sol florido, cielo hermoso,
aire alegre, y dulce mayo.

Mi cobarde pensamiento
tus bellezas contemplando,
lucos respira en tus ojos,
auroras tiembla en tus labios.

Mas en pensar que te veo,
costosos alivios hallo,
que muere el alma dos veces
de tu ausencia, y de tu engaño.

Y descubriendo en la cumbre
que en horrores continuados,
el sol niega el nuevo cielo,
y el cielo el ser castellano.

Lastimado el caminante
a los ya vecinos prados,
así les dice muriendo,
por ser poco suspirando.

De la nueva Castilla
no miro alegres,
ni celajes azules,
ni campos verdes.

¡Oh males nuevos,
donde a vuestra verdad
se miente el cielo!

¡Ay dura suerte!
tiemblen las verdades,
si un cielo miente.

Si un cielo a todos fiel,

y apacible, le hallo ahora
tan crudo, ¿qué hará, señora,
tu cielo siempre cruel?

Si hallase mudanza en él,
tendré, si queda, esperanza,
pero temo la mudanza
de un desdén a más desdenes.

De la nueva Castilla, etc.

De estos montes el rigor,
aun no le estraño en su cumbre,
que le creyera costumbre,
si en ti no fuera mayor.

No quiere amor que en amor
ninguna dicha se ffe,
que entre lágrimas se ríe
de que un amor otro espere.

De la nueva Castilla, etc.

Si de la nueva Castilla
(cruda, y nueva maravilla)
el cielo siempre apacible
fiero le hallo, y terrible.

De Jacinta el cielo hermoso,
que fue siempre riguroso,
que siempre sañudo fue,
¿cómo le hallaré?,
ay, ay, ¿cómo le hallaré?

Segunda forma del anterior romance

La frente serena en cruda
ha mudado el cielo amigo,
y el tuyo siempre enemigo,
ni se temple, ni se muda.

Todo es mudanza, y es duda,
sino es mi fe, y tu rigor,
ella es milagro de amor,
y él de crueldad maravilla,
si de la nueva Castilla, etc.

Este mismo romance, mudado

Los montes, etc.

Compitiéndole dos veces
vencieron, que no igualaron
mi ardiente fuego sus hielos,
mi firmeza sus peñascos.

Sus pequeñas fuentecillas, etc.

Crujen los vientos, etc.

A mayores tempestades, etc.

Hermosísima Jacinta
entre peligros tan claros,
entre horrores tan oscuros
¿y en un día inviernos tantos?

En tus divinas memorias, etc.

En bellas amenidades
mis pensamientos llegaron
por más luces a tus ojos,
por más flores a tus labios.

En mis tenebrosas noches
tu hermosura imaginando,
yo te hallaba con suspiros,
tú me alumbrabas con rayos.

Mas en pensar que te veo, etc.

De Guadarrama en la orilla
estaba triste envidiando
hoy las riberas de Henares,
si ayer la margen del Tajo.

Los que mi amor resistieron
un imposible intentaron,
porque amor, que está en un firme,
el estorballe es en vano.

Dos milagros hay, Señora,
que no es posible igualallos
mi amor, y fe, y tu belleza
es sólo mayor milagro.

Yo perdono a la fortuna
injurias, penas y daños,
que si es por tu causa, llevo
muy barato los agravios.

Hoy verá en los dos el mundo
dos milagros soberanos,
sin mudanza una hermosura,
y una dicha sin ingrato.

Romance

¡Qué me queréis desdichas!
que los pesares tienen
condición de cobardes
en venir tantos siempre.

Si presumen los males
de altivos, y valientes,
gástense en los dichosos,
compitan con los fuertes.

Mas no con un rendido,
que sin nuevo accidente
morirá de su vida
mejor que de otra muerte.

Acabando la mía
de acabarme, y perderme,
quedó parte en mi pecho
de qué morir más veces.

Que me alegre me dicen,
y para que lo intente,
yo veo que no quiero,
y el alma que no puede.

La causa de lo triste
mereciera correrse,
si a sólo aconsejado
fiara yo lo alegre.

La necedad dichosa
de un contento, ¿quién quiere
sufrilla, y quién la dicha
pesada de un alegre?

No poder alegrarse
se alcanza fácilmente,
mas saber estar triste
¡qué pocos lo merecen!

Bellísima Celinda,
en quien mi voz ardiente
en duro pecho labra
poblaciones de nieve.

En tu beldad gloriosa
cuanto más me aborreces,
más perfección adoro,
que es el aborrecerme.

Si de amada te cansas,
gran sinrazón parece,
teniendo tú mi vida,
querer que yo la enmiende.

Si por desdén la dejas,
si de piedad la vuelves,
¿para qué quiero el alma,
si no es para quererte?

Si amarte yo es injuria,
¿qué alivio tener puede
un amor, que rendido
con aciertos ofende?

¿Cómo puede mi alma
amando eternamente
merecer ya tan poco,
si lo mejor merece?

Si de eterno, y de solo
el Fénix nombre tiene,
llámese para serlo
antes mi amor, que Fénix.

Si de glorioso origen
mis tristezas proceden,
basta alegrar una alma
lo mismo que padece.

Romance

Oíd pastores del Tajo,
los males del querer bien,
porque ya como desdicha
es culpa la buena ley.

Agravióse de querida
una hermosura, que amé,
que de escarmentar finezas
vive muy falso el desdén.

¿Cómo, si nació divina,
la belleza es tan cruel?
Mas, ¿qué importa el ser deidad,
si la gobierna mujer?

Mal me va de querer bien,
¡ay de mí!
que de acertar me perdí.

Tan lejos de arrepentirme
vivo ya, que cada vez
que este amor naciera en mí,
muriera mil veces dél.

El que dejó de ser fino
nunca lo ha llegado a ser,
pues cuanto sirvió primero,
todo lo infamó después.

Del merecer con servir
poco siempre me fié,
mas por ninguna ventura
dejaré yo el merecer.

Mal me va de bien querer, etc.

Beldad, que se desmerece
con el alma, guárdese,
que hará castigo, o costumbre
que se merezca sin él.

De ser mi amor desdichado,
sólo llego yo a temer
el miedo, y el escarmiento
de quien más verdades ve.

Nada peligra conmigo,
pues llegando a conocer,
que es mi remedio, no pienso
enmendarme de la fe.

Mal me va, etc.

Otro

Campos de mi bien testigos
hoy lo seréis de mi llanto,
que si en vos la gloria tuve,
también el tormento paso.

Tan dichoso os pisé un tiempo,
cuanto ahora desdichado,
que han trocado las desdichas
las glorias en desengaños.

Mucho le debo a la suerte,
quejarme en hacer agravios
aunque a costa de mi vida
se acrediten mis cuidados.

Desconfiados, y tristes

siempre han vivido penando
de verse tan mal creídos,
no de verse malogrados.

Presumidas quejas tiene
quien se precia de engañado,
que yo nunca le he debido
ningún respeto al engaño.

Cuando se padecen penas,
que sirven de más descanso,
sólo se teme el remedio,
porque es de estimar el daño.

Tanto a una causa divina
debe un mal bien empleado,
que nunca en vano se muere,
aunque más se muera en vano.

Las iras de hermoso dueño
son de la ventura halagos,
que a un muerto ya de las luces
no tienen que herir los rayos.

Estando un caballero con una señora y una hija suya, avisaron que estaba allí un astrólogo, de que ella gustaba mucho, y fue necesario que se escondiese, y también la hija, y en la pieza a que se fue halló la moza, que se ofendió de que hubiese entrado donde ella estaba

Décimas

Huyendo de las estrellas
de un astrólogo perdido,
topé al sol más escondido
en tantas noticias bellas:
gloriosas divinas huellas
miraba, mas no seguía,
que no hay tan loca osadía,
que llame descaminado,
con la luz desalumbrado,
y perdido con el día.

Cuando el sobrado denuedo
no fuera tan deslucido,

yo nunca fuera atrevido,
donde es más bizarro el miedo:
y tan disculpado quedo,
que porque ofendida estás,
a no enojarte jamás,
antes que entrara, y te viera,
de mi misma vida huyera,
y de tus ojos, que es más.

La ventura sin buscalla
no es soberbia diligencia,
ni culpa con advertencia
una dicha, que se halla:
el creella, y esperalla
fuera ignorante porfía,
pero ¿qué culpa sería
(oh enojada la más bella)
que huyendo de tanta estrella,
encontrase con la mía?

Desnuda en humanidades
halló Anteón, escondida
la diosa, mas no vestida
de tantas divinidades:
si castigan las deidades
un loco entretenimiento,
yo con paso desatento
puse el pie mal advertido
donde nunca presumido
se atreviera el pensamiento.

Si fue el entrar demasía,
o no entré, o fue sin mí,
si fue desdicha yo fui,
si fue ventura, no es mía:
previene la astrología
el amenazado mal,
mas si es sobrenatural,
no basta discurso humano
a un enojo soberano,
a un peligro celestial.

Todas las culpas me niego,
si me avisas lo burlado,
pues ¿qué acertara un errado,
y qué pudo ver un ciego?
Milagros y asombros luego
toparon glorias y enojos,
y unos mudos labios rojos
tanto respeto pusieron,
que para ver lo que vieron,
faltó licencia a los ojos.

No quiero el respeto, no,
debelle a su luz severa,

pues sin que ella me le diera,
todo lo llevara yo:
y aunque tu deidad bastó
al respeto, que asegura,
a vista de luz tan pura,
y de horror tan lisonjero,
temí mi temor primero,
y después a tu hermosura.

Castigado de ofenderte
me vi en tan dichosa parte
arrepentido de hallarte;
pero quien podrá deberte
perdón, si libre de muerte
verá un rey aun siendo humano,
y es privilegio mediano
de que ofrecer es forzoso,
quien reina siempre en lo hermoso
quien es el más soberano.

Bellísima rigurosa,
que infinitamente bella
no sé cuál es más en ella,
lo respetada o lo hermosa;
¿quién teniéndola quejosa,
quién mirándola ofendida
vive con alma atrevida?
¿Qué vivir quien la ofendió?
¡Ay cielos, no deba yo
tan necia vida a mi vida!

A unas señoras, que le combidaban a cenar

Romance

Oh tú, cualquiera que seas,
la que el romance me envías,
consejera de mi estado,
cuando fiscal de mi vida.

Dime ¿a qué fiestas me llamas?
o a ¿qué gustos me combidas?
¿con qué deleites me cebas?

o ¿con qué glorias me brindas?

Sino a ser todas las noches,
mira Nero que te ahitas,
fantasma de toda cena,
de todo plato estantigua.

¿Para quién puede ser fiesta
ver a una selva de Ninfas
hacer rajas las quijadas,
hacer los dientes astillas?

La honestidad de mi boca
¿ha de andar con las perdidas,
que andan siempre cotorreras
cena abajo, o cena arriba?

¡Que unas bocas soberanas,
que de la aurora a la risa
dieron celos, den ahora
a tanto lebrel, envidia!

Un nabo en la boca hermosa
de una dama (¡qué mancilla!)
¡que batalla naval sea
quien es la Pascua florida!

¡Que a unos labios, que con miedo
el pensamiento los mira,
cualquier chorizo los besa,
los goza cualquier morcilla!

Siempre bordando meriendas
y respuntando comidas,
juro a Dios que han enseñado
linda labor a las niñas.

Las damas, que yo buscare,
un estómago de pita
han de tener sólo, y sólo
han de hartarse de sí mismas.

Altas cosas apetezcan,
merienden cosas pulidas,
cuidados en escabeche,
o suspiros en almíbar.

Una pena confitada,
en agraz una caricia,
un dolor relleno de almas,
una fe de amor podrida.

Son platos de gran sustancia,
son regalos de alta guisa,
que en los banquetes de amor
aun es dulce una desdicha.

No he de entrar en esta junta,
si Júpiter no se inclina
a transformarse en gigote,
en pastel, o albondiguillas.

Yo no puedo en estas damas

entrar, sin ser golosina,
y sea por el gazonate
si no puedo por la vista.

Que es ver a un palmo de flores,
y a un jeme de maravillas
caberle en tantico cuerpo
¡todo un gigante Golías!

Que mientras yo engullo penas,
y mientras masco mohínas,
está mi mesa comiendo
pernils de Algarrovillas.

Jesús, que ha de parecer
andar mi secretaría
saltando de cena en cena
¡ojalá de linda en linda!

¿Por ventura caminaron
por esta senda baldía
los mesurados Contreras,
los tenebrosos Lirizas?

Tenga vergüenza en mal hora,
que esas gloriosas boquillas
cansadas de ser celestes
ya se han vuelto Celestinas.

A la Condesa de Cantillana en nombre del Marqués de Liche

Romance

Señora la Cantillana,
más bizarra, airosa y bella,
que en la plaza vuestro novio,
almas rinde, y astas quiebra.

Yo el señor Marqués de Liche,
a quien vuestra copla ajena
es memorial, o es memoria,
que ningún alivio acuerda.

Respondiendo a vuestra prisa,
en quien me admira, y me alegra
ver la deidad tan curiosa
a la beldad tan atenta.

Digo que a vuestro despacho
camina con tanta flema,
que hasta en tardar en buscaros,
anda la dicha muy nueva.

Hablé al Conde mi señor,
y he topado en su Excelencia
poco padre a ruegos míos,
mucho suegro a causas vuestras.

Presumo que se ha cansado
de las muchas diligencias,
que a la fe nada le fía
quien todo lo libra en ella.

Esperanza, que no sufre
de dilación horas treinta,
no es muy fija de Palacio
tan presurosa doncella.

Tan colérica esperanza
no un negocio la merezca;
sino un amor, que en instantes
años muere, y siglos cuenta.

Mas para un deseo hidalgo
fino y valiente, la eterna
inmensidad de los tiempos
aun es distancia pequeña.

Apenas miráis enjutos
los ojos, que en tantas penas
fueron lástima a la envidia
fueron dolor a las piedras.

Cuando en vez de hablar en solo
mis dichosas norabuenas
de mi dolor merecidas,
pagadas de mi fineza.

Me buscáis con memoriales,
¡qué indigna dudosa muestra
de vuestra ley, y a la mía,
qué alentada y justa ofensa!

Dejad que el alma respire
en esta salud, en esta
restitución de mi vida
aun con la amenaza muerta.

Dejad que dé al cielo gracias
de concederle a la tierra
la vida., de quien pendían
más la mía, y tantas nuestras.

Dejad que a los pies del Conde,
mi padre, y señor ofrezca
segundo amor, que descubra
nuestro afecto, y alma nueva.

Dejad que acompañe ahora
la alegría, gusto y fiesta

de mi madre, no segunda,
sino en mi amor la primera.

Dejad que sirva, y festeje
a la parida más bella,
de quien desató su aurora
la flor más temprana, y tierna.

Dejad, que trate de solo
su hermosa convalecencia,
no enfermero de su parte,
sino galán de su puerta.

A buena sazón por cierto
pretensiones en completas,
que a la intercesión convocan
santa tía y santa abuela.

Yo soy severo ministro,
y toda la parentela,
ni en lo injusto me persuade,
ni en lo indecente me ruega.

Sólo ya conmigo puede
la cruda faz palanqueña,
que en nariz berengenosa
no hay palabra sin emblema.

Ruégame Núñez, que dice
siempre lo que se desea,
y Herrerilla, que en lo incierto
se lo parlan las estrellas.

Hasta el Pérez poca cosa,
me manda con más licencia
la prudente, la escondida
sazón del funesto Herrera.

Estos son ya para mí
los amigos, las parientas,
que puso Dios al acierto
en manos, que tanto yerran.

Pero no se asuste nadie
(mi señora la Condesa)
que el negocio, a que dais prisa,
camina en vos, y en mí vuela.

Siendo vos tan fina amiga,
¿qué os recata, qué os despierta?
pues tienen vuestros negocios
amigos, que no se duerman.

No vos tardará el despacho,
pues en él tendréis por prenda
del Marqués muchos cuidados,
y del Conde una promesa.

Pidió el Conde de Sirvela al Duque de Medina de las Torres que decidiese una cuestión del Conde de la Roca, en que se preguntaba cuál era mejor ¿estar cerca un galán de su dama y a las espaldas? ¿o lejos y enfrente?

Décima

De una ajena adulación
el de la Roca movido,
señor Duque, me ha pedido
de esta duda la elección,
yo depongo mi opinión
en tan escondida ciencia,
suplico a Vuestra Excelencia
me dé parte, en lo que alcanza,
y a trueque desta alabanza
perdone esta diligencia.

Décima del Duque

Conde, mi opinión es esta,
que al de la Roca por fe
más en todo lo daré
admiración, que respuesta:
vuestra ociosidad modesta
los golfos de rumbo incierto
me fía, y si poco experto
no atinaré en todo mar,
a lo que no debo errar,
le quiero guardar mi acierto.

Decisión de la cuestión

Décimas

Aunque en tan sutil, y aguda
cuestión, nos empeña un Conde,
si es duda, un Marqués responde,
que todo lo es, y no duda;
de fe, de atención desnuda
su alojamiento sagrado,
ni es vecino, ni apartado,
ni con distancia medido,
ni más albergue ha tenido
que el respeto, y el cuidado.

Si el otro Rey generoso
no halló severo, y legal
espaldas en lo real,
menos las tiene lo hermoso:
lo soberano, y glorioso,
la ley segura, y valiente,
cara a cara, frente a frente,
en toda parte lo espera,
que deidad, que se venera,
no tiene sitios de ausente.

Un amante a solo amar
atento, no ha de tener,
ni ya por ciego, que ver,
ni por fino, que mirar;
y en lo inmediato ha de estar
tan dudando a lo visible,
tan mintiendo lo posible,
que han de pensar los cuidados,
que pisan los retirados
desiertos de lo imposible.

Mas qué osado desvarió
buscar la comodidad,
presumir la vecindad
tasada de su albedrío:
menos imperio le fío
a mi elección, que no sé
dónde mejor estaré;
sólo no llevo a ignorar,
que en lo mejor vengo a estar,
pues estoy, donde mi fe.

Queja tan acomodada,
que procura ser oída,
primero que en lo creída,
se confía en lo escuchada:
grosera, indigna, infamada,
diligencia, que la queja
mérito ninguno deja,
que en el seno del sentido
dolor del dolor oído
no ha menester otra reja.

Bajamente de sus ojos
piensa el que los tiene atentos,
no a sus propios sentimientos,
sino a extranjero enojos:
los dulces nobles despojos,
que atienden sólo a ser más,
ven, lo que miran, no más,
y de lo que aman pendiendo,
solamente han de estar viendo
no ser mirado jamás.

Corto examen de su fe
ha hecho, el que necesita,
que la vista le permita,
lo que sin verlo se ve:
el alma, que origen fue
de mejor luz, y más clara
sin instrumento mirara,
y arrebatada a su esfera
aun sin objeto quisiera,
y aun sin noticias amara.

Licencia, oh musa, le des
de que pueda un dulce mal,
si es amor tan sin igual,
que sienta a lo portugués:
Señor Conde, si un Marqués
en los Condes tiene imperio,
¿dónde halló el varón Requerio,
cuyo gran seso no ignoro,
palabras tan sin decoro,
y voces tan sin misterio?

Sobrada vista promete,
si ceguedad no se llama,
el descubrir en su dama,
cogote, espalda, y rodete:
un rostro, que mata siete,
poca cosa, que unos llenos
de rayos ojos serenos,
(que yo sé) mataron más
con un rayo atado atrás,
y un palmo de hermoso menos.

Rodete, espalda y cogote
(esta es copla de repente)
y lo oblicuo es excelente
para glosado en un mote:
la eclíptica es gran virote,
aunque mayor lo propincuo,
lo demás todo es un brinco,
salud, y gracia sepades
leer estas necedades,
y saber cuántas son cinco.

Sin Misas de San Gregorio
lo inmediato es voz hurtada
a Don Pedro de Granada,
a su real abolorio:
esto de lo transitorio,
si no es devoto es galán,
y él verá a fe de Guzmán,
pues su ingenio consideras,
si dice, que habla de veras
miente el Ángel de Don Juan.

Volvamos a lo sesudo
del caso, y decídase,
esta materia de fe
más que en lo docto, en lo mudo:
lo Escoto, sutil, y agudo
del Conde, cuando no asombre
el competirle por hombre
será osadía no poca,
porque le sirva la Roca.
más a lo firme, que al nombre.

Con ingenio tan despierto
siempre estaré conformado,
y si no con lo acertado,
con que mereció el acierto:
la nave a su norte al puerto
mira siempre, que es desaire
por campañas de agua, y aire
estar siempre al norte atento,
que sólo le pido al viento
un morir de más buen aire.

Los soles, a quien no alcanza
sombra, que su luz emboce,
sus celos se los conoce,
solamente la esperanza:
advertida destemplanza
material inteligencia,
pensar que hace la presencia
la vista, y no lo sentido,
que para lo desvalido
hasta la vista es ausencia.

Mal nivelados tenemos
los afectos que buscar
temporales en amar
a destemples, y no a extremos:
¿cómo, pues, ajustaremos
desigualdad temporal,
donde llegue el sol igual?
ni ¿qué invierno, ni verano
en temple, que es soberano,
un rigor, que es celestial?

Sólo se le ha permitido
a la elección lo inclinado
a lo mejor para amado,
pero no para escogido:
oh nuevo error presumido
para sí el imaginar
más bien hallado lugar,
y que piense merecer
un licencioso querer,
lo que no un rendido amar.

¡Atreverse un desvarío
a valerse a sí, qué en vano!
si es bien ¿cómo está en mi mano?
si es acierto ¿cómo es mío?
ha de osar un albedrío
hallar un cielo en el suelo
vecindades ¿qué desvelo?
que igual, seguro, y constante
está vecino, y distante
de todas partes el cielo.

El ver, aunque ni el sentir,
ni el amar le han menester
(Conde mío) está en el ver
a mejor luz el morir:
yo al norte que he de seguir
quiero ver, que el alto empleo,
que aun, sin mirarle, le creo,
grande imposible adivino,
cuanto en la fe lo imagino,
más en los ojos le veo.

Al sacar los brazos al Príncipe

Diálogo

De Felipe a un brazo no más
mil triunfos viéndole estoy.
¿Cuál será de hoy más, si hoy
dos se le descubren más?
¿Cuáles son no me dirás
para alegrarme con él?
son los brazos de un dosel,
que mil siglos después dél
de sus glorias participe,
uno descanse a Felipe,
y otro acompañe a Isabel.

Coplas

Con sólo un brazo, y consigo
defiende al mundo, y a Dios.
Pues ya salen otros dos
a enfrenar otro enemigo.

El orbe ha sido testigo,
que él de todos se defiende,
sé, que de su brazo pende
cuanto mundo viendo estás.

De Felipe, etc.

Estos brazos tan tempranos,
tiernos son para defensa;
que hoy son amenazas piensa,
y mañana serán manos.

En los triunfos soberanos
de su padre él sólo ha sido,
y la Iglesia no ha tenido
mayor amparo jamás.

De Felipe, etc.

Estos brazos, aunque tiernos,
valor tienen de su padre;
pues en virtud de su madre
bien sabrán hacerse eternos.

Césares serán modernos
a la española esperanza.

No perderá en la crianza
cuantos anuncios le das.

A una dama, a quien envió un galán en sangría unas conservas, y
confites, y en una salva, un diez

Romance

Dios conserve a vuesarced
en su gran bellaquería,
en quien lo hermoso derrama
tanto veneno de almíbar.

Pues aun en conserva dulce,
miente el ángel, y es antigua
esa habilidad sabrosa
de ser dulces las mentiras.

¿Lisonja dulce una dama?
no me enviara tal sangría
doña Mayor de Toledo
de trozo de tantas guindas.

¿Qué madre de Cantillana
labró en su dulce oficina
ella, que por mal pagada,
dejó a su dueño podrida?

¿Qué Portugal mermelada,
qué Valencia en miel de gita
de tu condición amarga
azucaró tanto acíbar?

Confitan las falsedades,
y hacen dellas golosina;
por Dios que temí en campaña
la malvada peladilla.

¿En qué bautismo aldeano
se halló canelón de tripa,
y en flaco azúcar trigueño
mal envainada la cidra?

¿Qué más aplauso tuviese,
si en cada confite brilla
un trozo, un pedazo bello
de lo cándido, y lo niña?

Pues el diez no pudo enviarse
a un veinte y cuatro, y podía
ser lucimiento envidiado
de un Melgarejo en Sevilla.

¿A cuentas vienes conmigo?
Ven, que aun las arenas mismas
en número están cobardes
a tantas finezas mías.

¿Qué diré de la salveta
de plata, y de plata fina?
fina, y vuestra, dueño mío,
por Dios que aun miente la misma.

Esto de señor de salva
gran cosa para la villa,
dosel temo a otro presente,
para un Conde con vigilia.

Ya entenderéislo Vizconde
y no es cosa tan fallida,
que al Porras no baste menos
para cualquier señoría.

De tierna, y de enamorada
señas pido, y no de rica,
no en plata quiero memorias,
sino en flores de caricias.

De perlas vaya un concepto,
y si fuere bizarría
el dar plata, y negar perlas,
vuestra boca no lo diga.

¿Para qué nació en el mundo
la fácil menguada cinta,
verde población airosa
de tan anciana toquilla?

Dinos, ¿qué dirán las gorras,
cuando necedad pajiza
sobre murallas de gasa
tremola el favor envidias?

¿Dónde yacen los dos huesos,
cuando la carne traía
mil témporas de esperanza,
doncella honrada en Castilla?

Galianas en Toledo
¿qué se hicieron? (¡qué mancilla!)
¿qué en las moras se acabasen,
tan hacendosas amigas?

El mundo está ya acabado,
¿qué es de la cinta, y la cifra?
seco pasto, en que rumiaban
engaños tantos los días.

Ya no hay labrar ricas mangas,
las venturas sarracinas

murieron, y de doncellas
se quejan las almohadillas.

De blanco, morado y verde
no hay banda, con que salía
un rabanico de Olmedo,
el buen Duque de Medina.

Bellísima descuidada,
que en tu piedad escondida
sufres tributo de humana
al grave imperio de linda.

Negarse banda a un sangrado
es negarle a un bien su envidia,
a una monja su villete,
y a un requiebrito el mi vida.

Listón leonado me fecit,
como también se enropilla,
señal de congoja, y luto
por sus crueldades divinas.

Juego de cañas me espera,
cayase en ello la niña,
forzosa ocasión es esta
para Don Juan de Castilla.

Coplas a la letra que empieza «Del amor lo más ardiente»

Letra

Del amor lo más ardiente,
huyan todos de su fuego,
si es un sol, que abrasa, y luego
mejor un yelo, que miente.

Coplas

Hace grande batería
esta pólvora nevada,
que deja en nieve abrasada
traidoras señas de fría:
peligrosa artillería
de escondidos rayos llena,
que abrazar con llama agena,
que se está viendo, y se siente;
del amor lo más ardiente.

En belleza, que respira
desmayos, que no hacen fe,
lo que escondido se ve
aún más de lo que se mira:
en la sabrosa mentira
deste dejamiento esquivo,
en la ausencia de lo vivo
toda el alma está presente,
del amor lo más ardiente.

Un desaliento engañoso,
un ardor desanimado
hasta en lo más descuidado
descubre lo más hermoso:
enemigo peligroso
en sosiego más temido,
enfriado, más encendido,
en tibiezas, más valiente,
del amor lo más ardiente.

Coplas a la letra que empieza «Niña hermosa y celestial»

Letra

Niña hermosa, y celestial,
ni ofendiendo tratas mal.

Coplas

Niña colérica, y leve,
de amor lisonja cruel,
toda chispa de clavel,
toda pólvora de nieve:
en cuya hermosura bebe
milagros la fe sedienta,
dulzuras toda en pimienta,
toda almíbares en sal,
niña hermosa y celestial,
ni ofendiendo tratas mal.

Enojada, como bella,
¡oh cuál será la enojada
en cuya luciente espada
cada filo es una estrella!
de jazmín pura centella,
rayo invencible de amores,
veneno hermoso de flores,
escándalo de cristal,
ni ofendiendo tratas mal.

Guerra de una, y otra vida,
que en paz deja, cuando mata,
perdonadamente ingrata,
dulcemente agradecida;
del morir más bella herida,
del alma estrago más justo,
mejor batalla del gusto,
de amor más vivo puñal,
ni ofendiendo, etc.

Milagro basilisqueño,
áspid dos veces rosado,
crueldad vestida de agrado,
y gloria envainada en ceño,
del sentir mayor empeño,
del cielo más nueva parte
más alta línea del arte,
belleza más natural,
ni ofendiendo, etc.

Hermosura soberana,
que en perfección peregrina
el aplaudirte divina
no ha dejado queja humana,
aurora de luz temprana,
sobre lo imposible hermosa,
a los cielos ventajosa,
a las deidades igual,

ni ofendiendo, etc.

Labirinto de hermosura,
que entre tantas perfecciones
nuestras imaginaciones
no hallan salida segura,
que ciegas en luz tan pura
pierden entre el tino y tiento,
que en ti hasta el entendimiento
es bellísimo animal,
ni ofendiendo, etc.

Injuria más disculpada
desdicha más venturosa,
que en elección tan hermosa
no puede ser desdichada,
perdición aprovechada,
que hasta el daño hace dichoso,
hasta el penar glorioso,
hasta el morir inmortal,
ni ofendiendo, etc.

Epítome soberano
que llamamos de beldades,
golfo de divinidades,
dulce serafín hircano,
gloriosa duda a lo humano,
crédito a lo blanco, y rubio
de perfecciones diluvio,
y desdén universal,
niña hermosa y celestial,
ni ofendiendo tratas mal.

Romance

¿Celia triste, y todo alegre?
no sé qué lástima tenga,
¿si a lo hermoso enternecido,
si a lo necio, que se alegra?

En las mejillas las manos
hacen dulcísimas treguas
crudo enero y mayo hermoso,
blanca nieve, y flores bellas.

Los ojos, que hasta con rayos
entran en batalla tierna,

enojados con su cielo
lloran de venganza estrellas.

Blancos suspiros desata,
descoje gallardas penas,
¡oh cuán necio habla un dolor
en lo mudo de la lengua!

Pensativo se suspende,
y quien pesares le cuesta,
¡qué grosero y qué dichoso
quien merece lo que piensa!

Dentro de su pensamiento
consigo a solas se queda,
¿quién pondrá paz en un campo,
que todo ayuda a la guerra?

No se queja aunque ofendida,
porque una hidalga belleza
aventurara primero
muchas vidas, que una queja.

No es ofensa en la hermosura
la que puede en mano ajena,
lo que ella sufre, y permite
sólo puede ser ofensa.

La mala ley en amor
quien la tiene la padezca,
que andan falsas las traiciones,
que nadie las escarmienta.

La altivez cuando querida
en la hermosura es bajeza,
con quien se atreve a no amarla
es airosa la soberbia.

Vengue un extremo a otro extremo,
y también el mundo tenga
perfecciones que se agravien,
si hay glorias que se merezcan.

Entre alegres Celia triste,
y todas mirando a Celia
tomaran por su hermosura
su desdicha, y su tristeza.

Coplas a la letrilla que empieza «Al cabo de los años mil»

Letrilla

Al cabo de los años mil
vuelven mis penas por do solían ir.

Coplas

Al mar de Fílida bella
la siempre igual hermosura
no es parte de la ventura,
si no es razón de mi estrella;
pensé hallar sagrado en ella,
y en piedad buscada en valde
no hay pestaña sin alcalde,
no hay ceja sin alguacil;
al cabo, etc.

Una eterna inclinación
en soberana belleza,
cuando se admite, es fineza,
cuando cansa, obstinación;
este fino corazón,
descalzo, y duro en amar
o es barbudo en el Paular,
o es motilón en San Gil.
Al cabo, etc.

Esta dulce siempre mía
pena, que culpa se llama,
yo conozco bien, que ama,
y Fílida que porfía;
mas dirán que mi osadía
en causa tan celestial,
que el sujeto es criminal,
mas no que el gusto es civil;
al cabo, etc.

Mil contrarios imagino
en un rasgo soberano,
ver tan glorioso lo humano,
ser tan cruel lo divino;
natural lo peregrino,
extranjero lo dichoso,
tan fiero siempre lo hermoso,
y tamaño lo gentil;

al cabo, etc.

Un grano de cielo es
este demonio angelado,
un ángel endemoniado
el sol de nevados pies,
de este hermoso grano, pues,
lo mostaceño me alcanza,
sin que goce mi esperanza,
ni un poco de perejil;
al cabo, etc.

Romance

De las galas del abril
riéndose el mayo está,
que de agua, y viento vestido,
es airoso, y no es galán.

Haciendo amores al alba
la empiezan a murmurar
las fuentes, que también finge
quien es alma de cristal.

Los céfiros, que a las flores
caricia fueron, son ya,
si a la mañana, lisonja,
a la tarde, tempestad.

Las aves, que el verde ramo
albergue les fue, y solar,
si algún aire le estremece,
desampáranle, y se van.

Reciben del sol las plantas
la florida hermosa faz,
y luego les quita un rayo
todo el verdor que les da.

Hasta los desiertos miro
poblados de falsedad,
menos peligro en lo menos,
y en lo más seguro más.

Sólo hay verdad en mi amor,
sólo hay firmeza en mi mal,
sólo en Fílida hermosura,
que no se acaba jamás.

De las mieses cuida el año

con siempre sediento afán,
y aun la esperanza les miente,
que ni en frutos hay verdad.

Donde vive, donde hace
la sencillez natural,
alma de hombre tiene todo,
guerra, y envidia en su paz.

Décima

Con el alba a buenas noches
más solos nos ha dejado,
que un día sin sol el prado,
que llovió lanzas de coches;
que madrugues otras noches,
que llore el alba, o que ría,
siempre le haces compañía;
el día en el alba empieza,
y en ésta con más belleza
empieza y acaba el día.

En un convite que hizo a los secretarios del Conde-Duque de Olivares

Coplas en los manteles

Con dares y con tomares,
estas mesas de manjares
hoy se hallarán para vos
llenas por gracia de Dios,
y del Conde de Olivares.

En el plato del protonotario don Gerónimo de Villanueva

El Señor Protonotario,
gloria de lo secretario,
aunque el concepto me riña,
pues no apetece basquiña,
póngase este escapulario.

En el de don Baltasar de Álamos

Aunque ni un solo confite
el Álamos ha de dar,
propongámosle el envite,
pero en esto de convite
no querrá ser Baltasar.

En el de Antonio Carnero

Da el noble Antonio Carnero,
cual yo por el matrimonio,
más balidos que un cordero,
dando a lo tentado fiero
si no lo santo, lo Antonio.

En el de Francisco Gómez de Asperilla

Pues del blando y dulce Asprilla,
la pluma, como es notorio,
es el mártir sin mancilla,
sea como de Sevilla
asistente de escritorio.

En el de don Pedro Coloma

Ya le espera el merecido
premio con algo de Roma,
que le quieren dar buen nido,
aunque viene con paloma.

En el de Pedro de Olivares

No parece que en ayunas
con galas tan singulares
anda el Pedro de urde algunas,
aunque ya los Olivares
no gastan sus aceitunas.

En el de Pedro de Villanueva

Si al Villanueva imitare
Pedro en el ingenio, y clara
modestia, el Conde le ampare,
mas sea si no echare
Villanueva de la Jara.

En el de Juan del Castillo

Virtud casta, aquí me humillo
y ser quisiera galán
para callarlo, o decillo
en secretario tan Juan
y en lo demás, más Castillo.

En el de don Antonio de Mendoza

Cinco al matrimonio infieles
oíd, y entre estos manteles
seamos ya, y sin pesares
vos el Marqués de Comares,
yo alcalde de los Donceles.

Primer brindes

A los dos mejores amos,
hechos modestos racimos,
el primer brindes hagamos,
que pues por ellos vivimos,
también por ellos bebamos.

A levantar la mesa al Protonotario

Este es el primer farol
del gran plumaje español,
banquete en vano se nombra,

que del tuyo es una sombra,
y yo un rasgo de tu sol.

A la bendición de la mesa

A Dios, y al gran Rey le demos,
y al Conde gracias no pocas,
y con gloriosos extremos
en su alabanza gastemos
lo que queda de las bocas.

A una merienda, que dio a unas damas

El muchísimo Mendoza,
pícaro de gran primor,
que a toda gallarda moza
en su bodegón de amor
le huele, si no le goza.

Murmure el corto aparato,
y en calumnias se desquite,
pero no podrá el ingrato
dar este goloso plato,
aunque empane su confite.

Copla va, que las arrojo,
válgame Apolo el galán,
y tapado de medio ojo
también Martín de Guzmán,
que aun es planeta más rojo.

La Luisa hasta en lo severa
bellamente lisonjera,
cuerdo el saber, sabio el modo
nos muestra apacible en todo
envainado lo Cabrera.

La hermosura soberana,
que en Juana con beldad pura
a todas de mano gana,

primero quiere ser Juana,
para ser más hermosura.

La bellísima Arellano
primera flor del verano,
a su perfección quejoso
corto le viene lo hermoso,
y justo lo soberano.

La bizarra Peñalosa,
gentil, despejada, airosa,
linda, aliñada y galante,
hasta el mismo consonante
la está confesando hermosa.

La Pacheco en lo alentado
en la sazón, y frescura,
digna es de cualquier cuidado,
porque un despojo atinado
puede llamarse hermosura.

La Isabel, que pueden della
aprender gracia los Juanes,
pues no sólo en gracia bella
vive el caballero della,
si no parió a los Gracianes.

Si hubiera muchas parido
de Antonio la madre madre,
¡qué gran dicha hubiera sido!,
si bien se holgara su padre,
más se huelga su marido.

El de Híjar paciencia ten,
que aunque merezca desdén
esta merienda fatal,
cuando aquí anochezcas mal,
yo sé que amaneces bien.

Antonio, que en bizarría
no tienes comparación,
dale a esta merienda fría
un poco de tu sazón,
será sabrosa, aunque mía.

Las damas prevengan sustos,
que ha de haber ante comida,
como otro Gonzalo Bustos
en dulce copla escondida
pimienta de tantos gustos.

Yo Antonio, pero no el Franco,
sino más civil que un suegro,
quiero destas copias manco
quedarme una vez en blanco,
tiren vuacedes al negro.

Con tanto cada señora
salud, y gracia sepades,
descubra su plato ahora,

que hallará tantas frialdades,
que sobre la cantimplora.

Coplas a la letra que empieza «Hagamos de amor donaire»

Letra

Hagamos de amor donaire,
y de sus veras pastor,
que los cuidados de amor
aunque son fuego, son aire.

Coplas

Quien más vivamente muere,
y arde en más segura llama,
ya no quiere lo que ama,
sino ama lo que quiere;
cualquiera de amor espere
una experiencia quejosa,
porque la fe más airosa
se paga con un desaire;
hagamos, etc.

Mudando amor de elemento,
las plumas, que por costumbre
ardían en fina lumbre,
se apagan en falso viento:
los ojos, que en rendimiento,
mares formaban de penas,
surcan golfos de sirenas
ya no el agua, sino el aire;
hagamos, etc.

Amor labrador de engaños

entre campos de asperezas
anda estéril de finezas,
y fértil de desengaños:
cada día con los años
más niño, más loco, y ciego,
flechas que armaban el fuego,
todas las dispara al aire;
hagamos, etc.

No hay cosa que más se vea,
y a esto sólo amor me obliga,
que una traición, que lo diga,
y una verdad, que lo crea:
no hay parte, en que menos sea
amor que en las almas rey,
quien anda de mala ley,
no puede andar de buen aire.

Al Conde-Duque, porque la Condesa no quiso recibir unas beatillas

A tus acciones debemos
hoy un ejemplo excelente,
que has puesto gloriosamente
virtud hasta en los extremos,
que agradecer no podemos
con demostración alguna
tu grandeza, que ninguna
quieres de cuantas alcanza,
sólo cabe en la alabanza
y barato en la fortuna.

A mi señora envié
dos beatillas (¡qué dolor!),
porque ha menester, señor,
poco aparato la fe:
no las quiso, desdén fue;
pero el precepto, que das,
no se ha de entender jamás,
aunque cuadre nuevo, y santo,
con quien no ha querido tanto,
ni quiere pedirte más.

A la Reina de Hungría, cuando estaba en Madrid el Príncipe de Gales

Décimas

Señora en esta ocasión
ningún recato lo dude,
que a lo San Carlos ayude
del nombre la devoción:
vos haréis divina unión
del santo, y Carlos, en cuanto
seréis del hereje espanto,
pues quien (cuando amor negocia)
debe lo Carlos a Escocia,
a España deba lo Santo.

Pues a tan gloriosos fines
son los retiros ya ingratos
debéis también los zapatos
a quien debéis los chapines:
y de esposa en los confines
por buen agüero tomad
gracias a su Majestad,
que en su bien, aplauso tanto,
yo soy quien os doy el santo,
y Carlos su Majestad.

No en vano la Iglesia os fía
de redimir el oficio,
que tan glorioso ejercicio
empieza siempre en María;
y otro Carlos algún día,
pues a cargo otra vez toma
diluvios nueva Paloma,
como yo si amor no yerra,
se le doy a Ingalaterra,
vos se le daréis a Roma.

Al Duque de Medina de las Torres

Romance

Ilustre y grande Ramiro,
que feliz juntando estás
a las palmas de Olivares
los laureles de Toral.

Tú que en diluvio de siglos
por naufragio de la edad
pura, y alta conservaste
la gran sangre de Guzmán.

Y ahora a tu excelsa nave
con bella serenidad
trujiste la hermosa Oliva,
que tus hados puso en paz.

La esclarecida María
atención universal,
y a la mayor esperanza
mayor desempeño hay.

Espíritu hermoso, y puro,
que en dudosa humanidad,
si es modestia el ser humana,
no es duda lo celestial.

Hija de aquel Varón Grande,
que a su fortuna le da
corta rienda, paso estrecho
cuanto más ceñida, más.

Despierto, sabio piloto,
que entre tanta tempestad
por desayudados vientos
pisa el golfo, y huella el mar.

Tan atado al timón siempre,
que al desvelo, y al afán
hombro infatigable arrima,
cuidado emplea inmortal.

No turbado, aunque advertido
del espantoso huracán
del norte más erizado,
del más fino vendaval.

Y no menos hija hermosa
de aquella virtud capaz
de dar a sombras humanas
luces de divinidad.

Su heroica madre, que iguala
con humilde Majestad
al espíritu más santo,

el ánimo más real.

Esta, pues, gloriosa rama
de su tronco, que se va
trasplantando estrella, y antes
que luz, floreció deidad.

Se reservó a tus grandezas
negada a su misma edad,
hasta que en ti le ofreciesen
lo más lucido, y igual.

Tanta dicha merecida
no favor se ha de llamar,
sino desagravio tuyo
no perdonado jamás.

Que a no pagarte la suerte
esta deuda de llegar
a tal grandeza, quedara
quejoso lo natural.

Siendo tan cortés la dicha
en ti, que aun vistiendo está
la posesión del marido
esperanza de galán.

Goza glorioso Ramiro
la justa felicidad,
ya de aciertos presumida,
de ti acreditada mal.

Que entre la modestia noble
tus grandezas crecerán
a razones de ser tuyas,
y a méritos de ser más.

¡Qué ambiciosa es la templanza
del grande, que haber podrá
más que ser más del ser menos,
y deuda la eternidad!

Y hoy que a celebrar tus años,
quien desea celebrar
siglos tuyos, que los siglos
avisen la brevedad.

Toda esta casa se alegra
más tuya, que aquel solar
sierra ilustre, que aun la pierde
de vista la eternidad.

Aquel no sólo principio
a tanto godo alemán,
sino a tanto heroico Rey
de Castilla, y Portugal.

Ya que las ramas al tronco
se vuelven, como a sumar
grandes ríos, que le rindan
tanto imperio de cristal.

Goza, oh gloriosos mares

de amor y ley inmortal,
de dos almas, y una vida
tan pocas veces verdad.

Vivid Ramiro, y María
inmortales a la paz
de vuestros padres, que huellen
tanta ambición temporal.

Y en sucesión venturosa
Guzmanes a España dad,
Enriques, Pedros, Ramiros,
y antes de un año un Gaspar.

Y dando al cielo, y la tierra
capitanes, tenga en paz
Calahorra otro Domingo,
y Tarifa otro Abraham.

Y así no me deis silencio,
porque nunca he de callar
en vuestra digna alabanza
siempre en mi voz inmortal.

Al Duque de Lerma, desde Aranjuez

Romance

Señor Duque, Señor Duque,
el que preciado tenéis,
así dormidos los ojos,
y así roncando la fe.

¿Qué ceño, y tibieza es esta,
que ya os llegan a escoger,
lo dichoso para olvido,
lo bello para desdén?

¿Vos tan fiera ingratitud?
¿Vos desvío tan cruel?
Si son achaques de Duque,
yo me retiro a Marqués.

Cuando a saber no llegara
lo bien que os llevo a querer,
en que vos me tratéis mal,
supiera que os quiero bien.

Con las Celias, con las Filis
en coros me juntaré
a quejarme de un tres Duque,
y harto engaño para tres.

Ya sé que en Madrid por vos
cañas jugaban ayer
sarracinos, y Aliatares
ocho a ocho, y diez a diez.

No jueguen hoy los amigos,
quejas no llegue a tener
en vuestra amistad segura
desdichas la buena ley.

¿Tirso olvidado sin causa?,
¿yo con vos?, yo pediré
suspiros a una María,
venganzas a una Isabel.

Lo que cruda Ana Carrete
¡con qué rabia os lo diré!
por señas de que en el mundo
nunca se ha dicho otra vez.

Tócame en lo cortesano
que no me escribáis, ni habléis,
mas no responder, me ha dado
en todo lo montañés.

Si Don Francisco de Argüello
yace doliente, ya que
sin él no sabéis vivir,
bien podéis amar sin él.

Para la correspondencia
se hicieron cartas, mas fue
quien primero lo introdujo
majadero muy cortés.

¡Qué pesadamente amigo,
qué atento, necio, y fiel,
qué molesto que sería,
y necio sería también!

Yo os perdono el no escribirme,
si fue buen gusto, y si es
disfavor, campaña dice,
venga alcalde, y firme el Rey.

Pero yo tener olvido
de vuestra amistad, de quien
igualdad sufren los orbes,
y aun la eternidad después.

El buen Pilades, y Orestes
me perdonen, que aunque sé
la historia destes señores,
no quise hacelles merced.

No hagan soledad tanta,
como la que vos me hacéis,

ni a la monja su billete,
ni a la dama su papel.

No me alegra en estos campos
el sitio dos veces rey,
en lo hermoso, y lo florido,
o por el dueño, o por él.

No me divierten, y alientan
de su bizarro tropel
tanta fallida esperanza,
luciente engaño de un mes.

No tanto hermoso aparato
de abriles en el pagés,
verde pasión, que desmaya,
si octubre le mira el pie.

No tanto jardín, en donde
sufrieron Chipre, y Babel
tanta vulgar pesadumbre,
tanta pluma descortés.

No el ver entre flores tantas
del uno, y otro vergel
tan galán, y fino el Tajo
hasta morir portugués.

No el seguir la airosa huella
deste más hombre, de aquel
joven, que en paz belicosa
a triunfos mide los pies.

No temas que Adonis llame
a Narciso, que novel
todo lo marcial descubre
con un rasgo lo montés.

Menos cerdoso el cochino,
por quien anduvo por él
tan civil un dios, que airado
se vengó de una mujer.

La obligación, y el respeto
hace leve cuanto veis,
que bebe en vano apetito
el peligro de la sed.

De vuestro gusto no os pido
cuenta, ni parte, ni estéis
falso con hallar tan fino
ángel tanto de oropel.

No hablo en rojas deidades,
porque yo defenderé
que el sol con ella en lo hermoso
es un flamenco de pez.

Acordáos, que como a Eneas
aquella espada os dejé,
más que por arma tan mía,
por ser alhaja del Rey.

No la perdáis, mi buen Duque,
no la perdáis, pues sabéis
que el amor no tiene olvidos,
no tiene ausencia la fe.

Deste sitio, que se llama,
aunque civil lo llaméis,
por mérito paraíso
y por su nombre Aranjuez.

Romance

Las tormentas apacibles
navegué de un mar de amor,
de nubes ceñido el cielo,
de ceños armado el sol.

Contrarios vientos de ofensa,
crespas ondas de rigor
en todo hicieron peligro,
sólo en mis finezas no.

Tanto aparato de males,
de penas tanto escuadrón
en vano hubieran nacido
a no haber nacido yo.

Todos en mí se lograron,
todos mi fe los sufrió,
y a todo estuvo constante
mi seguro corazón.

Serenóse airado el cielo,
y templado desató
más rayos para la herida,
y menos para el dolor.

De paz miro aquel semblante,
que en debida presunción
en bello, y civil dejaba
hermosa duda en los dos.

Después de cierzos tan crudos
blando el céfiro quitó
más desalientos a un alma,
que desmayos a una flor.

Oh cuánto el alma recibe
a confesarme, que estoy
favorecido, que el alma

aun no la fía a la voz.

Ni mi silencio, señora,
callará mis glorias hoy,
que encubrir no puedo el premio
si os debo el morir de vos.

Razón es que estrañe, y dude
que vuestro valido soy,
que si aun no cabe en la dicha,
menos puede en la razón.

Por más imposible tengo,
por más nueva pretensión,
que alcanzarlo poca dicha,
conseguirlo mucho amor.

Negarse favorecido
es decente sin razón,
y es más bien que confiado
ser cortésmente traidor.

A un agrado soberano
una cuerda estimación
le pongo, donde se adore,
mas donde se crea, no.

Las partes de agradecido
regístrelas el temor,
que de flaquezas de barro
suele armarse un galardón.

En más tiernas confidencias,
y más bien logrado ardor
gala para una esperanza
ha de ser la posesión.

Cuando se merece un bien
aun no bien se mereció,
que a no creído se deja
el merecerse mejor.

Hermosísima Señora,
caricia tan superior
cuanto el respeto la niega,
tanto la venero yo.

Duda merece dos veces
el favor, que hallando voy,
el ser mío es la más justa,
el ser vuestro es la mayor.

Piedad vuestra, y dicha mía
con igual admiración,
primero sea imposible,
y después será favor.

Ya que al nombre de favores
osado crédito doy,
no serán méritos míos,
que milagros vuestros son.

Endechas a los años

A los años bellos,
que Amarilis goza,
en quien son los días
todos una aurora.

La discreta Nise
de la selva umbrosa
junta la hermosura,
y belleza toda.

Salen a la fiesta
cuatro labradoras
de las flores vida,
de los campos gloria.

Afuera que sale
Jacinta briosa,
de los hombres guerra,
de los aires pompa.

Aparta que llega
Belisarda airosa,
que a su gracia mucha
toda envidia es poca.

Desvía que viene
Fílida quejosa,
que presume el alba
competencias locas.

Hagan plaza, que entra
Antandra, que en sombra
deja todo el sol
su hermosura sola.

Van cuatro mancebos
en gallarda tropa
más que a competencias
a rendir victorias.

Imitan sus lazos
las aguas sonoras,
que en confuso enredo
los prados coronan.

Los céfiros dulces
nuevo tono informan
a las tiernas aves
y a las verdes hojas.

Estos rayos españoles
nuevas de amor alegrías
en la edad no padecen días
y en la hermosura son soles.

Entre el bello resplandor
de los campos de luces mayores
de Amariles nacen las flores,
y es Belisa de todas la flor.

A mudanzas nuevas
todos ocho tornan,
que mudanzas siempre
unas llaman otras.

Nunca en las deidades
años se cuentan,
mas los tuyos, Zagala,
son deidad nueva.

Bellos imposibles
tus años hacen,
y creer tu hermosura
son los más grandes.

A milagros los días
miden tu rostro,
que ser puede más bello
lo más hermoso.

Más belleza, que tienes,
no puede habella,
y en tus años miramos,
que hay más belleza.

Glosa al mote que empieza «Es el engaño traidor»

Mote

Es el engaño traidor,
y el desengaño leal,
el uno es dolor sin mal,
y el otro es mal sin dolor.

Glosa

Quien más engañado ha sido
es más culpado en su daño,
y de sí quede ofendido,
que el mayor, si no es creído,
nunca puede ser engaño:
si ninguno le consiente,
será ocioso adulator,
mas tanto el gusto se miente,
que siempre ayudadamente
es el engaño traidor.

Otra al mismo

Si tu engaño hay quien le crea
busque lo culpado en sí,
pues cuando más lisonjea,
si yo no quiero que sea
el no puede ser sin mí;
con quien en todo accidente
siempre espera lo peor,
y nunca a sí no se miente
dos veces inútilmente
es el engaño traidor.

Otra al mismo

Con lo humilde, y lo rendido
el engaño vive ocioso,
que es su error tan presumido,
que huye lo desvalido,
y busca lo poderoso:

anda en traje de amistad,
para ser traidor mejor,
y en dichosa falsedad
en semblante de lealtad
es el engaño traidor.

Aplausos de lisonjero
halla el engaño enemigo,
y el desengaño severo
tiene desdichas de amigo,
y culpas de verdadero:
como advierte el desengaño
su bien, y si adula el mal,
siempre el engaño a su daño
queda traidor el engaño,
y el desengaño leal.

Otra

La mentira lisonjera
no he temido del engaño,
ni a la verdad más severa,
pues cuando nunca le hubiera,
yo me hiciera el desengaño:
como él conoce su error,
y el engaño desigual,
con la mentira es mayor,
siempre el engaño es traidor,
y el desengaño leal.

Ha de curar con rigor
el desengaño, que tibio
es el engaño mayor,
uno enferma en el alivio,
y otro sana en el dolor;
cuantos el alma consiente
todos con dolor igual
son males, en quien lo siente,
y de todos solamente
el uno es dolor sin mal.

Es el desengaño atento
que dolor sin daño deja,
mas no el engaño violento,
muere uno con el contento,
y el otro vive en la queja.
Éste parece importuno,

y aquél fiado a su error
es más daño, que ninguno:
dolor sin mal es el uno,
y el otro es mal sin dolor.

V. S. tiene su glosa, alguna con versos duplicados; si V. S. quiere ayudar a su opinión, trabaje, y no le aventure su pereza al deslucimiento de mis coplas, que aunque siempre serán de V. S. y estarán a su servicio, no todas veces a su breve obediencia, que como soy ingenioso socorrido, llegan otras prisas mayores pero ninguna de más gusto y obligación; y así fuera la groseta como discreto el papelito, y atienda V. S. que no es de senda vulgar la obra, y cosas lleva, que las tomara yo para mías.

A una hermosa trigueña muy dada a las coplas, y en celebrar las que se le escriben

Décimas

Menos que tuyo el intento
no pudiera ser, Señora,
que tú sola has hecho ahora
dichoso el entendimiento:
bien mereces rendimiento
de imposibles ya es locura
negar ingenio, y ventura,
que haces hasta en esto hermosa
a la discreción dichosa,
y discreta la hermosura.

La vulgar desconfianza
es esta, más sin efeto
das al metro lo discreto,
lo pides en tu alabanza;
que nada de ingenio alcanza
quien no te admira, y se emplea
en tu beldad, viva idea
de gloriosa perfección,
que aun fuera tu discreción
desagravio de una fea.

Si celebran tu hermosura
los profesores de Ovidio,

más, señora, les envidio
que el ingenio la ventura:
mas si tan alta hermosura
no alaban, ni les prometo,
ni envidia, ni lo discreto,
yo confieso, que es en suma
el crédito de la pluma
lo excelente del sujeto.

Tu acreditada color,
que ya en ser tuya lo digo
es el más bello testigo
contra el rubio pecador:
cumplió su precepto amor
en no ser necia, ni fría,
y en airosa bizarría
la obligación de morena,
y en ser para siempre ajena
todas las leyes de mía.

A la mayor gloria igualo
la de los versos, que el arte
si te tiene de su parte,
nada puede tener malo:
ni por premiado señalo
cuantos en mármoles baña
el Tibre en roja campaña,
que ya de más glorias lleno,
no es verde sino moreno
el laurel, que les da España.

Si huyendo lo rubio solo
Daphnes fugitiva yace
avísele, que ya nace,
con rayos negros Apolo:
los tuyos en nuestro polo
el número ilustre crecen,
que a Italia desprecio ofrecen,
y tantos por ti se alaban
que de advertirse no acaban,
que te amen si lo merecen.

Sólo me da pesadumbre,
claro honor de las morenas,
que te ha de llamar Mecenas
la coplinecia costumbre;
glorioso favor, y lumbre
de las que llaman infusas,
del favor queden confusas
que en tus laureles, y palmas
no han merecido las almas
cuanto les das a las Musas.

Al Marqués de Heliche, enviándole un romance, que se hizo a un propósito que le dio

Romance

Obediencias, que no eligen,
sino el serlo, el riesgo tocan
de que yo a tu acierto falte,
a tanto tu imperio sobra.

Que tus bien delgadas líneas,
de que pinceles perdonan
a presunciones sutiles
aún los peligros de toscas.

Mandas, que en las tuyas bellas
torpe carácter imponga,
y a no dar tú las disculpas,
yo las vengaré sin otras.

Que ya que sufra la pluma
sus ignorancias forzosas
la desvelada fineza,
ni aun sin culpas se conozca.

¡Oh generoso Ramiro!
que el sol de mejor esposa
primero que a las estrellas
le debiste a tus auroras.

Que el resplandor, que recibes,
no te le dan, te le toman,
que para grandeza tanta
tus luces te hicieron sombra.

Como a los fecundos mares
las corrientes caudalosas,
los ríos se restituyen
más por deuda, que por gloria.

Así el Betis reconoce
en ti su cuna dichosa,
y en tu mar con río tanto
no hacen novedad las ondas.

Que en el real oceano
de tu sangre generosa
tributos de la fortuna
ni crecen, ni alteran olas.

Y en finezas dejar puedes
tu posesión venturosa,
gala para una esperanza,
y doctrina para todas.

Y en superior obediencia
el cejudo nombre borras
al parentesco, y dos veces
de gran hijo te coronas.

¡Oh mayor temprano Alcides,
que no de siete destrozas
en cabezas sucesivas
la fiera siempre espantosa!

Sino al monstruo de ocho ventas,
que dominado se postra,
batiendo humilde las nunca
otra vez rendidas bocas.

Templando el valor, y el arco
tan nivelado, que toma
la autoridad de la maña
lo que bastó a la victoria.

Tan grande para tu Rey,
que le son menos gloriosas
cuantas el franco le envidia,
cuantas el belga le llora.

Que al año de cinco lustros,
que feliz España nombra,
desde los altos principios
le desdeñan las memorias.

Finezas son de tu seso,
que en nada tendrá quejosa
la elección, que la prudencia,
nunca encaneció tan moza.

Ejemplo el modesto paso,
que en señas desambiciosas
le desmiente a la fortuna
tantos testigos de loca.

La dicha debe a tus años
lo cuerdo ignorado en otra,
que también tiene la dicha
sus desaciertos de hermosa.

Nada a mi alabanza debes,
ella te queda deudora,
que por ti no es lisonjera,
ya que por mí fue tan poca.

Voces, que aplauden los vicios,
son vilmente aduladoras,
y premios son las que aclaman
las virtudes siempre heroicas.

Justas hoy tus alabanzas
las hago yo en lo que obras,

si me engañares mañana,
tú me las harás lisonjas.

Advertencias son corteses
las alabanzas, que informan
el merecerse, y previenen
que su camino conozcan.

Que atento a nuestros peligros
los minutos perfeccionas,
que aprovechando los días,
no aguardan años las horas.

No sigo de los preceptos
la elocuencia licenciosa,
que en ostentación de sabia,
lo que ha de callar, ignora.

Para templar las acciones
ciencia es tu sangre famosa,
agudo es tu entendimiento,
y cada instante es victoria.

Cuando solo grande, y solo
en atención poderosa,
si imaginé a mis retiros,
puse ley, mas no con poca.

Cuando más bueno, que grande
te descubrí, a tus gloriosas
partes bien nobles afectos
siempre acierto, y deuda ahora.

Antes el conocimiento
que el favor planta imperiosa
puso a la fe, y para yugo
sin él bastara ella sola.

La obligación en vil sangre
semblantes sola aprisiona,
que a los pasos del suceso
fuerte yace o pende floja.

Y ata en coyunda tan firme
la noble, que en lazos toda,
como nunca degenera,
no es posible que se rompa.

Señor, no es el beneficio,
quien todo el ánimo roba,
sólo es fe la que se hace,
pero no la que se compra.

La confianza dispone
del albedrío, y aun logran
las traviesas, pues con ellas,
por ser mayor se conforma.

La faz, que serena un tiempo
sañudas señas arroja,
no hace a la fe menos fuerte,
mas hácela más costosa.

Si el ceño me la examina,
no en tanto empeño se engolfa
el Ponto, que es alto, es vano
la inmóvil constante roca.

Pues segura, entera, y firme,
triunfará despreciadora
de opuestos montes, que al cielo
el paso luciente estorban.

Fíame tuyo, y tu mano
árbitro común disponga
de mi suerte, que es toda aire,
con quedar una fe airosa.

Nadie a tus felicidades
paga más justo, y no cobran
ellas lo grande en lo grande,
sino en modestas la gozan.

De tu Amariles divina
en dulce florida copia
corone vuestro himeneo
temprana festiva pompa.

En fruto de tantas flores
rayos descuelle una rosa,
y de árbol tan soberano
estrellas sean las hojas.

Con las dos las nunca ausentes
dos vidas, que el cielo adorna,
menos unidad parezcan
ya que son menos hermosas.

Romance

Cobarde, pero no huye
mi amor, señora, de vos,
que tiene de vuestras iras
valientes miedos mi amor.

Tantos severos enojos
hacen sin nueva ocasión
fiero estruendo a los sentidos,
pero sentimiento no.

Que imposibles de sufrir
parecen llenos de horror
vuestros rigores, y al alma

¡qué fáciles de amor son!

No empeñéis tantos rigores
sobre el estrago menor,
que para desconfiarme
yo sé, que me basto yo.

Tan obediente, y rendido
a vuestras iras estoy,
que hallándoles vuestro gusto,
no les busco la razón.

Si los rayos son castigos,
ya quiere mi perdición
más que la vida, el peligro,
más que el remedio, el dolor.

Si mi firmeza examinan,
no basta en peso mayor
la crueldad para un gemido,
la injuria para una voz.

Por mí, señora, no puedo
tener mérito, mas hoy
por bien amado, y sufrido
me le da vuestro rigor.

Más gracias, que a mis finezas
a vuestros rigores doy,
que en darme a merecer tanto
les debo la sinrazón.

Hacer el favor dichoso
es costumbre, mas yo soy
quien sólo a los desfavores
les merece obligación.

Cuando como hermoso mata,
acredita el desfavor,
cuando, como airado ofende,
acusa la condición.

Mas templa, oh Lisi, la saña,
pues que parece mejor
beldad, que naturaleza
ley sea, y costumbre no.

A mal informada queja
baste por satisfacción
morir entonces sin culpa,
como ahora sin dolor.

Romance

Antón quiso bien a Menga,
y ella quiso al dicho más,
mal año en la obligación,
que bien sabe pagar mal.

Fuese Antón a otra cabaña
peor sufrido, que galán,
que no ha de tener amando
todas las cosquillas Bras.

Según fue su sentimiento,
mucha fue su voluntad,
que quien tiene más amor,
teme que le ofendan más.

Culpan su resolución,
si valiente honrosa ya,
que quien un agravio sufre,
otro debe de esperar.

Dicen que los celos son
algo, que, sin ser, está
mintiendo formas, que nacen
de un cobarde imaginar.

Mas si los engendra el pecho
en el temor y en amar,
celos son los que se toman,
pero no los que se dan.

No pasan de los oídos,
para decirse verdad,
porque si a los ojos llegan,
Menga, otra cosa serán.

Celos deste Antón si fue;
bien haya amén el zagal,
que en tu crédito ponía
más amor, que en tu beldad.

No se estima el cuerpo hermoso,
pastores, sin alma igual,
que es una lisonja breve
para la vista no más.

No vive el gusto en la queja,
tenga la razón que amar,
nadie de su ofensa haga
su propia civilidad.

Averiguó Antón sus celos,
sobrado necio será
quien, sin nada que temer,
tiene mucho que dejar.

Los que de celos, y amor
efectos queréis juzgar,
bien si ausente, quien se olvida,
peor si vuelve, quien se va.

Al Conde-Duque

Décima

Por salud muy justo es,
que a las piernas el humor
traiga, quien trae por valor
la vanidad en los pies:
si el poder, si el interés
pisas a tu gloria atento,
no haga ningún asiento
en la cabeza el dolor,
que no ha de tener vapor
quien no tiene ningún viento.

Otra al mismo

Las horas, mansa inquietud
deste reloj sin engaños
quisiera enviaros de años
de descanso, y de salud:
si le falta la virtud
de andar ajustado, ya
siendo vuestro, lo andará,
que en vos laurel, aunque oliva
no hay alhaja, que reciba,
sólo es vuestro lo que da.

A una dama, que envió a un caballero un corazón de cristal, y le dijo que no se le tratase mal

Décimas

No fiáis, señora, mal,
ni es aventurado el modo,
por otro, que es alma todo,
un corazón de cristal:
no es copia, es original
corazón tan duro, y frío,
pero más alma, y más brío
me dirá en el mal, que os nuestro,
tan muerto, y helado el vuestro,
que tan encendido el mío.

Que un bien os le trate mal,
no temáis con falsa muestra
quien, por ser de mano vuestra,
siempre trató bien el mal:
tan hielo, no tan cristal
vuestro corazón sospecho,
y el mío en amor deshecho
piensa, y no lo piensa en vano,
mirando un hielo en mi mano,
que le mira en vuestro pecho.

Vuestro corazón avaro
del bien, y del mal seguro,
yo le tomara tan duro,
por conocello tan claro:
de un mármol, no digo paro,
no se estraña la dureza,
pues sabe naturaleza
con qué se labra, y se ignora
con qué arte, o amor, señora,
se ablanda vuestra dureza.

Culpar, señora, no quiero
la prevención en temer,
que a un bien le había de hacer
acogida de extranjero;
y aunque nunca en lo grosero
peligre por venturoso,
con el vano, y peligroso
en dichas deciros puedo,
que primero hagáis el miedo,

y haced después el dichoso.

Vuestro corazón, en quien
la materia sola es clara,
por ser vuestro, le tomara
aún más bien, que por ser bien;
el vuestro, y mío se ven
en peligro diferente,
que el vuestro, que nada siente,
no se duele de mi mal,
y el mío es más que cristal,
pues padece eternamente.

Del bien, que nunca me fío,
por ser vuestro, tenéis miedo,
que él le desconozca, y puedo
desconocello por mío:
alma, vida y albedrío
dichosamente os rendí,
nada, señora, escondí
a la dicha de adoraros,
sólo el acierto de amaros
he tomado para mí.

A un reloj y una muerte, que al fin de una amistad quedó en poder de
una dama, o de un galán, que a medida de ambos van cortadas coplas

Reloj en mis desventuras
siempre con la muerte estás,
porque en la muerte no más
están las horas seguras.

Tus horas, ¡ay, penas mías!
son más breves, y traidoras,
pues en pensar en las horas
sólo se pasan los días.

En la muerte del vivir
son las horas desiguales,
pero en todo son iguales
en la vida del morir.

Reloj, tu mano me advierte,
que aunque es mi vida menor,
ninguna será mayor
en las horas de la muerte.

Ofensa mal prevenida
la muerte, y reloj ha sido,
en quien se ignora el olvido,

y en quien no se ve la vida.

Mas quiere mi amor constante
en esta gloria, que pierde
que cada hora me acuerde,
y me acuerdo cada instante.

Más piedad hubiera sido
en esta perdida gloria,
que remedios de memoria,
hallar lecciones de olvido.

En tan peligrosa vida,
en quien no hay bien, que se espere,
¡qué fácilmente se quiere,
y qué difícil se olvida!

Halla de cera un amante
las puertas en el amar,
y después para olvidar
puertas halla de diamante.

Si en mi desvalida suerte,
si en mi penar, y sentir
fuera descanso un morir,
¿cómo es tormento una muerte?

Pero la muerte, aunque ya
por conveniencias se tiene,
como a todas horas viene,
ésta en ninguna se va.

Tú que mi muerte no ignoras
bien cansada, y mal sentida,
si no me has dejado vida,
¿para qué me dejas horas?

Mas, ¡oh tristes desengaños!,
advertid, desdichas mías,
que el vivir no tiene días,
y el no vivir todo es años.

Vivir sin querer jamás
no son remedios ajenos,
y tener de vida menos
es tener de vida más.

Para una vida afligida,
y un amor constante y fuerte,
¡qué buen remedio es la muerte,
si le alcanzase en la vida!

Si a la muerte llaman dueño
de las horas del morir,
por descansado vivir
ninguna me debe el sueño.

En corazón desvelado
con tus forzosos despojos
la costumbre de los ojos
no la obedece el cuidado.

Si llamas trance más fuerte

las pocas horas de vida,
¿qué sentirá la ofendida
con tantas horas de muerte?

Terrible naturaleza,
extraña ley de vivir,
pero no acaba el morir
a la vida, que no empieza.

Tántalo me considero
de morir en mis enojos,
pues con la muerte en los ojos,
sin poder vivir, no muero.

Si es eterno el no vivir
y el vivir no llega a ser,
las horas son menester
en la región del morir.

Aunque vivirlas no espero
estas horas, que recibo,
téngolas, si no las vivo,
para ver cómo las muero.

Pensamiento, que juez
de mi tormento pareces,
si le acuerdas tantas veces,
¿quién le olvidará una vez?

Otras

¿El papel, que os envié,
rasgáis con rigor tan fiero?
Bueno; ¡a fe de caballero,
que poca será la fe!

Con esas manos crueles
de amor nevados arpones,
rasgad, niña, corazones,
sí, niña, que no papeles.

A una moza, que se ahogó

Esconde por varios modos,
oh río, esta moza bella,
que por toparse con ella
ya querrán ahogarse todos.

Décima

Tantas horas de un abano
de sí mal se harán pagar
a un Marqués por heredar,
y a un Conde, que hereda en vano;
a ese desvelo italiano
lo hermoso busca sediento,
reciba el leve instrumento
tu modestia y tu donaire,
que en ti sobra para el aire,
y en las otras para el viento.

A una señora que estorbaba a un galán, que estaba con una dama,
llamándole a cenar

Media cena era por filo,
las once daba el reloj,
cenar de prisa en Madrid
a los Ponce de León.

Cuando entraba por la sala
un tremendo embajador,
con semblante de ensalada,
sonando platos la voz.

Bizarretón a Francisca
perdona, que aun el mayor

serafín con mala nueva
aun no merece perdón.

Cuando yace un pobre amante
en gloriosa suspensión
arrebatao a más cielo,
y encendido a mejor sol.

Cuando un cuervecito tierno
en la gloriosa, y mejor
carne pura, aún más que el pico,
cebando está el corazón.

Llega la estupenda nueva
de la cena, y el rumor
a mis oídos tan recio
del filósofo Platón.

¡Oh vigiliass y cuaresmas,
qué cortesanas que sois,
si como no tenéis cenas,
no tuvierais colación!

¿Qué trompeta de Juicio
hará tan horrendo son,
como una cuñada hambrienta,
y un sobrino gruñidor?

Aquel español de Orán,
¿para qué vivos dejó
a los vencidos cenetes?,
mala Pascua les dé Dios.

El fuego que metió en Troya
aquel caballo traidor,
ya quiero que me le llamen
todos el griego Zenón.

¡Ah, Zenobia, mala hembra!,
¿quién celebra tu valor?,
¿quién tu nombre no aborrece,
pues empieza por Zenón?

Señorcitos de Madrid,
no me deis ningún tenor,
aunque vengan de Guinea
centinelas de Aragón.

Duques, Condes y Marqueses
fugite; más, ¡ay!, Antón,
del Marqués de Caracena
te libre nuestro Señor.

Si penas, y soles matan,
maten; mas ¿por qué razón
de la cena, que otra cena,
he de quedar muerto yo?

Que lo que otro ha de comer
me ahité a mí, no lo halló
el hierro más envainado
en la ciencia de un doctor.

Las que estorban los amantes,
en vez de penas, desde hoy
serán Doñas Catalinas
en desmaña y condición.

Derribar toda la cena
pienso, ya que Herodes soy
de tanto tierno inocente
de Venecia y de Estremós.

Hermosa casa de campo,
cáigate mi maldición,
florido alquitrán te abrace,
si tuvieres cenador.

¡Oh jardín de Juan Fernández!,
verde campaña de amor,
y encarnado desafío
de una a una, y otra a dos.

Derriba a tus cenadores,
destiéralos, que si no
de tu presunción romana
seré segundo Nerón.

Huerta bizarra del Duque
del aquel destrozo feroz,
en que el tiempo y la fortuna
se armaron de sinrazón.

De tanto estrago me pesa,
sólo folgándome estoy
de ver a tus cerradores
hechos cadáver de flor.

Y tú, celestial en todo
angélico merendón,
que aun la humanidad cenante
no te desmiente lo dios,

¿con qué alma al otro entregas
la bien lograda atención,
y a un alma dejas rumiando
soledad, pena y dolor?

Señora, que no señora
de tanto olvido y rigor,
como a la quejosa Urraca,
me desagравie un rincón.

Y vos, Rinconete mío,
que al Palacio en esplendor,
a la misma Majestad
la podéis llamar de vos.

Esperad más sazónada
Musa, que palabra os doy,
que el alma os sirva de pluma,
y la sazón de sazón.

A una dama, que miró a un hombre muerto, por no mirar a un vivo

Décimas

Una obstinada crueldad
sirve en la acción más piadosa
de dejar más sospechosa
que lucida la piedad:
no mientas a tu deidad,
Lisi, blasón tan incierto,
que en ver en cadáver yerto
por no verme te apercibo,
que dejaste al nunca vivo,
que miraste al menos muerto.

Osas turbar atrevida
los términos de la suerte
dando dentro de la muerte
pasos que ignoró la vida:
esa ya luz escondida
su llama cobrará en ti,
si caber pudiera en sí;
mas cuando piadosa eres,
perder un milagro quieres,
antes que hacelle por mí.

Y tú, ángel bello y cruel,
que de tu mirar esquivo,
pues ve lo muerto y lo vivo,
todo ha de morir con él:
lástima y pena infiel,
que tus divinos enojos
no me permitan despojos
de tu piedad lisonjera,
porque de mi vida muera
primero, que de tus ojos.

No verme por no matarme
dame costoso el vivir,
y pierdo todo el morir
si muero de no mirarme:
deja, oh Lisi, aprovecharme
del mal, pues el bien ignoro,
que ya padezco, y ya lloro

tu rigor, y mi tormento,
y súframe, lo que siento,
morir hoy de lo que adoro.

Si a tu gusto satisfaces
en ver los muertos no más,
¡oh qué falsa que dirás,
que así miras lo que haces!
oh qué duramente places
a tu rigor, que tirano
extraña, admira, y no en vano,
que caber pueda en la vida
no una muerte, ni una herida,
que no sea de tu mano.

En los fértiles y amenos
campos del morir, ¿quién nace
seguro?, ¿quién libre yace
de tus gloriosos venenos?,
en los dilatados senos
del morir, ¿qué alma escondida
de ti vive?, y más rendida
la mía en amarte y verte,
si huyes tu vista a mi muerte,
niegas tu imperio a mi vida.

Llegar a peor estado
que morir aborrecido
sólo yo lo he merecido,
que soy muerto, y no mirado;
el privilegio delgado,
que el morir descanso llama,
en mí se altera, o se infama,
que en mal, que no hay bien que espere,
nada basta lo que muere,
sobra todo lo que ama.

¿Cuándo tu imperio tirano
querrá, que en tantos enojos
cobre el morir de tus ojos,
deba la muerte a tu mano?;
siendo en mí tan soberano
tu poder, todo me ignora,
o de ambas vidas, señora,
ya ninguna me consiente
muerta por lo que no siente,
y viva por lo que adora.

Mirar al muerto, y no a mí,
ni fue piedad, ni atención,
sino justa admiración,
como pudo ser sin ti:
y sin permíttele allí
más vida, así blasonó
tu presunción; no esté, no,

ese ya destrozo humano
vano de ser cuerpo vano,
sino de miralle yo.

No queriendo concedelle
vida, que le puedes dar,
no has querido perdonar
el milagro de no hacelle;
miralle sobrando el velle,
para morir y no hacello
el mío mejor en ello,
que en su error, y su fealdad,
se confiesa más deidad
que el recibillo, en el vello.

Si admiración te costó,
que el muerto murió sin ti,
la misma me guarda a mí,
pues sin ti he vivido yo:
vida que amante nació
sin ti, no vive, y recibe
engaño el alma, si escribe
que hay más morir, que adorarte,
que si puedo siempre amarte,
ésa es la vida, que vive.

No queda amor ya ofendido,
que le paguen con desdén,
si puedes tú hacer un bien,
que no sea agradecido:
no creo ningún sentido,
el morir nunca despierto,
ni el cuerpo de alma desierto,
porque sólo en ser mirado,
de ti, y no haber respirado,
le acreditará de muerto.

Si a sólo cenizas frías
tu llama hermosa, no a sí,
tú huyas, que en mí de mí
aun no hallarás señas mías:
huellas te ofrezco más frías
de otro morir más esquivo,
el semblante fugitivo
vuelve, que resuelto estoy,
y ya tan en nada soy
polvo de amor, siendo vivo.

A Antonio de Aloza, estando enfermo el que le escribe

Romance

¡Antoñico, mi Antoñico,
qué bien cuidas de mi mal!;
¿tú eres ejemplo de finos?,
¿tú milagro de amistad?

¿Enfermo me dejas, cuando
aquélla al campo se va
grande, bizarra, valiente
madrugada majestad?

Aquel de selva española
real Adonis, que ya
lo venatorio apercibe
estruendos a lo marcial.

¿Qué es de tu virtud, con quién,
sin ser altivo jamás,
tienes obligado al mundo,
tienes a la envidia en paz?

¿No te lastiman mis años,
que con fácil brevedad
los paso, mas no los vivo,
no llegan y ya se van?

¡Oh sano estómago perro
de Luzbel el capitán
cíclope, y bizco de boca
con sólo un diente no más!

¿En qué obligaste a los cielos,
qué te dio salud igual,
que tus alientos desmienten
a los siglos de tu edad?

Si piensas que tengo envidia
a tu verde tafetán,
tu salud me tenga yo,
y tus galas Satanás.

¡Oh Prior de San Lorenzo,
patriarca del Escorial,
postrera ambición, que admite
la frailesca dignidad!

San Martín, Yepes y Esquivias
den a tus jarros solaz,
y a tu plato sacrifique
desde el carnero al faisán.

Goces cuanto de un Rey pudo
la osada insigne piedad,

última línea y asombro
del ánimo más real.

Nada te envidio de tanta
copiosa paternidad,
sino el monte de salud
de tu diluvio carnal.

Tus solemnes hipocondrios
¡qué poquito cuidarán
de la achicoria y borraja,
del murico y del taray!

De Almagro, ¿a ti que te importa
el agua en su mineral,
por quien es famoso Gambo,
y solemnizado Aspá?

A no haber apologías,
los frailes te llamarán
nuestro infinito Prior,
nuestro Padre eternidad.

Francesa debe ser
mi Antonio, la enfermedad,
si en nuestro Conde amedranta
un corazón tan Guzmán.

¡Que desprecie generoso
cuanto rinde liberal
en pardas venas la tierra,
y en verdes senos el mar!

¡Que en sus acciones padezca
hombre sin duda inmortal,
y que tenga en la salud
librada la humanidad!

Yo no puedo parecelle
en lo bizarro, y galán,
ni en lo grande merecido
de aquel vencido puñal.

No en las severas costumbres,
pues con santa voluntad
deseo, lo que me niegan,
y tomo lo que me dan.

Mas parézcole en lo enfermo,
y en el susto otro que tal,
que en mi rincón, vive Dios,
que el Conde no grita más.

De esta cama, donde espero
huésped de la soledad,
que Serna me desanime,
y me consuele Mathan.

Al cura de Camarma, que envió un presente de conejos, y capones;
llámase don Francisco de Reinoso, Colegial Mayor en Santa Cruz de
Valladolid

Romance

La de vuestra recibí
Vejeus valedme vos,
y con ella gran merced,
y más grande a ser menor.

Tan grande, y por excelencia
fue, que esta casa cubrió
en presencia de tres reyes
de pródiga admiración.

¿Quién hizo cura a Alejandro,
que su magna condición
es la que ha menester cura,
y aun el cura curador?

¿Son por dicha las Camarmas
la tierra de promisión,
que es un racimo de pluma
fértil carga de hombros dos?

No en bonete, que es capilla
tu prebenda, que pobló
de más escuadrones de aves
las campañas de la voz.

No puede lo florián
desdeñar ya lo capón,
que en sustancia paga el hombre
si frutos mintió la flor.

Ya de tan valiente mano
ni el conejo es ya lebrón,
aunque tantos en cuadrilla
no mintieron el temor.

Seis para un juego de cañas
era bastante escuadrón,
que la plaza más abierta
de un gazapo Regidor.

Con dádivas tan perdidas
quebrantar pretendéis hoy
más que las leyes, y peñas
de tu alma el corazón.

¿Qué dirá Marigarúa

de tan brava perdición,
que tu abundancia, y su queja
todo dice aquí de Dios?

Divida el noble apellido
en dos partes tu valor,
para el ánimo la una,
la otra para el blasón.

Con doctrina, que se pega,
y hace tanta devoción,
convertirá un mármol duro
el Padre predicador.

Si él predica de estas ferias,
todos en tan gran sermón
serán muy buenos oyentes,
mas ninguno buen Oidor.

Mal envainado en su bota,
vino el moscatel traidor,
pues nos da con tierno halago
tan dulcísimo antuvién.

Quintillas, imitando las de ciego, porque se pidieron en este estilo

Soberana encantadora,
que amarrado a tu respeto
dejas al que más te adora
con semblante hermoso, y recto
más retado, que Zamora.

Tu favor me presta en tanto
que llorando a lo que canto,
cuento con mansa paciencia
asombros de mi obediencia
y prodigios de tu encanto.

Era tan florida, y bella,
que daba (de envidia della
el mayo desmayaría)
a la perla perlesía,
y al cielo celos de vella.

Era tan linda esta boca,
que la octava maravilla
es cosa poca, y tan poca,
que en queriendo competilla,
toda boca punto en boca.

A esta, pues, boca divina,
que para oílla, y miralla
es celeste, y celestina,
y que hiciera con miralla
milagros Don Juan de Espina.

En una cara vivía
una boca muy hermosa
dotada en bellaquería,
que en lo menos que decía
se desataba un pedrosa.

Otra boca salió a vella,
pero tan poco salida,
noramala para ella,
que le dejó más doncella,
que el Conde de Fuensalida.

Habiendo plato tan bello
un convidado inocente,
que antaño no solía sello,
hizo pasto de un cabello,
dio bocados a una frente.

Estaba el hermoso muro
de beldad, el dulce erario
de flores tan bello, y puro,
que aun no estuviera seguro
el mismo Protonotario.

Y el convidado doncel
no descuidó cualquier cosa
del bello jardín novel,
ni una cereza de rosa,
ni una guinda de clavel.

¡Oh cortés paciencia infame,
que la obediencia no clame,
ni de una boca blasfeme,
que si pronuncia teméme,
está diciendo besáme!

Boca, que si con razón
un beso airado le dan,
presumiendo de galán
puede Don Juan de Alarcón
ser Duque de Boquingán.

Pensarán vuestas mercedes
que el hombre no tenía maña,
¡oh amor, amor cuánto puedes,
que en la más sola campaña
pones torno, y finges redes!

Lo de la rémora, y nave,
qué mucho, si enfrenar, pues,
un fiero apetito sabe
sólo un enojo suave,
sólo un precepto cortés.

Estaba el mozo mal quedado,
y ella más fría que el ampo
entre la licencia, y miedo
pudo sólo con un dedo
ponerle puertas al campo

Quedóse la boca bella
huérfana, que lo estrañada
ya se lo tenía ella,
teniendo a quedar besada
buena aurora, y mala estrella.

El doncellón temerario
no supo aprender allí
lenguaje tan necesario,
teniendo cerca de sí
tan lindo vocabulario.

Si esta lengua a saber llevo,
nadie con envidia, y mengua
osará llamarme lego,
porque es más docta una lengua,
que está en hermoso, que en griego.

Que es lengua dificultosa,
no hay nadie, que no lo crea,
y aprender no es fácil cosa,
una habilidad tan fea,
una lengua tan hermosa.

¡Qué más menguada herejía
que de una boca me viese
a muy breve puntería,
y que nunca le pidiese
merced a su señoría!

Préstame otra vez tu aliento,
o tu belleza, y donaire
glorioso encarecimiento,
que si no te gano el viento,
toda diligencia es aire.

¡Oh vos dulcemente sabios,
del alba señas más puras,
que sólo en llamaros labios
su consonante es de agravios
de las demás hermosuras!

A vos solamente invoca
un poeta luterano,
que con obediencia en vano
primero que a vuestra boca
el necio se fue a su mano.

En lo duro, y lo luciente
tentando cristal de roca,
aunque no en lo transparente,
padecía amargamente
dulce tormento de toca.

Teníame la taimada
libertad, y hambre enfrenada
como a rocín racional
a la vista celestial
de tan gloriosa cebada.

Pero cese ahora el cuento,
mientras las vivezas bellas
me dan segundo argumento,
que mal pudo errar en ellas,
el que tuvo tan buen tiento.

De la que el Fénix semeja
polla, el gallo menos rufo
la hermosa pechuga deja
por el pescuezo de un tufo,
por el alón de una oreja.

El perdón, que le pidió
de esta celestial bosqueja,
a otro romance se deja,
pero no dejaré yo
eternamente esta queja.

Dame Reina soberana
de la hermosura sin par,
pues te lo pido de gana,
aplauzo más que el vulgar
al Conde de Cantillana.

Relación muy verdadera
de un amante mesurado,
que por dentro, y por defuera
con boca más bachillera
no supo andar licenciado.

Décima

Señora, de vuestro trato
se queja toda la gente,
y Juan Vayle caramente
se queja de su barato:
haber hecho este lionato
con todas no lo permito,
ni el desahogo maldito
de las viudas, y por Dios,
que en hallándose sin vos,

ha de enviudar el garito.

A una mujer muy hermosa, que parió otra hermosura

Décima

O fue milagro, o ventura,
que una beldad prodigiosa
quedó hermosa, cuando hermosa
parió la misma hermosura:
yo en novedad tan segura
mi admiración no acomodo,
solamente admiro el modo
de arrojallo, y no perdello,
pues dando todo lo bello,
se supo quedar con todo.

Romance

Gracejar con los Infantes,
mantenedorcilla falsa,
las Damas lo pueden solo,
pero no quien ya no es Dama.
Yo como real persona,
defender quiero bizarra,
si a don Pedro le pluguiera
hasta Infantes de Granada.
Que me ha revelado el cielo
que reyes tiene en su casta,
aunque él no lo ha dicho a nadie,
que es hombre que hasta esto calla.
Que una palabrica sola

de lo regio de su Casa,
nunca se le oiga, no siendo
mudo su alteza, ¡a Dios gracias!

¡Gran modestia, gran silencio,
que lo Muza, que lo Audala
su lengua lo encubra, cuando
aun no lo niega su barba!

Dios premiará este secreto,
Dios volverá por su causa,
que si lo calla un don Pedro,
lo revelará una Infanta.

Que con Conde se contenta
nos dice ¡qué gran templanza!
brujuleando en su linaje
más reyes, que en diez barajas.

¡Qué un Vice Infante no alcance
lo Vizconde, grande maña!
por Dios les pido, señoras,
que no lo sepa la Alhambra.

Su lanza, y adarga tema
toda Condesa cristiana,
que no caben en cien pliegos
lo menor de sus hazañas.

Nadie con él se me burle,
que la realenga prosapia,
si Alá quiere, que se estime,
también Mahoma lo manda.

Margarita, Margarita
venera su barba larga,
y un Alfaque te convierta
pues nos predica un Zapata.

Cuartetas a lo mismo

Afuera, afuera burlantes
de la grandeza andaluza,
que entra el valeroso Muza
a volver por sus Infantes.

Quien ya no es Dama, no puede
tener galante despejo,
que de Infantes el gracejo
sólo a las Damas se quede.

Yo cual regia, y principal
hembra, vuelvo por su agravio,
que sin fuego, dijo un sabio,
hierve la sangre real.

Que está una Infanta obligada
a defender en su aldea
a todo Infante, aunque sea
del Muladar de Granada.

Su defensa ahora toma
mi denuedo contra vos,
aunque por gracia de Dios
no debo nada a Mahoma.

Lo Real con cascabeles
nos dicen ejemplos hartos,
que es gran moneda, aun en cuartos
de Zegríes, y Gomeles.

Ninguna humana belleza,
burle de su Infantería,
que ha estado su señoría
cien varas de ser su Alteza.

Por Infante le tened,
aunque diga, y aunque espere
que es nuestro deudo, si él quiere
hacernos tanta merced.

Aunque por línea suprema
tiene encima del amete
al Infante Don Hamete
y al Príncipe Don Zulema.

Mas, oh fortuna incostante
traviesa no sé por dónde,
ni, para quien va Vizconde,
nunca llega un Vice Infante.

El cuellete, y barbas largas,
que presta con lo lampiño
con valona y desaliño
es don Fadrique de Vargas.

Ninguno me le haga mal,
que yo sé de Barba Roja,
que jura, cuando se enoja,
por mi Corona real.

Si de tanto reyezuelo
nieto negándole están,
Rey se dice que fue Adán,
y éste yo sé que es su agüelo.

Grande constancia española,
que de este regio capricho
en Palacio nunca ha dicho
ni una palabra tan sola.

¡Gran callar!, modestia en fin
digna de inmensa alabanza,

sólo el Duque de Berganza
diz que lo ha escrito en latín.

Y de este real sujeto
no supiéramos los dos,
si a mí no me hubiera Dios
revelado este secreto.

Nadie le pierde el decoro,
que aunque hombre de buena ley,
si le negamos lo Rey,
se nos volverá a ser Moro.

A una dama, que se retiró por una sospecha

Romance

Bien fiado errante leño
a las iras procelosas
a su constancia le ofrecen
pequeño examen las ondas.

El Austro, Euro y el Noto
excesos nuevos convocan,
y su ambición del estrago
aun las señas no perdona.

El mar en treguas del cielo
sus altos confines roba,
desconociendo atrevido
que imperio extranjero toma.

Leyes, y márgenes pone
los astros, y a las zonas
a términos soberanos
lucientes límites borra.

Abismos, y orbes juntando
no hay quien su centro conozca,
que no perciben distancias
las estrellas, y las olas.

En violencias empeñado
desata las más furiosas,
que guardó para venganzas,
que es poco para victorias.

A tanta invasión constante

la nave imaginan roca,
y medido a su firmeza
no lo sufren por lisonja.

A tanto asalto invencible
ser puede en rabia más loca
la resistencia de un leño
crédito para una Troya.

Del más inmenso Oceano,
o para inundar su popa,
o para escalalla juzga
flaco el viento, el agua poca.

A más severos enojos
igual persevera, y cobra
de los más crudos semblantes
en más peligros más glorias.

Seños de olvido navega,
donde la saña le arroja,
mas para mirar su norte
ojos debe a sus memorias.

Cánsase el mar de cansarse,
de paz las velas corona,
y mejor que por costumbre,
por premio se desenoja.

Las alas de lino, y plumas
de cendal crespas, y airosas
a los vientos se descojen,
a los aires se tremolan.

Más lisonjeros en ellos
los céfiros, que en las hojas
verde presunción del prado,
lo que fue guerra, ya es pompa.

Leves ondean las aguas
como la florida copia
de la selva a la primera
respiración de la aurora.

Playas se muestran los golfos,
y los vientos, que su proa
desconocen, de buen aire
lisonjean su derrota.

No son montes de Neptuno,
sino campos ya de flora,
que adulaciones azules
bien compiten flores rojas.

A la fiel navecilla,
para no ser venturosa,
ni el Austro la desayuda,
ni aun la costumbre la estorba.

Todo la obliga, y conduce
a la ribera, en que goza
si venturas por constante,

no enemigos por dichosa.

En los brazos de la orilla
Filis yace, y en gloriosas
desdichas de la fortuna
es más defensa, que historia.

Filis, tal ejemplo, y tanto
mi fe, y tu rigor compongan,
a una alma solo no falte
piedad, que a un leño le sobra.

Mi constancia, que a la nave
sufre semejanzas cortas,
aun de los montes hiciera
imitación desdeñosa.

¿Qué tormentos ha ignorado
mi vida? ¿qué rigurosas
fieras envidias me huyen?
¿qué tempestades me ignoran?

No le queda a la esperanza
injuria, que desconozca,
ni crueldad, que se permita,
ni ser breve, ni ser sola.

Tanto aparato de males
si todo el bajel destrozan,
dejan la fe y la paciencia
toda entera, y firme toda.

Serénense, pues, oh Filis,
tus rayos, señas escojan
de paz, que en llamarlos soles
aun no les pagan las sombras.

¡Oh nunca se diga, oh nunca
que el mar en ley se anteponga
a la beldad, que lo fiera
no es precepto de lo hermosa!

Dichas en arena envidia
mi esperanza, cuando a solas
mis venturas le fiara,
que pudieran ser tan pocas.

Filis, obstinación no sea
lo injustamente quejosa,
que en el amor no hay enmienda
que sufrimientos te enojan.

Perdóname el ofenderme,
yo por ti me acuso ahora,
que siempre el brazo, que agravia
es quien más tarde perdona.

Pues aún a mentidas culpas,
hermosísima señora,
más satisfacciones debes,
que yo rigores a todas.

Almas restituye al alma,

cuanto le dieres le tomas,
no sean falsas las dichas,
bástales ser perezosas.

La hermosa luz no retires,
el dulce favor no escondas,
cueste imposibles, mas no
venganzas, lo que se adora.

De tu hermoso siempre ceño
severas leyes se rompan,
y tantos, como desdenes,
desate abriles tu boca.

Viva mi alma pendiente
de los rayos, que deshoja,
en que presuman los siglos,
de más breves, que las horas.

Coplas a la letrilla que empieza «De la niña de amores tirana»

Letrilla

De la niña de amores tirana
pensaréis, que anda sin amores,
no digáis mentira, pastores,
yo sé bien, quién adora a Juana.

Coplas

Niña de tanta lindeza,
que tiene ya por despojos
toda la gracia en los ojos,
todo el sol en su belleza,
decidme, que en su entereza
alguna vez no se humana,

y que su pompa lozana
nunca ha usado de rigores,
no digáis mentira, pastores, etc.

A los hombres, ni joyas,
ni galas pido,
porque todos se visten
de tomadillo.

A los hombres no importa pedillos,
pues sin dar, cualquier enamora,
pues aun los más galanes ahora
se visten de tomadillo.

Y si nada os pedimos,
galanes mozos,
no diréis por lo menos
gracias de todos.
Nada les pido,
porque aun todos se visten
de tomadillo.

Mozalvillas, si fuereis discretas,
apelad temprano a las galas,
que la edad viene con alas,
y el interés con muletas.

Ojeriza han tomado
todos con el dar,
que ninguno por padre
ya conoce a Adán;
no dices verdad,
porque ya en lo desnudo
cualquiera es Adán.

Hijas, aun los padres están
hoy negando los hombres: pues que
todos tienen a Noé,
y ninguno tiene a Adán:

Ojeriza, etc.

Con el dar han tomado ojeriza
todo galán socarrón,
pero yo con este carbón
les pienso poner ceniza;
pues de valde nos quieren bien,
que poquito aprovecharán,
todos tienen a Noé,
y ninguno conoce a Adán.

Érase una señorita
de hechura de cañamón,
que del diacatolicón
siempre casi necesita;
en su airecito de pita
más que alma tiene almarada,
hecha de amor jeringada,
en cuyo bebido rayo
mira al buen gusto al soslayo,
quiso fuese, y no hubo nada.

De su cuerpo siempre atento
al espíritu alentado
de todo por lo delgado
puede hacer entendimiento:
flaquísimo fundamento
fiarse a lo descrecida,
y darse por entendida,
con sonsaca, y con cautela
menguadamente consuela,
muy mal lo pasa la vida.

En sujeto hacía abultado
todo ya clavel mentido
bien puede ser encendido,
pero no podrá encarnado:
de sus manos lo ayudado
cándido socorro leve,
poco esfuerzo al arte debe,
que en taracea sutil
son moldura sin abril,
son carámbano sin nieve.

Desengaño perezoso,
y en su cara apresurado,
no llega a desengañado,
cuando ha pasado de hermoso;
¡oh siempre engaño dichoso,
que a tantos avisos recios
pagas con vanos desprecios!
que en error tan presumido
lo que mata a un entendido
es salud a tantos necios.

Escotísima, y preciosa
sutileza, que aunque está
entre las espinas, ya
todos le niegan la rosa:
quien dejó de ser hermosa,
no se sufra, que lo crea
para ser dos veces fea,

que ser hermosa y no sello,
a ella toca el creello,
y al tiempo, que no lo sea.

La garganta, que a su cholla
es pirámide luciente,
pues tanta carne no miente,
non est garganta la holla:
pase este chiste en la folla
de tanto dislate, en que
no estoy folgando, y no dé
testimonio de no vello
la garganta de su cuello,
que apelo a la de su pie.

Romance baile

Cuatro enfermas del amor,
y falsas del interés
tullidas de voluntad,
y mancas de buena ley.

Digo cuatro enfermedades
de todos, cuyo desdén
a la mano dejan viva,
no dejan sentido en pie.

Tentando, y cayendo empiezan
un baile del Aranjuez,
muletillas sin alivio,
hoy traje, y socorro ayer.

Más embarazan con ella,
que ayudan, pues viene a ser
travesura, y no descanso,
y un pie más contra los pies.

Jamás se ha visto en el mundo
tal correspondencia, y fe,
que la traen unos por otros
por el uso, y no por él.

Tantos las muletas cansan
que es ya menester hacer
muleta contra muletas,
que descanse a quien las ve.

Con muletín van algunos
más cansados, que sin él,

dando en los ojos a todos,
y en ello ninguna vez.

Tropezando unas en otras
hacen que van a caer,
engaño es suyo, y los hombres
no saben caer en él.

Cuando más dolientes nacen
del amor, que fingen bien,
suéltanse con aire, y sólo
no queda airosa le fe.

¡Oh qué bien convalecen!
¡oh qué mal también!
a quien matan primero
sanarán después.

Cuando tropezando se ven
las que informan las vidas ajenas
todas se tiene por buenas,
que han menester muletas,
tienen mal, pero hacen bien.

Quintillas

A nadie puede espantar,
que se queje un desdichado,
pónganle en mejor estado,
y permítanle mostrar
la fuerza de su cuidado.

La queja del corazón
sentido costoso medio
de respirar la pasión
súfrase como razón,
pues no pasa por remedio.

No me quejo de la mano,
pues me mata por mi gusto,
sólo parece inhumano
que hago en morir lo más justo,
y llego a morir en vano.

Dar quejas de aborrecido,
no es razón, aunque tan muerto
de vuestro desdén, y olvido,
que fuera error presumido,
quejarme de vuestro acierto.

De ser imperiosa herida,
flaco triunfo, y corta palma,
es rendir sola una vida,
pues ve morir toda el alma,
y aun vive de arrepentida.

Yo reformara el dolor,
si no supiera, que deja
más amor, pena mayor,
que en fin todo amor es queja,
y toda queja es amor.

Cuando nuestro el sentimiento,
a más firmeza me obligo,
que publicar mi tormento
no es, que digo, lo que siento,
sino, que hago lo que digo.

Como dueño soberano
hiere, quien en sentir deja
larga rienda, y libre mano;
que es matar como tirano,
poner imperio en la queja.

Nueva, y cruel tiranía
el querer muda una pena,
y soberbia demasía,
siendo toda el alma ajena,
que aun la queja no sea mía.

No es cuidado embarazoso
quejarse de la ventura,
y es lisonja al dueño hermoso
el publicalle un quejoso,
que es otra nueva hermosura.

Tan soberano rigor
no intentó deidad alguna
en un desdichado amor,
que es mejorar el dolor,
sin mejorar la fortuna.

Mal pensaré remediarme
con sus favores jamás,
que resuelta a no pagarme,
aun la voz quiera quitarme,
que es mía, y aire no más.

Fácil saber os sería
mi dolor, mas si es en vano,
sufra en su entera porfía
el bien, que está en otra mano,
la queja, que está en la mía.

Si en el mérito se hubiera
de fiar la confianza,
¿quién esperar presumiera,
que no sólo ociosa fuera,
sino inútil la esperanza?

Si esperáis ser merecida
de vos misma ser querida,
que amaros yo no podré,
y al alma no pediré
lo que no cabe en la vida.

Aunque a amaros me he atrevido,
nunca pensé en mereceros,
que no soy tan presumido,
mas lo más he merecido,
que es merecer el quereros.

Otras

Disculpa hubiera tenido
en pensar en mereceros,
con ser error presumido,
pues lo más he merecido
que es merecer el quereros.

No des a prueba la gloria
del morir mi sentimiento
que es lisonja del tormento
querelle para memoria,
siendo todo entendimiento.

Loa de la comedia, que se hizo en Palacio cuando sacaron los brazos
al Príncipe nuestro Señor

Albricias, Palacio ilustre,
dejad, que a todos os pida
un piélagos de alborozos,
un oceano de albricias.

Ya no están las esperanzas
ni envainadas, ni encogidas,
que un mar de gloria en los brazos,
hoy descubre nuevas Indias.

Ya la aya generosa

en su sangre esclarecida,
en sus ansias de hacer bien
hará valientes conquistas.

Que si camarera sola
ha sido, eterna obra pía
ya casado más que Lope
en tantas farsas divinas.

De dos brazos ayudada
hará, que los reyes midan
con su mano su grandeza
hasta en sus migajas rica.

Que los reyes no son grandes
por las grandes Monarquías,
que en virtudes, y mercedes
a ser gloriosos caminan.

No se me ausenten las Damas,
que no hayan miedo vusías,
que el Padre predicador
encargue sus cedulillas.

Que las Damas es tan alta
soberana jerarquía,
que es merced, que lo apetecen
con sus años cada día.

¡Qué favores no merecen
ya madres para sus hijas,
para sus nietas, abuelas,
y para sus deudos tías!

Que la sombra de los reyes
está ilustrando familias,
y formando corazones
está produciendo vidas.

Ni las de segundo trono
serafines camaristas
hidalgas esfera, en quien arme
todas sus honras Castilla.

Boda me fecit tremolen
juntas la tropa, y basquiña,
toda soberbia en Granada,
barba pomposa en Sevilla.

Garnacha ha de haber tremenda,
modestia embozada en chispas,
en Valladolid con ceño,
con capotillo en Galicia.

Licenciados, y no Condes,
que hace en las Chancelarías
un su merced más volumen,
que en Madrid cien señorías.

Ánimo todo criado,
que es fortuna muy lucida
servir al Rey, y tal Reina,

que almas es bien que los sirvan.

Dos brazos tiene Palacio,
que en generosa porfía,
uno aliente la esperanza,
y el otro aliente la dicha.

¡Oh para cuánto has nacido
garzón real, que se inclinan
a tu nombre las estrellas
aun no de ocupalle dignas!

Que si Príncipe naciste
de dos mundos, más altiva
es tu estrella, que tus padres,
ellos más luz, que ella misma.

Crece de Felipe al lado,
rayos de acero fulmina,
monstruos del norte degüella,
gigantes del sol derriba.

Que ya fiado de tu padre
verá el mundo, que le admira
en el Filipino estoque
la Carlos quinta cuchilla.

¿Qué muro la Iglesia tiene,
si no es tu padre, en quien libra
la religión su pureza,
santa, hermosa, clara, y limpia?

Que en saliendo, y sin que salga,
las demás rebeldes Islas
del norte con las del Oriente
se llamaron Filipinas.

Fíelo todo a su brazo,
y a Dios más, que si le obliga
águila noble a sus garras,
todas serán sabandijas.

Y más llevando en campaña
a Carlos, en quien se fía
tanto el valor, como al nombre,
alma en silencio escondida.

Y al generoso Fernando
sol de luz tan peregrina,
que en cada acción suya, y todas,
rayos de esperanza brilla.

A tu padre ya contigo
no hay quien el vuelo le impida,
que cada pluma en sus alas
hará que una hazaña escriba.

Dichoso el día, que al mundo
tu madre gloriosa, y linda
le dio inundando esas calles
mil diluvios de alegría.

Siendo universal la gloria,

con particular caricia
a cada puerta llamaba
el alborozo y la dicha.

¡Oh cuánto España le debe
a tu madre! ¡Oh cuánto estima
reina, que no hay corazón
que no sea su provincia!

¡Oh cuánto Isabel merece
la gala discreta, y fina
de Felipe, que en amalla
hasta de Rey se acredita!

Quien hoy os hace la fiesta,
es alma tan entendida,
que en servirnos como a reyes
sólo en su acierto se atina.

Que a ser los criados mejores,
y de ley más conocida,
ni la lisonja lo inventa,
ni lo negará la envidia.

Gozad del Príncipe hermoso,
y tanto Infante le siga,
que aliente, anime, esclarezca,
la española Infantería.

No haya silencio, auditorio,
sino mil voces, que digan
Felipe, Isabel, y todos
eternas edades vivan.

Vivan mil siglos, y ahora
la Loa perdón os pida
en solo una hora estudiada
y en solo un instante escrita.

Décimas a su mujer

Lindísima doña Clara,
al campo te desafío
a pelear brío a brío,
pues no puedo cara a cara:
tú de favores avara,
y liberal de desprecios,
con desdenes menos recios
miran tus ojos hermosos,

que los maridos dichosos
siempre han de parecer necios.

Si en amor no vale
un amor eterno,
sienta la hermosura
los errores menos.

Pues en lo más fino
el amor ve menos,
en lo más hermoso
que sea más ciego.

Décimas de Luis Vélez

Rey muy discreto señor,
Don Antonio de Mendoza,
cuyo ilustre ingenio goza
dignamente el real favor;
Lauro vuestro servidor
sin dinero ha amanecido
de una familia oprimido,
cuyo peso extraordinario
derrengara un dromedario,
que es para bestia un marido.

Esta falta socorred
con algo de lo que os dan,
seréis de este Tetuán
mi fraile de la Merced:
el criado conoced,
que ha sido vuestro criado,
y con él a este sitiado
cualquier socorro enviad,
y dad a la vecindad,
culpa, Celio, de este enfado.

Décima del autor en respuesta

Lauro, jamás importuno,
pues siempre obligáis pidiendo,
ciento van, y recibiendo
vos nos dais ciento por uno:
tan gran lisonja a ninguno,
sino al amigo ofreced,
y el servicio os prometed
solo, de sola hidalguía,
que a cualquiera señoría
hace susto la merced.

Romance

Del semblante de Felipe,
de Carlos la invicta espada
menor número en sus años
los días, que las hazañas.

Los muros de San Quintín
ciñe con tantas escuadras,
que son los campos franceses,
segundas calles de España.

Ordenan los escuadrones,
guarnecen las fuertes mangas
de arcabuceros las piezas,
que son diamantes con alas.

El ejército se ordena,
acreditan la vanguardia
a pesar de tantas glorias,
y tanta envidia de Italia.

Arma, soldados, arma,
la artillería planta,
bate, bate los muros,
que no hay bronces seguros,
si España los asalta.

Arriba, España, arriba,
rompe, mata, derriba,
destruye, quema, y canta
en glorias virtud tanta,
de Felipe la gloria,
que aun es más el valor,
que la victoria.

Los valientes españoles
asaltando las murallas
de posesión las coronan
primero, que de esperanza.

Los ojos del Rey pelean
por muchos, siendo en campaña
testigos de brazos fuertes,
y aliento de manos flacas.

Los Príncipes, que no siguen
victorias aun no heredadas,
con la obligación engendran
merecidas confianzas.

Guerra dicen los franceses,
guerra, guerra, y no desmayan,
aunque tantos escarmientos
han debido a sus campañas.

La brevedad del asalto
perdió el nombre de batalla,
que en competir su presteza
sólo batalla se llama.

Otro

A las murallas de Túnez
el gran Carlos Quinto llega,
con quien el primer romano
pudo ser Julio, y no César.

Y a la primera trompeta
escalas ponen, y sus muros tiemblan,
guerra, españoles, guerra,
los fieros trances mueran.

Al arma, al arma, al arma,
España, España, cierra,
cierra España, cierra, cierra,
pues el miedo es suyo,
y la victoria nuestra.

A sola la voz de Carlos
tanto importó su presencia,
que con miralle, producen
un español cada almena.

Las banderas españolas
al valor del Rey atentas

piensa, que agravia la suya,
quien no pone la primera.

Tierra, y sangre ciñe el foso,
y de bárbaras cabezas
son el número sangriento
las principales arenas.

Loa para la comedia de El marido hace mujer, que se hizo en Palacio
por febrero del año de 1643

SALINAS Arias ¿qué decís?

ARIAS Salinas
no ha de replicar, ni haber
para el Rey tan sólo un verso.

SALINAS; Oh, mal vasallo!

ARIAS No fue
más leal Arias Gonzalo.

SALINAS Pues ¿cómo traidor, sin él
puede haber Loa en el mundo?
Dios le guarde un siglo amén.

ARIAS Ya sabe el Rey, que es Rey grande,
y que a todos sabe hacer
tantas ventajas por hombre,
cuantas pudiera por Rey.
Que el mundo, que atento mira
sus acciones, a cualquier
merecimiento en su mano,
es nuevo triunfo a su pie.
Pero esta no es fiesta suya,
y aunque todo suyo es,
hoy del garzón somos todos
sombra suya, y luz también.
El aya (estaba en secreto)
Salinas, que ya sabéis,
que en faltar a tanto Imperio

aun la duda es descortés,
me dijo ayer, que la Loa
sólo al Príncipe ha de ser,
que aunque en sus heroicos padres
tantas grandezas se ven,
ya les han dicho mil luces,
que se encierra, y dicen bien,
toda la hermosura en ella,
y todo el valor en él.

SALINASVive Dios, que he de alaballo
yo eternamente, que sé
raras perfecciones tuyas,
y esa gloria de mujer,
madre santa, que en octubre
a la aurora, aurora, pues,
dio eterno día en un sol,
dio gran mayo en un clavel,
¿qué alabanzas no merece,
infinitas? ¿y más quien
reina primero en las almas,
y en los vasallos después?
Y al gran Carlos, y Fernando,
en cuyo valor se ve
de dos Quintos la esperanza,
y de los nueve un desdén
¿no habrá una copla de garbo?

ARIASEl precepto que tomé
se ha de guardar, que en sus glorias
la más grande viene a ser,
que el Rey los conozca humanos
más que en la sangre en la fe.

SALINAS Y al Conde.

ARIASPor Dios que fuera
lisonja indigna para él,
que cuando al Rey, y a la Reina,
y a los dos Infantes ves
excluidos de la Loa,
le alabáramos la ley,
el celo, el amor, y afán,
con que en sediento atender
de sudarse en más servicios
toma silla por merced.

SALINASY a la Condesa, que iguala
a su marido en tener
igual cuidado, y desvelo:
¡oh qué altamente llegué
a encarecer sus finezas!
¿y qué de su amor fiel
pende tanto, una coplilla
no llevará?

ARIASNo, pardiez,
pues ella puso el precepto,
como todo, caiga en él.

SALINAS¿Y la Salvatierra?

ARIAS Hermano
della referir pensé,
del amoroso cuidado,
con que el hermoso joyel
de España trae siempre al cuello,
y aun pensé decille ayer,
que en la luna viene el sol;
pero esta vez quédase
sin mil alabanzas tuyas,
que ya las ha de perder,
pues pidió, que la quitasen
de la Loa.

SALINAS¿Y Fray Miguel,
que anda aturdido y cansado,
y al derecho, y al revés
sufriendo los Lorencicos,
y la gigante altivez
de la Enana, que hace al menos
más descansado el papel
de valida, que se aprende
en la cátedra cortés
de su amo, y tanto grito
del miniminaje cruel,
no tendrá siquiera un verso?

ARIASSalinas, dejémosle
descansar al santo Fraile,

que bien lo habrá menester.

SALINAS¿Y a las Damas, y Señoras
de honor, en qué Loa, en qué
ocasión faltó alabanza?

ARIASEl apacible Aranjuez,
patria del abril, que ofrece
siglos de flores a un mes,
con ellas sus perfecciones
les cuente, y número dé
a virtudes, y excelencias
de los señores también.
Mas tanta deidad perdone,
que la ley no romperé,
para la mayor guardando
lengua, voz, alma y pincel.

SALINASLlega al Príncipe.

ARIASYa llego.

SALINAS¿Quién duda, que le diréis
aquello del mármol santo,
y la gran Jerusalén,
y que ha de seguir las huellas
de aquel ínclito francés,
cuyo ejemplo hoy no ha ceñido
ni al hereje, ni al infiel?

ARIASMás le diré, y más merece:
hermoso niño, atended,
pues no hay semblante en el mundo
que a vos atento no esté.

Vuestras esperanzas pasan
aún más allá del poder,
y de gloriosos anuncios
se coronan vuestros pies.

Si Príncipe de dos mundos
nacisteis, ved cuál nacéis,
que el cielo os hace más grande
para conveniencias dél.

Gran hijo del mayor padre
será (después de vencer

el mundo) el ser hijo suyo
vuestro el más grande laurel.

Desde vuestra celosía
(concepto perdóname)
dais más luz a lo escondido,
dais celos de hombre a lo Rey.

Que viendo vuestra hermosura
tanto amor por vos hacéis,
que en vuestro apacible agrado
vive ociosa vuestra ley.

Tanto arrebatáis a todos,
que el vasallage, que fue
deuda universal, le paga
el alma segunda vez.

A vuestro feliz retiro
de lo más niño al poder,
la embarazosa caricia
de vuestra hermosa niñez.

Vuestra ilustre, y generosa
aya, con la noble sed
de serviros, admitiendo
sólo tan alto interés.

Hoy segunda fiesta os hace,
y aunque de inferior plantel,
heredad suya, es forzoso
que acierte a serviros bien.

No pido silencio a nadie,
voces sí, y que aplausos den
al gran trueno de Felipe,
al gran rayo de Isabel.

Lo que se cantó después al Príncipe

Aunque todos celebren
niño, tu nombre,
menos que las glorias,
serán las voces.

Si las esperanzas
se llaman dudas,
todas las merecen
si no es las tuyas.

El valor de tu padre

tienes seguro,
pues faltar no te puede
ser hijo suyo.

De Isabel las verdades
todas las tienes,
de Felipe las glorias
las sigues siempre.

Si es nacer de tu padre
dicha divina,
la crianza en su modo
no es menos dicha.

Esta fiesta recibe,
que de tu aya
no hay sin fe movimiento
ni acción sin alma.

Décimas

Señora, favoreced
este de amor flaco indicio,
no en tomallo por servicio,
sino en dallo por merced:
vulgar yugo, humana red
no es para imperio tan bello,
más que sufrillo es temello,
quede en paz cuanto os adoro,
que en mí para lazo de oro
bastaba sólo un cabello.

Si la llaneza te enoja,
la civilidad dorada
perdona, siendo sagrada,
yo te perdono la roja:
pues cuando el Mayo deshoja
clavel puro, es desigual
a la verdad celestial,
que en ti no deja mentir
ni lisonjas de zafir,
ni en aplausos de cristal.

Con tu accidente violento
en flacas muestras mi amor,
si tú me das el dolor,
yo me tomo el corrimiento;

que al bellissimo sangriento
destrozo de cristal puro,
aunque ya minado el muro
celestial en ti se ve,
sólo estribando en tu pie
todo el cielo está seguro.

Romance

A recoger los sentidos
tocaron los pensamientos
de amor en tantas batallas
dulce guerra de sí mismos.

Flacamente se pelea,
no se temen los esfuerzos,
donde quedan los cuidados
peor vencidos, que muertos.

De temprano escarmentados
no blasonan los deseos,
que a costa de toda un alma
desbarató un escarmiento.

Tarde se retiran todos,
que para que el rendimiento
cobre desperdicios tantos,
han tomado poco tiempo.

Para un corazón altivo,
flaco parece el trofeo
de haber de morir rogando,
de haber de vencer huyendo.

¿Qué espíritu generoso
podrá militar contento
en guerra, que de bizarro
está presumiendo el tiempo?

Duras licencias de amor
dará a lo cobarde alientos,
y que en ellos porfiados
no quieren llamarse necios.

Queden en paz los sentidos,
que si blandos lisonjeros
me buscan nuevos cuidados,
de estos amigos los menos.

Glosa al mote que comienza «Procures o no ofenderme»

Mote

Procures o no ofenderme,
pretendas o no engañarme,
fuerza ha de ser confiarme
de quien es fuerza valerme.

Glosa

Mi fe nunca escarmentada
de cuán mal en ti se fía,
mil veces siempre engañada
por no dejar de ser mía,
osará ser desdichada,
y aunque venga a escarmentarme,
bien merezco yo deberme
el que no sepa quejarme;
intentos, o no engañarme,
procures, o no ofenderme.

No peligra en esperanza
la mía, ni yo me ofrezco
en todo lo que padezco,
esa que de ti se alcanza,
que es deuda mi confianza:
yo no quiero socorrerme
de que puedes tú ayudarme,
sino de mi fe valerme,
procures, o no ofenderme,
pretendas, o no engañarme.

Aunque en mi fe se verá
cuán vanamente porfía,

jamás quejosa estará;
porque, siempre quedará
premiada, quedando mía:
tan grande aliento es el mío,
que para sólo ayudarme,
por lograr el desvarío,
que de quien nada me fío,
fuerza ha de ser confiarme.

Que mi confianza sea
injusta, aun no querrá el daño,
que el peor suceso crea,
porque mi razón pelea
contra el mismo desengaño:
de ti es forzoso ayudarme
para el valor de atreverme
a querer de ti fiarme,
cuando es fuerza confiarme,
de quien es fuerza valerme.

Glosa al mote que comienza «Son de Isabel los dos soles»

Mote

Son de Isabel los dos soles
de un sol, que sola Isabel
puede hacer otro, que dél
haya soles españoles.

Glosa

De Isabel los ojos bellos
son la perfección más bella,
y tanta luz nace della,

que muchos soles en ellos
es la menor luz en ella:
el día feliz, que al suelo
rayos le dora españoles,
y de la envidia el desvelo,
y de luz al mayor cielo
son de Isabel los dos soles.

Si dos soles hacer puede
de un sol el cielo, jamás
quiso que el ejemplo quede,
y a Isabel se lo concede,
porque en ella luzcan más:
si al sol preguntan ¿si él
puede hacer en luz gentil
nacer muchos soles dél?
responderá, que hacer mil
de un sol, que es sola Isabel.

Para hacer naturaleza
dos soles, que en mil despojos
fuesen luz de su pureza,
dos soles hizo en sus ojos
de sólo el de su belleza:
de un sol bello de Isabel
su hermosura fabricó
nuevo sol, y igual con él,
que naturaleza no
puede hacer otro, que dél.

El mundo ya satisfecho
de sus bellos rayos rojos,
espera en amor deshecho
tanto soles de su pecho,
como nacen de sus ojos;
la luz, que en sus ojos ves,
formará no menos soles,
que aurora sus nuevos pies;
porque de un rayo francés
haya soles españoles.

Seguidillas

A la más seguidita,
niña de Madrid

sólo en seguidillas
la quiero escribir.

De los mal pagados
yo soy el grande,
sígame la rueda
de los galanes.

Linda es la venganza,
bueno el partido,
a una Luisa muerta
diez Juanes vivos.

Ay vengado Angelillo,
si en tanto aprieto
como vos el villano,
fuera yo el tieso.

Todos pienso matallos,
taimada hermosa,
que no como la lanza,
la espada es floja.

Yo me llamo Francisco,
no soy Antonio,
pues soy feo, y flaco,
sin frío, y flojo.

Si hay para seguiros
tanto Juan aquí,
para perseguiros
yo he de ser el Gil.

Para no alcanzarme
tanto seguidor,
plegue a Dios que sean
todos Gil de Gois.

Unas coplitas mías
lo dirán todo,
mientras vienen galanes,
va de negocios.

Décimas a la muerte de don Francisco

Cuando ya más floreciente
este prado, a cuyo aliento
daban florido alimento
aire blando, y sol luciente,
calma estiva, rayo ardiente

tiranizó sus verdores,
nube oscura sus albores,
noche breve tanto día,
tantas luces sombra fría,
viento airado tantas flores.

¡Oh siempre lucido en vano
campo de vivir, que en breve
pasos del invierno mueve
por la región del verano!
Lo más florido, y temprano
derriba soplo violento:
¡oh guerra del nacimiento!
¿cómo pelean, si humano
parentesco tan cercano
tiene la vida, y el viento?

Francisco animoso, y fuerte,
menos deudor a los hados
heredó de sus pasados
el valor, si no la suerte:
al nuevo mundo la muerte
fió el rendir sus leones
bravo espíritu a sus pies,
y debió fruto tan fiero
a la desdicha primero,
y al accidente después.

De un prado en la verde cuna
dio tanta flor la montaña,
que honró la selva de España,
y el campo de la fortuna:
no se vio campaña alguna
sin flor suya trasplantada
por valiente mano osada
con heroica maravilla
de los campos de Castilla
a la vega de Granada.

Fueron caudillos leoneses
contra ejércitos vencidos
de los un tiempo temidos
almanzores cordobeses:
nuevos Martes montañeses
logró su airada cuchilla,
Clavijo en su verde orilla,
primero sangriento estrago,
en que siguió Santiago
los pendones de Castilla.

¿Cuántas cristianas banderas
de su valor conducidas
poblaron esclarecidas
las andaluces riberas?
las esperanzas primeras,

que don Juan al reino daba,
deshizo la mano brava
del cruel Pedro, por quien
aun hoy gimiendo se ven
los muros de Calatrava.

Seguir los pasos no dudo
de aquel gran niño, de aquel
muro valiente, y fiel
del Ordoño y de Bermudo,
del reino invencible agudo
por él perdieron el miedo,
de Córdoba, y de Toledo
a tanto el orbe escuadrón
las campañas de León,
y las almenas de Oviedo.

Si a los ejemplos ancianos
faltó, porque en verso está,
que en ocios reposan ya
los aceros castellanos;
de cuanto avarientas manos
concede la paz, juez
ser pudo una, y otra vez
a la gran Valladolid,
a la plaza de Madrid,
o al campo de Aranjuez.

No dejó el ocio a la fama
más gloria, que la que encierra
la mentida, airosa guerra
de los brutos de Jarama
de juvenil viva llama
¿quién dio rayo más luciente?
que en este ejercito ardiente,
aunque festivo le llamen,
las burlas hacen examen
de las veras del valiente.

De tanto antiguo valor,
de tanto espíritu altivo
nada queda entero, y vivo,
sino el llanto, y el dolor:
¡oh peligros de una flor,
ninguna jamás segura,
la virtud en la ventura,
en la estimación el sabio,
el valor en el agravio,
y en el premio la hermosura!

Loa que representó don Pedro de Villegas en la comedia, que se hizo en Palacio por las nuevas de Breda

¿He de entrar, señor Granados?
¿de cuándo acá portería?
que el Conde no tiene puerta
cerrada como la Villa.

¿A un soldado, como yo
empellón, y bazuquiña?
sabrálo el Conde, que a nadie
negó la oreja, y la silla.

Téngase, entre, oh buen Simón,
que sin hacer simonía
de par en par te hallan siempre
puerta abajo, y puerta arriba.

Zampéme, Jesús ¿qué es esto?
que todo este cuarto brilla
de placer, y de contento
unos a otros se brindan.

Al cuarto del Rey corriendo
va el Conde, y sin muletilla,
sin duda son buenas nuevas,
pero no tomará albricias.

Pedro de Contreras baila,
salta Don Diego Mejía,
Insauste canta, y gorgean
Rojas, Carnero y Asprilla.

El ingenioso Rioja
lo pondera y solemniza,
y Peñarrieta lo alaba,
y rézalo Zapatilla.

Gracias a Dios está dando
la Condesa, y la Alcañizas
viene alegre, y la del Carpio
ha entrado con lechuguilla.

La Monterrey no ha llegado,
no es persona tan de prisa,
que el Presidente le ordena,
que repose la comida.

La hermosa heredera ofrece
dos mil misas, que a porfía
hija, y madre por sus años
se están destruyendo a misas.

De Rey todo el aposento
se alborota, y vemos risa
aún hasta en Marvan, que no

lo merece cualquier día.

Pedro del Yermo no cierra,
no quiere dormir Matías,
y ha dado albricias Calero,
que es la postrer maravilla.

A besar al Rey la mano
entran sus hermanos, vivan
para besárselas siempre
tan bellas dos dulces vidas.

No hay tan bellos tres hermanos
en toda la hermanería,
Felipe, Carlos, Fernando,
bello tronco, hermosa trinca.

En el vientre de Isabel
reina la hermosura misma
no el Infans, Príncipe sí
exultavit de alegría.

Dale a el Rey mil norabuenas,
y ella le vuelve infinitas,
y tantas lleva en su cara
la hermosísima María.

Las Damas, que ser no pueden
más bellas, ni más lucidas,
sufren tributo de alegres
a grande imperio de lindas.

Y aunque todas son iguales,
veo que una se alboriza
singularmente, y gallarda
aun mil parabienes pilla.

Por vida del mismo Aquiles,
que es la Policena hija
fillola del mismo Marte,
que ya español se eterniza.

Con bravo Te Deum laudamus
recibe al Rey la capilla,
cantándole el Nuncio, y le oye
más de alguno, que le grita.

¿Qué será todo este aplauso?
Por allí escucho, rendida
queda Breda; zapatetas,
sépalos Italia, y la Liga.

Mas, pesiatal ¡tanta cosa!
¿Rendirse a España una Villa,
enseñada a vencer siempre
tantos reinos, y provincias?

España, que ha visto a todos,
cállelo; en cuya armería
la bota sajonia puede
ser de otro Duque ceniza.

España ¿de que una tierra,

ni diez mundos se le rindan,
y más con Felipe al lado,
que mil ya laureles pisa?

Mas pléguete Cristo, amén,
que no hay victoria más digna
de estimación, pues ya postra
las fábricas de la envidia.

Cuando a estorballo se opone
con fiera espada enemiga
todo el mundo revolviendo
toda la humana piscina,

a pesar del mundo todo
Breda en sus almenas mira
las banderas españolas
siempre de victorias ricas.

España nunca pelea,
con sólo uno que en la Villa
le embiste, que contra España
todo el mundo es Pichelinga.

¡Oh quién tuviera aquí el Rey,
aunque fuera en celosía,
para decille admirando
tan altas partes divinas!

Gran Felipe, si hasta ahora
tu hermosa Isabel en cinta,
por Cristo, que a todo el mundo
le has de meter en pretina.

La valerosa Isabela,
española flamenquiña,
en quien desmiente a las tocas
la varonil alma invicta.

Madre del valor nos muestra
fuerte, sabia, esclarecida,
que aun es un rayo tu espada
en las manos de una tía.

Otras victorias espera,
que no hay tan remoto clima,
donde tu nombre no arbole
sus vencedoras insignias.

Docientos mil hombres mascan
hoy tu sueldo, que en su antigua
grandeza nunca vio tantos
la romana Monarquía.

Mas no fíes sólo en ellos,
sino en Dios, que si le obligas,
águila noble en tus garras
será todo sabandijas.

Ese diluvio de velas
querrá Dios que se derritan
a tu sol, y que tus playas

les den tumba en vez de orilla.

Que ya de ti conquistadas
las duras rebeldes islas
del Norte, cual las de Oriente,
se llamaran Filipinas.

No envaines león, y fiero
los flacos gozques castiga,
que en fe de tu real costumbre
seguros se precipitan.

Desnuda el ardiente enojo,
verá España (que te admira)
en el Filipino estoque
la Carlos quinta cuchilla.

Reines mil siglos, y tengas
en tu Isabel peregrina
cien hijos, y el uno sea
presidente de Castilla.

Romance

Curaban cinco galenos
dos enfermos en un pulso,
y en una salud hermosa
todas las vidas del mundo.

Hallóse entre los doctores
lo que se perdió entre muchos
el dios acierto, que nunca
tanto se debió a ninguno.

La voz menos lisonjera
desabrochando sus nudos,
cántaros llueve de gloria,
torrentes vierte de gustos.

Y a la noble medicina,
así le dicen algunos:
fe desmayada del pueblo,
y anciana queja del vulgo.

Ya son todos acertadores
los doctores,
que antes, si no los saludas,
con licencia de sus mulas
todos eran herradores.

Quedó claro, quedó hermoso

en Santa Cruz lo más turbio,
lo más logrero en Palanco,
en Núñez lo más oscuro.

Perdone el divino Herrera,
si la antigüedad le turbo,
que ya que no va primero,
no le conozco segundo.

Sanserna también perdone,
y Dios nos libre que juntos
nos hablen con lo callado,
nos respondan con lo mudo.

Los señores doctorandos
para ganar con su estudio
la cátedra de la purga,
todos probaron sus cursos.

Tanto se les debe a todos,
que será envidiado, y sucio
el que en la purga pidiere
la parte que allí le cupo.

¡Oh cuán bien todos merecen!
¡Oh cómo querrán, y es justo,
pues redimen nuestros votos,
que se los paguen en juro!

Los que eligió la prudencia
de este acreditado abuso,
para defensa broqueles
sean para premio escudos.

Glosa a la letra que comienza «Yo moriré primero»

Letra

Yo moriré primero,
que sepáis que por vos muero.

Glosa

En tanto amar, y temer
quiero ya que me debáis,
que en mi silencio ignoráis
lo que habéis de aborrecer:
que nada os pueda ofender
lo prevengo yo en mi daño,
que aun en daros desengaño
embarazaros no quiero,
yo moriré primero.

Siendo amor es desvarío,
que os habéis de enojar siento
más que de mi atrevimiento,
de ver un acierto mío;
mas no puede el albedrío
conoceros sin amaros,
que al veros sin adoraros
no os puedo ser lisonjero,
yo moriré primero.

Quedará mi fe callada,
con no llegar a osadía,
porque no sea por mía,
o por verdad desdichada:
pues mi amor no es para nada,
excusalle determino
a las desdichas de fino
peligros de verdadero,
yo moriré primero.

Con ser morir, obligaros
quisiera sin ofenderos,
baste morir de quereros,
no muera yo de agraviaros,
que aunque morir por amaros
será siempre lo más justo,
temo haceros este gusto,
porque ha de ser el postrero,
yo moriré primero.

A don Antonio de Moscoso, Marqués de Villanueva del Fresno,
habiéndole prometido unos guantes por las informaciones del hábito
de su hijo

Décima

Antonio muy liberal
unos guantes me ofrecistes,
pagarlos, pues los perdistes,
en empleallos tan mal;
pase el chiste puntual,
venga el concepto severo,
que pues fui vuestro enfermero,
no dudo vuestro cumplir,
pues solamente el mentir
os falta de caballero.

A don Jerónimo de Villayzán, porque todas las comedias que se representaban y hacían se decía que eran suyas

¿Quién mató al Comendador?
Fuente Ovejuna, es error;
¿Qué comedias de primor
se las quitan a su autor,
y a su nombre se las dan?

Villayzán.

¿Quién hizo, y quién hace cargas
a los poetas amargas,
y quién sin darnos descargas
comedias, que en dudas largas,
ni las conoce Galbán?

Villayzán.

¿Quién ganó a Jerusalén?
¿Quién fue pastor a Belén?
¿Quién será Matusalén?
¿Quién ha sido el otro, y quién
es el pecado de Adán?

Villayzán.

¿Quién es Pedro de Urdemalas?
¿Quién Birimbao con sus galas?
¿Quién las Comadres Ayalas?

¿Y quién Don Josef de Salas
Pellicer, y Montalbán?

Villayzán.

¿Quién hace con tanta medra
las comedias de la piedra?

¿Y trepando como yedra
es Don Juan de Saavedra,
que mentimos el galán?

Villayzán.

¿Quién es aquel encubierto
templando al primer concierto,
que hereda, lo que no ha muerto?

¿Y quién, pues todo es incierto,
metió la peste en Milán?

Villayzán.

¿Quién de las tristes doncellas
con más belillas, que estrellas
en supersticiones bellas
el nombre, que esperan ellas,
es la noche de San Juan?

Villayzán.

¿Quién es el que satisfecho
mete la mano en su pecho,
y con torcido derecho
hace lo que nadie ha hecho,
y lo que todos harán?

Villayzán.

¿Quién gana siempre la rifa?
¿Quién inventa la engañifa?
¿Quién es gorda, y es Jarifa?
¿Quién ejecuta en Tarifa
la hazaña del gran Guzmán?

Villayzán.

¿Quién juega la carambola?
¿Quién venció la chirinola?
¿Quién fue del francés mamola?
¿Quién es la gloria española
que adquirió el gran Capitán?

Villayzán.

¿Quién destrozando banderas
en navíos, y galeras
dominó naciones fieras?
¿Y quién ganó las Terceras
sin don Álvaro Bazán?

Villayzán.

¿Quién el sujeto aciago
hizo el sangriento estrago
muy señor desta, y Buitrago
dio su famoso cuartago
al primero Rey don Juan?

Villayzán.

¿Quién haciendo hazañas sumas,
que aun no caben en las plumas,
mundo rompiendo, y espuma
fue de treinta Motezumas
el mismo Cortés Fernán?

Villayzán.

¿Quién es todas las hazañas,
que por naciones extrañas
han hecho nuestras Españas?
¿Y quién los juegos de cañas,
que en la Corte se errarán?

Villayzán.

¿Quién el viento por las proas?
¿Quién es silencio en las loas?
¿Quién es bailes fadas boas?
¿Quién en comedias bramoas?
¿Quién en autos liviatán?

Villayzán.

¿Quién es el uno entre mil?
¿Quién ha moco de candil?
¿Quién flor de almendro en abril?
¿Y quién (¡oh queja civil!)
será mucho en ganapán?

Villayzán.

¿Quién la cosa peregrina,
que a tenella en su oficina
el señor don Juan de Espina,
ni la oliera Celestina
ni la viera el Tamorlán?

Villayzán.

¿Quién es poeta de ayuda?
¿Quién más sabio, que la ruda?
¿Quién arroje lo que suda?
¿Quién la prodigiosa duda,
en que los hombres están?

Villayzán.

¿Quién pensó la gran Tragedia?
¿Quién escribió en hora y media
esta perpetua comedia?
¿Quién nuestra paciencia asedia?
¿Quién hizo el perpetuán?

Villayzán.

¿Quién de Lope está en el quicio?
(yo le conocí edificio).
¿Quién trompeta del juicio?
¿Quién el pecado sin vicio,
que usurpa lo que le dan?

Villayzán.

Romance

Hermosa niña, que el cielo
más atento a su poder,
todo el sol puso en tu cara,
luces ella, y sombras él.

Quejosa tienes la vida,
y la estimación, por ver
que ofreces victoria igual,
que a lo fino, a lo infiel.

Ayer te dejó tu amante,
hoy te busca, y halla, bien
perdonará lo mudable
quien sufre lo descortés.

Irse a conocidos brazos
mayor desacato fue,
que aun no quiso disculparse,
en lo nuevo del placer.

No es la mayor hermosura,
la beldad, sino el saber
juntar con severo agrado
lo apacible, y lo cruel.

Sólo llamarse belleza
la cuerda hermosa altivez,
no sólo rebelde a injurias,
sino a finezas también.

Aquel despojado, y bello
florido verde laurel,
no le dio la estimación
el amor, sino el desdén.

Fuente, que el monte despide
vuela en confuso tropel,
y a sus brazos ofendida
no vuelve segunda vez.

Si ya pisó en falso ramo
el tierno amoroso pie,
avecilla escarmentada,
no se fía más en él.

Si ahora que eres del cielo
(descontenta, o falsa estés)
lo más bello, que en el mundo
salió de las manos dél.

Cuando son tus ojos bellos
auroras de amor, en quien
el sol deslucido en rayos
es lo menos, que se ve.

En tiempo que el apurar
quiere en tu boca aprender
a trasladar todo el mayo
en dos hojas de un clavel.

Ya que hermosa desafía
bien segura de vencer,
del blanco jazmín tu mano
la nevada candidez.

Si agora en fin, que eres niña,
y una perfección después
desde el sol de la cabeza
hasta la luna del pie.

No das a temer tus bríos,
y osa desdeñarte aquel,
que ni el amor le hace firme,
ni la obligación cortés.

¿Qué será cuando reciba
mentida mal del pincel
en ansias de mocedad
vanos socorros la tez?

¿Cuando ya para escarmientos
derrotados de altivez
en la playa de los años
perdido anciano bajel?

Si a varios despojos rindes
las armas de la niñez,
será contra ti mañana
lo menos niño, que ayer.

Hoy ha de ser la bizarra
lucida hermosa esquivez,
que un día más dará más
que presumir, que temer.

Dirás, que no le llamaste,
¿qué mayor bajeza, que
sufrir, que le traiga ufano
el gozar, y no el querer?

El consentir, que en su mano
la paz, y la guerra esté,
el rogar, y el perdonalle
es más, que morir por él.

En el imperio tirano,
y en la fuga esclavo ten
miedo, que todas te envidien
tan fino galán doncel.

A su fe no le agradezcas
venirte rendido a ver,

que le volvió a tu hermosura
el antojo, y no la fe.

Cuidar de ti su cuidado
no es amor, envidia es,
de quien te obligue mejor,
de quien te sirva más bien.

¡Qué ofensa, que a tu victoria
tan cortas victorias dé,
que halle su sazón el gusto
no en estar, sino en volver!

Sufre coyundas de agravios
quien suya deja de ser;
¿que no puede? al albedrío
aun Dios no le puso ley.

Cuantas lástimas, que hacía,
siempre yo lo lloraré,
sólo Dama en el peligro
y en el desprecio mujer.

Vuelve, vuelve por tus años,
guarda para la vejez,
no deber el desenojo,
ni al amor, ni al interés.

Décimas

Fuera piedad rigurosa
el ver tus ojos, si luego
no se socorriese el fuego
de agua de tu mano hermosa,
con atención milagrosa
previno el cielo, no en vano,
en su incendio soberano
para templar sus despojos
de tanto ardor de tus ojos
tanta nieve de tu mano.

Con alma tanto se mueve
tu amor, y es tan desnuda
de amor el alma, que duda
cuál es alma, o cuál es nieve:
festiva el agua se atreve
a ser en mis ojos tanto
favor, y luego me espanto

(tal es el rigor, que veo),
que ni por favor lo creo,
ni es menester para llanto.

En travesura modesta
la bella acción atribuyo,
antes que a cuidado tuyo,
a licencia de la fiesta:
aquella caricia honesta
por la costumbre del día,
con ser de materia fría,
piensa el alma, y aún la fe,
que desperdiciada fue
primero que fuese mía.

Aunque es todo perfección,
y en ti no hay parte vulgar,
más que favor, fue lograr
la entretenida ocasión:
en divina suspensión
los sentidos ocupé,
y contrarios los hallé,
que más atentos los vi,
que a los yelos, que sentí,
a los rayos, que miré.

Las propiedades del cielo,
señora, en todo has tenido,
que entre nubes escondido
con agua amenaza el cielo:
flechas de lucido yelo,
llama ardiente, y nieve pura
a la razón asegura
del cielo accidentes varios,
hoy siendo efectos contrarios,
es una misma hermosura.

Nacen invierno, y verano
de un cielo, y la tierra debe
esto mismo en sol, y en nieve
a tus ojos, y a tu mano:
y tu cielo, a quien en vano
solicita mi dolor,
de tu yelo, y de tu ardor
introducido ha dejado
en tu desdén lo nevado,
y lo encendido en mi amor.

A Antonio de Alosa, secretario de Cámara, a quien toca guardar los dulces, que envían al Rey

Romance

El mi Antonio, el mi Antonio,
que de tu edad en la flor
de crédito, y salud goza
dos privilegios de Dios.

Así como eres ahora
del Rey más bueno, y mejor
secretario de los dulces,
y más dulce, que ellos son.

Un nuevo Arrostigui seas,
y con modesto valor
sigas principio de tanta
virtud, y moderación.

Así a los claros ejemplos,
con que al mundo vemos hoy
el interés desterrado
y pisada la ambición.

No cedan los verdes años
pues muestras, no con rigor,
en talle tan Narcisero
tanto amago de Catón.

Siguiendo en segunda esfera
déjese la perfección,
sino a luz de tan gran daño
átomo de tanto sol.

En fin, así cada día
crezca la noble opinión
de ser cuerdo en la esperanza,
y modesto en el favor.

Pues la piedad acompaña
a todo insigne varón,
y más propio en el más bueno
descubre sombra, y temor.

Que creas, que estoy muy malo,
como malo, que aún no estoy
dentro de mi propia vida,
que vivo fuera de yo.

Y si robusto desprecias
(mal haya su discrución)
de la sagrada hipocondria
el hipócrita dolor.

Vengaránme de tu perra

salud enemigos dos,
las tardes el matrimonio,
y las noches el salón.

Ese batel de ladrillo,
mas no torre de Nembrot,
pues que no hay en él soberbia,
locura, ni confusión.

Ese golfo de paredes
mas húmido, y no menor
que el mar propio, y navegado
en la cama de un colchón.

Del vómito de esta tarde
tiemblo de decir mejor,
más aliviado me siento,
pero ya bueno, eso no.

Si no saliere mañana
del vientre de este rincón,
harta para mi ballena,
¡qué Gongórico que estoy!

De los humanos te acuerda,
y a mi vida albricias doy,
que de buscar la salud
en curarme del doctor.

De la vieja morería,
quien parece que nació
dentro, y primer montañés
repentísimo Señor.

Décima a un libro intitulado Amor paterno

Del amor, no de la ciencia
de ser buen padre la gloria
aprende, y en tu memoria
lo aprenderá la experiencia:
si bien con arte, y paciencia
el paterno amor trataste,
en ti mismo le estudiaste,
y dirás que sabio fuiste
amando, lo que escribiste,
y escribiendo, lo que amaste.

Romance a el Rey

Nueva guerra de los campos,
rojo número en las flores,
bello terror de las selvas,
verde galán de los bosques.

Marte de Apolo vestido,
no ya repetido Adonis,
que ofende a tu bizarría
la lisonja de los montes.

En esa mentida guerra
imita los escuadrones,
ejercicio de tu mano,
y cuidado de tu nombre.

La campaña coronen
los diestros cazadores,
finjan armadas telas,
murallas, y trincheras.

Las espías imiten
los sabuesos, que avisen,
y los fuertes lebreles
españoles valientes.

Sean bocinas roncadas
las trompetas sonoras,
lo que tocan a prisa
que es la belicosa paz la montería.

Mientras a tu heroico brazo
perdonan las ocasiones,
y das ilustre materia
a las plumas, y a las voces.

Mientras de tu bisabuelo
alta memoria del orbe
por tu generosa imagen
sus hazañas te conocen.

Sigue con templado aliento
esa costumbre tan noble,
que el ocio es mayor peligro
en los reyes, que en los hombres.

La campaña, etc.

Tanto pasan de esperanzas
tus ya logradas acciones,
que el acierto las publica,
y la admiración las oye.

En solo un año has vivido
tantos siglos, que recoge
el mundo de tus aplausos
más que mereció hasta entonces.

Cobrando sabia noticia
vive siempre, y siempre logren
tus virtudes los laureles
y tu memoria los bronces.

La campaña, etc.

Romance burlesco a Cupido

¿De qué ceguezuelo vano
tienes tanta presunción,
si no hay pícaro sin ella,
Cupidillo, qué haré yo?

¿No es tu padre Vulcanejo,
aquel sufrido varón,
que al fin en siendo marido,
no le aprovechó ser dios?

¿No es tu madre aquella honrada,
cuya blanda condición
si bien la supo tu padre,
muchos la saben mejor?

Estará muy falso Adonis,
como si fuera el amor
victoria para ninguno,
y hermosura para dos.

Y estarás tú muypreciado
de flechas severo harpón
contra un vinculado pecho
a toda flecha menor.

Heriste, que no debieras,
este pobre corazón
a lo príncipe, a lo grave,
a lo noble, a lo señor.

De unos retirados ojos,
que en superior mundo son
de la orden más estrecha
de esperanza, y de favor.

¿Para qué, rapaz desnudo,
para qué, ciego traidor,

tanta munición de rayos,
tanto flechado de sol?

Caballero de ciudad
mi pensamiento nació,
muy gran hombre de la Villa,
que es más nueva religión.

¿Quién me trajo, donde dicen
que es la licencia mayor?
lengua, niégaselo tú,
ojos, decídselo vos.

Ello es ley, que sin deseo
se ha de amar ¿y qué razón?
bachillerías son tuyas,
mientes niño, vete a Dios.

Mas si es verdad, mataréme,
¡oh falsa imaginación!
que morir por no morir
es un cobarde rigor.

Quiero ser bien entendido,
que es de necios (con perdón)
fiar de su sentimiento
menos, que de su dolor.

Vivamos donde el recato
ha mil años que murió,
donde el silencio es un simple,
y el deseo un hablador.

Mas si también en la Villa,
vendalillo rapagón,
dieron suspiros sin fruto
mis esperanzas sin flor.

Cien ducados tengo, amigos,
que vasallos míos son,
hallaré favor en ellos,
ya que en vuestras Cortes no.

Romance a la convalecencia de una dama

Con la salud venturosa
de la más hermosa niña
muerta vive la venganza
y enferma queda la envidia.

De las más bellas zagalas

es envidiada, y mal quista,
por cometer contra todas
la culpa de ser más linda.

Las auroras, que faltaron,
restituye con su vista,
que en sus bellos ojos vienen
los desagravios del día.

Las iras del accidente
la dejaron más lucida,
tan perfecta, tan hermosa,
que no salió de sí misma.

Respetaron su belleza
con forzosa cortesía,
que los males no se atreven
a jurisdicción divina.

De su dolor, y sus penas
primero tuvo noticia
el alma de Belisardo,
que de Gerarda la vida.

La enfermedad quiso verse
para lograr dos fatigas,
en Gerarda ejecutada,
y en Belisardo sentida.

La vida del tierno amante
entre el llanto, y las caricias
en el sentimiento sólo
daba señas de estar viva.

Concedió treguas el cielo
por ver sólo merecida
belleza tan soberana
y una fe tan peregrina.

Ausentóse Belisardo,
sin que el alma en su partida
de obligación desculpada
quede infamada en lo fina.

Que triste, amante, y ausente
sus finezas acreditan
la firmeza en el ausencia
bien dudosa, y mal creída.

Mas no cesaron los males,
porque siempre a estas porfías
en la hermosura, y amor
bien halladas las desdichas.

En estas ocupaciones
venturoso le imaginan,
que no ven los descuidados
los engaños de la dicha.

Endechas

Risueña fuentecilla,
que desatada vuelas
a gozar los floridos
amores de una selva.

Qué mucho que festiva
descubra tus finezas
en requiebros de plata,
y en caricias de perla.

Si dejas de estos montes
las duras asperezas,
y los valles te ofrecen
su dulce margen bella.

¡Ay triste del que deja
más bello campo, y selva más alegre
y por desdicha ausente
huye de flores, a morir en peñas!

Bellísima Gerarda,
no sólo primavera,
sino poblado cielo
de abriles, y de estrellas.

Si vuelve cada día
el alba, que se ausenta,
y el ruiseñor es todo
enamoradas quejas.

¿Qué sentirá una vida
más amante, más tierna,
de más hermosa aurora
tantos siglos de ausencia?

Aunque no es imposible,
que a ver tus ojos vuelva,
tu ausencia Belisardo
la llora como eterna.

A Cristóbal Ciego, poeta de repente con eminencia, que asistía en
casa del Marqués de Siete Iglesias, don Rodrigo Calderón

Romance de repente

Cristobalillo, que tienes
el mejor señor por dueño,
si no eres ciego del Rey,
eres el Rey de los ciegos.

Toma este luto, aunque digas
que yo no soy caballero,
ni a lo moderno, ni al uso,
pues cumplo lo que prometo.

Por el hábito del tío,
víspera ya de su pecho,
que ansí también te le diera,
cuando fuera el tuyo un reino.

Tiene muy grande nobleza,
que viene a ser por lo menos
Martín Peláez la ropilla,
don Rasura el ferreruelo.

Agradécelo Cristóbal,
que aunque es ya traído, y viejo
por ser dado, y no tardarse,
es punto menos de nuevo.

Póntelo siquiera un día,
y si lo vendieras luego
podrás decir, ser Mendoza,
siempre se venden los negros.

Romance

Después que muero por vos,
quiero yo vivir conmigo,
que si dejara de amaros,
me aborreciera yo mismo.

Si el quereros es ofensa,
es error muy entendido,
que no amaros ¿quién tan necio
querrá acaballo consigo?

El adulator primero,
que a las hermosuras dijo,
que de queridas se ofenden,

muy poco a las almas quiso.

Sea ley, y no desdicha,
que ofenda con lo que digo,
mas cansar con lo que muero
en ningún triste se ha dicho.

Si deidad, que no responde
infama los sacrificios,
¡qué cortesés son mis penas,
que aun nunca piden oído!

Si amor no puedo, señora,
la mayor gloria, que miro,
quejáreme yo, que el cielo
me dio en vano los sentidos.

La mayor belleza adoro,
y es honroso desatino,
que aun quiso el oído ponerme
en los aciertos delitos.

El mirar tanta hermosura
para quien fuere castigo,
que para los desdichados
puede haber males divinos.

El no morir es recato,
no mi estrago y mi peligro,
no se conozca la causa,
que sólo en morir la digo.

Este amor aun del silencio
medrosamente le fío,
que de un callar tan forzoso
pueden nacer los testigos.

Con lo que decir no puedo
estar no puede escondido,
que el ser vos por quien lo callo
cualquiera sabrá decillo.

Vanos estaban los males
de buscar dueños lucidos,
mas ya no tienen buen gusto,
pues se precian de ser míos.

De desdichado se queja,
que yo le desacredito
pues hasta los desdichados
tienen parte, que yo envidio.

¡Oh males de amor dichosos,
que el tormento más esquivo
de morir tan altamente
negar no puede un alivio!

Oh nunca tenga otros bienes,
que es parte de desvalido
querer más, si las desdichas
nunca embarazan lo fino.

Por ley de advertida estrella

quiero bien, y en tal peligro
lo menos libre del alma
es lo más del albedrío.

Pasando por Valencia en la jornada que hizo el Rey por mayo de 1632

Romance

Hermosísima Valencia,
más del cielo, que del Cid,
Babilonia de esmeralda,
y confusión de jazmín.

Que de azahar tanta torre
escala en olores mil,
al cielo, que se halla el cielo
más en Valencia, que en sí.

El pie beso al Turia, cuando
es granadino el Jenil,
es el Tajo portugués,
y andaluz Guadalquivir.

Todas las regiones goza
en tanto clima feliz
el año por patria, y siempre
es valenciano el abril.

No sabe otra lengua el mayo,
y en verde asombro gentil
amor se admira, o se engaña
(sin acción en Cripre) aquí.

Con ceño toda la tierra
mira al cielo, y tu país
con lisonjas, que aun lisonjas
no se atreven a mentir.

Glorias respiran tus calles,
y en lo más vulgar allí,
desperdiciar paraísos
es lo menos de jardín.

Aciertos darás al mar
en tu espejo de zafir,
si narciso de clavel
te enamoraes de ti.

Si a tus vientos vinculado
vive el céfiro sutil,
no será mucho que goces
el buen aire de Madrid.

¡Oh siempre bella, y más bella
por un peligro que vi!
que mujer para deidad
le sobra lo serafín.

El dueño, como el dolor
bien le pudiera decir,
porque una alma no embaraza,
ya que una esperanza sí.

Tu nombre, oh graciosa causa
de tan glorioso morir,
vive eterno en mi silencio,
y no muera todo en mí.

A las cortas señas, que halló el Rey en el Castillo de Monviedro,
ruinas de la antigua Sagunto, habiéndola subido a ver

Romance

Aquí donde fue Sagunto,
lo que tantos años cuentan,
merced será de los ojos
perdonallo a las orejas.

Nada yace, donde yace,
que fabrica, muda o muerta
aun las dudas las reliquias
no saben hallar por señas.

De ostentaciones romanas
falta testigo, una cuesta
cobra en gemidos el paso,
que aun hoy sin riesgo se queja.

Quien perdidos pasos llora,
no más que de estos se acuerda,
que han desquiciado a los siglos,
fe, que presumió de eterna.

De sus vanos edificios
las más divisadas huellas,

si el crédito no las halla,
ni aun la vista las sospecha.

A los que de antigüedades
buscan noticias soberbias,
escarmiento es de cenizas
y desengaño de hierba.

Más barato fue a Cartago
rendirla, que ahora verla,
venció, lo que se resiste,
pero no lo que se niega.

Puntas, que fueron hermosa
turbación de las estrellas,
ya no envidia su venganza,
o número a las arenas.

Púlpito donde las aves
les predicán su cuaresma
a las que van en el viento
torres descolladas reinan.

Negaste en recato esquivo
admiraciones, y puertas
al extranjero, y ahora
hasta con destrozos niegas.

¡Oh tú de moralidades
ejemplo de imagen necia,
espaviento a las fortunas,
y pavor a las bellezas!

Si te perdiste arrogante
bien en polvo estás deshecha,
si fina, aun hoy triunfas más,
cuando yaces más en tierra.

Mas de tus fuertes varones
los hechos grandes no quedan
en memorias, que se fían
a necedades de piedra,

sino en la inmortal noticia
de los hombres, que a la excelsa
constante virtud, al tiempo
no baten ninguna almena.

Aun la ambición necesita
de ilustres obras, aquellas
que en el valor fabricadas
aún la eternidad las tiembla.

No tu fe, sino tus muros
la saña cartaginesa
asaltó, no te venciendo
la espada, sino la guerra.

Vencer enseñó a Cartago
Sagunto, que ya sangrienta
le permitió, que venciese
lo que perdonó a sí mesma.

Más debes a tus ruinas
que a tus glorias, que hoy no besas
pie africano, que del pacto
sagradas coyundas quiebra.

Si no de Felipe el grande
llevas la atención, que apenas
el mismo Aníbal osara
merecello a sus banderas.

Glorias a todas edades
Sagunto serás en ellas
tus mármoles serán sombras,
tus hazañas serán lenguas.

Pasando el Coll de Balaguer en las asperísimas montañas de Cataluña

Romance

Montañas de Cataluña
que del Coll de Balaguer
también salteáis el cielo
gigantes segunda vez.

Sagrado enemigo donde
en escuadrón infiel,
la tierra es sangrienta mano,
y el mar alevoso pie.

En vano africano leño,
o pedernal montañés
en astuto forajido
y en renegado bajel.

La libertad, o la vida
de un pasajero emprendéis
cautivo a bienes de un golfo,
y muerto a males de un bien.

Estribillo

Pasajero tened,
pues os piden la vida,
y el alma también:
¿quién, quién, quién?
un bandolero, hermoso, y cruel.
¿Quién, quién, quién?
una pirata, luciente, y noble,
que dos veces salteador
saltea con el amor,
y mata con el desdén.

De todo triunfa un prodigio
de hermosura, y de desdén
bandolero de cristal,
y pirata de clavel.

Un valenciano peligro,
que dulcemente cruel
mata sin dolor, que hermosa,
no hay más arma, que mujer.

Oh necio el que en la hermosura
busca modo, y pone ley,
llama el alma herida, sea,
que esto sobra para fe.

Y vos siempre a todas bella,
celestial señora, en quien
la perfección, que se mira,
es lo menos, que se ve.

Permitid a pocas hojas
esta gloria del querer,
que el morir es de justicia,
y el amaros de merced.

Oh playa de Tarragona
(que rico desvelo fue
al ambicioso romano,
y altivo cartaginés).

No se turben tus arenas,
aunque el mar asombros dé,
ni vivan miedo tus ondas
en tantos vasos de Argel.

Que en la valenciana orilla
mayor riesgo Laura es,
y cuanto se adora en ella,
tanto se perdona en él.

Pasajero, etc.

Jácara

Va de jácara, y de gusto,
si alguno ha quedado hogaño
entre pesares tan muchos,
y entre desabridos tantos.

Diz que está acabando el mundo,
¿qué cosa para el tacaño?
que es fuerza, que aumentos tenga
tan grandísimo bellaco.

Yo conocí al señor mundo
muy bien entendido, cuando
era lo rubio delito,
y lo gordo era pecado.

Aún no era mentir todo,
ni don Bueso el Castellano
lloró en lucientes enaguas
tantos franceses agravios.

Que anchas de conciencia viven
las faldas, que en rico engaño
el pavón es carne poca,
y es todo plumas el gallo.

Mal hubiese la cadera,
que en fabuloso aparato
gorda se miente, y ser quiere
la fiestecilla del trapo.

La verdad, doncella honrada,
aún no empezaba a hacer asco
al galante caballero,
ni era necedad lo hidalgo.

No era la virtud negocio,
ni designio lo cristiano,
ni el bueno deseaba recio,
ni andaba hacia acá lo santo.

Tardaba un siglo en ser verde
una esperanza de antaño,
y agora es todo en amores
floridas culpas el mayo.

Enomarábase entonces
un espíritu bizarro
con silencio hasta en los ojos,
porque no se usaban labios.

No andaban en aquel tiempo
los pensamientos tan falsos,
los ánimos tan caídos,

ni los Condes tan baratos.

Alcancé yo a las mercedes
gente de punto, y de garbo,
y no tienen ya más honra,
que los montes de Palacio.

Amaba yo pecador
los artesones más altos,
perdonando a mis sentidos
por lo mejor lo más vano.

¡Oh qué moza, oh qué peligro!
deidad sola no le llamo,
ni menos sol, que aun aurora
le cuento a miedo los rayos.

Tenía entre mil bellezas
(¡qué escasamente le trato!)
lo hermoso forrado en ángel,
y lo vivo fondo en diablo.

Alma grande en corto sitio,
tan gigante lo tamaño,
que plantaba en las estrellas
los jazmines de las manos.

Bate banderas la nieve
a su rostro lindo, y claro,
y entre copos de centellas
de envidias arde lo blanco.

Su pardo cabello dice,
vaya al rollo el pelo bayo,
siendo en condición erizo
todo el serafín castaño.

Hasta el movimiento mismo
es amenaza, es amago,
si mira, derrama extremos,
si habla, respira milagros.

No dio la sazón al gusto
tan dulce sabroso plato
adviento, que en los deseos
beben aire, y sorben llanto.

Enamoraditos nuevos,
el me muero, y el me abraso
aquí yacen, Dios perdone
lo amar, y morir en vano.

Jayanes de otras bellezas,
si tiene amor igual trato,
en la estacada le esperan,
parta el sol, y mida el campo.

Amaine toda hermosura,
que al yugo de su zapato
no hay seguro ningún cuello,
ni está flojo ningún lazo.

Esto fue lo que yo quise

tan sin hacelle embarazo,
que le dejé para todos
enteros los desengaños.

Tempestad de mis sentidos,
que en este hermoso naufragio
amarrado a mi respeto
casi zozobra el recato.

Perdición hermosa mía,
que en sólo un mirar avaro
de tus ojos bellos queda
estremecido lo humano.

Si canso, con lo que muero,
si muero, con lo que callo,
si callo con lo que digo,
no puedo más que amar tanto.

Romance

Todos dicen que te quiero,
pésame que mientan todos,
que vivo muy enseñado
a lucidos testimonios.

Por discretazo me tienen
los que piensan que te adoro,
mas no quiero en lo entendido
tanto peligro de loco.

Antes pienso aborrecerme,
para ver si te enamoro,
porque necedad tan grande
hacer merece un dichoso.

Si es dicha, y entendimiento
amarte, señora, ¿cómo
pueden vivir, y estar juntos
lo entendido, y venturoso?

En blanca roja batalla
cara a cara, y frente a frente
las deidades a las flores
le dan el Santiago verde.

Los campos de Aranjuez
son campaña floreciente,
donde triunfadores todas
más almas que flores vencen.

De la más florida selva
las severas ninfas siempre
a tan debidas victorias
no permiten sus laureles.

El primero hermoso día
del más galán de los meses
al recibirle despiertan
las que a otros cuidados duermen.

Estríbillo

No es el mayo, y tiempo alegre
lo que Aranjuez ofrece,
que en sus campos a todas horas
le nacen blancas auroras,
soles negros le amanecen.

Piérdese cuanto se vive,
cuanto se adora, y padece,
y sólo en ellos se logra
la razón, con que se pierde.

No es el peligro más grande
amar donde se aborrece,
sino saber que en amando,
aun los aciertos ofenden.

No haber mérito en amor,
con amor sufrir se puede,
pero no que injuria sea
tener el que se merece.

Debe con divino imperio
los afectos, que se tienen,
castígalos la hermosura,
pero no los que se deben.

No es el mayo, etc.

A los Reyes, y a las Damas de Palacio, que se hallaron entonces en Aranjuez

Romance

En el Pardo claro el día,
y en Aranjuez el pardo,
el enero, y el abril
quedan ya desagaviados.

Uno despojando el monte,
y otro floreciendo el campo
la gran deidad, que más reina
en las almas, que en los prados.

Si al febrero asmo de flores
de nieve corona el mayo,
la hermosísima Belisa
alma de Fileno el magno:
en quien altamente vive
tanto rey en nombre tanto.

De esta, pues, mejor Diana
en coros siempre sagrados
competir quiere la selva
las auroras de Palacio.

Si a Marte en Adonis vieron
dar en el festivo ensayo
airosas lidantes señas
a las deudas, que su brazo
ya en vez de novillos fieros
hermosos, pero más bravos
luceros tronca Jarama,
serafines reina el Tajo.

En cobro se pongan todos,
que en ceños tan erizados
no hieren las medias lunas
sino matan soles tantos.

En el Pardo, etc.

La generosa Mendoza,
que el sol traslada en un rasgo,
de competirse en lo bello

se desdeña lo bizarro.

En la valiente hermosura
de la gallarda Arellano,
donde es pólvora la nieve,
no son menester las manos.

Igualar en perfección
a la gloria de Velasco,
ya que la razón no puede,
piénselo solo el engaño.

La entendida Benavides,
que en bello airoso aparato,
para lucir un desaire
le sobra hermosura al garbo.

En la noble Pimentela
a sus ojos bellos claros
no hay pleitealles el alba,
ni aun el aurora en sus labios.

La estrella de Guadalcazar
descubre en severo agrado
caudal para mucho hermoso,
en descogiendo los rayos.

La divina portuguesa
blasón de Mora, y de Castro,
cuantos no le cuento extremos,
le debo contar agravios.

Garza, descollada, y bella
no deja el nombre agraviado
la Beatriz, vuelo imposible
de los neblíes más vanos.

Da una Bárbara hermosura
al mundo un gran desengaño,
de que sabe hacer lo hermoso
dulces paces con lo sabio.

Es en la Moncada ilustre
lo catalán más gallardo,
y lo bellísimo en ella
saber ser más soberano.

En lo celestial de entrambas
cuanto hermoso celebramos,
deuda son, y son aciertos,
que es poco decir aplausos.

En mar de tanta hermosura
la Bazán es el naufragio,
en donde peligran todos,
si se zozobra en milagros.

Más cielo que puerto alegre
un serafín lusitano
copia el sol en rayos negros,
y al alba en jazmines blancos.

De Villa-Real la aurora

centellea en breve paso,
tan temprana hermosa lumbre,
que aun es incendio el amago.

Estas son las luces bellas
que en rojo florido asalto
de Aranjuez a las flores
le dan el verde Santiago.

En sus más lucentes plumas
dos Fénix se han retirado
al nido de para en uno,
Fénix de hermosura entrambos.

La deidad de Cantillana,
que lo más lindo, y temprano
a Montemayor retira,
si mayor siempre, hoy más alto.

De Fromesta, la flor bella,
que abeja se ha transformado,
ya de un colmenar, en quien
son flores hasta los años.

A ser en otras deidades
quejas, que solas quedaron,
siempre hallaron en sí mismas
sus gloriosos desengaños.

A la Condesa Duquesa

Vos, que más que camarera
mayor, sois mayor milagro
de la mujer, y alta envidia
de los varones más claros.

Vos, en quien sólo ha vivido
tan cuerdo lo cortesano,
tan galante lo severo,
tan apacible lo santo.

Vos, que igual al gran consorte
en finezas, y en cuidados,
el servicio en que hoy se anhela
esto nuevo, es el descanso.

De cuyos siempre gloriosos
afanes, siempre baratos,
los siglos serán el premio,
y la fama el mayorazgo.

Recibid de estas deidades
la pintura, y si agraviado
de esperarse más divino
ardiera algún sol humano.

De Velázquez a las sombras
apele, a cuyos retratos
deben en los testimonios
fijas lisonjas los falsos.

Galanes, si en Manzanares
subió a los montes Palacio,
ya en competencia hermosa
el cielo ha bajado al Tajo.

Décima a una dama enviándole unos versos

Estos de tantos antojos
afectos desperdiciados,
estos nunca bien logrados
suspiros, si no en tus ojos,
van a rendirte despojos,
oh Fénix nuevo, y darás
vida a cuanto muerte das,
que en ti finezas de amor
todas se logran mejor
y todas se pierden más.

Romance

En vano, divinos ojos,
estáis de rigor armados,
que en un muerto de las luces,
no tienen que herir los rayos.

Aunque se pierda el quereros,
no hay mayor dicha que amaros,

pues aunque en vano os adore,
por vos no se muere en vano.

Cuando aumentéis más castigos,
cuando flechéis más estragos,
negar no podéis la gloria
del morir de vuestra mano.

Lo que merecéis de amor,
ni aun con toda el alma os pago,
que es en lo que un alma os debe
lo menos amaros tanto.

Al desengaño los cuerdos,
que mal, que bien le llamaron,
que si os le debe, y le tengo,
nunca es bien el desengaño.

Ofender con las ofensas
es un acierto villano,
pero es hidalga desdicha
hacer con amor agravio.

¡Qué baratamente muero,
qué poca atención os gasto,
pues ni aun costó lo piadoso,
o lo cortés de un engaño!

A su bellísimo dueño
un triste con muchos labios,
ya que no pudo diciendo,
así digo suspirando.

Laura, Laura, no huya
también tu nombre,
que beldad sin oídos
no teme voces.

Décima

Mil higas en escabeche
les diera, y mil mojicones,
y en vez de gratos capones
muchas zarazas de leche;
menudos, no rayos fleche,
ya don Juan salga a campaña
tanta hermosura tacaña,
que es huir de una morcilla
las deidades de Castilla,

no haber Damas en España.

Otra a lo mismo

Si cuatro deidades van
huyendo del dulce nombre
de un menudo, gentil-hombre,
¿en qué se fía un galán?
ya el generoso don Juan
no morcilla, rayo fleche,
higas les dé en escabeche
a estos ángeles cenones,
y en vez de grasos capones,
muchas zarazas de leche.

A una dama nevadísima, abrasada de sí misma

Décima

Antandra, no es culpa leve
que tanto fuego veamos
en vos, y sólo tengamos
noticias de vuestra nieve:
si a vuestros labios se atreve
el fuego en llama escondida,
oh boca hermosa encendida
de tanto ardiente clavel,
avisaré a don Gabriel,
que se quema la florida.

Romance

De un Obispo de cristal,
de un licenciado de perlas,
de un corregidor de rosa,
de un alcalde de azucenas.

De un jazmín en su garnacha,
de un clavel en su espetera,
de un alba en su oriente mismo,
de un cielo en su altura mesma.

Yo pecador nada errado
me enamoré, y tan de veras,
que anda amor de capa, y gorra,
ceños viste, y calza flechas.

Cuando esperé, que en la niña
brillando tantas bellezas
floreecía el sol auroras,
el cielo nevaba estrellas.

Hallo en la injusta rapaza,
pero todo hermoso en ella,
desnudo lo Chumacero,
y flechado lo Contreras.

Que hoy Dorazo en buen retiro
mostró la faz tan severa
entre lisonjas de yeso,
y entre mentiras de piedra.

¿Qué ministro seco, y duro
de los que en dudosa audiencia
caducan una esperanza,
granizan una respuesta,

fue más crespo y más helado
que vos (él tu guarda fuera)
que vos digo, Anfrisia hermosa,
gloria mía hasta en mi pena?

Bello serafín togado,
que entre madres y entre suegras,
tremola en dulces medidas
ancianidades tan tiernas.

De un milagro de hermosura,
¿cómo una hermosa tan fiera
nació, siendo herencia suya,
la perfección, en que reina?

Bellísima cien mil veces
(que pocas son para vuestras)

y otras cien mil veces cruda,
que son muchas para ciertas.

Fría pólvora de azúcar
en blanca, y rubia pimienta,
justicia de Dios en flores,
y cielo gozado en quejas.

Mentira hermosa de yelo,
de amor gloriosa cautela,
en cuyo incendio erizado
vidas arden, y almas tiemblan.

Cuando en almíbar de nieve
caer mansamente dejás
palabras, que en tibios labios
tan airosamente queman;

cuando en tu purpúrea boca
en lucientes primaveras
se baña la vista, y Flora
donaires chispa en tu lengua;

cuando en floridos balcones
tanta aurora centellea
ese risueño prodigio,
quietud flaca, y traición bella;

cuya voz, que entre desmayos
brasas pronuncia, y navega
golfos de flor, y en escollos
de roja, y jazmín se quiebra.

Tan ardiente batería
hace en mi pecho, que apenas
deja en mí noticias vivas,
si no en la fe nunca muerta.

Cuando los sentidos tienes
en dulcísima conversa
suspensos, y en tus palabras
venenos bebe la oreja.

A tus bellos ojos digo,
soles tened competencias
de una boca, que habla rayos
en tempestades discretas.

Si en piélagos de hermosura,
a quien te ve con tormentas
en diluvios de sazones,
el que te escucha, se anega.

Si en fin a ningún sentido
tus perfecciones no dejan
en paz, y cuanto respira
tocas arma, y mueves guerra.

¿Qué ha de hacer un alma tuya,
que te llama, y te confiesa
deidad sí, porque es justicia
dueño no, porque es soberbia?

Pero que te adora humilde
aun las ansias no le niegan,
que cobardes, cuando finas,
aun se están negando ofensas.

¡Oh venturoso aquel día,
que yo te adore, aunque sea
morir desaprovechado,
que ya logra lo que acierta!

Hermosísima señora,
que en dulce tropel de inmensas
beldades, a tus beldades
aun la inmensidad es deuda.

Con la ley común de amantes
ofenda el vivir, ofenda
todo, pero no permita
profanar vulgares huellas.

Pero el amor con respecto
haga ley, y ley tan nueva,
que sólo en los imposibles,
quien los creyere, los venza.

Décimas

Lo que aun los mismos antojos
no osaron pedir jamás,
y más que todo lo más
te osaron de ver mis ojos:
que a los nevados despojos
de tus beldades, en vano
aspirara intento humano,
que en solo en fe de una fe
obedeciera a tu pie,
al imperio de tu mano.

Escondida perla hermosa
en concha de chamelote,
y entre espinas de anascote
de nieve armada una rosa;
comparación es quejosa
de aquel bellissimo empleo
de los ojos de un aseo,
traje de auroras vestido,
a guerras toca el sentido,

y a paces llama el deseo.

Otra

Con el sueño no dormir
poca admiración le cabe
a un desvelado, que sabe
con la vida no vivir:
perder no quiere el morir,
conque fe ignora mi llama,
y lo que vivir se llama,
y por vivir se recibe,
no se cuenta en lo que vive,
sino sólo en lo que ama.

Al Buen Retiro, que fabricó el Conde Duque en San Jerónimo de Madrid

Décimas

Este edificio en tu acierto
altamente fabricado,
de todo esplendor poblado,
de toda ambición desierto,
fiel testigo, y nunca muerto
será, de que nada en vano
obrará tu soberano
designio, y ingenio excelente,
si donde pones la mente,
pusieras también la mano.

Que esta fabrica dudosa
al tiempo, a la vista, y cuanto
es también dudado espanto

en lo grande, y en lo hermosa,
de una templanza gloriosa
señas son, que en novedad
valida una soledad,
que fue noche, y campo estrecho,
de una modestia, le has hecho
capaz de una Majestad.

Coplas a la letra que empieza «Aborrecedme y jamás»

Letra

Aborrecedme, y jamás
mostréis los ojos serenos,
que no es el deberos menos
la razón de veros más.

Coplas

El acierto de perderme
adoraba yo en mi mal,
y en vos adoro otro igual,
que es señora, aborrecedme:
ni aun la lástima de verme
sin vida, y remedio, os pido,
porque aun vivo presumido
de envidia de los demás:

Aborrecedme, etc.

Amaba yo vuestras bellas
perfecciones celestiales,
y adoraba yo en mis males
el bien de morir por ellas,
y crece mi amor en ellas,

¡oh amor que bien se padece!
que en lo que a mí me aborrece,
nueva perfección le das:

Aborrecedme, etc.

No sólo a querer nació
mi amor (pues me aborrecéis)
las beldades, que tenéis,
sino las que os causo yo:
estas me debéis, mas no
a que las paguéis me atrevo,
que hasta lo menos que os debo,
quiero en vos querello más:

Aborrecedme, etc.

Estrago a la montaña de Soma

Décimas

Cuanto un monte gime, o brama,
no despierta nuestro oído
ni enciende en nuestro sentido
ninguna luz tanta llama:
¡oh cómo, oh qué bien se llama
rebelde el hombre, y villano,
que un asombro intenta en vano,
que prodigios le recuerden,
si voces de Dios se pierden
en un corazón humano!

Mas ya que no avisa el ruego
entre el horror, y el espanto,
persuada en descuido tanto
esta elocuencia de fuego;
lumbre sea a tanto ciego
un monte, que incendios llora,
que pues, sin Dios, tanto ahora
nuestro olvido se eterniza,
cueste arroyos de ceniza
el polvo, que ya se ignora.

Cuartetas

Aunque no acierte la dicha
a atinar tanto, el cuidado,
a mi elección le ha quitado
todo el riesgo de desdicha.

No lo podrá ser jamás
cuanto yo padezco, y cuanto
yo muero, que a morir tanto
le quedo debiendo más.

Nada procuro, ni espero,
y busca mi inclinación
más gloria, y más ambición,
que acertar en lo que quiero.

¡Qué bien, señora, consigo
el bien, que espera mi amor!
que el bien de amar lo mejor
siempre quedará conmigo.

Este acierto está en los dos,
y sólo es mío el buscaros,
que acertando yo en amaros,
la razón toda está en vos.

Y para vivir no siento,
que vivir es menester,
que basta sólo tener
por alma el conocimiento.

El mío, que a tan lucida
muerte me conduce ahora,
me paga con lo que adora,
cuanto se pierde en mi vida.

Amariles celestial
si de vos adoro yo
cuanto en vos conozco, aun no
baste en mi amor lo inmortal.

Amores, en este empleo,
eternidades sabrá
mi vida, y siempre estará
quejoso lo que en vos veo.

Mi elección sin vos ociosa,
aunque peligrar se viera,
que sin vos nunca pudiera
ser acertada, ni hermosa.

El amor, la fe, que os muestro,

mi amor, nunca os pedirá
que lo agradezcáis, que está
todo en vos, y todo es vuestro.

No es bien menos soberano,
ni menos ventura es,
que morir a vuestros pies,
el no morir a otra mano.

Que si pudiera a la ajena
morir con alma entendida,
allí quedara la vida,
y a vos llegara mi pena.

Tardó el respeto en mostraros
que os amaba, y aunque yo
me perdía, no perdió
ningún instante el amaros.

Que en mi muerte, que ya en vano
sin vos a temella llevo,
la causa pasara luego
a buscar en vuestra mano.

Para triunfo a mis despojos
a tanta luz os miré,
que no tuvo ni aun la fe
en qué ayudar a los ojos.

Dos imposibles mi amor
os confiesa en conoceros,
el más grande en mereceros,
el amar a otra, el mayor.

No es razón de luces llena
quien más hermosa os entiende,
que vuestra beldad no pende
de razón, ni luz ajena.

Pues si con necia locura
tuviera otra voluntad,
aun hasta mi necedad
os diera más hermosura.

Lo ventajoso, lo bello,
que pende sólo de sí,
en vos sólo está, y en mí
la dicha de conocello.

Con tan desvalida suerte
os quiero, y tanto se miden
mis cuidados, que aun no piden
las noticias de mi muerte.

Belisa hermosa, que iguales
ves en amistad tan pura
de esta imposible hermosura
los extremos celestiales.

Si en la gala, si en el modo
tiene deidad por amiga,
un desdichado, que obliga

a desobligar de todo.

Sepa, Amariles gloriosa,
por ti mi amor, pagaré
con eternidad de fe
eternidades de hermosa.

Décima

Nadie en pagar os iguala,
aunque es pagar el dinero
mal traje de caballero,
que no es al uso, aunque es gala;
y así os llevan de mala
el de Castro, que con tanto
faldón, en colete, y manto
comprar puede, y hacer tiro
con Sástago en un suspiro
con velada en un espanto.

De otro modo

Nadie en pagar os iguala,
aunque es pagar el dinero
mal traje de caballero,
que no es al uso, aunque es gala;
esa del Castro no es mala,
porque sea leve amparo,
cuando maneje al sol claro
el arcabuz, y el rocín
el montaraz serafín
del señor don Luis de Haro.

Romance

Zagala de lindos ojos,
tan lindos, que de ellos dicen
que cobra la muerte vida,
porque otra vez se la quiten.

Siempre yo sus luces vea,
y en sus instantes peligre,
porque merezca una muerte,
que muchas veces la envidie.

No puede un alma deberte
más razón de no ser libre,
ni más alta hermosa causa
de perdonalle imposibles.

Morir tan aprovechado
aun a mí se me permite,
pues cuanto en mi vida muere,
en mi entendimiento vive.

Los verdes campos del Tajo,
que primero, que los pises,
a las nuevas de tus plantas
hacen deudas sus abriles.

Tan lisonjeros te esperan,
tan alegres te reciben,
que, si no animadas flores,
almas floridas te rinden.

Glosa al mote que empieza «Yo he sido tan peregrina»

Mote

Yo he sido tan peregrina
de uno solo, que jamás
quise ni menos, ni más,
cosa más, ni menos digna.

Glosa

Peregrina yo en amar,
tan alta causa busqué,
para sentir, y penar,
que muriera, a no igualar
razón tanta a tanta fe:
no a la causa, que me inclina,
le perdone la divina,
y se ha desmentirse humana,
ella fue tan soberana,
yo he sido tan peregrina.

Y tanto lo llego a ser,
que sintiera el confiar
lo querido, que un querer
por lo vecino al temer
está lejos del amar:
¿que jamás de mi favor
presumió, cuando fue más?
¿que jamás hizo este error?
¡oh cuán digno es mi amor
de uno solo, que jamás!

El miedo en lo más querido
siempre fue lo más airoso,
y aunque tan galante ha sido
en amor lo agradecido,
es más galán lo quejoso:
menos mérito que vi,
no me bastará, y jamás
para veneralle en sí,
ni para vencelle en mí
quise ni menos, ni más.

Aunque siempre es lo mayor
lo que se ama, y lo mejor
amo yo, por conocello,
es más glorioso el debello
al acierto, que al amor:
ya no me sufriera ser
menos rara, menos fina,
ni en tan alto padecer
osará mi alma querer
cosa más, ni menos digna.

Otra

Tan peregrina he nacido,
que mi amor siempre buscó
lo más en lo más querido,
pero sin razón me pido,
¡qué mayor que amarlo yo!
la causa noble, que inclina,
mejor una fe acrisola,
y tierna, constante, y fina
en que ella fuese tan sola
yo he sido tan peregrina.

Quien saber lo que he querido
quisiera, las señas son,
que jamás, jamás lo olvido,
que de él nunca he pretendido
más razón, que mi razón:
que jamás he de poder
olvidallo, y que no más
de una vez se ha de querer,
no es duda, ni que he de ser
de uno solo que jamás.

Lo que amé, lo que admití
lo más, lo mejor nació,
ni menos causa que vi,
ni la pudiera amar yo,
ni la sufriera yo en mí:
hallar más no pudo ser,
que amar, y menos jamás
se pudiera en mí temer,
que para un solo querer,
ni quise menos, ni más.

En la elección de un dolor
tal vez se ha mirado el gusto
infamado en el error,
que más veces que ser justo,
sabe el amor ser amor:
yo amé con vez siempre fina
la causa más peregrina;
que menos no me venciera,
ni mi amor querer supiera
cosa más, ni menos digna.

Otra

De amor yo Fénix mejor
toda entregada a un cuidado,
siempre eterna en mi dolor
aun ceniza no he dejado
para formar otro amor:
ella nace en su ruina,
y mi fe más se acrisola,
y más siempre, y en lo fina
si la firmeza fue sola,
yo he sido tan peregrina.

Yo quise lo que nació
más amable, y cierto fue
poco firme, se engañó
la dicha, el alma, y la fe,
y todo, y el gusto no:
que jamás ley amorosa
guardó, es su nombre no más,
yo a todos desdeñosa
amante soy, y quejosa
de uno solo que jamás.

Pagando a mi inclinación
lo más lucido pensé,
que cabe en una afición,
que para ser elección
no pensé de otra una fe:
en mi gusto mereció
lo que otra dicha jamás,
ni aun loca lo imaginó,
que para vencerme yo,
ni quise menos, ni más.

Sin que mi amor lo aprobara,
era digno del mayor,
pero mi amor le bastara,
cuando otra razón no hallara
para merecer mi amor:
aunque ofendido, fineza
hizo mayor, y aunque indigna
no desmereció lo fina,
que no amara mi estrañeza
cosa más, ni menos digna.

Romance

De vos la hermosa Maruja
grandes querellas me dan,
porque publicáis las coplas
glosadas, y por glosar.

Yo glosé por vos el verso,
que dulcemente fatal,
ya que no fineza en dicha,
la mintió la eternidad.

Yo, cuando en los campos fuistes
mucha, y dudosa deidad,
si era Diana lo hermoso,
si era Adonis lo galán.

Montes a vuestro retiro
escribí, y en ansia igual
labramos en vuestra ausencia
templo a nuestra soledad.

Cuando vos conversadora
levemente desatáis
almíbares en pimienta,
y airosos montes en sal.

Para celebrallo todo
mudo admirado Bausán,
voces son más repetidas
los aplausos del callar.

Cuando os bastaba mi pluma,
que fue la gala, y solaz
de Palacio, antes que fuese
en ti Apolo Villayzán.

Si ser Padilla en Toledo,
vuestra copla desleal
levantó ahora en Madrid
segunda comunidad.

Vos comunero, Maruja,
que a primores, que en vos hay,
tributos de admiración
les paga la novedad.

Vos que en excelencias tantas,
porque divina quepáis
en los confines de humana,
se hace el mundo más allá.

Vuestras altas puridades
con tantos comunicáis,

cuando es avara de sí
la menor divinidad.

Esto de ser para todos
júntelo en su Josafat
sin juicio ninguno, en tantas
necedades Montalbán.

Pero vuestro pensamiento
peregrino, y singular
no en figura de Romero
le entienda cualquier Galbán.

Y ahora queréis que sea
la copla, que vos no dais,
de la más bella, y temprana
tortolilla de cristal.

Mas si en esta queja os debo
otra mayor deslealtad,
mal año en la obligación,
que bien sabe pagar mal.

Que viendo, que es pena ajena
el diablillo celestial,
que de angeleta, o demonio
en duda tiene lo más.

Vos tercera del primero,
con muy verde ancianidad
hablándole estáis al alma,
mejor que el zan fuera el zas.

Entendido es el mancebo,
y galante otro que tal,
y en tomando en su mesura,
bellaco de par en par.

Pero la centella en rayos,
chispa de nieve en agraz
sobre las torres más vanas
tremola su libertad.

Mas si la sangre sin fuego,
(vaya esta civilidad)
gallegos son, no alaveses
los panales de Almazán.

¡Oh altísima Varonía,
más gigante, aún más atrás,
yo solo te guardo el puente
el jayanazo de Orgaz!

Y en Mendoza, y limpia cuna,
si esto campa, suelto va
lo montañés; con el sol
apostara yo el solar.

Pero si el amor es lumbre,
y viento la vanidad,
salga el de buen aire, y yo
arda en su fuego inmortal.

Mas ya no hay guerra en su guerra,
que el celeste Satanás
en todo lo negro arbola
blancas banderas de paz.

Cuando yo puliendo estaba
el desaliño infernal
de estas copletas, que siempre
he pecado en este Adán,

las vuestras llegan, en quien
la sentencia pronunciáis
contra un amor inocente,
que fue mudo, y ciego ya.

Vos sois la Condesa Claros,
que decís con claridad
lo que hacéis, y en vos, la niña,
caduco está lo rapaz.

De vos yo valerme, fuera
tan gran remedio infamar,
y es salud muy peligrosa
quien ser puede enfermedad.

Valed en lo más valido;
mas tate, que por acá
misterios encierra el bosque,
miente el diablo del lugar.

Cuanto pasa, y que no pasa
se sabe en todo zaguán,
con su habla, y la de todos
muere cualquier voluntad.

Los amantes de chitón
¿qué se hicieron? ¿dónde están?
pregones son de Castilla,
saudades de Portugal.

¿Yo marquesías, Maruja?
modesta culpa en verdad
para una alma concebida
en hidalgo original.

El Señor con sus alturas;
que a mí en templada beldad
me sobra en caducas telas
bien guisado el tafetán.

Vayan a muchos las muchas,
y a hebrero la variedad,
que mi fe (loado sea Cristo)
Dios pronuncia, que no Alá.

Una sola quiero, y sola
eterna en mi amor será,
venciendo al cielo en firmeza,
y a los siglos en edad.

Mas tan escondidamente,
que exceda en callado amar

los antaños (que Dios haya)
los nunca, y los jamás.

Si queréis las señas, vos
solamente, perdonad,
la más hermosa es del mundo,
y aun le quedo a deber más.

Glosa a la copla que empieza «Iros a cazar, no es iros»

Copla

Iros a cazar, no es iros
a tirar, sino a hacer tiros.

Glosa

Cazadora soberana,
que hacéis en campo escondido
mil harpones de Cupido
de una flecha de Diana,
en toda la selva humana
del vivir sois traición bella,
que apuntáis con una estrella,
y matáis con dos zafiros;
iros a cazar no es iros
a tirar, sino hacer tiros.

No quede ni parte alguna,
ni elemento, en que mi muerte
se os resista, que mi suerte
es más fiera que ninguna,
en la tierra mi fortuna,
en el agua mis intentos,
el aire en mis pensamientos,

y en el fuego mis suspiros,
iros, etc.

Retiraros desdeñosa,
más que retiro, es despego,
y huir de no oír el ruego
se llama flaqueza hermosa,
una esperanza quejosa
fabrica la rectitud,
que si no es de la virtud,
no son buenos los retiros,
iros, etc.

Yo que en Medina de hogaño
en vuestra opinión nací,
bien que hacéis por él, y en mí
bastarda injuria al engaño,
socorred con desengaño
tan distintas opiniones,
que la fe de los Antones
no se topa en los Ramiros;
iros, etc.

Si vidas queréis rendidas
a vuestros pies, emplead
tan severa ociosidad
en más generosas vidas;
no queden, no, presumidas
las que os sirven las florestas,
que os cuestan buscarlas, y estas
se os rinden, a no rendiros;
iros, etc.

A donde gusto infernal
las arrastra, aun más inclina,
todas pican en Medina,
y en Sástago original;
niña hermosa, y celestial
la fe de Antones iguales
no se ceba en los artales,
ni se topa en los Ramiros;
iros, etc.

Romance

¡Qué bien se quiere Celinda!

¡oh qué buen gusto que tiene!
y ¡qué bien se han concertado
tanto fuego, y tanta nieve!
¡Qué bien templa, y bien descuida
los yelos de sus desdenes,
y a su ira las esperanzas
no más se permiten verdes!
De ninguno merecida
ella sola se merece;
mucho en sí que amar le queda,
aunque esté queriendo siempre.
¡Qué bien empleado vive!
¡qué bien por ella se muere!
bien lo calla, quien lo dice,
bien lo sufre, quien lo siente.

Estribillo

Bien te quieres, y más te debes

Bien te quieres niña, y bien,
no sé cuál se emplea mejor,
o en tu perfección tu amor,
o en mi pena tu desdén.

Sola una dicha le falta
en las muchas de quererte,
que aun amándose a sí misma
por sí misma no padece.

Pensar amor que es amor
donde no hay alma, que pene,
donde no hay vida, que muera,
miente el amor, si no miente.

Hermosísima Celinda,
lo que vives no te quieres,
que no cabe algún vivir
en la vida de quererte.

En lo morir de tus ojos,
¡oh qué aciertos que te pierdes!
que están a tu amor fiados
los créditos de una muerte.

Tus divinas luces bellas
no dudo yo que te alienten,

que en ti misma a todas horas
nuevas glorias te amanecen.

Mas si por ti no suspiras,
no te yelas, no te enciendes,
no, Celinda, en tu hermosura
te pagues, lo que te debes.

En penas, en sentimientos
tanto quedas a deberte,
que no costarte ninguno
a todo el dolor ofendes.

Pero gloriosa en ti misma,
ni penar, ni sentir puedes,
otro más sea en pagarte
los imposibles, que vences.

Y sepan ya tus favores
que han podido merecerse
y sepan, siquiera un día,
ser airosos tus desdenes.

Bien te quieres, etc.

Décimas

Envainada en falso yelo
mil veces más bella aurora,
pues mentió, mienta en buen hora
el ángel, pero en el cielo;
¡ya tan presumido el vuelo
mi barquilla en golfo incierto
olas navega sin puerto!
mentís demonio angelado,
que no se busca oleado,
quien va de otras manos muerto.

Vuestra hermosura gloriosa,
que la beldad ha nacido
más bella, ser ha querido
la mentira más hermosa,
Fénix real, más generosa,
no testimonio a un humano
levantéis tan soberano;
baste que en divinos modos
levantéis, señora, a todos
pensamientos tan en vano.

Romance

Afuera que una muchacha
centella de rosa, y nieve,
los pies lleva en dos abriles,
pero en sí las flores siempre.

Nevadas floridas huellas
señas de su planta ofrecen,
y las aves, y las hojas
todas son incendios verdes.

Libre, y hermoso el cabello
con mejor ley obedece
a las licencias del aire,
que a los preceptos del peine.

Del Fénix lo peregrino,
y lo estraño todo miente,
y en ella en lo sólo hermoso
es solo verdad el Fénix.

Batalla de los sentidos,
dulce tirana, florece
más a victorias, que a yervas
el campo de tus desdenes.

Desveladas a tus luces
las almas, y noches tiene,
y en tus bellísimos ojos
los mismos soles se duermen.

Que a la vida llamen sueño
qué mal, y qué bien parece;
pues no reposa un instante,
que todo en amar se muere.

La vida, el sentido, el alma,
y todo llega a perderse
por ella, y todo se logra
la razón, en que se pierde.

Cuanto se padece, y ama,
se cobra en lo que se quiere,
y no ha menester más premio,
quien querer lo más merece.

Nada nos debe en amalla,
que es dicha, es gloria, y es suerte;
sólo en ser aborrecido
la conformidad nos debe.

Quién es la muchacha hermosa

ninguno ignorallo puede,
que en lo más cuerda, y más bella
su nombre digo dos veces.

Décima

Aunque a picarte no llega,
hermosísima Señora,
ningún chocolate ahora,
que se toma, o que se juega,
ya que amor también te niega
su picazón, toma aquí
el naipe, entreténte, y di,
que de un alma que ha ganado,
lo perdido, y lo pecado
todo queda para mí.

Otra

Inés, que en bella maldad
quieres más al triste Antonio
miralle en un testimonio,
que velle en una verdad,
solo tu hermosa beldad,
a un alma dejó lucida;
pero tanta varia herida
cuando en tan nueva afición
me quepa en todo lo Antón,
no me cabe en una vida.

Esta décima, y las dos que comienzan «Envainada en falso yelo» son a una gran hermosura, que sin más fundamento que pensallo, dejó engañarse de un hombre, que a una embarcación soberana daba también su oleadita.

Al licenciado Fernando de Soria Galbarro, Chantre de Córdoba,
convidándole a comer

Décima

Fernando de amables partes,
el miércoles con primor
nos quitará tu favor
el agüero de los Martes;
procuraré que te hartes
solo de tener templanza,
y por cuna tu esperanza,
que le bastará por dote,
a tan leve Don Quijote,
el más flaco Sancho Panza.

A mi señora doña Juana de Bobadilla, viuda del licenciado Amador de
Molina, del Consejo Real de Castilla

Décima

Pues mía no hay copla alguna
que a vos no os padezca error;
mirad si escribo mejor,
que en romance, en aceituna;
preguntadles una a una,
¿quién son? si les deja el susto
responder, aunque es más justo
para vuestra impertinencia,
que tenga buena paciencia,

que no que tenga buen gusto.

Décima

En lo bello, y lo garboso
de la mano, bien vestido
el dulce presente ha sido,
aunque el traje no fue airoso;
más en lo claro, y lo hermoso
del gentil dueño gallardo,
dígalo, que me acobardo,
toda esperanza se pierde,
que su caricia más verde
belloticas son del pardo.

Otra

Amor, que medroso llego
a tu nombre nunca amigo,
si seas traidor conmigo,
basta loco, y sobra ciego,
a perdonarte me entrego,
si me pierdo bien en ti
algo de la dicha sí,
pero de la culpa no,
sea lo que amare yo
cuerdo en él, y digno en mí.

Otra

El dale que le darás,
fue porfía, y más porfía,
y todo en tu bizarría
es más grandeza, y aún más;
fiesta de guardar jamás
lo quieras ser bella Inés,
que en dar tempestad cortés
es que entre tus manos mismas
temblando están las cuaresmas
de que por pascuas las des.

Otra

Si un favor tuyo, mi bien,
experiencias permitiera,
noticias tuyas me diera
lo que adoró tu desdén;
que si es tan glorioso bien
el padecer tu rigor,
¡oh cuán grande en tu favor
sería la dicha en mí!
que en fin puede haber en ti
más gloria que la mayor.

Romance burlesco

Por vos Francisca gallarda
la fe verdadera tengo,
y de amante catalino
soy mariano caballero.

Si el chocolate os picare
(perdonad este concepto)
mucho más a mí me pican
vuestros ojos, diablos bellos.

Sin azafate os le envió,
que a nadie igualar os quiero,
pues en bella, y en belleza
sin igual os hizo el cielo.

Busquémonos algún día,
mas no a guisa de convento,
que hacer locutorio el campo
si no son rejas, son yerros.

La bendita travesura,
siempre adoro, y reverencio,
que no es bien gastar las almas
sin lisonjas de los cuerpos.

Las coplas son de repente,
ministrándome en el tiempo
el Fénix de los amigos
mejor ama, y mejor dueño.

A Dios quedad, rubia hermosa,
y tened a los rineos
lástima, ya que no amor,
pues quedo conmigo mismo.

Glosa a la copla que empieza «De la niña de amores tirana»

Copla

De la niña de amores tirana,
no penséis que está sin amores,
no digáis mentira pastores,
yo sé bien que adora a Juana.

Glosa

No hallaréis beldad segura
de algún verde sentimiento
que se precia el escarmiento
de hacer tiro a la hermosura;
más gloriosa, y más pura
señas descubre de humana,
porque ya no hay flor temprana,
que pase la vida en flores:
no digáis, etc.

No hallaréis beldad segura,
que una verde destemplanza
si es altiva por venganza
es noble por desventura:
pues ama toda hermosura,
esté la esperanza viva,
porque la noble, y altiva
trueca en amor los rigores:
no digáis, etc.

Aunque no halle un rostro hermoso
quien le sepa merecer,
méritos no ha menester
nadie, para ser dichoso:
la suerte de un venturoso
en la belleza más vana
con batería temprana
estragos hace mayores:
no digáis, etc.

Coplas glosando la letra que empieza «Después que mi bien perdí»

Letra

Después que mi bien perdí,
quiero, sin querer más bien,
perder mi suerte también,
pues quiero morir de mí.

Copla

Lisi, pues ya no he de verte,
muera yo de mi tristeza,
que morir de tu belleza
no lo merece mi muerte:
si se lograre en quererte,
ya la quiero tan perdida,
que muriendo de mi vida
aun pierda el morir de ti,
después, etc.

Si en el bien que me faltó
tan indignamente muero,
pues no es por lo que quiero,
sino porque quiero yo:
muera mi vida, mas no
muriendo piense mi vida
de otro dolor presumida
que muere más que de sí,
después, etc.

Romance

A Cintia he visto, pastores,
que pardiez no tiene par,
la más hermosa del mundo
aun se quedó a deber más.

En su aldea, y en la villa
tuvo el cielo por igual,
tuvo el sol por competencia,
tuvo el mayo por galán.

Sin dueño, y sin esperalle
soberana a cuantos hay
sobre el mérito más alto
tremoló su libertad.

Cuanto vive, y cuanto muere,
y sabe sentir, y amar,
en sus bellísimos ojos
todo yace, mas no en paz.

El pecho, el sentido, el alma
todo es gemir, y penar,
y sólo el querelle bien
no se queja de estar mal.

Conque padece la vida,
cuanto mata su beldad,
en el morir en sus ojos
más peligra lo inmortal.

Sus ojos mil veces bellos
en gloriosa tempestad
asombros de luz se cuentan,
no se llaman soles ya.

En tanto humano peligro,
que armado en la vida está,
dichosa el alma, que muere
en riesgo tan inmortal.

Romance

A competille su nombre
a la florida salió
toda la flor sin el mayo,
sin segundo todo el sol.

Airado, y crudo el febrero
su pardo ceño templó
a violencias de sus ojos,
y a milagros de su voz.

Tan montero serafín,
como rayo cazador
vivir llama lo que mata,
pero lo que vive, no.

De tres peligros de fuego
armado en igual rigor,
si nada resiste al uno,
menos perdonen los dos.

Qué sagrado hallaremos hoy,
qué sagrado, qué,
que ninguno seguro se ve;

cazadora que nadie pelagra mejor
que dos veces dulce tirano,
cuanto en el aire vence su mano,
en la tierra huella su pie,
qué sagrado, qué.

Melancólica la niña
busca el retiro mayor,
si es porque algo quede bello,
decillo no puedo yo.

Al campo se desafía,
valiente con su dolor,
que en vano, si es guerra él mismo
treguas busca el corazón.

Al que dice, que os adora,
lo más diciéndole estoy,
que por lo menos me fía
un acierto, y el mayor.

Al salir la Reina a Misa

Romance

La mayor Reina del mundo,
a la que en la tierra, y cielo
a serafines, y estrellas
cuenta el aire sus cabellos.

A la más gloriosa y alta
reina, que hallando luceros
serlo todo, y más que todo
es de sus glorias lo menos.

Parte a ofrecer generosa
el fruto, que de su pecho
dulcemente se compite
al más hermoso, y más tierno.

Una aurora en otra aurora
bellas dudas pone al tiempo,
si va en los dos lo más santo
o en entrambos lo más bello.

Y en varios instrumentos,
que ciñen las nubes,

que pueblan los vientos,
armonías sonoras, y suaves
en dulces, en altos,
en tiernos, y graves
nuevos acentos
coronan las aves,
a voces repiten
mirando de un ángel
el bello tributo,
y viendo en sus padres,
glorias en ella, triunfos en él.

Partan, partan el laurel,
y en siglos se lo anticipe
la religión de Felipe
y la piedad de Isabel.

Hija de su sangre en aguas
o le dan más alto el premio,
que en los españoles reyes
lo cristiano es mayor reino.

Imperio más soberano
hoy debe a este Sacramento,
que otro deberá mañana
el justo esperado imperio.

Oh católicos Monarcas,
vuestras huellas sigue el pueblo,
pues en los reyes gobierna
no la ley, sino el ejemplo.

Venceréis tanto enemigo
con la religión, y celo,
que envidiosos más os miren,
que a competencias, a miedos.

Romance

A los vientos, y a las ondas
valiente se muestra un sauce,
que en el tronco rompe el agua,
que en las hojas quiebra el aire.

No es guerra, sino lisonja,
que céfiros, y cristales
en las ramas ponen treguas,
y a la planta ofrecen paces.

Enamorado, y alegre
Narciso de pluma un ave
en dos imposibles vuela
uno libre, y otro amante.

Aquella flor, que deslucen
tempranamente las tardes,
mañanas goza, en que vive,
y auroras tiene, en que nace.

Todo vive, y respira,
sólo mis males
sufrir, callar, morir,
y penar saben,
no, pues la aurora lo ignora,
lo sepa nadie.

Dos prisiones mis sentidos
padecen en una cárcel,
una suya, en que se pone,
y otra mía, en que se calle.

Glosa a la letra que empieza «Apostemos, niña, que acierto»

Letra

Apostemos, niña, que acierto,
qué tenéis en el pensamiento.

Glosa

Sin aliento el corazón,
el cuidado divertido,
desanimado el sentido,
y turbada la razón,
tiernos pensamientos son,

que no los calla el callar,
que el silencio sabe dar
muchas voces en desierto:
apostemos, etc.

Si el mar de amor amedrantas,
no huye quien muere a solas,
que dentro va de las olas
quien lleva en sí la tormenta,
no menos peligros cuenta
el miedo, que el mismo brío,
que también cualquier navío,
sabe perderse en el puerto:
apostemos, etc.

A Mariana Vaca, mujer de Antonio de Prado, autor de representar,
habiéndola mordido un perro, y ofreciéndose a la venganza un Conde

Décima

Un blando en todo concierto,
Filis, Conde vengativo,
de que un perro queda vivo
a vista de tanto muerto;
del can, que te hizo el tuerto,
si derecho le respondes,
te venga, y si correspondes
a quien eres, y a quien es,
más seguro es que te des
a los perros, que a los Condes.

Romance

Qué festivo el arroyuelo
al prado baja de un monte
presuroso por las peñas
detenido por las flores.

Por lo ameno se dilata,
por lo erizado se encoge,
y en el valle son caricias
las que en la cumbre son voces.

Si por no sufrir semblantes,
ni asperezas, ni rigores
saben huir los arroyos,
¿qué deben hacer los hombres?

En ceños, y en desagravios,
que se miran, no se oyen,
todos serán fugitivos
arroyos, y corazones.

Amoroso arroyuelo,
que libre corres
siga, siga tus pasos,
quien los conoce.
Que en las duras peñas,
y tiernas flores,
¡qué bien dices quejas,
qué bien amores!
Huye, y no tornes,
tu razón no muere,
como tu nombre.

Celinda, en lo hermoso y dulce,
de tus bellas perfecciones,
alma, que de amallas vive,
no cuenta el morir de entonces.

¡Qué bien se detiene una alma
en los floridos albores
de tu cara, en cuyos ojos
la noche ignora la noche!

Pero en los peñascos duros
de tus fieros desfavores
el arroyo vuela, y triste
ondas quiebra, y alas rompe.

Si halagos quiere, y no iras
la fuente insensible, y pobre,
¿qué harán en blandos sentidos,
vidas tiernas, y almas nobles?

Amoroso arroyuelo, etc.

Décimas

Niña, después que te vi
cantadorcita, y después
de todo, temo que des
muy mala cuenta de mí:
mas nunca, Antandra, temí
cantar en ti fe tan poca,
ni que Alcañices con toca
fueras, partiendo crueles
a mentiras, y a claveles
su imperio hermoso tu boca.

¡Escándalo temerario,
que ose desdeñar ahora
una rubia cantadora
a un trigüeño secretario!
aquí del protonotario,
si mi cuidado me alcanza,
que en larga desconfianza
fino, tierno, triste, y loco,
ni aun en sus pasos tan poco
le alcanzará mi esperanza.

Niña de mi corazón,
ya sé que fuiste (¡qué afrenta!)
persona siempre de cuenta,
pero ya ni aun de razón;
sus promesas (atención)
todas son cuento de cuentos,
los millares mis tormentos,
que a mi esperanza, y mis penas
alas suman las arenas,
y las consumen los vientos.

Contigo en soberbia vana
de la hermosura que goza,
es Galatea una moza
leve, apacible, y cristiana:
¡que tú me anegas tirana
después del golfo en la orilla!
oh norte de mi barquilla,
para que yo me lamente,
quejas me dé un pretendiente,
gritos don Juan de Castilla.

Bellísima, en quien jamás
la alabanza es mentirosa,
del mundo la más hermosa,
y aun te quedo a deber más;
como entre esperanzas das

penas, desvíos, y engaños,
que se pudren los antaños,
sin que en promesas tan vanas
de tus palabras livianas
quepa un Dios en tantos años.

Lo celestial, lo severo,
lo soberano, lo justo,
paso, que empeñó en el gusto,
todos los dio en el primero:
en lo grande no hay postrero,
que anduvo todo el camino
quien permitió a su destino
la primer huella temprana,
y es la parte más humana
engañar a lo divino.

Gloria de mis pensamientos,
en mi ley, y en tus engaños,
como días, meses, y años
¡ay no cuente yo escarmientos!
que están los siglos atentos
a ver sin queja, y segura
una fe (oh más bella, y pura
deidad) la logra en fineza,
y mi amor en tu belleza
cuente más esta hermosura.

Romance

Apartado de tus ojos,
bellísimo dueño mío,
antes viviré lo muerto,
que sufra contar lo vivo.

Eternidades los días
o los padezco, o los mido,
que en tu soledad las horas
aun se agraviarán de siglos.

Los instantes de no verte
llorados mas no sufridos
de mi amor todo lo eterno
competir quiere conmigo.

Tomen, tomen ya mis quejas
en tan rebeldes retiros

de tus bellísimos ojos
venganzas en tus oídos.

Celestial señora, escucha
de un largo amor lo más fino,
de una pena lo más tierno,
de un alma lo más rendido.

Oh siempre gloriosa Antandra,
en quien siempre más lucido
del merecerse en tu rostro
aun vano está lo divino.

Que en tu severa hermosura
lo desmayado, y lo tibio
forman todo lo perfecto
a milagros de lo lindo.

En cuya región nevada
el mayo en lucientes visos
en señas arma lo hermoso,
y en escarchas lo florido.

Tan natural lo más bello,
tan propio lo peregrino,
que el servirlo, o ser Antandra
ninguno dudó lo mismo.

Que en tus altas perfecciones,
que apuestan con lo infinito,
que pasan lo soberano,
aún en queja, cuanto digo.

Oye, pues, de un solo amante
las lágrimas, los gemidos,
que aun cuando se pierdan todos,
no se arrepiente un suspiro.

Después que a tus luces bellas
de obediencia, o sacrificio
me niego todo entregado
de un mal a tantos avisos.

Los desiertos son del sueño
mis ojos, y lo dormido
más por lo muerto que tiene,
que por descanso, lo envidio.

En mis penas, y en mis llantos
lo que a mi pesar respiro,
por tener señas de vida,
me lo quitan por delito.

Todo mi mal se ejecuta,
todo contra mí lo miro,
y solo, en quien sólo adoro,
tengo ociosos los alivios.

¿Quién será, quién tan osado,
quién tan loco, y presumido,
quién tan vano, quién tan necio,
quién tan hallado consigo,

qué los ojos y los pasos
le dé al amor más indigno
de ventaja, y libre deja
el campo de los designios?

¡Oh bárbara confianza!
¡Oh modesto desatino!
¡Qué estragos están gimiendo
los desdeñados peligros!

Asistencias, y ocasiones,
asaltos siempre continuos
de homenajes de diamantes
murallas harán de vidrio.

Otro asiste a quien yo quiero,
el favor no le averiguo
pero él muere a luz más buena,
donde es parte algún testigo.

Que trabajada, aunque firme,
yace mi fe, que a delirios
o se entregue, o viva siempre
a pausas, y parasismos.

No en quitarme los temores,
no impedir sus desvaríos,
padecer yo las sospechas,
y otro crecer los indicios.

¡Qué desigual, qué tirano
injusto infeliz partido!
si estremece lo escuchado,
¿qué será en mi amor lo visto?

¿Mas qué bajo miedo es este?
¿de ti, mi bien, desconfío,
cuando a glorias, que en ti vive,
es deuda lo más que admiro?

Tú, que celestial en todo
vencer puedes, yo lo afirmo,
a pureza las estrellas,
y a claridad los zafiros.

Oh hermosa Fénix de nieve,
que en plumaje siempre altivo
todo el sol batido en rayos
va tremolando en tus rizos.

Perdona en amor, perdona
los recelos de un olvido,
los desacuerdos de un loco,
y los temores de un niño.

Tu noble trato deshace,
cuanto intenta lo enemigo,
que de tu fe en los milagros
no triunfan los basiliscos.

Sólo a tu nombre le falta,
confiar lo que has podido,

en tus bellísimos labios,
y en tus luceros divinos.

No me asustan, no me alteran
las avenidas del río,
ruidoso caudal en riegos
crece, y mengua en estos ríos.

Que de tu gloria en los mares
son airosos fugitivos,
que en pobres secas prisiones
nunca pasan de un estío.

¡Tú, mi cielo, tú engañarme!
ni temello, ni decillo,
que si para miedo asombra,
¿qué hiciera para castigo?

Sólo a tu razón le falta
el crédito esclarecido,
que en tus bellísimos labios
el nombre sufrió de amigo.

En grande ilustre sujeto
no hay corto empeño, ya digo
que tiene imperio en los fines,
aunque adquirió el principio.

Hermosísima Señora,
cuanto siento, y cuanto fío,
toda la fe, que merece,
y todo el temer ha dicho.

A Lope de Vega Carpio en sus elogios; murió en 20 de agosto de 1635

Décima

Tu ingenio, que celestial
se mide, se cifra, o suma,
de alma, que sobró a tu pluma,
te fabrica lo inmortal;
te fabrica lo desigual,
y cuanto el humano alcanza,
sé tu mayor alabanza,
tu nombre eterno, y oficio

será la envidia ejercicio,
será ocio a la esperanza.

Otra

El aplauso, en que jamás
te podrá bastar la fama,
lo más del mundo te llama,
y aun te queda a deber más;
a los siglos quedarás
por duda, y desconfianza,
por costumbre a la alabanza,
a la envidia por oficio,
al dolor por ejercicio,
por término a la esperanza.

Décimas

Niña, que de hermosos daños
tan bellas noticias das,
sin duda has crecido más
en perfecciones, que en años;
a tan altos desengaños
naces, que en desconfianza
pones la igualdad, y alcanza
a tanto tu beldad pura,
que eres coto a la hermosura,
que eres queja a la esperanza.

Celestial retirada,
niña del cielo,
ser perrito blanco
quisiera un negro,
veo niña hermosa,
viendo también
aún más bello y más niño
todo lo mujer.

No sé, niña hermosa, y pura,
de extremos tantos ceñida
cuál has hecho más crecida
a mi dicha, o tu hermosura:
cuando miro mi ventura,
creo que es lo más dichoso,
cuando veo el rostro airoso,
me digo luego, jamás
la dicha puede ser más,
ni tanto podrá lo hermoso.

Celestial diablillo,
que estás humano,
a este ángel le pido
todo el milagro.

Va de veras, corazón,
que para quedar pagada
dicha de nadie esperada,
pocas las desdichas son:
tenga mi amor por blasón
la esperanza, que segura
mi fe a tan alta hermosura;
y tantas dichas la esperen,
que los siglos se ponderen
a los pies de esta ventura.

Romance

Siguiendo voy un deseo,
y cuando espero alcanzalle,
la tierra, que voy siguiendo,
toda es fuego, y toda es aire.

De las manos se me huye
una gran dicha, que sabe,
que en mi dos veces supiera
no ser dicha, y no ser grande.

Siendo inmensos los gemidos,
siendo infinitos los males,
aun más quedan a deberse
a la causa de que nacen.

Que en vano los mares,
hacen número a mis pesares,
que son a mis penas,

que son a mis voces
¡pocas las arenas,
menos las flores!

Las olas de mi esperanza
a las del mar semejantes
en montañas aparecen,
y en espumas se deshacen.

De la dulce mi enemiga
al bello esquivo semblante,
todo mi morir le cuesta
sólo quejas de ser tarde.

Cielos, venganza o paciencia,
aunque ya ninguna es fácil,
que hacer guerra a viento, y nieve
es peor que a fuego, y sangre.

Que en vano, etc.

Romance

Querida, y celosa niña,
la más bella del lugar,
los celos en vos no es menos
que otra confianza más.

Vos amada, y vos quejosa,
sin duda es querer mostrar,
bien mío, que en vos también
es linda la falsedad.

¡Temores en la hermosura!
déme albricias la fealdad,
alégrese la desdicha,
descanse la envidia ya.

¡Tanto miedo en tanto hermoso,
qué imposible humanidad,
cuando a señas de divina
os ruega lo celestial!

Qué traición y qué crueldad,
qué nuevo extraño rigor,
qué fiero injusto desdén
matar quejosa también,
la que hermosa mata mejor;
yo sé que es mentira,
yo sé que es verdad,

niña, y más deidad;
yo sé que es mentira,
yo sé que es verdad,
yo lo sé muy bien,
yo lo sé mejor
que es mentira el miedo,
que es verdad mi amor.

 Novedad no fuera mucha,
que una dicha hiciera mal,
pero hacer vos un dichoso
fuera grande novedad.

 Teneros a vos quejosa
(que no es posible jamás)
¡qué primor, qué dicha fuera,
si no fuera necedad!

 No hay más acierto que amaros,
que más quisiera en amar,
que una culpa de dichoso,
mil ofensas de galán.

 Dudar vos de ser querida,
la razón se quejará
del cielo no sentir bien,
de las almas decir mal.

 Qué traición, y qué crueldad, etc.

Al Conde Duque, habiéndole dicho que le imitaba en tener en casa
males, en ocasión que estuvieron enfermas mi señora la Condesa, y mi
señora doña Clara

Décimas

 Nada puede ser más cierto
que nada te será igual,
y que imitarte en el mal
aun se tendrá por acierto:
que aun en los golfos es puerto
el seguirte, y tanto atino
va entre paso peregrino,
que el afortunado empeño,
que ha sido en todo despeño,

en ti no más es camino.

Lo fino, tierno y galante
diste a enfermero, y marido,
si de Rey también servido
algo te sobró de amante;
yo con dolor semejante
en ansia mil veces mía
asisto a mi compañía
venerada en tal mujer,
que no te puedo deber
un milagro cada día.

Romance

El día hermoso del Ángel,
de Madrid bella estación,
al día salieron todos,
y al Ángel no más que yo.

La guerra de aborrecer,
es un villano dolor,
que ha menester sentimientos,
pero los sentidos no.

Calle la hermosa Narcisa,
en guerra con un dolor,
que has menester sentimientos,
pero los sentidos, no.

De un grosero a sus oídos
esperanzas se atrevió,
¿y qué hiciera en todo el gusto,
quien no lo sufre en la voz?

Con el cristal de una mano
resistir intenta dos
tempestades de sus ojos,
que ríos, o rayos son.

No las manos pongas,
en los ojos no,
no las pongas, no,
mira que son nieve,
quítalas del sol.

No lágrimas, sino iras
vierte, niña tu furor,
que ofensas aborrecidas

las ignora un corazón.

Padecer por quien se quiere,
no es muy pesado rigor,
pero es sufrir lo que cansa
desdicha de sin razón.

Si aborreces, aborrece,
que no hace menos sazón
un ceño en lo aborrecido,
que en lo dejado un favor.

Para más hidalgas penas
el tierno llanto nació
no llores de tu desdén,
pues no puedes de tu amor.

No las manos, etc.

Décimas

Aunque siglos hayan sido
lo que tu gloria ha tardado,
pues ya la dicha ha llegado,
ningún instante ha mentido;
de un bien nunca merecido
a merecer sus verdades
aun no bastan las edades,
que a sus breves dulces horas
aun deben quedar deudas
las mismas eternidades.

La inmensidad de quererte
siempre a mi amor retirada,
¡qué de excesos es pagada
en un instante de verte!
qué será sin merecerte
lo que espero ya no en vano,
y en favor tan soberano
¡qué harán tus paces hermosas,
cuando aun fueron tan dichosas
solo heridas de tu mano!

En tu gloriosa hermosura,
que en imposibles se alcanza,
más que la misma esperanza,
será fina la ventura:
rendida, eterna, y segura

siempre a tus pies la verás,
y a sus veras le dirás:
en nadie hallé el merecer,
pero ha llegado a querer
no más que el quererme más.

Romance

De los engaños de Lisis,
Antón se quiere apartar,
mal año en la obligación,
que bien sabe pagar mal.

Lo bizarro de un desdén
vence airoso lo galán,
pero lo civil de un trato
es guerra, que deja en paz.

Con el disfavor despide
la generosa beldad,
mas con el arte no es menos
que un deslucimiento más:

Avisar, avisar,
corazón, que no hay que amar,
que todo escarmienta ya,
bien lo saben mis errores,
que la altura de los amores
oh qué baja que está,
oh qué baja que está:
avisar, avisar,
corazón, que no hay que amar.

En un paso los dio todos
la decente voluntad,
y en sus caminos es tanto
el partir, como el llegar.

Más infiel, por más lucida,
sin peligros de deidad,
que hirió el estrago primero
una culpa celestial.

En bajeza de una fe
gran venganza es no esperar,
que bien queda quien se huye,
por si vuelve, quien se va.

Avisar, avisar, etc.

Al Conde Duque, a 15 de mayo de 1636

Décima

Mejor habla el que más fía,
y sirve en tanta fineza
la menor de tu grandeza
de entera esperanza mía;
cansan el ansia, y porfía
que ya no he de entrar jamás
en su escuela, que además
de las razones que llevo
(sobre lo más, que te debo)
no quiero deberte más.

Romance del Padre Fray Ignacio de Victoria, agustino, insigne predicador, enviando a pedir con ocho vidrios de conservas, la relación que se escribió, por orden de su Majestad, de los sucesos del señor Cardenal Infante D. Fernando en Picardía de Francia, y en Italia del Marqués de Leganés, Gobernador de Milán en 10 de octubre de 1636

No se halla una pizca Antandro,
de esta, que cara no es hoy,
por un ojo de la nuestra,
para admirarla con dos.

De relación vuestra digo,
prodigioso Antandro, honor
de pluma, a tan varias luces
multiforme girasol.

Pluma, que afuera de tanto

vulgar talento roedor,
escaso habita agorero
de un solo asunto ratón.

Si no sarraceno el genio,
Aliatar la discreción,
ocho a ocho, y mil a mil
boernos pasos jugó.

Que en lo serio y lo jocundo
ligado, o suelto, el renglón,
la variedad todo aciertos,
y todo es copia el primor.

Bóveda es blanca el papel,
donde la fama escuchó
a su voz en vuestros ecos
más sonora, que su voz.

Si allí heroico Ferdinando
regio purpúreo esplendor,
tan antes que joven, Jove
mavorcios rayos vibró.

Si allí sin ser Montesinos
a cuchillo, cual melón,
cató a Francia, y a París,
la Ciudad también cató.

Si allí su diestra animando
invicto leño brotó,
ya es palo santo, que extingue
del mal francés el humor.

Si allí (aunque este mal las pide)
hace morir sin unción,
cuando a Francia para tantos
sobra azogue en su temblor.

Si allí ni un pie a la francesa
sino sus picas a dos,
como a cuarto sus corazas,
el ponleví nos mostró.

Si allí pagador turbado,
sin que en ninguna ocasión
le hayamos prestado espaldas,
el francés nos las volvió.

Si allí, según está blando
el diente, y verso veloz,
el siempre gallo en latín,
ya es en romance capón.

Cuyo tiple, porque sirva
a España, glorias cantó,
cuando crestas se le crestan,
quiquiriquí queda en voz.

Si allí el cielo por guardar
a excelso Infante español,
contra franceses polleras

de guardainfante sirvió.

¿Qué dirá, cuando crecisteis
a sus portentos blasón,
a sus estatuas relieve,
ya sus estruendos pavor?

Ved si allí Marte presente
más al asombro atendió,
que aquí de impresos cometas
la peregrina impresión.

¡Cuán peregrina en lo andante!
pues de la tienda en mesón
breve asistió, y santiamén
fue de un, a Dios, que me voy.

Mil, y ochocientos lo digan,
que en menos, que hablando estoy,
solo quedó el que se hirieron,
como Infantes de Aragón.

De uñas abajo pegadas
en rinzas las vendimió
su pitanza, vendidura,
sin decir, valedme, Dios.

Tumulto carnicería
de la tienda el mostrador
a resmas descuartizadas
no se dio vado el jabón.

Aclame entre cual de oveja
con mis once de lector,
y diez y medio de cuartos,
mas ya el difunto expiró.

Es pedir peras al olmo,
pedir a Montalbán hoy
este vuestro, ni una hoja
de todo el tomo quedó.
A puro repetir, ni esta,
no ha quedado con la acción
de los altos un colmillo,
uña pulgar se arrancó.

De lectura, pan bendito,
breve migaja me dio
una a gustar, que una aurora
la rumia la admiración.

Todo esto, sublime Antandro,
va una pedir relación,
bien culticlaro os lo digo,
ya que en buen romance no.

Más porque me deis de metro,
a un bien, que en octava os doy,
ocho vidrios de vergüenza,
de conservas con perdón.

Dádsele, que en ellos quiero,

si a luz tanta juez no soy,
lo que me falta de juez,
suplir de conservador.

Dese papel papelicos
vended a estanco desde hoy
de Solimán a la envidia,
si al dueño de resplandor.

Uno demando, y mil venias
este improviso borrón,
que siempre es bozal el labio,
donde es ladino el autor.

Respuesta al Padre Maestro, Fray Ignacio de Victoria, agustino

Romance

Victoria de todo ingenio,
y batalla de ninguno,
que el primor, el arte, el garbo
a más grandes son más tuyos.

La ciudad de Babilonia
si Almanzor te prestó culto,
a mi empresa, que en tu nombre
de estrecho gime lo mucho.

El volumen de las copas
invoco, más no lo oscuro,
perdone el que Fénix claro
su mentira quitó al mundo.

Verdad el pájaro solo
fue en su pluma, y más seguro,
y aún más primero en tu labio
el otro es Fénix segundo.

Aplausos de tu auditorio
encarezcan un concurso,
teatro ilustre, que grave
troleles paga del vulgo.

Que todo a tu voz pendiente
se cobra en asombros justos,
sin pestañear un oído
los dulces pasmos del mundo.

Que en varias conformes lenguas
sin ningún Babel confuso
en las cortes de tus glorias
el que más habla, es más Burgos.

La relación, que obediente
al severo estrecho mundo
de la verdad, o bien ciego
por anciano trasto suyo.

Que en fe de ser del Rey nuestro
tan altos gloriosos triunfos,
que otro Felipe, y más grande
es ya en Francia el más agosto.

La relación se perdona,
que en flaco estilo no pudo
lucirla, que en su tibieza
hasta el tintero fue rubio.

En tu pluma sí, que ardiente
una, y mil veces agudo
el asonante le cabe,
cuando en la lengua no cupo.

De tus cultivadas líneas
los bellos lucientes surcos,
si en admiración las mieses,
en laureles dan los frutos.

Tu fértil cosecha hermosa
toda es grano, y de oro puro,
y son la envidia, y la fama
los trajes de tus estudios.

Oh vanas superficientes,
que entre palabras de bulto
anda la razón, y en tanto
que han de sacarle con buzos.

Que en pajiza estéril vena
el crespo idioma desnudo
valentía es de cobarde,
flaqueza envainada en rumbo.

Tú, si en floridas sazones,
y en verde abril ya maduro,
de ingenioso imperio el César
a tu agosto sobra el Julio.

Vean otra vez las Galias
su pluma en ti, que al asunto
no de fiera en menos grandes
sino en más airoso el yugo.

Escribe del gran Fernando
no ya gloriosos preludios,
que el prólogo de sus glorias
fue roja tinta al Danubio.

Aquel tierno invicto Infante,
más desagravio purpúreo,

que Príncipe de la Iglesia,
y gran Cardenal de alguno.

Azote francés, y aún polvo
de otra grana, en cuyos humos
a polvaredas se pierden
los Beltranes de sus muros.

Francos ya de sus almenas
los gallos, cánteles uno,
absurdos de fe negada
flebit de sangre dilubios.

Ya son otomanas lunas,
gran nieto de Faramundo,
tus leyes en cuya liga
no pájaro nuevo el surco.

Que tu Francisco primero
en vil descuento los trujo
de su prisión, que en lo ingrato
no muda culpa el perjuero.

Cuya, verdad mal negada
es ya Evangelio machucho
secundum Joannem, cui nomen
si no tres, mil veces Julio.

Guardainfante ya no es traje
francés, sino adagio, o brutos,
que ya son pares en Francia
Cardenales, y verdugos.

Coco de clavel Fernando
lo hermoso en fiero tradujo,
y de Francia el ser más bello
crece una S, a lo pulcro.

¿Qué mucho si de Felipe
lleva el aliento fecundo
que siendo Fernando el brazo
Felipe respire el pulso?

De otro glorioso Fernando
ya los estruendos escucho,
que si miras sus albores,
antes blasones, que anuncios.

Segundo Chirlo de Francia
Imperial Germano Ruso
de oreja a oreja, y bien caras
la historia surca estos puntos.

Tu lo escribe, o lo predica,
o Crisólogo, o Salustio,
débante unas, y otras honras
vencedores, y difuntos.

La dulce golosa octava,
galán portugués rasguño,
batió al chistoso romance
los estandartes del gusto.

¡Qué pulido, y qué galante!
¡qué delgado, y qué profundo!
el Quevedo es ya dos cojos,
y el Góngora es más de un zurdo.

Qué ignoradas Indias, cuando
el Gama ilustró a los Lusos,
y en Colón mostró ilusiones
la noticia de dos mundos.

Dio más ricos minerales,
que tu ingenio, cuantos pudo
lo sufran que aun la esperanza
te excede a Hortensios futuros.

De la relación la venta,
que aun hasta el nombre es injusto,
que siendo los necios tantos,
no hacen crédito los muchos.

Tú que la pides, la aprueba,
tú le bastas, yo renuncio
cuanta razón no le hallo,
cuanto aplauso no le busco.

Allá va, cómanla olvidos,
que más memorias presume
aquí donde fuere Ignacio,
que allá donde fue Sagunto.

Romance para la guitarra

La morena de más cielos,
que tiene el campo turquí,
y en flores, y verdes años
mayorazga del abril.

Tizoncico, en que se queman
las envidias del país,
y en triunfos, y bizarrías
tizona hermosa del Cid.

De su beldad se compone
lo más hermoso, y gentil,
y en ella se forman bellos
cielo, y aire de Madrid.

Yo no sé, que lo más lindo
tenga más en qué lucir;
sólo sé, que lo más bello

sólo puede ser así.

Yo la vi, yo la vi reír,
mejor que a la aurora,
y todo es ahora
llorar, y morir,
yo la vi, y ahora la vi,
¡que de nada se ríe, sino ya de mí!

En las garras oprimida
de un torpe injusto neblí,
¿qué sentiría una garza
con alas de serafín?

Si hacer puede un riesgo amable
un entendido sentir,
un necio desconfiar
puede hacer despeños mil.

Los pistoletes de celos,
destemplado polvorín,
sepa también quien los lleva,
que los arma contra sí.

Padece más la morena
una alma, que yo le di
a siempre morir por ella,
sin más fin, que amar sin fin.

Yo la vi, etc.

Obras poéticas - Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Obras poéticas

de don Antonio Hurtado de Mendoza ; edición y prólogo de
Rafael Benítez Claros

Romance. Púsole Machado

Oh qué bien descoge al viento
la garza airosa las alas,
y sobre las nubes negras
tremolan las plumas blancas.

Bravos halcones la siguen,
mas ella vuela tan alta,
que por el cielo aun la mira
menos cerca su esperanza.

El neblí más presumido

la empresa toma tan vana,
que entre las mismas estrellas
la suya le desengaña.

Oh cómo vuela
la hermosa garza,
y el halcón porfía,
y se cansa,
que en el viento
ya no hay más de viento
mudar aire,
que es aire el intento.

Medianos vuelos de amor
¿quién los busca, o quién los ama?
lo fácil ¿a quién se niega?
lo imposible, ¿quién lo alcanza?

En amor no hay indecencia,
la costumbre es la que infama,
no solo una fe no es culpa,
si no crédito de una alma.

En voluntades de amor
qué vil la que todos hallan,
la que uno hiciera es airosa
que feas mientan entrambas.

Oh como vuela, etc.

Otro

A la escuela fue la niña
de una vieja, y supo allí
falsedades para un siglo,
y traiciones para mil.

Si no es la vieja el Tostado
abulense de Madrid,
al menos su corazón
la causa de estar en sí.

No está segura, ni libre
de su denuedo, y ardid,
ni en Sidonia doña Blanca
en cualquier maravedí.

Las dos veces Falerina,
que son como yo lo vi
juntos de Tajo, y Jarama

las flores de su jardín.

En la campaña de un catre
con el moro, y el gentil,
mal año para los flecos
de la colada del Cid.

Dos halcones dio a una garza
la cetrerona sutil,
uno gran sacre, aunque sordo,
y otro ciego, aunque neblí.

Mauregata de la Corte
al Gran Turco, y al Sofí
entregará cien doncellas
empezadas a este fin.

Siendo tan maldita vieja,
de todo goza, y de sí
con bendición de las niñas
y a más precio la más vil.

Niñas, acudid,
que os confirma la Obispa
de Valladolid:
a la escuela, niñas,
de amar y fingir;
saldréis en mentir
todas licenciadas,
doctas en mentir:
niñas, acudid,
que os confirma la Obispa
de Valladolid.

Del ángel de la muchacha
lo que os pudiera decir
por mi fe que me ha rogado
os lo calle el faldellín.

Resistiendo, y no aguardando
su más oculto jazmín,
de vergüenza desta flor
ya está colorado abril.

De Capuchino de nieve
bandolero de marfil,
la verdad por esos cerros
saltea el de Potosí.

Al rincón de su recato,
y margen la conocí,
soplóle la vieja el polvo,
y encendióse el polvorín.

Pasto, y posesión de todas
es de tu boca el rubí,
y banquete de esmeralda
el verde airoso espolín.

Dos portugueses sus ojos
eran en los graves, y

en lo callado sus labios
dos cocheros carmesís.

Y en desmesuras ahora
roto, esparcido va allí,
más gallardo pudo estar
emplumado el serafín.

Vaya un concepto escribano
que ya en lo niño es civil
lo criminal, y doy fe,
que todo pasó ante mí:

Niñas, acudid, etc.

Romance

La nevada palomica
dulcemente gemidora,
que mil veces a un halago
el pico partió en dos rosas.

En extremos con su amante
tantos hace, y tantos logra,
que se cuentan a caricias
los ámbares de su boca.

Pero fiándose al nido
de una cuerva cautelosa,
cuanta luz bañó de nieve,
ardió en fuego, y quedó sombra.

Palomica mansa, que toma
de una cuerva el oficio, y las alas,
fuego en las plumas,
y fuego en entrambas,
vénguense todos,
ríanse todas,
que ya es cuerva
también la paloma.

En la profesión del traje
no eran parientas, y ahora
tan negra quedó la pluma,
tan fiera quedó la hermosa.

Otro

Quejosa, enojada, y linda
halló a Filena Pascual,
y siendo el ceño infinito,
aun fue la hermosura más.

¡Qué fiera la niña hermosa
venganzas pidiendo está!
pero no cabe un rendido
en la ira celestial.

¡Qué injusta flaca victoria
matar quien puede matar!
en culpa que se resiste,
bien muere, quien duda mal.

Metan paz, metan paz,
que fuego, que fuego va,
niña en tus divinos ojos,
que no ha menester enojos,
quien todo lo vencerá;
metan paz, metan paz,
que fuego va, fuego va.

Al imperio de tu pie
¿quién niega la libertad?
a un tierno rendido cuello
basta un yugo de cristal.

El bronce de los rigores
es gran peso, mas no hay
lazos duros, que atan firme
una hidalga voluntad.

Amable ha de ser lo amado,
la fiereza no es deidad,
sin razón querer se puede,
pero no sin culpa amar;

Metan paz, etc.

A una dama que le pidió quemase los papeles que le había enviado

Décima

Los inocentes papeles,
si no muy falsos traidores
aguardan ya tus rigores
más tuyos en más crueles;
al tribunal de claveles
de tu boca celestial
apelo, que en tanto mal
ya no puede ser infiel
absolución de clavel
de un Obispo de cristal.

Romance

Que Belilla no es hermosa
dicen que lo dice Antón,
y es la necedad tan necia,
que a tanto lo basto yo.

Sólo juzgaron los ojos,
que aun fuera culpa mayor,
bien merece el desatino
que sean los necios dos.

Ciego es de gusto, quien mira
la hermosura sin amor,
pero es el desconocella
ceguedad de la razón.

Tortolica blanca,
nevadica flor,
¿qué armonía será la mayor?
¿si una queja tuya enamora,
ave de la aurora,
pájaro del sol?

A tus confianzas bellas
no satisfacciones doy,
sólo quiero que se vea
que aun tiene vista mi voz.

De tus ojos siempre armados
de hermosura, y de rigor,
cualquiera será mal visto,

pero bien mirado no.

Si en tus penas, y desdichas
ni aun la hermosura es menor,
¿qué serán las perfecciones,
si aun los males bellos son?

Tortolica, etc.

Romance

Al río van tres gallegas
sin ningún turco en el rostro
y el aire bebiendo muchos
brindan desdenes a todos.

Con el galán movimiento
pone más su garbo airoso
en mil frentes gran ceniza,
que en sus plantas ningún polvo.

Su cabello al sol escribe
lecciones, y leyes de oro,
y es breve papel el viento
a los rasgos de sus ojos.

A trenzar bajaron todas
el campanario del moño,
que de alto cayó, y de necio;
así fuera de otros locos.

Rubio, morenete, y blanco,
es el torno boquirrojo.
que en todo calor, y temple
es lindo clima lo hermoso.

Más que francés franco el traje
la vista deja sin coto,
asaltos dan cuantos miran,
y arribar gritaban todos.

Una tropa casqui alegre
la sigue de aquestos mozos,
que traen mejor la greña,
que la barba sobre el hombro.

Con dos mil primores suyos,
por donde su voz los pocos
así cantó Catalneta,
como si cantara el rostro.

De las mozas del río,

yo soy el cierzo,
cuenta con el aire,
que todo es fuego.

Muérense por bravos
sus ojos claros
y ellos por mis ojos,
que son más bravos.

Dicen que alma no tenga,
no lo negaré,
que quien todo lo mata,
desalmada es.

Tizoncico me llaman
ciertos pedantes,
¿quién ha visto fuego
de tan buen aire?

Blanca, y cabos negros,
lindo milagro,
a quien de ella supiere,
denle su hallazgo.

Siempre lo más bello
confina en rubio,
aunque es sobre las leyes,
la ley del gusto.

Blancas, rubias, morenas,
las quiero todas,
¿qué va que hallo entre muchas
la más hermosa?

Bien aquello de amantes,
mozo del alma,
uno solo es muchos,
y todos nada.

Quise bien a Juana,
ya quiero a Antonia,
y esto no por más linda,
sino por otra.

A los Reyes, en Aranjuez por mayo del año de 1637

Romance

Presumen cuenta de estrellas
ya las flores de Aranjuez,
después que hallaron el sol
en los ojos de Isabel.

El día que de su dueño
las huellas lucientes ve,
el sitio hermoso aquel año
vive siglos en un mes.

De los campos lo florido,
dudoso, pero fiel,
deudas ofrece, y recatos
a la nieve de sus pies.

De aurora siempre más bella,
aunque ya en su mano es
testigo tanto jazmín,
fíase todo a un clavel.

Apostad, pastores, que es él,
quien al mayo ciñe de flores,
y apostad, que no hay, pastores,
otros albores, luces mejores,
glorias mayores,
que en los ojos de Isabel,
apostad, que en ellos, y en él
las deidades, que a su sombra
saben lucir, y no arder.

También cobran dél las flores
el vasallaje cortés,
danles en guerra florida
Santiago el verde otra vez;
que toda flor, que se rinde,
aun les debe el morir bien.

La hermosísima Belisa,
que siempre corona fue
de Fileno el merecella,
pone en más razón lo Rey.

Aquel más bizarro, y grande
mancebo glorioso, que
su frente le guarden muchos
desagravios al laurel.

Apostad, etc.

Si Aurora en una de rosa
la verdad en vos se fía,
siempre es costumbre del día
ser madrugada la aurora;
ya bellísima señora
no forméis quejas en vano,
que sea uso soberano
fiar con modo entendido,
antes que un riesgo al oído,
mil peligros a una mano.

Estando su Majestad en Aranjuez el año de 1636, y faltando agua

Décima

El cielo quiere, y no acierta
a llover; pero yo creo,
que encuentra con el deseo,
mas no topa con la puerta;
la más dormida, y despierta
nube en esperanzas traime,
duplica la tierra el aime
mienten los oyes, y oyeres,
valgate por agua, que eres
casamiento de don Jaime.

Enigma del Guardainfante, que se hizo para el certamen del Retiro en
las fiestas de la coronación del Rey de Hungría en Rey de Romanos, y
la Princesa de Cariñano

Dos cosas tengo de Rey,

sin serle nada importante,
y ser puede su defensa,
y aun él puede ser mi padre.

La campana de Aragón,
que hizo Ramiro el Fraile,
bien pudo ser más ruidosa,
mas no pudo ser más grande.

De vizcaínos me sirvo,
que es gente de buen linaje,
y aun del despojo de alguno,
que Dios hizo el otro Alcaide.

En Palacio y en la villa
acatamiento me hacen,
y aunque de mí fían mucho
no guardo secreto a nadie.

A lo medio, que yo soy
concedieron vasallaje
muchos, y mi apellido
mil veces le ha dado un ángel.

De alguna ciudad famosa
me ayuda el nombre, y el aire;
o le compito en banderas,
o le excedo en estandartes.

Mi nombre, aun menos que yo,
repartido en dos mitades,
una ha vencido batallas,
y otra forma capitanes.

Los montes están de parto,
todos de un ratón se guarden,
que es fanfarrón, que es soberbio,
mas no es muy bravo el gigante.

Declaración

Son la guarda de Infante, como guarda puede ser su defensa, y como Infante tenelle por padre.

Don Ramiro el Monje, Rey de Aragón, la hizo con la espantosa muerte de tantos grandes, y ricos hombres, tiene forma de campana el Guardainfante. Los aros de que se hace el Guardainfante son de hierro, y el hierro de Vizcaya, y dellos, y de la vara de Ballena, que fue Alcaide de Jonás, se componen todos.

Al ponerse el Guardainfante se baja la cabeza, que llama acatamiento la copla, y aunque a él se fía el garbo de las faldas, el destemple con que le traen en la Villa, guarda poco secreto.

Al Infante de Castilla Don Fernando, que llaman de Antequera, que fue Rey de Aragón, rindieron vasallaje seis Reinos de aquella Corona; el otro medio hombre ha dado apellido al Ángel de la Guarda.

La ciudad de Damasco, de que se hacen algunos Guardainfantes, y también, de tafetán, y de una, y otra muchos estandartes, y banderas. Menor es el nombre del Guardainfante, que el bulto, y partido en dos, el Infante Don Fernando ha vencido batallas, y de la guarda se forman capitanes. Alude al adagio Latino: Parturient montes, nascetur ridiculus mus. Y el enigma, significa cosa escondida, y alta, y últimamente humilde; y cuando se usaba este traje, estaba más ocasionado el melindre de los ratones en las Damas; y aunque es fanfarrón, y soberbio este gigante, no es muy alto.

Décimas

Niña de mi corazón,
que arder tus papeles miras,
mejor tus rubias mentiras
arden, que el negro carbón;
muy propios castigos son
de quien hereje, y aleve
a la fe de amor se atreve,
quémense en buen hora luego,
será tu mano en su fuego,
un inquisidor de nieve.

Arda en una misma lumbre
sus letras, y tu recelo,
y abrasada ya en tu yelo
mueras siempre a tu costumbre;
descansa la pesadumbre
de tu enojo, y tu venganza
en una, y otra tardanza
dude una justa violencia,
escarmiente una paciencia,
martirice una esperanza.

Bellísima cada instante
más linda, y fiera conmigo,
sea trato, y ley de amigo
tan larga razón de amante;
tan fiel amor, tan constante
¿qué estrañeza le aventura?
pues no ignora mi ventura
nada de cuanto se alcanza,
concede a mi confianza

lo que sufre tu hermosura.

De mis rendidas verdades
a su número, señora,
estrechas verás ahora
las mismas eternidades:
de los campos las beldades,
cuando el mayo se arma en ellas,
de los cielos las estrellas
vana emulación serán,
pues sólo se vencerán
al sumar tus prendas bellas.

Romance

Dígame tú la más bella
campeadora de Castilla,
que en tu Cataluña de almas
salteas todas las vidas.

Ese al tope rostro de ángel
ardido, y nevado a chispas,
tempestad armada en flores,
y agrado bañado en ira.

Ese cuerpo tanto en alma,
esa tentación florida,
ese diluvio de riesgos,
esa universal envidia.

Esa de todos los ojos
gloriosa pena de vista,
y de las finezas todas
más perdonada desdicha.

En que su espíritu bello
se despliega, y se ejercita
en tanto resto de hermosa,
en tanto aliento de niña.

Aunque más breves descoge
acíbares en almíbar,
y tu punto con el cielo
soles juzga y rayos rifa.

Aunque en presunciones altas,
las todas más merecidas,
bajas miras las estrellas
aún más vanas cuantas pisas.

¿Cómo puede estar ociosa
esa viveza tan viva,
que a no apagarse en tu nieve,
ardiera el alma en sí misma?

¿Cómo puede, oh quietud falsa,
caber en margen ceñida
de bellezas ese golfo,
que aun es naufragio en la orilla?

¿Cómo puede estar sereno
un mar, que mirando eriza,
que apenas a ver se llega,
cuando a más penas se mira?

¿Cómo entre las crespas olas
a tus bríos tu barquilla
se quietará, cuando sólo
en su buen aire se firma?

No hay calmas en aire tanto,
que tus acciones más tibias
huracanes de centellas
son del amor ondas rizas.

Vive Dios, demonio hermoso,
que tus paces son mentiras,
que el cielo en sí mismo sabe
hacer guerras tan divinas.

Si al arma tocas a todos
en la tierra estremecida,
más peligros, más padece
la fábrica más altiva.

De parte de tus lindezas
te conjuro, que me digas,
lo que tus ojos no callan,
¿qué diablos secretos gritan?

Por tus bellísimas manos,
que airosas, tiernas, lucidas,
vence en diez grados de yelo
aun la nieve en región fría.

Por esos rizos, que en rasgos
de azabache en cristalina
campaña a todo lo hermoso
hacen guerra a nieve, y tinta.

Por esos dos luminares
mayores, que glorias brillan,
y crecen dentro en la noche
la jurisdicción, del día.

Por esas de más albores
bien coronadas mejillas,
que a su floreciente imperio
no hay mayo, que no se rinda.

Por esa reina del alba
celestial boca vestida

de aurora, que mil auroras
cabén en sólo una risa.

Por esos más bellos labios,
a quien vasallo se humilla
el Príncipe de las flores
clavel reinante en sus Indias.

Por ese desvelo hermoso,
nieve sí, nieve mentida,
con que las otras gargantas
pardean a más ceniza.

Por esos despeños dulces
de los ojos, que registran
con no más que el pensamiento
por ricos senos de lindas.

Por esas a la esperanza
retiradas maravillas,
que aun las imaginaciones
cobardes las averiguan.

Por cuanto primor se esconde
en la amenidad festiva
de tus beldades, que llegan
a pasar ya de infinitas.

Por cuantos misterios lindos
se entienden, y no descifran
del jardín ceñido en rosas,
del tufo mirado en cintas.

Por todo, y más te conjuro,
que me reveles la Ninfa,
qué milagro oculto en glorias,
qué dios emboscado en dichas,
te hace atención, que a su templo
irá mi fe en romería,
cuando es, como tu belleza,
su dicha la peregrina.

Bien sé, que el mérito humano,
ni el divino te humaniza,
que en tu garbo aun las grandezas,
que arrastraste vienen chicas.

Bien sé, que alturas mayores
a tus ceños se derriban,
y a quien sólo aplausos debe,
sólo tu desdén le brinda.

Bien sé que en ti no anda al traje
de negocio la caricia,
guardando en lo más atento
los crespos fueros de esquiva.

La inclinación si es más diabla
que la ocasión, es más fija
que la estrella, y no hay Jifero,
que soslaye sus heridas.

Esta pena, que amarrada
a la razón mal regida
muerde el dueño, y en el trato
jamás violenta lo inclina.

Esa ayudada sospecha,
que pongo en tus bizarrías,
nada creo, aunque a primores
toda en tus señas peligras.

Un amor, y una fe sola
en tus banderas se alistan,
en alardes soberanos
esferas, y monarquías.

Los astros más generosos,
las coronas más erguidas
despojos son de sus guerras,
son triunfos de su conquista.

La costumbre es, quien profana
sus leyes un tiempo finas,
¡oh cuál fue la voluntad,
antes que aspirase a rica!

Para la hermosura toda
es obligación indigna,
y es indignidad más grande
el saber lo que le obliga.

Tú, que de tu escuela propia
aprendes altas doctrinas,
y de vulgares ejemplos
aun te niegas las noticias.

Airosos riesgos te llaman,
y aunque pongas escondida
al corazón muchos velos,
rasgos tomo en las cortinas.

¡Qué bien tus ojos desatan
sus celestiales enigmas!
cuanto de ellos se creyere,
todo lo es, sino malicia.

Ver en el coso los toros
sin susto, y sin picardía,
y ver segura en la Corte
los fracasos de la Villa.

No es fácil, pero estas fiestas
de airosas galanterías,
ni las torear los necios,
ni son las que el pueblo silva.

Mas si fuera, gloria ajena
la que en ti es sospecha mía,
a quien tu amor se la diere
sin celos se la maldiga.

Romance

Pinceles dulces de pluma,
floridos, tiernos, y alegres,
que en el abril de un romance
las flores pintáis más verdes.

Prevenid copiada a Lisi
milagros, y no pinceles,
que en ella lo más hermoso
es bella costumbre siempre.

Aquella altiva hermosura,
que toda su vista ausente,
cuanto en los ojos se halla,
a la esperanza se pierde.

Voces den las aves,
callen las fuentes,
duerman los aires,
y el sol despierte.

No se pinten los mayos,
ni las auroras,
que en la sola hermosura
de Lisi hermosa,
pintaréis con las flores
las almas todas.

Sólo es hermosura el alma,
si en ella lo hermoso miente,
que hará pocos desvelados
beldad, que despierta duerme.

Que en la bellísima Lisi
tanto espíritu se enciende,
que hasta el cuerpo ardiera en alma,
si no se apagara en nieve.

Sus bellezas imposibles
de igualarse, y merecerse,
¡qué dichoso es quien las vive,
si aun hay dicha, en quien las muere!
Voces den las aves, etc.

Romance

Los primores de una fea
quise bien, y fue el primor
ser verdad todo lo feo,
pero los primores no.

Bien lo engañado, y querido
merece tanto pregón,
si el alma saqué, y el gusto
a la vergüenza mayor.

Quien tal quiso, que tal pague,
y que infame no es razón
el suceso, donde fue
aún más afrenta el amor.

En el coso de la niña,
si de ser su amante Antón,
quedó bien, garrocheado,
corrido quedó mejor.

¡Oh que bien, para nada quedó
el galán de nuevo dolor!
harto más ciego, que mudo,
pero en lo robado, y desnudo
bien quedó para nadador.

Dos caras tuvo la niña,
para feas muchas son,
y ¡qué gustoso está ahora
el uno que adoro yo!

Dos caras la niña, miento,
que en ella hay otra peor,
la cara siempre fue una,
y las descaradas dos.

Lo bello más fue Bellido,
al de Olfos pido perdón,
que antes que lo comparado,
me sufriera lo traidor.

El gusto de la muchacha
el empeño, y el favor
todo le cabe en la mano,
y nada en el corazón.

¡Oh que bien, etc.

Romance. En Aranjuez por mayo de 1637, a las damas de Palacio

Las que ayer partieron flores
con abril por Manzanares,
y en verde airosa batalla
el campo les deja el valle.

Hoy más esquivas desdeñan
del Tajo la hermosa margen
hasta los floridos meses
por el nombre de galanes.

Altas razones de amor
todas las tienen iguales,
pero en ninguno se mira
el tener razón de amante.

En su gloriosa hermosura
a más rigor más amable
de lo mejor que se muere
todas las venturas nacen.

A matar de amores, y celos
salen sin celos, ni amor
niñas de los ojos del alba,
alba de las niñas del sol.

¿Qué importan las esperanzas,
cuando sólo morir saben,
que todas las lleva el viento,
si quedan a tan buen aire?

A rigores, y a desdichas,
a desdenes, y a crueldades,
a todo en ellas se muere,
mas no a la envidia de nadie.

Ser ofensas de sus glorias,
ser penas, y ser deidades
en su contrario ejercicio,
miente en ellas todo el ángel.

El sol, y el cielo peligran
a sus ceños celestiales,
que les falta en más lucidos
el tener razón de amantes.

A matar, etc.

Otro al mismo asunto

En el Pardo, el día claro,
y en Aranjuez el pardo.

Si de muros cerca el monte
el Adonis más gallardo,
la Diana más hermosa
de auroras corona el prado.

La bella ilustre Belisa
alma de Fileno el magno,
en quien altamente vive
tanto Rey en nombre tanto.

Monteros, que por la selva
una fiera vais buscando,
no pudiera la hermosura
costar más, que ser en vano.

Ya es la diestra montería
vuelo de amor, y tan alto
que están bajas las estrellas
a las garzas de Palacio,

En el Pardo, etc.

Las alas quiebran dos veces
los neblíes más bizarros
en el viento de su empresa,
y en el aire de su garbo.

En su rigor, y hermosura
los peligros, los recatos
es lo menos a que tiemblan
a la nieve de su mano.

Que en vez de novillos tiernos,
hermosos, pero más bravos,
luceros trenza Jarama,
serafines peina el Tajo.

No hieren con medias lunas,
sino con soles tan falsos,
que se muere de las luces
primero que de los rayos.

En el Pardo, etc.

De que yo las llame flores,
no esté presumido el prado,
que tuvo de la esperanza,
florida soberbia el mayo.

Eternidades hermosas
cuentan sus lucientes pasos
la beldad, en que es lisonja
la noticia de los años.

Todo abriles, todo albores,
todo en ellas soberano
a su enojo no se atreve
más ofensa, que el aplauso.

En el Pardo, etc.

A no llover por mayo de 1637, en Aranjuez, estado allí el Rey

Décima

Llueve el cielo sólo engaños,
y una nube, y otra nube,
cuanto ya en vapores sube,
tanto baja en desengaños:
Abril puerta de los años
siempre en esperanzas traime,
duplica la tierra el aime,
mienten los oyes, y oyeres,
válgate por agua, que eres
casamiento de don Jaime.

Redondillas

María, y dudosa mía,
no digo Amariles ya,
porque siempre en vos está
más garboso lo María.

Que vos meteréis celosa
no es duda, y es peregrina
la novedad, que es de fina,
y pudiera ser de hermosa.

Tanto lo es vuestra Marquesa,
que el buen gusto yo le apruebo;
y es lucimiento muy nuevo
lo que una envidia confiesa.

Que vuestras caricias son

las más justas, no lo acuso,
pero ¡cuándo se compuso
la queja con la razón!

Queredme en buen hora menos,
que si nunca mis cuidados
son buenos para estimados,
para cuidados son buenos.

Querella más, y jamás
dejéis de estar advertida,
que en la elección de querida
no se aprende a querer más.

Aun quejarme que no siento
lo que en vano os quiero yo,
en todo lo hallo, si no
en el arrepentimiento.

Venza, venza, que vendré
en que me exceda en el modo,
en el gusto, el garbo, en todo,
más no enmendarme la fe.

Yo no compito jamás
el mérito de los dos,
mas quereros mucho a vos
es parte de algunas más.

Las tuyas son tan lucidas,
que si amallas intentáis,
todas sobre vos tomáis
la queja de muchas vidas.

Que vos lo queráis más bien
lo conozco en vuestro amor,
y lo que os quiero mejor
lo miro en vuestro desdén.

Pensé quejarme en donaire,
mas en burlados desvelos
nunca supieron los celos
sentir, ni hablar de buen aire.

En mí no hay constancia poca,
que pueda ser verdadera,
ni ley en veras, ni en Vera
muchos Condes de la Roca.

Que es fino, y bien corresponde
me lo ha escrito de Venecia
cierto vidrio, que se precia
de tan claro, como el Conde.

Viniendo del Escorial por octubre de 1637, a mi señora N. que salió a recibir a su marido a las Rozas

Décimas

Con injustos pasos bellos
fue un serafín a las Rozas
a no más que hacer Mendozas,
pero más a deshacellos;
aún más que por los cabellos
la ocasión tomó el dichoso
por el sitio más sabroso,
que en el mejor cierra España
lo más feliz en campaña
triunfó de lo más hermoso.

Qué batería tan brava
en guerra dichosa hacía,
la que de ausente partía,
y el que de fraile llegaba;
qué turco antaño bajaba,
con más furia, y desatino,
y mayor daño le vino
(oh cuanta envidia confieso)
del ejercicio, y exceso
del catre, que del camino.

Oh pesia a la tentación,
que otro a logralla viniera
a la más remota, y fiera,
extraña oculta región;
más la dicha del garzón
halló hambriento, y obligado
en banquete sazonado,
y en el plato más lucido
el camino bien partido,
y el serafín bien guisado.

El villano en una yegua,
que el tálamo dio de pluma
con este Medoro en suma
fue dichoso de la legua:
de blandas lides sin tregua
logró el número hay memorias,
que gozó en mayores glorias,
y en guerra de paces, palmas
en un cuerpo cien mil almas,
y en un triunfo más victorias.

Si en tiernos dulces desmayos

tu aliento en luces no puras
centelleando hermosuras
desplegó todos los rayos,
auroras, cielos, y mayos
gusto va, que las arroja,
si el consonante se afloja,
a niña del sol afrenta,
si la pluma está sangrienta,
esté la vergüenza roja.

Paciencias, hidalgo amor,
que dos pido, y muchas quiero,
mata la envidia primero,
y después mata el doctor,
del accidente el rigor
hirió luego, y al instante
respiró el bello semblante;
pero en la envidia, que digo,
murió lo puro, lo amigo,
y todo, si no lo amante.

Décima

Yo el mayor preguntador
pregunto a vuestra deidad,
sólo de curiosidad,
y tomara de dolor,
¿quién hizo al secreto amor
las coplas, que en desenojos
le oyeron, sino en antojos?
dilo tú, Amarilis bella,
ya que toda esa centella
quiere hablarlo con los ojos.

Décimas

Niña, si en mi perdición
vos me aborrecéis, yo muero
por vos, que en quereros, quiero
que ambos tengamos razón,
y entre tanta perfección
una, y grande, y nueva, y pura
de mí la tenéis segura,
yo sé, niña, que es así,
que es aborrecerme a mí
tener más otra hermosura.

Yo aborrecido, y quejoso,
y bien después de tan justo,
sírvaos esto al buen gusto,
si no queréis a lo hermoso:
de todo, y no de celoso
morir por vos esperé,
mas ya de vos escuché
lo que aun no dirá la queja,
cuando solo el rumor deja
estremecida, una fe.

Romance

Flores, que más floreciente
las miró su primavera,
y en los labios de Narcisa
maravillas son más bellas.

Airecillos, que en sus plantas,
y en las hojas, y en las yervas
o se vayan en cristales
o en esmeraldas se quiebran.

Avecillas, que en la aurora
nunca fueron lisonjeras,
que aplaudir una hermosura,
más que no lisonja, es deuda.

Arroyuelos, que el oficio
a los sentidos enseñan,
que entre las flores se ríen,
y entre los riscos se quejan.

Aves, aires, arroyos,
y flores tiernas,

socorred otras penas,
y otros pesares,
porque estoy bien hallado
yo con mis males.

La soledad no hace solos,
que en cuidados, que se llevan,
es de divertir un triste
mudo socorro una selva.

Los males son muy cobardes,
que el vulgo de las ofensas
no se atreven, sin ser muchos,
ni hay pocas, siendo ellas penas.

¿Quién es tan cruel consigo,
que se fíe a sus tristezas,
ni entregue una alma afligida
a discreciones tan nuevas?

¿Qué busca floridos campos
quien ver puede una belleza?
¡oh nunca padezca en sombras
quien puede morir a estrellas!

Aves, aires, etc.

Glosa al mote que empieza «Sin que se sepa por quién»

Mote

Sin que se sepa por quién,
morir quiero, y quiero bien.

Glosa

Parece que intento en vano
callar, Narcisa, pues no

puedo morir nunca yo
de otra muerte, ni otra mano:
peligro tan soberano,
aunque él publica su extremo,
más de la envidia lo temo
de cuantos morir me ven,
sin que se sepa por quién.

Ver que por vos muero yo,
que otro bien no quiero ya,
bien la voz lo callará,
pero el alborozo no:
lo que mi amor se alegró
lo recata el alma mía,
que en esconder mi alegría,
quiero callarlo también,
sin que se sepa por quién.

Es lisonja muy vulgar
el silencio en el morir,
si vos no me habéis de oír,
¿qué merezco yo en callar?
Ocupe un perfecto amar
todos, mas ningún sentido,
que antes se ha de ver temido,
que no formado el desdén,
sin que se sepa por quién.

Es común anciano error,
que el querer es agraviar,
siendo en un forzoso amar
deuda, y no injuria el amor:
nunca pasa del temor,
que ha de estar siempre rendido
en el respeto escondido,
más que en su imposible el bien;
morir quiero, y quiero bien.

Yo callaré mi pasión,
no quiero que la sepáis,
que vos niña padezcáis
las culpas de mi razón:
en mi eterna inclinación
mis penas ¿qué ofenderán?
si callando siempre están,
que penando siempre estén,
sin que se sepa por quién.

Que yo os hable en mi morir
no es plática entre los dos,
que hartos calla para vos
lo que vos no habéis de oír,
mudo será mi sentir,
que no importa en mis gemidos
que a belleza sin oídos

quejasas voces le den,
sin que se sepa por quién,
morir quiero, y quiero bien.

Al Conde Duque, estando su Majestad en Aranjuez, y el Conde en
Madrid

Décima

Bueno el amo, y gentil hombre
queda, y debe a su virtud
lo buen Rey, y a su salud
debe el quedar bueno el hombre:
tú de más glorioso nombre
doctor del gobierno, y mano;
grande, entero, y soberano
seguridades pregona
el pulso de una corona
en el tiento de tu mano.

A mi señora la Condesa

Décima

Muy bueno su Majestad,
la Reina en su perfección
dejan en la adulación
todo el campo a la verdad:
Aranjuez con soledad
de una flor, habiendo en él

tanta flor, y ese clavel
del sol siempre inmortal viva,
que a la sombra de una oliva
del sol pasará el laurel.

Romance

¡Qué entonadica que estaba
la pícara en el portal,
fea con tres letras menos,
pero bella con dos más!

Bella, bellaca y traviesa
nonnes dice al más galán,
y en amantes, y hermosura
pares tiene, mas no paz.

Con todos juega la dama,
de su plazuela, mas ya
ninguna la sopla, y ella
se ha soplado celestial.

Loa

Serenísimo auditorio,
que es trataros como a Infante,
gente honrada de Palacio,
que es trataros como a nadie.

Ya que he venido a serviros,
como empiezan los vulgares
autores, cuando en sus loas
dicen tantas necedades,

Quiero de mi compañía
hacer un lucido alarde,
aunque me hallara mejor
con un ejército en Flandes.

Traigo a Carlete, un mancebo
bizarro, y lindo estudiante,
que vendrá a hacer algún día
muy bien el papel de Marte.

Viene Alcaricias, un mozo
de buen gusto, y de buen talle,
y que hace bien igualmente
los lindos, y los Tristanes.

Alosa el buen secretario,
bonico representante,
para hacer los Condes Fabios,
que son terceros galanes.

A Matías gran cantor,
y que los molletes hace
hasta, con el cuerpo, siendo
un relleno de donaire.

Lavaña, que si le mira
su mujer representarme,
y dél queda enamorada,
ella tendrá gusto infame.

Luz, que tiene dos barrigas
por mejillas, y en su carne
le sacaremos del vino
por el rastro de la sangre.

Almandoza, que porfía,
si es menester, con Dios Padre,
aunque porque yo le riño,
porfía que ha de enmendarse.

Romance que escribió a su mujer enferma, estando ausente

De las montañas de Cuenca
Júcar bajaba soberbio
rico de peñascos duros,
y más de suspiros tiernos.

Un ausente los despide,
y si la causa, y el dueño
pudiera oíllos, pudieran
dos veces llegar al cielo.

Pobre de margen el río,
parece que va diciendo:
bien sientes que más se estrechan

que los peñascos los tiempos.

Si en un mar su centro buscan
las claras ondas corriendo,
mejor volará, quien tiene
en más buena mar su centro.

Es su mal el que padece
claridiana, y ver podemos,
pues hay un ausente firme,
un ángel hermoso enfermo.

Dichoso el amor, que tiene
la razón toda en sí mismo,
y cuanto más confiado
es más fino y más discreto.

Triste de quien ama un bien
tan mentido, y tan incierto,
que en más querido es engaño,
y en más seguro es ajeno.

Feliz el que a su fineza
paga sólo sentimientos,
y ocupa sólo el sentido
del cuidado y no del miedo.

Estribillo

Todo corre, y sólo está quedo,
quedito, y más quedo
mi dolor, que sufrille no puedo.
Que es de la beldad más pura
la dolencia, y soledad,
que si es clara la verdad,
es más clara la hermosura.

Romance

Primero que por el sol
por ver a Lisis el alba,

despertó las aves todas,
que con la noche callaban.

Lisonja fue de los ojos
de la divina zagala,
porque como son dos soles,
trujo en ellos dos mañanas.

Con unos blancos corderos
a Manzanares bajaba,
de los montes de Castilla,
las cumbres de Guadarrama.

De mariposas de nieve
siembra las madejas ambas,
que para volverse estrellas,
se están quemando las alas.

Estríbillo

Las fuentecillas heladas
rompiendo los vidrios,
y grillos de plata,
ríen, bullen,
corren, y saltan,
porque viendo sus ojos,
de amor se abrasan.

Romance

Furias, y peñas la niña
a Jarama las llevó,
a ser torillo de celos.

De su aldea la quería
la novillera de amor,
el más lucido pastor,
de sípreciado, y del pueblo;
sólo de sus ojos no.

Vino al valle una serrana,

aunque a Belisa inferior,
la competencia se pone
en batalla, y no en razón.

El signo hermoso en sus ojos,
que airoso está con su albor,
por no herir en media luna
se armaba de todo el sol.

Ofendida toda es miedo,
amada toda es furor,
ella celosa, y él fino,
¡desdichados de los dos!

Niña si es dicha ofenderte,
¡qué alegre sin ella estoy!
y si es desdicha adorarte,
eterna la tengo yo.

Romance

Pastores, yo he visto a Cintia,
que por Dios no tiene paz,
la más hermosa del mundo,
y la quedo a deber más.

En la villa y en la aldea
tuvo al cielo por igual,
tuvo el sol por competencia,
tuvo alma ya por galán.

De ninguno merecida,
soberana a cuantas hay,
sobre la razón más alta,
descuella su libertad.

A los campos, que dan vida,
todos los sale a matar,
que en la costumbre de hermosa,
ni aun fieras perdona ya.

No muere de querer bien,
que no hay tan airoso el mal,
que es lo peor de un sentir,
aborrecer, y no amar.

Partes gloriosas que sirven,
si es el alivio que dan,
el que parezca mujer,
lo que ha de sentir deidad.

Estribillo

Allá va cazadora celestial,
que si bien sabe matar,
no menos sabe morir,
de padecer, y sufrir,
que aun no la calla el callar.
Allá va, etc.

Romance

Por vos niña, y la más bella,
los suspiros que se dan
no se duden infinitos,
que son más, y aun quedan más.

A vuestro hermoso peligro
le debió la novedad,
que muriese de sentir,
el que ya murió de amar.

Para morir, y quejarme
quiero yo la eternidad,
porque tenga en sólo amaros
un ejercicio inmortal.

En siempre amaros en vano
con perdición siempre igual,
pues la razón no se pierde,
piérdase la voluntad.

En el más fino querer,
que amar es premio de amar,
dudólo ayer la lisonja,
y hoy lo afirma la verdad.

No hay más premio, que adoraros,
no hay más premio que amar más,
a lo menos la esperanza
no averigua si lo hay.

Estribillo

Niña celestial,
aun descansa vuestro desdén,
que en lo imposible de un bien,
no se queje el mal.

Romance

En los abriles de Silia
quedaron las flores todas
ocultas a más lucientes,
nubladas a más hermosas.

En la mascarilla negra
la blanca niña se emboza,
porque una vez sepa el sol
quedar más lucido en sombras.

Entre centellas de yelo
claveles blancos deshoja
a la novedad florida,
que brillen mayos las tocas.

La jardinera del sol
es en la beldad tan sola,
que se fía la más bella
en la menor de sus glorias.

Narciso de sus bellezas
en las aguas que enamora,
ya cuerdas sus hermosuras
se quisieron quedar solas.

El río que mira en ella
el cristal, que no en sus ondas,
le paga en blancas envidias,
si el mayo en verdes lisonjas.

Estribillo

Linda, y nueva labradora,
que tus flores hacen ahora,
tan florido, y hermoso alarde,
¿cómo por la tarde
las nevó el aurora?

Romance

Heridas en un rendido
nunca fueron de valiente,
y más flaqueza descubre
quien mata, que no quien muere.

A sangre mil veces fría
es segunda vez aleve
rigor, que busca más vida
donde no cabe otra muerte.

No es crueldad en la hermosura
no querer a quien la quiere,
sino el ser no más que amalla
la razón porque aborrece.

Piérdase la vida, el alma,
y todo llegue a perderse
por ella, y sólo se logre
la razón con que se pierde.

Hoy mi muerte, Anfrisa hermosa,
si es tu gusto, la deseas,
mírale en lisonjas mías,
primero que en tus desdenes.

Estribillo

Fuego en la nieve,
y en belleza que vive
de matar siempre.

Romance

Celosa está Galatea,
ved qué prodigio tan grande,
que un sol al amor se rinda,
y tenga celos un ángel.

Rayos Júpiter fulmina,
que perdonando lo fácil
de los coronados montes
humilla las Majestades.

Padezca eclipses la luna,
bajo planeta mudable,
y quien los rayos le presta,
celos más que sienta, cause.

Todo es menos que atreverse
a la gloria los pesares,
y que otro donaire inquiete
a la diosa del donaire.

¿Quién creyera que a los cielos,
los celos, aunque gigantes,
osados acometieran,
y vencieran formidables?

Venganza son de aquel Dios,
que castiga a quien no sabe
que de quien vence imposibles,
es imposible vengarse.

Estribillo

Ay que llora la niña,

ay que llora de celos,
pero bien hace,
porque se abraze el Fénix
de las deidades.

Poesías diversas

En el Elogio del juramento del Serenísimo Príncipe don Felipe, publicado
por Luis Vélez de Guevara en Madrid, 1608137

Soneto de don Antonio de Mendoza, paje del Conde de Saldaña, mi
señor

(Fol. 3v.º)

Subes con nuevas y ligeras alas
al cielo, adonde, oh Lauro, te acrisolas,
pues ellas con razón bastaban solas
para servirte, en tanto bien, de escalas.

Hoy con tu ingenio, a su deidad igualas
las insignes grandezas españolas,
siendo inmortales sus hesperias olas
ya por tu voz en las etéreas salas.

Débet España la mayor memoria
de su valor, y el nombre que ha tenido
por tu heroica pintura su grandeza.

Y a ti solo te debes tú la gloria
de haber por gran Mecenas escogido
a la diosa inmortal de la belleza.

En las Obras de don Diego Hurtado de Mendoza publicadas en Madrid, 1610138

Soneto de don Antonio Hurtado de Mendoza al autor

(Fol. 5r. s. n.)

Si en el ínclito Conde de Tendilla
Humilla Marte la triunfante espada,
(A Mendoza del Sol la venerada
Planta) el sol mismo por don Diego humilla.
Goza del uno la mejor cuchilla
Que honró a Castilla y asombró a Granada,
Del otro aquella pluma celebrada,
Que envidia a Italia dio, gloria a Castilla.
A los dos Roma tuvo para afrenta
De Césares y Tulios (dos extremos)
Que en su mayor grandeza España cuenta.
Libros del Conde a su valor tenemos,
En vos la gloria, que Don Diego aumenta,
Pues famoso otra vez por vos le vemos.

En los Pastores de Belén, de Lope de Vega publicados en Madrid, 1612139

Décima de don Antonio Hurtado de Mendoza

(Fol. 5 r. s. n.)

Estas lágrimas de Dios
En su niñez soberana
Belardo, ¿qué lira humana
Las cantara como vos?

Diversa acción de los dos,
Pues que Dios llora en el suelo,
Y vuestro piadoso celo
Cantando tal gracia encierra,
Que Dios las baja a la tierra,
Y vos las subís al cielo.

En La Numantina, de Francisco Mosquera de Barnuevo publicada en Sevilla,
1612140

Soneto de don Antonio Hurtado de Mendoza

(Fol. 4 v.º s. n.)

Si fue Numancia un tiempo celebrada
Por su espada, desprecio del romano
Ya le da (con su ingenio soberano)
Más gloria vuestra pluma que su espada.
De olvido ilustremente celebrada
(Merced de vuestra sabia heroica mano)
Su memoria estará del tiempo cano
Como inmortal (no menos) respetada.
Soria tendrá por vos más arrogancia
Que por ser ya del Joven mal vencida,
Reliquia breve de la gran Numancia.
Sí a él, no al tiempo, se verá rendida,
Que si al valor da muerte la ignorancia,
En la historia los hechos tienen vida.

En la Dirección de Secretarios, de Gabriel Pérez del Barrio Angulo
publicada en Madrid, 1613141

Soneto de don Antonio Hurtado de Mendoza al Marqués de Cañete por el favor que hace al autor

(Fol. 12 v.º)

Vencer en guerra a ejércitos gentiles
Regir en paz Repúblicas cristianas,
Sujetar a las leyes castellanas
Araucos fieros, indomables Chiles.

De tus mayores son despojos viles,
Obras heroicamente soberanas,
Desprecio de las griegas y romanas,
Invidia de sus Césares y Achiles.

Hospedar la virtud que peregrina
En los umbrales duerme del agravio,
Hazaña es a ti sólo reservada.

Pues de un claro varón no es menos digna
Que domar al rebelde, honrar al sabio,
Premiar la pluma, que regir la espada.

En la Descripción de la Capilla de Nuestra Señora del Sagrario, publicada por Pedro de Herrera en Madrid, 1617142

Décimas de don Antonio de Mendoza

(Fol. 60 v.º)

Si a un muerto, oh Imagen, a abrazos
da vida Eliseo de padre,

como a Adán Dios; de su madre
¿que bien no os darían los brazos?
Si a vivos alientos dio
Dios primer vida, vestida
de aquel polvo que animó;
si un hombre a abrazos volvió
a un muerto a segunda vida:
 ¿Qué vida a su gloria atentos
no darán gloriosos brazos
a un retrato, a dulces lazos
si a un polvo, oh Virgen, a alientos
si a un muerto, oh Imagen, a abrazos?
Obró mano poderosa
fábrica del hombre hermosa;
y fe, que todo lo alcanza,
formó segura esperanza
de la vida más dudosa.
 Dilatando su gobierno
a ruegos de tierna madre
y a deseos de amor tierno,
da espíritu Dios de eterno,
da vida Eliseo de padre.
De su madre tierra helada
Dios sacó a Adán, por hacer
tanto de lo que fue nada
con ley de volverlo a ser
en cada instante observada.
 Eliseo desta suerte,
siendo ya segundo padre,
con brazo piadoso y fuerte
sacó a un niño de su muerte,
como a Adán Dios, de su madre.
Si a un muerto un hombre mortal
dio vida en abrazos tiernos
vos, oh Imagen celestial,
de ya Virgen inmortal
los recibistes eternos:
 Si de aquellos bellos lazos
gozastes dulces abrazos
en glorias tan merecidas,
¿qué fe no os darán las vidas?
¿qué bien no os darían los brazos?

Soneto

(Fol. 100 r.)

Esta de los más altos corazones,
imposible, inmortal, fábrica humana,
en quien de ilustre antigüedad profana
más desprecios se ven que imitaciones.

Atenta a su esplendor, a sus blasones,
o menos ostentosa, o menos vana
la pompa griega, la ambición romana
deja victorias, vuelve admiraciones.

En ésta olvido ya de más memoria
de envidia y arte, hermoso igual desvelo
más dudosa a la vista que al oído:

Cenizas lumbre a España, al mundo gloria,
en poca tierra gozan mucho cielo,
en muchos siglos temen poco olvido.

En la Justa poética, de San Isidro, publicada por Lope de Vega en Madrid,
1620143

Décimas de don Antonio de Mendoza

(Fol. 60.)

Mintiendo a su natural
Ofrece una piedra dura
A mano santa y fe pura
Obediencias de cristal,
Avergüenza un pedernal
Sedienta desconfianza,
Y entre duda y confianza
No infiel, suspensa estuvo,
Que fuente en sus labios tuvo
Primero que en su esperanza.

No menos glorioso hecho
(Y más cortés que forzoso)
Fue templar señor quejoso,
Que pueblo mal satisfecho;
Admiración, boca y pecho
Rinde Iban, y en ansia breve
Asombros, milagros bebe,
Que halló el imperio, no el ruego,
En depósitos de fuego
Dulces tesoros de nieve.

Fertiliza el noble suelo
De Madrid, en quien se admira
La hermosa tierra que mira
Con mejor semblante el cielo.
Con verde aplauso y desvelo
La reciben flores bellas,
Eterna lisonja en ellas,
Que precian más sus amores
En Madrid campo de flores
Que en el sol margen de estrellas.

De un milagro solamente
En tantos siglos constante,
Cada día, cada instante
Corre milagros la fuente,
De toda fatiga ardiente
O templanza, o medicina,
Que en remedios peregrina
Su corriente soberana
El ser maravilla humana
Es ya costumbre divina.

En la Relación de las fiestas de la canonización de San Isidro, publicada
por Lope de Vega en Madrid, 1622144

Décimas de don Antonio de Mendoza a su devoción

(Fol. 76 r.)

Festiva, tierna, amorosa,
fuentecilla al sol recuerde,
mal dormida, entre la verde
florida margen hermosa;
en púrpura, en nieve, en rosa,
los ya vulgares albores
perlas finjan, mientan flores,
imiten coros suaves
los más bellos de las aves,
dulcísimos ruiseñores.

Que Isidro madruga agora,
no al alba de flores bellas
madre, sino a las estrellas
Virgen coronada aurora,
el sol ya quejoso en flora
le llama, el alba María
le detiene, en armonía
de oraciones le hace salva,
y los ojos en el alba
niega las manos al día.

Que madruga no parece
si a la oración se levanta,
mas para Isidro en luz tanta,
a la oración amanece;
al dichoso campo ofrece
cuidado más soberano,
supliendo (porque ya en vano
le acusan falsas verdades)
fatigas de dos deidades
a los ocios de una mano.

Olvidado en tanta gloria,
y sólo en Dios escondido,
los aciertos de su olvido
son envidia a la memoria,
que a la primera victoria
del sueño, el santo desvelo
tremola, y su heroico celo,
que aun en descuidos no yerra,
serafín labra en la tierra,
labrador cultiva el cielo.

Soneto

(Fol. 13 v.º)

Estas son, y serán ya las postreras
lástimas amorosas, que ofendidas
vivan a su dolor agradecidas,
aun de su propia muerte lisonjeras.

Y estas serán las lágrimas primeras,
que en lo mejor del corazón nacidas,
pagadas se verán, como fingidas,
y desdicha tendrán de verdaderas.

Y este un amor será tan obstinado,
que al tiempo, a la desdicha, a la mudanza
será ejemplo de amar siempre agraviado.

Pero todo este mal un bien alcanza,
que en fin para morir un desdichado,
ni ha menester remedio, ni esperanza.

Soneto

(Fol. 15 r.)

Ningún hombre nació para admitido,
que ninguno merece ser amado,
y si en porfías causa un desdichado,
matará en presunciones un querido.

Mal se queja el mejor de aborrecido,
que en daño de razón no hay desdeñado;
sobra el ser hombre ya para culpado
y basta el ser amor, para ofendido.

No estén las hermosuras, no, quejosas
del común desacierto de la dicha,
que no hay suerte mayor, que el ser hermosas.

¡Oh tantas veces ignorancia dicha,
que si un hombre pudiera hacer dichosas,
no fuera menester otra desdicha!

Soneto

(Fol. 19 r.)

Amar quiero sin premio, y nunca puedo,
que amar es premio, padecer querría,
y el dolor tanto agrada el alma mía,
que deste gusto escrupuloso quedo.

Apetezco el morir, y en el denuedo
hallo nueva razón de cobardía,
que huyo del mal, y toma la osadía
la parte del vivir, la voz del miedo.

Si vivo, mi dolor desacredito,
si muero y amo, el alma lo condena,
que uno es comodidad y otro es delito.

¡Oh novedad de más desdicha ajena,
que vida sobre a un mal, que es infinito
y no baste el morir para una pena!

Soneto

(Fol. 27 v.º)

Desatada en caricias, y en favores
queja es de amor la fuente lisonjera,
amante el alma en su estación primera
es gloria de los dulces ruseñores.

En tiernas plantas, en risueñas flores
es vida del abril la primavera,
tórtola fina en su dolor severa

es templo de lealtad, alma de amores.

Tierra y cielo de amor la monarquía
ocupa en siempre firme igual mudança,
su guerra teme el sol, su estrago el día;

Aun a la más deidad su imperio alcanza,
y nada puede ser licencia mía,
que debo ser ejemplo, y no esperanza.

Soneto

(Fol. 32 r.)

Brama el mar de los aires ofendido,
y estrella quiere ser, y no elemento,
gime de horrores desatado el viento,
a un mal de tantos montes oprimido.

Cruje la selva, el cielo embravecido
estremece el dudoso firmamento,
que no hay quien niegue a un daño un sentimiento,
una queja, una lágrima, un gemido.

Yo solo siempre en padecer constante,
soy de mi mal en la postrera cumbre
alma sin voz, silencio de diamante.

¡Oh continua enseñada pesadumbre,
sufrir sin novedad un triste amante,
tanto debe un dolor a la costumbre!

Soneto

(Fol. 35 v.º)

Amable soledad, muda alegría,
que ni escarmientos ves, ni ofensas lloras
segunda habitación de las auroras,

de la verdad primera compañía.

Tarde buscada paz del alma mía,
que la vana inquietud del mundo ignoras,
donde no la ambición hurta las horas,
y entero nace para un hombre el día.

¡Dichosa tú, que nunca das venganza,
ni de Palacio ves con propio daño
la ofendida verdad de la mudanza,
la sabrosa mentira del engaño,
la dulce enfermedad de la esperanza,
la pesada salud del desengaño!

Soneto

(Fol. 39 v.º)

Sangrienta perdición, yugo tirano,
guerra cruel, origen y osadía,
de la injusta primera tiranía,
que puso cetro en poderosa mano.

Bárbara ley, tan murmurada en vano,
ayudar del morir a la porfía,
como si no bastara sólo el día
como si no sobrase el ser humano.

Mas aunque más, oh guerra, estés culpada,
es mayor la de fáciles antojos
en bello campo de belleza airada.

No quiero amor; más quiero dar despojos
a la dura violencia de una espada,
que a la blanda soberbia de unos ojos.

Octavas

(Fol. 31 r.)

Bella Ninfa del sol, deidad de nieve
más luciente, más cándida, más pura,
cuya vista gentil airosa mueve
globos de luz, esferas de hermosura;
donde a tanto escarmiento el vuelo atreve
tanta vida contenta, y no segura,
que puedes, si a tus ojos las conduces,
matar con vidas, y cegar con luces.

Tú que de acero y de belleza armada,
no das reposo a nadie en su elemento,
vistiendo hermosa, y coronando airada
de gloria el campo, y de terror el viento,
y en la selva aun del sol mal penetrada
con planta bella, con bizarro aliento,
logrando flechas, recogiendo amores,
le quitas fieras, y le dejas flores.

Celidaura divina, hermoso dueño,
de tantos pensamientos entendidos,
que aun es de tu hermosura honor pequeño,
pisar soberbios, y aumentar vencidos,
aunque parezcan fábricas del sueño
hallar blanda piedad en tus oídos,
que han sido sin blasón de ajenas dichas
muro de quejas, templo de desdichas.

Que yo crea este bien, no es grande engaño,
si en mi amor, y no en mí los premios fío,
que yo no puedo hacerme tanto daño,
que su razón le niegue a tu albedrío;
pero en el bien me basta el desengaño
del común imposible de ser mío:
no te conozco, pierde los enojos
que más creo a tu gusto, que a mis ojos.

En las Poesías Varias, publicadas por Josef Alfay en Zaragoza, en 1654146

Romance de don Antonio de Mendoza

(Fol. 35.)

El alba Marica,
el alba es que sale
allá va, señores,
no se aparte nadie.

A lavarse al soto,
donde está en las tardes,
el río en los huesos,
y Madrid en carnes.

Oigan de la niña
la pintura y talle,
brindis mancebitos,
al arma galanes.

Es de lo pequeño,
pulido y brillante,
toda guedejitas,
pulimento y arte.

Es una muchacha,
linda y agradable,
águila del gusto,
fénix del donaire.

Cabellos castaños
en vez de alazanes,
sin delitos rubios,
tan validos antes.

Ojos de pimienta,
chicos y picantes,
algo portugueses
vayetosos graves.

Sus manos y cejas
daban criminales
cédulas de nieve,
chirlos de azabache.

Bien poblada boca,
donde son iguales,
de clavel las puertas,
de jazmín las llaves.

Un pie revoltoso,
preso en breve cárcel,
ni común en gusto,
ni aliñoso en balde.

Siendo si descoge
sus habilidades,
alma del bureo,
princesa del baile.

Ya don Fulanito
de Caniculares,
nacido en la India,

y barbado en Flandes.

Daba en el ocaso
con sus rocinantes,
relinchos de nubes,
coces de celajes.

Y en cuna de arena
meciendo los aires,
al fajado en polvos
niño Manzanares.

Cuando Mariquilla
quiere por templarse,
que se encienda el río,
que la luz se bañe.

Y al tiempo que el alba
de las flores madre,
nubes desemboza
cuando alegre sale.

Fue corriendo velos
a su hermosa imagen,
templo de deseos,
ídolo de amantes.

Era un sol en nieve,
una aurora en carnes,
desnublado un cielo,
sabanado un ángel.

Parad colorados,
dulces consonantes,
verde alegre Musa,
lo sangriento baste.

Décima satírica a un poeta corcovado que se valió de trabajos ajenos

(Fol. 59.)

Ya de corcova en corneja
se ha vuelto el señor don Juan,
todos sus plumas le dan
para escribir su conseja.
Parió la monaza vieja,
monstruos de octavas confusas,
y el Duque no tiene excusas
de dar fiestas tan perfetas,

al zambo de los poetas,
y al sátiro de las Musas.

Redondillas a un tuerto

(Fol. 76.)

El yerro tengo por cierto
aun esforzando a acertar,
pues el mejor apuntar
ha de ser al blanco tuerto.

Y el acierto no es de enojo,
pues a punterías inciertas,
estaba el quedar por puertas
el acertar al otro ojo.

Si son los adagios ley
sin dádivas, fuerza o ruegos,
en la tierra de los ciegos
venís, por tuerto, a ser rey.

Y porque solo no viva
uno con tanto trabajo,
haced que el ojo de abajo
os le acomoden arriba.

Libre viviréis de riña,
que será mucha ventura,
pues no hará travesura
ojo que no tiene niña.

Y si el ojo no perdiera
su propiedad natural,
lloraría, por cristal,
panal de amarilla cera.

En fin, si el ojo perdido
acaso, a casa volviere,
pondrase donde pudiere,
pues el sitio han proveído.

Soneto a un olmo, caída la hoja

(Fol. 79.)

Olmo fui ayer, o hipérbole florido,
a la pomposa luz de un fértil prado,
y hoy, de lo que ayer fui casi olvidado,
báculo soy del tiempo encanecido.

De los soplos del Euro combatido
mi esplendor a mis pies halló eclipsado,
que aun no me lo ausentó, infame cuidado,
porque no me llevase un dulce olvido.

Lengua del aire fue mi verdor mudo,
siempre del aire fui apacible enredo,
y hoy por él de mi pompa me desnudo.

De quien más me trató, quejarme puedo;
mas ay, quién mejor que él matarme pudo:
aire fue mi vivir, aire me quedo.

Décima, probando ser mejor desgraciado discreto, que necio venturoso

(Fol. 86.)

Si el necio, aunque afortunado,
el bien no llega, a lograr,
porque no sabe estimar
la suerte de que ha gozado.
Si el discreto desgraciado,
aun habiéndole perdido,
conocerle ha merecido
ese gozo más, del bien
que pudo lograrle quien
ese bien no ha conocido.

Prueba lo contrario

Una perpetua esperanza
toca en desesperación,
ver lograda una afición,
nadie duda ser bonanza.
El desgraciado no alcanza,
y consigue el que es dichoso,
luego viene a ser forzoso,
que es más para deseado,
que discreto desgraciado
el que es necio venturoso.

Prueba contra lo uno y lo otro

El que no llega a saber
el bien, no llega a estimar,
estimar y no lograr
del todo, es el bien perder.
Saber y no merecer
para qué le ha aprovechado;
no saber, y haber gozado,
qué gusto se le ha seguido;
ni elijo ser entendido,
ni escojo ser estimado.

En el Fénix de los ingenios, publicado por Tomás de Oña en Madrid, 1664147

Soneto de don Antonio de Mendoza. Sin competir a premio

Quiso dos veces obediente celo
En dos distintos leños dibujarte,
Y dos veces confuso se vio el arte,

Soberana María, a tanto cielo.

Tercera vez intenta su desvelo
A materia abrasada trasladarte,
Y sólo en éste logra el animarte,
Mereciendo tal pena, tal consuelo.

Amor divino purifica al hombre,
Por borrar lo imperfecto de lo humano,
Y en su esplendor sagrado le acrisola;

Materia en que ha de hallar el ave nombre
Tenga del fuego en sí lo soberano,
Siendo Fénix, y pura, la que es sola.

En las Delicias de Apolo, publicadas por Francisco de la Torre y Sevil en Madrid, 1670148

Décima a la Soledad de Nuestra Señora de Balma, de don Antonio de Mendoza

(Fol. 45.)

Soledad, no hay compañía
Mayor, donde el alma yace
Consigo, y en ella nace
Una verdad cada día:
En esta breve armonía,
Miro cuán breve reposa
En un peligro la rosa,
En un desmayo el jazmín;
Y que sólo el alma al fin
Permanece siempre hermosa.

Romance amoroso, en la misma obra

(Fol. 88.)

La gala de la hermosura,
la serrana, que en el valle
aun no ha dejado a las feas
el socorro del donaire.

La envidia de los pastores,
la gala de los zagales,
pena común de Legido,
que no le tiene de nadie.

Rendida la primavera
a sus excelencias sale,
porque no mientan las flores
libres que nacieron antes.

De su honestidad vestida
hace su recato grave,
al que la mira pastora
que la considere un ángel.

Lo airoso de su cabello,
entre ébano y oro parten
verdes flores de su gusto,
sin dar esperanza a nadie.

No hallará el cristal más puro
quien a su frente se iguale,
ni el diamante más crecido
tuvo soberbia tan grande.

Con los arcos de sus cejas
menos pueden ajustarse
los bellos arcos del cielo
que todos son cosas de aire.

No espere lisonja el sol
con sus ojos celestiales,
porque el sol muere, y en ellos
siempre vive, y siempre nace.

Para labios y mejillas
claveles y rosas nacen
en la tierra, y no han podido
nunca al cielo levantarse.

No ha merecido el aurora
que a su boca se lo llamen,
ni temen sus blancos dientes
que las perlas los agravien.

La nieve que a su garganta
no ha hallado quien la compare,
desesperada se aflige,
y corrida se deshace.

Mucho tiene que sentir
en sus manos admirables
de su perfección la envidia,
nada que añadir el arte.

En su cuerpo hermoso miran
atónitos los zagales,
una duda de mujer,
muchas perfecciones de ángel.

De su airoso sentimiento
prodigios eternos nacen,
a muchos dejan sin vida,
y con libertad a nadie.

Esta deidad celestial,
gloria de sí misma nace,
al mundo, que la venera,
a los cielos, que la guarden.

De Amarilis son las señas,
de Legido son los males,
los desengaños de todos,
y los saberes de nadie.

Romance amoroso

(Fol. 90.)

En la mudanza de Gila
fue muy dichoso Pascual,
por estar muerto de amores,
cuando le llegó a matar.

Su descuidada hermosura
puso en cuidado al zagal,
muchos siglos para amor,
pocas horas para amar.

Si las estrellas inclinan,
el sol debe de forzar,
y si con dos nació Gila,
¿quién vive con libertad?

Por espejo de sus niñas
incendios corre un raudal,
ufano arroyo del valle,
soberbio rayo del mar.

Cuando el ampo de sus manos

nieva en la fuente al cristal,
perlas beben a dos albas,
jazmines de su abantal.

Repartir quiso el querer,
y quebró con gran caudal,
que hacen dos pobres de un rico
tesoros de voluntad.

Tirana del albedrío
y fácil en variar,
es frenesí de los celos
y el desvarío Pascual.

Remedio pidió al olvido,
y al fin se vino a olvidar
de sí mismo, y no de Gila,
que la quiere mucho más.

En Varias hermosas flores del Parnaso publicadas en Valencia, 1680149

Consejos que dio Lelio a Fabio, que le preguntó, cómo se portaría
con una dama, a quien no acertaba a obligar con la fineza

Romance, que por lo heroico, grave y muy parecido a su estilo, se
cree le escribió don Antonio Hurtado de Mendoza

(Fol. 68.)

Pídesme consejo, en casos
De accidentes tan inciertos,
Que no se puede afirmar
Sobre ninguno, el consejo.

Cómo te avendrás, preguntas,
Con tu dama, en cuyo ciego
Dictamen, son las finezas,
Culpas de merecimientos.

A peligroso combate
Me expones; que en este encuentro,
Las armas de la razón
Lidian más, y vencen menos.

Pero por obedecerte,
Yo mismo al dolor me entrego
De desairar mis razones,
Por disponer tus consuelos.

Oye mis consejos, Fabio,
O tómales, si eres cuerdo,
Como verdades, que yo
Los doy como advertimientos.

Es enigma la mujer,
Y su intrincado contexto,
Le acierta a entender mejor
La fortuna, que el ingenio.

Con todo, puede el juicio
Aun sin dicha discurriendo,
Por observación, hallar
El sentido por concepto.

Yo presumo, al ver que a Filis
No la obligan tus respetos,
Que algo falta a tu fineza,
Que te defiende su aprecio.

Y debe de consistir
En el modo, el desconsuelo
De obrar las galanterías,
Y no conseguir los premios.

Si al hacer el agasajo,
Muestras disgusto de hacerlo,
Pierdes tu acción, y no ganas
La de su agradecimiento.

Que la misma resistencia
Que tuvo, corrido el riesgo,
Dio la razón al enfado,
De no estimar el afecto.

El agasajo ha de hacerse
Con el semblante, primero,
Y después con el impulso,
Éste, pronto, aquél, risueño.

Si cuesta al que le recibe
La amenaza, o el esfuerzo,
Ya no es favor, pues no lo hace
Tu gusto, sino tu apremio.

Bien que ha de ser la fineza
Con proporción al sujeto,
Y a su tiempo, que aun es malo
Lo bueno, fuera de tiempo.

No has de estar siempre obligando,
Que estará Filis creyendo,

Que has menester tu atención,
Para conseguir su afecto.

Y en llegando a persuadirse,
De que haces de tus desvelos
Política, hará también
Máxima de tus despegos.

Con que porfiaréis los dos
En malograr los cortejos,
Por no querer estimarlos,
Por no saber disponerlos.

Y así Fabio, buscarás
En la discreción el medio,
De que parezcan loables,
No viciosos, tus extremos.

Esto es en cuanto a obligarla,
Que en quererla, rumbo nuevo
Has de seguir, que el común
Es como arriesgado, incierto.

Ten cuidado con la voz,
No descubras de tu incendio
Más llama, que la que muestra
Que es ardor, pero no fuego.

Mira Fabio, que te importa
Ocultar en el silencio
El amor, porque en el labio
No es gusto, y puede ser riesgo.

Huye las ponderaciones,
Pues buscas contra ti mismo
Tantos enemigos, cuantos
Son los encarecimientos.

Procura tener a Filis
Siempre dudosa, que el medio
De perderte, hará que sirva
La condición al recelo.

Que en estando asegurada,
Se irá poco a poco haciendo,
Por hábito del descuido,
Naturaleza el desprecio.

Con agrado has de tratarla,
Mas que no pase te advierto
De los límites de agrado,
A los espacios de exceso.

Que la mujer que más quiere,
Usa de los rendimientos,
Más para reconvenirlos,
Que para reconocerlos.

Nunca la alabes de hermosa,
Pues subes tú mismo el precio
De su favor, y costearas
Con tu lisonja, tu empeño.

Que aunque entienda que no es linda
(Que no es fácil en su sexo)
Se vale de la alabanza,
Para el desvanecimiento.

Tampoco deidad la llames,
Porque ese vano epiteto,
Le escucha el gusto, y le abraza
Después el consentimiento.

Con que inflamada del nombre,
Te mira desde su cielo,
Como mortal, y en su engaño
Juzga aún por favor el ceño.

Que la estimes te permito,
Fabio, si bien atendiendo
Que ha de ser la estimación
De dama, mas no de dueño.

Guárdate de que parezcan
Humildades, los obsequios,
Que lo que haces por lisonja,
Lo ha de recibir por feudo.

Si es discreta, no hay peligro
En estos reparos, pero
Si es entendida, todos
Los reparos serán riesgos.

Si es necia, y te ha condenado
Tu error a tan duro remo,
Sufre con la discreción,
Boga con el sufrimiento.

Y como pena forzosa
De la culpa de tu seso,
Padece por voluntad,
Sufre por entendimiento.

Ya Fabio, los dos estamos
En el oceano inmenso
De los accidentes, donde
Todo es golfo, y nada es puerto.

En el modo de guardarla,
Piloto has de ser experto,
Siempre advertido a la varia
Contradicción de los vientos.

Mira que hay en este mar
Muchos escollos cubiertos,
Y es menester gran destreza,
Para desviarse de ellos.

Su natural examina,
Para con mejor acuerdo,
A fuer de su condición
Obrar tu conocimiento.

Si se halla bien retirada,
No a título de festejo

Relajes la compostura
De su natural sosiego.
Que si hace una vez deleite
De la diversión, es cierto,
Fabio, que después hará
Dolor del recogimiento.
Si enfermarse de ser vista,
Aplicala por remedio
La confianza, que hay males
Que se curan con veneno.
Salga algunas veces Filis,
A gozar de los paseos,
Porque pierda en repetirlos
El ansia de apetecerlos.
Y salva las contingencias
De los acontecimientos,
Con prevenir el reparo,
Que ha de estorbar el suceso.
No la oprimas tanto, que
Cuando de sus falsos ruegos
Te convenzas, haga Filis
De la permisión despeño.
Como arroyo detenido,
Que el embarazo rompiendo,
Sale de madre, olvidando
Los límites de arroyuelo.
Celos no la has de pedir,
Que en pedírselos, a un tiempo
A tu estimación ofendes,
Y ofendes a su respeto.
A tu estimación, porque
Tú mismo estás suponiendo,
Que en agravio de tus prendas
Hay quien pueda darte celos.
Su respeto, pues se empaña
De nuevo el turbado espejo
De su beldad, si supones
Que en él se mira otro objeto.
Porque en llegando el favor
A ser más de uno, el yerro
Ya en el número no está,
Sino en el relajamiento.
Tampoco tú la has de dar
Celos, pues tendrá con ellos
Si quiere imitar tu error
En el agravio, el pretexto.
Que aunque es contra su decoro
Su venganza, el sentimiento
Pocas veces deja libre,
Para el reparo, el acuerdo.

Antes discurre de suerte,
Que fundando el argumento
En la consecuencia, juzga
Por acierto, el desacierto.

De recelos no te excusa,
Mas de suerte has de tenerlos
Ocultos, que aun del cuidado
No se fíe el pensamiento.

No entienda, no, tus temores,
Fabio, porque te prevengo
Que no podrás apurarlos,
Y podrá desvanecerlos.

Y de tu desconfianza
Ofendida, o por despecho,
O por capricho, hará Filis
Lo dudoso verdadero.

En la continua asistencia
De su casa, y de su aseo,
Lo conveniente es forzoso,
No es forzoso lo superfluo.

No ha de ser tu bizarría
Causa de su desconcierto,
Ni sea tu cortedad
Motivo de su tropiezo.

La prudencia ha de templar
Los dos contrarios, que en esto
Tan dañoso es lo de más,
Fabio, como lo de menos.

Que en su presencia no alabes
Otro galán, te encomiendo,
Que das materia al antojo,
Para encender el deseo.

Haz con pródigo reparo
Prevención de los ejemplos,
Que excusa los propios, quien
Escarmienta en los ajenos.

En esto seguirá Filis
De otras muchas los violentos
Designios, que en todas son
Los engaños unos mismos.

Si se enojare sin causa,
Has de estar, Fabio, entendiendo,
Que aquel enojo le afecta
No el caso, sino el misterio.

Contra tu credulidad
Se irrita su entendimiento,
Porque quiere asegurarte
Del amor, con el estruendo.

Castiga en ella el error
De este sagaz devaneo,

Pero no con la disculpa,
Sino con el menosprecio.

Y si resuelve el enojo
Después en aljófaro tierno,
Mira que es para atraer
Tu compasión a su intento.

En tal caso, aunque atropelles
Por la piedad de tu pecho,
Has de dejarla llorando,
Y te has de salir riendo.

Si te detiene, trocado
Lo furioso en alagüeño,
Déjate, Fabio, vencer,
Si no a la razón, al duelo.

Bástete haber conocido
Sus astutos pensamientos,
Y no para castigarlos,
Sino para no temerlos.

Si tal vez la hallares triste,
Antes que su fingimiento
Te haga cargo de la causa,
Haz tú queja del efecto.

Confúndele la disculpa
Y la dejarás con eso
Desarmada la cautela
Para otro acontecimiento.

Si lo que desea, pide
Sin pedirlo, ni queriendo
Que aun su insinuación, empeñe
A tu reconocimiento.

No te des por entendido,
Ni sientas no parecerlo,
Que tal vez, es discreción
Mostrar el sabio que es necio.

Mortifique su altivez
En el ruego, y del rodeo
Harás con razón entonces
Razón de no concederlo.

Si hablando contigo, a impulsos
De algún arrebatamiento,
Te deja con tu sospecha,
Y se va con su embeleso.

En las acciones repara
Del semblante, oírás sin ecos
Las voces de otro cuidado,
A quien responde allá dentro.

Calla, y sírvete del caso
Para la experiencia, luego
Para el castigo, y después
Para el arrepentimiento,

Estas advertencias, Fabio,
Te doy para tu gobierno,
No con tanta precisión,
Que hayan de hacerse preceptos.
Míralas como discursos
De un lastimado, que ha hecho,
Para fundar los avisos,
Reglas de los escarmientos.
Y concluyo, Fabio amigo,
Con que excusar el empleo,
Es el remedio del daño,
Porque no hay otro remedio.

En las Obras líricas y cómicas, de don Antonio Hurtado de Mendoza
reimpresas en Madrid, 1728150

Soneto a la suerte que Felipe IV hizo en un toro, en la fiesta
agonal de octubre del año de 1631

(Fol. 144.)

En denuedo alevoso, en campo abierto
cedió sólo a tu imperio soberano
el bruto, que a su Rey otro tirano
quitar la Monarquía del desierto.
Más al aplauso, que al destrozo muerto,
la misma brevedad le halló temprano,
que en las glorias, Felipe, de tu mano
nada menos admira, que el acierto.
La fiera al real estrago agradecida
lisonja hizo el morir, y no violencia
que antes llegó la muerte, que la herida.
Y al brazo, que ni el orbe es resistencia,
feroz rindiendo la rebelde vida,
muerte, no padeció, sino obediencia.

Soneto

(Fol. 47 r.)

Del mundo que venció triunfante mira
el Macedón con lágrimas que llora
sin yugo en parte el reino de la aurora,
el polo opuesto adonde el sol expira.

Un mundo junto indivisible admira
su eterna heroica fama vencedora,
nombre inmortal, laurel y triunfo adora
por mundos que vencer llora y suspira.

Prevenido de muchos, si triunfante
de solo un mundo annal de breve historia,
llora Alejandro de su gloria amante.

Empresa vil de un mundo la victoria
porque en los mundos no vencidos cante
lágrimas de Alejandro, si no gloria.

Soneto

(Fol. 68 r.)

La rosa fresca imita al alba, al cielo,
si en lágrimas de perlas a la aurora,
el Fénix de las flores enamora
no almendro teme la región del yelo.

Con alma de oro el vergonzoso velo

que relámpago nace y muere, llora;
oh breve tiranía lo que a Flora
al mes gentil, al mayo fue desvelo.

La rosa en flor, en Flora, en primavera,
que en amigos la vida eterna imita,
villana mano de la Parca espera.

Mas ¿qué importa a la rosa que marchita
a mano de la envidia y celos muera,
si a gloria de hermosura resucita?

Poesías inéditas

Décima

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 4 r.)

La copla yo la condeno
antes que vos la culpéis,
que lo que vos no entendéis
no podrá nunca ser bueno:
con entendimiento ajeno
entender nada es en vano,
y es en vos tan soberano,
tan alto el juicio y entero,
que en vos envidio primero
la razón, que no la mano.

A la fuente de un jardín de mi señora la Duquesa de Medina de Rioseco, con
orden de su excelencia escribió estas coplas un criado suyo, y gran
servidor del agua

Décima y redondillas

Décima a su excelencia

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 5 r.)

Señora, he sido obediente,
y turban las obediencias
tantas grandes excelencias
en el dueño y en la fuente:
su bellísima corriente
desdeña el más alto vuelo,
y en mí su ofensa recelo
que está en aplauso bañada,
y dos veces coronada
de la vecindad del cielo.

Redondillas a la fuente

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 5
v.º)

Si para engaños y amores
primores ya te pedí,
mi pluma hoy quiero de ti
milagros y no primores.

En milagrosa armonía
muestra el primor más lucido,
mas si primores te pido,
ya te niego que eres mía.

Ajena te busco ahora,
pero lisonjera no,
ya no, ay Filis, deje yo
en paz una vez la aurora.

Cuanto garboso y gentil

hereda en selvas mayores
el mayo, rey de las flores,
verde sucesor de abril.

Es rasgo, es punto pequeño
de lo que pintar procuro,
más que en sí, grave y seguro
en la majestad del dueño.

Al mío que sabe ahora
más desdén y más olvido,
sólo por desdicha pido
el favor que siempre ignora.

El pedir favor lo niego,
porque siempre es de mi fe
puro sacrificio, en que
deidad la confiesa el ruego.

Oh tú, beldad escondida,
la más alta y más hermosa,
que encierras mi voz medrosa
en lo mudo de una vida.

Tu belleza sólo invoco
para pintar lo más bello,
y todo copiado en ello
siempre diré lo más poco.

De primaveras de hermosas,
Musa esta vez te retiras,
que han menester sus mentiras
el número de las rosas.

Pintar de una fuente intento
el galán, tierno ejercicio
que el más rico hermoso oficio
pule de aljófara el viento.

Del Adonis del verano,
Fénix de la primavera,
real jardín lo emprendiera
la tuciana pluma en vano.

Oh más pródiga en despojos
que atentos los orbes tienes
y a la adoración te vienes
aún primero que a los ojos.

Oye tu agravio, y con él
tus glorias coronarás
que en tus lisonjas de hoy más
blanco ya será el laurel.

Penacho de sol, que en suma
siembra en desperdicio leve
de átomos de plata y nieve
cada rayo y cada pluma.

Cuyas garzotas tempranas
se rizan de las más bellas
lágrimas que llora en ellas

la envidia de las mañanas.

Mintiendo a lo natural
parece que desde el suelo
sus estrellas cierne el cielo
en harina de cristal.

Cándidas fraguas y bellas
sin duda que el centro aloja
que en buen aire el viento arroja
nevadas tantas centellas.

Desde los pardos confines
del abismo al cielo sube
y en flamante airosa nube
polvos nieva de jazmines.

Que derramados al cuello
de extranjera damería
hicieran más cortesía
al francés rubio cabello.

Con prodigios soberanos
parece que en esta fuente
revienta todo el corriente
en ricos preciosos granos.

Sin ningún bajel, es una
en confusiones brillantes
torre, y no flor de diamantes
al tope de igual ninguna.

Argentada llama sea,
que en ella, no prodigiosas,
de escarchadas mariposas
escuadrones centellea.

Si te ofende la pintura,
oh fuente más extremada,
mírate bien, y admirada
verás mejor tu hermosura.

Si te enamoras de ti
mil veces serás Narciso,
y él perderá el poco aviso
de enamorarse de sí.

Digna alabanza no esperes
que nada es lindo, es airoso,
dulce, admirable y hermoso
no siendo lo que tú eres.

¿Qué diré de tus beldades,
que en tus glorias merecidas
de estrechas y de encogidas
gimen todas las verdades?

Torbellino eres de hielo,
de perlas eres ceniza,
o tempestad que graniza
aljófares sobre el cielo.

Un mar de plata en las venas

ocultas, y en tu descuello
salen en número bello
suspiradas las arenas.

Plumaje de argentería
lisonjeramente altivo,
que es para lo más festivo
la gala mayor del día.

Blanco pavón que desaire
aun no conocen sus pies
y su rueda y pompa es
plumado blasón del aire.

Volcán, que en blando elemento
sus chispas en dulce guerra
no hacen horror a la tierra,
sino adulación al viento.

Sicilia, que en español
traduce sus Mongibelos
dando en pólvora de hielos
asaltos de nieve al sol.

Para hacer a tus bellezas
Venecia salva formó
de vidrios, que en ti rompió
menudas lucientes piezas.

Reinando en todo hemisferio
guión eres y estandarte
que ostentas en toda parte
del mundo el airoso imperio.

Si ríes, fuente, o si lloras,
más galán, más lisonjero
toman su origen primero
de tu margen las auroras.

Escuela pones de albores
al alba, y ya no me espanto
que de ti aprenda a ser tanto
el rocío de las flores.

Sacrificas celestial
de manantiales corteses
tus claras fecundas mieses
en hogueras de cristal.

En humos de generosa
bellos perfumes concedes
al cielo, y tener no puedes
humos de ser más hermosa.

Dijera (a no ser violento
y gala tan poco grata)
que a lentejuelas de plata
bordas el campo del viento.

Los cuatro ríos divinos
en ti exceden su corriente,
y muéstranlo en esta fuente

en suspiros cristalinos.

Si del sol en la conquista
su lumbre en ti se apagó,
todo lo vences si no,
la noble sed de la vista.

En ser agua no porfíes,
metal sí, que generoso
de mineral más precioso
brotas cien mil Potosíes.

¡Oh cómo te alabo necio!
que eres agua, y eres fuente,
moneda que más corriente
merece el más alto precio.

¿Quién darte jamás intenta
más honra, más alabanza?
que puedes poner templanza
a la ambición más sedienta.

Coplas, romances, sonetos,
vuestra vanidad se rinda,
que al agua, dama tan linda,
caricias y no conceptos.

Amantes, y los mayores
aquí, aquí los albedríos
que en el agua aun tienen fríos
garbo y verdad los amores.

Bella fuente, ¡oh cuánto siento
aun en las coplas dejarte!
que aun más, más que de logarte
de aplaudirte estoy sediento.

Pero un primor enemigo
te veo, y si no es así,
otra seas más en ti
esta frialdad que te digo.

Que al aire das tu caudal
siendo toda de la tierra
que una mala ley se encierra
hasta en almas de cristal.

No estéis sentida o quejosa
de ofensa, que no es costumbre
que es la primer pesadumbre
que he dicho, a ninguna hermosa.

Deudor a tus perfecciones
siempre me dejas y alcanzas,
y no bastan alabanzas
cóbralo en admiraciones.

Que si asuntos peregrinos
siempre desdichados son,
en versos no hay más razón
que lograr los desatinos.

Sólo fuente, ilustre y pura,

más clara y hermosa fueras
si a tu dueño le pidieras
la grandeza y la hermosura.

Al Certamen de la Academia del Buen Retiro en las carnestolendas del año
de 1637

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 9 v.º)

De tu talle y cara quién
es, Francisca, más tu amigo,
dijo mal, pero yo digo
que esto sólo dice bien.

Glosa

Quien de tu talle y tu cara
diga mal con mil enojos,
cuando, en las lenguas faltara
a quejas lo confesara
la injuria de nuestros ojos.

Si tú piensas que no habrá
quien nos diga mal muy bien
de ti toda, atenta está
que yo sé, y aun todos ya
de tu talle y cara quién.

A pagar de quien te mira
eres fea, y en ti el arte
tan sin consuelo respira
que no osará en consolarte
socorrerte una mentira.

Tu fealdad trae por testigo
de su culpa el que te adora,
y qué dirá el enemigo
si esto dice quien adora
es, Francisca, más tu amigo.

De pesado (¡qué insolente!)
maldijo un gran maldiciente
tu cara y talle infernal,
mas yo siempre dije mal
de futuro y de presente.

No dirá ya el falso amigo
mal de ti, mas yo maldigo
tu fiereza cada instante
que él, hasta en esto inconstante,
dijo mal, pero yo digo:

Un maldiciente profeso
no puede hacer pesadumbre,
hable gordo o muerda tieso,
porque a todos de su exceso
desagravia su costumbre.

Con ultraje universal
huyó, y aun dirá también
viéndote, fea infernal,
que aquello sólo hizo mal,
que esto sólo dice bien.

Historia verdadera de un espantoso martirio que hizo en un abano
inocente la más grande y cruel señora de Castilla, compuesta por el
peor coplero de España, beneficiado de ayer y privado siempre de la
dicha corporal

v.º) En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 13

En coplas y bien de ciego
contaré el martirio breve
que a un ministro de aire leve
hizo con alma de fuego
un Diocleciano de nieve.

Oh tú, más que todo hermosa
ni aun para un mísero abano
jamás blanda ni piadosa
que en tu bella cruda mano
aun quedó su muerte airosa,
inspira en mi copla ruda

tu gloriosa excelsa ayuda,
que mi pluma, torpe y lega,
si tuvo razón de ciega,
ya no la tendrá de muda.

De un triste afligido abano
contaré la amarga historia
en estilo pobre y llano,
que si feneció a tu mano,
tal fin cantará la gloria.

Blanco y negro era el pobrete,
y a curarle su dolor
el más lindo matasiete,
no se le entregó al doctor,
sino al bachiller Negrete.

Era chiquito el donoso,
pero no estuvo seguro
que en vecindad de lo hermoso
el negro siempre es obscuro,
el chico nunca es airoso.

Sin que el blanco le valiera
ni el negro, hasta el pellejo
le arrancó la hermosa fiera,
ay, qué fuera dél, si fuera
el triste abano bermejo.

Quiso el licenciado Antón
(extraña resolución)
huesos, caderas bizmarle,
y aun no pudiera bastarle
el artífice de Auñón.

Hechas sus varas astillas,
si a remediar sus costillas
se atreviera de hoy más,
podiera llamarse el Blas
Rodríguez de las Varillas.

Dos manos sin tener duelo
dieron el abano al suelo,
que sabe con ceño impío
el aire matar de frío,
pero no morir de hielo.

La serenísima Elisa,
risueña en destrozo tanto,
a todo viviente avisa
que a lo que mata con risa
cruz de miedo y pies de llanto.

Rigurosa y celestial,
bien que siempre divinal,
es con mano en nada escasa
para inocentes de gasa
un Herodes de cristal.

En cabeza del abano

todo el morir con donaire
escarmiente de su mano
que el matar cualquier cristiano
lo tendrá por cosa de aire.

Quedando de aquel rigor
deshecho en tantos despojos
mostró con bello furor
(ay, libéranos Señor)
que era estrago de sus ojos.

Que el abano la quería
no es duda, pues la muy bella
tan mal le trató este día,
que en su fineza y porfía
dos veces murió por ella.

Su cuadrilla generosa
llegue a mirarlo y temerlo,
que soberbia y desdeñosa,
ni aun perdona lo más bello
la fiereza de una hermosa.

En su bizarro denuedo
no hay temor que viva o quepa,
pero ya admirado quedo
que ninguno tener sepa
quien sabe hacer tanto miedo.

En sus altivos primores
qué rayos y qué temores
irán sus ojos flechando,
si todo le tiembla, cuando
su boca eriza las flores.

Volvamos a nuestra historia
y al abano que se hallaba
en tal mano y tal memoria,
téngale Dios en su gloria,
que en su cielo ya se estaba.

Tus bellísimos alientos
no se ceban en rendidos,
que ese trato de los vientos
aunque tendrá sentimientos
no sabe tener sentidos.

En tus lauros soberanos
a sufrir intentos vanos
en triunfos tuyos y palmas
quisieran todas las almas
ser juguete de tus manos.

Este sólo es conceptillo
que no pasa de la raya,
que si es locura el decillo,
vaya, como todo, vaya
al aire del abanillo.

De achacoso parentesco

fue dádiva, y lo picado
le dejó tan roto y fresco
que después quedó extremado
para calzas de un tudesco.

Picar el aire, aunque bella
gala, no es traje español,
pero con garbosa huella
fuera fácil en su estrella
el picar de envidia al sol.

Si en uno y otro tormento
le picaba muy despacio,
yo que le miraba atento
creí que sólo en Palacio
se hacen jigotes de viento.

¡Oh siempre deidad antigua!
no te alcanzará mi chiste,
aunque sobre el aire escriba,
porque tú sola naciste
de las estrellas arriba.

Dudoso andaba el concepto,
mas ni en burlada razón
ni un breve osar me prometo,
que estás en la perfección
y te hallo en el respeto.

Envaine la travesura,
que en vano pinceles gasta
la más ticiana pintura,
cuando todo a uno le basta
a la mayor hermosura.

Seguidillas a unas damas

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 16
v.º)

Ya que siempre lisonjas
oyen las damas,
oigan pesadumbres
pues hacen tantas.

Fiera gente las damas

que hacen hermosas
padecer con cielos
penar con glorias.

En las bellas damas
¡qué injuria noble,
que enemigos divinos
tengan los hombres!

Son tiranas las damas
nadie lo niega,
y en mayor tiranía
más justas reinan.

Son las damas un verso
de Garcilaso,
enemigas mortales
del trato humano.

Ángeles más soberbios
son las damas hoy
y ninguno caer puede
en que no hay razón.

Con las damas que todas
nacen estrellas,
cómo siendo tan lindas
no hay una buena.

Doctorcitos de hogaño
son las damas ya,
porque el médico mata
más bien que no el mal.

¡Oh qué gran privilegio
de la hermosura,
ofender sin agravio,
matar sin culpa!

Ser las damas todas
soles tan claros,
si lo veo en las luces,
más en los rayos.

Ser las damas soberbias
no hace novedad,
cuanto más presumen
aun se deben más.

Son de flores las damas
árboles bellos
y es su propio fruto
males ajenos.

Si ángel más soberbio
cualquier dama es
la razón la conozco,
pero no la fe.

En las damas que es todo
mayos y abriles
es lo que se padece

sólo apacible.

Si es que no son turcas
las bellas damas
¿cómo siendo Jarifas
serán cristianas?

Basten las pesadumbres,
damas gloriosas,
que alabanzas aun fueran
breves las todas.

Romance amoroso

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 22
v.º)

Leves plumas que volaron
por tantas Celias y Filis
todo es aire que en la tierra
nada es cielo sino Lisi.

Aquella deidad más bella
cuyos ojos bellos tristes
mares de glorias ofrecen
a una lástima que piden.

Qué tiernos, lindos y ausentes,
y hasta en llorar qué apacibles,
sólo en lágrimas les queda
las señas de lo que viven.

Sola una lágrima, sola,
mil finezas se le obliguen
mil cuidados se le paguen
mil auroras se la envidien.

¡Oh, cómo se ríe el amor
de un hermoso dolor!
que luces llora y estrellas,
que unas tristes lágrimas bellas
alegrías son de amor.

Por más fina y más amante
deudas de amor se promete,
que sabe que las ausencias
pocas merecen un firme.

En amor aun lo más bello
a tener miedo se rinde,
que es en amor lo más fácil
que una ventura se olvide.

No es imposible que amando
lo más soberbio se humille,
que sin duda quiso poco
quien halló los imposibles.
¡Oh cómo se ríe, etc.

Otro

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 23
v.º)

En corso y de uñas armado
a la flota del Brasil,
salió a encontrarla esta tarde
el holandés de Madrid.

Viendo tan cargado y rico
el galeón Diego Ruiz
le asestó su artillería
que aun hay sexto siempre allí.

Con sus tocas de Cambray
y más delgado el monjil,
la capitana de Holanda
le disparó su pedir.

Si no para armas tomar,
para todo recibir
en humos de dama está
perfumado el faldellín.

No se rindió el portugués
sacre dos veces sutil,
que en la robadora cuerva
garras cuenta de neblí.

Ensillada y no enfrenada
en todo estrado gentil
hace a todos buenos gestos
y ninguno para sí.

Fea recatada en vieja

y tocada de cien mil,
el tener cinco mil años,
tiene ya de serafín.

Si de la sangre real
tan necia y vana la oí,
yo sé que ella más estima
la sangre maravedí.

Revélame tú el romance
de qué rama y qué raíz
nació esta fruta cogida
tanta vez en mal latín.

Castillo y león le toca
porque allá en Valladolid
en ochavo original
lo pudieran concebir.

Otro

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional. folio 24
v.º)

Dos zagalas de un retiro
que en el campo de la envidia
la guerra fueron de todas
y son la paz de sí mismas.

Por mar seguro navegan
y en hermosura escondida
ni aun le sufren al oído
los aplausos de la vista.

Hacer profesión de hermosa
qué perdición tan lucida
que toma el puerto de necio
quien surca el golfo de linda.

A la orilla, a la orilla,
que las ondas andan crueles
y se anegan muchos bajeles
en los golfos de la villa.

En bien estériles olas
ya los peligros se fían
que no hay quien disculpe un riesgo

ni quien merezca una dicha.

Tampoco al mismo cabello
le permiten ondas ricas,
que hasta en lo aparente ahora
andan crespas las desdichas.

Qué cerca de las verdades
vive, quien loca y altiva
fiada en sus presunciones
pierde el miedo a las mentiras.

A la orilla, etc.

Otro

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 27

r.)

En calmas de amor padecen
borrascas mis pensamientos,
las ondas van por el aire
y las penas por el cielo.

Navegan siempre mis ojos
por agua que todo es fuego,
y al bajel de mi esperanza
si no el aire falta el viento.

El daño es no hacer viaje,
que la tormenta no es riesgo,
ya rompa en un desengaño
o ya surque en puerto ajeno.

Cuanto más pasito,
cuanto más quedo,
rijan las olas,
soplan los vientos.
más celoso el cuidado
buscando cielo
por un golfo de arenas
en aire el puerto.

No al mar, sino al navío
debe el miedo el marinero,
que es llevar hecho el peligro,
embarcarse en él su dueño.

Las caricias mentirosas,
los halagos lisonjeros
norte son de rumbos locos
y mar de bajeles necios.

El que fiare sus velas
a tiempos de tan mal tiempo
saldrá de la mar a fuerza
de remos y de escarmientos.

Cuanto más pasito, etc.

Otro

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 30
v.º)

Jugaban dos voluntades,
una fuego y otra nieve,
a la pelota de amor
que fue de más viento siempre.

Peloteros las pendencias
se llaman, oh quién tuviese
la ventaja, pero no
la razón del que aborrece.

Faltas hacen Lauro y Filis
pierde el partido en perderse
fuego en el juego que falso
quien juega mejor le pierde.

Tantos celos que él envida,
ella que fina padece
no los quiere porque ama
y súfrellos porque quiere.

Bella niña, si celos
te sacan siempre
perderás quince juicios,
si no los vuelves.

En dos amantes, si el uno
ama con exceso, tiene
partido robado el otro
que triunfa de lo que vence.

Tiembla niña de un dichoso

y mucho más del que hicieres
que lo pagara en soberbio
y aun le cupo cortésmente.

Mil siglos ha que se ignora
el ser las dichas corteses,
quien vio modesto un dichoso
feliz que le llaman Fénix.

Si amor con amor se paga,
celos con celos se venguen,
y airoso no quede un hombre
de lo que su ángel se ofende.

Otro

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 31

r.)

Del amor las baterías
no son de un peligro todas,
guarda la pólvora muda
que es más falsa que la sorda.

Hermosuras de centella
que disparan chispas locas
no hacen llama, y en el viento
unas se apagan en otras.

En bellezas envainadas,
en medidas siempre airosas,
todo tiemble y todo muera
al desnudar de las hojas.

Corazón que bien te enamoras
de mentidos tiernos desmayos,
que los soles pagan en rayos
y en céfiros las auroras.

Furias esgrimiendo el sol,
flores y plantas enoja,
y es de los campos aliento
el alba en tibieza hermosa.

Riesgos avisa el arroyo
en corrientes presurosas,
y esconde mayor peligro

el agua en serenas ondas.

Preciado el clavel de ardiente
blasone vivezas rojas,
que más tiernos ojos pide
bien desmayada una rosa.

Corazón, etc.

Otro

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 31 v.º)

Jacarísimo está el mundo
valientes están las burlas
ociosas están las veras
honradas están las culpas.

Este sí que es siglo de oro
que se compran las venturas
gustos se venden, y el precio
a dos caras el de algunas.

Todo golfo es ya bajío,
y se toman las alturas
desde la margen, y nadie
halló aquello que se busca.

Junio, julio y Cartagena
son los puertos que aseguran
y aténgome yo en noviembre
a las barras de Sanlúcar.

Niñas quieren ser la plata
y traviosos mares surcan
las que en la playa del ocio
ya se imaginaban surtas.

Que es mirar un pobre gesto
confinante a las arrugas,
cuando ya pasan los años
el término de las dudas.

Que en damísimos esfuerzos
a los desengaños se hurta
o se niega, y cada instante
los oye, pero no escucha.

Y que es ver un rostro hermoso
donde las flores madrugan,
que el abril, el sol y el alba
son bosquejo y sombra suya.

Que en altivez desdeñosa
de veras de amor se burla
y de poderosos ceños
ríe, vence, reina y triunfa.

Sigo este rumbo, y por otro
rasgo despliegue la Musa,
no le consienta mi copla
el ser pesada y ser pluma.

Feliz quien más altamente
las ondas de amor fluctúa,
la proa siempre en el cielo
pero en la esperanza nunca.

Mi navecilla zozobra
por golfos de estrellas puras,
que donde se pierden todas
no es desdichada ninguna.

Bellísima causa adoro,
mas de fiereza tan dura
que alegre mata, y matando
es cruel, pero no injuria.

Sus más hermosas niñeces
siempre a rigores caducan,
y en lecciones de raposa
fierezas nuevas estudia.

Las desdichas de alto empleo
de venturosas presuman,
que en el garbo de un acierto
no hay desaire en la fortuna.

En ninguno el ser dichoso
por obligación se juzga,
mas buscar desdicha airosa
es deuda de la ventura.

Oh, qué bien que yo a mi alma
le pago deudas tan justas
que en lo que adoro y en vano
ni aun se ofenderá la injuria.

Ninguno de desdichado
se queje, que en desventuras
cual de ellas puede ser grande
mientras no se atreve a ruina.

Pelinegra suerte mía
de mi engaño y mi locura,
si no la dicha en tus ojos
busqué la mejor disculpa.

La beldad se desengaña
que no hay belleza sin muchas

que una puede ser hermosa
pero no ser hermosura.

La razón, el gusto, el arte,
la perfección tanto ayudan
que en su hermosa competencia
la cara es beldad segunda.

Sin haber alma me fecit
la más pintada es pintura,
vida ociosa, flor inútil,
bulto vano, y tabla muda.

¿Qué será Narcisa bella
en la soberana suma
de tus beldades que sólo
al sin número se ajustan?

Más allá de lo mirado
ha de ver la vista aguda,
que en mudo fuego bien quema
el pensamiento sus plumas.

En vez de niña labores,
lanzas de sangrientas puntas
y puntos aun con el dedo
son los rayos de su aguja.

Con almas y vidas juega
y a su rigor le pregunta
lo que ha de matar primero,
que el morir todos no es duda.

Aunque hacer estragos tantos
llama sólo travesuras
en febreros florecientes
de abril arma sus furias.

Y dando mentidas señas
de piedad cuando se funda
en montañas de alborozos
se quiebra en olas de espuma.

Sus durezas que a peñascos
forman Guecar, Júcar
después a verdades tiernas
en flores las cuenta Asturias.

Si lo que se mira es bello,
es más lo que se barrunta,
que los retiros hermosos
a más sentidos adulan.

Que en tus ojos, boca y manos
los rayos más bien deslumbran
más purpurean las rosas,
brillan mejor las blanduras.

Oh cuerpo, donde las almas
hacen todas una junta
y unánimes votan que
no hay beldad sino la suya.

Si en tus perfecciones puso
la verdad el non plus ultra
dichoso quien sabe cuánto
lo merecen las columnas.

Y más el Sansón que puede
derrocarlas y sepulta
en su templo cristalino
desmayos y fuerzas tuyas.

¡Oh imaginación blasfema!
que profanamente enturbias
sus cristales competidos
a purezas y a hermosuras.

Que es osar a la muchacha
escalar con flaca industria
los alcázares del sol
a los orbes de la luna.

Oh imagen de hielo, donde
va descalza y no segura
la esperanza y el dolor
témperas de nieve ayuna.

Y tan de fuego aunque helada
que hasta en tibiezas procura
centellear y sus luces
tanto abrasan como alumbran.

Tan observante en rigores,
que si el desdén no pronuncia,
teme que rompa a sus labios
la roja esquiva clausura.

Como la marcial campaña
le dio la primera cuna
todo es guerra, oh quién la viese
armada de más desnuda.

Que con ella en limpios tajos
la que dio en revés de azúcar
el chirlo a Medoro, fuera
rasguño en pimienta obscura.

Puñal nevado que en sólo
dos mohadas con la zurda
a buenas noches dejara
a cuantos murieran de una.

Yo en la esclavitud estrecha
de una condición tan dura,
que fuera en Constantinopla
más leve, mas no más turca.

Religioso del silencio
sufriendo en alma confusa
la vida más recoleta
hasta la queja es cartuja.

Letras

(En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 36

r.)

A la dulce risa del alba,
campos, fuentes y ruiseñores
dicen amores:
avecillas con pico de nácar,
fuentecillas con labios de plata.
Hoy los campos con lenguas de flores
dicen amores.

Dudosas están ahora
ya que ven la luz distinta
si es la risa de Jacinta
o es el llanto del aurora,
más perlas que el alba llora
muestra Jacinta en sus dientes
cuando las aves y fuentes
a sus ojos vencedores.

A la dulce, etc.

En su envidia y sus enojos
no les pone el alba culpas,
que son hermosas disculpas
mirar tan divinos ojos,
que son luces y despojos
aves y fuentes sonoras
por más lucientes auroras
ya son requiebros mayores.

Dicen amores, etc.

Motes para los barcos en la noche de San Pedro, en el Retiro, que
las damas de Palacio y los galanes se dan

r.) (En el manuscrito n.º 17.723, de la Biblioteca Nacional, folio 40

Galanes

1 Aunque más el ser amor
flete el barco y fleche el barco
sin mercedes no me embarco.

2 Mi barquillo en su derrota
para navegar no alcanza
ni el viento de una esperanza.

3 Barquillo pobre de remos
rico al menos de ventura
si encuentra tanta hermosura.

4 Si se navega a casar
todo encuentro será azar.

5 No aunque me den el Perú
quiero más merced que a tú.

Damas

1 Yo os quiero a fe de mujer
guardad secreto a mi fama
que aun lo digo como dama.

2 En el golfo de marido
que necios los que aun están
en la orilla de galán.

3 Que hallarán cien mil tormentas

aquí vuestras ansias locas
no es más dudas que ser pocas.

4 Que hallado sólo en perderos
venís, sin venir jamás
a más que perderos más.

5 El que sólo a cansar llega
zozobra, que no navega.

Galanes

6 Cuenta conmigo mi barca,
que tiemblo del Patriarca.

7 Si a mi barca falta viento,
todo va en mi pensamiento.

8 Mejor que al viento en favor
la Camarera mayor.

9 Chanza es nuestra grosería,
y en cuanto a comodidad
es chanza el que no es verdad.

10 Cuando en el aire navego
por el aire surco el fuego.

11 Aunque vuestras señorías
tan lindas me parecedes
más quiero vuestras mercedes.

12 El viento que me faltó
de suspiros le haré yo.

Damas

6 El barquillo y el diamante,
en sus rimas dijo Lope,
mejor al gusto que al tope.

7 En esperanzas humanas
si se corren las cortinas,
correránse las divinas.

8 Esta
no tiene respuesta.

9 Cuantas más iras de dama
muestro, me quedo a deber
aun más rayos de mujer.

10 Mi desvío
es grande, pero no es mío.

11 Yo consulto, caballero,
cuantos desdenes os digo
con la dama y no conmigo.

12 Mucho me ha hecho anegarse
un barquillo tan pequeño
con lo pesado del dueño.

Galanes

13 Al encuentro no os fiéis
barquillo que más adentro
todo suele ser encuentro.

14 La salva de los suspiros
el que no la gasta es loco,
suenan mucho y cuestan poco.

15 Si por vos están las ondas
bien señora me recelo
que está la mar por el cielo.

16 En el agua escribo yo,
mis venturas y mis penas
ya las cuento en las arenas.

17 La Orden de la Merced
sólo del caos en que vivo
redimirá este cautivo.

18 Si hablo en desearme todas
es peligrar en grosero
pero más en verdadero.

Damas

13 Qué triste cosa el ser dama
que aquello me ha de ofender
que me agrada por mujer.

14 Tan costoso de mercedes
un marido a mejor precio
se solía hallar un necio.

15 No a San Juan, sino a San Pedro
quien se fía en mi ventura
que fue casado y es cura.

16 Más seguro puerto hallara
vuestro barco y vuestra fe
en la plaza de Salee.

17 Si bien atada a marido
la merced Seor Duque Conde
más la siento que un Vizconde.

18 Don Suspiro de la Chanza
Marqués de la Coliflor
prestó el mote a vuestro amor.

Galanes

19 Yo no sé cuál más perdido
el intento o el sentido.

20 Primero barquillo mío
en el viaje a que te pones
tormentos que bendiciones.

21 El aire por bastimento
y por esperanza el viento.

22 Si he de embarcarme en vacía
basta la esperanza mía.

23 Cuando no lo acierte el viento
lo acierta mi pensamiento.

24 Barquillo bien derrotado
a más borrascas te fío
porque más parezcas mío.

25 No temas surcar el agua,
barquillo a perderte atento
que te anegas en el viento.

Damas

19 Si pensáis que habéis llegado
en salvo al puerto, os advierto
que el naufragio está en el puerto.

20 ¡Qué hallado que viene el barco
adonde no es admitido
y el intento qué perdido!

21 No busquéis mares serenos,
que por derrotas violentas
en vos lleváis las tormentas.

22 Para hacer tan buen viaje
el buen viento os ayudó,
pero el buen aire eso no.

23 La merced por cierto es buena
si me quita el ser ajena.

24 Por defuera gran desdén
desdénolo y sin perdello
que nos van cayendo en ello.

25 Más que a caballitos de oro
la vacía verdad trata
a galeones de plata.

El Autor

Las damas para sus bodas
ajustarán bien sus dotes
con las cabezas de motes
que allí son mercedes todas.

Seguidillas

Barcos de San Pedro
si me embarcare
aunque no quiera el viento
y den buen aire.

A una dama que besó un clavel

Décimas

(En el manuscrito n.º 3.773, de la Biblioteca Nacional, folio 82 r.)

Aurora, tantos favores
no es bien a un clavel hagáis,
mirad, señora, dejáis
pobres a las demás flores.
Repártanse los amores,
no sea tan dichoso aquél,
a la parte entren con él
otras mil, que aunque carmín,
no desmerece un jazmín
lo que mereció un clavel.

También dejó un alelí,
que aunque grosero, pudiera,
si en vuestra boca se viera,
repetir para rubí.

Yo que marchito le vi,
llegué advertido a decir,
hizo bien en no vivir,
y lució bien su querer,
pues para clavel no ser
¿qué más suerte que morir?

Si a las flores desdeñáis,
osaréis, cruel señora,
y buscarán otra aurora,

viendo que las maltratáis.
Que os nieguen, si las negáis,
es forzoso, y no es bien,
dejaros negar también,
por favorecer a una,
que no hay disculpa ninguna
que abone tanto desdén.

A una dama que se preciaba de ingrata

Romance

(En el manuscrito n.º 3.773, de la Biblioteca Nacional, folio 102

r.)

Detén, zagala, el desdén,
que les hice a tus donaires
en que ofendí tu hermosura,
para que juntos me maten.

Mas ya que de tu rigor
es la herida penetrante,
quiero de tu ingratitud
y mi desdicha quejarme.

Esa montaña que imitas
es pabellón de este valle,
y porque su alfombra bella
venas rompe a sus cristales.

Altiva flor, que a la mano
se niega, entre espinas grave,
grosera segur la corta,
o al pie de su tronco yace.

Fuentecilla, a quien Diana
prende en hielos porque calle,
si muda al sol rayos pide,
piadoso su espejo la hace.

No es ciega la mariposa,
que inquieta a la luz se abate,

más noble pira es la llama
que un obelisco de jaspe.

La plata al golpe del hierro
y al buril sujeta nace,
pregúntalo a la patena
de tus zarcillos; lo sabe.

Quien dudó el fuego en su esfera
por deidad le adoró fácil,
con el pedernal a un golpe,
por el movimiento a un sauce.

Sabe, ingrato dueño mío,
que a las más altas deidades
divinas las hace el fuego,
y humanas amor las hace.

Adiós, zagala, que muero,
testigos son mis verdades,
galas con que muerto vivo,
este mármol persuade.

No te detengas aquí,
que tu lástima no espero,
lo que quiso Lasis quiero
y no la tuvo de mí.

Romance amoroso

(En el manuscrito n.º 3.773, de la Biblioteca Nacional, folio 115

r.)

Si quieres que no te quiera,
me digas tu vida, Inés,
que si es posible olvidarte,
yo te lo diré después.

Cortés a lo castellano,
y tierno a lo portugués,
soy tudesco en esperar,
siendo en la furia francés.

Libre fui como el cuclillo
hasta el punto en que te amé,
ya carrillejo de muchas
sólo tus vacas guardé.

Si arrojan rayos tus ojos,
eres mi Dafne y laurel,
y si tropiezo no caigo,
diciendo, válgame Inés.

Más para ser adorada,
agradecida has de ser,
que miente al favor finezas
quien dice adora el desdén.

Querer sin inconvenientes
es de brutos el querer,
que a su pesebre con hambre,
y ábreme entiendes, Inés.

César villano es de amor,
un llegar, ver y vencer,
gusto de taza penada
hidalga tiene la sed.

Pique en buen hora el recelo,
pues la fineza cortés
aguija tras la esperanza
si adora constante el bien.

Siente el rigor de la espuela
el céfiro cordobés,
y cuanto la huyen las manos,
tanto la siguen los pies.

En grandes humos gran llama
hace el dios que chispa es,
y la luz que un viento apaga
suele con un soplo arder.

Si el tamaño de tu amor
curiosa quieres saber,
mide tus dificultades
y eso falta por creer.

Al fin, tu Inés, hecha maya,
y yo Toribio, pardiez,
querré un diablo que me adore,
si ángel me has de aborrecer.

Romance que hizo don Antonio de Mendoza a nombre de don Julián de Guzmán a doña Ana María de Velasco, llevando linternilla desde su posada a la Capilla la Noche Buena, y habiendo visto a don Julián, la mató

(En el manuscrito n.º 3.773, de la Biblioteca Nacional, folio 162

r.)

Deidad que habéis hecho mala
para mí la noche buena,
pues cuando estáis en maitines,
queréis tenerme en tinieblas.

¿Por qué apagáis esa antorcha?
a su ardor primero vuelva,
dejadme lo que me alumbra,
para ver lo que me ciega.

En ese enlutado cielo
hacía papel de estrella,
pues como apaga el sol mismo
lo que vive por su cuenta.

¿Por qué la matáis? ¿Qué ha hecho?
¡oh pasión de la belleza!
que antiguo es en la hermosura
el querer que todo muera.

Es porque luce atrevida,
o porque a mí me festeja,
temo que más os agravia
la piedad que la soberbia.

Por ser piadosa conmigo
muere, mas pagada queda,
que también a mí me mata
el ser vos cruel con ella.

Qué vida tan fácil tuvo,
qué presto se halló pavesa,
más os costara, su muerte,
si en mi fuego la encendieran.

Pero si un soplo la eclipsa,
bien puede morir contenta,
que por gozar el aliento,
pasara yo por la ofensa.

Mas sabed que es mío el dueño
de injuria que es tan ajena,
que soy yo quien pierde el alma
aunque es la antorcha la muerta.

Y así quiero suplicaros,
pues ya los reyes se llegan,
que si volviereis de ronda,
no me apaguéis la linterna.

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 1 r.)

Mal segura zagaleja
la de los lindos ojuelos,
grave honor de los azules,
dulce afrenta de los negros.

Si de poco amor acusas
al que estima tus deseos,
quien le invidia por dichoso
le culpará por grosero.

No de su fe desconfíes
que será con falso acuerdo
confesar que no te adora
negarle el entendimiento.

Si le favorece tanto
tu divino rostro bello,
¿cómo ha de errar quien en todo
tiene de su parte al cielo?

Bien sé que es de sol de amor
vigilante sombra el miedo,
pues quien más de amor entiende
sabe asegurarse menos.

Mas si el amor de Salicio
nadie le ignora en el pueblo
bien fiada desconfías,
mal quejosa pides celos.

Medrosa estás de tu cara,
que no hay en el siglo nuestro
para la beldad ventura,
para las virtudes premio.

Despréciase la fortuna
de premiar merecimientos,
que hacer mucho en quien es poco
son los milagros del tiempo.

Culpa sus divinas partes
noble admiración del suelo,
que es vil hazaña del mundo
tratarlas con menosprecio.

De la estimación se vale
que siempre los hombres fueron
humildes aborrecidos
como adorados soberbios.

Para ser agradecido
Salicio era el mejor dueño,
pero para ser ingrato
todo es poco, nadie es bueno.

Ser él también entendido
promete mil rendimientos,
mas como eres tan hermosa
dudo en ti cuanto en él creo.

Zagala, ya que a tu amante
causas desvanecimientos
pues loco está de favores,
hazle con desdenes cuerdo.

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 1 v.º)

Culpa es de mis pensamientos
el ser yo tan desdichado,
que no hay fortuna que alcance
a pensamientos tan altos.

No está lo que yo deseo
de la fortuna en la mano,
que ella puede dar venturas
y yo pretendo milagros.

Favores a Marcia pido,
pero sin hacerla agravio,
que si humilde los granjeo,
no soberbio los aguardo.

Obligar y no vencer
puede quien aspira a tanto
que de sujetos divinos
no alcanzan más los humanos.

Mátanme unos ojos
por adorarlos
y aunque en vano adoro,
no muera en vano.

La costumbre de la suerte
se muda sólo en mi daño,
pues vengo a ser el primero

que sin méritos no alcanzo.

Aun para esperar son siglos
los días, mas no esperando,
su curso olvidan los tiempos,
pierden la cuenta los años.

Cortos son los que he servido,
los que he de servir tan largos,
que no ha de poder la vida
ni el tiempo esperar a tanto.

Dichosa vos, que ninguno
os será para agraviaros
ni descortés venturoso,
ni desconocido ingrato.

Décimas

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 17
v.º)

De mí mismo huyendo voy
como mayor enemigo,
que no he de estar bien conmigo
si mal en tu gracia estoy.
Mi enemigo en todo soy,
que quiero haciéndolo así
señora, imitarte a ti,
y aunque veas que es injusto
dirás que tengo buen gusto
pues que me aborrezco a mí.

Tal estoy que lisonjeo
con tu rigor mi castigo,
y pues la deseas, digo,
que ya mi muerte deseo;
no me la doy porque veo
que a ti te causará enojos,
creyendo en ver mis despojos
tu rigor siempre inhumano
que me matara mi mano
con más piedad que tus ojos.

Dichoso aquel cien mil veces

que es de tus ojos amado
y sólo yo desdichado,
señora, pues me aborreces,
que tanto mis males crecen
que el alma no sabe aquí
cuál será mayor por ti
siendo piadosa con él,
la envidia que tengo dél
o la lástima de mí.

No te enojés más conmigo,
que atrevido de quejoso,
diré había algún dichoso,
siendo imposible, contigo;
no que tengo celos digo,
aunque dijera verdad,
porque dirá tu crueldad
que es ignorancia atrevida
que celos, señora, pida
quien ha de pedir piedad.

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 18 r.)

Orejas a nadie sordas,
ojuelos que a todos miran,
¿qué desdichado los ama?,
¿qué ignorante los estima?

Favores que no se niegan,
como cualquiera los pida
¿qué desvalido los quiere?,
¿qué bárbaro los codicia?

Contigo no es bien que tengas
los que tu amor solicitan,
lástima a los desdichados,
ni a los dichosos invidia.

Que ni es honor del que adoras
ni es afrenta del que olvidas
si tu antojo y no sus partes
les dan o quitan las dichas.

¡Oh triste suerte la mía!
Mal haya el hombre
que en mujeres fía.

El que ahora favoreces
no es justo que ufano viva,
que en su ventura le acuerda
tu mudanza su desdicha.

Que la novedad de amante
y tu mudanza enemiga
está sujeta a las horas
que es largo plazo a los días.

Tus bellos ojos desprecia,
tus donaires desestima,
que belleza humana a todos
inútilmente es divina.

Para todos es cruel,
a todos los desobliga
quien es con todos piadosa
en tan comunes caricias.

¡Oh triste suerte la mía!, etc.

¡Oh qué caridad que tienes!,
¡oh lo que al prójimo obligas!
que blanda en todos conciertos
de cualquiera te lastimas.

Pensión bien llorosa paga
con tal agrado en tal risa
tu bien culpada belleza
mal premiada de sí misma.

La hermosura generosa
de altos respetos vestida
es siempre cortés con todos,
no hace a todos cortesía.

Por el dar venganza a necios
siento que a tantos te rindas,
que tendrá muchos ingratos
beldad tan agradecida.

¡Oh triste suerte la mía!
Mal haya el hombre
que en mujeres fía.

v.º) (En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 25

Desposaron a la niña,
ay Dios, qué rigor tan grande,
para tempranas desdichas
el disanto por la tarde.

Apenas los que en la aldea
cuentan ajenas edades
cuando ignorando las tuyas
todas las del pueblo saben.

Dábala a Belilla entonces
en años trece cabales,
siendo su ver de hermosura
incendio de todo el valle.

Muy grandes sus prendas eran,
pero ya no sabe nadie
cuáles son de ella mayores
sus desdichas o sus partes.

Con un rico la casaron
para venir a casarse
con su mal talle Belilla,
con su riqueza sus padres.

Vendiendo tanta hermosura,
codiciosos del amante,
ellos gozaron sus bienes,
ella padeció sus males.

El oro donde no hay gusto
tiene muy bajos quilates,
que una voluntad vendida
no hay oro con que se pague.

A un marido aborrecible
que más alcanza que vale
no hay fealdad que no le sobre
no hay sospecha que le falte.

Mal haya quien niega al gusto
y mil veces mal quien hace
rico de glorias a un necio
con los despojos de un ángel.

En dar perlas y en llorar
haciendo los ojos mares,
esto al pandero Belilla
cantó suspendiendo el aire.

Si dicen que soy hermosa,
no tengo de qué quejarme,
que la hermosura y desdicha
juntas en el mundo nacen.

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 26 r.)

Durmiendo estaba en los brazos
de la celestial Jacinta,
sin merecerla un dichoso,
que no hay con méritos dicha.

Las potencias tiene al sueño
y no a sus ojos rendidas
quel bien quien no le merece
descortésmente le estima.

Soñolienta y no amorosa
hermosura tan divina
toca su envidiada mano
groseramente atrevida.

A la beldad con desprecio
el que la goza la mira,
con lástima el que la adora,
y altiva no con envidia.

Jacinta al forzoso yugo
ya que no al amor asida
violento el gusto le muestra
dulce agrado en falsa risa.

Y a la obligación tirana
más que su dueño rendida,
entendida la desdeña,
lisonjera le acaricia.

Acusa y maldice en vano
medrosa de ser oída
su bien nacida belleza
mal premiada de sí misma.

¡Ay qué rigurosa estrella
es la tirana que obliga
a que aborreciendo el alma
muestra que adora la vida!

No es desdicha aborrecer
lo que el gusto desestima,
pero fingir que se quiere
es solamente desdicha.

Al fin la linda casada
que sólo sabe que es linda
quejosa a un hombre aborrece,
y a todos desvanecida.

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 40
v.º)

Jacinta de los cielos,
bellísimo retrato
de su pincel lisonja,
término de su mano.

En quien gastaron sólo
colores reservados
para exceder extremos,
para pintar milagros.

Divinos ojos bellos
piedad de vos aguardo,
que bien seréis divinos,
aunque os mostréis humanos.

Engañadme apacibles,
aunque procuro en vano
buscar templanza en soles
hallar piedad en rayos.

Parécenme, señora,
para vivir amando
cortos días los siglos
breves horas los años.

Lástima doy a todos
consejo en todos hallo
no tanto por bien quisto
cuanto por mal pagado.

De ser agradecido
jamás gracias me han dado
celos por mal sufrido,
riquezas por ingrato.

Cruel hermoso dueño,
no te llamo tirano,

que aunque castigue el cielo
no puede hacer agravios.

Cuando bien he querido
he sido mal pagado,
que es alcanzar tan poco
costumbre de amor tanto.

Si es de infinitas penas
capaz un hombre humano
dudo que ser lo pueda
de ser tan desdichado.

Mírenme, Jacinta,
tus ojos claros,
que me abraso de amores,
ay que me abraso.

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 46 r.)

Mal contento y bien dudoso
ni me acobardo ni atrevo,
ni loco me determino,
ni sé corregirme cuerdo.

Oh penoso estado mío
de toda esperanza ajeno,
si está del bien que procuro
el embarazo en mí mismo.

Enemigo porfiado
es el mismo pensamiento,
que está peleando siempre
en los sentidos del dueño.

No es bien tener en el mal
advertido entendimiento,
que no sabe sentir más
quien no es entendido menos.

Oh dulce, hermosa Jacinta,
en cuya hermosura ha puesto
más admiración la tierra
y mayor cuidado el cielo.

Oh negros divinos ojos

no menos lindos que negros,
hermosamente apacibles,
peregrinamente bellos.

Tened lástima de un triste
que por vos y de vos lejos,
sólo con quejas anima
de esta soledad los ecos.

Nadie creerá lo que paso
por no ver lo que padezco,
que no es costumbre que busque
testigos el sentimiento.

Públicas demostraciones
que no aseguran remedio,
no más del alma las vea,
sépalas sólo el silencio.

Respetos de obligaciones
tan pesadamente cuerdos
son para el amor, señora,
embarazosos o necios.

A San José, en su desposorio

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 54 r.)

Para casar a la niña,
corona de tantas gentes,
nunca vista del pecado,
siempre linda y virgen siempre.

Alegres al templo acuden
sus generosos parientes,
noble aunque humilde reliquia
de tantos pasados reyes.

Vestida estaba María
de un cendal a quien guarnecen
un vencimiento del sol,

un desprecio de la nieve.

Tan honesta y tan hermosa,
quel alba desaparece
cortés por no competirla,
medrosa porque la vence.

Como a su más bella aurora
ya las flores la obedecen,
ya la bendicen las aves,
ya la requiebran las fuentes.

Ya que a probar su ventura
los claros mancebos vienen
a tanta gloria dudosos,
a tan alta prueba alegres.

Seguros llegan de quejas,
que es dicha en perdidos bienes
saber que no los alcanza
el que menos los merece.

Con sus varas en las manos
esperan su buena suerte
para bendecirla todos
al que el cielo se la diere.

Que en elecciones de Dios
hace Dios porque Él lo puede
que ni el diablo se ufane
ni el envidioso se queje.

Hace la oración al cielo
el sacerdote prudente,
entendida prevención
para que todo se acierte.

Cuando florece la vara
de José porque Dios quiere
dar al mejor de los hombres
la mejor de las mujeres.

Con ver la vara florida
a juzgar aun no se atreven
de su virtud y su vara
cuál es la que más florece.

La hermosura de la novia
acompaña honestamente
una discreta alegría
que sólo el alma la entiende.

Danles cien mil norabuena
los venturosos presentes
y a José que a hablarla llega
le reciben de esta suerte.

Helo por do viene
su lindo esposo,
pues que Dios con él viene,
no viene solo.

Dime qué señas tiene

tu desposada,
todas las virtudes,
todas las gracias.

Florecida vara,
cuán bien pareces
con tus flores azules
y ramas verdes.

Dulce matrimonio,
dichoso estado,
con palabras honestas
y amores castos.

Desposados divinos,
quien nos mantiene
esperanzas del cielo
seguras siempre.

Ay, que en viendo a María
su galán José
dice que se muere
por volverla a ver.

Esta casadilla
me lleva el alma,
bien lo hará con una
quien vale a tantas.

Oh qué presto un mancebo
dirá en Nazaret
para vuestra gloria,
para vuestro bien.

Coplas

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 55 r.)

El esposo de María
de aquel misterio ignorante,
si recela como amante,
no como vil desconfía:

Cuando el cielo envía
un ángel hermoso
que a su cuidado celoso
desengañe en sus desvelos,

ved que son celos
pues inquietan los santos
y abren los cielos.

Viendo en su esposa doncella
lo que duda, ignora y calla,
si el honor prueba a culpalla,
el amor vuelve por ella,
que sólo por no ofendella
fió en lo que no entendía:

Cuando el cielo envía, etc.

Crédito da en sus enojos
al misterio que no sabe
más que a la sospecha grave
mal confiada a los ojos,
que en él pueden ser antojos
mas no culpas en María:

Cuando el cielo envía, etc.

Redondillas

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 82
v.º)

No corras, arroyo ufano,
que no es tu caudal eterno
que si te le dio el invierno
te le quitará el verano.

Naciste escondidamente
de una pobre humilde roca,
cuya agua, por ser tan poca,
no te dio nombre de fuente.

Si del mundo la corriente
dilató tus ondas breves
y guerra a los campos mueves
en tus límites tirano:

No corras, etc.

Necia vanagloria encierras
pensando que te eternizas
con caudal que tiranizas
estos montes y estas sierras,

si de tus vecinas tierras
dejas coronar tu frente
y después rendidamente
vesas el pie al oceano.
No corras, etc.

Endechas

Zagaleja linda,
bella labradora,
agradable en todo,
peregrina toda.

De los valles, gala;
de los montes, diosa;
de los campos, vida;
de las selvas, gloria.

Más blanca serrana
que la blanca aurora,
más que el sol alegre,
más que el alba hermosa.

No para mi muerte
si a tu gusto importa
busques compañía,
pues me mata sola.

No mis locos celos
de mi muerte ahora
a tus bellos ojos
quiten la victoria.

Ay, no muera celoso,
tirana hermosa,
de quien menos te quiere,
quien más te adora.

Quien necio se fía
de riqueza propia
que arrogante espera
que vano enamora.

Como no te cansan,
como no te enojan
confianzas necias,
presunciones locas.

En las competencias,
oh, cuán poco estorba

el que nunca teme
al que siempre llora.

Malhaya quien puso
en ley amorosa
razones de estado
que son necias todas.

No hay obligaciones
si el favor las compra,
pues se empeña en muchas
quien nació con pocas.

Ay, no muera, etc.,

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 90
v.º)

Minguilla, guarte del cura
que a todos los escolares
los despierta una belleza
y los anima un donaire.

No te fíes de ti misma,
mira que te aviso, Zaide,
que en gusto y atrevimiento
yo me atengo a los abades.

No hay femenil imposible
que no le venza y allane
un solo decir de un creigo,
un solo mirar de un fraile.

No hacen y dicen siempre
los menguadejos seglares,
pero los eclesiastones
no dicen y siempre hacen.

No te tengas por hermosa
con ser más linda que un ángel,
sin decirlo licenciados,
sin saberlo guardianes.

Si bonete o si capilla
se pusieren, Dios te guarde,
recélate de tu agüelo,

no te fíes de tu padre.

Si contra un hábito luengo
y una sotana te vales,
por Dios, mozuela, que puedes
pasar los bancos de Flandes.

Por diez veces diez escudos
dio a cierta mozuela un fraile,
y por aquesto se dijo,
quien tal hace, que tal pague.

Para numerar las veces
que trabajan estos padres,
se inventó el cuento de cuentos,
y aun plegue al Señor que baste.

Reniega de sus parientes,
porque como todos hacen
sangre de la carne propia
ellos de la sangre carne.

Que a fe, linda picarilla,
que es un animal la sangre
que apetece como todos
también a su semejante.

Es amor un mancebete
que en parentescos más graves
él se dispensa a sí mismo
sin que el Papa se lo mande.

Es muy poco escrupuloso,
que la obediencia en el aire
quitará su santidad
y a todas las santidades.

Mañana, hermosaza mía,
con licencia de tu madre
de estos celos sacerdotes
irá la segunda parte.

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 96
v.º)

Blanca hermosa tortolilla,

la más linda que en los bosques
adoran todas las aves,
envidian todas las flores.

Tu mal lastimados tienen
hayas, encinas y robles;
mas ¿cómo no han de sentirle
si al fin tienen corazones?

Lo que los hombres lo lloran
no hay ninguno que lo ignore,
que dudar su sentimiento
fuera injuria de los hombres.

De un pájaro solo y triste
que al prado el silencio rompe
al aire ofenden las quejas,
al cielo cansan las voces.

A la enferma tortolilla
que sus penas desconoce,
qué tierno le pide celos,
qué mudo le dice amores.

Un fino amor es cobarde,
que en presumiendo valores,
miente quien dice que adora,
que no hay quien valiente adore.

Sordo el cielo en las orejas
de la tortolilla pone
ventanas de ingratitudes,
candados de sinrazones.

Que piedad, que bien esperan
celos, sospechas, temores
de los humanos oídos,
si los cielos no las oyen.

Mil competidores teme
más quien tiene en selva y monte
contra sí su desventuras
que teme competidores.

A quejarse aun no se atreve,
que parecen desconformes
competencias tan humildes
entre fortunas mayores.

Mas quejas de que no admiten
una vida aunque tan pobre
bien pueden ser importunas,
pero al fin son quejas nobles.

Porque los hombres se admiran
de ver en tales rigores
tal falsa ley en las leyes,
si hay tan vil trato en los dioses.

Pero deja el avecilla
burladas mil presunciones,
ofendidas mil finezas,

desmentidos mil favores.

Compañía elige y busca
a quien apenas descoge
plumas a los aires siendo
de tal Venus poco Adonis.

Hermosa eres, tortolilla,
y aunque ahora no lo llores
no aseguro tus venturas,
que temo tus elecciones.

Poco saben de finezas
y menos de amor conocen
tan risueños pajarillos,
tan tempranos ruiseñores.

Bien la hermosura se emplea
en tiernos años menores,
pero con ningunos años
no hay belleza que se goce.

Con su madre en blando nido
mejor pareciera en donde
con los jilgueros jugar
entre las ramas y flores.

Sin inquietar de la selva
la beldad más pura y joven
que tiene al amor y al cielo
de flechas y de almas pobre.

Y sin que de un triste amante
oyeran quejoso entonces
tantos suspiros el día,
tantas lástimas la noche.

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 97

v.º)

Pardiez, señor soberano,
que tengo de hablar con él,
que para que Dios me escuche,
soy tan bueno como el Rey.

Yo soy, pero no soy nada,

mas si algo viniere a ser,
serélo más que por mí,
por virtud de su mercé.

Soy en efecto un villano,
pero en esta tierra, ¿quién
de parte de padre y madre
nació hidalgo, sino es él?

Su padre desde sí mismo
era cuanto pudo ser,
y su madre desde el cielo
es hidalga en Nazaret.

Que le quiero bien, ¡pardiobre!
que me lo puede creer,
y si importa que lo jure
oh cuán bien lo juraré.

Cada vez que en ese oriente
yo le miro amanecer,
me digo, qué bien me digo,
buenos días cada vez.

Ciegos son los ojos tristes
que no le llegan a ver
y claro están que son ciegos
los ojos que al sol no ven.

Que tiene con su blancura
y su lindo parecer
la nieve trigueña cara
el alba morena tez.

Ya sé todos sus amores,
no tiene que se esconder
entre pajas y entre nieve,
que le entiendo por mi fe.

Qué piadoso que es ahora,
pero cuando no lo fue
si culpas deben mil años
perdonan un santiamén.

El que no sirve y adora
dueño de tan buena ley
y se precia de que sabe
oh, mal año en su saber.

Sin amar a Dios no hay ciencia,
y triste y necio de aquel
ignorantemente sabio
que obra mal y sabe bien.

Yo no sé más teología
que amar, servir y temer
y que será pan del cielo
el que sea trigo en Belén.

No es hombre de bien el mundo,
que quien a tanta merced
no se muestra agradecido

nunca será hombre de bien.

Diz que dio palabra al hombre
de sustentarle, y pardiez,
que pues todo está en su mano
basta decirlo su pie.

Malhaya más de mil veces
quien no le sabe querer,
quien no le acierta servir,
y digan todos amén.

Redondillas

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 101

r.)

Cantemos civilidades,
Musa, en vulgares conceptos,
cosa baja en los discretos
y en los osados verdades.

Mas las dudas atropella
que en lo que nadie no culpa
prevenciones de disculpa
son necedades con ella.

Cualquier dama celebrada
mancebito forastero,
si la buscas sin dinero,
vive en la Puerta Cerrada.

Si con pensamientos ricos
lo fías todo en el talle,
o sea será tu calle
la de los Majadericos.

Los donaires afectados
y la hermosura desprecia
que en Madrid es la más necia
la calle de los Preciados.

Si fías en alcahuetas
pisará pagando costas
tu bolsa la de las Postas
por amor de las Carretas.

De la que pidiere gordo

mozo de bolsa delgado,
si no buscas la del Prado
huye a la calle del Sordo.

Nunca pidas a importuno,
muda tu vergüenza calle,
que de Francos en la calle
no vide en Madrid ninguno.

Más que en los amigos fía
en la mesa propia y cierta
que no tiene puerta abierta
la calle de Mediodía.

Que dejes gracias te ruego
causa de tanta desgracia,
que el Caballero de Gracia
está en los Peligros luego.

Aunque en distancia pequeña
para hospedar tantas gentes
alberga los maldicientes
la plazuela de la Leña.

Mientras diere tu amistad
el fruto, irás cada día
avisa la Compañía
y si no a la Soledad.

De la de la Cruz vecinos
son los pobres y casados
y los dichosos honrados
de la de los Pelegrinos.

La valentía en agraz
vive mal acreditada
en la calle de la Espada
y bebe en la de la Paz.

No creas, mozuelo bobo,
por el trago al valentón
que aunque está en la de León
es todo calle del Lobo.

Vive no con menos gloria
que la libertad del preso
los viudos al Buen Suceso
que es cerca de la Victoria.

El amante y hablador
en la de los Herradores
y todos los jugadores
en la calle de la Flor.

Toda hermosa confiada
que a tanto necio desvela
junto al Nuncio en la plazuela
que llaman de la Cebada.

Los hombres a quien el cielo
les dio por hacienda el vicio
viven con más artificio

en la calle de Juanelo.

Todas las suegras verás
que ocupan siempre importunas
la de la Amargura algunas,
la de la Sierpe las más.

Vive a los Convalecientes
quien sanó de amor primero
y junto al Humilladero
los rendidos pretendientes.

Guarda tu salud, que al fin
cierto los peligros son,
esté el alma en la Pasión
y el cuerpo en Antón Martín.

La riqueza que al honor
tiene ya menospreciado
aunque muy junto del Prado
vive en la calle Mayor.

Endechas

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 105
v.º)

Todos me desean
a nadie quiero
mas ¿qué haré, que me goza
quien vale menos?

Del amor me río
burlo de los celos
de mí que me adoro
sólo envidia tengo.

Desestimo galas,
joyas atropello,
grandezas humillo,
noblezas desprecio.

Cuando el otro loco
me envía soberbio
las dos Indias juntas
en ofrecimientos.

Más riquezas miro

en mis ojos negros,
en mis rojos labios,
en mis dientes bellos.

Los Narcisos vanos,
los Adonis tiernos,
los valientes Martes
y Apolos discretos.

Son feos, son torpes,
cobardes y necios,
que aun para mí es poco
el merecimiento.

Burlo a cuantos miro,
mato a cuantos veo
mas ¿qué haré...?

No sé qué es piedad
ni agradecimiento
ni un ver agradable,
ni un hablar risueño.

Mi noble hermosura
abrasara luego,
si se prometiera
nadie el vencimiento.

Ninguno me obliga
con locos extremos,
que si muchos hace,
muchos más merezco.

Por desvanecido
quien me sirve tengo,
y al que no me adora
tengo por grosero.

Yo soy como el siglo
que en mí tiene lejos
los méritos dicha
y las gracias premio.

Con miedo tal vez
me miro al espejo,
y en decirme amores
me pierde el respeto.

No me dirá tantos
encarecimientos
de mi beldad nadie
como yo me creo.

Nadie me da gusto,
todo lo aborrezco,
mas ¿qué haré...?

Pero en tantos males
que me desvanezco
si más puedo dar
lástima que celos.

A cuantas envidian

mis lindos ojuelos,
y a cuantos adoran
la hermosura dellos.

Ya con tan injusto
mal buscado dueño
a ellos doy venganza
a ellas escarmiento.

Ay, qué mal gusto
tiene el que sabiendo
que del mío ocupo
brazos tan ajenos.

Me quiere y desea
que con razón puedo
causar más que amor
aborrecimiento.

Vanagloria necia
es la que me ha puesto
en la estimación
que en vano sustento.

De opinión honrada
ya de hoy más reniego
sustentada a costa
de arrepentimientos.

Que me cansan todos
medrosa confieso,
mas ¿qué haré...?

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 108
v.º)

Abril destes montes verdes,
dulce serrana que sales
más linda que las mañanas
a ser el alba a las tardes.

Con tu gallarda presencia
manos blancas y ojos graves,
almas a tus ojos mueren,
y flores al campo nacen.

Ufanas las fuentes corren,
alegres cantan las aves,
los olmos de hojas se visten
y de templanza los aires.

Ayer al valle saliste,
hoy he sabido en el valle
que bien pagas mis firmezas
con las mudanzas del talle.

Cuando yo sólo acompaño
estas mudas soledades,
sólo de un zagal te escondes
para ver tantos zagales.

Que poca dicha contigo
han tenido mis verdades,
sólo en esto no eres cielo,
pues no quieres que te agraden.

Si da la vista la lengua
ocasiones tan bastantes
para hablar libre y quejosa
quién hay tan cuerdo que calle.

Agravios que los descubre
quien los hizo o quien los hace,
más agravian después dichos
que hechos ofendieron antes.

A la hermosísima Marcia,
Salicio o cuidado amante,
esto le dice admirado
de sus ojos celestiales.

Apacible tirana
de libertades
si no vivo en tus ojos
ellos me maten.

Romance

(En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 116

r.)

Francisquita, la donosa,
una rapaza de Illescas

gala de la mantellina,
donaire de la chinela.

Todo copete la sigue
todo bigote la cela
todo cántaro la envidia
toda libertad la tiembla.

Va de pintura y no demos
a lo beldades modernas
ni pesadumbre a las flores
ni disgusto a las estrellas.

Es pues la tal fregoncilla
boquiblanca, pelinegra,
añiverde y pasiflaca
manigorda y mocitiesa.

Digo que tiene una boca
dulce, sazónada y fresca,
sin la necia bernardina
de corales y de perlas.

Unos ojos que a mirarles
la garnacha más severa
en guerra de amor tocan
alarma todas sus letras.

Dormidillos y traviosos,
que pegarán a cualquiera
un girao con las pestañas
y dos chirlos con las cejas.

Negro el cabello ceñido
de blancas pulidas trenzas
que lo rubio estuvo en gracia
de lo hermoso en la ley vieja.

Las manos que de su oficio
mal el accidente niegan,
parda injuria y fresco agravio
de la nieve de la sierra.

Un pie que en chinela breve
a todo chapín desdeña
y que no malogra un punto
lo cuidadoso de las medias.

A su tañido y bailado
todo baile pide treguas,
que son la gracia y el brío
hijos de sus castañuelas.

La condición retozona
holgonísima y traviesa
que inventó el refrán que dice
eso de firme a las peñas.

Pero con tantos donaires
a los quince dar pudieran
a los moros de las ciento
un doncellazo con ella.

Que al dejar temprano un día
su labor de Talavera
de par en par el descuido
echó el golpe a la vergüenza.

Y aburriendo pundonores
dio con sabrosa flaqueza
munición a las venganzas,
artillería a las lenguas.

Llevóle un vicioso hidalgo
de aquella negada tierra,
esto que llaman su honra
las mal llamadas doncellas.

Los achaques de Galicia
no le sirvieron de rienda
porque el ser gallego entonces
no era cosa tan mal hecha.

Y tras haber cada día
entre apretadas finezas
requiebro de quince puntos
con su favor de tres suelas.

La dejó por otra dama
de las de misa por fuerza,
grande avestruz de sermones
brava puente de cuaresmas.

Con la fuga de su mozo
no se embarazó la hembra
ni metió mano a las uñas,
ni desenvainó una queja.

Buscó para despucarse
un lindo a cuya lindeza
socorre abrigadamente
la piedad de la bayeta.

Retiróse y tomó luego
otro bravo en quien sustentan
la fábrica de unas calzas
dos columnas de estameña.

Picóla el airoso talle
del fénix de la plazuela
lo espaldado de sus pies
lo romillo de sus piernas.

Y el ser como un pino de oro,
que bien puede en mi conciencia
darse con cada mostacho
dos nudos en cada oreja.

Por quien dice cuando asoma
sus labios a una taberna
campo inútil de pizarras
ribera agostada y seca.

Sintió el gallego arrimarle
destos celos las espuelas

que amor con desprecios pica
a las almas tan gallegas.

Oh tú, de los propios filos
ya vulgarísima treta,
no tienes muchos primores,
mas, vive Dios, que aprovechas.

Quiso volver a Francisca
pero en la picaña bella
no hay más ley que diome gusto
pique y pase y gente nueva.

Romance

r.) (En el manuscrito n.º 3.700, de la Biblioteca Nacional, folio 126

Don Repollo y doña Berza,
de una sangre y de una casa,
si no caballeros pardos,
verdes fidalgos de España.

Casáronse y a la boda
de personas tan honradas
que sustentan ellos solos
a lo mejor de Vizcaya.

De los solares del campo
vino la nobleza y gala,
que no todos los solares
han de ser de la montaña.

Vana hermosa a la fiesta
vino doña Calabaza,
que su merced no pudiera
ser hermosa sin ser vana.

La Cebolla a lo viuda
vino con sus tocas blancas
y sus entresuelos verdes,
que sin verdura no hay canas.

Para ser dama muy dulce
vino la Lima gallarda
al principio, que no es bueno
ningún postre de las damas.

La Naranja a lo ministro
llegó muy tiesa y cerrada,
con su apariencia muy lisa
a su condición muy agria.

A lo rico y lo tramposo
en su erizo la Castaña,
que le han de sacar la hacienda
todos pa punto de lanza.

Doña Mostaza menuda
muy briosa y atusada,
que toda chica persona
es gente de gran mostaza.

La Guinda a lo hermoso y linda
muy agria cuando muchacha,
pero en entrando en más días
muy tratable, dulce y blanda.

La Cereza a la hermosura
recién venida muy cara,
pero con el tiempo todos
se le atreven por barata.

Doña Alcachofa compuesta
a imitación de las flacas,
basquiñas y más basquiñas,
carne poca y muchas faldas.

La Berenjena mostrando
su calavera morada,
porque no llegó en su tiempo
el socorro de las calvas.

Doña Lechuga que libra
el aseo en la fanfarria,
muy preciada, sin ser fea,
de frescona y de bizarra.

Don Melón, que es el retrato
de todos los que se casan,
Dios se la depare buena
que la vista al gusto engaña.

Don Cohombro desvaído
largo de verdor de zancas,
muy puesto en ser gentil hombre
siendo cargado de espaldas.

Don Pepino muy picado
de amor de doña Ensalada,
gran compadre de doctores,
pensando en unas tercianas.

Persona de muy buen gusto
don Limón, en quien espanta
lo sazonado y panzudo,
que no hay discreto con panza.

Don Durazno a lo envidioso
mostrando agradable cara,

descubriendo con el trato
malas y duras entrañas.

De blanco, morado y verde
corta doña Cola larga,
don Rábano pareciendo
moro de juego de cañas.

Todo fanfarrones bríos
todo encantos y bravatas
llegó el señor don Pimiento
vestidito de botargas.

Don Nabo, que viento en popa
navega con tal bonanza
que viene a mandar el mundo
de Gorrón de Salamanca.

Baratísimo lector,
si objeciones les embarras,
nunca hay bodas sin malicias
ni desposados sin tachas.

Romance

(En el manuscrito n.º 3.795, de la Biblioteca Nacional, folio 268

r.)

Tomando estaba la zarza
Marica en el hospital,
que el tomar era costumbre,
y el remedio era sudar.

Lo español de la muchacha
traduce en francés el mal,
cata Francia Montesinos,
si te pretendes pelar.

Por estar a la malicia
labrada su voluntad,
fue su huésped de aposento
Antón Martín el galán.

Su culpa confiesa a gritos
y los hermanos la dan
a culpas escarrámenes
penitencias de ay, ay, ay.

Por todas sus coyunturas
anda encantado Roldán,
los doce pares y nones
no la dejan reposar.

Entre humores maganceses
de maldita calidad
y dos viejas jalalonas
fue puesta en captividad.

Los labios de coral puro
tan esprimidos están,
que no halle de coral gota
donde halle gota coral.

La grana se volvió en granos,
zarzaparrilla el rosál,
los aljófares sudores
y unciones la mocedad.

Por la garganta y el cuello
se descubren al hablar
muchos siglos de capacha
en pocos años de edad.

En cada canilla suya
un matemático está,
y anda el pronóstico nuevo
por sus huesos sin parar.

Los que priváis en el mundo
con el pecado mortal,
si no perdéis coyuntura,
las vuestras se perderán.

Décimas

(En el manuscrito n.º 3.797, de la Biblioteca Nacional, folio 188
v.º)

En alma casi divina
toqué la línea postrera
adonde toda la esfera
del ingenio se termina.
Vi en belleza peregrina,
sin jurisdicción de mano,
del pincel más soberano
ser a deidad tan vecino
que tocaba en lo divino

el extremo de lo humano.

No vi y oí todo junto
hermosura y discreción,
que ambas acciones no son
posibles a un mismo punto.
Vi la belleza difunto
a las demás facultades,
escuché divinidades,
sin ver entonces de modo
que a oírla y verla fui todo,
que no admitió dos mitades.

¿Qué haré, Celia, para veros
y escucharos juntamente,
por no hallarme en diferente
al hallaros y al perderos;
si quien no sabe atenderos
os oye a un tiempo y os ve,
yo en cada acción ocupé
el alma toda, y así
ni es escuché cuando os vi,
ni os vi, cuando os escuché.

Si cuando la lira suena
de Orfeo, Tántalo bebe,
no sé si a oídos se debe
la suspensión de mi pena.
Mas si oyera tal sirena
tampoco hubiera bebido
Tántalo en vos suspendido
con sentimiento más justo,
porque lo que diera al gusto
no lo quitara al oído.

Yo os oigo y veo, mas cuando
en cada acción me suspendo,
no sé si es la que estoy viendo
la que estoy luego escuchando,
que hablando vos, yo adorando
en vos las obras de Dios,
por no repartirme en dos,
sin veros os oigo, y luego
no viéndoos ya dudo ciego,
si la que escucho sois vos.

Este dudar y dejar
de veros a un tiempo mismo
pudieran ser un abismo
de confusión y pesar.
Pero no ha dado lugar
venir tanto a suspender
el alma todo su ser
que aun no es posible sentir
en la gloria del oír

el tormento del no ver.

Al rey nuestro señor, delante de los escuadrones, mandando quitar la media annata a los soldados

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.376, de la Biblioteca Nacional, folio 195

r.)

Quitó el sombrero en gran día
a tus armas tu presencia
y el quitalles el canencia
fue más grande cortesía;
respire tu Monarquía
en tu aliento soberano,
pues gloriosamente humano
nunca te dudó la fe
que al mundo hollará tu pie
con el bastón ya en la mano.

De un Rey, que todo está en él,
es el más alto blasón,
pasar el cetro a bastón
y el bastón luego a laurel:
Rey entero no es aquel
o que le ignora, o le estraña
la guerra; oh feliz España,
hoy cobras toda tu gloria,
que ya llegó la victoria
si empieza el Rey la campaña.

Anuncio al francés, qué trago
es hoy el llegarte a ver
tu güeste, juntarse ayer
con el Felipe el Santiago;
y el nombre tuyo es presago
de alta esperanza y memoria,
que a otro Felipe en la gloria

parte le da tu favor,
que él te acompaña el valor
y tú le haces la victoria.

Mas, católica Isabel,
Felipe ya grande en sí
cuanto se ayuda de ti
tanto acierto asiste en él;
de entrambos parto fecundo
es la nueva luz del mundo
que, atento primero a Dios,
la unión del genio en los dos
es matrimonio segundo.

A unas fiestas de toros que se hicieron en Madrid el año de 1640
hizo estas redondillas don Antonio de Mendoza

(En el manuscrito n.º 2.244, de la Biblioteca Nacional, folio 24
v.º)

Hanme dicho malas lenguas
Fili, que quieres saber
de los toreros de ayer
o las llenas, o las menguas.

Y si la Musa me sopla,
yo tu amante de poquito,
lo que miré de hito en hito
lo diré de copla en copla.

Con relámpagos y truenos
Valencia de sí hizo alarde,
pero Tapia aunque entró tarde
ni pudo hacer más ni menos.

Cualquiera alabanza, pase
que a Cantillana le den,
pero no anduvo tan bien
como esperaban que andase.

Montesdoca anduvo bien
y porfió hasta apurallo
con buen toro y mal caballo,
mirad con quién y sin quién.

Pero éste en toda ocasión

al toro en la arena atasca,
y parece que le casca
según le suena el rejón.

Viendo a Gallo aparejado
dijo un torillo por chanza:
aquel rucio de la lanza
yo le haré rucio rodado.

Valenzuela echó las heces
por agradar la Corona,
y hizo al fin de su persona
esta vez, más que otras veces.

Mesa convida y profesa
a su caballo aquel día
y él no tuvo cortesía
pues echó a rodar la Mesa.

Gaviria anduvo valiente
siempre que al toro se arroja
pues con una pierna coja
hace piernas lindamente.

Que ande a caballo, o a pie,
Luzón no peligrará,
porque él ve al toro en que da
y el toro en que dar no ve.

Salinas no se hizo mal
y al caer dijo su moza,
si el toro fuera Mendoza
no derribara la sal.

Que haya Molina caído
dirá el tierno y el cruel,
pero no dirán por él
la matrona no ha cumplido.

No hubo desgracia ni azar,
antes al gusto dispuesta
fue tan sazónada fiesta
que me la quise cenar.

Al postrer toro que vimos
en que todos se acabaron
sus Magestades se entraron
y nosotros nos salimos.

Esto, Fili, sucedió,
y en la parte donde estaba,
que me dabas tú pensaba,
porque todo el sol me dio.

Preguntándole a don Antonio de Mendoza las calidades que había de tener una señora para esposa, respondió esta redondilla

v.º) (En el manuscrito n.º 2.244, de la Biblioteca Nacional, folio 68

Rica, hermosa y de casta
sea tu mujer, y honesta,
y ésta, siendo sola basta,
no las otras sin aquésta.

Décimas, glosando el mote que comienza «Pasa un año y otro año»

(En el manuscrito n.º 2.244, de la Biblioteca Nacional, folio 91 r.)

Mote

Pasa un año y otro año
y nunca pasa mi engaño.

Décimas

En todo pasa, y en sí
siempre el tiempo presuroso,
y mi engaño perezoso
no sabe pasar de mí.
Jamás el bien conocí

de haberme yo conocido
y en que nunca le he tenido
sé que es bien el desengaño.
Pasa un año y otro año
y nunca pasa mi engaño.

Sólo hallará mi castigo
un mal tan justo y culpado
que pueda estar yo engañado
estando tan mal conmigo.
Yo me conozco, y me sigo
que en mi mal quiere mi error
no sólo ser el mayor
mas también el más extraño.
Pasa un año y otro año
y nunca pasa mi engaño.

Que uno se conozca y crea
es lo más fácil de verse,
el pasar por conocerse
no es posible que se vea;
es lo que el arte desea
que no le conozca yo,
esto pasa en mí, y aun no
conmigo me desengaño.
Pasa un año y otro año
y nunca pasa mi engaño.

Que todo me falte aquí
es locura que me espante,
si engañado cada instante
yo me estoy faltando a mí.
Disculpa ajena nascí
pues quién querrá tan fiel
que no me engañe con él,
si yo conmigo me engaño.
Pasa un año y otro año
y nunca pasa mi engaño.

A desentenderle vengo
a mi engaño en entenderle,
conocerle, es no tenerle,
y le conozco y le tengo.
Y en cuanto yo me detengo
en dudar sus diferencias
por todas las experiencias
se está paseando el daño.
Pasa un año y otro año
y nunca pasa mi engaño.

Epitafio

v.º) (En el manuscrito n.º 3.991, de la Biblioteca Nacional, folio 35

Yace aquí la esclarecida
constancia de un varón fuerte
que desmintió con su muerte
las querellas de su vida;
dejó la afrenta lucida
solo en cristiano denuedo,
su dolor estuvo quedo,
afrentó la injuria ajena,
engendró vida en la pena
y puso valor al miedo.

Epitafio a la muerte del Conde de Villamediana

Décima

(En el manuscrito n.º 4.144, de la Biblioteca Nacional, folio 81.)

Yace en perpetua quietud
debajo este mármol duro
aquel, que habló lo más puro
y menos de la virtud.
Que en un fúnebre ataúd
le puso un golpe fatal
tienen por cierta señal
los que cubierto le ven,
que porque dijo mal bien,

dejó la vida bien mal.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 5 r.
Romance n.º 3.)

Verde, Isabel, la hermosura
bien se puede merecer,
mas no puede merecerse
la hermosura de Isabel.

Sufrida y querida siempre
y no sufriendo el querer
ninguno cabe en su gusto
y todos en su desdén.

Lo hermoso que tiene de ángel
es mayor en lo mujer,
y cuanto copiare della
lo más bello será en él.

¡Qué perdición tan lucida,
qué desdicha tan fiel!,
que de malograrse toda
aun no se queja la fe.

Guárdense bien;
huyan todos y el sol también,
que en sus ojos que matan y admiran
cuantas nuevas luces se miran
no más que a cegar se ven:
huyan todos y guárdense bien.

Qué desigual que es a todas
la guerra de amor, en quien
el ánimo sólo sirve
no más que para temer.

Qué fiero imperio lo hermoso,
que no sólo lo cruel
se le ha de sufrir primero,
sino adorallo después.

Oh, que justa en sinrazones
siempre la hermosura fue,
que en sí misma tiene y guarda

la razón de aborrecer.

Faltar no puede una dicha
en el alto empleo, y es
que hasta la desdicha misma
bien hallada está con él.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 6 r.
Romance n.º 5.)

Más linda que la hermosura
al baile de su lugar,
salió Anarda, y todo en ella
que no es menos que lo más.

Bien halladas en sus ojos
las almas de todas van
y la piedad de ninguno
puede sólo hallarse mal.

En su cara, que es dos veces
la Pascua de flores ya,
lleva en la noche de todas
la mañana de San Juan.

A bailar, a bailar,
zagalejas del lugar,
que ha venido el mayo galán
y de ver la hermosura mayor
en mudanzas de color,
todas bailarán, todas bailarán.

Día de Santiago el Verde
salió al pueblo al solaz,
dejando, en dejarse ver,
en ninguna fue mirar.

Si la invidia le hace guerra
con que tiene el alma en paz,
desatender una invidia
es descuido celestial.

El sosiego es hermosura
y el alma, que en todo está,
derramalla no es tenella,

ni es más alma inquietud más.
A bailar, a bailar, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 6 r.
Romance n.º 6.)

Buen labrador de suspiros
cuidados sembré y finezas;
¡oh qué mal tiempo de amores!
¡oh qué buen año de penas!

Si es hallar la tierra ingrata
villana correspondencia,
cuanto más cielo el ingrato
tanto es más baja la ofensa.

Si al beneficio se rinden
los troncos, bronces y peñas,
sea en buen hora más dura,
no más infiel, la belleza.

Que bien [...] en
ricas, verdes promesas,
y en quedando la esperanza
sólo en flor ninguna estrella.

Cogí lágrimas y quejas,
la tierra no me engañó,
que lo mismo sembré yo.

Heredad que a todos tiempos
labrar y obligar se deja
más infamada se mira
cuando más los frutos niega.

En cosechas de verdades
qué falsas están las eras,
toda la mies quedó en polvo
y todo el grano en arena.

Qué trillado está el ruin trato
qué falsas están las eras,
y a manadas como espigas
coge amor mentiras tiernas.

De mis ansias y locuras

que el aire y el fuego siembran
los trojes serán los vientos
y el fruto serán las piedras.
Cogí lágrimas y quejas, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 7 r.
Romance n.º 9.)

El galán tan suyo siempre
que pagado de sí mismo
de sí propio lo primero
quiere cobrar el ser lindo.

El retador de las niñas
que en tantos ojos bellidos
no más de lo que él perdona
tienen licencia de vivos.

Miróme ayer con agrado
y aunque moderó lo esquivo
no tuve hartos alborozos
para imaginalle mío.

Yo vana y él confiado,
yo soberbia y él altivo,
tendrá en guerra de dos vientos
más buen aire mi peligro.

Déjate, Fabio, querer,
fue gran chiste de otro siglo;
locos de amor hacia mí,
tendrán razón los Narcisos.

¡Oh, qué mal se hallará conmigo,
un tan bien hallado consigo!
Sepa esto sólo, sépalo ya,
que burlado y que mal se hallara.

Rapa amor, no rapacea
barbado, viejo y mezquino,
vive amor, que tan civil
como el concepto, está el niño.

Después que se hizo en España
la expulsión de los suspiros,

todo es falso, y fuese al oro
en romería lo fino.

Por las manos se enamora
ya la dama, y los sentidos
todos están ya en las manos,
cuatro perdonen de cinco.

Lindeza, basta la mía,
interés, yo no le invidio,
para batalla de crespos
son bravo escuadrón mis rizos.

Inhumanísimo Adonis
con lo soberano rifo,
que me enamoro a lo tierno
y me canso a lo divino.

¡Oh, qué mal...!, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 7
v.º Romance n.º 10.)

A deslucir todo el sol
salió Antandra con el alba.
¿qué vida tendrán las flores?
¿qué riesgo tendrán las almas?

Los dos tiernos corderillos
más bellos de su manada,
del jazmín nevada invidia,
de la nieve injuria blanca.

Pasando el lucero, el uno,
y el otro a flor desmayada
penas compitió y bellezas,
todas unas por ser tantas.

Y viendo que azul el lirio,
rojo clavel se levanta,
quiso apostar con la aurora
a más linda o más temprana.

Y las aves, que al son de las aguas
rizan las plumas, baten las alas,
festejando hermosura tan alta

oh qué bien suenan, qué bien se acompañan,
ya con las ondas y ya con las ramas.

Las fuentes en dulces risas,
las aves en voces mansas,
los vientos en silbos tiernos,
las hojas en quejas blandas,
todo enamora los ojos
de la bellísima Antandra,
de penas mejor sentidas
más justa, gloriosa causa.

En verde, alegre armonía,
campos, ríos, flores, plantas,
dicen que ha llegado, y sólo
no lo sabe mi esperanza.

Si hay razón en la hermosura
bien con su razón se engaña,
quien en todo lo que obliga
sólo cuenta lo que ama.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
9 r. Romance n.º 14.)

Qué alegre de veros triste
Celinda el amor quedó,
que tristes lágrimas bellas
alegrías son de amor.

Venganzas son de infinitas
todos las que lloráis hoy;
y si en penas tiene el cielo
tenga lágrimas el sol.

Sólo llorar se permite
en una tierna afición
que entregarse quiere entera
o sabe partirse en dos.

Bastardías son del llanto
sin este noble dolor,
que gemidos que no aman
son injurias de la voz.

Qué lindas que son
lágrimas de amar,
que otras no, no ha de llorar,
un bizarro corazón:
qué lindas que son.

Si de aborrecer lloráis
tenéis, Celinda, razón,
mas, ¿cómo pueden ser justas
lágrimas que os debo yo?

Si os cansáis de quien os cansa
no lloréis, porque es mejor
reír que tenéis buen gusto
ya que otra ventura no.

Quien aborrece, aborrezca,
pues no hace menos sazón
un ceño en lo aborrecido
que en lo querido un favor.

No de vos, niña, os aparte,
la violencia de un dolor,
pues estando tan hermosa
no estáis vos fuera de vos.

Qué lindas que son, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
11 r. Romance n.º 20.)

Si tal bajeza creíste,
oh altísima Anarda hermosa,
en número de infinitas
tus bellas furias son pocas.

Pensamiento que en el sol
osadamente se engolfa
y sulca de rayos negros
las bellas lucientes ondas,
no puede seguir el rumbo
de navegación tan corta,
que sin fluctuar en luces
todo se anegará en sombras.

Nebli que emprende una garza
que en los cielos se remonta
y cada plumaje suyo
es de una estrella garzota,

¿cómo a las plebeyas tiendas
fiará su caudal en ropa
que a unas enaguas se venden
y a medio antojo se compran?

¿Cómo a tan vulgares aves
batirá plumas airosas,
que fuera, en vez de lograllas,
mortificar las victorias?

Si en alta mar, y más alta
pone el bajel su derrota
dudoso de si navega
en las nubes, o en las olas,

¿cómo puede en barcos viles
engolfar la errante proa
todo el mar peñascos, donde
la ninfa sólo no es roca,

mercader que por su trato
en Indias más caudalosas
granjear piensa aún los hermosos
ricos senos de la aurora?

El peregrino que al templo
de la deidad más gloriosa
sus votos lleva, que basta
por premio adorar sus glorias,

¿cómo en imagen profana
hará su estación devota,
que a ya pasada hermosura
pocos ruegos la sobornan?

Quien ve la risueña fuente
que dulce, alegre y sonora
reina de cristal, y el prado
de aljófares le corona,

¿cómo su florida margen
dejará por las dudosas
aguas turbias?, que los brutos
más las huellan que las gozan.

Quien mira en jardín de amores
la más bella ilustre rosa
de albores tiernos bañadas
las puras brillantes hojas,

¿cómo buscará en el campo
la estéril necia amapola
flor molesta y de los ojos
vana pesadumbre roja?

Rosas de orejas de cuero
¿cómo quieres que las ponga

quien respira por más flores
sólo en ansias de tu boca?

Quien tu beldad quiere, oh siempre
más bellísima señora,
tiene para todo olvido
qué obediente la memoria.

Mis ociosos pensamientos
a otra inclinación, que es otra
que en tus resplandores ciega
a más voces vive sorda.

Qué celestial, qué divina
es mi fe; pues tuya sola,
aunque al favor la más triste,
al gusto la más dichosa.

Las mismas soberanías
en mi estimación forzosas,
en tu igualdad peligraran
si en ti no vivieran todas.

¿Yo, mi bien, yo, cielo mío,
no amarte? qué mal agora
pudiera pasarse a necia
alma de amores tan loca.

Ya baten sus estandartes
las eternidades propias,
a mi amor, que a su grandeza
es la inmensidad angosta.

No por fineza en quererte
cuento vida tan ociosa
que ocupada en sólo amarte
el demás vivir le sobra.

Sólo con ser tuyo vivo
en quietud tan venturosa
que de ambiciones humanas
aun las noticias me ignoran.

Desdeñado desatento
cuanto la mentira logra,
cuanto yerra la fortuna,
cuanto puede la lisonja.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
14 r. Romance n.º 27.)

De soles al desafío
salieron Fenis y el sol,
¿qué mucho que tema el mío
si en Fenis salieron dos?

Armas de ventaja en todo
la niña al campo sacó;
sufra el sol, que tener puede
la misma queja el amor.

Huyan todos de sus ojos
de invidia el aviso doy,
de amor ningún ciego muera
a tanta luz como yo.

De sus lucientes pestañas
el negro hermoso escuadrón
mal se rendirá a rendido
si a un a ser querido aún no.

De soles, etc.

Morir a tan bellos ojos
más que flaqueza es blasón,
¿qué será de la hermosura
si aun es dicha del dolor?

Qué ociosa y gran tiranía
qué a fiereza y a rigor;
todo muera donde tiene
la hermosura más razón.

Fácilmente, oh Fenis bella
lo vencéis todo, y si hoy
queréis vencer lo imposible
señora vencéos a vos.

De soles al desafío, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
14 v.º Romance n.º 29.)

Ola pastor, que en la orilla
de Fili hermosa te quejas,
no gastes tantos suspiros
sin saber lo que te cuesta.

Siglos de lágrimas faltan
a tus desdichas, y en ellas
ningunas sobran de muchas
ni todas bastan de tiernas.

El mar está recatado,
que a gemidos y a tristezas,
o le porfies las olas,
o le cuentas las arenas.

Si de las ondas te vales
mira que ahoga y que anega
mas bien que la agua un cuidado
mejor que el mar una pena.

Ola, ao, pastor que te alejas
del campo, y no descuidado,
que no importa que dejes el prado
si a ti no te dejas.

Quien lleva el dolor consigo
muda el sitio y no la guerra,
sufre que en todo se muere
mas no a desdicha tan bella.

Que en vano la paz aguarda
quien nunca esperando treguas,
bate a soberbio enemigo
firmes tempranas almenas.

Si en ver el mar por el cielo
quieres medir tus tormentas,
¡ay del pecho en que enemigas
se topan olas y estrellas!

Si a Fili adoras, y Fili
no hay alma que no aborrezca,
pues no te mata de invidia
bien mueres de su belleza.

Ola, ao, pastor, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º

15 r. Romance n.º 30.)

Qué sin alivio mis males,
qué sin remedio mis penas,
qué sin descanso mis ojos,
qué sin oídos mis quejas.

Sólo a su causa le piden
mis sentidos ansias tiernas
que se quedan en desdichas
y que no pasen a ofensas.

En amor lo más amable
no hay distinción en finezas;
la mayor, más desdichada,
la menos fina, más necia.

Niña de dormidas orejas
y del más despierto desdén,
si me dejas quererte yo bien,
mucho me dejas.

Un Fénix hermoso adoro
que estando a mi vista mesma,
sólo a mis ojos les fía
remotas noticias bellas.

Si en las dudas de su nido
tan distante el Fénix vuela,
un aborrecido yace
más lejos de una belleza.

Dos arabias en mi pecho
halla por patria extranjera;
mi perdición la felice,
mi esperanza la desierta.

Niña de dormidas, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
15 v.º Romance n.º 32.)

A la playa la barquilla,
deje las ondas la nave,

que navegar contra el viento
no es porfía de buen aire.

Si es necio lo porfiado
no sufren las voluntades,
que de lo que empieza en necio
se componga un buen amante.

Sin porfiar no hay victoria
pero es justo que se llame
el que cansa porfiado,
el que ha de vencer, constante.

Navecilla, no más a los mares,
que tienen dentro de sí,
para ninguno escarmientos,
para todos mansos vientos
y huracanes para mí.

Las olas más erizadas,
las más crespas tempestades,
qué poco miedo merecen
miradas desde la margen.

De una belleza en el golfo
miro varios navegantes,
que todos llegan al puerto
sin ver zozobrar a nadie.

Sólo yo logré sus ceños,
qué dicha para que hallare
un quejoso, y suyo fuese
acierto que fue tan grande.

Navecilla, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
15 v.º Romance n.º 33.)

Segunda vez de tus ojos,
Antandra injusta, me ausento
sin el alma, que no pido,
sin la vida, que no quiero.

Mal haya quien le parecen
los traidores ojos, bellos;

que aun en la traición que obliga
se aborrece siempre el dueño.

Que aplauso y paciencia pide
un tirano rigor fiero,
que aun cuando su temple agrada
se dice que es malo el cielo.

Oiga lo hermoso,
y quedo más quedo,
tenga el denuedo
que en bizarrías de amor
es un bastardo valor
el perdelle el miedo al miedo.

Lo hermoso miente, si amable
se imagina en trato feo,
que en la hermosura del trato
tiene amor seguro imperio.

Las injurias, las cautelas,
cuando en un rendido pecho
y en el alma quepan todas
no es posible en el silencio.

Favores y halagos falsos,
qué injustos, viles trofeos,
que es del rigor lo más duro,
hacer los engaños tiernos.

Oiga lo hermoso, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
17 v.º Romance n.º 38.)

De la enfermedad que muero
sin ver tus ojos divinos
volviendo a vellos agora
convalezco a no estar vivo.

Ausente y mudo en mis penas
no les busqué algún alivio,
que por tu causa los males
todos los quiero tan míos.

Todos los sentidos fueron

de mi dolor tan amigos
que para la voz sonora
no quedó ningún sentido.

Y cuál dolor, al no verte,
hallaron los males míos
midiendo el estar sin ti
el estar siempre contigo.

Si te ofendes de mi ausencia
en verme y no haberme visto,
dos veces, Ismenia hermosa,
venganza te soy yo mismo.

Mi amor no quiso ocuparse
en decir sus desvaríos,
.....
quiso más lo que no quiso.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
18 r. Romance n.º 40.)

De vos yo favorecido,
¿tan pocas dudas son dos?,
que son muchas imposibles
ser de vos, y serlo yo.

Si una dicha en sí es grosera
¿qué sería en el blasón?,
que venturas en el gusto
ya son culpas en la voz.

Razón es que extrañe y dude
que vuestro valido soy,
que si aun no cabe en la dicha
menos puede en la razón.

A un agrado soberano
una cuerda estimación,
les ponga donde se adore
mas donde se crea, no.

Acordaos, corazón,
que desdichas de amor,
aunque bien se llamen dichas,

en llegando a dichas
desacuerdos son.

En más tiernas confidencias
en más bien logrado amor
gala para una persona
ha de ser la posesión.

Duda merece dos veces
el favor que hallando voy
el ser mío es la más justa,
el ser vuestra es la mayor.

Negarse favorecido
es decente sinrazón,
que es más bien que confiado
ser cortésmente traidor.

Piedad, vuestra dicha y mía,
con igual admiración,
primero sea imposible
y después será favor.

Ya que al nombre de favores
osado crédito doy,
no serán méritos míos
que milagros vuestros son.

Acordaos, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
18 r. Romance n.º 41.)

Un Fénix en otro Fénix
he visto, que no pudiendo
ser nuevo en lo más hermoso
se ha renovado a más bello.

La hermosura es más belleza,
lo entendido es más discreto,
lo celestial, más divino,
sólo el rigor es el mesmo.

El garbo, la gentileza,
el alma, el brío, el descuello,
todo es más, y solamente,

la piedad en todo es menos.

Fénix de plumaje negro,
más lindo y nuevo,
el sufriros y el quereros
todo pasa de amor y corriendo.

Aunque yo me atreva a amaros
a pensallo no me atrevo
que primero habéis llegado
al alma que al pensamiento.

Ni os conoce la esperanza
ni os imagina el deseo,
que tan retirado os miro
que aun de la noticia os pierdo.

Del cuidado y la memoria
ni yo quiero, ni yo puedo,
que solamente en amaros
puedo todo lo que quiero.

Fénix de plumaje negro, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 18
v.º Romance n.º 42.)

Peñasco hermoso de flores
que del mar de amor se burla,
y al deseo y la esperanza
olas rompe y quiebra espumas.

Bronce de cristal nevado
que no enternecido nunca,
aun más dureza quedara
perdonada en tu hermosura.

Luciente aurora que en ceños
muestras beldades más puras,
y la crueldad y belleza
a más grandes son más tuyas.

Elada, florida sierra
que en amenidad tan cruda
en más fiera, o más hermosa
a extremos crece la duda.

Vuelve, no huyas
que piedad que en vano se busca
que belleza que no quiere bien
que ni sufre, ni tiene amor,
más deja con el rigor,
más huye con el desdén.

La razón de más hermosa
tan sin agravio te juzga,
que el ser más linda que todas
no es ofensa de ninguna.

Siendo, señora, el quererte
tan cortés forzosa injuria,
no teniendo yo otro acierto
no me sabes otra culpa.

Dos veces te hallo imposible
que en cuantas almas te buscan
no hay méritos; y tú sola
no sabes hacer venturas.

En tus altas perfecciones
no menos nuevas que muchas
siendo naturales todas
es milagro cada una.

Vuelve, no huyas, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 20
r.º Romance n.º 47.)

Balaba, quejosa y tierna,
una hermosa corderilla
que aun es en lo dulce y mansa
menos cordera que linda.

Mal segura en los rediles
y entre el ganado perdida,
¡ay de ella que sus peligros
están en su guarda misma!

No es el pasto que la ofrecen
los aljófares que brillan,
perlas que engendra en la yerba

el oriente de aquel día.

Sino de extranjeros montes
perdiciones tan floridas
que en su riesgo y su riqueza
están gimiendo las Indias.

Corderica, corderica
de beldades y engaños rica,
oh que mal del peligro te ríes,
guarda no te fíes,
que si hay flores ponzoñosas
más ponzoña tienen las rosas
de diamantes y rubíes;
guarda, guarda, no te fíes;
desdeña su planta.

En su candidez fiada
no advierte, mal advertida,
que nunca necesitaron
de verdades las desdichas.

Neciamente en lo aparente
la seguridad se fía,
que han de saber las decencias
temer también las mentiras.

¡Qué paz, qué pureza inútil
cuando en la agena codicia,
aun lo prometido es guerra,
aun lo dejado es envidia!

¡Qué opinión tan peligrosa
que al tiempo que una codicia
está persuadiendo a una alma,
está infamando una vida!

Corderica, corderica, etc.

Romance

(Abril, 1636)

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 20
v.º Romance n.º 48.)

Enojarle de querido
al solo bien de mi amor,
y de que él me enoje a mí
qué seguro estaré yo.

Qué buen estado es amar,
que sufrir la sinrazón,
que dar leyes a la pena
todo es gloria de el dolor.

Siempre fue de la hermosura
justificado rigor
el hacer la injuria a ella
y que otro pida el perdón.

Sufrillo todo es querer,
que en un rendido valor
males que pasan del pecho
aun no llegan a la voz.

Corazón, sufrir es blasón,
si queréis con albedrío,
callad, callad, que sois mío,
negad que sois corazón.

Blasonar de mal sufrido
es flaqueza en la razón,
todo es ánimo el sufrir
sólo indignidades no.

Sufrir el desdén la ira,
el enojo, el disfavor,
galas fueron del cuidado
flores del sentido son.

El alma de un fino amante
ha de ser aquella flor
que tiene por ejercicio
sólo obediencias al sol.

Más quiere mi amor, más quiere
mi rendida inclinación
aciertos de una fineza
que venturas de un favor.

Corazón, sufrir es blasón, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 22
r.º Romance n.º 52.)

A la Iglesia de su pueblo
de Misa un lunes salió,
en la más luciente aurora
toda la invidia del sol.

Aquel hermoso prodigio
en cuya helada región
en nieve para más fuego
baña sus rayos amor.

Acompaña su hermosura
otra deidad no menor
que a varios caminos salen
a una misma perfección.

Para exceder y rendir
lo más bello y lo mayor
a todos basta la una
a todos sobran las dos.

Qué lindas son,
no lo niegue ningún corazón;
mas para sentillo, para decillo yo
que tan alta lucida beldad
antes que la voluntad
la confiesa la razón.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 24
v.º Romance n.º 60.)

Turbéme, Cintia, turbéme
de veros y hablaros hoy;
qué justo, pues fue respeto,
qué forzoso, pues fue amor.

Atreverme a tantas luces
fuera oscura presunción,
ciego de quereros, sí

mas desalumbrado, no.

Del sol visto cara a cara,
embaraza el resplandor;
y en vuestra vista es lo menos
el ser nada todo el sol.

Qué bien hallada está un alma
en lo fino de un dolor,
qué recio que habla un cuidado
en lo mudo de una voz.

Dulce turbación,
calle todo y el alma no,
que si en lo callado que muero
digo que quiero,
¿qué más quiero yo?

Cuanto más mudo os adoro
más señas de amaros doy;
más lo digo, que no puedo
hacer callar la razón.

En la razón de quereros,
oh cuántas hallando voy;
amaros fue la más grande,
ser en vano es la mayor.

Vuestras altas perfecciones
ninguno a saber llegó
cuántas fueron; pero todos
saben que infinitas son.

Aunque es, señora, en amaros
tan imposible el favor,
ya me pagáis cuanto os quiero
si os debo el morir de vos.

Dulce turbación, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 24
v.º Romance n.º 61.)

Villana de Leganés,
segundo abril de la Corte,
que a Madrid llevas verdes

los años, que no las flores.

Que sencillamente hermosa
las falencias no conoces
de un aplauso, que florido
también caduca en la noche,
dos te merezcan recato,
la de la duda perdone,
la de tu edad en tu gusto,
la de su engaño en los hombres.

Un par de señores frescos
y más güeros que señores,
diamantes que en la fortuna
si no fondos, son al tope.

Menos fía en tantos nuevos
falsamente brilladores
diamantes, que en la fortuna
sin ofender son al tope.

Toda flor es peligrosa,
o bien se pague o se compre,
que entre vendella, o perdella,
no muda peligro el nombre.

Todo es salteos la villa,
todo es llano cualquier monte,
y toda licencia y culpa
anda siempre en traje de hombre.

Guarda no te hallen de cera
esos príncipes de bronce,
no te coja en vez del carro
el Carrión de los Condes.

En viaje de amor no es cuerdo
buscar por la altura el norte
que es gran bajío, y lo vano
todo en espumas se rompe.

La inclinación y el deseo
a un dulce riesgo conformes
bien disculpado les basta;
la mucha razón perdone.

Los ojos y los oídos
son decentes perdiciones,
que se temple un desacierto
en dos engaños tan nobles.

Que te ruegue lo que miras,
que te obligue lo que oyes,
es violencia tan amable
que parece que la escoges.

Mas baja indigna desdicha
que las manos te enamoren,
que la promesa y codicia
son dos alhajas muy pobres.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 25
v.º Romance n.º 62.)

Como en la gran fermosura
es más bello lo cruel,
y el matar o herir a todos
no es culpa, sino merced;
como es deleite y costumbre
de lo más fermoso hacer
que estragos brille su mano
que triunfos huelle su pie:

Vos, más bellísima Anarda,
por delito no tenéis
matar; y sin vuestros ojos
novedad mañosa fue.

El ser fiera con los vivos
travesura hermosa es,
¿mas con los muertos...?

.....
¿Matar un hombre de balde
y asturiano; y esto ser
sin castigo? ¿qué dijera
lo presidente y Valdés?

Por tan ilustre madre
sois Zorita, y sois leonés,
y Henríquez por baronía,
pedazo de tanto Rey.

Que el Mendoza de la Aguila
pecó en este Adán de pez,
Guadalajara y Zuría
lo lloren y yo también.

Vos en sangre y aun en carne
tan celestial, que ofrecéis
muchas evidencias de ángel
y una deidad de mujer.

Hoy ha quedado luciente
sola casándose ayer,
que bien sabe el tanto monta

atar mucho, cortar bien.

Romance

(Septiembre, 1635. La primera copla y el estribillo son del Príncipe de Esquilache)

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 25 v.º Romance n.º 63.)

Dichoso prado que gozas
la más divina belleza
que vieron humanos ojos
ni es posible que se vea.

Avecillas que dos veces
a su hermosura festejan
alegres porque ha salido
y porque ha tardado tiernas.

Airecillos que a sus ojos
y plantas, como en la selva,
o se bañan en cristales
o en esmeraldas se quiebran.

Arroyuelo que el oficio
a los sentidos enseña,
que entre las flores se ríe
y entre los riscos se queja.

Dónde está, [...]

Sola y contigo en el campo,
oh qué animosa tristeza,
que se arma siempre de muchas
lo cobarde de las penas.

No bastan las soledades
para solo; que si lleva
consigo un alma el peligro
nada es paz y todo es guerra.

Celinda, en tus ojos bellos
que tantas beldades nuevas

les caben como no cabe
una dicha en dos estrellas.

Retirada entre los senos
del monte la niña, piensa
que se esconde a sus cuidados
y es que se huye a mis quejas.

Dónde está, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 26
r.º Romance n.º 64.)

Huyendo voy de tus ojos
pero de quererte no,
que aun es más fácil que huya
de mí, que no de mi amor.

El ser de ti aborrecido
bien lo sufre la razón
mas no la fe, de quien sólo
fié mis engaños yo.

Años cuesta el desengaño;
más qué hidalga es mi pasión
que entre siglos de escarmientos
a instantes crece el dolor.

No hay corto empeño en sujeto
de gloriosa estimación,
que en quien lo poco no es mucho
no es nada todo el favor.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 26
r.º Romance n.º 65.)

Madrugaban a la aurora
lasavecillas risueñas,
despertando en Cintia el sol
bien dormido en dos estrellas.

El cielo, el campo y el día
que su hermosura festejan,
sus perfecciones le miden
a flores y luces bellas.

Vientos, pájaros, y fuentes
o por lisonja o por deuda
a sus bellos ojos pagan
aplausos que al alba niegan.

Todas las almas y vidas
pendientes de su belleza
a no más que esté más dura
se porfían a más tiernas.

Y cupidos de nácar,
ricos de perlas,
medias lunas por arcos,
luceros flechan,
y entre luces dudosas,
nubes risueñas,
azucenas granizan,
azahares nieblan.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 26
r.º Romance n.º 66.)

La casadilla más bella
y la menos merecida,
hasta en lo poco dichosa
todas las partes de linda,
al río salió una tarde

para engañar en su orilla
del siglo en lo más ardiente
los grandes siglos de un día.

Pesares de muchos años
lleva en los pocos de niña,
que caben eternidades
en la edad de las desdichas.

Casadilla, casadilla,
si a la campaña sales
rendirás a tanto enemigo
que aun tú que sola estás,
no estás contigo.

Celada y celosa vive
muchas muertes de una vida,
en la pena verdad todo
todo en el gusto mentira.

En su bella edad no cabe
de abriles tempranos rica
de años en nombre y de penas
siglos caben en su vida.

Casadilla, etc.

Romance a modo de jácara

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 30
v.º Romance n.º 73.)

Las señas, ilustre Anarda,
que ofreciste al caro nombre
de gran deidad, competida
de más hermosa a más noble.

En este papel copiados
los mira; y tus resplandores
hagan sombra a tanto empeño
hagan luz a tanta noche.

Tiemble el pincel; salgan luego
colores a las colores,
que animosa una vergüenza
nueva culpa se conoce.

El gesto, ya que esta parte
ni aun se dispensa en los hombres

cuando el garbo en las mujeres
no hay fealdad que no perdone,
 mal guarnecido es de aquellos
que apelando a discreciones,
el aseo lo disculpa
el crédito lo socorre.

La disposición templada
que entre alano y entre gozque,
ni en lo Astorga se descuella,
ni en los Orgaces se esconde.

En el peinado volumen
del copete y del bigote
no hay pelo sin obediencia
no hay penacho con desorden.

En la edad mentida siempre
apagado ya lo joven,
aún las hojas centellean
aún no caducan las flores.

En la calidad, que es trato
que no importa, tiene el hombre
harta sangre para hidalgo,
y harto riesgo para Conde.

Los tres de sus agüelos
quedo pasito no soplen
vientos vanos en Vizcaya,
más que dueños fueron dioses.

De su fortuna el tamaño
en la región de los dones;
su merced, ya que no se usa
es fea con mucho dote.

Que el albergue de la suerte
ni entre laureles ni robles,
le dejó por escondido
ni lo desdeñó por pobre.

Sus haberes y ajuares,
pared sopladita en torre,
almena embocada en años
villeja forrada en bosque.

Primer tálamo ya frío
a nueva hermosa consorte,
vivos debe los difuntos
ya restaurados blasones.

Confinante al Licenciado
su ocupación; los Oidores
bastardamente le cuentan
por alhaja de la Corte.

Duques, Condes y Marqueses
Dios los haya; los Señores
Dios los mantenga; que hoy estos
son los grandes bellacones.

Ya tenebrosa, ya tierna
su pluma, que fue virote,
veraz flecha de ministro,
dulzuras brilla de Lope.

En condición mermelado
que advertido y cortés pone
lazos de sombrero al pueblo
que quiebra en los que se rompen.

Descansada escaramuza
su conversa, y sus primores
ni se fatigan con galgos
ni se vuelan conalcones.

Leve, apacible y negada
a lo pesado y lo torpe
toda es batalla sin sangre
es toda chiste sin topes.

Tan crespos sus pensamientos
que el Hortensio en sus sermones
los pide para misterios
o los toma para voces.

Su profesión tan decente
que a sus imaginaciones
cerrojos dobla de miedo
silencios hecha de bronce.

En amor tiene, sus nunca
navegadas pretensiones,
ociosa la buena estrella
y escondido todo el norte.

Ama de Antonio y sus ojos
secretamente habladores
callan todo lo que miran,
cisnes que el morir los oye.

En las campañas de Venus,
sabrosas lides de amores,
lo tierno tomó, y lo herido,
ya que no pudo lo Adonis.

Estas (en medrosa pluma)
no líneas, sino borrones,
azules coplas con guía
verdes conceptos de golpe,
son las quínolas o señas
que hoy en ancianos albores
soledades amanecen
de un quedado aún a las noches.

Tú, que en gloriosos retiros,
Fénix real desconoces
ni lo humano, que aun te ignoran
los mortales horizontes;
cuyas tantas hermosuras
auroras tantas descojen,

desperdician tantos rayos
y tremolan tantos soles;
prueben la piedad, y el susto
a estas noticias; y arroje
cruces de nieve tu mano
si tientan estas visiones.

Y tú, mal, bello y seguro,
dulce puerto a mis temores,
bien que playa, en que anegados
yacen tantos galeones,

esta nave en tu ribera
aplausos, y no clamores
despida, y dichosa cuando
tan altamente zozobre;

y en golfo de beldad tanta
navegar mis miedos osen
un cielo; que aun no teme
escalado en tantos montes.

Y tú, en breve sitio grande
población de perfecciones,
que a bellezas tantas vienen
estrechos entrambos orbes,

más que tan obscuras señas
noticias darás te informen
de una fe, que siendo mía
tuya en mi callar se nombre.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 33
v.º Romance n.º 77.)

Corazón, vos lo quisisteis
que yo os avisé con tiempo,
que era poderoso el daño
y era imposible el remedio.

Y a corazón en el golfo
el temer ayuda menos
porque nada del peligro
merece quitallo el miedo.

No perderos de cobarde
es perder más que perderos,
lo anegado yo lo sufro,
lo arrepentido no puedo.

Dejar de amar no es posible
muera yo, pero queriendo,
yo paso por no querido,
mas por no querer, no quiero.

En amorosas fortunas
el disfavor no es el riesgo,
sólo es batalla y naufragio
la paz agena del dueño.

Olas y más olas
quiebran los remos
no hay borrascas de amores
donde no hay celos.

Sin vela, sin esperanza,
sin alivio, sin gobierno,
todo en mi pobre barquilla
se rompe si no es silencio.

Entre tantas quejas sólo
de engañado no me quejo,
que tropezando en avisos
no caigo en ninguno de ellos.

Que aborrezca me aconsejas
y a ser posible, primero
querré yo morir tan loco
que remediarme tan necio.

Que propio remedio mío
el no posible ya sello,
ni amor diera ley a la tuya
si ella inmortal, él eterno.

El morir de males propios
no es mal de bienes ajenos,
es dolor que sólo cabe
en la invidia y no en el pecho.

Quien viere celosa pena
quien oye favores nuevos
y puede contallo vivo,
peor se merece que muerto.

Olas, etc.

Mal rumbo siguen mis penas,
mal semblante muestra el cielo,
mala estrella es todo el norte,
de mal aire sopla el viento.

Pues bien; tanto mal ¿qué importa
si en tan navegado empeño
y en alta mar y tan alta
sólo el ánimo es el puerto?

Sulcad, sulcad estos mares,

que el más fortunado leño
iguales cuenta en la orilla
las arenas y escarmientos.

Y puede ser que algún día
por confiado y soberbio,
como ya envidia de tantos
quejas sea de mí mismo.

A las ondas, al peligro,
que en manos del marinero
no está el hacer buen viaje
sino seguir el más bello.

Olas, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 34
r.º Romance n.º 78.)

Aviso, aviso que tiene
el mar de Celinda hermoso
risueña y blanda la orilla
y erizado y crespo el golfo.

Lisonjas sus labios mienten
que en sus dos peligros rojos,
el hallar cien mil naufragios
no es más duda que ser pocos.

Mostrando falsas caricias
el bello semblante airoso,
todo es tormenta en el trato
cuanto es bonanza en el rostro.

Los ceños del cielo siempre
recatos son del piloto,
y en Celinda los halagos,
borrascas de amor son todas.

Marinero, a la orilla
naveguen otros
mas seguro es el miedo
que no sus ojos.

Descoger céfiros dulces
y soplar airados notos,

no es mucho que mienta en rayos
quien sabe mentir en soplos.

En sanar hasta en el aire
fuego en el fuego, y dichoso
que se anega en el aviso
primero que en el escollo.

Señas de paz tremoladas
y ármase luego de asombros,
hácele ser enemigo
sin ser traidor, el enojo.

Decir que amor es locura,
qué gran locura; que sólo
quien bien sabe amar es cuerdo
y quien mal porfía es loco.

Olas, etc.

Romance pintando una dama

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 34
n.º Romance n.º 79.)

Fénix de garzotas bellas
cuyas alas celestiales
tremoladas siempre al sol
se batieron nunca al aire.

Ave real, que en tus plumas,
tan altamente brillantes,
por deidad te cuenta el cielo
mejor que el viento por ave.

Bellísima cuantas veces
te oyeren o te miraren;
los oídos, siempre atentos,
los ojos, siempre cobardes,

Los que del Fénix las señas
buscáis en dudas fatales,
que en peregrinados senos
luciente mentira yace,

oíd su verdad hermosa,
perdonen cuantas deidades
o ya en afectos se mienten,

o ya en lisonjas se aplauden.

Dorado golfo el cabello,
nevada soberbia nave
le sulca erizado en ondas
el crespo airoso plumaje.

Reyes de luz sus dos ojos
son dos tiranos suaves
y sólo en ellos no es culpa
ser rayos y majestades.

Los jazmines y claveles
no hayan vulgar maridaje;
o bien carmín desmayado,
o mejor nieve flamante.

El campo de sus mejillas
son flores tan naturales,
que aun sus floridas mañanas
albores son a las tardes.

Mucha aurora en sitio breve,
su boca en florido engarce,
de sazón y de hermosura
sólo el milagro es el grande.

Paga lo rojo y lo blanco
tributo de amenidades
a su color, que el más bello
no ha menester otro examen.

Cuánta perfección escribe
en púrpuras de cristales
el cielo, tiembla en sus ojos
a los rasgos de azabache.

En sus desdeñosos labios
florecido todo un áspid,
nadie a su veneno debe
la queja de morir tarde.

Los céfiros de la selva
dulces, festivos, galanes,
aunque viven en su aliento
ninguna dicha lo sabe.

Espadas blancas de amor,
cristal envainado en carne,
sus manos mejor que treguas
son desafío en el guante.

Su blanco pie, que a la nieve
o fue copia, o será ultraje,
no cabiendo en un imperio
le basta un jazmín por margen.

La disposición que muestra
tan sin ninguno el buen arte,
airosos descuidos forman
la bella atención del traje.

Es deuda, viendo lo hermoso

y lo bizarro del talle,
alma concedelle a un Fénix
o fingille cuerpo a un ángel.

Gallardísimo el descuello,
hermoso, lucido engaste,
de un sol, que armado en la nieve
yel, invidias y almas arde.

A sus plantas y a sus ojos,
dos veces gloria del valle,
yo sólo sé lo que muere
diga el abril, lo que nace.

El ingenio y hermosura,
que ancianas enemistades
mantienen como en extremos,
se están compitiendo en paces.

Espíritu transcendente
preso en bellísima cárcel,
sobre la razón más alta
descoge sus estandartes.

En vez de amor y deseo,
verdes traviosos rapaces,
bronces en ella caducan
rayos juegan los diamantes.

¿Qué Libia, patria de tantos
venenosos arenales,
ceñido el suelo de ofensas
bañado el viento de sangre,
dio más riesgos, que sus iras
al infeliz caminante?,
que en condición ponzoñosa
vive una muerte más fácil.

Apenas obliga todo,
a morir llama el lenguaje,
a guerra incita el peligro,
a fuego toca el buen aire.

No amante, sino rendido
venero yo sus beldades,
porque lo rendido es deuda
y es osadía lo amante.

Hallando en sus ojos tantas
soberanas tempestades,
ya no sirven a peligros,
sino a lágrimas los mares.

Ardiendo en rigores suyos
del corazón palpitante,
que en lazos de yelo gime,
todo el pecho es corto alcaide.

Mudo a tan gloriosas penas
puede más en tantos males,
que mil ansias que lo digan,

un respecto que lo calle.

Si no del Fénix las señas,
ofendida y corta imagen,
son de un cielo, a quién le vienen
estrechas tantas verdades.

Si cielo también se duda,
mayores divinidades
contiene; el nombre asegure
que los cielos no se agravien.

De Celinda es el retrato,
difícil lo es el romance,
el desengaño es de todos
y la esperanza de nadie.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 35
v.º Romance n.º 80.)

Aquel arroyo que nace
de aquella montaña al centro,
sin duda que nace loco
pues se despeña riendo.

Ya escarmentado en sus pasos
quejoso embaraza el viento,
y ¿a quién se queja, que en vano
se derriba de sí mismo?

Despeñarse de sí mismo
es loco, pero no es nuevo,
que no hay despeños sin vida
y más los que tardan menos.

Desatender los peligros
no se cuenta por esfuerzos,
que más desatinos sabe
que el valor hacer el miedo.

Aliento bien entendido
es el ver y osar el riesgo,
mas no puede ser bizarro
el no advertirle de necio.

Para sentir los sentidos

dentro de la alma nacieron
y es el tenellos ociosos
grosera invidia del cuerpo.

Sentimientos merecidos
pocos saben merecellos,
y grandes lucidas penas
no merecen corto dueño.

Bien sienta quien bien padece,
que en daños que no hay remedios,
no tiene el mal otro alivio
que usar bien de un sentimiento.

Siempre se debe a los males
cuidado y sentido atento,
o ya los calle un suspiro,
o ya los diga un silencio.

Lo que es risa, ya fue queja,
discúlpese el arroyuelo,
que sabe también la ira
formar gemidos risueños.

A nadie dejan lucido
insensibles desacuerdos,
que hacer gala de los daños
es buen traje de escarmiento.

El socorro de los males
era entenderse con ellos,
si no fuera tan pesado
amigo el entendimiento.

Arroyo, a los despeñados
no hay que ofrecelles consejos,
que mal creará una voz sola
un sordo a tantos ejemplos.

En sentimientos y penas
los que me dan aborrezco,
los que vienen desestimo
y adoro los que yo tengo.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 36
r.º Romance n.º 81.)

Qué presurosos que nacen,
qué diligentes caminan,
los gustos a una mudanza
y los bienes a una invidia.

Una ventura de amor
supo ser grande, aunque mía,
y no cabiendo en sí propia
luego murió de sí misma.

Tuvo una elección dichosa
sólo un bien de merecida,
y naciendo a vencer siglos
aun no le cupieron días.

La dicha de un bien presente
fue sola, pues ya perdida
a sólo morir más veces
siempre en la ley está viva.

Ser bien de amor y seguro
no hay ejemplo que lo diga,
que a dos venturas de un alma
estrecha viene una vida.

Pues sobrando ella sola
a mil desdichas
no basta un corazón
para dos dichas.

Qué estéril campo es amor
que en su cosecha más rica,
a una esperanza le sufre
ser verde, mas no florida.

Como a las flores el viento
con airosa tiranía
cada tarde las despoja
del breve imperio de lindas,
 así a las dichas de amor,
que entre más peligros brillan,
si las noches no las huella,
un escarmiento las pisa.

Qué diferentes las penas
inmortales se imaginan,
que en un corazón rendido
mortalmente se eternizan.

¡Oh cuántas caben, oh cuántas
en un amor, y a porfía,
con sólo un bien toda un alma
qué embarazada se mira!

Pues cuando sobre un alma, etc.

Qué bien quedará vengada
una verdad ofendida,
si el mismo que le hace ofensa
la hiciera también mentira.

Dura obstinación, que dure
más que el firmamento fija
mi estrella; que para estrella
los cielos mismos la invidian.

Mas de amar lo más amable
la suerte que bien lucida
de mi memoria en la causa
tiene razón de divina.

En una fe se encontraron
también las dos peregrinas,
una muerte que no mata
y una ausencia que no olvida.

Cuando indignidad no fuera
una mudanza; aun no es digna
la eternidad, que esté en ella
dos veces una alma fina.

Que a un solo amor, aun no bastan
los siglos todos; compitan
todos en vano a un cuidado
cuando a bien amar se rinda.

Sin remedio, ni esperanza
ni en el gusto, ni en la vista,
más apartadas del fuego
aun arden más las cenizas.

Pues cuando, etc.

Romance para cantar en el Retiro la noche de San Pedro de 1636

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 36
v.º Romance n.º 82.)

Que zarpan, niña, los barcos
de San Pedro; al mar, al mar,
que el puerto del Buen Retiro
es norte de gustos ya.

Albricias, que llegó el cura,
ábranse de par en par
los casamientos, que Pedro
tiene llave universal.

Si el casarse es compañía

y el Baupista es soledad,
rezadorcillas, ¿quién hizo
casamentero a San Juan?

Porque es todo penitencia,
qué bien y en otras no mal,
fiar caduca esperanza
a un vecino del Jordán.

Barcos de San Pedro
si me embarcase
aunque no quiera el viento
id de buen aire.

Si en agua viento se fían
las suertes, ¿cuáles serán?
no es bonanza hacer dichosos,
que una dicha es tempestad.

El nūitis quid petatis
agora, que siglos hay
a los golfos de marido
de las playas de galán.

Si de guerra Santiago
de paz San Pedro vendrá,
que aunque suele ser en finos
algo falsilla la paz:

qué necios, vanos anuncios,
la ¡a embarcar, a embarcar!
¡seguir a la capitana,
que es muy Real la Real!

A las glorias y dichas,
zagalas bellas,
que en el Buen Retiro
todo está cerca.

Su favor, no menos grande
que su gloriosa beldad,
que Belisa en perfecciones
ha pasado de lo más.

Aunque les pese a las suertes,
tan felices las hará,
que en su nombre las más cortas
auséntanse a celestial.

Rey de los mares Fileno,
con heroica majestad,
oceanos de grandezas
es más grande en hacer más.

El norte del Buen Retiro
es la estrella general
que nada a su confianza
perderse puede jamás.

Buen viaje, señoras,
todas se embarquen,
que pues van en sí mismas

ya es buen viaje.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 37
v.º Romance n.º 84.)

No es seguro el campo, niña,
para batallas de amor,
en dos caras y un engaño
el tener partido el sol.

Por la mañana, el cariño;
por la tarde, el disfavor;
bueno puede ser el tiempo,
niña, pero el temple no.

Desigualdades del trato
que falsas y enfermas son,
a dudas no vive nadie,
muera siempre a morir yo.

Sentid, sentid, corazón
quejas de una fe traidora,
mátame, niña, en buen hora,
la vida, y no la razón.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 38
r.º Romance n.º 85.)

Belisa, la que en el Betis

a costa de mis suspiros,
trasladó de Manzanares
milagros y basiliscos.

Áspid siempre a mis ternezas
y mármol al dolor mío,
con los más hermosos ojos
que lince vendado ha visto.

Sin alma has dejado el valle
y a mí sin vida y conmigo,
a la floresta sin flores,
sin aliento al aire mismo.

¡Ay, que porque vivo, muero!,
¡ay de mí, que muerto vivo!
y siendo mi vida muerte
vivo ausente de un alivio.

Y para que mis ternezas
hagan de mis ojos ríos,
me dejaste la memoria
y te llevaste el olvido.

Del prado de mi esperanza
a tus manos y desvíos
se fueron las azucenas
y se quedaron los lirios.

Pluguiera a Dios que las vistas
de tus ojuelos divinos
acabaran de matarme
con tus mortales hechizos.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 38
v.º Romance n.º 86.)

La deidad de aquestas selvas
que con imperio gentil
matando a todos de amores
ninguno murió infeliz;

ésta a quien celebra aurora
con muchas flores abril,
de sus ojos y sus huellas

no tributo, adorno a sí;
 ésta a quien debe el clavel
la fragancia y el matiz
pues de su aliento y sus labios
tuvo el ámbar y el carmín,
 es Amarilis gallarda
imagen a quien rendí
el alma, en cuyos altares
ninguno se vio admitir.

 Mariposa, de sus rayos
pretendo agora salir,
que precipita el deseo
de quien no teme el morir.

 Pero el pensamiento vive
en su memoria y allí
su beldad le puso grillos
porque nunca pueda huir.

 Aunque yugo tan hermoso
nadie quiso resistir
que por virtud de sus ojos
cualquiera pena es feliz.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
39 v.º Romance n.º 87.)

 Qué regaloncito está
el cachorrillo de Venus,
flechas deshace en arrullos
iras ablanda en gorjeos.

 Castiga sus enterezas
cuando se enamora tierno,
que es estadista el rapaz
para lograr sus pucheros.

 Hacer quiso el ciego el tiro
que en la diosa es su sustento
que está el acierto del blanco
en apuntalle más ciego.

 Con prevenida impiedad

lágrimas está vertiendo,
que como intenta abrasarme
va sacando el agua al pecho.

Volver quiso al ser airado
y fue estorbo el nuevo intento,
que al mismo amor, con amor
aun no se acierta el remedio.

Quiso acogerse a sus armas
y halló sin defensa el cuerpo
que en tocando amor en justo
está el reparo muy lejos.

Cuidado, empeños de la alma,
alerta, finos deseos,
que sabe, obligado más,
pagar Cupidillo menos.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 39
v.º Romance n.º 88.)

De las riberas del Betis
viniste a nosotros, Laura,
porque fuese Manzanares
espejo al sol de tu cara.

Solo a los suspiros sorda,
sólo a las quejas tirana,
cruel, adorarte dejás,
te permites ver ingrata.

Pero si vuelves los ojos
o si el pie en la arena estampas,
se alegra el cielo, y el río
cristales cambia en sus aguas.

Con desdenes lisonjeas,
con pesares agasajas,
y aunque siempre hermosa olvidas,
quien no te busca se agravia.

Así dulce es tu rigor,
que en tu belleza las almas
gloriosísima prisión

amorosamente hallan.

Amante, yo no deseo
premio, piedad ni esperanza,
que con preciarme de tuyo
ninguno a mi dicha iguala.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 40
v.º Romance n.º 89.)

Gerarda, una zagaleja
de precioso rostro y talle,
donairosa en el hechizo
y hechicera en el donaire,
imperiosamente rinde,
amorosamente atrae,
que se han hecho sus ojuelos
archivos de voluntades.

Travesuras de sus niñas
causaron desdichas grandes,
¡ay de quién las mira libre!
¡ay de quién las mira fácil!

Son de esta deidad las burlas
a las de amor semejantes;
abrasa cuando se yela,
yela cuando fuego esparce.

Con arpones de Etiopía
flechas arroja brillantes,
mucho el esplendor deslumbra
mucho ofende el azabache.

De plata una línea hermosa
dos floridos campos parte,
donde mueren los jazmines,
donde los claveles nacen.

Si tanto puede Gerarda
y tan raras son sus partes
yo moriré de sufrido
sin gozar premios de amante.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 41 r. Romance n.º 90.)

Afuera, afuera, que sale
con dos luceros Marica
a desmentir a la noche
y a competir con el día.

Afuera, afuera, que saca
dos basiliscos por niñas,
gigantes contra las almas
y rayos contra las vidas.

Afuera, afuera, que mata
y que encanta cuanto mira,
sirena hermosa de plata,
con la voz y con la vista.

Ayer bajó a Manzanares
y tocaron sus orillas
a tempestades de estrellas
y a incendios de nieve fría.

Todo, Marica lo abrasa,
no hay nadie que lo resista,
y con dos soles por armas
a los cielos desafía.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 42 v.º Romance n.º 93.)

El olvido de Belilla
llegó ágil al corazón,
celoso quiere ausentarse,
que mal le aconseja amor.

Quien por celos hizo ausencia
mal advertido dejó
al agravio sin castigo
y al dichoso sin temor.

Y en mal de mudanza y celos
aunque lo pida el dolor,
si piensa desenojarse
hizo mal quien se enojó.

Si desea que se aparte
de su ausencia la ocasión,
en dar contento a Belilla
por lo menos no acertó.

Si lleva el amor consigo
no es verdad que se ausentó,
porque el salir de su aldea
no es salir de su afición.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 43
r. Romance n.º 94.)

Hermoso dueño mío,
gloria que me atormenta,
dulce prisión de la alma,
lisonja de la pena.

Merezcan mis memorias
piedad en tu belleza,
que no es victoria el triunfo
cuando el vencido ruega.

Bien sabes que te adoro
y para que lo entiendas
por ver que te merezco
tus ojos me desprecian.

Al paso de mis males

mi fortuna comienza,
que los hace imposibles
mi voluntad eterna.

Cerca del ofendido
sólo viven las quejas,
y las satisfacciones
ausentes de la ofensa.

Todo sin ti me cansa
y en estas diferencias,
la muerte me da vida,
la vida me da pena.

Con estos desengaños
el alma se consuela
sólo con adorarte,
sólo con que te vea.

Imposibles se alcanzan
con sólo la paciencia,
que cuanto más la ejerzo
tus méritos desprecias.

No acabó la fortuna
mi vida, porque pueda
por tan divina causa
pasar mayores penas.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 44
r. Romance n.º 95.)

Las auroras de Jacinta,
nuevas esferas de amor,
de cuyos soles apenas
es un rayo todo el sol.

Aquella deidad del Tajo
por quien sus corrientes son
mucho cristal para río
aunque para espejo no.

Llorosas tiene una ausencia,
celosas van a un temor,
que han hecho soles y sombras

campaña de dos a dos.

Sus memorias enemigas
Jacinta al campo sacó,
por ver si en el campo vence
batallas del corazón.

A las lisonjas del prado
el calzado jazmín dio,
soberbias contra el abril
contra el agosto favor.

Verdes galanes de un soto
olmos la reciben hoy
que la temieron por nieve
y la juraron por flor.

Músico arroyo la duerme,
cristalino ruiseñor,
Jacinta le paga en perlas
lo que en plata le cantó.

Pastores de Manzanares
milagros hace el amor,
yo he visto llorar al cielo
yo he visto celoso al sol.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 44
v.º Romance n.º 96.)

Vuestro recato, señora,
mis desconfianzas son;
que cegar es el primero
de los efectos de amor.

Por temer ajeno agravio
no remedias mi pasión,
el favor habéis mentido
si no mentís el temor.

Sin alma forman los labios,
falsos conceptos la voz;
que sólo informan las obras
verdades del corazón.

Lisonjear con palabras

el mal que sufriendo estoy
es dar, por favor tormentos,
dados por satisfacción.

El canto de la sirena
califica su traición,
que los amagos de dichas
es la desdicha mayor.

Pues la ejecución negáis
negad también el favor,
más quiero que me atormente
la pena que el galardón.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 46
r. Romance n.º 98.)

Diez y siete primaveras
tiene la niña de plata
y dice el sol, que a sus ojos
debe todas las mañanas.

Melancólica y enferma
las iras del río pasa,
que con parecer divina
en esto se muestra humana.

¡Qué entendida que se sufre!,
¡qué sola que se acompaña!,
que aunque el cuerpo es tan hermoso
tiene más hermosa el alma.

Sólo el dueño que la goza
mereció partes tan altas,
que no siempre la hermosura
ha de nacer desdichada.

Yo la vi nevar jazmines
y bebérselos el alba;
yo la vi llorar estrellas
por dos esferas de nácar.

¡Qué tristes están las flores
después que no ven su cara!,
¡qué retiradas las aves!,

¡qué perezosas las aguas!

Lauro que suspenso admira
en su belleza sus ansias,
por divertir a Jacinta
de esta manera le canta:

Estribillo

Serenad vuestro cielo,
zagala hermosa,
porque canten las aves,
las fuentes corran.

Llore celos el alba
victorias, victorias amor,
tengan flores los prados
y rayos el sol.

Divina Jacinta,
alma de estos montes,
cielo de la tierra,
mayo de las flores.

No cubra la noche
vuestras dos auroras
porque canten las aves, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 48.
Romance n.º 100.)

A la playa de escarmientos
volved, volved los que amáis,
que por la altura de amor
todo es bajíos el mar.

El amor encierra tantos
que el bajel zozobrará,
si todo no se despoja
alerta, rema a la mar.

El sufrimiento en lo amante
es de amor lo más galán,
y a más desdén, más amor,
y a más arte, fingir más.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 49
r. Romance n.º 102.)

Este mal, que de olvidalle
pendiente y quejoso vivo,
cada instante me le acuerdo
para ver cuando le olvido.
¡Qué pesada es la memoria!,
¡qué entremetido es su oficio!,
que en cualquiera sentimiento
se halla en todos los sentidos.
Cuando acuso a mis cuidados
de ser inmortal conmigo,
para no enmendar lo eterno
dice que es cuidado mío.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 49
v.º Romance n.º 103.)

A tus ojos celestiales
y a mi amor vuelvo otra vez,

a mirar glorias en ellos
y a sentir penas en él.

Que desesperado y triste
y que ofendido también,
me salí de la razón
pero nunca de la fe.

Si el quererte es todo aciertos
¿cómo puede enloquecer
de amarte? mas de perderte
cuerdo está quien loco fue.

Mírame, niña, mírame bien,
que en ver tu enojo y rigor
que muero en vano de amor,
descansará tu desdén:
mírame, niña, mírame bien.

Es flaqueza y no victoria
en un rendido el poder,
y no embaraces tu mano
adonde sobra tu pie.

¿Quién puede ofender hermosa
que mal ofende cruel?,
no pases blasones de ángel
a venganzas de mujer.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 52
v.º Romance n.º 106.)

Quien ama correspondido
no obliga a leyes de amor,
que el gusto miente finezas,
méritos el galardón.

Quien ser amado pretende
es indigno del favor,
que no obliga por amar
quien por obligar amó.

Sólo obliga, Celia hermosa,
quien firme adora el rigor;
y quien, aunque obliga amando,

no aspira a la obligación.

Sin premio y sin esperanza
firme en vuestro amor estoy,
porque él me obliga, os lo digo,
que por obligaros, no.

No hay amor donde hay silencio,
ni cordura en la pasión;
el silencio amor guardara,
que no le rompiera yo.

Ni a obligaros ni a ofenderos
se atreve mi presunción;
que ni soy grosero amante,
ni empresa posible soy.

Perdonad, hermosa Celia,
efectos que vuestros son,
que no ha sido culpa en mí
lo que ha sido fuerza en vos.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 53
v.º Romance n.º 107.)

Ya es turbante Guadarrama
en la cabeza del viento,
tomándose por remate
la media luna del cielo.

Blancos penachos de escarcha
de plata le riza el cierzo,
soberbia loca hermosura
de sus volantes de yelo.

Camafeos son los riscos,
airones los robles secos;
que estar desnudos los troncos
es la gala de un invierno.

Huyen de ser los arroyos
de los árboles espejos,
porque los miran tan pobres
y tan galanes los vieron.

A los puertos de las cumbres

las puertas cierra el enero
y en tantos mares de nieve
todo es golfo y nada es puerto.

Cristales flechan las nubes
a las murallas del fuego,
y en mariposa se vienen
abajo dos elementos.

Y todo es menos con Clori,
alma del Sol, que está en mi pecho
abrasándome a rayos
y a luceros.

Romance a una Juana, bellaca que se lavaba la cara con el agua que
llovía una tarde de mayo

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 57
r. Romance v.º 109.)

Celebrando está el amor
las travesuras de Juana,
guerras que a todos les toca
al amor no, sino al alma.

En ostentaciones bellas
de purezas de su cara,
al rocío de sus flores
en fuego respira el agua.

De su mano el rostro bello
mil nevadas amenazas
padece, que aun de sí misma
es peligro y es batalla.

Pues con agua que llueve
niña te lavas,
si ha de ser la del cielo,
llora, muchacha.

Qué risa pedille llanto,
a quien vive niña y falsa,
alegre de lo que vive,
pero más de lo que mata.

Pelinegra el alma tiene
la bellísima rapaza,

y para el amor ninguna
quien lleva consigo tantas.

La engañosa nieve rubia
que sus tiernas rosas baña,
en lo ardiente y en lo airoso
también es mentira blanca.

Al mayo en su hermosa tarde
le vio lenta sus mañanas
y en aljófares saltea
todo su ejercicio al alba.

Pues con agua, etc.

Romance

Sátira

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
58 r. Romance n.º 111.)

El Job, y el jaque de amor,
(perdone amor el estilo)
ocupando ausente y solo
el muladar de sí mismo.

A su desdichada moza
de esta manera le dijo;
atención, y después todos
jabonemos los oídos.

¡Oh más hermosa a mis ojos
que en juego de tabardillo
diez pintas; y echando el resto
mejor que un cincuenta y cinco!

Amada mía rellena
de salmones y de gritos
.....
y regalada en ministro.

Por ti, por ti mi señora,
pensé una vez en ser limpio,

aventurado a negarme
la Condesa por marido.

Sin haber asiento en mí,
los asientos que ejercito,
los saben tus escritorios,
los parlan mis desperdicios.

Mi amor entre todo amor
es el más niño, y tan niño
que puede decir la caca
y el caco a quien yo me digo.

Que por tu gruesa ballena
en sus negros escondrijos
sólo el vaciarme a mí propio
le ha faltado a mis sentidos.

Oh, tú, cualquiera que seas,
la que en torpe sacrificio
sucias obediencias pagas
a tan viles apetitos.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
59 r. Romance n.º 112.)

Lo que yo no sé deciros
lo acertarán mis suspiros.

Celestial, hermosa niña
que en lo siempre airoso y lindo
rayos dispara el aseo
en la pólvora del ocio.

Tan mudo ya como ciego
cuidados y desvaríos
a sentimientos los callo
y a turbaciones los digo.

Tan cobardes, tan ajenos
están [...] sentidos
que en ser tan vuestros los hallo
todas las señas de míos.

Olvidado de lo cuerdo
un loco imposible sigo

y para dejar de amallo
no me acuerdo que haya olvido.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
59 v.º Romance n.º 113.)

Qué linda, qué sola y triste,
la deidad de Guadiana
en rebaños de suspiros
todo el viento lleva al agua.

Uno de sus corderillos
en estrella se traslada
y ella siente perder una
vertiendo sus ojos tantas.

De sus vellones la hermosa,
tierna manadilla blanca,
su llanto la mide a perlas
y a flores la cuenta el alba.

Pastorcilla mansa que lloras
lágrimas que a todas horas,
tan ricas las miro yo;
ese no es dolor sino
costumbre de las auroras.

Lágrimas que son tan bellas,
más la hermosura las cansa
que la pena; y en tu llanto
serán hermosas entrambas.

Si mansamente padeces
penando en penas tan bravas,
dolor que menos se dice
más se anega en olas mansas.

Esfuerzos en grandes males
son tan costosa batalla
que los alientos del cuerpo
todos se cobran de la alma.

Pastorcilla, etc.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 60 r. Romance n.º 114.)

Quise bien a mi señora
doña fulana Luzbel,
soberbia con más razón
hermosa con menos fe.

Del cielo de su recato
cayó el ángel sin perder
la gracia ni la hermosura
pero sí toda la ley.

De la peligrosa niña,
bellísimo Lucifer,
de su tentación y cara
Dios nos libre sin amén.

Yo la vi, yo la miré
y diré, pues su condición sufrí,
que es infierno cuanto vi
si es cielo cuanto se ve:
yo la vi, yo la miré.

Al que más por ella muere
no quisiera la cruel
quitalle el morir sino
el gusto de morir bien.

Con hermosa tiranía
quiere sólo el que querer
mucho amor, pero no más
que lograr más un desdén.

Pero si toda es peligro
la fiera hermosa, yo sé
que es gloria penar en ella
que es dicha quedar en él.
Yo la vi, etc.

Romance a Melchor de Carmona

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 60 v.º Romance n.º 115.)

La víspera del domingo,
el día de San Mondongo,
hombre que por ningún caso
juega limpio, aunque hable gordo;

los toros en Madrid fueron
siendo el encierro a las ocho,
todo cristiano se aparte
agua va, que las arrojo.

A ti, calle de Getafe,
que en el nombre y en el rostro
como Melchor de Carmona
Melchor también de Carmono;

de las doncellas, Narciso,
de las solteras, Medoro,
de las viudas, regodeo,
de las casadas, asombro.

Ya se vestía de lindo
aquel galán boquirrojo
que llaman sol los cristianos
y los poetas Apolo.

Por quien tuvo tan buen gusto
la del virote de plomo,
que antes que mujer de un rubio
quiso ser alma de un trono.

Cuando a este río, retrato
de aquel hombre prodigioso,
ya que no en lo endemoniado
en lo mudo, ciego y sordo,

cuya puente, aunque lamenta
el seco imperio arenoso,
no tiene para llorarle
una lágrima en los ojos,

bajaban los que vinculan
para los encierros todos
de color su vestido
su vara larga y su potro.

Unos pobres mancebetes
de quien por agüero tomo
que caballerescos anden
en tiempo de cuernos sólo.

A ruegos de buenos ya
los torillos presurosos
sin daño de los vecinos
no digo yo que van horros.

Por la Puerta de la Vega
subieron dando furiosos,
a los tímidos pavura,
a los bravos alborozo.

Ya el Regidor Salazar,
más hidalgo que el famoso
que pagó con cuatro muertes
una de Bellido Dolfos,
asomaba en la vanguardia
de buen talante, aunque romo
para pequeño; gallardo
para Regidor airoso.

Ya las madrugonas damas,
que se dijo por su antojo
murmurador ventecico
que lo gozas y andas todo,
miraban de las ventanas
de los reportados mozos,
sin asomarse al peligro
de valiente los asomos.

Suéltase un toro robusto,
llegan unos, llegan otros,
y a porfía de corridos
al fin mataron el toro.

Un amigo le vio muerto
y mansamente piadoso
(a tanto el prójimo obliga)
dijo: mirad lo que somos.

Al Regidor avisaron
que el Alcides, generoso,
que decimos los poetas
que tiene este cielo en hombros,
en casa del Presidente
estaba con aquel rostro
tan agradable a la vista
tan severo a los negocios.

Unas barreras pusieron
y al punto bajó animoso
un toro, que a la primera
ejecución de su enojo,
le mataron a estocadas;
que en los peligros notorios
ni hay preceptos para el miedo
ni hay pregón para los locos.

Luego con más diligencia
sacaron otro; y tampoco

se logró; porque en las alas
del viento, se volvió al coso.

La montés caballería
yéndole picando a coros,
tan blandamente que han hecho
más sangre algunos abrojos,
de cansado le dio muerte,
que no era el torillo tonto,
pues tan fácilmente el triste
murió a manos de enfadosos.

Verdad sea; que hubo algunos
caballeretes, pimpollos,
entre col y col, lechuga
que no todos fueron tronchos.

Este es, Melchor de mi vida,
advertido testimonio
que también para la muerte
es menester ser dichosos.

Pudiera morir a manos
este menguadillo toro
de algunos valientes brazos
de algunos bizarros mozos.

Pues aunque más diga el vulgo
en su malicia envidioso,
que mejor, que de lanzadas,
es el año de divorcios.

Sé, que algunos que no han sido
en ellas muy venturosos
del cielo, del valor, pueden
ser sus brazos los dos polos.

Esta relación cornuda
en que a mí mismo me corro,
ufano envió a tus manos,
alegre a tus plantas pongo.

Melchor; que para pasarte
pasan los ojos un golfo
de huesos; o es menester
mudar como postas ojos.

La pintura de este río
sin ser corriente gustoso,
pues para hacelle correr
no bastan tantos apodos,
te ofrezco, donde se van,
con la licencia del soto,
las Evas a lo robusto,
los Adanes a lo hermoso.

Que son en él demasías
persuaciones del demonio,
pues si hay árbol con manzanas
la sierpe es cualquier antojo.

De Madrid, cuando previenen
en los principios de agosto,
los ojos, los atrevidos,
las cenizas los devotos.

A la entrada en palacio de la señora doña María Manrique

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
62 v.º Romance n.º 116.)

La divina zagaleja
en hermosura y donaire
segunda aurora del día
primera gala del valle.

La que dejando quejosa
la cabaña de su madre
cruel de sagradas selvas
imposibles y deidades.

La que primero que el alba
a los nuevos montes sale
quedándole agradecido
el engaño de las aves.

Peligrara en su belleza
aquel osado ignorante
que pisa de oculta fuente
la bella escondida margen.

A su cabello divierten
las inquietudes del aire,
ocupando en su descuido
todo su cuidado el arte.

Gallardamente acompaña
de su airoso y bello talle
de los dos galanes meses
el verde florido traje.

Sus bellos ojos azules

rayos de amor celestiales,
no soberbios, siendo hermosos;
no pesados, siendo graves.

Su dulce risueña boca
hasta en matar agradable,
hasta en las palabras breve
sólo en hermosura es grande.

Con el candor de sus manos
mal compiten los cristales
que en retirada montaña
para nieve fueron antes.

Servirla muchos pastores
con méritos desiguales
es tener más desvalidos,
mas no tener más galanes.

Bien sé que de ser queridas
no sienten con las beldades,
mas si no cansa el amor
pueden cansar los amantes.

No por novedad la sirven
tantos perdidos zagales
que en el aplauso hemos visto
deslucidas novedades.

Obligarlas por querellas
las aventajadas partes,
son de bellezas comunes
adulaciones vulgares.

Quien aquí tuviere amor
de sólo su amor se pague,
ni agradecimiento busque,
ni correspondencia aguarde.

Lo que platica esta selva
es un humilde semblante,
de una fe siempre animosa
y una esperanza cobarde.

¿Qué fruto en sazón dar puede
florida tierra de males,
rica selva de disgustos,
fértil campo de pesares?

Mas si el desdén acompaña
tan severas soledades,
piedad es ser desdichado
donde no es dichoso nadie.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 64 r. Romance n.º 118.)

Lo que de verde el abril
viste el enero de blanco,
sepultura de las plantas
y mortaja de los campos.

En tal metáfora al fin,
un matalote criado,
cartas de pago de quejas
da de un recibo de agravios.

De su Señor, a quien dice
apenas su abril miraron,
mis años cuando en tu casa
dieron su fruto temprano.

Pasó el verdor de mis días
siendo de almendro mi ramo
verde flor, que dio por fruto
azares como naranjo.

Y en esta sábana ya
de canas amortajado,
siendo del tiempo paloma,
ya soy cuervo de palacio.

Cuando a ser tu esclavo entré,
aún no tenían mis años
en los bigotes la ese
ni en la joven barba el clavo.

Mas ya el enero me escribe,
en su papel arrugado,
en mi cara blancas letras,
y en barba, renglones largos.

El agricultor cultiva
el árbol verde y lozano
cuando pródigo tributa
fruta en junio y flor en marzo.

Y en secándose le entrega
del fuego al violento brazo,
siendo a la lumbre despojo
el que fue lisonja, al prado.

Su vana mente imagina
que Dios hizo con cuidado,
de búcaro a los Señores,
y a los criados de barro.

Y así tu naturaleza,

inútilmente engañado,
para tesoros de tierra
fundas erarios de mármol.

Si los servicios de ayer
olvidas, ay, no me espanto
que olvides en tantos tiempos
que Adán fue padre de tantos.

Si quieres ver el discurso
de la vida que pasamos
los que en las duras galeras
del Señor somos forzados,
imagina que es pintarte
el monstruo más temerario
que al pintarse puso miedo
del Bosco en la insigne mano.

Verás a los escuderos
mal vestidos, bien barbados
unos de malicias gordos,
y de envidias otros flacos.

Éstos murmuran de priesa,
y aquéllos mienten despacio;
traen en el alma el veneno,
y el antídoto en los labios.

Si sus vicios vitupero,
su gran continencia alabo,
aunque más que por virtud
por necesidad son castos.

No fue dispensero Judas
en la venta, ni en el trato,
que más pareció escudero
en vender su propio amo.

Mírame a mí, que yo soy
su verdadero retrato,
y de su antiguo consejo
el su escuderil decano.

Es, Señor, el escudero
un animal tan extraño,
que en el arca del diluvio
no se conoció entre tantos.

Pues hay algunos que viven
años, y siglos tan largos,
que más que hijos parecen
que fueron de Adán hermanos.

Por las ropillas, rasuras;
por los gregüescos, Laín Calvos;
Martín Peláez, por las capas;
por las cabezas, Pelayos.

Que es manto de colegial,
sin duda alguna, este hidalgo,
que el más roto, el más antiguo

trae vigilia como santo.

Pisan la jurisdicción,
porque es su traje gallardo,
el ferreruelo del muslo,
la espada de los zancajos.

Siendo en Argel tan duros
como es el servir de esclavos,
la Orden de las Mercedes
todos la esperan en vano.

Ésta, que parece muerte,
es la vida y los milagros
de Palacio, vil castigo,
y aun sepultura de tantos.

Loa que a 18 de mayo de 1636 se dijo a sus Magestades en las fiestas
que se hicieron en el Buen Retiro desde un carro que formaba un pavo
real

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
66 r. Loa n.º 1.)

Heroico y grande Felipe,
tantas veces grande, en quien
aun más que el Imperio mismo
cuenta el mérito lo Rey.

Isabel, que al mar inmenso
de tus glorias, no hay saber
qué rumbos tome la pluma,
qué norte siga el pincel.

Baltasar hermoso, donde,
gloriosamente, se ve
en mil primores del alma
caducada la niñez.

Divina Mariana Antonia
en quien osa, y quiere ser
en el campo de un jazmín
roja batalla un clavel,

Ilustres y generosas
damas bellas; por quienes
lo real más soberano

lo severo más cruel.

Yo soy el amor, yo soy
aquel estrago infiel,
por quien Troya en muchos fuegos
volcán de los siglos fue.

A daros vengo noticia
de las discordias, por quien
vuelve el certamen de diosas
a menos duda otra vez.

Los dioses que el fijo asiento
en que son luces, y en que
Virreyes son de los días
que a gran luz, no hay más que un Rey.

Cielo hacen hoy de este carro,
y en revista quieren ver
de la más alta hermosura
aquel mal juzgado; aquel
ruidoso pleito en que Paris,
fino galán, y de ayer,
que hoy no dudara ninguno,
de tres no escogió a las tres.

Viendo los dioses que Venus
en vano airoso tropel
más presumida se mira
de agraviar, que de vencer.

Juzgando en su mano injusta
mal ofendida (y que bien)
la manzana de oro quieren
con sabio y justo poder.

Que el juicio de más hermosa
se revoque, ahora; pues
tantas ilustres bellezas
quedaron quejosas dél.

Por el mundo y por el cielo
discurren por conocer
la más divina hermosura,
la más gloriosa altivez.

Y en el Palacio español,
que del cielo puede ser
más victoria que contienda,
la mayor belleza ven.
Que mal dejara dudarse
el dueño que ha de tener.
en cuyo pie de otras frentes
se desenoja el laurel.

A ti, ¡oh glorioso Felipe!,
juez te han querido hacer,
pues de repartir los premios
eres crédito y juez.

Por sin par, que no por Paris,

es justicia y no merced
que aun la magestad le debes
más al vivir que al nacer,

Esta es la manzana de oro,
nadie duda que la des
a la siempre vencedora
hermosísima Isabel.

Ella sola es digno empleo
del premio; que en gloria y prez
todo lo reina le paga
envidias a la mujer.

Ya salen desagaviadas
Juno y Palas; y también
sin guerra se ve lo hermoso
y en paz el mundo se ve.

Victoria por la hermosura
de Isabel; victoria; haced
aplausos, y estad atentos
que otra vez es menester.

El esclarecido Alcaide
del Retiro, que a tener
su amor un instante ocioso
fuera queja de su fe.

Después que en altas fatigas.
tanto sabe merecer
que se miden sus cuidados
a milagros de su ley.

Con una fiesta os convida
tan nueva, que muchas es
que en sólo un rasgo, en sus glorias,
aun grandes, se dejan ver.

A la jineta las plumas
les calza espuelas, y en vez
de ser Córdoba andaluz
ya es su potro Montañés.¹⁵²

De la república verde
del nuevo, insigne plantel,
las cabezas sí os celebro.
mas no os alabo los pies.

Pero con la ilustre guía
del grande Alcaide, yo sé
que aun en caracol seguros
hoy, sus aciertos estén.¹⁵³

Toda es fruta del Retiro,
galán de cualquiera mes
y florido salteador
del mayo de Aranjuez.

Y siga del sitio hermoso
cuanta flor se encierra en él,
de tanta varia provincia

verde vasallaje fue.

Aquí, en el traje de todas,
el Alcaide más fiel
naciones ofrece cuantas
ver quisiera a vuestros pies.

Noble aún más que el ejercicio,
todo jinete nobel
es de la eminente escuela
y dél modesto y cortés.

Camino del Conde, y como
dél, han sabido aprender
amor, templanza, fineza,
desvelo y desinterés.

Lo más bizarro y airoso
dél aprendieran, que bien
jurar pudiera un riojano
por la fe del cordobés.

En fin, para festejaros
su altivo primor, con él
le pidió a la novedad
y a la grandeza después.

Tantos lucidos extremos
en que a justar le veréis,
a graves cuidados de hoy
galanes ocios dé ayer.

Cada nación a una dama
trae su mote; sea, pues,
más vicaría a la gala
que no ejercicio al desdén.

Ya los clarines y aplausos
se escuchan; lucientes ved
competir plumas y estrellas
de la noche en el papel.

Ya generosos dueños
de dos mundos, donde hacéis
Imperio de corazones
en que se reina más bien.

Recibid entre infinitos
este servicio, y poned
a cuenta de triunfos vuestros
su amor, y eternos gocéis.

Tanto mundo, tanto nombre,
tanto blasón, y tened
en dichas, glorias y azañas
siempre ocupado el amén.

Loa para la comedia de Más medra quien miente más, que se hizo en el

Buen Retiro, día de San Pedro de 1634

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 72 r. Loa n.º 6.)

ARCEO, poeta ridículo, y ROQUE DE FIGUEROA, autor de comedias.

ARCEO Ni el Rey, cuanto más el Roque
me ha de aplacar, que me toca
la Loa, y tengo y retengo
horca y cuchillo en las loas.
La jurisdicción es mía,
y ésta es, que brava y corta
se ha de hacer, que apenas tiene
cabales trescientas coplas.
Oiga vuested o vive Cristo...

ROQUE Señor Arceo, componga
vuested el semblante, ya
que no puede la persona.
Que hombre tan autorizado,
que es el honor, que es la trompa
de la nación, enojarse
es indecencia afrentosa.

ARCEO Quien no se enoja es un simple
y un menguado a todas horas;
y no merece enojarse
el necio que no se enoja,
Yo tengo insignes razones
que a los que insignes se soplan
les deben rogar los premios;
que hicieran conmigo Roma,
Jetafe, Sagunto, Parla,
Illescas, Lacedemonia,
Leganés, Thebas, Olías
y otras provincias famosas.
Todos los puestos me hurtan
y los conceptos me roban,
y entrellos, más que ninguno,
don Antonio de Mendoza.

El pulidísimo lego
respete pluma tan docta,
que sus versos cortesanos
son Bernardinas airosas.

Déjeme, deje mi oficio,
que yo con gracia espantosa
soy el correo mayor
de la Casa de Borgoña.

ROQUE Los horizontes no más
tocan a vuested.

ARCEO No hay cosa
que no me toque, y la envidia,
que a ningún sabio perdona.
Los Mendozas, pesie a ellos,
sirvan sus Reyes en prosa
allá en sus Avemarías
o allá en sus Aljubarrotas.

Qué diablos dirá de nuevo
él al Rey; que su imperiosa
bizarría, su excelente
valor, su grandeza propia,
su espíritu y que le fuera
corazón nueva forzosa
no menos que en Rey, en hombre
deuda también la corona.

Que vejez, y que sus partes,
tan altamente lustrosas,
son sin medirse a ningunas
desdén glorioso de todas.

Que es brazo que en Dios pelea,
que es sol que al mundo hace sombra,
que es un ángel de los hombres
y es un Fénix de la historia.

¿Qué es todo esto? Oiga vuested
lo que yo...

ROQUE Tenga.

ARCEO Oiga, oiga...

ROQUE Oiga digo. Esto basta;
que medille todo ahora
al Rey, y es contar a granos

las campañas arenosas
de Libia; y de entrambos mares
hacer número a las ondas.

ARCEO Y él ha de saber loar
la Reina nuestra Señora,
por quien Francia es más ilustre
y es España más dichosa.

Dirá que en sus perfecciones,
que infinitas le son pocas,
lo menos grande es la Reina,
lo menos, lo más hermosa.

Y que es en virtudes bella,
tantas veces milagrosa,
en lo santo alma divina
y en el brío alma española.

ARCEO Oiga vuested, mire, escuche
lo que yo...

ROQUE Será gran cosa,
pero...

ARCEOAtienda que la llamo
Lirio francés.

ROQUENo se ignora
que es novedad, más sencilla;
en alabanzas, son cortas
las todas; y pobre el mayo
contado a flores y a rosas.

ARCEO Ya que al Rey, ya que a la Reina
que los alabe me estorban,
el Príncipe...

ROQUE¡Dios le guarde,
y no menos de las trobas
del Arceo!

ARCEOPesie a todo,
pues son tan buenas las obras,

espere, atienda, repare,
que en diversas y en grandiosas
 sus gracias las llamo yo.
celestiales Babilonias,
clavel tierno y jazmín puro
le digo, y blancas y rojas
 cuantas maravillas sirven
al verde imperio de flora.

ROQUENo se canse seor Arceo
que si el tiempo y la memoria
 eternamente ocupasen
plumas y lenguas, deudoras
quedarían a lo menos.
Perfecciones que se adoran;
 que se admiran, que se alaban;
que se advierten, que se notan
en el Príncipe, y en tantas
es la mayor; ser la copia
 de Felipe y de Isabela
y de tantos reinos gloria.

ARCEOLas Damas no se me excusan
que yo las lleno de auroras
 y las harto de deidades,
y en frases maravillosas
y nuevas...

ROQUETodo es muy nuevo,
pero es tan grande y tan sola
 de las Damas la alta esfera
que la admiración medrosa,
y cobarde el pensamiento
serán atención bisoña
 del respeto y del estilo
que se debe a sus gloriosas
beldades, que en perfecciones
que divinas las adoran,
 en decir que son las Damas
se encierran y admiran todas.

ARCEOEa, ea, el campo libre
me queda; para que rompa
 en alabanzas eternas
y en verdades generosas
de los Alcaldes.

ROQUEEnvaine

seor Arceo, que se engolfa
en mar grande, pues los condes
con modestia en vara corta
no quieren que los celebren
ni alaben, que se conforman
sólo con servir; y sólo
con más servir; y la honra
que no les niega ninguno,
la están temiendo lisonja.

ARCEO Aunque les pese, alaballos;

súfranlo, pues no se enojan
de sufrir a tantos necios.
y venga un poco de Loa
a los que han lucido tanto
la Magestad y la pompa
del Retiro: el claro Conde
de Castrillo, que en persona
tan prudente, sólo han hecho
pases la espada y la toga;
que al Consejo a quien Castilla
con este blasón le nombra
debe la paz, la justicia
que ha tantos años que goza.
Y el generoso Marqués
de la Puebla, que es penosa
ocupación el servirla,
sirve de fineza heroica.
Si alcanzó al Protonotario
alabanzas primorosas
me ha de llevar, que su celo
su verdad, y en canas mozas
su entereza todo muestra.
Que es de la escuela famosa
del Conde, y de su laurel
una de sus verdes hojas.
Pues el gigante Grimaldo
estupendo Guarda joyas
del Buen Retiro, también
le ha de caber.

ROQUESi se toma

con todo lo que merece
alabanzas y memorias,
aun pasara de trescientas

la amenaza de sus coplas.
Ea, breve, airosamente
se despida.

ARCEO Antes que ponga
silencio y fin, han de oírme
cuanta fachada famosa
contiene este cartapacio.

ROQUE El arredro nos socorra
unión celestial de amor
cuya Magestad coronan
aun más virtudes que reinos
Felipe el grande; y gloriosa
Isabel, en cuyo nombre
que ya eterno se coloca
tanta excelencia se sabe
y una imperfección se ignora.
De vuestros dos siempre grandes
criados, que en vuestras glorias
sus fatigas, sus finezas
se pagan unas con otras.
Recibid este festejo
leve empeño de dos horas
de una pluma heredad suya...

ARCEO Mas tan dura y perezosa,

ROQUE Seor Arceo, nunca diga
al Rey mal de nadie. Heroicas
Magestades, vivid siglos.

ARCEO Vivid edades dichosas

ROQUE de alta sucesión poblados.

ARCEO Ceñidos de paz dichosa.

ROQUE Admirados de las gentes

ARCEO Aplaudidos de las propias.

ROQUE Adornados de blasones.

ARCEO Coronados de victorias.

Loa en la comedia de Daphne, que se hizo en el Retiro, por San Juan de 1635

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 73 v.º Loa 7.)

Salgan las mujeres cantando, con sombreros puestos, como de baile.

M. Si el Retiro grandezas
tiene admirables
el tener hoy sus dueños
es la más grande.

BERNARDA Si el salón es el bravo,
yo no lo temo
que los leones de plata
no me hacen miedo.

ISABEL Cada tarde a las bellas
santas ermitas
van deidades y flores
en romería.
Buen Retiro yo viva
siempre contigo
que no hay cosa más buena
que un buen retiro.

BERNARDA Donde yo estoy llora todo
de envidia; y no canta nadie

ni el ruiseñor, que más goza
los dos imperios del aire.

M. Señora más Bernardina
que Bernarda...

BERNARDA Quedo, tate,
no juego con el respeto,
no sufro que nada campie
 conmigo, que donde pongo
el zapato, breve engaste
de un jazmín de cinco dedos
todo tiembla, que en la margen
 estrecha del pie que digo
toda nieve tiritarte
es embeleco de tonta
y es mentira de azabache.
 Que baratas van ogaño
las confianzas, ¿no sabe
que si basta que se crea
todo es lindo; y todo...?

ISABELAguarde,
 Señora hermandad con flechas,
que está muy de esa otra parte
la razón y la hermosura,
que si presunciones valen,
 se venden en cualquier cara
a docena las deidades.
Pero dejando fanfurrías,
¿qué desdicha, qué desastre
le ha sucedido a aquel hombre
que entre lástimas, y afanes...?

BERNARDAEle, ele, el bravo Roque
autor concebido en Martes,
 diez Pero Hernández enferma,
y en prosa un Tomás Fernández;
agua va, que les arroja
querellas y necesidades
 Todo cristiano le escuche,
ningún buen gusto le aguarde.

(Sale el ROQUE muy congojado.)

ROQUE; Pesia al diablo, y pesia tanto
desatino, y disparate
o escondido en el despejo,
o embocado en el donaire!
¿Quieren Vuestedes perderme?
¿Quieren destruirme? ¿Antes
que haberse dicho la Loa
salir a empezar el baile?
¿No saben que es la vanguardia
de toda fiesta la grave
Loa española que el docto
llama prohemio? En que hacen
el escritor y el asunto
lucido vistoso alarde
de sus primores con leyes
tan firmes, tan inviolables,
de Lope, Rey del tablado,
que a pesar de estas edades,
de la lengua castellana
es claro segundo padre.

BERNARDA Los poetas se lo ruegan,
Garcilaso se lo pague
si corre entre sombras tantas
la clara fuente de Batres.
Más ¡pesia el bobazo y pesia
mil veces sus ignorantes
pesias! ¿Qué siente, qué pide?
¿Qué se lamenta? ¿Qué trae?
¿Roque colérico, y Roque
cuidadoso y vigilante?
Sin duda Roque ha salido
de Roque como de madre;
le han salteado la Loa
que contenía admirables
virtudes, altas grandezas,
heroicas, divinas partes,
del Rey y la Reina, lindas
excelentes novedades.
No lo habrán jamás oído
ni en soneto ni en romances
ni en comedias de otra pluma;
que es tan forzoso, es tan fácil
decir excelencias suyas
que aun yo sola, yo...

ISABEL No pases
de tu raya Bernardilla,
que estas veras no son lances
de Bernardas y Tribiños;
bien que airoso maridage
de la gracia, y siempre al tope
del gusto el mejor diamante.

Si se ha de alabar al Rey
si a la Reina ha de alabarse,
a cuyas excelsas glorias
aun la osadía es cobarde.

Aun todas las voces juntas
son cortas, yo he de alaballes
solamente.

BERNARDA Pues empiece
Vuesacé, vaya, desate
la lengua, que lo Isabel
hoy desagrado le vale.

ISABEL Generoso y gran Felipe
tu pluma sólo se alabe
a tu nombre, que a los siglos
nació tantas veces grande,
que después que en Real fatiga
las campañas y los mares
tu Real, tu ardiente desvelo
cuando la ofendida nave
de la cristiandad fluctúa
y a tan fieras tempestades
la gran Casa de Austria sólo
se opone; y en tanto fraude
de sacrílegas porfías,
tus armas, tus estandartes
tantos designios reciben,
tantas máquinas desacen,
tantas provincias defienden;
las breves horas vacantes
al largo oficio del Rey
sabio paseas; y afable
los campos de las historias,
que sin miedo, que sin arte
las altas reales orejas
osan poblar de verdades.
Y tú, más bella y gloriosa
Isabel, que en celestiales

perfecciones, todo, todo
es lo menos que se aplaude;
que en discreción y hermosura
y en espíritu, no cabe
 menos en ellas, que un fénix
ni menos en el que un ángel.
Pues del Príncipe...

BERNARDA Detente.

Isabel, no te embaraces
 con el Príncipe, que yo
en dos chillidos brillantes
he de alabar cien mil veces
sus bellezas, sus donaires,
 sus glorias, sus esperanzas,
sus virtudes naturales
siendo la mayor de todas
(Oh Baltaser, Dios te guarde)
 el ser sol de tanto reino
a la sombra de tu Padre.

ISABEL Pues dejadme a mí la hermosa

tierna, soberana Infanta
Mariana Antonia, que al mayo
su más floridas beldades
 le quitó para el enero,
que naciendo a Manzanares
flor sola pueden con ellas
de esperanzas coronarse,
 con cetros las Monarquías
de todas las Magestades.
Las Damas que es tan divina
hermosa luciente parte
 de lo Real, y en quien vive
con aplausos tan iguales
la grandeza, la hermosura
y la autoridad que sabe
 en lo mayor de los Reyes
hacer los reyes más grandes.
Alábelas el respeto
que las conoce; y aguarden
 cerrados en sus templanzas
los generosos alcaldes
de su ley, de su fineza,
de su amor, infatigable
 cuanto merecen que diga
cuanto ellos mandan que calle,
pues hasta de nuestra voz

baratos siempre celantes
de su modestia nos piden
ya se escriba; ya se hable
el silencio como Loas:
y tan religiosa yace
esta heredad, que aun el noble
Comisario (esto es pasarme
al Corpus) el dueño digo,
dé a partos tan reales
por ser hechura del Conde
quiere que en olvido pase¹⁵⁴
su nombre cuando aun el sitio
nos le dice en tanto fraile.
Roque, ha menester más Loa,

BERNARDA Roque, hale asustado el baile.

M. Roque, manda que se empiece.

ISABEL Roque, gusta que se canse.

ROQUE Muchachas del alma mía,
socorro tan admirable
pues lo escrito en una hora
lo estudiáis en un instante.
El cielo que tanto puede
os lo agradezca en diamantes
os lo conceda en venturas
os lo perfeccione en paces,
os lo reconozca en gustos
y en enaguas os lo pague.
Las cuatro y yo; a cinco voces,
con modo y acción galante,
de lo que dice una copla
tocar a fuego es buen aire.
Fenezcamos el principio,

BERNARDA Alo tosido y el talante,
empiecen a mucha envidia
de el aplauso de las aves.

ROQUE Cuarto glorioso Felipe
terror muy presto de Marte.

ISABEL Quinta Isabel en Castilla
de lo más hermoso ultraje.

M. Unidas felices almas
siempre en amor tan iguales.

BERNARDA Que os deben, los matrimonios
la ya novedad de amantes,

TE. Viváis siglos infinitos
reinéis inmensas edades
amados; que del Imperio
es el muro más constante.

ROQUE Vuestros aciertos se admiren.

ISABEL Vuestras virtudes se ensalcen.

M. Vuestros nombres se bendigan.

BERNARDA Vuestras acciones se aclamen.

TE. Seáis como el sol alegres.

ROQUE Seáis como sois amables.

ISABEL Como el cielo generosos.

M. Como el día liberables.

BERNARDA Como el Fénix vividores
y él renazca menos tarde.

ROQUE Y lo más temprano sea
ser como la alma inmortales.

Loa para las damas de Palacio

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 75 v.º Loa 8.)

Entre HOMBRE y MUJER y ella le heche fuera.

MUJER Vaya, salga y no porfíe.

HOMBRE Tente serafín, ¿qué intentas?,
¿con esta espada de nieve
de tus blancas manos bellas
hecharme del Paraíso?

MUJER¿Escriptura? Vaya, fuera,
señor Adán, que es vedado
todo el fruto de esta huerta;
no ha de entrar hombre ninguno
que estas Damas se festejan
a sí propias; y a grandeza
pretenden sólo a sí mismas.
Que el discreto mayorazgo
de esta apacible comedia
deshereda a los varones,
y llama solo a las hembras.

HOMBRE Qué ley tan mal entendida,
¿es por ventura esta fiesta,
república de amazonas
que excluyen los hombres della?
Hombres y mujeres juntos
siempre ha sido hermosa fiesta
del gusto, y primera gala
que inventó naturaleza.
¿Qué preceptos ignorantes
apeló de esta sentencia

al tribunal del buen gusto?

MUJER ¿Y es con las mil y quinientas
voces que despide en vano?
Los hombres todos se vuelvan
que aun a la esperanza viven
muy cerradas estas puertas.

HOMBRE ¡Oh, qué enfadoso melindre!

[...]

Si es la comedia decente
todo el mundo puede verla;
si es indigna, para nadie
se debe hacer la comedia.

Si es virtud, ¿por qué la esconden?
si no es lícita, no deja
por secreta de ser culpa
y culpa no la hay secreta.

¿Qué importa que las farsantes
deidades humanas sean
y en transparente hermosura
brincos de nieve y de perlas,
si en tan decente ejercicio
aun los Reyes no desdeñan
noble aplauso, fama ilustre
voz gallarda y vista honesta?

Del Príncipe y las Infantas
vimos una farsa en Lerma
y en Aranjuez la esperamos
de las Damas y la Reina.

Y no de los hombres huyen
quedando heroica y perfecta
la honestidad en su templo
y en su trono la grandeza.

Que la majestad festiva
entre cordura y decencia
no profana, sino ilustra
su decoro y su grandeza.

En ser vista la hermosura
se pierde, si el necio en verla
se lleva su atrevimiento
y ella consigo se queda.

MUJER El ejemplo es muy bastante
mas la religión severa
de Palacio, sólo admite
galanterías modestas.

Y no aquí, donde hay un padre
que sombras escrupulea,
capuchino de los celos
que es religión más estrecha.

Que del aire se recata
y aun cuida si el sol pasea
tierno ruiseñor que mudo
sufre, siente, mira y vuela.

Que imagina que en los ojos
la garza hermosa le llevan
desvanecidos neblíes
que hacen punta en las estrellas.

Que se cansa, y justamente,
de los mocitos que llevan
en un azul laberintos
encantada la cabeza.

Y no quiere que censuren
ni que se agrade si aquella
es fría, o es donairoso,
si una es linda y otra fea.

Quien sale bien aliñada,
quien de buen aire se precia,
quien más ajusta el cabello
al precepto de las trenzas.

Que desto saben costumbres
más que las damas, que afrenta
tiranizar los galanes
el cuidado a las doncellas;

que ha decir yo lo que él dice,
de estos mancebos dijera
lastimosas sinfonías
vil costumbre y gran flaqueza.

Que desmintiendo el ser hombres
a ser mujeres navegan
un golfo de lechuguillas
en hondas de sus guedejas.

inútiles a las almas
ignorantes a las letras,
peto de lana en la paz
en vez de acero en la guerra.

Que si volviesen los moros
sacar a campaña es fuerza
en vez de lanzas y adargas
los moldes y bigoterías.

Y en fin, este santo padre
por ahora no dispensa
con los hombres, que son gente
sin respeto y sin modestia.

HOMBRE Señora, menos injurias,
yo no quiero entrar a verla,
yo me rindo, yo perdono,
la farsa, mas no la ofensa.

Mas sepa ese padre santo,
y el padre más santo sepa,
que a descorteses deseos
no bastan cerradas puertas.

En el más seno escondido
buscan la beldad; mas ella
retirada en su cordura,
vanos cuidados desprecia;
entre las nubes peligra
si es fácil, una belleza;
si es noble, segura vive
en las campañas de César;

ha de ser con gran templanza
las celantes diligencias,
que cuidadosas son locas
y descuidadas son necias.

El recato y el recelo
ha de ser mina secreta,
ni ocasión con gran cuidado
ni con descuido licencia.

Lo celoso es una parte
que es locura estar sin ella
y es mucha mayor locura
si la descubre y la muestra.

Quisiera estalle mirando
para decille, en qué piensa,
Señor mártir de sí mismo
Señor Padre fray sospecha.

Esa hija o esa hermana,
o esa mujer no la tema,
no la mate, no la cele,
que ella se guarda a sí mesma.

Que el mancebito la mira,
¿qué importa?, si ella se queda
contigo y el otro necio
se queda, necio y sin ella.

Piensa que no son los celos
enfermedad, ¿no lo acierta
que es modorra que a los viejos
se les sube a la cabeza?

No viva tan receloso
pues aunque discreta sea
en fin la desconfianza
siendo mucha no es discreta.

Si con templanza se tiene
es honra, entendida y cuerda,

mas llegando a demasía
ni es honradía, ni es discreta.

Es de algún vidrio tan fácil
que con murallas se quiebra
la mujer; que aun esto sufren
los cristales de Venecia.

La propiedad de la gala
es bien que los celos tengan,
que esté puesta con cuidado
sin parecer que se lleva.

Y a la calidad también
quiero yo que se parezcan,
que el tenella es noble cosa
y hablar en ella es bajeza.

Y los celos son, en fin,
una incurable dolencia
y modorra que a los viejos
se les sube a la cabeza.

MUJER Todas son bachillerías,
yo me atengo a su prudencia,
que no prevenciones sabias
son prolijidades necias.

Porque ha de entrar un mocito,
aunque Lanzarote sea,
y sin venir de Bretaña
donde damas le entretengan.

¿En qué provincia del mundo
a los galanes festejan
las damas, con tanta injuria
del recato y la belleza?

Festejen a las mujeres
los hombres en esas fiestas
en donde toman las burlas
el buen aire de las veras.

Pongan el rejón, y el bruto
deje en herida soberbia
otro Jarama de sangre,
en el asta y en la arena.

Y no estaremos notando
la ociosa vida que emplean,
cascabeles de las calles
a la brida y la jineta.

Los hombres parezcan hombres.
que en San Pedro de Cardeña
yacen los Cides de España
y en la Corte los babiecas.

HOMBRE De descomuni3n ha sido
no menos esta sentencia:
yo me voy, y el auditorio
las plagas de Egipto sea.

Mozas que solo murmuren,
viejos que gruñan y duerman,
viejas que tosan y envidien
que no hay envidia sin viejas.

MUJER No lo espere, por su vida,
que el auditorio que espera
es todo ilustre y poblado
de hermosura y de nobleza.

Cort3s, discreto, apacible,
nuevo milagro que encierra
a la discreci3n hermosa
y a la hermosura discreta.

Y no tema que haya Loa
con ropa larga y no tema
que a nadie llamen Senado
como en las farsas plebeyas.

Ni que pidamos silencio,
ni hagamos m3s diligencias
que salir con las guitarras
y comenzar la comedia.

Loa

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
77 v.º Loa n.º 9.)

Salgan OSORIO y DIEGO DE ÁVILA.

OSORIO Digo que no vale, miente.

ÁVILA En no siendo cosa vuestra
no tiene saz3n ni gusto;

¡qué presunción, qué soberbia!

Yo os confieso, porque al fin
todo el mundo lo confiesa
que sois en aplauso y gracia
el Fénix de la comedia.

Pero sabed que las burlas
son un daño que deleita
y unas verdes golosinas
que agradan y no aprovechan.

Osorio, en la vida humana
sirven de fruta en la mesa
que es gusto, mas no sustento,
y son sabrosas, y enferman.

Las veras son las viandas
que todo el cuerpo alimentan
y aun al alma satisfacen.

OSORIO; Vive Dios!, que un auto empieza,

Dios mío, otra vez, Dios mío,
oh cuánto en sus cosas mismas
se deben todos los necios.
Pues consigo se contentan
si de las burlas se cansa
y si quiere estar de veras
métase a hidalgo acunado
o a portugués que en su tierra,
mesuramientos se crían
para todas las audiencias.

ÁVILA Cuerpo de Dios, si tres noches

de estudio y sueño me cuesta
dejadme decir la Loa
en que el autor representa,
su justo agradecimiento
y el amor con que desea
servir a esta ilustre villa
insigne.

OSORIO En armas y...

iba a decir, el buen Diego,
adelante.

ÁVILA No graceja

ahora Micer Palomo.
Vaya de Loa.

ÁVILA Así empieza
mi autor: oh noble, oh famoso,
ilustre Senado...

OSORIO Advierta
que ya se murió Senado;
y ni nave al puerto llega.
Ya se anegó; y Alejandro
se quedó borracho en Grecia;
ya pasó la aplicación
de la fortuna del César
y todas las novedades
vulgaronas y plebeyas.
Señor Narciso de miel
y señor niño de cera,
ángel de arroz con su cara
de azúcar y de canela.
¿Con Senado sale ahora?
Si yo Comisario fuera
sólo por decir Senado
quitara a su autor la fiesta.

ÁVILA Yo he de proseguir la Loa.

OSORIO ¿Qué dice, qué es una bestia?
Dígale a Pedro Cebrián,
que de prólogos y arengas
se excuse porque lo malo
ningún favor lo remedia.
Que lo que importa es dos autos
de poca y mala conciencia,
quiero decir desalmados,
sin alma y sin gran cosecha
de Satanás, que ya cansa
el ver que cosa tan vieja
andar a Satán y el alma
que se convierte por fuerza,
verso abajo y verso arriba,
endiablando las orejas.
Que el gran Lope y Valdivieso
los harán por excelencia
y con ingenio divino
el doctor Mirademescua.
Los bailes de Benavente
y entremeses de quien sepa
que en los autos lucen más

carantoñas y agudezas.

Linda música; y vestidos
bien las figuras; y sean
las de los hombres gallardas
y hermosas las de las hembras.

ÁVILA Todo lo hará nuestro autor,
mas vive Dios que me pesa.

OSORIO De ser tan rubio.

(Sale ANA.)

ANA ¿Qué es esto?
¿Disgusto, enfado, pendencia?

ÁVILA Oh, quince veces hermosa,
Anica, en buena hora vengas,
a ser montante de flores
digo de rayos y estrellas.
¿A qué vienes?

ANA No a pedir
el silencio, no lo teman,
que no sigo del tablado
las vulgaridades necias;
que en efecto, aunque yo soy
tan desairada y tan fea,
mereceré cortesía
cuando favor no merezca.

OSORIO Desata esa hermosa boca,
empieza, y doite licencia
para decir auditorio.

ANA ¿Para mi también, hay flechas?
Rey del donaire por gracia
del señor Lope de Vega.

ÁVILA Vengóme.

ANA Para serviros
mis padres traer quisieron
la bella Mari Candado,
la gallarda Colmenera,
la famosa Isabel Ana
de Manzanares.

OSORIO Sirena,
por ser verdad lo perdono
y mal haya su modestia;
y ella no es linda; y no es linda
nuestra toledana bella.

ANA Con sombra de aquellos soles
y átomos de sus bellezas,
sino es todo tan lucido
en la compañía nuestra
en que allí también os sirven
nuestra envidia se consuela.
Porque nuestra voluntad
en vuestro valor apela
sólo a nuestras voluntades
que son las mil y quinientas.
Mis padres conmigo envían
a disculpar (qué vergüenza)
de su compañía tantas
pobres indignas flaquezas.
Y como es ya tan civil
y es rogar; parece afrenta
si bien a la gente ilustre
lucidamente se ruega.

OSORIO Pesie a tal, haz si lo dices
saladísima trigueña,
de cuya aspereza toma
el nombre Sierra Morena.
Con tal cohecho de tocas,
con este brindis de perlas
¿qué no alcanzarás muchacha
que angelizas los Villegas?

ÁVILA Vitor, Anica, cien veces,

que nunca; puede estar vieja
tan linda cara y agora
quien duda que honrada vuelvas.
Vamos a empezar fiados,
que hallarán en tal nobleza
tus palabras cortesía
y tu hermosura obediencia.

OSORIO Señores, una palabra
en secreto, no la entiendan
ninguno de los autores;
cualquier autor destos piensa
que es mejor su Compañía,
que son como la comedia
que ahora os representamos,
cada loco con su tema.
Si no fuere todo bueno
(que todo es bueno) en la muestra
hay expulsión; aunque en esto
doy contra mí la sentencia.

Loa

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
79 r. Loa n.º 10.)

A mí me toca y retoca
la Loa, que no a un seglar
que ego no soy lego, y luego
soy solo, en sol, fa, so, la.

Si es la fiesta eclesiástica
¿quién se me puede igualar
que soy de cualquier tribuna
no capón, sino capaz?

¿Quién me puede competir
en mi bemol, ni en mi fa;
que no es mi alférez en esto
ni el maestro Capitán?

La Loa me toca, digo,
que en los autos, pesie a tal
entremeses no en las loas

caduca lo sacristán.

Con cara de diablo y suya
bezón que la quiso hechar
me amenaza de bonete,
me guiña de Satanás.

Alega que es él más docto
en toda la ancianidad,
de ego sum; y a mica mea
vulgares gracejos ya.

Su mujer que si se enoja
es un bello Fierabrás
papagayo del donaire
como fénix del solaz.

Lograr quiso la villana
en quien a la envidia dan
muchas higas de azabache
sus extremos de coral.

La Micaela en almíbar
también intentó gastar
en mermelada de nieve
conceptos de mazapán.

La Candado Mariquita
en quien tan redicho está
ya lo mendrugo de perlas
ya lo andrajo de cristal.

Quisiera hogaño otra Loa
portuguesa; en que imitar
en ausencias de Aragón
saudades de Portugal.

Avendaño, mi compadre,
que para todo Satán,
tiene un tiplón que ser puede
clarín del juicio final.

También tuvo prevenida
su Loa Sacramental,
donde todo conceptazo
se lo come con su pan.

El Monterón y la ropa
que todos los años va
siendo un costoso precepto,
y abrigada novedad;

esta vez huérfanas quedan
que a la bolsa benial
de un autor, ya no son telas
sino guerras de Milán.

Todo compañero en suma
se ha querido encomendar
aquel que escondido tierno
dulce poeta mental.

Y no ha topado ninguno

de los que saben guisar
frescas burlas sin pimiento,
verdes chistes sin agraz.

Pero yo que soy en todo
peritísimo escolar,
tan bien hallado conmigo
que sólo en mí no hablo mal;
yo que en todo villancico
en cualquiera Navidad
hago gigote de un Gil,
y pepitoria de un Bras.

Suelto en repentina alegre
esta Loa; ¿quién vio tal,
que solo para las Loas
falta en Madrid novedad?

Atención, famosa Corte,
que para alabarte más
hasta Madrid, que en el mundo
es exceso celestial.

Después que volvió a Castilla
de gallardo catalán
el joven más peregrino,
el mancebo más real.

Después que pagando ausencias
alegre llegó a mirar
en la más alta hermosura
la más bella majestad.

Después que tan en volandas
a su ardiente caminar
toda legua catalana
legua de la legua es ya.

De cualquier jornada suya
se puede hacer sin pecar
un soneto; que en cualquiera
sus catorce leguas hay.

No hay mula que bien le quiera,
ni acémila otro que tal,
que solamente las bestias
le deben poca amistad.

Dígalo el postrero día
que Almadrones vio pasar
muchos siglos de jornada
en pocas horas de edad.

Pero si a ver a Isabel
venía, ¿qué brevedad
no es corta?, que hasta los brutos
quieren que la sepa amar.

Después que mejor esposo
y mejor padre a la par
de tanto mes en un día

les vengó la soledad.

Y después de que tan fino
amante supo juntar
a las dichas de marido
los méritos de galán.

Después que la airosa posta
pisó; y veneró el umbral
de la Virgen que a Madrid
es muro antiguo de paz.

Después que en tropel hermoso
la bellísima hermandad
no solo al viento dejaron
sino a todo el sol atrás.

Felipe y Carlos corriendo
juntos; carrera inmortal
prometen que por los siglos
topen con la eternidad.

Después, en fin, que a su centro
llegó, trató de hospedar
alto huésped, luz temprana
de toda la cristiandad.

Al Grande Glorioso huésped
se previno; voto a San...,
sin ser Mingo que a las Musas
he de dar lindo chis chas.

Ya hemos llegado al legado
seor auditorio, que afán
me cuesta, no sé por Cristo
cómo los he de encajar.

Oh buen Conde Mayordomo,
mi voz ayuda y dirá
milagros del hospedaje
y asombro de los demás.

Dispuesto el famoso albergue
luciente esfera, o solar
de aquel romano lucero
o florentina deidad.

Y altamente recibido
la nave surgió el fanal
en la insigne Barcelona
hermosa puerta del mar.

De uno en otro ilustre Conde
conducido con tan gran
aparato, en quien fue siempre
la grandeza natural.

Llegó al templo venerable
del Santo Doctor Abad
cuyos grandes hijos son
meninos del Escorial.

En nombre del mayor Rey

allí le fue a visitar
el famoso descendiente
del más Grande Capitán.

Luego el divino Fernando
tan Monseñor Cardenal
que si es soberana, él hace
gloriosa la dignidad.

Sobre tanta luz de Infante
brillan en su hermosa faz
las rojas señas de Pedro
en mañanas de San Juan.

Perla en venerada nácar
le solía yo llamar.

[...]

Después trasplantado al sitio
eminente sitial
donde le hizo reverencia
tanta la Paternidad.

Salió de su oriente hermoso
el sol de España a mostrar
que es hijo y luz de la Iglesia
y columna temporal.

Recibe el grande sobrino
de aquel padre universal
máximo en sabiduría
como urbano en santidad.

Al lado del Rey navega
de la calle de Alcalá
el oceano barbado
o piélago nacional.

El Ilustrísimo joven
con modestia magestad
si lo Príncipe conserva
más respeta lo Real.

Con manos que otro llamara
de candor; hechando va
bendiciones de marfil
entre piedades de azar.

Detrás Monseñor Panfilio.
con atenta autoridad
gozando entre dos Marqueses
lo Mendoza y lo Guzmán.

Hasta el templo de María
con aplauso general
llegan por golfos humanos
de plebeya tempestad.

Lo demás de este gran día
dígalo; que sí dirá,
cruda relación privada
de la vista corporal.

Que yo me paso al bautismo
contra quien por el tardar
hay hombre que en el consejo
querrá dar un memorial.

Esperado el gran Padrino
para sólo festejar
este día todo en uno
se juntó la Trinidad.

Del sumptuoso Palacio
en tan gran festividad
adornó sus corredores
todo el despojo oriental.

La grandeza de Castilla
igualó su antigüedad
la hermosura de Palacio
compitió lo celestial.

Sus Grandes llevan aquellos
trastos; que es todo el ajuar
de un cristiano; y aunque infante
le han de decir Majestad.

A la divina heredera
en sus nobles brazos trae
el más modesto valido
y el más digno de ser más.

La bellísima madrina
a quien veremos poblar
de Césares españoles
el Sacro Imperio Alemán.

Loa

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
81 r. Loa n.º 11.)

Helo de ver, vive Cristo,
y he de entrar, tudesco ingrato,
aunque fuera tu alabarda
el montante de San Pablo.

Aunque más órdenes haya
he de pasar de estos patios,

que he sido chisme en mi tierra
y puedo entrar en Palacio.

El día que se bautiza
la medio Princesa; el rasgo
de Isabel y de Felipe
y tan linda como entrambos.

¿Despejar de aquí a un sargento
que en Cádiz hizo a mochas
treinta empanadas inglesas
de trescientos luteranos?

Si don Fernando Girón
lo supiera..., pero callo,
que no es amigo el buen viejo
de fanfarrones soldados.

Al señor Conde de Orgaz
ville; gentil vista traigo;
mande entrar Vuseñoría
al sargento Antón Chaparro.

Entre muy en horabuena,
oh cortés Mayordomazo,
nieta de tantos Mayores,
pupilo de tantos Ayo.

Yo te vea tan valido
como fueron tus pasados
y tanto mandar te vea
como al Conde de los Arcos.

Qué bien dispuesto está todo,
él es famoso y bizarro,
Mayordomo, y muchos siglos
tanto sirva y mande tanto.

Ya va el acompañamiento;
los Alcaldes van pasando,
columnas de la justicia
y tiesos reyes de mármol.

Huesos frescos de estos
yo quisiera estar despacio,
para hablar en los Acroyes
que le soy aficionado.

Acroyes y Costilleros
se siguen lindos criados
que sin ser menester nunca
nunca es menester llamarlos.

Ya van los Gentiles hombres
de la Boca; ya los bravos
Mayordomos; ya los Grandes
y algunos dellos tamaños.

En seis estupendas fuentes
llevan seis Grandes los trastes
y ajuar que le dan en dote
el más plebeyo cristiano.

A la hermosísima niña
en vez de los nobles brazos
de un Conde, cuya modestia
es cerrojo de mis labios,

la lleva otro ilustre Conde,
en Conde tan aforrado,
que en la sangre y en la luna
es dos veces Conde Claros.

La airosa y linda muchacha
con el gracioso regaño
chispas hecha de cristal
entre las perlas del llanto.

El Aya ilustre y más cuerda
con qué amor la va mirando,
y en cada lágrima suya
es un susto cada paso.

Cual va la ilustre Madrina
pléguete Dios qué milagro.
De nieve que el sol con ella
es un pícaro mulato.

Oh venturosa Alemania
que los Imperios humanos
a su hermosura y grandeza
todos son premios baratos.

El generoso Padrino
más que sobrino, retrato
de su tío, y en virtudes
si no tan padre, tan santo.

Con qué respeto que ocupa,
aquel lado soberano,
tan cano, tanta prudencia
en pocos floridos años.

Más bendiciones recibe
que arroja; aunque un romano
con razón le admira España
con tanta gloria y aplauso.

De mar a mar han salido
las Damas, que va gallardo,
diluvio fue de hermosura
inundación fue de rayos.

Nunca vio Palacio, nunca
grandeza igual que pasmaron
los viejos acordadores
de los antiguos Palacios.

Las tapadas de la Villa
las alaban por lo bajo
y unas con risa las oyen
y otras las miran con asco.

Ya llegan a la Capilla
¿quién es el Cura? El bravato

Cardenal, Pastor segundo
de los rebaños del Tajo.

Siendo Zapata y Mendoza
el salero, es escusado
que si agüero en uno, en otro
son las sales mayorazgo.

A tardar más el Padrino
ya pudiera estar trocado
el Sacramento; y ser novia
la que es cristiana a pedazos.

A su aposento la vuelven
y de su Padre en el cuarto
Real aparato escucho
y es común el aparato.

¿Comedia tenemos?, lindo
y el siempre ilustre legado
en solio escondido acecha,
cielos y [...] humanos.

Qué airosas, qué lindas salen
las Damas, oh qué bizarros
bellos pavones divinos
sin flaca rueda de humanos.

La Magestad y grandeza
de este glorioso teatro
de que hay más Rey que el de España
o es envidia, o desengaño.

Otra fiesta se apercibe
al Monseñor huésped claro,
la Condesa que es en todo
mujer fuerte, o varón santo.

¿Qué es del grande Barbarini,
o dónde está retirado?
que traigo seis mil conceptos
que gastar en alaballo.

Qué mancebo tan prudente
que duda, amable que manso;
que sólo por su persona
ya son duda los aplausos.

Su virtud serena y pura
en el soberbio oceano,
de la dicha, no la turba
tanto lisonjero halago.

¿Qué es de Monseñor Panfilio,
que tengo aunque soy soldado
mi poquito de conversa
con el Bembo y con el Tasso?

Y por vida del Rey mío
que Dios guarde siglos largos
y a la Reina en quien el cielo
más larga mostró sus manos,

que si otra vez no aperciben
esta Loa más temprano
que la ha de escribir el Turco
y la ha de estudiar el diablo.

Loa de la Virgen

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
82 r. Loa n.º 12.)

Si la Loa es alabanza,
¿quién la merece mejor
que el Rosario, escala hermosa,
desde el hombre para Dios?

Va de Loa y sólo alabo
sólo a Vos, Virgen, que sois
puerta de nuestra divina
milagrosa redención.

Vos, cuyo Santo Rosario
es de tan alto valor
que Dios nada negar puede
como se pida por Vos.

Entre los nombres divinos
que os damos los hombres hay
Virgen Santa el del Rosal
se lleva a todos la flor.

En estas cuentas Dios mismo
toda su gracia sumó
que montar valen, y alcanzan
su poder y su perdón.

Aquella escala famosa
que llena de luz miró
el valiente, el perseguido,
el tierno amante Jacob.

Que bajaban y subían
vestidos de resplandor
ángeles que suspendieron
la vista, el alma y la voz.

Fue símbolo del Rosario
que por él baja el favor

de Dios al hombre y del hombre
a Dios sube la oración.

Hombres, oíd del Rosario
las excelencias, que yo
no puedo con ruda lengua
deciros cuán altas son.

De los naufragios del mundo
es tabla en que el pescador
toma puerto, y libre sale
del mar terrible y feroz.

En las tinieblas humanas
es luz clara y superior,
que al alma ciega encamina
a las regiones del sol.

En las guerras del demonio
es fuerte escudo y blasón
con que sale de tan grandes
enemigos, vencedor.

Del perdido caminante
en su mismo necio ardor
es gula, es salud, es norte
dentro de su corazón.

Quien de estas armas divinas
cuerpo y alma no adornó
soldado no ha de llamarse
de la milicia de Dios.

Y el pueblo que no celebra
con santa demostración,
con infinita alegría
aplauso, gusto y amor,
esta fiesta, qué mal cumple
con la heroica obligación
de cristiano agradecido,
de católico español.

Esta generosa Villa
de la encomienda mayor,
y la mayor en virtud,
en piedad y en devoción,
hoy hace famosas fiestas,
donde el ánimo y valor
de los dos nobles Alcaldes
resplandece con razón.

El Licenciado Martín
López, heroico varón
por sus letras y virtudes,
y Bartolomé Muñoz,
ilustre por su nobleza,
mostrando en esta ocasión
la grandeza de este puesto
y la gloria de los dos,

el Licenciado Fr. Juan
Mencá, discreto Prior
de esta Parroquia y famoso
en toda su religión.

Por su Cruz de Calatrava,
de quien el moro tembló,
al gran Patriarca Benito
tiene también por Patrón.

Que del divino Rosario
tan devoto se mostró
que fue de su Cofradía
el primero fundador.

Ilustre Villa de Agudo,
si el claro nombre que os doy
tuviera, y fuera mi pluma
española admiración,

en vuestra eterna alabanza
la ocupara, que es menor
que el mérito, porque en todo
grande, rica y noble sois.

Ea, famosos vasallos,
la vida, el alma, el honor
en que a la par de los siglos
crece nuestra devoción.

Haya fiestas, danzas, bailes,
con verdad y con primor,
y todo sea famoso
donde nace y muere el sol.

Y ahora, para empezar
la comedia, os pido yo
a todos que os guarde el cielo
favor, licencia y perdón.

Loa

Digo, jácara honesta

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º

83 r. Loa n.º 13.)

Sin licencia de lo rubio,
rayos desenvaina ardientes
en dos pistolas azules
una pólvora de nieve.

La rapaza que se huye
de la margen de su oriente,
tan madrugada en belleza
que el sueño en ella aún no duerme.

Pintarla, eso no; descansen
los jazmines y claveles,
y entre lo rojo y lo blanco
metan paz sus años verdes.

Rubiecita del Cielo,
niña del alma,
quépame una tuya,
pues, tienes tantas.

En la tempestad hermosa
de ojos mansos, boca y frente,
admiraciones y cruces,
Dios nos libre, y pocas veces.

En la condición florida,
apacible, dulce y breve,
es lo infinito, que engaña
lo menos que el ángel miente.

Mira de sierra nevada
en muchos Aranjueces,
altos y erizados riscos,
tantas flores como sierpes.

Si es la rubia del gusto
carnestolendas,
es de muchos blancos
ceniza negra.

Fuego va, que las arroja,
todo cristiano se queme;
las almas son luminarias
que a sus vitorias se encienden.

Sus bellos floridos años
elegir pueden Maestre
de Santiago, y cierra España,
aunque no son más de un trece.

Que entra ya en el catorceno
la hermosa enemiga, fiebre
de tanto enfermo; prevengan
miedos, y albricias las muertes.

Por edad, un soneto
tiene la niña
en catorce versos

de artillería.

Si galanteos de hogaño
son quínolas de repente,
ella, al descarte de todos,
juega, rifa, gana y vence.

Que toda bellaquería
vale, ninguno lo niegue;
bien se pican los tahures
que con lindas cartas pierden.

Haya trojes de peligros,
que ha de ser el año fértil.
a segar, a segar vida,
que están doradas las mieses.

Linos años, y frutos,
lleguen y cojan
flores coloradas,
mas flores todas.

Jácara para la comedia del Retiro, en la noche de San Juan de 1638

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
83 v.º Jácara n.º 1.)

Jacarilla, jacarilla,
airoso y verde solaz
de toda fiesta, el gran día
de la noche de San Juan.

El bravo festín me cuenta
que en galante y singular
en primor, y en gusto, fue
tan bueno el que fue Guzmán.

Si el Señor retiró a todos
hablaba con sequedad
ya es océano de auroras
y hasta el cielo surca el mar.

Qué hermosa luciente armada,
que en una y otra deidad
en el Lepanto de estrellas
es batalla celestial.

Ya va la Real de España,

tan Felipeña y Real
que en su presencia un estanque
desprecio de golfo es ya.

Como triunfante en la guerra,
segunda vez rimará
el más glorioso, empuñando
los laureles de la paz.

Qué bellísima entre todas
va Isabel, cuya beldad
la más hermosa es del mundo,
y aún le quedo a deber más.

Qué lindo, y mil veces lindo,
va el Señor Don Baltasar;
siglos son de perfecciones
los albores de su edad.

Qué bravas que van las Damas;
ay de todos cuantos hay
que en ser República libre
son Venecia de cristal.

En siempre altiva hermosura,
siempre flechado el matar;
sólo no pueden vencer
no estar bien hallado el mal.

Doncellitas que en altares
vuestra suerte examináis,
advertir que en cualquier nombre
ningún marido es galán.

Si el casarse es compañía
y el Bautista es soledad,
y esto envejece, no es buen
casamentero el Jordán.

San Pedro, sí que fue Cura;
si a sus barcos os fiáis,
ved, pues, que aun en la bacía
cabe mucha tempestad.

A las ventanas del Prado
baja, y sin Turco, la gran
armada, siendo en sus naves
el sol el menor fanal.

Qué de músicas y tonos
de Gabriel y el Capitán,
mas para toda garganta
es mi devoción Juan Blas.

Ya los cercan de la Villa
aquella tropa vulgar
en quien, domingo y día santo,
el coche es fiesta no más.

De caballeretes mozos
va el diluvio con su ajuar,
rocín, lacayo y broquel

y designio universal.

De mancebos temerarios
en más vino que agua va,
par de mozas, en quien brilla
bien guisado el tafetán.

Lleguen las cinco estaciones
de permisión conyugal
ángel trapo, y San Isidro,
Santiago el Verde y San Blas.

Los maridos de medio ojo,
que ningún día se dan
a partido, coche, ahora
son Phintos de par en par.

Ande la grita y pendencia
en el Prado, y pintará
el río después quien tenga
verde comisión de Adán.

Jacarilla, jacarilla,
juéguese un poco al parar,
y no digamos a todos
si a todos decimos ya.

Romance a modo de jácara

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
90 r. Romance n.º 119.)

De Thebas Príncipe ilustre
sabéis que nací; criado
para Rey, que es grande empeño
ser tanto y nacer a tanto.

En alta Real escuela,
sabiamente doctrinado,
Príncipe, seguí lo fuerte,
Rey, exercité lo sabio.

Altivo modestamente
y en la presunción templado,
fueron todas mis acciones
desempeños de mi mano.

Los riesgos a la lisonja

quité, siempre procurando
que fuese verdad segura
lo que mintiera el aplauso.

Que deben quedar los Reyes
superiormente enseñados,
porque las adulaciones
no se duelen de su engaño.

Entre el generoso estruendo
de las armas y caballos,
y entre ardientes competencias
de lo airoso y lo bizarro,

la dulce blanda armonía
de amor quiso dar asalto
al mal defendido muro
de lo tierno de los años.

De la gloriosa hermosura,
el bellísimo aparato,
tanto albor metido en flores,
tanta luz quejosa en rayos,
escuadrones de peligros
me ofreció, y en rostros varios,
cielos desatando penas,
mundos lloviendo milagros.

Es la hermosura una fuerza
sin violencia, un perdonado
dolor, un daño sin queja
que aun no cansa con lo ingrato.

Un bien sin paz, una ofensa
querida, un traidor agrado,
sin voluntad un imperio,
sin delitos un tirano.

Un infierno sin desdicha,
una gloria sin descanso,
sin enemigo una guerra
y una injuria sin agravio.

Desta, pues, Sirena oculta,
a cuyo imperio nevado
en abrasadas cenizas
pagara obediencia un mármol,
ya escuchaban mis sentidos
bellos traidores halagos,
y descogían mis ojos
rendidas señas de humanos.

Ya ponía mi descuido,
ya sufría mi cuidado
escrúpulos al deseo
y misterios al recato.

Ya era batalla y no vida
mi edad, y el florido mayo,
que fue selva de alegría,

ya era campaña de llanto.

Contra mis flaquezas, fuerte;
en mis fortalezas, flaco;
prisiones formó el discurso,
en vez de romper los lazos.

Mal guardada la clausura
rompiendo lo más sagrado,
toda el alma se atrevía
a la puerta de los labios.

En las campañas de Marte,
a guerra de amor tan blando
busqué mi paz, y hallé luego
selvas de Venus los campos.

Mi daño reconocido
retire la vista, dando
ley más estrecha a los ojos,
rienda más corta a los años.

Y sin fiar esta pena
más que a mi pecho, un anciano
estudioso, a quien se rinden
los secretos de los astros,

la penetró, y grave y triste
me dijo: Príncipe claro,
noble atención, y esperanza
del respeto de los hados;

esa noble gentileza,
ese espíritu gallardo,
ese peregrino ingenio,
esos pensamientos altos...

Todo espera a ser destrozo
de una hermosura, cual árbol
infelizmente florido
entre las iras de marzo.

Huyes de muchas bellezas,
y de una sola, engañado,
puede rendirte un cabello,
que a lo hermoso basta un rayo.

Serás el más desvalido
amante, el más agraviado,
que aun para desconfianzas
no costarás desengaños.

Al sacro Apolo consulta,
verás como desdeñado,
a sus finezas le sirves
del más galán desagravio.

Reposarán las desdichas;
a nadie andarán buscando
porque en ti, lo más perfecto,
descanse lo desdichado.

Dijo, turbóme, y al punto

su sentencia acreditaron
mis miedos, y apareciendo
amor, pues temieron tanto.

Consulté al divino Apolo,
que en semblante más airado
le dejó, a la primer nueva,
el crédito de ser daño.

Confírmola, respondiendo:
«A varias penas te aguardo
no pidas causa a desdichas;
a males no bastan sabios.

La verdad te predomina
tu valor, tu aliento y garbo
será de amor, y escarmiento
el más lastimoso estrago».

No examiné más el cielo,
creílo, y disimulando
este intento en ese leño,
bella lisonja del Austro.

Tierra inhabitada busco,
de sus montes ciudadano,
convecino de sus fieras
y huésped de sus peñascos.

Solo he de quedar en ellos,
sólo a la hermosura dando
la victoria, y no la guerra,
que pues huyo, no la canso.

Máteme un león sangriento,
a quien yo, arrogante y bravo,
vibre a traición el sañudo,
fiero, atrevido venablo.

Máteme quien yo quisiere
matar, y quien yo, inhumano,
agraviare, y con quien sea
traidor, lisonjero y falso.

No me mate una hermosura
a quien sufriendo, estimando,
cobarde, humilde y rendido
fino adore y quiera en vano.

No sea la fe delito,
no en rigores tan extraños
aún pueda para los tristes
haber males soberanos.

No canse con lo que adoro,
no pueda ofender amando,
no embarace cuando muero
no porfíe cuando callo.

No se queje la belleza,
no se agravie, que no es daño
quien halla sus escarmientos,

quien busca sus desengaños.

A mi Señora la Duquesa de Medina Sidonia doña Ana de Guzmán,
cumpliendo años, por julio de 1636

Romance en la misma manera

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
94 r. Romance n.º 121.)

Celestial Anarda, espera,
que con tus años me tomo,
y no es mucha valentía
el tomarse con tan pocos.

Perdone lo soberano
que hacia jácara me soplo;
campen lo bravo y lo lindo,
que son Guzmanes los ojos.

Hizo a veinte y seis de julio
lo hermoso todo su agosto,
y al cielo, para otro día,
nada le quedó de hermoso.

Cuna fue del sol el Betis,
y en oceanos, gloriosos
de grandeza y de hermosura,
entró en Sanlúcar el golfo.

Al nato de esta Doña Ana,
a racimos y a manojos
rebaño hicieron de flores
el Céfiro y el Favonio.

Guzmán y andaluz el cielo
en sólo una niña, y sólo
derramando en un sujeto
no fue Montalbán de todos.

No son años ni aun días,
Anarda hermosa,
los que siempre se quedan

en una aurora.

Tentaciones de pintura
me saltean con sobornos
de nieve ardida en centellas
de fuego, nevado en copos.

En negro hermoso cabello,
y en prisión de amor dichoso
doña Blanca está en Sidonia
y lució en niebla el sol todo.

En el cristal de sus dientes
se enamoran de sí propios
en dos labios dos narcisos,
rosados, pero no locos.

Tantas perlas en su boca
se quejan del sitio angosto,
pues como yo, estrechas viven
en la casa del Tesoro.

Bellezas y perfecciones
que en ella ignoran su coto,
para pasar de infinitas
se quedaron en su rostro.

En tus altas beldades,
Anarda linda
pare la alabanza,
corra la envidia.

Diamante al tope su ilustre,
claro, feliz matrimonio
cuanto más suyo más grande
cuanto más Guzmán más hondo.

Cómo brilla en las gloriosas
partes de su dueño; y cómo
crece a finezas la duda
en lo galán; y lo esposo.

La vara que fue en la Corte
festivo alguacil del ocio,
ya es bastón, o andaluz cetro
vinculado a tanto Alfonso.

Aquel puñal que luciente
con valor, y brazo heroico
la punta envainó en un hijo,
y en el cielo engastó el pomo.

Más rico mereció el puño;
sea en buen hora, aunque corto
vasallo el Betis de Plata,
sea el Indio esclavo de oro.

Segundo Rey le saludan
en distintos promontorios,
los muros primero en bronce
las ondas después en plomo.

Es en fe segura

más fino el amor
cuando el gusto tiene,
también la razón.

Destas más floridas ramas
el tierno verde pimpollo
que en bellas lucientes hojas
mentir no puede a su tronco.

Ya de siglos coronado
y triunfos le verán otros;
chirlo a la cresta del galo,
yugo al turbante del moro.

Al número de sus glorias
hojas dupliquen los olmos;
y para laureles suyos
desdénense más Apolos.

Toda la gran parentela
sin ser baile salga al corro;
que si a conceptos la llamo,
a veneración la nombro.

La bellísima Leónida
que en alto espíritu airoso
milagro excedido, es queja,
deidad no igualada, es poco.

La hermosura que hizo siempre
de la discreción divorcio,
en romería a su tiempo
pague el feudo, y cumple el voto.

Tierna tórtola impasible
a méritos de otro novio,
mayor beldad de la selva
y flor más bella del soto.

Lo entendido y lo hermoso
ya es uno todo,
que el ingenio en Leónida
también es bello.

Venga el lucero morado¹⁵⁵
que no puede a lo devoto
el Guzmán quedar en bueno
sin ser Licenciado rojo.

Colorada de vergüenza
la púrpura está en los hombros
de tantos, y sólo en él
perderá la grana el polvo.

Por tantas venas Reales
muestra bien los caudalosos
blasones que entran por ellas
en mares y no en arroyos.

Llegue si no el Conde Claros¹⁵⁶
el claro Marqués, adorno
blasón, y corona anciana

de sus años nunca mozos.

De su valor y gobierno
testigos son generosos
un Cambray, y mucha Holanda
de muralla en lienzos gordos.157

Y el bastón, que ya es tridente
gran Neptuno de aquel polo,
Marte del norte le aclama
en aplausos victoriosos.

A otros soles de Medina
descríbalos otro ocioso
con un dosel en Sevilla
y en Berganza con un trono.

Vivan todas las ramas
que en Guzmán se ven
que una oliva del tronco,
ya pasó a laurel.

Al asunto de quejarse las mondongas de Palacio que se lo llamen
siendo criadas de las Damas

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
96 r. Romance n.º 122.)

A dos dueñas de retrete
que en Palacio no hay más dueña,
antianoche se quejaban
de honor ciento y tres doncellas.

Son aquellas Mauregatal
y todas nobles sirvientas
de las Damas; y en lo lindas
luces capones de estrellas.

Si cuando el sarnoso paje
que en hora y camisa negra
se atrevió a rizar a un tiempo

los nombres y las guedejas,
osó llamarnos mondongas
galanes verdes hubiera;
hasta la color pajiza
fuera venganza bermeja.

Quitaran a sus caballos
las pajas; y las pajuelas
su ejercicio; y a los libros
las páginas letra a letra.

Al paje no le dejaron
ni un pájaro en su arboleda,
y aun necedades más finas
rebosaron tantas selvas.

Después que el vano escudero
pajes quiso, cuya fuerza
fue su cabello; Sansones
de picardías tan crespas.

Riesgo tuvo de perderse,
aquella semilla vieja
que en la casa de Velasco
lo deudo pasó a ser deuda.

Oh antaños, que de Amadises
rocinaban nuestras vegas
cuando pendían los siglos
de los lazos de una Cerda.

Oh Príncipes, oh Duquesas
del Prado y de la comedia,
y sólo en las monterías
Marqueses de la floresta.

¿Qué se han hecho? ¿Dónde yacen
los don Pachecos de Grecia,
los don Floriseles de Híjar,
los don Tebes de Niquea?

¿Habiendo tanto y tan fino
caballero, las Princesas
medianas gimen, y el mundo
a fuego y paje no tiembla?

Nombre indecente a quien sirve
a deidades tan supremas
que la adoración se atreve,
sólo a servir las de ofensa.

Si de servir al valido
formó Castilla excelencias;
lo más valido es las Damas,
y es servillas más grandeza.

Pues las Damas son más Damas
en más alta hermosa Reina;
por línea recta de ama
sus criadas también son bellas.

Y más quien tanto las sirve

que en facciones tan diversas
el negro de ser don Jaime,
non face tantas haciendas.

Todas hemos preguntado
a mi Sora la Condesa
de Paredes, que en noticias
la ruegan las etiquetas.

Quien nos dio el baldón, y dice,
que si Dios no lo remedia
el Conde de la Monclova
no en su semana lo acierta.

Que el pleitecillo tiene uñas
y aun callos; aunque en diez cenas
y cien bureos ofrece
digerir bien la materia.

Pero al laurel de una oliva
Palmerín que nos defienda
debemos y a tan gran sombra
vencer es palma pequeña.

Mas ser criadas de las Damas
es tan gloriosa defensa
que son ya sus presunciones
los desiertos de la queja.

Al trium bellaco de Antonios
retarnos; trinca Lernea
de la copia; y tres de un cuello
sierpecitas sin cabeza.

Mendoza el pulido lego
que el Cid, sólo en su Babiaca
piensa que es su igual fidalgo
dichoso el Cid, si él lo piensa.

Don Solís, del chiste ardiente
Garcilaso de Oropesa,
y ya Lope de flechilla
si es que hay Filis extremeñas.

El cuello erguido hermitaño
de tal descuelo, y soberbia
que para lucir el mundo
junto al sol buscó una cueva.

Salgan los tres en campaña
que mi cuerda, no la izquierda
Saldrá con un palmo menos
de consonante y de lengua.

A dalles en caperuza
los llamo; que yo a esta empresa
quise meterme de gorra
con ser de Casa Montera.

Pero si maldita fuera
mi troba entre los poetas
mi pluma sea bendita

entre todos los Contreras.

Romance como se sigue

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 98 r. Romance n.º 123.)

Cien mil veces dueño mío
y mil veces más mi bien,
¿luego sufriera el lenguaje
la prosita de un papel?

¿Qué novicio capuchino
más mesurado se ve
que un billetejo, tan vano
que al sol llamara merced?

Oh que gran persona el tú,
un mundo sabrá vencer
su animosa cortesía
más que el mismo Hernán Cortés.

Discreción billeteada
donde en necia pulidez
vive cautivo el sentir
muere encantado el querer.

Vuélvome a mi copla; y vuelvo
al mi bien; niña, otra vez;
dulce clarín del amor,
que es bien que suena más bien.

Hermosísima Narcisa,
en cuya belleza es
mucha deidad, cuanto ignoro
mucho cielo, cuanto sé.

Bellos enojos descojo
tu bellísima esquivez
que a cantaros de rigor
lleve lanzas el desdén.

De balandranes de almíbar
para pasarme valdré
de tu aceda condición
esos páramos de hiel.

Vengarme quiero de tanto

seco retruécano en quien,
frías dulzuras se escriben
en carámbanos de miel.

Vengan requiebros, ternezas,
cariños, rebélese
en lo tierno de mi voz
todo el vulgo portugués.

Mi alma; y ya que no mía,
yo tan tuyo, que a tener
mil vidas, ninguna hubiera
de los lazos de esta ley.

En secreto en mi romance
te desembozo desde él
negro rasgo del cabello
al blanco punto del pie...

A toda bellaquería
(quínolas juego) a perder,
lo más perdido; sin más
desquite que un morir bel.

Mi vida no hay resistencia
perdone ese cuerpo que
de almas se nevó; dichoso
el que granizare en él.

Serafín de ricos negros
que porque en duda no esté
lo celestial, el ser ángel
todo queda en lo mujer.

Descubrirte y no pintarte
intento; sin querer ver
deslucir tantos extremos
en la ofensa de un pincel.

Quiero empezar por tus manos;
bien quiero; mas no podré
que tiemblo aun no licenciado,
hallelo tan bachiller.

Con ellas aun doña Blanca
envidias gime de pez
y más negras yo las gimo
de quien digo; y no de qué.

Vaya del crespo al puliente
zapato que quiso ser
átomo de cordobán
y suspiro de ámbar fue.

Frente y cejas no es porfía
de azabache y nieve, pues
nunca para otra hermosura
se conformaron tan bien.

Y vos, bellísimos ojos,
que en mesurada altivez
garnacha del sol vestida

miraréis con ceño al Rey.

Dejad llamaros dos tues
aunque tan graves estéis,
que a chumacero de rayos
será de amor gran laurel.

Escuadrón de picas negras
un amigo al norte haced
que le vencerán pestañas
si garbo hubiere holandés.

Oh nariz de tanto gesto
pelinegro siempre infiel
y ya tregua cristalina
de los campos de la tez.

Cuyas mejillas más bellas
visten que yo lo miré,
para ser más lindas hoy
el traje mismo de ayer.

Guerra de toda hermosura
boqui aurora, si queréis
dar paz al mundo, aun el cielo
se holgara de ser francés.

Oh glorioso el gentil hombre
de tal boca; y ¿quién beber
sus alientos puede?, oh necio
si a más tragos no hay más sed.

No con tan puros albores
sabe alegre amanecer
el primero hermoso día
de el galán florido mes.

Suplico a los bellos labios
que un año, un siglo me den
licencia de estarme aquí
que después aun no me iré.

Qué cosa para los perros,
mastines de rosicler,
que el hato de perlas guardan
sin pastor, mas no sin red.

Amor jura por tu barba
niña cuando quiere hacer
mayor estrago; ay, mi vida,
muera yo en ella y por él.

Garganta hermosa, de vuestras
tentaciones me tened,
que tropiezo ya en despeños
o caiga en ellos después.

Qué puro hermoso testigo
de misterios de alta prez
que muchas luces esconden
y a ninguna luz se ven.

Los adornos, las delicias,

las lindezas, no del buen
sino del mejor retiro
que su mismo Alcaide es él.

Mortificaciones bellas
ahora han de padecer,
brame el torillo, y a escarbos
rompa el cristal de sus pies.

Ese diamante de nieve
(tu cuerpo regístrese),
desde el fondo de jazmín
hasta el tope de clavel.

Aquel en pequeño sitio
oceano inmenso de
beldades tantas, surcado
y nunca de humano bajel.

Esfera jamás sabida
de astrólogo, esperancier,
aunque entre el padre león,
de estos animales Rey.

Cuánta maravilla encierra
aquel gran milagro, aquel
siempre oculto a la esperanza
y el más hermoso a la fe.

A mis imaginaciones
tributo les pague aunque
sin antojo original
fue concebido en Marqués.

Siendo a sus ojos lebrón
a su oreja soy lebrel
que ladro y muerdo al bello
crudo serafín montés.

Aquí de Dios, y aun del diablo,
que sólo por un amé;
tiembla tantico enemigo
todo entero un montañés.

Pero hay sueños desvelados
que el soñadito joyel
todo en humo se quedó,
todo en espuma se fue.

Oh bruto de mi deseo
y aun de mi juicio; que en vez
de pacer soles y estrellas
viento y sombras rumia el buey.

Oh siempre más bella, o siempre
más narcisa y más cruel,
que mi desesperación
ya caduca en tu niñez.

Vuélvome a mi pasto, y vuelvo
a pacer llanto, a pacer
sequedades, que conmigo

aun no es verde Aranjuez.

A mi cartuja me torno
y mi apetito doncel
en desiertos de la carne
será ermitaño también.

No está el convencido reo
ante el severo juez
ni el cautivo ante el rebenque
del fiero patrón de Argel,
 más humilde, más medroso
que yo ante Vuesamerced
turquillo hermoso de flores
en abril de Tremecén.

Calendarios me prevengan
que dos ayunos trairé,
virgen y mártir quedando
en fe, siempre y siempre en Fez.

Niña, deidad venerada,
del sentido más fiel
del cuidado más rendido,
del deseo más cortés.

El esclavillo se ahoga
a fondo se va el batel
que tibias calmas de amor
son tormentas de desdén.

No hay remedio, todo es daño,
todo es penar, y temer,
morid, Antonio, morid,
arded, carboncillo, arded.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
101 r. Romance n.º 131.)

Son las torres de Toray
calavera de unos muros
que el tiempo dejó en los huesos
en un castillo difunto.

Las dentelladas del año,

grande comedor de mundos,
le royeron sus almenas
le mordieron sus trabucos.

Donde admiraban sus torres
hoy amenazan sus bultos,
fue fábrica y es cadáver,
tuvo alcaídes, tiene buhos.

Sobre este alcázar en pena
un valuarte desnudo,
mortaja pide a la yerba,
y al cerro pide sepulcro.

Guadalán que los juanetes,
del pie del escollo duro,
sabe los puntos que calza,
dobla por él cada punto.

Este cementerio verde,
este monumento bruto,
me señalaron por cárcel,
yo le tomé por estudio.

Aquí en cátedra de muerto
aprendo con mi discurso
del Bachiller desengaño
contradictorio del gusto.

Yo que tenía mis ojos,
Floris divina, en los tuyos
estudiando eternidades
entre cielos y coluros.

Oliendo en tu boca perlas
y en tu aliento carabucos,
aprendiendo en tus claveles
a despreciar los carbuncos.

Con tono clamoreado
que la ausencia no compuso
lloré los versos siguientes
más revesados que cultos.

Las glorias de este mundo
llaman con luz,
para acabar con humo.

El Escarramán

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 122 v.º Romance.)

Ya está fuera de la trena
el tu airoso Escarramán,
el castellano Jaloque
que es andaluz vendaval.

Ya estoy metido en galeras
que no se puede fiar
nadie de amigo de pluma
y de vara, otro que tal.

Oye y pintarete, amiga,
los que en mi cuartel están,
pero no como yo quedo
por la deshonestidad.

Yace aquí por culpa ajena
como por propia bondad
un miserable, por sólo
que es su mujer liberal.

Un virgen del matrimonio,
digo un mártir del callar,
quiero decir un cornudo
en sentido liberal.

No está por gato Lanchares,
por oso, dicen que está
que del humor de sus manos
come bien, si vive mal.

Sacó sin ser eslabón
de una bolsa claridad
que la bolsa de un avaro
es el mismo pedernal.

Bolaños el de Toledo
por hombre de habilidad
por primavera del naípe
todo flor, y al fin de azar.

Liraneo que a un pasajero
cien granos le vio embolsar,
cabales se los pescó,
que es el hombre muy cabal.

De Canseco y de Polanco
me olvidaba, oh pesie a tal,
no con tan buenas dos lanzas
sirvió el español de Orán.

Hicieron este lionato

de una y otra libertad,
que se casaron tres veces,
no hizo el Cid hazaña igual.

Desengarzóse Montufa.
de la cadena Real
y fue de eslabón del Rey
de cuadrilleros carcax.

No la hermandad, aunque santa
quiero que me ande a buscar
que desde Caín y Abel
no estoy bien con la hermandad.

A que más que en todas partes
se conserva la amistad,
que el cómitre, y cierto moro
son amigos muy de atrás.

Más de un requiebro me han dicho
en este particular
mas por atrás lo rescrito
la espalda temo, y no más.

Aunque hay calabrés que mete
con arte bien liberal
a los bobos el dos bastos.
a los sufridos el as.

Más largos visten de talle
los jubones por acá
si el que toma todo el cuerpo
es jubón y no gabán.

Si de verme galeote
no estás satisfecha ya,
punto es menos de ahorcado,
de azotado punto más.

Llegué a Cádiz la cuaresma
y envié luego a visitar
por cumplir mis devociones
las huéspedas del carnal.

De la patrona de España
donde sin mi libertad
voy sirviendo de arriero
a la recua de la mar.

Al río Manzanares de Madrid

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 128 v.º Romance n.º 143.)

Este, que de mediquillo
tiene dos habilidades,
matar de sed a la arena,
sangrar de flores al margen.

Con sus arbolitos verdes
es galán disciplinante
que se desluce la gala
por la mengua de la sangre.

Tener tan honrada puente
un río tan miserable
es lo mismo que tener
cien reales de renta un grande.

Ahora bien, quiero lavar
y a este cuitado dejalle,
porque tomarse con niños
es de personas cobardes.

Madrigales

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 149 v.º Madrigales.)

I

Plumas calco de nieve,
hermosa planta breve
de altiva cazadora,
que en flecha voladora
del aire mismo fue terror ligero;

y no sé cuál primero
de toda vida consiguió despojos,
la blanca mano, si los negros ojos.

II

Otro

Tiende las redes, ola,
pescadora divina,
más sola en peregrina
que en la ribera sola.

Si el cebo son, tus ojos siempre bellos
saquear podrás la tierra, el mar con ellos;
tiende las redes, tiende, que bien puedes,
al aire, al cielo, dilatar las redes:

III

Otro

Tropezando en las guijas y en las flores
presuroso a morir, y no de amores,
alegre se despeña un arroyuelo;
oh glorioso desvelo,
de mi amor, que risueño y que festivo
en ti vendré a morir, cuando en ti vivo,
pero antes que de verte
moriré de la envidia de mi muerte.

IV

Otro

Pastorcilla severa
que volando ligera
huyes en vano, un pensamiento vano,
y pisando los vientos mas en vano,
dejas la misma sinrazón quejosa;
espera, ninfa hermosa,
que ni el favor te espera
ni el deseo te alcanza
y nada menos ya que mi esperanza.

V

Otro

Al aire tremolaba sus cabellos,
victoriosos del sol, Celaura un día,
y el que solo en envidia se encendía
para guerra de luz se armaban ellos.
Todo se abrasa en bellos,
todo en ellos ardía,
y a su frente no más, hermosa y breve
perdonaban los rayos a la nieve.

Madrigales

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 150 v.º Madrigales.)

¿Adónde vas huyendo presurosa
si de amada no puedes, ni de hermosa?,
si amores, si venganza a tus enojos
campañas de desdenes son tus ojos,
espera, tente, aguarda,
pastorcilla gallarda,
que la fuga te sobra si yo quedo
muerto una vez de amor, y otra de miedo.

¿Qué buscas por la margen floreciente
de esta risueña fuente
gala que en inmortal desasosiego
las ondas de cristal pagas con fuego?,
si buscas flores, en tus labios mira
verdad la presunción de una mentira,
el sol perdone al sol, que en ti le vemos
más luciendo que en rayos, en extremos;
si es a buscar ventura
escóndete primero, de tu hermosura.

Airosa Pastorcilla
que pisando la orilla
de Manzanares quedan sus arenas
para decirte, golfo de Sirenas
y con belleza tanta
las fábulas de abril crece tu planta,
y es un verde milagro cada estrella,
es un luciente sol cada centella,
todo no esté muriendo,
a las aguas les valga el ir huyendo.

Cantaba Silvia cuando Tirsi llora,
oh rigor lisonjero de pastora,
no saberse alegrar sino con penas,
y reírse de lágrimas ajenas;
Pastores que os avisa
que hay también basiliscos de la risa.

A un jabalí que mató la Señora Infanta doña María, Reina de Hungría,
con una escopeta

Silva

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 151 r. Silva.)

De los bosques blasón, y ya memoria
tu muerte fue, y en ella
a la mano más bella
pequeña adulación, fácil victoria,
y si tu alma es incapaz de gloria,
no tu fin, que a la misma hermosa mano
quita el poder, dejar igual ventura,
pues cuando su hermosura
privilegie en su imperio soberano
otro bruto, ya en plomo, ya en acero,
tuya es la gloria de morir primero,
tuya es la dicha de morir temprano.

Que ya no de alcanzallo te libraste,
y a muchos modos de morir negaste
tu vida; este dolor solo te quede;
mas con hurtarte puede
si aun dentro del morir la ambición lidia,
que solo tú no morirás de envidia.

A este riesgo tu muerte anticipaste,
todo en este peligro lo dejaste,
pero el respeto aun en sentir decente,
permite que se muestre solamente
la razón envidiosa
que una fiera es capaz de muerte hermosa
y hasta la misma envidia inhábil queda
de que envidiar se pueda
otra vez el principio, es tanta suerte
de tan alta esperanza de la muerte.

Y cuando, pues, la muerte hubiera osado
haber por su instrumento imaginado
el que solo recelo
que para suyo le presume el cielo,
que vive aquella mano reservada
a gloria merecida, aun no es pensada
que si el primer suceso no la hallara
quien deuda tan feliz se imaginara.

Partido el corazón a nieve y fuego
puedes pues del morir fineza tuya
que si a la mano suya
no pudiste ofrecer mil corazones

dos de uno solo hiciste,
y la gloria partiste
en dos; que tanta dicha lisonjera
caber en uno solo no pudiera.
Y halló el ardiente rayo despedido
del cielo superior, del prevenido
corazón, ofreciendo a su hermosura
uno la vida, y otro la ventura:
La belleza engañó tus esperanzas
presumiendo tus bárbaros despojos;
que bala encaminada de sus ojos,
aunque en traje de herida,
habla de cambiar la muerte en vida,
y dos veces de bruto el nombre alcanzas
si ignoras que al servir inútil fueras
si a manos tuyas para ti murieras.

De lo que has merecido queda vano
permitido a lisonja de su mano:
sólo te infama que bastó el instinto,
a no ignorar querer morir primero
al hermoso apuntar del plomo fiero,
que ni a los brutos se negó licencia
de escoger tan gloriosa diferencia;
pero en esto mostraste entendimiento
que fuera desvarío
el vivir, ni el morir a tu albedrío.

Y que viva es en vano
el vivir ni el morir en otra mano,
que dé a su gusto la elección asida,
obediencias no más cuente la vida,
que a ser elección sólo, que viviera
aun blasonara de razón la fiera.

Crezca el rigor, en desatento el modo
a no merecer muerte viva todo,
culpe tu intento, culpa mi ignorancia
entendido animal, que en su arrogancia
victorias de la mano a la hermosura;
cuéntese por destreza
que en mirar se ocupe su belleza,
a todos te prefieres en la dicha
de haber ya muerto, y te prefieren ellos
porque soberbio del dolor no quedes
en que pueden morir y tú no puedes.

Por inscripción se ponga
por inscripción se lea,
aquí yace una fiera venturosa
que mereció la suerte más hermosa,
que ocupó su ventura
su cuidado primero a la hermosura
y su pompa mayor a la grandeza

y debiendo atención a su belleza
decir merece en último trofeo
sólo mi muerte le costó un deseo.

A la Princesa nuestra Señora. 1641, agosto, 12

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
152 r. Romance n.º 158.)

Aldeana de Lueches
en todos trajes más linda
si te buscas lo más bello,
qué hallado que va en ti misma.

Por un mar de perfecciones
tempranamente infinitas
golfos de hermosuras huellas
desde la margen de niña.

A los bellísimos años
de Fileno y de Belisa
en más lucidos y hermosos
los copias en cualquier día.

Viva la gala, viva.

De la nueva labradora
a las luces de una aurora
y a las sombras de una oliva
viva la gala, viva.

De la estrella de Isabel
tierna hermana de un clavel
de albores siempre más bellos
que para corona de ellos
Felipe será el laurel.

Viva, viva, todo en él.

Las extranjeras coronas
a tus méritos rendidas
que ya te aplauden con gloria,

te porfíen con envidia.

Las gracias y las bellezas
en tus finezas floridas
vencen la razón humana
patria conocen divina.

Las dichas que vulgarmente
se niegan a merecidas
en tu nacer empezaron
a ser en todo más dichas.

Viva la gala, viva.

De la nueva labradora
a las luces de una aurora
y a la sombra de una oliva
viva la gala, viva.

De la estrella de Isabel
tierna hermana de un clavel
de árboles siempre más bellos
que para corona de ellos

Felipe será el laurel.
Viva, viva todo en él.

Endechas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
154 r. Endechas.)

Enamorado y triste
que basta enamorado,
que tanto sufre y llora
quien ama y quiere tanto.

De amores y de ausencias,
se queja Belisardo
con suspiros de fuego,
con palabras de llanto.

Bellísima Clavela
aurora de ojos claros,
cielo de estrellas puras
y sol de negros rayos.

Cuya beldad que pisa
términos soberanos

aun al cielo parece
que le costó milagro.

Qué rigores de estrellas
mis años obligaron
a que fuesen desdichas,
antes que fuesen años.

Pues de tus bellos ojos
me tienen desterrado
donde es morir lo menos
y aun es lo más que aguardo.

Obligaciones grandes
son de la alma embarazo
y con nombre de dichas
de la alma son agravio.

Qué importan las venturas
y los lugares altos
si puede haber dichosos
de la alma desdichados.

Temporales fortunas
don su mentido aplauso
parecen gusto; siendo
un lisonjero engaño.

Vida llamarse puede
estar ausente amando,
mas vivir no se llame
la soledad que paso.

Oh patria del contento,
oh centro del descanso,
¿dónde estáis, que perdido
os busco y nunca os hallo?

Quién viviera contento,
quién libre y descansado,
donde en traje de alivios
se visten los trabajos.

Qué falso vive el mundo
con los bien ocupados
siempre atados y atentos
haces pechos humanos.

Prosperidad sin gusto
yo desdicha la llamo,
que son los peores males
venturas que hacen daño.

Pastorcillo que vives
alegre, despreciando
injurias del invierno
desdenes del verano.

Si gozas de quien amas
los rústicos abrazos
deme tu dicha; y tome
mi suerte y mis cuidados.

Divertirme procuro
y en más tristezas paso
en número de penas
las flores de los prados.

No los campos floridos
me alegran, que es en vano
si está marchito el gusto
buscar floridos campos.

Dulce Clavela mía
qué poderosos lazos
de sangre me trujeron
a morir tan despacio.

Yo triste no esperaba
del tiempo afortunado
ventajas que tan presto
llegan a desengaño.

Que el cielo dar no puede
más bienes con su mano
que morir en tus ojos,
que vivir en tus brazos.

Endechas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
155 r. Endechas.)

Oh qué bien parecen
unos ojos bellos,
más que por costumbre
por cuidado, tiernos.

Dulce demasía,
rigor lisonjero,
ver morir un ángel
ver penar un cielo.

¡Lágrimas hermosas
dichoso el que luego
las enjuga en paces,
las obliga en celos!

La verdad quejosa
.....

quien méritos pisa
que padezca en ellos.

Si en amor no vale
un amor eterno,
sí en tal hermosura
los errores mismos.

Pues en lo más fino
el amor ve menos,
en lo más hermoso
que sea más ciego.

Endechas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
156 v.º Endechas.)

Bien sé yo, zagala
de los ojos lindos,
cuán en la memoria
tenéis el olvido.

Por vos muero en vano
y no es sin alivio,
que si por vos muero
eso es lo que vivo.

Si mi amor os cansa
no hay en él castigo
hartos rayos vuestros
para afectos míos.

Rendimientos vanos
bien aborrecidos
llámense desdichas
Pero no delitos.

Jácara de don Antonio, mi Señor

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 164 v.º Jácara 4.ª)

Al rayo vaya en mal hora
quien dijere mal del mundo,
pícaro de gentil garbo
y socarrón de buen gusto.

Pródigo traje que agora
desde el zancajo al pechugo
ruega lo desembozado
cuanto informa lo desnudo.

Que era ver un pie de antaño
envainado en un pantuño
apostólico y no breve
hidalgo de muchos puntos.

Y que es ver un chapín fresco
más bajado que fue el Turco,
brújula que a los antojos
no sabe mentir los rumbos.

Agarrado a sus antaños
celebrelos un caduco,
en su amor de capa y gorra
hablar poco y querer mucho.

Mas allá de las arrugas
el varón menos seguro
amaba y jamás su dama
la margen pisó del susto.

Yo gano, qué linda enmienda,
el galán de menos bulto
abriga cuatro en el seno
y dos abarca en el puño.

De ver hilar a Jimena
se enamoraba Bermudo,
mas, ay amor, él se vaya
a la rueca, y vos al uso.

Yo que a los finos ayeres
resucitallos procuro
restituyendo a los ojos
el ver ciegos y hablar mudos.

Tan barato fui de vista
que un tiempo miré lo rubio,
crecido error de lo necio,
menguado aplauso del vulgo.

También a lo peregrino
le di con el abrenuncio

que al cabello carbonado,
¿quién le sufrirá los tufos?

Serafín peli-castaño
que ser pudo el potro rucio
más frenado, pero ser
menos domado no pudo.

A lo cerril y a lo crespo
de sus beldades me ajusto.
y al tropel de sus pies bellos
más bellos cuanto más suyos.

Hollado siempre de Anarda
y siempre desprecio suyo
no le quedo para ofensa
que lo guardo para triunfo.

Jácara

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
165 v.º Jácara 5.ª)

Allá va Mari Botijas
como fue Mari Picorra,
con su cara a bola vista
harta de correr la bola.

Allá va por ese mundo
dando las señas de hermosa
a un madrugón junto a la alba
por venir con el aurora.

Como Blas de la cabaña
deja la aldea y la choza,
que no se duerme en las pajas
si él aprieta y ella afloja.

Ya sus costumbres y gracias
bosquejo en lejos y en sombras,
que a cuajar sus obras bobas
llenara el pueblo de copias.

Ya sale al uso prendida
tocada más que chacona,
con sus años veinte a cuestras
que no pesan media arroba.

Con su par de ojos bandidos
y su pedidora boca
que a puras indulgencias
la nariz le vuelve roma.

En fin, él palmillo al uso
y lo demás como topa,
aposta se entró en la villa
salióse en la villa aposta.

Y en pocos días perdidos
y logradas muchas horas
por estudio de una suegra
le dieron plaza de oidora.

Ya su vida en la privanza
los negocios la alborotan
sin darle tal vez lugar
a que se quite la ropa.

El guardarla del nadar
la gala dicen que es sola,
mas esta urraca del diablo
esconde hasta las personas.

Mientras la niña hace gente
la madre sirve de escoba,
haciendo campo de gente
de galanes en su alcoba.

Subió, pues, como la espuma
y cayó como la concha,
llena de perlas en leche
que suelen volverse gomas.

De estas tuvo y no lo niega
y siendo suyas las compra
en cuarto que de pasados
el sello común se borra.

Mas ya un genovés a cambio
toma una partida ahora;
él engomará su frente,
ella aflojará su bolsa.

Y si sus libranzas paga
el libro de caja rompa,
para qué ha menester libro,
sino talegos y coplas.

Si quiere apuntar el gasto
éste sea al pie de la obra,
y verá cuántos y cuántos
cubren la niña de sombra.

No se fíe el más astuto
en la posesión que goza,
escarmiente en el pesar
quien de querida blasona.

Mas ya por haberlo hecho
aquesta vez a su solas

un cofrade alerta suegras
que hay en la villa corozas.

Mas la mitra importa poco,
porque a Julia recongoja
de que Fileno se vaya
el mantenedor con mosca.

Cerca de ser perro muerto
la que siempre engañó bobas
el testamento en la uña
el consejo le da hora.

Y de esta suerte le dijo
hechando la voz por ronca,
después de haberse enjuagado
con un cuartillo de aloja.

Yo también, humana barca,
he hecho mis cabriolas
y cincuenta años escasos
he andado por la maroma.

Y si tú te determinas,
Marica a ser pecadora,
el ser linda y la ocasión
antes que se pase goza.

Porque hermosura al quitar
y galanes que socorran,
en los tiempos que alcanzamos
las más veces se malogran.

En picando el pez no sueltes,
ni la caña tengas floja,
hasta que chupen la caña
el hueso deja que roan.

A estudiantes y a soldados
haz siempre la vista gorda
y con hijos de vecinos
sé cuervo si eres paloma.

Si acaso para el regalo
vinieren frailes, no importa
que en todo son muy cumplidos
y sin cansarse negocian.

Y si el trato se picare,
niña aprovecha las horas
y no te piques con nadie
que eso es bueno para bobas.

Y pues es fuerza que toque
tu bajel en tantas costas,
aprende de todas lenguas,
chuparás de todas bolsas.

No te contentes con uno
porque en los tiempos de agora
si no hay galán de remudo
menos ganarás que comas.

A mercaderes no fíes
ni a hombre humano jamás cosa
porque pecados fiados
en la otra vida se cobran.

Con señores tente en buenas
guarda el bulto no te cojan
y en viendo su cruz sé el diablo
y si cayeres sé esponja.

Y si asistir a uno piensas
con la cama y tu persona
sea un ministro y será
par de la mesa redonda.

Pues hoy los trances se tienen
por gala y por cosa de honra
y unas poquitas de bubas
al cabo del año engordan.

A los lindos jamás mires
y pues eres tú la aurora
estímate, que este año
hay grande falta de moras.

Más te dijera, Marica,
mas me aprieta el alma agora
y si vivo yo te ofrezco
de recorrer mi memoria.

Octava. En verso de arte mayor

Cantemos, oh Musa, en verso elocuente
la faz siempre hermosa de aquella ofendida,
que a no ser de todos gentil damicida
más de una vez le dijera que miente;
fermosa señora, mi pena lo siente
mas como lo dice tan bella otra dama
quiero callarlo, y contarle en mi cama
al Conde y Reconde del gran Benavente.

Otra octava

Este cuyos leones coronados
al Godo y Alemán por centro eligen,
que del noble homenaje de habiados
apuesta con el sol su claro origen.
El Nuño de Guzmán, a quien los hados
privilegio tan alto le dirigen
que el que es bueno es Guzmán desde la cuna
y el mejor se fabrica en su fortuna.

A algunos varones ilustres y ricos hombres del linaje del autor; que las
escribió para ponerlas con sus retratos en la casa, de saludo

Octavas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 162 r.
Octavas.)

I

Aquel en tierna edad joven ardiente,
Fortún Ortiz de Zárate se llama
de la casa de Ayala descendiente,
del tronco de Salcedo heroica rama,
cuyo antiguo solar, cuna eminente
Castilla ilustra, y Aragón aclama
en su Infante don Bela, y lo pregona
de Horueña y Salcedo la corona.

II

Este a los ricoshombres castellanos
(según los representan sus historias)
el más bajo principio; a cuyas manos
ceden los triunfos, menguan las victorias,
es Rodrigo, a quien deben soberanos
los Álvarez de Austrias tantas glorias.
Horueña la adopción, que airosa brilla
en el segundo Enrique de Castilla.

III

Aquel que armado de valor temprano
tanto bárbaro trace tiene a raya
es don Sancho García de Zurbano
nieta del Haro insigne de Vizcaya,
este que altiva la sangrienta mano
entre una y otra muerte no desmaya

.....
.....

La casa de Salcedo la fundó el Conde don Rubio, hijo de don Rubio Álvarez de Asturias, y marido de la Infanta Cecilia de León; véase a Gracia Dei, y a los de más coronistas castellanos.

El Conde don Pedro dice que éste de los Álvarez de Asturias era el más antiguo solar de España, y don Rodrigo Álvarez, último señor de este linaje, adoptó por hijo en ella al Conde don Enrique, en tiempo del Rey don Alonso el onceno su padre, y él cuando llegó a ser Rey, volvió a adoptar en el nombre y estado de Horueña, al Conde don Alonso de Gijón su hijo, de quien descienden en Portugal los Marqueses de Villarreal, Duques de Camiña.

Un hijo del Señor de Vizcaya pobló en Zurbano, de donde tomó el nombre como lo refieren aquellas historias, y traen las mismas armas que los Haros y las propias del Señorío de Vizcaya, que son los dos lobos negros. Léase Argote de Molina en el origen de las coplas castellanas en que cita los cantares navarros, en alabanza de la casa de Larea por esta victoria de los franceses:

Es Joanes de la Rea el que bizarro
fue al orgullo francés; Marte Navarro.

IV

Aquel de aspecto grave y Real decoro
que es de sus armas la luciente seña
la roja banda perfilada de oro,
de Mendoza el blasón al campo enseña.
Cuyo gran descendiente hollando al moro
la católica injuria desempeña,
desagraviando en tan glorioso día
el clarísimo nombre de María.

Algunas historias castellanas, quieren, por la divisa de la banda, que la casa de Mendoza descienda de sus jueces y del Conde Fernán González; pero de los autores de más crédito consta, que es la baronía legítima de los primeros señores de Vizcaya, cosa que no recibe ninguna duda. Los Guzmanes, unos quieren que descendan de los godos y del Rey don Ramiro de León; otros de Guadamán, ilustre alemán, que quiere decir bueno. Aunque este renombre se dio para él y sus sucesores al gran don Alonso por el Rey don Sancho el Bravo por la hazaña de Tarifa, y en los Señores de Toral, que son la cabeza de este linaje, lo más antiguo es el castillo de Abiados.

Madrigales

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 166 v.º Madrigales.)

Recoje ya tus ojos un instante

que el prado, el monte, el viento en fuego amante
todo se mira ardiendo
a las aguas les valga el ir huyendo.

Tu hermosura gentil, tus bellos años,
bellísimos ajenos desengaños
fierezas son de amor en beldad tanta,
que a tu mano, a tu vista, y a tu planta
todo se ve muriendo,
a las aguas les valga el ir huyendo.

Qué hará una alma que vive solamente
en la misma razón de lo que siente,
si a duras leyes de tu imperio blando
ni aun sagrado halla el pájaro volando,
ni la fiera corriendo
ni a las aguas les vale el ir huyendo.

De doña Francisca Hernández de León, en Madrid, octubre, 1641

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
167 v.º Romance n.º 160.)

Aquel laurel que pisa
la cumbre de aquel monte
bandera de los aires
garzota de las flores.

El primero que el alba
por galán reconoce
cuando desata el día
las dudas de la noche.

Hechando rayos verdes
dosel fue ayer de Clori
que para sol del Tajo
abril nació de Tormes.

Desde ayer muero y vivo
y desde ayer, pastores,

porque me vuelva el alma
soy sombra de sus soles.

Guardáos de sus luceros
hermosos y traidores
que entre aquellos jazmines
por áspides se esconden.

Que salió a ser armado
de los negros arpones
de las estrellas vida
y muerte de los hombres.

Mandó un señor retratar su dama (que lo es de la Reina) y el pintor
con ser muy diestro erró el retrato y consolándole del yerro, se la
pintó alumbrando a sus Magestades en el salón una noche de comedia;
y en su nombre lo hizo el poeta

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
168 r.)

Locura es Fabio que a Clori
dibuje yo, ni tu pintes,
si en castigo cera y alas
nos las abrasa y derrite.

Bástele intentarlo osado,
sin que su riesgo examine,
a aquel que traslada a la alma,
la belleza de su origen.

Mas ya que nuestros temores
a su sombra se retiren,
y de sus lumbres mi error
fácil los aciertos fíe,

en la acción más soberana
que asistió al grande Felipe
otra vez de su deidad
sirvo a mi dueño la efigie.

Dejóse vencer de rayos
por no confesar su eclipse
el sol, que a vista de Clori
diera en grosero lo libre.

Y retirado de tanta
magestad con que corrige
su imperio, ausente sus ojos
hizo fineza el ir triste.

Tocábale ser de guarda
porque el ser de ángel la obligue
de la Magestad que huella
al orbe la superficie.

Hizo en palacio el amor
teatro el salón insigne,
donde entró dando ocasión
que la aplaudan y la envidien.

Era noche de comedia
y entre tantos serafines
se dejó ver tan hermosa
que no se creyó posible.

Ni rubio ni negro el pelo
ni se niega ni distingue
si es seda en trenzas del Janto
si es pro en ondas del Tíber.

Porque entre confuso y claro
tanto tu color se impide
que siendo luciente todo
no se le conoce tinte.

Esta leal nácar de perlas
creer que sus lustres finge
hasta que su frente al alba
le cuaje las que concibe.

De paz se miró su cielo
en la tempestad sublime
de tanto rayo que a un tiempo
la serena con dos iris.

Vistióse de pardo amor
en sus ojos, menos tigre
después que le miran graves
dos niñas tan apacibles.

De los campos de la aurora
partió la nariz los lindes
siendo juez de dos tan bellos
blancos y rojos motines.

Porque en sus frescas mejillas
batallaban por unirse
la castidad con claveles
la vergüenza con jazmines.

Si el día en sus labios rompe
las luces más carmesíes

no es cuando aljófares llora
sino cuando perlas ríe.

Estaban su cuello y manos
como cuando más compiten
sobre el candor con la nieve
las blancas plumas del cisne.

Miróme y no las estrellas
que fijas los polos rigen
se vieron tan bellas, cuando
de luz sus páramos visten.

Como las a quien los cielos
o se ajustan o se ciñen,
en cuyo incendio mis ojos
ciegas mariposas viven.

Largó la mano, aquí Fabio
sus rayos me contradicen,
la atención, aun no fiada
bien de la vista de un lince.

¿Viste abrasar un cometa
el papel del aire, viste
displayarse el oceano
flecha de cristal el Tigris?

Pues tan veloz como blanco
y más claro que visible
al asir de una bujía
me dejó inmóvil de firme.

Tómala y del candelero
la plata, helada de simple
se quedó como yo entonces
deslumbrado con dos lises.

Muy fácil es que lo hermoso
en lo divino peligre
y ser Clori tan humana
fue milagro más difícil.

Al salir sus Magestades
las luces que en una siguen
miradas bien como estrellas
a nadie fueron felices.

Atento el paso y los ojos
ni los libra, ni remite
que luces reales a un tiempo
las venera y las prohíbe.

Contenida en lo suave
tan señora se preside
que pudo dudar lo grande
si fue mayor que lo humilde.

Tan severa, tan airosa,
tan sin celar los viriles,
donde se emboca el respecto
y desenfada el melindre.

Que sin presunción lo altivo
y sin vanidad lo libre
obró cuanto un alma heroica
en muchos siglos consigue.

Porque el aire de su gala
tanto a sus acciones mide
que parece que en una alma
se mueven y se repiten.

Dones sobrenaturales
con el arte no se imprimen
pues ni el estudio los halla
ni el desvelo los elige.

Obligarme a pintar más
con estos rudos matices
es intentar con lo menos
vencer lo más imposible.

Pues si en donde luces tantas
(que el ingenio las designe
algo más humanas) cuando
casi lo divino miden,

falta el pincel, los colores
o se embarazan o rinden
y ociosamente en el lienzo
aquel obra y estos sirven.

Las deidades, Fabio, el alma
solamente las percibe
bástame ver que a su sol
más firme nadie la asiste.

(Por un padre capuchino)

Estando comiendo la Marquesa de Mirallo de un plato ostias de mar,
en una que tenía en la boca creyendo ser piedrezuelas las sacó de
ella y mirándola halló dos perlas

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º

Laura, acierto fue, no encuentro
(tanto una gloria provoca)
que se vayan a tu boca
las perlas como a su centro.
Vióse de su nácar dentro
la ostia tan advertida
que siendo en él concebida
no hallara en trance tan fuerte
para el riesgo de una muerte
mejor sagrado su vida.

Vana es la perla más pura
si con tus dientes se aprecia
que fuera morir de necia
no lograr tal sepultura.
Así en tu boca asegura
la vida con medios sabios
pues redime sus agravios
cuando logra su interés
quien la ofreció de cortés
al sepulcro de tus labios.

Vuelve al sagrado clavel
las perlas, pues sin valor
muere de ocioso un favor
en quien vive de cruel.
Así purpúreos en él
viste el alba sus candores,
pues te ofrece en sus colores
hecho idólatra gentil,
como a su deidad abril
el imperio de sus flores.

Bien poco agravio recibe
tu honesta boca en tenerlas
cuando le está tan de perlas
ser el sol que las concibe.
Quien tan a su cuenta vive
fabríquese su fortuna,
pues no tiene el ser ninguna
que merezca conseguir
tal ara para morir
ni para nacer tal cuna.

Seguidillas humanas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 172 r. Seguidillas humanas.)

1 Cuando vida y sentidos
pierdo en sus ojos,
sólo siento, señora,
perder tan poco.

2 Con mis penas pretendo
medir tus glorias,
oh que en mucho las temo
si han de ser todas.

3 Si a Celinda se atreve
mi pensamiento,
cómo queda en el aire,
llegando al cielo.

Otras

4 De las mozas del río,
yo soy el cierzo,
cuenta con el aire,
que todo es fuego.

5 Muérense por bravos
mis ojos claros,
y ellos por mis ojos
que son más bravos.

6 Dicen que alma no tengo,
no lo negaré,

que quien todo lo mata
desalmada es.

7 Tizoncito me llaman
ciertos penantes,
¿quién ha visto fuego
de tan buen aire?

8 Blanca y cabos negros,
lindo milagro
a quien della supiere
denle su hallazgo.

9 Siempre lo más bello
confina en rubio,
aunque es sobre las leyes,
lo rey del gusto.

10 Blancas, rubias, morenas,
las quiero todas,
que hallo en doña muchas,
la más hermosa.

11 Y en aquello de amantes,
mozo del alma,
uno solo es muchos;
todos es nada.

12 Quise bien a Juana,
ya quiero a Antonia,
y esto no por más linda
sino por otra.

Otras

13 A la más seguidita,
niña de Madrid,

sólo en seguidillas,
la quiero escribir.

14 De los mal pagados,
yo soy el grande,
sígueme la rueda
de los galanes.

15 Linda es la venganza.
bueno el partido,
a una Luisa muerta,
diez Juanes vivos.

16 Ay vengado Angelillo,
si en tanto aprieto
como vos el villano,
fuera yo el tieso.

17 Todos pienso matallos,
taimada hermosa,
que no como la lanza,
la espada es floja.

18 Yo me llamo Francisco,
no soy Antonio,
pues soy feo, flaco;
soy frío y flojo.

19 Si hay para seguiros,
tanto Juan aquí
para perseguiros,
yo he de ser el Gil.

20 Para no alcanzarte,
tanto seguidor,
plegue a Dios que sean
todos Gil de Gois.

21 Unas coplas mías
lo dirán todo
mientras vienen galanes,
va de negocios.

Otras seguidillas a las damas

22 Ya que siempre lisonjas
oyen las damas,
oigan pesadumbres,
pues hacen tantas.

23 Fiera gente las damas,
que hacen hermosas,
padecer con cielos,
penar con glorias.

24 En las bellas damas,
qué injuria noble,
qué enemigos divinos,
tengan los hombres.

25 Son tiranas las damas,
nadie lo niega,
y en mayor tiranía,
más justas reinan.

26 Son las damas un verso
de Garcilaso,
enemigas mortales
del trato humano.

27 Ángeles más soberbios
son las damas hoy,
y ninguno caer puede
en que no es razón.

28 Con las damas que todas
nacen estrellas,
¿cómo siendo tan lindas
no hay una buena?

29 Doctorcito de hogaño,
son las damas ya,
porque el médico mata,
más bien que no el mal.

30 Oh qué gran privilegio
de la hermosura,
ofender sin agravio,
matar sin culpa.

31 Ser las damas todas,
soles tan claros,
si lo veo en las luces,
más en los rayos.

32 Ser las damas soberbias,
no hace novedad,
cuanto más presumen,
aun se deben más.

33 Son de flores las damas,
árboles bellos,
y es su propio fruto,
males ajenos.

34 Si ángel más soberbio,
cualquier dama es,
la razón le conozco,
pero no lo sé.

35 En las damas que es todo
mayo y abriles,
es lo que se padece
solo apacible.

36 Si es que no son Turcas
las bellas damas,
¿cómo siendo Jarifas,
serán cristianas?

37 Basten las pesadumbres,
damas gloriosas,
que alabanzas aun fueran,
breves las todas.

38 Barcos de San Pedro,
si me embarcare,
aunque no quiera el viento,
id de buen aire.

39 Nunca en las deidades
años se cuentan,
mas los tuyos, zagala,
son deidad nueva.

40 Bellos imposibles
tus años hacen,
y crecer tu hermosura,
son los más grandes.

41 A milagro los días
miden tu rostro,
que ser puede más bello
lo más hermoso.

42 Más belleza que tienes,
no puede haberla,
y en tus años miramos
que hay más belleza.

43 Diga una seguidilla,
décimas locas,
lo que sólo quisiera
decir en todas.

44 Muchas veces ángel,
niña tu nombre
tomo lo que deja,
por lo que escoge.

45 Son del Buen Retiro,
días las noches,

y las Pascuas del año,
todas son flores.

Al Conde Duque

46 Si el Retiro es grande,
mayor el dueño,
y al amor de su Alcalde
le viene estrecho.

47 Siendo el Buen Retiro,
tan grande en todo,
al amor de su Alcaide.
le viene corto.

48 Estas son verdades,
que no Conceptos,
porque en tu alabanza,
ni aun miente el verso.

Otras

49 Dícenme polidico,
que no te quiera,
ya te vieron mis ojos,
tengan paciencia.

50 No me case mi madre
con hombre hablador,
porque filosofea
palo y torniscón.

En la Academia que se hizo por las Carnestolendas de 1638 en el Retiro se dieron asuntos y lo que se escribió a algunos de ellos es lo que se sigue

Redondillas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 175 v.º Redondillas.)

Perdióse infiel a lo hermoso
por una fea mujer
Coridón; y echó a perder
el delito más airoso.

La desdicha (que gloriosa)
hace en la beldad su empeño,
que el mundo estrato pequeño
de una perdición hermosa.

Mas en mi asunto inhumano
con la fea a pleitear vengo,
y, vive Cristo, que tengo
muy mal pleito, si le gano.

El traidor que no repara
lo mal que a perderse viene
por una fea, no tiene
vergüenza en aquella cara.

Lo entendido por disculpa
tomó, ya que no la bella;
y si él se puso a entendella
en esto tuvo más culpa.

Que a toda fealdad le cabe
discreción; ya es vulgar seta
mas que una fea es discreta
es muy necio quien lo sabe.

Nadie ante su mala dicha
disculpe; que es de verdad
perderse en una fealdad
desvergonzada desdicha.

La fea que adornos siembra
en su cara mesurada,
si fuera más descarada
no fuera tan mala fembra.

Quien comete un suicidio,
aunque hace horror el portento,
el breve arrepentimiento
vive Dios que se le envidio.

Pues ni en Dios, ni el diablo hay.
quererla; sin duda (ea)
se perdió por una fea
el alma de Garibay.

El hereje que se aúna
con fea en bastardas bodas
el triste merece todas
las lástimas, sin ninguna.

Por una fea, disgusto,
ni placer; estos cuidados
son los casos reservados
a la inquisición del gusto.

La infamia del delincuente
con fea, nunca se tasa
al cuarto grado; que pasa
hasta el sexto descendiente.

Culpas de garbo se ven
pero es tan poca disculpa
ser fea, que esta es la culpa
que a nadie parece bien.

(Leyólas Don Juan Vélez de Granada, hijo de Luis Vélez.)

Redondillas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 182
r. Redondillas.)

En guerra hermosa y segura
de una y otra perfección,
ya es niña tu discreción
batalla de tu hermosura.

Dudosa fuera la gloria
(tan soberanas las vi)
a entrambas; si en ti, de ti
no se hallara la victoria.

Cuando en batidos despojos
banderas nuestros oídos
te arrastran; luego rendidos
te baten almas los ojos.

Tu discreción peregrina,
no cese en gloriosa esfera
a tu beldad, que cualquiera
tiene razón de divina.

Y de esta contienda ahora
que en siglos de alta porfía
no la verá igual el día,
es la campaña una aurora.

Pero tan en paz las vemos
en tu niñez celestial
que peleando lo igual
han vencido los extremos.

Gloriosos bellos espantos
en tu discreción previenes
que los años que no tienes
aun saben mentirse tanto.

En tu floreciente edad
que aun no contiene un ayer
cuanto te falta a mujer
te está sobrando a deidad.

Tu entendimiento, que en él
cualquiera parte es mayor,
al alborear la flor
se ha descollado el laurel,

Cuando en ti mirando estás
de esquivez tanta razón,
negarte esta perfección
es otra hermosura más.

Que en tu agrado generoso
que de lindezas le veo
coronado; aun a lo feo
le dieras razón de hermoso.

Y ese agrado que tan lleno
vive de glorioso modo
dulce; lo viertes a todos,
si no es al mérito ajeno.

Que si la serena lumbre
tuya siempre se buscara
por favor, luego se armara
de imposibles la costumbre.

Y siendo los que se ven
tantos en ti, que perdidas

fuera logro a muchas vidas
un morir a tu desdén.

Qué dichosa la ventura
de que aun en sombras pequeñas
debe esclarecidas señas
de un favor a tu hermosura.

El nombre todo es error
y así Leónida apasible
primero sea imposible
y después será favor.

Que miro en rasgo pequeño
tan grande, oh linda muchacha,
mi fortuna, que borracha
la fío sólo de su sueño.

Y las que en mi estimación
son glorias y no porfías,
no serán razones mías,
que milagros tuyos son.

Coplas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio 186 r.
Coplas)

El autor

Las damas para sus bodas
ajustarán bien sus dotes
con las cabezas de motes
que allí son mercedes todas.

Otra

Cobrar siempre fue decente
y es justicia y no codicia
y docientos por justicia
los merecéis cabalmente.

Otra

Los arroyos que a sus voces
no son violines de plata
ni a su armonía las hojas
son cítaras de esmeraldas.

Cuartillas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
189 v.º Cuartillas.)

Boca de glorias vestida
siempre hermosa; asustarse
todos los Ortices, que
les salteó la florida.

Oh tú, encarnada marquesa,
que el título pleiteado
aun dentro del noviciado
fue señoría profesa.

Que en esta edad tan piadosa
de pródiga cortesía
es tu vice Señoría
casi excelencia dudosa.

Tú, que al soplo del pariente
morcilla y de viento llena,
y de sangre ilustre buena

del siempre marido ausente.

Oh tú, sobrina molesta
del ángel don Rafael,
señora de cascabel
mucho ruido y poca fiesta.

En fin, princesa bastarda,
aunque en semblante severo,
me mires como al redero
de tu esposo, y tuyo, guarda.

Oye la justa querella
de la siempre más florida
boca, y no huerta, ofendida
aun del nombre de más bella.

Es la boca sobredicha
más retirada a finezas
más fácil a mil bellezas,
más imposible a una dicha.

¿Ves el escuadrón de rosa
ya que en el mayo gentil
fue maestro de campo abril?
Pues la boca es más hermosa.

¿Ves romper la clavellina
el rojo nido en temprana
licencia de la mañana?
Pues la boca es más divina.

Coplas a la letra que empieza «¿Dónde vas, dónde vas Bras?»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 192 r.
Letra 6.^a)

Letra

¿Dónde vas, dónde vas Bras?
Celoso a reñir con Flora.
Yo sé que no reñirás,
que en la hermosura enamora

la sinrazón mucho más.

Coplas

Sufrir tendrás por locura
sin ver tus nuevas pasiones
que fue siempre en sinrazones
más lucida la hermosura;
cuanto él sufre, más traidora,
cuanto más te ofende ahora
cuanto más quejoso está,
yo sé que no reñirás,
que en la hermosura enamora
la sinrazón mucho más.

Si la ofensa recibida
desenamorar pudiera,
ninguna hermosura hubiera
ni soberbia, ni querida;
ser amada es ser sufrida
y la razón empeora
lo que el rendimiento adora.

Vuelve, que si amando vas,
yo sé, etc.

No fíes, pues, tus enojos
al remedio de los labios,
que son flacos tus agravios
competidos de sus ojos.
Si has de hallar los desenojos
en su beldad vencedora,
mediana competidora
en tu razón llevarás,
yo sé que no reñirás, etc.

Coplas a la letra que empieza «Por sol y por sola os tuve»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 195 r.
Letra 15.^a)

Letra

Por sol y por sola os tuve,
niña; y después que mentís
sólo os tengo por Solís.

Coplas

Yo, el civilísimo Antón,
heredera celestial,
si hablé con la dueña mal,
hoy lo ignora el corazón.
Que en tan alta estimación
os dejé, que peregrina,
gloriosa, excelsa y divina
es lo más cierto que anduve.

Por sol, etc.

Quejéme con la traidora,
de una amistad engañada,
de una ley desobligada,
mas con vos, dulce señora,
traté de andrajo a la Autora,
y con vuestras partes bella,
sombra llamé a las estrellas
y al sol le ultrajé de nuevo.

Por sol, etc.

Armadas fueron de Holanda
sus tocas, oh más harpía,
que sin una Señoría
la Marquesa de Miranda,
qué lisonjera, qué blanda
tus noticias descogiste
mientras yo encogido y triste
en recatos me detuve.

Por sol, etc.

El cielo es testigo que
jamás a vos referí

lo que fue queja de mí
y perdición mía fue.
Oh embajadora sin fe,
cautelosa, falsa y loca,
con el Conde de la Roca
el Veneciano te encube.

Por sol, etc.

¿Yo avisar de trato humano
a quien en tantas acciones,
tantas como perfecciones
resistencias vi en su mano?
¿Yo a vos, dueño soberano,
ofensas si en mí desvelos?,
pocos son los nueve cielos
donde mi atención os tuve.

Por sol, etc.

Coplas a la letra que empieza «Jamás os podrá obligar»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 195
v.º Letra 16.ª)

Letra

Jamás os podrá obligar
mi silencio con morir;
si vos no me habéis de oír,
¿qué merezco yo en callar?

Coplas

Parece merecimiento
que en dolor tan escondido
a quereros atrevido
ignoréis mi sentimiento.
Pero en mi silencio siento
que lleguéis, Lisi, a perder
el gusto de aborrecer
cuanto yo supiere amar.

Jamás, etc.

Tiene mi ardiente fatiga
siempre a callar obligada,
lo mismo de no escuchada,
que se calle, o que se diga.
Y no merece, ni obliga,
este mudo padecer,
que acierto bien podrá ser,
mas no mérito el no hablar.

Jamás, etc.

Coplas a la letra que empieza «Juana mi ama, solo ama»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 200
v.º Letra 21.ª)

Letra

Juana mi ama, sólo ama
sus tristezas, y a su ama.

Coplas

A ver a su ama bajó
cuatro veces en un día;

ay necia fortuna mía
tan baja os tomara yo.
Ella en su lecho logró
halagos, mimos, finezas,
y yo a ocasionar tristezas
me levanté de la cama.

Juana, etc.

Oh golfo en que me perdí,
qué distinto navegar
para el alma, en leche el mar,
y en borrascas para mí.
Oh niña de leche, ansí
las dulces finezas trueca,
la que en la leche las peca,
la que en la leche las mama.

Juana, etc.

Que fuese de Lombardía
lo ignoraba yo de Anarda,
pero que es una bombardarda
lo muestra su artillería.
Para la falsa armería
de Milán es todo el oro,
y para nos, todo el toro
es del solar de Jarama.

Juana, etc.

Llegad y salid al duelo,
rapaces, vanas tristezas
si a campañas de bellezas
con lo niño sale el cielo.
Cazadora de alto vuelo,
la montera de traílla,
ni Castilla, ni Castilla
topó, en las rocas la brama.

Juana, etc.

Si triste de ociosa estás,
ea, niña vuelve al juego,
pique el cocherito; y luego
el verganzón pique más.
Todo sé que lo hallarás
sin el campo en el poblado,
pero dicen que un bocado
sabe bien entre la grama.

Juana, etc.

Ya te caigo yo en el chiste
que quieres (ay gloria mía)
de todos siendo alegría
travesear con lo triste.
Si en breve sitio cupiste
todo el cielo ya se sabe
que el alma que no te cabe

estos efectos derrama.
Juana, etc.

Coplas a la letra que empieza «Sufriros y amaros quiero»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 201
v.º Letra 22.ª)

Letra

Sufriros y amaros quiero,
niña hermosa y celestial,
sin otro bien que este mal.

Coplas

En vuestro hermoso desdén
ya sé que no obra jamás
más bien que el amaros más,
y que más que amaros bien.
Si está seguro este bien,
y no hay más vida que amaros
en morir, y en adoraros
sobre todo lo que muero
sufriros y amaros quiero.

En un bien que no se alcanza
y que imposible se ve,
no puede hacer a la fe
ningún tiro la esperanza.
Oh amiga desconfianza
qué de engaños que te ignoro,

que si tengo lo que adoro
no tarda lo que no espero.

Sufriros, etc.

Oh cuánto alivio me deja
mi amor; que está mi afición
en la desesperación,
y no lo sabe la queja.
El que del rigor se queja
necio, le espero dudoso,
mas yo, hasta de estar quejoso
justamente desespéro.

Sufriros, etc.

Cuanto más lejos procura
tenerme vuestro rigor,
ni me aparta de mi amor,
ni a vos de vuestra hermosura.
Gloriosa, eterna y segura,
ya ofendáis, o ya matéis,
en vos mejor lo estaréis
pero en mi lo estáis primero.

Sufriros, etc.

Mayor en mí lo imagino
lo seguro en vos agora;
pero en vos, dulce señora,
el sagrado es más divino.
De ofensa os defiende aquí
aun más lo rendido en mí
que os guarda en vos lo severo.

Sufriros, etc.

Coplas a la letra que empieza «Ay que mi ama era linda persona»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 202 r.
Letra 23.^a)

Letra

Ay que mi ama era linda persona
para criada, que no es respondona.

Coplas

La bellísima Narcisa,
si como nació en su esfera
ángel, sacristán naciera,
aún no respondiera a misa.
Cuanto huella y cuanto pisa
en breve región de hielo
más alto yace que el cielo
si de su pie se corona.

Ay que mi ama, etc.

De lo callado y sufrido
del ni oír, ni responder
del ángel se puede hacer
un landazú muy pulido.
Camarerón aturdido
cosita que no responde,
celebrese más que el Conde
Aleba al Marqués de Aytona.

Ay que mi ama, etc.

Ya van a cuatro, así trato
dar a mis papeles precio,
a cuatro van, que lo necio
nunca ha sido tan barato.
Del baldón no me recato
que así en voces ofendida
la fruta más desvalida
en la plaza se pregona.

Ay que mi ama, etc.

En desdén de cuatro juntos
sufrielle sin duda fue
un papel mío, tu pie
en lo blanco y pocos puntos.
Qué extrañísimos asuntos
que es hablar sin responder
ruin ejercicio, y tener
correspondencia capona.

Ay que mi ama, etc.

Si hasta el diez papel, antaño
la dama no respondía,
ya el mundo, rapaza mía,

más colérico está hogaño.
Palacio altivo picaño
ninguno quejoso deja
que yo le escuché esta queja
a Zorrilla Barahona.

Ay que mi ama, etc.

Si oírás siempre lo peor
la desdicha de un querer,
obliga en no responder,
¿quién lo hará con más rigor?
Y a no ser, niña, en mi amor
los cuidados tan bonitos,
no hablara, no, con más gritos
la Marquesa de Bayona.

Ay que mi ama, etc.

Qué bien la respuesta esconde,
oh niña del ceño hermoso,
el arcabuz peligroso
que hiere cuando responde.
Ay, válgame ningún conde,
que a quien puede en cualquier modo
matar y ofender con todo,
se debe lo que perdona.

Ay que mi ama, etc.

Coplas a la letra que empieza «Pensamiento, ¡qué donaire»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 203 r.
Letra 24.^a)

Letra

Pensamiento, ¡qué donaire
merece tu loco vuelo!,
que sé que llegas al cielo
y te quedas en el aire.

Coplas

Soberano pensamiento,
yo que te pierdo, te admiro,
que por el cielo te miro
cuando no pasas del viento.
Bien sé que lo es el intento,
bien sé que es loca la empresa,
y quien ser viento confiesa
bien se niega a su desaire.

Pensamiento, etc.

Buscas la mayor altura
el cielo mismo no calla,
que aun más celestial se halla
de Narcisa en la hermosura.
En tan gloriosa locura,
quien sube al cielo, aun no alcanza
el viento de una esperanza
porque es aire de buen aire.

Pensamiento, etc.

Coplas a la letra que empieza «¿Por qué no quieres amar»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 203
v.º Letra 25.ª)

Letra

¿Por qué no quieres amar,
ni embarcarte ya en amores?
Porque hay tormentas mayores

en lo amar, que no en la mar.

Coplas

Embarca tus pensamientos
que hallarás segura nave.
Cualquiera en un tiempo sabe
navegar a muchos vientos.
Mal aire de navegar
y más duda en los mejores.
Porque hay tormentas, etc.

El golfo de los desvíos
se mira erizado menos.
También hay riesgos serenos
que amor se aniega en bajíos.
¿Por qué dejas de embarcar
finezas, si traen favores?
Porque hay tormentas mayores
en lo amar, que no en la mar.

Coplas a la letra que empieza «Sola vos, niña divina»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 204 r.
Letra 26.^a)

Letra

Sola vos, niña divina,
sois celeste y celestina.

Coplas

Que en todo sois celestial
bien se conoce, y en fin
el que os llama Celestina
no lo averigua muy mal.
Bella imagen de cristal
en moldura de clavel,
mil veces dichoso aquel
que os corriere la cortina.

Sola vos, etc.

Es buen Retiro sin Conde
vuestro cuerpo, que nevado
en milagro sospechado
misterios de gloria esconde.
Región bellísima donde
sin experiencia y con fe
en la luz que no se ve
todo el cielo se imagina.

Sola vos, etc.

Del tierno ejercicio airoso
en la fatiga sabrosa
guerra mil veces dichosa
en paz de lo más hermoso,
yo envidio (ay dueño glorioso
perdona el susto) las haya,
mas cual señor de Vizcaya
al que fuere de Molina.

Sola vos, etc.

Tan majadero y modesto
es el vuestro galán tinto,
que él ha de obrar en el quinto
y vos lucir en el sexto.
Y aún temerá después de esto
el triste amante fiel
que sea el Lucrecio él
y vos seáis la Tarquina.

Sola vos, etc.

¿Veis tanta chispa en la fragua
donde en vez del humo sale
tanto rayo?, pues no vale
sus vivezas llenas de agua,
Guerra de fuego nos mueve
toda es torrentes de nieve
la centella cristalina,

sola vos, niña divina,
sois celeste y Celestina.

Coplas a la letra que empieza «Ay, el ángel qué bien se endemonia»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 204
v.º Letra 27.ª)

Letra

Ay, el ángel qué bien se endemonia
con el zapaterico de Antonia.

Coplas

El calzar a una picaña
con calzador; qué tramoya,
arda en el agravio Troya,
piérdase en la injuria España.
Él fue cordobán de caña
y del zapatillo griego,
o el botón sea de fuego
o de herejes la colonia.

Ay, el ángel, etc.

Ved en qué vino a parar
en la suela de un zapato
el punto del muy barato
hidalguillo del solar.
Mas ¿qué ha de saber de amar
un escudero ignorante
que por costumbre es amante

y fino por ceremonia?

Ay, el ángel, etc.

A una señora de salva
¿cómo había de querella
quien nació (aunque en buena estrella)
en los brazos de una malva?
Ducano, Reina del alba,
está más guardada aquí
doña Pelinegra en sí
que doña Blanca en Sidonia.

Ay, el ángel, etc.

De tal vileza me espanto,
¿qué cosa para mi empeño?,
súfrase algo de pequeño,
mas de hombre bajo, no tanto.
Mantellina que no manto
al turquillo le sobraba,
que la vida tiene esclava
y la cara es esclavonia.

Ay, el ángel, etc.

Una flamante farsanta
que representar profesa
lo bizarro en la Princesa,
lo fugitivo en la Infanta,
que agradase no me espanta;
¿pero una jubladilla,
ya más desocupadilla
que colegial de Bolonia?

Ay, el ángel, etc.

Niña, tamaña locura
mi necesidad no la sabe,
que tal desdicha no cabe
en toda mi desventura.
Breves son a tu hermosura
del mayo las flores bellas
de los cielos las estrellas,
las lenguas de Babilonia.
Ay, el ángel, etc.

Coplas a la letra que empieza «Mirad con quién y sin quién»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 205
v.º Letra 28.ª)

Letra

Mirad con quién y sin quién.

Copla

Esta noche, hermoso dueño,
qué desvelado he vivido
entre los brazos del sueño.
Soñé que había dormido
con vos, qué apacible sueño.
Pero no amaneció bien;
cuando despierto, mi bien,
siendo de mi mal testigo,
me hallé sin vos, y conmigo
mirad con quien, y sin quien.

Coplas a la letra que empieza «Suspiros que bien se dan»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 207
v.º Letra 31.ª)

Letra

Suspiros que bien se dan,
¿qué importa en justo sentir,
si aciertan donde han de ir,
que se pierdan donde van?

Coplas

Los suspiros que forzosos
vuelve su razón por ellos,
al alma le toca hacellos
justos, pero no dichosos.
Si se merecieron bien,
no hay penas que mal estén
donde a buen penar están.

Suspiros, etc.

Celinda, ni en tus enojos
los temiera yo perdidos,
pero ignoren tus oídos
ya que saben a tus ojos.

Coplas a la letra que empieza «Apostemos, niña, que acierto»

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 207
v.º Letra 33.ª)

Letra

Apostemos, niña, que acierto
qué tenéis en el pensamiento.

Coplas

Pensaré vuestro rigor
en no querer bien jamás,
pero yo en querer más
hallo el acierto mayor.
Pues siempre adora mi amor
el siempre aborrecimiento
que tenéis en el pensamiento.

Dos imposibles pensó
en los dos mi amor quejoso,
que hicierais vos un dichoso
y que pude serlo yo.
Así lo pensé, mas no
es éste, niña, el intento
que tenéis en el pensamiento.

Si pensáis que es celestial
y amable vuestro desdén,
pensáis, Celinda, muy bien
que aún os debe mucho el mal;
pero es rigor inmortal
que esto es lo menos violento
que tenéis en el pensamiento.

Pensaréis, y sin locura,
que es deuda nuestra fineza,
que sólo vuestra belleza
tiene razón de hermosura.
Mas de la ajena ventura
ninguna memoria siento
que tenéis en el pensamiento.

Que sois del mundo atendida
pero jamás obligada;
que sois de todos amada
y de nadie merecida.
Que alma sois de tanta vida,
es lo más firme que siento
que tenéis en el pensamiento.

Por travesura el matar,
por costumbre aborrecer,
tener por culpa el querer
y por blasón el no amar.
Sentir que os quiero obligar
será todo el sentimiento
que tenéis en el pensamiento.
Ser piensan vuestros enojos

y rigores soberanos
Troya de nieve en las manos,
Nerón de ciego en los ojos
y hacer y burlar antojos.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
210 v.º Décima 3.ª)

Bellísima Catalina,
vi la Belisa galante,
y no más que el consonante
hoy le concede el divina,
descollada y cristalina
sin duda, pero no leve,
ceño que el semblante mueve
de elevación muestra un monte
de cristal, un bracamonte
y una mezquita de nieve.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
210 v.º Décima 4.ª)

De celos se martiriza
del novio y no del amante
quien se le cayó al instante
todo el garbo en la ceniza.

Niña, hermosa y primeriza
un dolor sacramentado
no hace rabia, sino enfado;
y bobear llamó una dueña
que ella esté ociosa en Sansueña
si él en París descuidado.

Los del muchísimo dueño
celos ni airosos, ni ardidos,
no han menester los sentidos,
pues se pagan con un ceño
el halago, mas no el sueño
que tiene los torpes caños;
no hay batería ni engaños,
no hay armados escuadrones
contra muchas perfecciones
muradas de pocos años.

Son envidiosa locura
los celos, y el amor sabe
que ni a muchos celos cabe
una envidia en su hermosura.
Si el garzón de la procura
tu presunción diga así;
queda marido Turquí
con Zaida tan poco bella
para venganza con ella
para castigo sin mí.

Que es culpa, nunca lo digo,
ni jamás lo diré yo,
estar con otra, si no
el dejar de estar contigo.
Extraño nuevo castigo
que a una bestia sin primores
a los más frescos verdores
le lleva su inclinación,
y un hombre por su elección
zarzas toma y deja flores.

Si es una, es mayor el dolo
que en muchas no hay un amante;
y es apretado estudiante
el que lo es de un libro solo.
El tapaboca Bartolo
es primor bien socorrido,
y esto del novio partido
no es muy molesto, aunque grave,
que con par de entero sabe
a licenciado un marido.

La pólvora esté en el frasco
para más garbosa furia
rapaza que está la furia
más que en la envidia en el asco.

Si en vulgar civil peñasco
su timón rompe el bajel
páguelo el buco infiel,
niégate al socorro; y si
holgarse puede sin ti
cuéntalo desdicha en él.

Dos hijas ofrece Roma
de celos, nadie lo olvide:
al marido que los pide
y a la mujer que los toma.
Que con su agraz se los coma
quien pollitos pide al rollo
y azufaixas el escollo,
que en su jineta estrañallo
de todas sillas al gallo
es sentimiento muy pollo.

Mujeres propias llamó
médicos la antigüedad,
que curan la enfermedad
pero los achaques no.
Bien sé la doctrina yo
que en todos es santa y buena,
sólo tu esposo condena
por tu beldad mucha y rara
que no ha menester tu cara
la diablo sazón de ajena.

Que el tiro le disimules,
hará más leve su plomo,
florequilla sufre como
no sean todos azules.
Los Muzas y los Gazules
más gracia y fe que los Juanes
tuvieron para galanes;
celos son desdicha hermosa
y así nadie vio celosa
a la Condesa de Humanes.

Quien goza lo más hermoso
la envidia que infama recio,
quiere descontalle en necio
cuanto alcanza de dichoso.
Apéase del brioso
caballo, el que no desea
su peligro; y se pasea
por descanso en rocín manso;
maldito sea el descanso
que de tal riesgo se apea.

Este es sin duda el delito
que la sobrada corveta
de alguna crespá jineta
más llano busca el pasito.

Boca niña, y mucho grito
grande maña, o grande engaño;
niña, bueno está el hogaño
que quien lamentando el día
no tiene su troy vacía
falsamente culpa el año.

Preña deja cada instante
pesie a la niña importuna,
quien tiene llena tu luna
no es marido muy menguante.
Oh ambiciosilla, oh quejante
y propiamente de vicio,
quien frutea al beneficio
tierra estéril no se llama,
ni es muy capona la cama
que tiene tanto ejercicio.

Oh linda entre las mujeres,
goce tu hermosura inmensa
el amor, como él te piensa,
la dicha, como tú eres.
Si los celos bachilleres
no saltean tus solaces
que dices, o que no haces,
que aunque gran belleza en ti
hay muy poco Rochelí
pues se logran tantas paces.

Bien luce lo que trabajas
que el neblí de blancas huellas,
no deja en paz las estrellas
aunque vuele garzas bajas.
Deja hartar de tus migajas
a esas lázaros mendigas
avarientas de tus migas,
que en los celos no hay derechos
que los tome tan a pechos
la que los toma a barrigas.

De un gran albitrio se trata
que al Rey dice, y Peñarrieta
le valdrá una media aneta
más, más que tu media anata.
Jauja fuera de oro y plata
el mundo sólo con él,
ay sueño de leche y miel,
y ay cielo mío, y cual fuera,
si el albitrillo tuviera
por canencia una Isabel.

En Aranjuez, al Conde Duque, por abril de 1638

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 213 r. Décima 5.ª)

Tu grandeza, aunque tan alta,
otra muestra en ti, que es más
que en la parte que no estás
haces siempre mayor falta.
Si a este sitio no le falta
verdor florido, y temprano
su abril envidia no en vano,
que aunque tronco montañés
debo al estar a tus pies
el florecer por tu mano.

En el certamen, que hace más hermosa a la hermosa, y qué razón hay
para que otras se lo llamen

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 213 r. Décima 6.ª)

Décimas

En la hermosura más bella

y más alta perfección,
cuanto es mayor la razón
es más grande el riesgo en ella.
Que la envidia llega a bella,
con ceño siempre quejoso
y en el número envidioso
del feo común desvelo
para calumnias el cielo,
mas no es sagrado lo hermoso.

Pues sólo bien le parece
a una fea otra más fea,
la hermosa que más lo sea
a más riesgos amanece.
El aplauso que merece
su beldad gloriosa y pura
menos en más se asegura
aunque es en su emulación
faltarle esta aprobación
tener más otra hermosura.

Doime a las burlas ahora
que una gran belleza ya
muchas mártires hará,
mas ninguna confesora.
La envidia siempre traidora
busca lo que ha de ofendella,
siempre hermosura mayor,
siempre en ella lo peor
le parece estar más bella.

Pesquisidor insolente
es en todo cuanto piensa
le fealdad, que forma ofensa
de hallar a nadie inocente.
Mas la beldad excelente
si hallarse quiere segura,
en hermosa compostura
desdeña pasión tan ciega
que silencio que la niega
aplaude más la hermosura.

Confesar a envidia llena
una beldad, que se excede,
la razón que tener puede
es también tener la ajena.
Sin ella, en vano, en serena
calma, navecilla airosa
navega; que una envidiosa
en rebelde ostinación
le cuenta en su sinrazón
las razones a una hermosa.

Son las partes que conviene
tener la beldad gloriosa

para confesalla hermosa
aquella misma que tiene.
Y si a ser modesta viene
lo que ella escondiere en ella
y cuanto luciente estrella
más en sombras se embozare
y así misma se negare,
la confesará más bella.

En el certamen al tiro que el Príncipe nuestro Señor hizo a 80
pasos, matando un jabalí en el Pardo a 17 de enero de 1638

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
208 r. Décima 7.ª)

No tuvo, oh Fénix del mundo,
tu hermoso tiro, y más fiero,
ni edad para ser primero,
ni fe para hallar segundo.
Cuanta esperanza te fundo
en tu padre soberano
muestra tu acierto temprano
que no (aunque igual a su templo)
acertaste con su ejemplo
sino con su propia mano.

Y admira más el mirar
que asombro pudiendo ser,
el acertar a entender
entiendas el acertar.
Siglos creces que admirar
cada día y crece agora
perfecciones cada hora
que sigues rayo español,
todo el camino del sol,
sin que salgas de una aurora.

A la Condesa Duquesa aya

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 214 v.º Décima 8.ª)

El Príncipe en tu crianza
es la menor perfección,
y más admiración
cumplir toda la esperanza.
Tres glorias en una alcanza
que en su formación divina
tomó con luz peregrina
de su padre la grandeza,
de su madre la belleza,
de su aya la doctrina.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 214 v.º Décima 9.ª)

En tu forzoso desdén
niña hermosa celestial
siempre esperé de mi mal,

el bien de perderme bien.
Y esto se logra también
que siempre mejor perdido
podré morir desvalido
podré morir desdeñado,
podré morir desdichado
mas no podré arrepentido.

Cuanto más severa estás,
cuanto menos puedo en mí,
cuanto más padezco en ti,
quiero a mi desdicha más;
y aunque pudiera jamás
(oh dulce bien soberano)
la enmendara tan en vano
pues el deberte la dicha
no es posible; y la desdicha
siempre la debo a tu mano.

¿Cómo yo mi corta suerte
acusaré quereloso,
si le sobra al más dichoso
la ventura de quererte?
La de poder merecerte
ni se platica, ni alcanza
querer que una dicha que
vista, aun no entra en la fe
quepa nunca en la esperanza.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
215 r. Décima 10.ª)

Sin vida estoy, niña, y no
es fineza encarecida
que estoy sin ti, sin mi vida
que no vivo en otro yo.
A todo, a todo murió
mi vivir, sino a quererte,
y en adorarte y perderte,
pues morir mi amor altivo

no puede, ni yo estar vivo,
nada le cuesta a la muerte.

Sin violencia natural
del morir la vida ignoro
que todo lo que te adoro
ya lo cuento en lo inmortal.
Eterno es y celestial
mi amor, como es peregrina
la razón que le encamina,
y mi pena soberana
no pende de ley humana
porque es la causa divina.

Esta es la razón segura
porque no puede morir
mi amor, y porque el vivir
me le niega tu hermosura.
Perfecta, gloriosa, y pura
tu beldad esclarecida
los accidentes me olvida
humanos, y en lo que muero
si vivo en lo que te quiero
harto le queda a mi vida.

Oh, más bella y más gloriosa
muerte mía, no me atrevo
a quejarme, pues te debo
la perdición más hermosa.
Jamás estará quejosa
mi vida de tu rigor,
lo más sentirá el dolor
el alma tan satisfecha
otro mal que ser estrecha
la eternidad de mi amor.

Los extremos con que yo
sé querer los tuyos bellos,
todos caben en hacellos,
pero en el decillos no.
Quien tu atención mereció
sobrado imposible alcanza
y aunque en más desconfianza
mi amor más amor se ve,
todo lo fío a la fe,
todo, si no la esperanza.

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 216 r. Décima 11.ª)

¿Ves en la primera hora
en que el cielo en luz más pura
no dudada su hermosura?

Es el día que se ignora.

¿Ves la blanca hermosa aurora
que con pie nevado huella
el paso de tanta estrella
falsa en llanto y fina en risa?

Pues tu belleza, Narcisa,
es cien mil veces más bella.

¿Ves el pájaro doliente,
del alba temprano amante,
que tierno, triste y constante
bien suspira, y más bien siente?

¿Ves cuán repetidamente
de sus lágrimas cantor
desata en dulce dolor
una alma en cada querella?

Pues mi amor, Narcisa bella,
es más fino y más amor.

¿Ves cuando el mayo gentil,
galán de tan varias flores,
logra los bellos primores
del verde pincel de abril?

¿Ves cual céfiro sutil
brilla en pureza lustrosa
de tanta flor generosa
el tierno escuadrón luciente?

Pues tu beldad solamente
es más flor y es más hermosa.

¿Ves el festivo arroyuelo
que dice bien despeñado
requiebros de nieve al prado
quejas de cristal al cielo?

¿Ves que en gemidos de hielo
su alegre risa paró?

Pues siempre su imagen yo
busco en ti mi centro hermoso,
más tierno, más presuroso,
mas tan fugitivo no.

¿Ves la más flamante rosa
al descollar la mañana

apostar a más temprana,
y vencer a más hermosa?
¿Ves que altiva y desdeñosa
cualquier mano se le atreve?
Pues en rosa menos breve,
siempre flor de la hermosura,
sola tú vives segura
en su sagrado de nieve.

¿Ves el monte que del suelo
vecino se muestra esquivo
que de arrogante y altivo
tiene recatado el cielo?
Pues más soberbio es el vuelo
de mi amor y mi osadía,
más firme, más, la ley mía,
más vana mi confianza,
más difícil mi esperanza,
y más alta mi porfía.

De tus ojos retirado
y de ellos mil veces muerto,
siguiendo vos el desierto
de tu imposible cuidado.
Y en el florido nevado
distrito de tus rigores
(oh estéril campo de amores)
cuanto conozco es bellezas
cuanto encuentro es asperezas
cuanto se niega son flores.

¿Qué intenta en mí el imposible
de tu amor, que yo padezco?
Si el morir, ya lo obedezco,
si el vivir, ya no es posible.
Si preciada, de invencible
siempre rigurosa estás,
y a no quererte jamás
me obligas, advierte bien
que en tu agrado y tu desdén
cuanto es más te adoro más.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 217 r. Décima 12.ª)

La del manteo encarnado,
con quien en vano me alegro,
si al flechadísimo negro
le negáis lo colorado.
Del sitio hermoso y nevado
que emboca el rojo brial,
bien haya quien piensa mal,
no se encubrirán de mí
al estrecho de rubí
sus columnas de cristal.

Del faldellín fugitivo
si es gozar lo hermosa ya,
lo más feliz, ¿qué será
gozalle lo más esquivo?,
hielo blando y jazmín vivo
tu cuerpo, brinco de amores,
¿con que alientos y primores
hará extrañezas hermosas
cuando respiren las rosas
al rocío de las flores?

Misterios no hay entendellos
pero verter quien lo ignora
la más pura y blanca aurora
los aljófares más bellos.
Que un alma sane con ellos
(oh, niña bella y cruel)
en dispensación novel
concédanselo a un dichoso
y sea un quinto y hermoso
pontífice de clavel.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 218 r. Décima 14.ª)

Niña, si preciada estás
(sol dilatado en centella)
mas que de ser la mar bella
de tener dos letras más.
Que bien mereciendo vas
la a, y sin tilde la ce,
oh, si así fuera la pe,
bendita de nuestras quejas,
que en bella y bellaca dejas
sin ejercicio la fe.

Cuanto más ciego más veo
que nunca, oh linda taimada,
en copa más bien penada
sus aires bebió el deseo.
Cuanto más deidades creo
de tus orbes celestinos,
a sus fondos cristalinos
más tiemblo de tus primores,
que los hechizos mayores
se hacen con trastos divinos.

El adorar tu beldad
(dájelo) cueste paciencia,
a quien pone la violencia
no a quien da la voluntad.
Atreverse a tu deidad
quien como ella tan lucida,
tan alta y esclarecida,
también es culpa obstinada
que ni ser puede enmendada
ni aun le sabe arrepentida.

Si violento valor quiere
que enmudezca en lo que hablo,
ya, ya con todo lo diablo
al mejor ángel se muere.
Perdidos logros espere
el que invoca, y el que aclama
ningún socorro a gran llama,
pero, ¿qué importa, señora,
que amor pierda lo que llora
si le queda lo que ama?

Bellísima y nunca mía
en gritazo temerario
ansí, ansí el Protonotario
se te queje en profecía.
Tu toda bellaquería,
juega a todo enamoralla,
mucho será el conquistalla,
mucho será el emprendella,
mucho será el merecella
pero más el alcanzalla.

Esta mentira que sorda
de ser tu verdad se encarga,
ya va queriendo ser larga
si no ha querido ser gorda.
Y como tu gusto engorda
en tal flaqueza, a despojos
bien tuyos, que a sus antojos
los llevara más temprano,
a San Placeres tu mano
que a San Plácido tus ojos.

De espíritus es saxara
mentira del gran Benito
por Dios demonio bendito
que son verdad en tu cara.
Ya la enemiga está clara
pues tuyos son los despojos
que si arder sus rayos flojos
en más diabluras preciso,
mirad diablos que os aviso
que no paséis de estos ojos.

Al Conde Duque

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
219 r. Décima 15.)

Quien a sólo el Rey atento
le fue defensa y escudo,
hasta del sol, que se pudo
de buen aire, aunque sin viento,
templaste el ardiente intento,
que no hay ceño que le asombre
al amor y heroico nombre;
creció en tu dueño tu ley
que es serville más en Rey

osar enojalle en hombre.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 219 r. Décima 16.)

Dolor tiene de cabeza
quien no siente otro dolor,
ay de la alma, que el mayor
le tiene de su belleza.
Qué presto naturaleza
en tu aliento soberano
tendrá el socorro, y qué en vano
el remedio espero yo
que le hay en todo, mas no
en heridas de tu mano.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 219 r. Décima 17.)

Viernes, marido [...]
dos estaciones de noche
bien matrimoniado el coche
papel descollado en fieros;
¡A la guerra, caballeros!,
que a sangre y fuego la mueve
quien a disparar se atreve

entre una y otra amenaza
en pólvora de rapaza
su artillería de nieve.

¿Un por vida del marido?
Ten tan grueso juramento,
manchega del sacramento,
bien logrado y mal lucido
lo bello, ardiente y pulido
de ese airoso natural
y riesgo más celestial,
¿cómo se compone?, ¿cómo
ser en por vida de plomo
carretero de cristal?

Oh, bellísima tacaña,
todo se pierda, y por Dios,
que para que sea por vos
es muy poca aun otra España.
Salga en buen hora en campaña
ese ejército de enojos,
que naciendo a ser despojos
con extrago soberano
todo ya de vuestra mano
nada es triunfo en vuestros ojos.

Tu verdad, niña forzada,
para creída la espero,
qué mala y malvada, pero
qué linda para desnuda.
En bella elocuencia muda
tu cuerpo en su calma airosa
con apariencia gloriosa
un alma en gloria retrata,
que al menos, si no es beata
es divinamente hermosa.

Infinitas miro en vos
almas que admira el desvelo
y en todas con ser del cielo
no topo un alma de Dios.
Del diablo sí, más de dos,
pero la demonia altura
de esta celestial diablura
como jamás ha caído
tampoco nunca ha perdido
la gracia ni la hermosura.

A Garcilaso de la Vega, que hizo Fuente de Batres, que es hoy del
Conde de los Arcos, descendiente suyo

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
223 r. Décima 20.)

A esta que empieza segura
en fuente, y en deidad para,
tu ingenio le dio el ser clara,
tu vena le halló el ser pura.
Grandeza, gloria, hermosura,
ella en sus cristales bebe,
y a tu nombre nunca breve
que en lo eterno estrecho vive,
verdades de bronce escribe
en sus lisonjas de nieve.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
223 r. Décima 21.)

Si cuidando muy bien de ella
la dama perdió el más ciego,
en los descuidos del juego
no es gran picazón perdella.
Pero la imperiosa estrella,
y bizarría tirana
más nos mata y pica en Juana
que aunque más triunfe y se alabe,
no nos gana como sabe,

como nos pudre nos gana.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 223 v.º Décima 22.)

Dígolo en copla, tal es
este papel, crudo y breve,
que es lo más dulce y más breve
la señora doña Inés.
Al sobrescrito cortés
le respondió de esta suerte:
Si tu garzota es mi muerte
se ha empeñado o se ha lucido,
herir más lo más rendido
nunca fue de dama fuerte.

A una señora, L. Barroso, portuguesa

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 223 v.º Décima 23.)

La tembladera se trata
ya de hacer, mas no de oír,

que no es menos que pedir
un guarda infante de plata.
Esa pieza es más barata
y ese bastardo cristal
sin pecado original
del barro, que lo barroso
es en vos, búcaro hermoso,
de más fino Portugal.

Al doctor Benito de Matamoros, médico de cámara del Rey, enviándole
un regalo de bujías porque viniese a curar un niño que otros médicos
dejaron malsano. 1.º de septiembre, año de 1636

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
223 v.º Décima 24.)

En bujías escondido,
es achaque de la feria,
aunque pese a la miseria
es presente muy lucido.
De un niño hermoso y perdido
otra vez entre doctores,
ya cobrado en tus primores,
recibe el tierno tributo;
que siendo un ángel el fruto
luces deben ser las flores.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 224 r. Décima 25.)

Lindísima Mariquilla,
que os burlaréis bien sé yo
de todo el cetro, mas no
de la vara de Castilla;
gran virtud de la varilla
fuera, que en tanta beldad,
pagando la tempestad
de la rogada caricia
que murierais de justicia,
pues no podéis de piedad.

Al nacimiento de un hijo, segundo, del Duque de Medina Sidonia, a 17 de septiembre de 1636, día en que cumplió años el Príncipe nuestro Señor y una abuela del nacido

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 224 r. Décima 26.)

Salió a gran luz este instante,
y en el día soberano
del Príncipe castellano,
el bello andaluz infante.
Día tres veces triunfante
que dos años lo dirán
es hoy, tres veces galán
parte el mundo su alegría,
que es a España feliz día
el tener más un Guzmán.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 224 v.º Décima 27.)

Dos ángeles y no buenos
los dos, sino bien partidos,
te defienden tus sentidos
y te explican los ajenos.
De amantes noticias llenos
saben lo que no es, y arguyo
que es todo por arte tuyo,
que no bastará este agravio,
ni lo diablo que es tan sabio,
ni lo ángel que es tan tuyo.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 227 v.º Décima 37.)

Si no muere tu rigor
mi vida cuenta perdida,
y qué importara la vida
si no muriera el amor.
Este más fino dolor
no teme ninguna muerte,
sino el morir de no verte,
y ¿qué morirá el querer?,

créalo sólo el temer
mas no lo crea el quererte.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 228 v.º Décima 39.)

Años, siglos, tiempo, edad,
no cuenten más que este día,
que hoy cabe en la dicha mía
lo que no en la eternidad.
Triunfando de tu beldad
(oh, hermoso Fénix de hielo),
ya la fe cumple en el suelo
todo el empeño, señora,
de sus milagros que ahora
muda un monte y rinde un cielo.

La inmensa gloria en que yo
aun dudo el bien que se halla,
posible ha hecho alcanzalla,
pero el merecilla no.
Suerte que en ti se alcanzó
cien mil veces es dichosa,
y en dicha tan milagrosa
y en su imposible porfía,
dos milagros, el ser mía
la ventura y más hermosa.

Ya que una fina, otra leve
decimilla se trabaja,
llegue nueva que hoy no baja
el turco hermoso de nieve,
todo lo Inés se lo lleve
el diablo, si el diablo acepta
la esperanza del pateta;
baile al son del interés
el Jaime; y muera lo Inés
a trompo como a trompeta.

Oh, esperanza de un amante,
que a la fineza de amor

siglos llegaré a esperar;
y en la ocasión ni un instante,
seguro, fino y constante
del hermoso bien que adora,
y a dilaciones le llora;
fía a una esperanza vana
el ayer, hoy y mañana
y no le sufre un agora.

Esta gloria, que es más bella
que en bellísima, en gozalla,
posible has hecho alcanzalla
no posible el merecella.
Cuantas glorias hay en ella,
en la admiración las cuento,
que he tenido atrevimiento
en un bien tan soberano
para tenelle en la mano
pero no en el pensamiento.

Esta dicha que se alcanza
sin alcanzar la razón,
cabiendo en la posesión
jamás cupo en la esperanza.
De hoy más la desconfianza
no dé tan medrosas huellas,
que hoy en venturas tan bellas
logrado el más alto bien
los imposibles se ven
vertiendo glorias y estrellas.

Los bienes más esperados
dulce lazo en los sentidos,
suelen mentir poseídos
lo más de lo imaginado,
y son menores gozados
que los prometió el deseo;
y en tan bellísimo empleo
son infinitas venturas,
son todas las hermosuras
lo menos de lo que veo.

En tan dulces nuevas horas
cogen mis tiernas finezas
a manojos las bellezas
y a puñados las auroras.
Si ellas son competidoras
de lo eterno, eterna, y fina
será mi fe peregrina
que no ha de tener profana,
señas de costumbre humana
ventura que es tan divina.

Más tarda, hermosa señora,
en dicha tan lisonjera

una hora que se espera,
que no un siglo que se adora.
Sufrir no puede una hora,
quien sufre un hoy y mañana
y dicha tan soberana
que a tantos siglos se niega,
a cualquier hora que llega
tiene aplauso de temprana.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
231 r. Décima 49.)

Feliz bruto, aun más razón
mi noble envidia tuviera
si lo que en ti es suerte, fuera
o albedrío o elección.
Que si en bella permisión
Fili a sus pies te asegura,
más quiero a tanta hermosura
en alto conocimiento
estar con mi rendimiento
que asistir con tu ventura.

Mastinidad y cachorro;
por cortés y por galante
que sea su consonante
el verso ha de ser modorro;
de que buen huevo y socorro
coplas de buen aire son,
y en tan gloriosa ocasión
que envidien no es mucho yerro,
la mastinidad de un perro
las guedejas de un león.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 231 v.º Décima 50.)

Volad sin vos, pluma loca,
a sitio jamás tocado;
cielos, qué lindo bocado,
que no es menos que tu boca.
Toca al arma, a la alma toca,
que es encanto sin Medea
tu pico flamante, y sea
en bizarrías y albores,
pues mata con tantas flores
Don Florisel de Niquea.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 232 r. Décima 51.)

Aunque se llaman primores
de cortesanello astuto,
a promesa que da fruto
perdónensele las flores.
Jamás serán las mejores
las que más presto se dan,
oh, verde tiempo y galán
en que fue gala más nueva
enaguas de carne en Eva
y bragas de hoja en Adán.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 232 v.º Décima 53.)

Dos milagros considero
que admiro, señora, en vos;
y sabiendo que son dos,
ignoro cuál es primero.
Si la hermosura prefiero
la voz se muestra quejosa;
y en lo entendida y airosa
no son menos los espantos,
que sois entre extremos tantos
en cualquiera más hermosa.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 234 v.º Décima 58.)

Señora, gran confianza
sería que en la fortuna
donde no es posible una
fuese dos una esperanza.
Si la ocasión que se alcanza
hoy se pierde (ay, dueño hermoso),
¿de quién estaré quejoso?
Pero más fineza ha sido
que respetarte un rendido
obedecerte un dichoso.

Dos milagros juntos ves
en mi amor y en tu hermosura,

que tú has hecho una ventura
y que una dicha es cortés.
A tus bellísimos pies
les pido, y no sea en vano
treguas, a tu hermosa mano,
y aun en las mismas licencias
necesita de violencias
un asalto soberano.

Más rebelde y más querido,
dueño hermoso, en fe tan nueva,
quien se atreve, a que me atreva
ya perdona lo atrevido.
Siempre disculpado ha sido
por el reinar lo tirano;
y este imperio soberano,
aun mayor disculpa alcanza,
y quien fía a la esperanza
la dicha que está en la mano.

A mi osadía cortés
debes, celestial señora,
que lo que yo tomo ahora
no lo concedas después.
Tan alto bien no le des;
perdone, de gloria lleno
el nevado sitio ameno
que ni en lo ardiente, y lo amigo,
puede haber dicha contigo,
sin atrevimiento ajeno.

En bellísimos despojos
caiga, caiga el templo en quien
ciego quede a ver más bien
un amor que todo es ojos.
Tus soberanos enojos
y los rayos de tu hielo
de estrellas siembren el suelo,
furias lluevan, iras nieven,
que los prodigios se deben
a turbaciones de un cielo.

A la rosa de una dama

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 238 v.º Décima 71.)

Dádiva, señora, es poca
una rosa con la mano
quien puede dar sin verano
dos claveles con la boca.
La proposición es loca
pero muy bien entendida,
que si no es para perdida
por vos, pues nada se alcanza,
sólo es buena una esperanza,
sólo es dichosa una vida.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 239 r. Décima 73.)

Es crecer los desengaños
gran acto de contrición,
que a todos los días son
calladas voces los años.
Lo cortés de los engaños
dulcemente desmentía
la humanidad flaca mía,
pero ya el mundo traidor
es padre predicador
que lo acuerda cada día.

De otra manera

Contrición de desengaños
mortifica a la alma mía,
pues contra mí cada día,
soy batalla de los años.
Ni aun ya debo a los engaños
un cortés galante modo,
de entretenerme, que en todo
deje de ser lo que fui;
Señor, acordaos de mí,
pues ya me ha olvidado todo.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
239 v.º Décima 74.)

Al juego y amor rendidos
pocos he visto cobrados,
y siempre de los picados
se fabrican los perdidos.
Vuestros severos sentidos
sólo en picallos se extreme
el naípe, pero no teme
por más flechas que le aplique,
que haya naípe que le pique
quien tiene amor que le queme.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 239 v.º Décima 75.)

El juego a nadie asegura,
mas vos, con esa baraja,
podréis jugar con ventaja
a la primera hermosura.
El ganar es la ventura,
podrá ser, mas será en vano,
que en lo bello y soberano
vuestra ganancia es forzosa
por el punto y por la mano.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 239 v.º Décima 76.)

Aunque no tomes jamás,
oh Fénix de ojos serenos,
ningún chocolate, y menos
este que aborreces más.
Jugalle muy bien podrás,
que pues no te pica a ti
el juego ni amor, así
viva ocioso tu cuidado,
que lo perdido y picado
todo queda para mí.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 240 r. Décima 77.)

Ilustre Marquesa mía,
la soledad de mil modos,
a la viuda envidian todos
pero yo la compañía,
la modesta bizarría,
la retirada beldad
de tanta hermana deidad;
perdone amor mis sospechas,
que jamás con tantas flechas
se vio en ninguna hermandad.

La Juana, en fin, Juana es
en lo hermoso y mesurado,
un jazmín de fuego armado,
un clavel de nieve Inés.
De la cabeza a los pies
envainada la medida,
en decente travesura,
toda es falsa la tibieza,
toda es gloria la extrañeza,
toda es alma la hermosura.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 240 r. Décima 78.)

Iras, castigos y enojos,
en que un triste se consume,
no se armen en vuestra pluma
basta hallarse en vuestros ojos.
Permitid los desenojos

que sólo un pequeño pudo
volver por un gran menudo
y en fin si a enojaros llego
como pudiera lo ciego
os ofrezco ya lo mudo.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
240 v.º Décima 79.)

Muy corta fineza ha sido,
bellísima Clara mía.
por una trigueña tía
dejar un negro marido.
Ser ingrata habéis querido
por saber que es bella cosa
lo ingratilla y desdeñosa,
pero en vano serlo trata,
pues no llegará lo ingrata
donde ha llegado lo hermosa.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
240 v.º Décima 80.)

Señora, vuestro papel,
ser pudiera aunque tan leve
apostólico por breve

y Pedro por lo cruel.
¿Un bien no más, y en él
tres visitas?, si al doliente
visitáis, y al que no siente,
doctor mil veces galante,
¿qué otro enfermo que un amante?,
¿qué más muerto que un ausente?

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
240 v.º Décima 81.)

Al vino hacéis sinrazón,
que para poder vencer
y rendir no ha menester
en vestiros atrición.
Pesados ardides son
que le llevéis a la cola,
si es suya la hazaña sola
y fue diligencia vana,
brindaros a la italiana
si es la cabeza española.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
241 r. Décima 83.)

Paz en el beso fiada,

perdone Marfisa el arte,
que de Judas a esta parte
está mal acreditada.
Boca mil veces besada
que en rebelión obediente
resiste lo que consiente
con falsa gala, y no poca,
dice verdad con la boca
y con toda el alma miente.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
241 v.º Décima 84.)

¿Quién vio tan duros afanes,
que en primores tan caseros
se compitan en calderos
las damas, y no en galanes?
Quedito amor, no profanes
quietud tanta, en amor leve,
mas tanta paz será breve
si a ver dos deidades llevo,
sobre materias de fuego
darse batallas de nieve.

Pastillas hechas carbonos
en los perfumes se ven;
míralo Antonio, más bien
quizá serán corazones.
Mucho antaño estas razones
llevan, pero yo presumo
que en ley fina y amor sumo
sus cazoletas muy luego
corazones hechos fuego
no los pagarán en humo.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 241 v.º Décima 85.)

Si a dos coplas no responde
una Condesa jamás,
no pueden perderse más
memoriales en un Conde.
Ir y no saber adónde
es jornada entremetida
que es mucho peor perdida
y un corazón nunca en calma
lo más que hace por una alma
es perder bien una vida.

Fueron escritas por mandado del Conde Duque en alabanza del Rey

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 242 r.
Décima 86.)

Décimas

Tanta obediencia prometo,
Conde ilustre, a vuestro pie,
que si lo mandáis, seré,
aun neciamente discreto.
Vos me pedís un concepto
del Rey a los años bellos;
muchos siglos a par de ellos
serváis y eternos los dos

si ellos descansan en Vos
que Vos nos viváis en ellos.

De otra manera

Del Rey a los años bellos
va el concepto y por los dos
si ellos descansan en Vos
siempre Vos viváis en ellos.
Y a la par gloriosa de ellos
midan sus abriles tiernos
vuestrs tempranos inviernos
que es bien en tanto alborozo
que os hagan sus años mozo
pues Vos los hacéis eternos.

En vano, pues, se apercibe
vuestra edad a los engaños
de vieja, que vuestros años
solos son los que el Rey vive;
más vida, pues, no recibe
la vuestra, y tan natural
es un vivir celestial
en los dos que con un nombre,
no puede morir en hombre
Rey que se ha hecho inmortal.

Desiguales dos edades
una es misma (y con gran ley)
Vos con la vida del Rey
vivís sus eternidades,
al igual con las Deidades
ya sus acciones se escriben
y tanta gloria reciben
[...] que los Reyes
todo lo que aciertan viven.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 242 v.º Décima 87.)

Si de uno y otro baúl
en sus desperdicios vanos
hoy me vengo de tus manos,
todo se salva en lo azul.
A lo Muza y lo Gazul
no más de una cinta fue
trofeo, y, ¡por vida de...!
iba a jurar lo que adoro,
que hoy me holgara de ser moro
si me cupiera en la fe.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 242 v.º Décima 88.)

No hay duda que será ofensa
lo que llegare a ser duda,
y no basta la voz muda
a una culpa que se piensa.
El decoro no dispensa
ni en los senos del secreto
con el más leve preceto
que en silencio retirado
tan bien tiene en lo pensado
jurisdicción el respeto.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 252 r. Décima 105.)

Bellísima y nunca mía,
taimada en quien lo tacaño,
siglos aumenta cada año,
años crece cada día.
Como tu bellaquería
crece tu beldad, señora,
muchos soles cada hora,
y en los hermosos faroles
días, años, siglos, soles,
nunca salen de una aurora.

Musa que a pesadas veras
me llevas tan paso a paso
cual si fuera tu Parnaso
el buen Pedro de Contreras.
Deja las cumbres severas,
deja los montes lozanos
de conceptos soberanos,
tierra a tierra los parlemos,
pues no quieren que tomemos
todo el cielo con las manos.

Si rosa y marfil no agrada,
ni rayos aciertan bien
al blanco de un gusto, en quien
aun la nieve es colorada;
si en mano y cuello le enfada
lo puro, lo celestial,
llamémoslas, y no mal,
bien que en estilo ruin,
satanases de jazmín
bercebuses de cristal.

Tu censura reverencio
[...] que mide y toca,
el cielo pondré en la boca
por columnas del silencio.
Si tu beldad diferencio
de toda gala y blancura,
sol, y rosa, y nieve pura
y otro badulaque hermoso,
perezcan que es más sabroso
lo crudo de tu hermosura.

De tu mano en lo nevado
pequé, y acúsome de ello,

que si lo blanco es tan bello,
más hermoso es lo encarnado.
Ya lo en púrpura bañado
y boquilindo cruel,
en su florido tropel
el miedo a mis versos pierda,
no quiero que me los muerda
un alano de clavel.

Hermosísimos agravios
de todo el mayo gentil,
si no son flor, son de abril
carnestolendas tus labios;
qué lucientes desagravios
haré a tus bravos ojitos,
del sol bellos sambenitos
donde hace con dulce maña,
mil robos cada pestaña,
cada ceja mil delitos.

Marilinda, Marilinda,
cuya belleza triunfante
no ha menester consonante
para que todo lo rinda;
tú, a la misma Fidelinda
en lo gentil y en lo airoso,
en lo altiva y generosa
agora tú [...]
le darás quince de bella
y ella mil faltas de hermosa.

Mira, Zaide, que te aviso
que los dedos te han culpado,
que hasta en el nombre vedado
este cielo es paraíso.
Si milagros tentar quiso
toma, si no fue el denuedo,
pero lamentarme puedo
si a medias lo remito,
que a un serafín tamañito
no bastó a llevarlo un dedo.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 253 v.º Décima 109.)

Ilustre Marquesa mía,
la soledad de mil modos
a la viuda envidian todos,
pero yo la compañía,
la modesta bizarría,
la retirada beldad
de tanta hermana deidad;
perdone amor mis sospechas,
que jamás con tantas fechas
se vio ninguna hermandad.

La Juana, en fin, Juana es
en lo hermoso y mesurado,
un jazmín de fuego armado,
un clavel de nieve Inés.
De la cabeza a los pies
envainada la medida
en decente travesura,
toda es falsa la tibieza,
toda es gloria la extrañeza,
toda es alma la hermosura.

Décimas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 254 r. Décima 110.)

A tus calumnias sujeto
en mi atenta detención,
dichos es la perdición
que se logra en el respeto.
Si anticipado el secreto,
culpas que ignora asegura,
mi fe que obligar procura
con prevenido temor,
cuanto sea más amor
lo perdona a la ventura.

Resolución y denuedo
presumen siempre victoria,
y en quien lo rendido es gloria,
es todo valor el miedo.
Si de poco atento quedo
acusado, lo acusado
es premio a lo recatado,
que en temor, y amor tan justo
no hay atención para el gusto,
todas las gasta el cuidado.

Las acciones detenidas
a la voluntad atadas,
quedan más acreditadas
cuando son menos lucidas.
Las licencias presumidas
si tal vez las favorece
la dicha, o tal les ofrece
injurias, que la esperanza
estima la que se alcanza,
y amor la que se merece.

Señora, sufro en efecto
la culpa de lo pensado,
como se crea cuidado
como se llame respeto.
Nunca sucesos prometo,
pero nunca yo le fío,
licencias a mi albedrío,
que le basta a un pensamiento
que parezca atrevimiento
para no poder ser mío.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
257 v.º Décima 114.)

Si os pica el vivo acicate
de este indiano, gentilhombre
será (mentido su nombre)
milagro, y no chocolate.

El que dulcemente os bate
la espuela, diestro y galán,
con qué maña o ademán
anima este desaliento,
en figura de pimienta
no le conozca Galbán.

A una señora rubia

Décima y coplas al chocolate

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
258 r. Décima 115.)

Lo rubio, señora mía,
entre lo airoso y lo bello
tremola en vuestro cabello
traidoras señas de fría.
Si el chocolate porfía
en que abrasa a quien le bebe
no pruebe el triste, no pruebe,
vuestro ardiente hermoso abismo,
que en vos con el fuego mismo
está muy falsa la nieve.

Señora, ese bermejo disparate
que lo llaman por mal nombre chocolate,
golosa enfermedad, dulce locura,
noguerada moderna travesura,
llega en este momento:
¡Oh mil veces damísimo alimento
que ofende y se apetece! ¡Oh cielo santo!
¿Que un rojo desatino pueda tanto?,
¿que dé gusto y que mate?,
cosas tiene de amor el chocolate.

¿Qué ha de estar abrasando en punto ardiente
para tener sazón?, ¿qué dulcemente
ha de picar?, ¿qué ha de abrasar el pecho

dejando el apetito satisfecho?
¿Qué sustente? ¿Qué sueño no consienta?
¿Qué engañe con azúcar su pimienta?
¿Qué haya su molinillo, y que la jícara
pueda más agradar cuanto más pícara?
¿Que haya su poco de agua y su puchero?
Basta que es por la fe de caballero
(mala rabia le mate)
definición de amor el chocolate.
Que a ser el chocolate ya se atreve
a una sabrosa bebida sin la nieve.
¿Qué se vea querido
de aquel como en beldad Fénix de olvido?
¿Qué aborrece y que pisa a todo humano?,
sin duda el chocolate no es cristiano.
Pues tal favor alcanza,
chocolate se vuelva mi esperanza,
que con toalla mora y no jarifa
aquella boca celestial que rifa
con las auroras bellas
y apaga con un soplo las estrellas
bañe los labios de floridos meses,
en tinta de Don Diego de Meneses.
¿Qué una niña (a gran ira me provoco)
no tenga miedo a un coco?
¿Qué le perdone el gesto a tal brebaje?,
sin duda que es discreto a su lenguaje.
Pedirme albricias puede
ya tiene la fealdad salteado el miedo
mas, oh vil chocolate, ingrato, injusto,
pues te di mi fealdad, dame tu gusto,
oh noguerado, oh vil, dulce brebaje,
ya no eres golosina, sino traje.

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
258 v.º Décima 116.)

Más tributos de millones

que quitas a nuestros gritos
dejas para ti infinitos
de gracias y bendiciones.
De los heroicos blasones
de tus aciertos no huyas,
que del Rey las glorias tuyas
que tú en su valor nos muestras,
más que no venturas nuestras
las quiero alabanzas tuyas.

Al Conde Duque

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
258 v.º Décima 117.)

Enmendado va y mudado
el soneto al Rey, Señor,
pero contigo mi amor
no ha menester lo enmendado;
lo modesto, lo templado,
no hace menos la victoria,
sea del Rey la memoria,
que tú, galán de su fama,
porque descanso se llama
no quiere sufrir tu gloria.

Presentóle un fraile bernardo dos cajas de sebo adobado de cabrito
para las manos y él las envió a una señora

Décima

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 259 r. Décima 118.)

Restituyo esfuerzos vanos
de tez rebelde y adusta,
que a un ministro es cosa injusta
el querelle untar las manos.
Y a los temples soberanos
de las tuyas, ni el cohecho,
ni el arte son de provecho,
que lo blando artificioso
en tus manos vive ocioso
y es imposible en tu pecho.

Coplas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 259 r. Coplas.)

Señora, ese maldito
cabronazo presente de cabrito,
portuguesa lisonja en blanco sebo
atención sospechosa de un mancebo;
me encajó, en par de cajas un bigardo
más bernardino fraile que Bernardo,
intentando ensebar el pobre mío
destrozado de amor, flaco navío,
viéndole navegar por tanta altura
mares de agravio, en golfos de hermosura
sin ver que el sebo derritieran luego
piélagos de rigor, ondas de fuego.

Dejemos, derretida Musa mía,
tierna, ensebada, portugués dos veces,
las ancianas de amor dulces sandeces
que en quínolas de amor, señora mía,
valga toda gentil bellaquería.

Vos de esta vereda sazónada
pimienta rubia, pólvora nevada,
gitanismo alemán, travieso, en donde
emboscadas de ardor la nieve esconde,
recibid el presente, por siquiera
necedad portuguesa la primera;
recibid, oh mi niña soberana,
esa ensebada adulación profana
que yo dueño fermoso
ser voso quiero, pero no seboso
ser mío quiero, pero no ser mío
aunque arriesgadamente el alma fío,
a vos, oh nueva injuria soberana;
de cuanto cabe en la distancia humana
que en gusto, que en diablura, y en donaire,
nunca el fuego se vio de tan buen aire
que en vos de lo glorioso, al cielo unido
cuanto sufre igualdad quede vencido.

Y en vos no es perfección la más belleza
sino la celestial haría extrañeza;
de tanto hermoso, que en llegando a vello
lo más bello peligra en lo más bello;
lo dulce en lo galán; lo bizarro
en lo hermoso; lo hermoso en lo entendido;
con tan divino soberano modo
que lo perfecto y lo admirable en todo
en cada parte quien de vos se ayuda
toma resolución de estar en duda,
que una belleza de otra competida
vence a cualquiera, pero no hay vencida
y toda perfección que en vos se halla
siendo conformidad, todo es batalla
y entre beldades y deidades bellas
vos seréis la hermosura, hermosas ellas
que aun de llegar a seros envidiosa
castigo de fealdad tendrá una hermosa.

Sobradamente blando y derretido
y en cien mil portugueses convertido
está devoto ya el poco mancebo
¡oh más dura que mármol a mi sebo!,
¡oh más cruda que aquella entre once y doce,
que llega a aborrecer lo que conoce!
¡Oh más linda, oh más bella, oh más hermosa
que el sol!, ¿que el sol?, es Pérez poca cosa.

Pues todo verso tiene pies, señora,

si en lo sebadó resbalare agora
no lo extrañéis, que por el sebo ardiente
deslizará la trola lindamente;
oíd mis quejas, no de los rigores
de vuestros campos, sazonadas flores,
siendo yo a su menor rasgo luciente
derretido carbón, ceniza ardiente
que sobra para muchos derretidos
el dulce portugués de mis sentidos.

Zumbemos un poquito, amor, zumbemos
de tus necios extremos
que de amor, ya extranjero, y flaco nombre
es gran frialdad el abrasarse un hombre;
galas verás de amor, bien las llamadas,
fidalgos, pesadísimas verdades.

Tal, asaz, morir quiero
y de amor marinero
non oyo en mi tormenta ajena calma,
todo se dé barato sino el alma:
que primero querría alegre
gastemos cualquier zumbería
con este frailonazo, que ha mentido
todo lo portugués en lo entendido.

Válgate el diablo fray impertinente,
mirándome pendiente
de un sol a cuyos rayos celestiales
se desatan los mismos pedernales.
¡Oh más blando que Filis, fraile bobo,
que fue tan grande en el primer concierto
como perro me das cabrito muerto!

¿Yo manos?, ¿yo codicias de adobo?,
tu cosa blanda (oh bárbara ironía)
que de un fraile (oh sabrosa envidia mía)
Belcebú se lo mande,
ya no le queda novedad al mundo,
cuanto se ve y se mira es un exceso
que a fraile y portugués,
cosa notable, nueva y prodigiosa,
mas escucha primero, oh fraile majadero,
cuando esperaba yo, fraile malvado,
que en escuadrón bocante y mermelado
cajas tocara en la campaña rasa
de mi despensa y codiciosa casa,
monjas para las manos me presentas,
y ayunantes afrentas
que va creciendo ya la opinión loca
que antes comen mis manos que mi boca.

Extraña indignidad, melindre loco,
¡oh boca celestial, a ti te invoco!,
para saber comer de aquí adelante;

pues con hambre galante
como de Irlanda, sin hacerle agravio,
es un lebrel de flores cada labio.

Cosa de muda yo, que amante eterno,
la muda y la mudanza me hacen asco,
que porfiado, que bronce, que peñasco,
me imaginabas en mi pecho tierno
que en sebo has intentado convertirme
y un mármol no bastara a resistirme;
de verte liberal quieres que huya,
cosa es tan dura que parece tuya
cuando aguardaban mis ociosos dientes
ejércitos de almíbares lucientes.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
260 r. Soneto 3.)

Tú que ignoras la oculta abierta herida
que aun sangre tanta en estos rasgos vierte,
mira, que aun muda teme el ofenderte,
oye, que aun yace al daño agradecida.

Si curiosa, no digo enternecida,
quieres saber la mano hermosa y fuerte
a quien ira y dolor causa esta muerte,
esa es dueña y destrozo de mi vida.

Si a la voz que no puede decir tanto
preguntas de morir tan nuevos modos,
sólo saben no hablar mis desvaríos.

Mía no hay otra acción, si no es el llanto
ajeno soy que mis sentidos todos
sólo para sentir quedaron míos.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 260 v.º Soneto 4.)

Quien adora lo más, lo más señora
padezca (oh triste yo); si así se ordena
qué de penas le faltan a mi pena
si ella padece tanto como adora.

 Mi vida del vivir despreciadora
trate la tu crueldad de rayos llena
como enemiga sí, no como ajena
que más dueño no busca y otro ignora.

 Si tus altas gloriosas perfecciones
he de amar como son, medir pretendo
luces del sol de mi tiniebla obscura.

 Haré de los sentidos corazones
almas haré y aun quedaré debiendo
más a mi amor y más a tu hermosura.

A una dama que sentía mucho el galanteo de un hombre que a su ver
era menos que ella y no obstante esto, habiéndole despedido,
proseguía con ello

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 260 v.º Soneto 5.)

Ojos del bien de amor, ricos y avaros
si os miro no os turbéis, que si pudiera
dejaros de mirar, no os ofendiera
que no me cuesta poco el enojaros.

Mas si el alma se ocupa en contemplaros
y de vuestra beldad la ley severa
manda que mire, y que mirando muera,
si miro y muero no debéis quejaros.

Quisiera yo quejarme, mas no creo
que donde no se admiten tiernas quejas
tengan enmienda justa mis agravios.

Moriré pues, mas vivirá el deseo
y si el honor tapare tus orejas
mi fe y paciencia cerrarán los labios.

A la muerte del Rey de Suecia Gustavo Adolfo, 1635

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
261 r. Soneto 6.)

Segundo Atila penetró sediento
de imperio justo el septentrión y ardiente
los términos turbó del occidente
armada tempestad, rayo sangriento.

Con glorioso valor, aunque violento,
asombro fue y aplauso de la gente,
cortó el Báltico mar a su tridente
y a su heroica ambición estrechó el viento.

De estragos y estandartes las extrañas
regiones inundó, y entre sus glorias
invencible murió de sus hazañas.

Baratas, pues, no sean sus memorias
respiren en su sangre las campañas
que no pudo morir sino en victorias.

A lo mismo

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 261 r. Soneto 7.)

Breve centella con sangrienta llama
los ámbitos corrió del horizonte,
por quien en crespas márgenes el Zonte
más blasona en furor que en olas brama.

Para escalar al sol, que la Austria aclama
gigante armó de escuadras tanto monte,
y despeñado bélico Faetonte
anegóse en las ondas de su fama.

Efímera luciente ardió en blasones
y al mundo, al cielo, a todo osando en vano
hasta con las victorias dio venganzas,
venciendo los Cesáreos escuadrones
en un Rey, en un hombre, en una mano
ejército de vanas esperanzas.

A lo mismo

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 261 v.º Soneto 8.)

De Noruega el Alcón, que en pico hambriento
tanta ave despojó con garra aguda
y tirano de fuego deja en duda
si el mar, la tierra, el aire, es su elemento.

Éste de Europa ya mayor portento
que el pardo sacre de Belgrado y Buda
cuantas alas belíferas desnuda
plumas ajenas las conoce el viento.

A saco el Norte y a terror el Polo
mide feroz; y triunfo de su guerra
le teme la región más escondida.

Y el águila imperial de un vuelo sólo
batiendo orgullo tanto, dio en la tierra
más con su presunción, que con su vida.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
261 v.º Soneto 9.)

Una caduca flor de hinojo adusto
entre cinco jazmines reposaba
y el jardinero a cuya cuenta estaba
quitó la causa, a caso tan injusto.

Pero dio a los jazmines tal disgusto
que cada flor sangrienta se miraba
y no hallándose blanca imaginaba
haber perdido su color del susto.

En un cuadro de flores muy hermosas
un amante sus ansias divertía
y entre ellas halló, acaso una imperfeta.

Quítalas de su asiento y amorosas
le saludan suaves noche y día
para enseñarse amar la más discreta.

Al haber muerto el Rey un jabalí

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 262 r. Soneto 10.)

Desagravio de Adonis floreciente,
bello garzón, el bruto en sangre baña,
que destiñó terror de la campaña
a más breve morir, lo más valiente.

Lo airoso competido de lo ardiente,
su propia mano deslució su hazaña,
que a la gloriosa espectación de España
que venza el mundo es gloria solamente.

Guerra buscó y no fuga la invencible
fiera, en su presunción, y el ardimiento
del joven templó a Venus sus memorias.

No fue en su edad valor, sino imposible
destreza en su valor, no vencimiento
y un temprano advertir de sus victorias.

Al infante don Carlos en la máscara

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 262 r. Soneto 11.)

Carlos, que el nombre sólo es grande empeño,
del quinto no serás biznieto en vano,
si de tu grande, generoso hermano,
buscas la imitación por desempeño.

Del Danubio, y del Rhin heroico dueño,
segundo hermoso infante castellano,
esperanza común será tu mano
y el orbe a tu valor sitio pequeño.

Caras hereda un Príncipe las glorias,
a precio de imitallas resplandece,
a sombra de tan ínclitas memorias.

Sus huellas sigue, en su verdor florece
dirán de ti (ayudadas sus victorias)
Felipe alumbra, Carlos amanece.

A los pies de un retrato del Conde Duque

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
262 v.º Soneto 12.)

Polvo yo de tu planta (bien que anciano)
ilustre polvo, y desdén ceñido
y en descuidados siglos escondido,
forma segunda ya debo a tu mano.

Formar de nada una fortuna es vano,
injusto afán, y es triunfo esclarecido
sacalla de los senos de un olvido,
que artífice te aclama soberano.

Ruina y aun desprecio el edificio
que en tu valor luciente se renueva,
tu grandeza publica y no mi nombre.

Oh cuánto más glorioso beneficio
dar vida, a muerta luz, que hacerla nueva,
restaurar el varón que hacer el hombre.

A unas cañas que se jugaron en Madrid y se erraron

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 262 v.º Soneto 13.)

Lo mejor de las cañas no jugallas;
nuevo refrán, gran pasto a los discretos,
cañas se vuelven lanzas de conceptos
de dos yerros aun es lisonjeallas.

Desdén de Muzas y terror de Audallas
aun la jineta os niega vuestros nietos:
las adargas son ya para sonetos;
aun mentidas se ignoran las batallas.

De toreadores se hace ya el encierro,
todo rejón sin riesgo escarmentado
en la Virgen se cuelgue del destierro.

Caballo más seguro es el prestado,
para las cañas se pide hierro,
sea para torzar rucio rodado.

A un retrato de mi señora doña Clara de Ocón

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 263 r. Soneto 14.)

De este admirable, celestial y esquivo
rostro, aun de las deidades envidiado,
si en bronce su esplendor veo copiado,
yo en mi amor inmortal su nombre escribo.

En gloriosa beldad pincel altivo
aun sólo el intentar dejó agraviado,
ofendido en el arte está el pintado
y perfecto en mi alma queda el vivo.

Quien en más perfección luces más bellas
del grande original del cielo copia
ver quisiere el hermoso inmenso abismo.

No le mida en el sol, no en las estrellas,
no le imagine en su hermosura propia,
en mi pecho le busque, hallará el mismo.

Al Conde Duque de Olivares

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 263 r. Soneto 15.)

Estas son verdades que no conceptos
porque en tu alabanza, ni aun miente el verso.

Sal del segundo yugo, y no africano,
sino siempre español, y vita España,
que hoy te redime heroico, y te acompaña,
genio divino, celo soberano.

Cuánto siglo, oh gran Conde, intentó en vano
cerrar la herida, moderar la saña,

guardando el cielo tan valiente hazaña,
a los desvelos puros de tu mano.

Remedio no, restauración se llame
esta que a tu constancia esclarecida
costó batalla, y mereció victoria.

Pelayo de Castilla España aclame
al gran Felipe, y súfrale a tu vida
siquiera este descanso de tu gloria.

El mismo soneto mudado al Rey, por mandado del Conde

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
263 r. Soneto 16.)

Sal del segundo yugo, y no africano,
que hoy generosa, ilustre, invicta España,
te libra fuerte, sabio te acompaña
valor divino, genio soberano.

Cuánto siglo (oh gran Rey) intentó en vano
templar la herida, moderar la savia,
guardando el cielo tan heroica hazaña
a los altos desvelos de tu mano.

Pelayo de Castilla, el mundo aclame
esta anciana deidad en Rey mancebo,
Felipe el grande, y lo menor el nombre.

Herencia no, restauración se llame
su reinar, y en forzoso imperio nuevo
a no sobrar lo Rey, bastara el hombre.

Al canónigo Bartolomé Leonardo de Argensola

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 263 v.º Soneto 17.)

Más docto aragonés, en tus anales,
no emulación, victoria de Zurita,
que Alfo, Jaime, Pedro, Hernando imita
de Felipe los triunfos inmortales.

Si en ambas diestras con Minerva y Pales
sus heroicas virtudes ejercita,
parte de gloria a sus acciones quita
ver que en él los aciertos son fatales.

Desátese ligado el orbe exento
y el franco, el belga, piamontés y britano
su imperio inunden con hervor sangriento.

Y en amagos no más del nombre hispano,
a su invasión Felipe es escarmiento,
a su esperanza es tumba el oceano.

A la litera en la jornada que hizo el Rey a Barcelona

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 263 v.º Soneto 18.)

De la infausta litera me despido

donde el seso en ociosos alimentos,
intérprete de oscuros pensamientos
no deja literal ningún sentido.

Del sueño amenazado, y no vencido
eternidad acusó a los momentos,
y en un largo morir, a pasos lentos,
todo el vivir se cuenta en lo dormido.

Solo un vil pretendiente el uso fiero
de la eterna litera, inventar pudo
buscando siempre lo que no se alcanza.

Y pues yo nunca llego adonde quiero,
truco vaivenes, y peligros mudo,
no haya litera, venga una esperanza.

A Barcelona

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
264 r. Soneto 19.)

De cuanto riesgo en Barcelona se halla
del mar, el cielo adulación primera
ya corsarios coronen sus riberas,
ya ciñan los bajeles su muralla.

Esta cruda pasión que el alma calla
y que en mudos incendios persevera
sólo es peligro y siempre lisonjera
severísimo campo de batalla.

De mi eterno silencio en el desierto
ignorarán los siglos mi camino
y a manos del vivir quedaré muerto.

Hasta de mi silencio haré destino,
sabré yo de mis penas el acierto,
y nadie atinará mi desatino.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 264 r. Soneto 20.)

Decir quiero un soneto, y no me atrevo,
que pedirá un soneto cada una,
que el ser divinidad tan importuna
no es de menino afán delito nuevo.

Ningún cuidado de mi dama llevo,
favorecido estoy sin duda alguna,
que es olvidarse en próspera fortuna
más fácil cosa que sorberse un huevo.

Casárame si hallara cualquier cosa,
de moza bella, ilustre, santa y rica
y cuerda aunque le pese al ser hermosa.

Que aunque el casarse es cosa de botica
ríndome si hallo fembra tan preciosa
que merezca ser nuera de Malpica.

Al haberse arrodillado al Santísimo Sacramento el Príncipe de Gales

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 264 v.º Soneto 22.)

A un Carlos victorioso, a un soberano,

desnuda la católica cuchilla,
ni el ánimo, ni el cuello al cielo humilla
del fiero hereje, del error germano.

Y hoy (gran Felipe) del mayor britano
en paz, a Dios doblaste la rodilla,
aplauso lisonjero de Castilla,
y gloriosa esperanza de tu mano.

Consiguió tu valor, tu heroico celo
lo que un César no pudo tanta hazaña,
tanta, que vio su pie límite al suelo.

Y por ti de la Iglesia en la campaña,
a quien sólo tinieblas debe el cielo
respeto de su luz le debió España.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
265 r. Soneto 23.)

Si aquella eternidad nunca medida,
ni aún de los siglos, igualdad sufriera,
mi amor, mi fe, mi llanto la midiera
sin jamás desdeñar lo competida.

Mi amor que en centro celestial anida
no le puede ceñir humana esfera
que se afrentara el alma que cupiera
en los estrechos campos de la vida.

Quien podrá, pues, ay, quien bastara a tanto
que ocupe tanto amor, y fe tan pura,
sino Lisi de amor bello imposible.

Eterno en su rigor será mi llanto,
en su deidad mi fe será invencible,
mi amor será inmortal en su hermosura.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 265 r. Soneto 24.)

Garza real que en puntas desiguales
los vientos ciñes y los orbes huellas
costando al sol y a las deidades bellas
asombros dulces, miedos celestiales.

Si de escondido arroyo en los umbrales
tu paz quieren turbar osadas huellas
aun son cortas vecinas las estrellas
aun temblarán los cielos inmortales.

No huyas a ti misma, que segura
estarás en mi amor más que en tu vuelo,
y en mi respeto, aún más que en tu hermosura.

No embarace tus plumas con recelo
desvanecido alcón, que es más altura,
derribarte de ti, que no del cielo.

Al Conde Duque por la máscara en que entró con el Rey

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 265 v.º Soneto 25.)

De anciana juventud glorioso espejo
que a su imperio y su edad halló coluna
de un Príncipe mancebo la fortuna
y te buscara la elección de un viejo.

Ni severa atención, ni Real despejo
a tus aciertos niegue acción alguna

en lo gentil sin resplandor, ninguna
y todas con aplauso en el consejo.

Lucir su Rey en todo, es de un valido,
lucimiento mayor; será tu historia
el primero respecto del olvido.

No labres edificio a tu memoria
basta un Rey grande, ilustre, esclarecido,
que en tus fatigas fabrica su gloria.

A la jornada de Barcelona en consonantes forzados que dio el Rey

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
265 v.º Soneto 26.)

Vive Dios que me causa gran-mohína
de esta larga jornada el-embarazo
cuando está el otro necio en el-regazo
de su doña Bernarda o-Bernardina.

Menos mi mula a caminar se-inclina
cuanto más con la espuela la-amenazo
y de uno en otro desigual-ribazo
a comer llega y no halla una-sardina.

Es la gente del Rey una-langosta
de caminos y pueblos-espantajo
y todo cabe en sola una-calleja.

Y caminando siempre por la-posta
solo el gran Rey, no siente el gran-trabajo
que es de su mozo ardor costumbre-vieja.

A unas cañas que jugó el Rey con el Príncipe de Gales

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 266 r. Soneto 27.)

Cuanto aplauso recibes, nos mereces,
cuanto a ti te has debido te has pagado,
lo Rey te sobra, en nada te has faltado
en deuda, y en amor reinas dos veces.

Más que en los años en las glorias creces,
solo puede bastarte lo admirado,
pasas de imitación, y de imitado
cuanto eres mayor Rey, más te pareces.

A los ojos le cuestras dudas de hombre
deidad es quien no yerra acción alguna,
no es término a tu planta, un hemisferio.

En paz quedan tus obras con tu nombre
nada es menos en ti que tu fortuna
mayor eres por ti, que por tu Imperio.

Al Conde Duque

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 266 r. Soneto 28.)

Tú que en desvelos y hombros soberanos

esta difícil máquina mantienes
y de justo poder ciñes las sienas
escondido laurel a los humanos.

De cuantas pompas, y aparatos vanos
a tu heroica templanza son desdenes,
sólo esta casa que a tus plantas tienes
es posesión de tus desnudas manos.

Si la ambición del mundo ociosa dejas,
si los márgenes vives celestiales,
si a purezas del sol haces recato,
triunfar podrás de las humanas quejas,
sufrir podrás la sed de los mortales,
sólo a mí no podrás hacerme ingrato.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
266 v.º Soneto 29.)

Sonetico y octavas en campaña,
va también de soneto y de estrambote,
ay, hija del oidor, si tienes dote
rica fembra serás de la montaña.

Oh, qué linda costumbre es la de España
que ya no hay hermosura que alborote,
el vil interesillo es el virote
sólo amar sabe don Tomás Labaña.

Bien fue que no estuviera enamorado,
pues lo digo que es corta la licencia
de la verdad secreta de un cuidado.

Perdonad voluntad que su excelencia
no quiere en verme con el sol casado,
que me quede a la luna de Valencia.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 266 v.º Soneto 30.)

Amor, quien es tan simple y animoso
que ya te sigue, si ordinariamente
el que ama, sufre más que un pretendiente,
el querido, es más vano que un dichoso.

Es un desvergonzado el que es celoso,
es un gran majadero el que no siente,
siempre fue mal creído el que no miente,
siempre bien escuchado el mentiroso.

El no saber amar, es gran simpleza,
y el amar demasiado es gran locura
y el moderado amor, es gran tibieza.

Nadie se ausente, no, crea esta historia
que el poder, la grandeza y los amantes
tienen solo en los ojos la memoria.

A la muerte del Infante don Carlos

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 267 r. Soneto 31.)

Aquella eterna luz, que en llama breve
sin años, siglos fue de resplandores,
entre sombras, espantos, entre errores
sus lucimientos a lograr se atreve.

En abriles bellísimo de nieve
aun más Fénix de glorias que de flores

a tantas tuyas (más cuanto mayores)
la misma eternidad tiempo les debe.

Y en su semblante respiró lo humano,
que en sus virtudes, todas evidencias,
no supieron mentir las confianzas.

En cuanto corazón, triunfó su mano
y a los pies de Felipe, en obediencias
pobló de honor, de fe, sus esperanzas.

Al Rey en la máscara que entró

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
267 v.º Soneto 32.)

Rey hasta en hombre, que hombre solamente
compitieras lo Rey tan soberano,
que en vez segunda el rendimiento humano
de imperios nuevos coronó tu frente.

En lo florido aun menos floreciente,
más que en la edad, en el valor temprano,
sin desvelo al nacer, reina tu mano
más en amor que en deuda de la gente.

Diste a la vista el más glorioso empleo,
quitaste tu ambición a los antojos,
peligros de lisonja a la alabanza.

Nada quedó para mayor deseo,
no se guardaron para más los ojos,
desempeñaste toda la esperanza.

Al Conde de Olivares

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 267 v.º Soneto 33.)

Mucho favor se duerme, y poco sueño
oh, clarísimo honor de los Guzmanes,
andar yo de la noche en los desvanes,
ver con saña el albor y el sol con ceño.

Quédome en los confines de pequeño
de la ambición negado a los afanes
que busco del anhelo en los zaguanes
de un reposo vulgar apenas sueño.

Oh, mentido vivir quien ver desea
dar en el patio, horror, los desengaños
y en el salón carreras la esperanza.

Mas viva yo en Palacio, admire y vea
en perfecto reinar diez y seis años
justo el poder, modesta, la privanza.

De un escondido al incendio de los ojos de Lisi

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 268 r. Soneto 34.)

Si es competencia del amor tirano

que en rayos tantos descogió tu cielo,
aun temblará en volcanes Mongibelo,
aun el sol todo en lumbre osará en vano.

Si es apagar el fuego soberano
de tantas almas celestial desvelo,
ni aun basta el norte armado en mar de hielo,
ni aun los nevados Alpes de tu mano.

Si a tantos corazones fue venganza
ninguno de su incendio está quejoso,
todo halla en luz mayor, mayor abismo.

Desengaño es sin queja a la esperanza
que de Lisi el sujeto altivo hermoso
no se pueda encender sino en sí mismo.

Al Marqués de la Hinojosa cuando volvió de Italia de ser Gobernador de Milán, que habiéndose mostrado en la guerra de Saboya valentísimo y excelente Capitán, la culpa que tuvo el Gobierno de España en que no venciese el Duque, se la quisieron poner al Marqués con quitarle el cargo, siendo así que siempre que llegó a las manos rompió y puso en huida al Duque, y dejó de ocupalle el Estado, porque tuvo orden para que no lo hiciese

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 268 r. Soneto 35.)

Ilustre Capitán, de cuya ardiente
cuchilla templó de Aste la montaña
y al Marte piamontés en la campaña
fugitivo le viste y no valiente.

Tú, que no menos grande que obediente
le negaste a tu esfuerzo tanta hazaña,
en tu injuria, y su error mostrando España
la grandeza y peligro de un ausente.

A tu valor turbaron la memoria
preceptos de una guerra envainada,

la obediencia intentó, no la victoria.

Y en piedad, y en prudencia escarmentada
defendió el Rey mayor su culpa, y gloria
a sombra de tu nombre y de tu espada.

Al Conde Duque en el aplauso que halla siempre que deja comunicarse
y no lo hace porque no puede

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
268 v.º Soneto 36.)

Si cupiera en la vida (a ser bastante
de tu seso la anchura) ingenio y maña,
cuanto aplauso extranjero te acompaña
tanto rindiera el mundo a tu semblante.

Mas en el ansia de servir constante,
aun la ambición gloriosa no te engaña,
que siglos de dolor gimiera España
si le hurtaras de ti, ni un solo instante.

Todo entregado al Rey, con celo ardiente
te niegas todo a ti, y a la porfía
del resplandor ocioso de la gente.

Pero si a tu vivir tu amor se fía
ciñe de este laurel tu heroica frente,
vivirás luengos años en un día.

Al Conde Duque en Aranjuez. Año 1634

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 268 v.º Soneto 37.)

En la constante ley de tus desvelos,
en el glorioso afán de tus acciones,
la envidia se armará de admiraciones
y aun la misma virtud, se mira en celos.

Sólo te miden altos paralelos
influyendo de luz tantas regiones,
en continuas lucientes atenciones.
la fatiga inmortal de tantos cielos.

De inteligencia superior movido
en sueños del poder siempre despierto
a milagros te encuentra lo dormido.

Y navegando a todo rumbo incierto
tu vivir del vivir nunca vencido
dentro, en sus mismos golfos lleva el puerto.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 269 r. Soneto 38.)

Cuerpo de tanto espíritu vestido
y en lo hermoso, en lo tierno, en lo animado,
de ceños y victorias siempre armado,
todo, si no es tu pecho, es lo vencido.

Rigor en blandas luces escondido,
incendio en grandes hielos envainado,
población de centellas, lo nevado
y escarmiento de nieve a lo encendido.

Mayo galán con márgenes de hebrero,

aspereza que es toda amonidades
mal que ha ignorado al bien mayores bienes.

Dos veces (pocas dos) mil veces muero;
en el ardiente amor de tus beldades
o en la helada región de tus desdenes.

Contra los críticos de Lope

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
269 r. Soneto 39.)

Inés, tus bellos, ya me matan, ojos,
y el alma roban pensamientos, mía,
desde aquel triste en que te vieron, día,
pues sufro tantos, por tu causa, enojos.

Tus cabellos en lazos de amor, rojos,
con tal me hacen vivir melancolía,
que tu fiera, en mis lágrimas, porfía,
dará de mis, la cuenta a Dios, despojos.

Viendo, pues, que de mí, no amor se acuerde,
temerario levántese deseo,
por ver a quien, me con desdenes, pierde.

Que es temerario si se admite, empleo,
esperanza de amor, me dice, verde,
viendo que te, desde tan lejos, veo.

A un niño lindísimo que murió en los brazos de su madre

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 269 v.º Soneto 40.)

Aquella ilustre flor y hermosa, aquella
luciente novedad, que el mayo ignora,
si los campos del sol pisaba agora
los orbes de zafir gloriosa huella.

Que en vano tu dolor, oh Anarda bella,
a rayos más que a lágrimas le llora,
que un clavel tan copiado de tu aurora
deuda fue de su luz el ser estrella.

Lucero es ya el jazmín, que deshojado
de tu florido albor, en llama breve
ángel fue de cristal, Fénix de hielo.

Que de tus brazos bellos despojado
frío quedando el serafín de nieve
no tuvo más morir que mudar cielo.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 269 v.º Soneto 42.)

De la alma mi engañada fantasía
aunque en ella hay firmeza solamente
en tan dudosa gloria, y bien presente
creyó que este listón salido había.

Pues como (ay, dueño mío) ser podía
firmeza, estando de mi vida ausente;
de mi alma salió, mi amor no miente,
que tú, Celia, eres sola el alma mía.

Si de tu blanca mano lisonjera

firmeza quieres que mi fe reciba
en mí descansará como en su esfera;
 que mi amor que a tus plantas se derriba
nadie verá que sin la vida muera,
nadie verá que sin amarte viva.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
270 r. Soneto 43.)

 Si propia inclinación me lleva y guía
a tus divinos ojos celestiales
en vano contra efectos naturales
de amor tan ciego mi amistad porfía.

 Si de esta mentirosa fantasía
para matarme sin razón te vales
mira que debes excusar mis males,
que es tu amiga mayor el alma mía.

 Si guardas ley a la amistad, señora,
mi amor atado, en el mar prefiere
que sufre agravios y desdenes llora.

 Y más correspondencia es bien que espere
un alma noble que sin cuerpo adora
que un cuerpo humano que sin alma quiere.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
270 v.º Soneto 46.)

A tan dulce prisión de mis sentidos
que deidad nunca vista reservada,
en superior idea fabricada
vistes (ay ojos) a traición perdidos.

Escarmentados, sí, no arrepentidos
estaréis de mirar tan adorada
beldad, de tantos rayos coronada
y ojos bellos, de tanto sol vestidos.

Dad tan gloriosa palma a mi locura
osados ojos míos, cegad luego
pues visto habéis del sol la luz más pura.

Que no es mucho que esté, cuando a esta llego,
por tan divina, angélica hermosura,
ciego de la alma, de los ojos ciego.

A la Virgen

Coplas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
271 r. Soneto 47.)

Esclavitud sin yerro es la mía
y si caber envidia en Dios pudiera
de ser esclavo vuestro la tuviera
divina aurora, celestial María.

Y en Nazaret (oh, Virgen) algún día,
agradecida más que lisonjera,
aquí la esclava del Señor espera,
dirás con tanta fe como alegría.

Si cuando son tan altos sus blasones
que eres Madre de Dios, eres esclava
para tu esclavo no es honor pequeño.

No ha menester castigo ni prisiones
quien es de voluntad, y el serlo alaba
y más si adora a tan piadoso dueño.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 271 v.º Soneto 49.)

Bien puedes (oh, Gerarda) libremente
favorecer a tu dichoso amante.
que yo en el mal, y en el amor constante,
presente sufriré y amaré ausente.

La que celos me da si estoy presente
haráme agravios, si no estoy delante,
la que tiene con dos igual semblante
al uno engaña, y con el otro miente.

Toma el consejo de tu hermana, y deja
de recibir mis pasos, deja engaños,
de tan moza beldad, costumbre vieja.

Que yo creo desde hoy tus desengaños
por no tener después con mayor queja
mal San Juan, malas Pascuas, malos años.

A Gerónimo Zurita, coronista del Rey, autor de los Anales de Aragón.
1635

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 271 v.º Soneto 51.)

Príncipe de la Historia, en juicio cano
de Aragón claro honor, de Italia ofensa,
pues cuanto del saber la ambición piensa
lo halló en tu pluma y lo debió a tu mano.

Suma noticia calumniada en vano
es la gloria menor de tu defensa,
así en capacidad, y anchura inmensa
es de los mares rey, el Oceano.

Al premio, al resplendor de tus Anales
los del tiempo serán corto distrito
y deuda lo inmortal a solo un hombre.

Que en aplausos aun breves de inmortales
la edad te pagará con lo infinito
y aun deberás más término a tu nombre.

A una gran dama que estaba viendo los toros en las fiestas del
Palacio Nuevo del Buen Retiro por mayo de 1636

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
272 r. Soneto 52.)

¿Ves el bruto feroz, que en saña ardiente
la cólera y la furia es su alimento,
que en espumas de fuego anega el viento,
terror, aplauso, asombro de la gente?

¿Ves, en confusos pasos diligente
el mísero cobarde atrevimiento
ser en despojo vil y horror sangriento
paz de su rabia, triunfo de su frente?

¿Ves al vulgo cruel que airado miras
ejecutar con bárbaro denuedo
en el muerto animal flacos enojos?

Pues estrago mayor, más justo miedo

es ver un alma padecer tus iras
en la hermosa fiereza de tus ojos.

En consonantes forzados

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
272 v.º Soneto 54.)

Desconfiado sí, mas no atrevido,
y ciego a tanto sol con alto vuelo,
de suspiros, de penas pobló un cielo,
de ninguna esperanza merecido.

No en mentirme jamás favorecido
de peligros tan vanos me recelo,
ni que escarmientos ya desnuda el suelo
si de mi desengaño estoy vestido.

Ni el más altivo loco pensamiento
osará presumirse a tanta alteza
que aun gimiera en su peso el mismo Atlante.

Y medroso el mayor merecimiento
ni aun en todo el morir halla fineza,
ni hay más premio en amar que ser amante.

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º

272 v.º Soneto 55.)

El pensamiento que los orbes huella
por despeñados pasos del destino,
no sólo en soberano desatino
se atreve a una deidad, sino a ser ella.

Oh, más que el cielo más, Narcisa bella,
acierto del error más peregrino
pues con locos peligra lo divino,
tu sol me sufra ya que fue mi estrella.

Si el osar imposible es ley de amante,
la más alta razón de su locura
sólo en ti la conoce un vano intento.

Oh, en los dos siempre igual lo más distante:
lo más glorioso en ti de una hermosura,
lo más soberbio en mí de un pensamiento.

A una dama muy hermosa en la muerte de un hijo suyo. Agosto 1638

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
273 r. Soneto 56.)

Si a tu dolor osara algún consuelo
a ser loco, y no justo se atreviera
que era injuria el hallarse una alma entera
cuando a pedazos se divide un cielo.

Una flor celestial no muere al hielo
ni a ley debió vivir de primavera;
del extranjero abril pasó a su esfera,
que a ninguna deidad es patria el suelo.

Ese clavel que desojó tu aurora
y empeño hizo inmortal de luz más bella,
mudó de sitio, y no de luz ahora.

Y ocupando al sol todo en ser centella

fue en él lo más feliz quien más le llora,
gala el ser flor y oficio el ser estrella.

Al tiro que el Príncipe nuestro Señor (Dios le guarde) siendo de 8 años, hizo en el Pardo a 80 pasos, matando un jabalí y después un toro en el Retiro; en el certamen poético que allí se hizo en las Carnestolendas. Fue el primero asunto. Febrero, 11, 1638

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 273 v.º Soneto 58.)

Madrugada deidad, laurel temprano
de tu padre, y blasón de tus blasones,
que en la esperanza estrecha a tus acciones
dos veces te pasaste a Soberano.

Divina herencia es, no cetro humano
el Imperio partido en corazones;
victorias penderán y admiraciones
de solo consultallas con tu mano.

Poblar ayer de triunfos el desierto,
y hoy de aplausos y amor el cierzo ardiente
no en templos, sino en almas lo consagro.

Sobró del bruto la postrada frente;
que imitar a tu padre, ya fue acierto,
que el hacer tal como él ya fue milagro.

El que escribió estos versos, hablando con ellos

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 274 r. Soneto 60.)

Estos que desperdicios de los años
aun inútiles son para escarmientos,
tan de su mismo error mis pensamientos
que es ofensa cortés llamarse engaños.

En vez de aviso en mí sean los daños
noticia y embarazo de los vientos
pues los hace (oh bastardos sentimientos)
el suceso y no el juicio desengaños.

Costosa luz, que al precio de un castigo
cada advertencia de mis yerros pago,
ver, y nunca atinar, es ser más ciego.

Nada es menos de mí, que estar conmigo,
socorreo memorias del estrago
a tanto aire suceda tanto fuego.

A quien leyere estos escritos escribió el autor éste

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 274 v.º Soneto 62.)

Si más que ocioso, o más que más perdido
te buscas a tus horas siempre ingrato,
aquí darás el tiempo más barato;
aquí te granjearás tu propio olvido.

Pues no hay voz, no hay afecto, no hay sentido
que no sirva a mis yerros de retrato,
présteles tu silencio tu recato
que en mí ni aun merecieron lo escondido.

Publíquense, no queden ignorados
ni les falte desdicha de delitos,
ya que tus ojos malograllos quieres.

(Bastaba afrenta el ser pensados)
pero débate yo si los leyeres,
que haya culpa mayor que estar escritos.

Romance y coplas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 277 r.
Romance y coplas.)

Romance

Si queréis festejar a María,
del mundo y del cielo más alta deidad,
quien más bien sus virtudes imita,
la celebra, y festeja más.

Coplas

En jácara y modo nuevo
hoy pretende celebrar
nuestra imagen un devoto
susto venga y cielo va.

Estrella de la Almudena,
si te pudieran dudar

lo soberano en lo linda
te hallaran lo celestial.

Al instante que retrato
se concibió la verdad,
del escultor conseguiste
perfección original.

Ese rostro coronado
de más belleza y piedad
de tener razón divina
a las dudas deja en paz.

Qué admirable señorío,
qué soberanía igual,
qué gloriosa mansedumbre,
qué apacible Magestad.

Un sin la gloria infinita
de tu original deidad,
imagen muestras que en ti
muchas de sus glorias hay.

Si la deidad le mentimos
a toda humana beldad
en tu hermosura divina
hay verdades de ser más.

Cuando la fe me escondiera
la quien tanta eternidad
representas; solo en ti
la conociera inmortal.

El hereje y el gentil
cuando te quieren negar
santidades, te han de ver
luces de divinidad.

Si eres tanto por ti misma
bella imagen, ¿qué serás
por copia?, y la más válida
de la misma Santidad.

Aurora de la Almudena
que en tiernos rayos brilláis
purezas, y siendo hermosa
os vale la antigüedad.

Engolfarme en vuestras glorias
no acierto, que al mar será
contarle arenas, y soy
bajel poco a tanto mar.

Sin ser pluma evangelista
no quiero a tanto volar
que lo cuervo es muy de Antonio
y el águila es muy de Juan.

Yo no he menester milagros
que vuestra inmensa bondad
acrediten, que en mi afecto
los venero todos ya.

En corazones más duros
que dulcemente labráis
suavidades y ternezas
en almas de pedernal.

En vuestros siempre infinitos
devotos en quien dejáis
naturalizado el bien
ya vive extranjero el mal.

Si a vuestra linda presencia
gemidos y penas van
sin alivio y sin remedio
no saben volver jamás.

Oh, qué necio el que se fía
de poderosos que dan
granizado un responder
caducado un esperar.

Que vos sin más dilación
que un luego nos despacháis,
que en piedades infinitas
hacéis más los que dan más.

Volviendo segunda vez a Nuestra Señora de Monserrate

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
278 r. Soneto religioso 1.)

Vuelvo segunda vez a tus umbrales
si osar puedo a socorros soberanos
bien (oh Virgen) que al bien de los humanos
más vuestros estarán los celestiales.

De aquellas de mi amor llamas fatales
de aquellos de mi edad grillos tempranos
borró la heroica fuerza de tus manos
del yerro, y del incendio aun las señales.

De mi efecto calmó, calmó la ira

tempestad; mas no sabe estar ajeno
de nueva confusión, de nueva guerra.

Siempre hay a la quietud desnuda espada
que no hay (tiemble el sentido más sereno)
ondas de paz en mares de la tierra.

A la resistencia de José en Egipto

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
278 v.º Soneto religioso 2.)

De la osada mujer, el loco y ciego
ardor, en más ardores obstinado
a resistencias crece el fuego airado,
que es a desdén amor dos veces fuego.

Por los helados climas de un despejo
el incendio y furor más abrasado
no es centella en José, contra el armado
ira, edad, ocasión, belleza y ruego.

Al dueño y a su afecto inobediente
huye sin atender en su contienda
que halagos fleche, que amenazas vibre,
que en sagrados temores más valiente
triunfa de imperios dos; porque se entiende
que hasta en esclavos la virtud es libre.

Al mismo intento

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 278 v.º Soneto religioso 3.)

Intenta la mujer; y en lid tan dura
el constante varón resiste; y calla;
de su decencia asalta la muralla
el ya empeñado afecto en su locura.

Mantiene el campo una verdad perjura,
vence una fuga heroica la batalla,
venga el desdén amor; que en desprecialla
cuenta sólo delitos la hermosura.

Oh beldad infiel; dos veces fea
en rogar y ofender; que en tus fealdades
sólo tienes el ocio de tu empeño.

Como no han de vencer en tal pelea
a una sola traición cuatro lealtades
a Dios, a la pureza, al nombre, al dueño.

Subiendo las ásperas sierras de Nuestra Señora de Monserrate en
llegando al templo, un peregrino

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 279 r. Soneto religioso 4.)

Qué bien se logra el áspero camino,
santo monte de glorias coronado,
del sol, antes que el día visitado

y dos veces del cielo, el más vecino.

Qué bien se desempeña el peregrino
de tan rebeldes cumbres fatigado;
si halla en vez del horror, y ceño airado
albergue celestial, huésped divino.

Así por crudas sendas se encamina
el hombre a lo inmortal, y se levanta
a región de quietud, y paz divina.

Oh mil veces, oh más fatiga santa
que si en penas lo eterno se examina,
deudor queda el afán a gloria tanta.

Al entrar en el templo de Nuestra Señora de Monserrate un peregrino,
viendo tantos despojos, y deseando dejar allí otras prisiones

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
279 r. Soneto religioso 5.)

No los duros infieles eslabones
del cautiverio al cuerpo vinculados
pendan de vos, oh mármoles sagrados,
prodigio a tantas bárbaras naciones;
sino las blandas ásperas prisiones
de mis sentidos; ay, si desatados
de esta fiera cadena de cuidados
parte, oh gran templo, son de tus blasones.

Sin mí, y aun contra mí de tanto abismo
rescata el alma, que al remedio huye
y aun osa ya desayudar tu gloria.

Nada resistirá, sino es yo mismo
a mi pensar, a mi me restituye
que no soy menester a tu victoria.

A Medel, y Celedón

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 279 v.º Soneto religioso 6.)

Medel y Celedón, que heroicamente
a sangre y fuego, el cielo conquistaron,
la bandera de sangre tremolaron
sobre el muro gentil del sol luciente.

Sus pies de la gallarda hermosa frente
del lucero más noble coronaron,
y su estrellada fábrica pisaron
con cristiano valor, con fe valiente.

Dieron, muriendo, al mundo, eterna historia
que en almas, no en papel se imprimió luego,
terror al pueblo, ejemplo a la memoria;

venganza al César en su error tan ciego;
pena a la envidia, a la esperanza gloria,
a los ojos piedad, sustento al fuego.

A la Santísima Trinidad en consonantes forzosos que dio el Rey

Soneto

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º

279 v.º Soneto religioso 7.)

Quien de la hermosa luna pisó el cuerno,
y al hijo Santo se mostró tan crudo,
en tres que juntos vio venera mudo,
una sola deidad, un Dios eterno.

De Tetro el grande, el generoso, yerno
(que más virtud, y ciencia yo, la dudo)
con ser del pueblo el sabio, el fuerte escudo,
y aun asombro inmortal, del mismo infierno,
el misterio ignoró; y él que su alfanje,
metiendo mano dio al soldado el chirlo,
no hay quien comprenda, ni le zanje;
no pases a sonarlo del oírlo,
que serás más hereje que el de Oranje,
y aun al neblí Agustín le costó un birlo.

Para la fiesta de los Reyes

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 280 r.
Letra y coplas.)

Letra

Guiar a los Reyes es
difícil ejercicio,
mas si da el cielo este oficio,
le basta una luz a tres.

Coplas

Oh qué segura camina
toda Magestad humana
por la senda soberana
de una estrella que es divina,
que atenta luciente y fina
a más riesgos más constante,
nada le turba el semblante
ni el miedo ni el interés,
guiar a los Reyes, etc.

Un paso glorioso y puro
en los peligros mayores,
en sus mismos resplandores
a Dios camina seguro
de la fe, invencible muro
el sol pisará luciente
lo Rey que su altiva frente
bate de Dios a los pies,
guiar a los Reyes, etc.

Que buena estrella es tenella
de cuidado y buena ley,
que harán buen camino a un Rey
dos ángeles y una estrella
en ellos fien, y en ella
avisos y resplandores
que a sus aciertos mayores
Dios los guiará después,
guiar a los Reyes, etc.

Bien haya el fino desvelo
de luz que tan poco yerra,
que alumbra bien de la tierra
caminando por el cielo.
Que sin peligro y recelo
el sol pisará luciente
un Rey que su altiva frente
bate de Dios a los pies,
guiar a los Reyes, etc.

Al Santísimo Sacramento estando en el pecho de un niño vestido de
segador, con la hoz en una mano, las espigas en la otra y los
costales a los pies

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 279 v.º Romance.)

Labrador bizarro y nuevo,
de hacienda tan grande y rica,
que de toda cosa humana
tenéis posesión divina.

Pulido galán mancebo
quien os retrata y os pinta
con la hoz como la muerte,
siendo vos la propia vida.

No ganáis de balde vos,
segador de la alma mía,
la comida, aunque de balde
dais a todos la comida.

Por mi vida que dejéis
el trabajo y la fatiga
mas cómo habéis de dejalle
si le tenéis por mi vida.

Pues segáis siendo tan rico,
a fe que tenéis codicia
en el agosto del mundo
de no perder una espiga.

Aunque segador muy noble,
que a vuestra ilustre familia
no se conoce principio
tal es de nombre y antigua.

Vuestro Padre siempre ha sido
y siempre será; y vivía
como agora eterno cuando
ninguna cosa era viva.

Vuestra Madre es tan hidalga
que no hay ninguno en la Villa
que diga que fue pechera,
oh mal año en quien lo diga.

Un villano de otra aldea
os envidia con malicia
vuestra cosecha, que al fin
no hay villano sin envidia.

Siente que de vuestras eras
cuando su abundancia mira,
aun no queréis dalle un grano
ni aun consentir que le pida.

Pródigo Señor os llama
pues la riqueza infinita
que alcanzáis dice que sólo
la queréis para una hormiga.

Pisan vuestros pies el trigo,
no porque le desestiman,
que os cuesta la vida propia
el menor grano que pisan.

Sino por que entienda el mundo,
cuando tan humilde os mira,
que no hay cosa en cielo y tierra
que a vuestros pies no se rinda.

El pan traéis en el seno
porque alegre el hombre sirva
viendo el galardón tan cerca
que al más flaco el premio anima.

El premio olvida el trabajo
y no espere mayor dicha
quien sirve a dueño tan bueno
que sólo su ofensa olvida.

A san Antonio de Padua

Coplas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
281 v.º Coplas.)

Una enigma traigo,
todos la oigan,
que el amor solamente
la entiende toda.
¿Qué es cosi cosa?
Siendo Antonio el más grande,
menos se nombra,
no le sirvió la vida
sino para otra.
¿Qué es cosi cosa?,

que en amando, penas
todas son glorias.

Alumbrando el mundo
sale un sol agora
que se puso en Padua,
que nació en Lisboa.

¿Qué es cosi cosa?

Cuanto más desnudo
le visten y adornan,
todas las virtudes
ya por él heroicas.

¿Qué es cosi cosa?

Si los portugueses
de hazañas coronan
en oriente el sol
son de Antonio sombras;
que él conquista el cielo
que es hazaña corta
para un portugués
inferior victoria.

¿Qué es cosi cosa?

Una enigma traigo, etc.

Portugués humilde,
cosa prodigiosa
que ésta en Portugal
es Rua muy nova;
de Dios tierno amante
es con fe, dichosa
muchos corazones
en una alma sola.

Dos veces a todos
rinde y enamora
con su vida santa,
con su lengua hermosa.
Siempre a sus palabras
todas milagrosas,
juran obediencias
las más altas sombras.

¿Qué es cosi cosa?

Una enigma, etc

Es de su gran Padre
tan divina copia,
que es virtud francisca
perfección Antonia.

Imprimióle cuantas
excelencias goza,
siendo Antonio flor
de sus cinco rosas.

Todo es niñerías
siendo gran persona,

que un niño le enseña
cuanto el mundo ignora.

Para sus milagros
son a las memorias
las estrellas breves,
las arenas pocas,
¿qué es cosí cosa?
Una enigma traigo, etc

Al Nacimiento

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 282 r.
Letra y coplas.)

Letra

De Belén Antón nos trajo
una nueva que ha espantado,
y es que sin estar nublado
se nos viene el cielo abajo.

Coplas

Este prodigio en el suelo
aun otro mayor encierra,
que en lo menos de la tierra
se ha escondido todo el cielo;
ardiendo en la nieve pura
y de Dios la inmensa altura
ya del hombre en lo más bajo
de Belén Antón nos trajo.

En dulces serenidades
el cielo a dichosos fines
lloviendo está serafines
y granizando deidades,
y en gloriosas tempestades
con todo lo que atesora
diz que en tierra ha dado agora
y arranca el cielo de cuajo,
de Belén Antón nos trajo.

En maravilla tan nueva
asiste, aún, más novedad
toda la virginidad
al parto de una doncella,
el sol nace de una estrella,
mostrando desde el nacer
que el amar y el padecer
pardiez, lo tomó a destajo,
de Belén Antón nos trajo.

Acabadas las discordias
del hombre de luz ajeno,
por cielo claro y sereno
llueve Dios misericordias,
por conveniencias ajenas
la gloria se alegra en penas,
Dios descansa en el trabajo,
de Belén Antón nos trajo.

Siendo dueño soberano
de todo admirando al suelo
que nada en la tierra y cielo
tiene ser sino en su mano,
tan pobre, solo y humano
está que de males lleno
tiene por lisonja el heno
y el portal por agasajo,
de Belén Antón nos trajo.

Estos milagros que vemos
tienen que mirar Pastor
que son nuevos para amor
y aun son grandes para extremos;
mas ya que nos asombremos
creamos con sabio modo
que Dios lo puede hacer todo,
que es echar por el atajo,
de Belén Antón nos trajo.

Otra

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 284 r. Letra y coplas.)

Del amor lo más valiente
oigan todos que a la aurora
es un sol, y un Dios que llora
y más un cielo que siente.

Coplas

En gloriosos vencimientos
Dios su poder descubría,
y el amor su valentía
hoy la muestra en rendimiento.
Penas, males, sentimientos,
es toda su fortaleza,
y su victoria y grandeza
penar más rendidamente,
del amor lo más valiente.

Del amor igual desvelo
no se vio, ni extremo tanto,
que sol se ostenta en el llanto
que en penas se muestra cielo.
Flor se descubre en el hielo
y luz en la obscuridad,
y en su misma humanidad
todo Dios está presente,
del amor lo más valiente.

Otro amor se satisface
con decir lo que no ha hecho;
y este amor de amor desecho
con encubrir lo que hace.
Mas cuando en miserias nace
y más hombre se descubre,
nada del cielo se encubre,
nada de Dios está ausente,
del amor lo más valiente.

Otra

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 284 v.º Letra y coplas.)

Hagamos de amor donaire,
si no es divino el amor
que los humanos, Pastor,
aunque son fuego son aire.

Coplas

Sólo amor divino pudo
hacer del amor esquila
que en dormidos ojos vela,
que dice verdades mudo.
Y entre los hielos desnudo,
y entre las penas contento,
a las injurias del viento
se nos muestra de buen aire,
hagamos de amor donaire.

El quejarse y el hablar
y el decir lo que siente
es nuestro amor solamente;
y en Dios sentir es amar.
Callar, sufrir y obligar
sólo en Vos se ve, Dios mío,
que ni os aparta un desvío
ni os desazona un desaire,
hagamos de amor donaire.

Hace engaño y falsedad
de todo el amor humano,
y hace el amor soberano

de lo imposible verdad.
Aun nuestra divinidad
sufriendo en dulces amores
del tiempo los desfavores
de los hombres el desaire,
hagamos de amor donaire.

Brutos al amor humano
de hombres hace en falsos nombres
y hace dioses de los hombres
el dulce amor soberano.
El favor del mundo vano
quien más le mira es más ciego,
que anda muy cerca del fuego
quien va tan dentro del aire,
hagamos de amor donaire.

Procesión a los Reyes

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
285 v.º)

¡Oh, qué procesión tan buena
para esta noche se ordena,
y de las campanas suena
el sabroso retintín.

Dilín, dilín,
dilón, dilón,
que pasa la procesión.

Por los campos de Belén
va la procesión divina,
en la piedad peregrina
y en la devoción también.

Tres santos reyes la ven,
que no hay ley sin religión,
dilín dilón,
que pasa la procesión.

Ya pasan los más humildes
llevando aquel escuadrón
que a los ángeles soberbios
les dijo ¿quién como Dios?

Los arrepentidos llevan
aquel hombre que creyó
más que a Dios una mujer,
primer delito de amor.

Ya llevan los Inocentes
aquel hermano menor,
batalla en que perdió el mundo
una parte de las dos.

Los prevenidos al santo
que el bajel edificó,
que fue del mundo anegado
la primera redención.

Los obedientes al padre
que el cuchillo levantó,
bien fiado y bien rendido
a promesa del Señor.

Llevaban los portugueses,
entre mucho folión
al ya de nadie imitado
amante y firme Jacob.

Suas constantes fantasías
foren entre mil saudades
a su ardor eternidades
y al amor aun no eran días.

Mais venceros as porfías
de serber e de obregar
que si ben ama, mellior serve,
namoreime de su esperar.

Trujeron los perseguidos
al mancebo sin ardor,
que fue de sus fatricidas
más venganza que perdón.

Los letrados al prudente
celoso legislador
que antes ablandó una peña
que de un Rey el corazón.

Los soldados al valiente
capitán a cuya voz
encogió su curso el cielo
detuvo su paso el sol.

De Dios los favorecidos
al santo y paciente Job,
que el fialles los trabajos
es gran lisonja de Dios.

Los piadosos aquel viejo
que si tantos albergó
peregrinos en su casa,
tan bien en su corazón.

Los zagales más chapados
al finísimo garzón

que hizo del cayado cetro
tan buen Rey como pastor.

Ya suenan las chirimías,
ya del moreno color
suenan los tamborillos
que hacen gracia y devoción.

Tu, tutón,
tututón, tututón,
si os llamáis aurora,
la Virgen parida
si amanece agora,
si amanece agora,
vuestro será el sol,
tututón, etc.

A Joel las valerosas,
las sabias, la que juzgó
al pueblo jamás contento
de ningún gobernador.

Ya va la danza de espadas
en valiente imitación
de los fuertes Macabeos,
muchos sólo en el valor.

Al que no tiene ventura
el bien se le vuelve en mal,
al que de Dios no se fía
no le sirve pelear.

Y los que por Dios pelean,
siendo menos, vencen más,
no hay más ventura que Dios,
con Él fueron y serán.

Vencidos los enemigos
y su ejército inmortal,
mientras en Dios no esperaren
a ninguno vencerán.

Ni los tiranos del mundo,
ni la milicia infernal,
quien busca favor humano,
qué burlado se hallará.

Pues a quien Dios no defiende
¿quién le ha de poder librar?,
con Dios no fuimos vencidos
los siete hermanos jamás.

Porque de hombres nos fiamos
somos escarmiento ya,
al que no tiene ventura
el bien se le vuelve mal.

Compusieron las zagalas
con mucho adorno y primor
la santas hembras que dieron
envidia al mayor varón.

A Ester, y Judit, la fuerte,
que el cuchillo y la razón
desnudaron por su pueblo,
remedio suyo las dos.

Las honestas a la santa
que primero se rindió,
a la muerte que a la culpa
que nada teme el temor.

Las casadas, las tres madres
de Samuel y del garzón
santo sin nacer y aquella
que es madre de lo mejor.

Las Vírgenes a, María
cuando al templo se ofreció
hasta en el parto doncella
y santa en la concepción.

La danza de los gigantes,
que es la alegría mayor,
después de los regidores
vino danzando a este son:

Por aquí que el amor me lleva,
por aquí, que me lleva el amor,
por aquí les viene a los hombres
su ventura y su favor,
por aquí los ángeles cantan
la venida y gloria de Dios.

Por aquí se empieza en el mundo
su esperanza, y redención,
por aquí los cielos se abrieron
que la culpa nos cerró,
por aquí que el amor me lleva,
por aquí que me lleva el amor.

Ensalada a los Reyes

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
287 v.º)

A Belén parten alegres,
bailando y cantando a coros,

los zagales, que esta noche
todo es luz, y gloria es todo.

Por festejar a los Reyes,
ya huéspedes venturosos
de aquel gran Rey que en la tierra
sólo puede reinar solo.

Hacen los Mingos y Giles
los Brases y los Bartolos
en los campos del enero
de villancicos su agosto.

De los verdes cantarillos
ejercitan unos y otros,
con decencia los alegres,
con devoción los airosos.

No hay psalterios ni zamponas
ni qualque instrumento ronco,
sino la gran guitarrilla
dulce reina de los tonos.

Al primero meten mano,
y partiendo lo devoto,
con lo sazonado el campo
cantó Ginés de este modo:

El que a ver a Dios madruga
él se ayuda, y Dios le ayuda.

Aprenda el descuido humano
a buscar a Dios temprano,
de los reyes, que no en vano
con desvelo soberano
a buscallo se apresuran,
el que a ver a Dios madruga, etc.

Deja Dios hallarse de los que le buscan,
ni oye perezosos ni agradece culpas,
los tres santos Reyes
que bien se apresuran
que anochece presto la mayor fortuna.

Este sol que al mundo adora
amanece a cualquier hora,
y el rocío de la aurora
que un hermoso niño llora,
en tres coronas se enjuga,
el que a ver a Dios madruga, etc.

Treguas dio a sus castañetas
Bartolillo que en el corro
apenas deja sus plantas
leves noticias del polvo.

Y viendo formar el cielo
para los Reyes dichosos,
nueva luz porque a los Reyes
quiere el cielo con más ojos.

Ansí cantó a lo que llaman

suspender el auditorio,
nuevo ruiñeñor del aire
y antigua envidia del soto.

A los Reyes se les dan
nueva luz para ver más,
siempre los alumbra Dios
porque luz del pueblo son.

A Dios busque todo el Rey
porque no hay reinar sin él,
el que a Dios buscare aquí
le hallará también en sí.

Quien los gula como estrellas
luces y no rayos tengan
a los Reyes se la dan
nueva luz para ver más.

La Chacona un tiempo alegre
que también por lo quejoso
en las humanas mudanzas
no se escarmienta su poco.

Quiso obras resucitalle
y con modesto y sabroso
regocijo; fue del viento
galán, lisongero asombro.

Y a la hermosa Virgen Madre
dijo, admirando el glorioso
virgen peregrino parto
solo ejemplo de sí propio.

Virgen pura y Virgen sola,
Virgen vámonos a tus glorias.

Son tus perfecciones santas
tantas, María y tan bellas
que no todas las estrellas
pueden ser número a tantas.

Si han de coronar tus plantas
luceros y ángeles tantos
primero tres Reyes santos
les sirvieran de Corona.

Virgen pura y Virgen sola, etc.

Desdeñó la chaconcilla
Antón zagal misterioso
que pronuncia con las cejas,
y responde con los hombros.

El pesebre, paja y heno
menos hecho, aunque dichoso
pienso de muy doctas Musas
y pasto negado a pocos...

Y viendo entre las tinieblas
lucir tanto al niño hermoso
si no pudo peregrino,
a lo menos cantó solo.

Rayos van y rayos vienen
sombras miro, y luces tienen.

En su ojos bellos
lágrimas tan bellas
serán sombras ellas
de las luces de ellos.

Lo divino en ellos
no niega lo humano,
antes más temprano
penas le amanecen.

Rayos van, etc.

Ginés pra no escuchalla
el mismo pesado voto
contra las dulces folías
ansí dijo al niño hermoso:

Bien seáis en la tierra nacido
vida de la alma, y bien de mi amor
que por darne la vida que os pido
moriréis de amores Vos.

Celestial galán Pastorcico
mucho de amor os enciende la llama
si la nieve os sirve de cama
y el aurora de pellico.

Corderillo hermoso que apenas
del vivir pisáis los umbrales
vuestro albergue halláis en los males
y tenéis todo el pasto en las penas.

Dividiéronse las tropas
de los zagales, y como
blancos diluvios desata
el cielo en nevados copos.

Cantores y voces llueven
en confuso matrimonio
de blandos tiples de pluma
con los bajones de plomo.

Frente a frente se acuartelan
y en escuadrones sonoros
con gallarda escaramuza
se dan la batalla todos.

Qué prodigios son estos pastores
que arden los hielos, que abrasan las flores
alerta, alerta Pastores
que arden, etc.

Y árboles, aves y vientos
sin voces son instrumentos
de nueva dulce armonía
cuando la noche y el día
compiten en claridad.

Corred, zagales, volad
a ver tan gran novedad,

pero otra veréis mayor
que de un nevado pastor
esta noche adoran rendidos todos
un cayado de nieve, tres cetros de oro.

Coplas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 290 r. Coplas.)

Todo el cielo es novedades,
toda la tierra alegrías,
los vientos son jerarquías
de las más bellas deidades
y las altas majestades
rendidas están mayores.

Alerta, etc.

Derivan con santo celo
tres coronas a sus pies,
si a los pies de Dios las ves
nunca estarán por el suelo,
pues con las manos del cielo
son los Reyes vencedores.

Alerta, etc.

Celebren el nacimiento
del sol de glorias distinto
y en ellas todo el instinto
es ahora entendimiento,
aman por conocimiento
al sol de luces mayores.

Alerta, etc.

Otro estribillo

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 290 r.)

Maravillas deciros quiero,
yo las quiero decir primero,
las nuestras son celestiales
y divinas las nuestras, zagales.

Vengan esas maravillas
yo he visto el cielo en mantillas
que llora, que ríe, que duerme, que vela,
que duerme, que vela, que ríe, que llora.

A medio día estrellas
suelen ser maravillas nuevas
pero mayores lo son
en la noche el sol.

Mas si va de maravillas
mayor, pastores, sería
ver una noche de enero
una estrella a solo entero
que estrellas a medio día.

Copla

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 290 v.º)

Una estrella se levanta
y todo el cielo descubre
y su luz aún no la encubre
tanto sol y luna tanta;
produce esta noche santa
más maravillas que estrellas
y qué gloria será el vellas
siendo tan grande el oíllas
más si va a decir maravillas, etc.

Otro estribillo

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 290 v.º)

Rayos van y rayos vienen,
¿de dónde principio tienen?
De una hermosa y nueva estrella
cuentan nueva; y cuentan bella,
tan bella que en sólo vella
del sol noticia tenemos;
aténgome yo al que vemos
que aun las tinieblas le ven
y yo también; y yo también,
todo es uno, quien porfía;
que no hay más sol ni más día
que la noche de Belén.

Otro estribillo

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 290 v.º)

Sombras van, y luces vienen
penas miro, y glorias tienen
rayos nievan, y arden hielos
voces suben, bajan cielos
caen estrellas, y una sola
es luz de la noche toda.
¿Qué será esta novedad

corred, zagales, volad
y un pastorcillo mirad
que mayor suspensión mueve
que atención más se le debe;
mirar con cuanto decoro
adoran tres cetros de oro
su cayadillo de nieve.

Otro estribillo

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
291 r.)

Quien es un zagal de amor
saberlo, saberlo quiero
que bala como un cordero
y vela como un pastor.

Otro estribillo

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
291 r.)

Pastores, decid, pastores,
quién produce milagros y flores
que asombrado de todo venimos,
un corderillo hermoso que vimos
pender de sus bellos ojos
los ángeles a manojos
y los cielos a racimos.

Aun nacido habéis apenas
y empezáis a padecer
¡oh!, que bien se echa de ver
que nacido habéis apenas.

Enigma ajustada a la vida de San Juan Baptista

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
291 r. Romance.)

De estéril madre he nacido
en montaña de Judea
a dar a la tierra luz,
a dar al cielo obediencias.

En el desierto viví
primero que me trujeran
para enseñar a los hombres
carrera segura y cierta.

No me tengáis por la luz
que no lo soy; mas soy de ella
pregonero, y si la enseño
ella a mí también me enseña.

Su precursor vengo a ser
y quien de ella da más señas
y al más pecador le muestro
buen camino y senda buena.

Delante de Dios voy siempre
y en lucientes bocas bellas
ello digo; éste es quien quita
los pecados de la tierra.

Yo soy el claro lucero
que sale entre sombras negras
y que al mundo ciego y triste
le desterró las tinieblas.

Con ásperas vestiduras

y más duro que de cerdas
la mitad del cuerpo mío
un cilicio le rodea.

Llamando a ejercicios santos
y a enmendar vidas ajenas,
publico tal vez justicia,
tal vez llamo a penitencia.

Porque dio mi libertad
en rostro a quien libre peca
ira poderosa y grande
me ha cortado la cabeza.

Quien me confiesa por Juan
mucha luz; aquí se niega
quien piensa que soy justicia
moderadamente piensa.

A San Bernardo

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
292 v.º)

A la fuente de gracia Madre
van volando de dos en dos
sedientas las aves
rifan alegres, cantan suaves
y en las aguas de vida y amor
beben y vanse.

Vos, dulce Bernardo, sólo
cisne sois, y dulce amante
de esta fuente donde anidan
vuestros labios celestiales.

Requebráis hasta en la muerte
la Virgen fuente que sale
de la aurora de María
que más pura que el sol nace.

Oh, bien empleadas horas
que al fin para que se gasten
en requiebros de María
aun no son los años grandes.

Van las aguas de la Iglesia

en sus aguas a bañarse
de quien la gracia y la vida
para todos se reparte.

A la fuente, etc.

En ellas Bernardo bebe
con más favores que nadie,
que es hijo de su corriente
y natural de su margen.

Si los hijos del amor
aún más que los naturales
suelen amarse; oh, que bien
podrá la Virgen amarle.

Mas con lo que a Dios adora
no hay amor que se compare
si bien a los demás hijos
dulcemente amarlos sabe.

De sus entrañas lo fue
el hijo del mejor padre;
Bernardo de sus amores
y Juan de sus soledades.

A la fuente de gracia, Madre, etc.

Otro a San Bernardo

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
293 r.)

Mueve hablando las almas,
óyenle todas,
mientras unas convierte,
le siguen otras.

Este nuevo Elías
cuyas voces solas
las vidas ordenan,
las almas reforman.

Bernardo, que sabe
de la humana gloria
es un sol que tiene
la muerte por sombra.

En el mundo estuvo

si firme a sus olas,
ciego a sus deleites,
sordo a sus lisonjas.

Mueve hablando las almas,
óyenle todas, etc.

Si su boca dulce
tal ventura goza
¡qué serán palabras
hijas de tal boca!

Si Cristo en Francisco
con su sangre roja
planta hermosamente
cinco bellas rosas.

María en Bernardo
una fuente hermosa
que tocó en el mundo
su pureza sola.

Mueve hablando, etc.

Otro a San Bernardo

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
293 r.)

Campanitas suenan,
repicando van,
dan, dan, dan,
dilón, dilón, dilón,
acude a la iglesia Antón
que del gran Bernado son
las fiestas que haciendo están.

Ponte el sayo más polido,
deja el tosco que traes puesto
anda en el alma compuesto,
ven en el cuerpo polido;
si de amor vienes vestido
de gracia te vestirán.

Campanitas suenan, etc.

Grande es, pardiez, la alegría
Carrillo, mas no me espanto,

que este celebrado Santo
diz que es hijo de María,
que a sus pechos le vio un día
según dice el sacristán.

Campanitas, etc.

Causa al mundo esta alegría
de Bernardo el nombre santo
que siempre se alegra tanto
con el hijo de María
y en tan venturoso día
los cielos se alegrarán.

Campanitas suenan, etc.

Otro a San Bernardo

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
293 v.º)

Aquel bello galán, pajarillo
grave, divino, apacible cantor,
lindo en el pico, dulce en la voz,
oh, cómo canta, oh, cómo enamora
con voces la aurora,
con plumas el sol.

Pájaro que cada día
cantar alabanzas sabe
del sol Jesús con voz grave
y de la aurora María,
Bernardo, cuya armonía
fue la más clara, y mayor,
la más linda, la mejor,
la más dulce y más sonora.

Oh, cómo canta, oh, cómo enamora
con voces la aurora,
con plumas el sol.

El que en los campos del suelo
desató la voz más grave
y ahora admira suave
la selva hermosa del cielo.

El que al aire, al sol, y al hielo,

siempre agradable cantó,
mas tal contrapunto halló
en la fuente que él adora.

¡Oh, cómo canta, oh, cómo enamora
con voces la aurora,
con plumas el sol.

El que con voz excelente
cantó en los campos del suelo;
y ya en las selvas del cielo,
canta más divinamente,
pero tan sonora fuente
su contrapunto llevó,
tal gracia en ella bebió,
tanto su corriente adora.

Oh, cómo canta, oh, cómo enamora, etc.

A San Juan Evangelista

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
294 r.)

Alegre vienes, Pastor,
¿qué hay Pascual?, ¿qué hay Bartolejo?
Todos estamos aquí,
dejadme ver, que a eso vengo.

Hoy celebra nuestra villa
la fiesta de aquel mancebo,
el más dichoso en amores
y en amores el más tierno.

De aquel Santo Evangelista
a quien la muerte, en efecto,
le temió cuando era mozo,
le respetó siendo viejo.

De aquel virgen, de aquel mártir,
que por ser en alma y cuerpo
todo del cielo; perdióle
que todo le tiene el cielo.

De aquel que siendo él y Dios
primos, decía mi abuelo,
que en la santidad tenían

los dos mayor parentesco.

Mira cual está la iglesia
que juro a mí; que no vemos
en el abril tan galanes
los floridos campos bellos.

Dis que hace la fiesta hogaño
(muchos se ocupe en lo mesmo),
la hija de Luis Antón,
nombre mayor al del pueblo.

¿Pudiera haber en la Corte
más riqueza y más aseo?
A la he que todo muestra
valor y piedad del dueño.

Cuido que cantan; escucha
y alaba, Pascual, los versos,
que más los alaba ahora
el que los entiende menos.

Este nuevo Fénix
quedó, vencedor,
una vez en la vida,
y en la muerte dos.

Atreviósele una vez
la dura muerte y quedó
vencedor del fuego ardiente
y vencido de su amor.

Otra con él fue atrevida,
pero apenas dividió
alma y cuerpo, cuando al punto
se juntaron para Dios.

Este nuevo Fénix
quedó vencedor,
una vez en la vida,
en la muerte dos.

Hacen salva alrededor
de los jazmines y flores
las aves cantando amores
mientras duerme mi lindo amor.

Y el jilguero y ruiseñor
con sonora armonía
dicen que, pues Juan dormía,
claro está, que duerme el sol.

Despertad, Juan mío,
escuchad mi voz,
yo soy quien os llamo,
que os adoro yo.

Si tan largo sueño
le sufre el favor,
de un amante fino
los amores no.

Pero como el sueño

de amor procedió
cuando más durmiereis
amaréis mejor.

Hacen salva alrededor, etc.

Del morir de un justo
dicen con razón
(y qué bien que dicen)
que es dormir en Dios.

Pero vos, mi vida,
ya dormís, y aun son,
para otros favores
este sueño en Vos.

Como al sol os llaman
los pájaros hoy,
que la luz más bella
de sus luces sois.

Hacen salva alrededor, etc.
y el jilguero, y ruiñeñor, etc.

A la Ascensión

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
295 v.º)

Ya que fuistes en la tierra
soldado tan invencible
que aún a solo vuestro nombre
los enemigos se rinden.

Alegrad, mi Dios, el cielo
que vuestra presencia pide,
que sin Vos dulce alegría
aun el cielo estará triste.

Dejad la enemiga tierra
pisad los aires sutiles,
aunque no merecen ellos
que vuestras plantas los pisen.

Cobrad en grandeza tanta
la humildad en que nacistes,
quien os vio pobre y vencido
rico y vencedor os mire.

Abrid el cielo a los hombres
abridle, Señor, abridle,
porque se anime el cobarde,
porque el dudoso confíe.

Veréis las hazañas nobles
de los que haréis que os imiten,
que el premio para el peligro
no hay cosa que más anime.

Bien te quiere mi vida,
mas ¿quién es aquel
que por malo que sea
no quiere su bien?

Tu sombra, Dios mío,
busco y sigo yo,
que a la sombra tuya
quiero estar al sol.

¿Qué me puede hacer
el mundo traidor
si en tu amparo vivo,
si a tu sombra estoy?

Después que tu Padre,
fiado en tu amor
de tantos hijuelos
el pan te encargó.

No mala cosecha
tema el labrador,
que en lo poco hay mucho
en gracia de Dios.

Si tal fruto lleva
este pan de flor,
pan de fruto es ya
que de flores, no.

Alégrese el hombre
que ya rico es hoy
pues tan ricas Indias
en su casa halló.

Y aquel se entristezca
(oh, necio dolor),
que en el mundo tiene
preso el corazón.

Y de su remedio
tan sordo a la voz;
su cielo y su gloria,
sus deleites son.

Oyendo mil veces
sin tener temor
como a la alma tantas
dice la razón.

Quien sin ti, Dios mío,
contento se ve,

lo que agora ríe,
llorará después.

Quien tiene en el mundo
contento y placer
bien conoce al mal,
mal conoce al bien.

Quien en Dios le busca,
que no le hay sin él,
dichoso dos veces
que es poca una vez.

Quien sin Dios se alegra,
ingrato a su fe,
lo que ahora ríe
llorará después.

A Santa Ana, madre de Nuestra Señora

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º
296 v.º)

Día de Santa Ana,
dos zagalas bellas,
gloria de su valle,
gala de su aldea.

A la iglesia fueron
que alegre celebre
fiesta que dos veces
es al mundo fiesta.

Estaban del pueblo,
en limpia belleza,
aseo sin arte,
beldad sin soberbia.

Su nombre alababan,
que lenguas que dejan
de alabar su nombre
para qué son lenguas.

Con esclavos muchos
estaba la iglesia
de humildad poblada,
de altivez desierta.

Que en esclavitudes
si son verdaderas,
la obediencia es yerros,
la humildad cadenas.

Adornaba el templo
cuanto el sol engendra,
cuanto llora el alba,
cuanto el arte inventa.

Tenían conformes
bella competencia,
los brocados ricos,
las doradas telas.

Sirviendo a María
diamantes y perlas,
agora son joyas
si antes eran piedras.

Las labradorcillas
con razón suspensas,
con silencio alaban
tan santas grandezas.

Del beneficiado
que saben sus letras,
que arroyo murmura,
que fuente se queja.

Hombre que por él
cuando el Corpus llega
toda santa copla
come el pan a secas.

Allá hizo algunas
(que en no siendo ajenas)
ved que cortesía
todas le contentan.

Eran a la Madre
de la Virgen bella.

[...]

A las dos zagalas,
que con voces tiernas,
son prodigio al viento
hizo contar éstas.

Seguidillas

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 297 r.)

1 De los cielos estaban
los ojos ciegos,
hasta que una niña
pusiste en ellos.

2 ¿Quién no admira que el arte,
Señora mía,
para tantos ojos
sólo una niña?

3 Dicen que a la tarde
parió tu gracia,
y aunque más lo digan,
pariste al alba.

4 Más que Adán madrugaste,
Madre divina,
pues que viste primero
nacer el día.

5 Si es como una estrella
tu Virgen siempre,
venturosa la estrella
que le parece.

6 Los villanos del Valle
¿cómo te aman,
si has traído a tu pueblo
persona hidalga?

7 Si a María tienes,
a quién no admira
que con tantos años
tengas un día.

8 Más que abril eres linda,
y cómo ay de mí

porque flor tan hermosa
no la ha dado abril.

Romance

(En el manuscrito n.º 2.802, de la Biblioteca de Palacio, folio n.º 297 v.º Romance.)

No quede en toda la aldea
pandero que no se toque,
desde el Regidor más rico
hasta el vecino más pobre.

Baile Danteo el villano,
canten sabrosas canciones
los Giles que han perseguido
tanto villancico noble.

No excedan las alegrías
de modestas devociones,
que es a un Dios a quien se dicen,
que son Reyes quien las oye.

La gracia que no es discreta
necia frescura se nombre,
que los gustosos donaires
los más leves son mejores.

Reales santos hoy dos
no consientan ni perdonen
gracia que parezca indigna
de su modestia y su nombre.

Nadie con libre donaire
al rey trigueño corone
de apoditos de azabache
la cara de pater noster.

De los tres piedades tantas
celebremos, que mayores
merecen ser las virtudes
en los Reyes que en los hombres.

Ya los ricos verdes prados,
el invierno desconocen,
cristal desatan los ríos,

mayos deshojan los montes.

No son fantasmas de nieve
los altos, desnudos robles,
sino alcándaras floridas
de mil dulces ruiseñores.

Luces visten las tinieblas,
rayos las sombras descogen,
y en la región del hebrero
patria de abril son los bosques.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

